

*Tierras
de
España*

CASTILLA LA NUEVA

CASTILLA LA NUEVA



Tierras de España

CASTILLA
LA NUEVA

**Volumen dedicado a la geografía,
la historia y el arte de Castilla la Nueva,
redactado por Antonio López Gómez,
Manuel Fernández Álvarez y José M.^a de Azcárate**

Noguer

Fundación Juan March (Madrid)

Tierras
de
España

CASTILLA LA NUEVA

CASTILLA LA NUEVA



Tierras de España

CASTILLA
LA NUEVA

Fundación Juan March

Noguer



*Fundación
Juan March*

Noguer

Fundación Juan March (Madrid)

Tierras
de
España

*
CASTILLA LA NUEVA
*

López Gómez
Ramírez
Alvarez
Azcarate

CASTILLA
LA NUEVA

Fundación Juan March • Editorial Noguer



Tierras de España

La cultura española posee una diversidad que es una de las bases de su riqueza. Partiendo de esa realidad, esta colección pretende ofrecer un mosaico de las distintas regiones españolas. A cada una se dedicará un volumen o, en algunos casos especiales (CATALUÑA, CASTILLA LA VIEJA Y LEÓN y ANDALUCÍA), dos tomos.

La colección se centra en el amplio estudio del arte en cada región, precedido de unas breves introducciones a la geografía, historia y literatura que lo explican y condicionan.

Los textos han sido redactados por más de sesenta especialistas. Se ha realizado un gran esfuerzo para ofrecer unas ilustraciones de primera calidad, rigurosamente seleccionadas por su belleza o significado cultural y cuidadosamente impresas.

El título, TIERRAS DE ESPAÑA, no alude a un puro ámbito geográfico sino al escenario histórico de la actividad creadora de unos hombres. Esta colección intenta ofrecer, con la debida dignidad, una visión amplia del legado artístico y cultural de esa "hermosa tierra de España" que cantó Antonio Machado.

Donde hai conventos de Religiosos o de Religiosas, se señalan con una letra o un numero.

- A. Benitos.
- B. Bernardos.
- D. Geronimos.
- E. Barillos
- 1. Dominicos
- 2. Franciscos Menores observantes.
- 4. Franciscos Descalzos.
- 5. Capuchinos.
- 6. Hermitaños de S. Agustin.
- 7. Reforma de Agustinos Descalzos.
- 8. Carmelitas Calzados.
- 9. Carmelitas Descalzos.
- 10. Trinitarios Calzados.
- 11. Trinitarios Descalzos.
- 12. Mercenarios Calzados.
- 13. Mercenarios Descalzos.
- 15. Minimos.
- 16. Hospitalidad de Pobres Enfermos.
- 21. Canonigos Regulares de S. Antonio Abad.
- 25. Clerigos Regulares del Oratorio.
- 26. Clerigos Regulares Menores.
- 27. Clerigos Regulares Ministros de los Enfermos.

Hai en Toledo los Conventos siguientes: A. B. B. B. B. D. D. D. D. 1. 1. 1. 1. 2. 2. 2. 2. 2. 2. 2. 2. 4. 5. 6. 6. 6. 6. 6. 7. 8. 9. 9. 10. 11. 12. 15. 16. 21. 26. En Alcala de Henares B. E. 1. 1. 1. 2. 2. 2. 2. 2. 4. 5. 6. 6. 7. 8. 9. 9. 10. 11. 12. 13. 15. 16. 25. 26. 27.



TIERRAS DE ESPAÑA

Comisión coordinadora de la colección

TIERRAS DE ESPAÑA

José M.^a de Azcárate Ristori

*Catedrático de Historia del Arte Medieval, Árabe y Cristiano
de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad
Complutense de Madrid*

José Cepeda Adán

*Catedrático de Historia Moderna de España
en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad
Complutense de Madrid*

José Gudiol

*Arquitecto. Director del Instituto Amatller
de Arte Hispánico*

Antonio López Gómez

*Catedrático de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras
de la Universidad Autónoma de Madrid*

Juan Maluquer de Motes

*Catedrático Director del Instituto de Arqueología
de la Universidad de Barcelona*

Gratiniano Nieto Gallo

*Catedrático de Arqueología, Epigrafía y Numismática de la
Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma
de Madrid*

Francisco Yndurain Hernández

*Catedrático de Lengua y Literatura Española de la Facultad
de Filología de la Universidad
Complutense de Madrid*

CASTILLA LA NUEVA

Tomo I



PUBLICACIONES DE LA FUNDACION JUAN MARCH
EDITORIAL NOGUER, S. A.

Primera edición: noviembre de 1982
RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS
© Fundación Juan March, Castelló, 77 - Madrid, 1982
Coedición en exclusiva con Editorial Noguer, S. A., Barcelona
ISBN 84-7075-250-2 (obra completa)
ISBN 84-7075-251-0 (tomo I)
ISBN 84-279-8017-5 (obra completa)
ISBN 84-279-8018-3 (tomo I)
Depósito legal: S. S. 567-82
La Fundación Juan March no se solidariza
necesariamente con la opinión de los autores
cuyas obras publica.
Talleres Offset Nerecán, S. A., San Sebastián, 1982
Printed in Spain

CASTILLA LA NUEVA

I

INTRODUCCION GEOGRAFICA

Antonio López Gómez

INTRODUCCION HISTORICA

Manuel Fernández Alvarez

ARTE

José M.^a de Azcárate

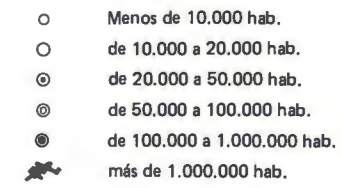
INTRODUCCION GEOGRAFICA

Antonio López Gómez

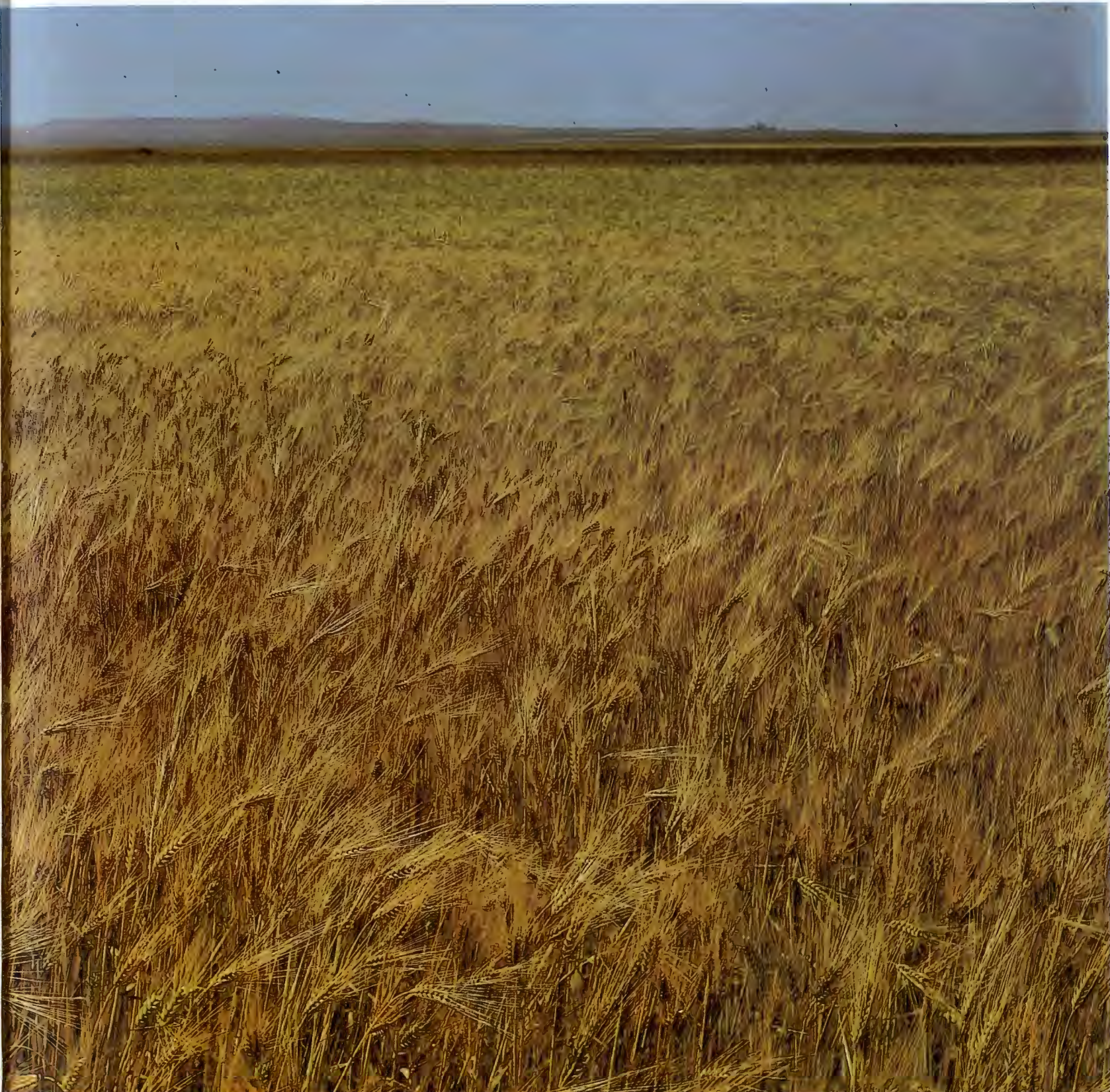
*Catedrático de Geografía
de la Universidad Autónoma de Madrid*

SIGNOS UTILIZADOS

Hipsometría



1. En los llanos cerealistas de Castilla la Nueva sigue siendo fundamental el trigo, pero destaca la expansión espectacular de la cebada



1. Grandes unidades del relieve

Los llanos y páramos centrales están encuadrados al norte, oeste y sur por viejos macizos realzados y al este por serranías más jóvenes



- | | | |
|------------------|----------------------------|--------------------------|
| Macizos antiguos | Serranías y fosas Ibéricas | Plataforma secundaria |
| Orla secundaria | Llanos y páramos centrales | Afloramientos volcánicos |

Castilla la Nueva se halla bien definida en sus rasgos geográficos esenciales, salvo en el SE. Es un territorio de llanos centrales rodeados en su mayor parte por sierras y parameras, con un clima mediterráneo continental de veranos secos y cálidos e inviernos fríos. Dentro de la submeseta meridional la diferenciación con Extremadura, al oeste, se marca allí porque predomina el roquedo del viejo macizo arrasado, en cuyo tránsito desde las llanuras arcillosas castellanas se encajan el Tajo y el Guadiana; el clima extremeño es también de temperaturas más altas y, en general, mayores lluvias y son más extensos los encinares. Asimismo la evolución histórica medieval fue distinta, ligada al reino leonés, con población y propiedad más concentradas y mayor importancia de la ganadería. En cambio por el sureste la antigua separación de Albacete — incluido en el reino murciano — está totalmente sobrepasada por las semejanzas naturales y económicas, las cuales se consideran dominantes y así se reflejan en la división territorial autonómica. Castilla la Nueva es una región esencialmente agraria, de anchos secanos cerealistas, viñedos y olivares, con regadíos en las vegas y ganadería dominante en las sierras; con pequeños pueblos en la zona septentrional y grandes en la meridional. A ello se superpone la compleja urbe madrileña, capital política y también gran centro industrial, mercantil y cultural, con una extensa área suburbana inmediata. Su influencia determina una organización funcional que afecta a casi toda la submeseta meridional y aun rebasa la cordillera Central. Sin embargo, en la ordenación autonómica se ha definido una región castellano-manchega con las provincias de Toledo, Ciudad Real, Cuenca y Albacete, agrupadas sobre el común núcleo de la Mancha, y con ellas también Guadalajara, mientras que la de Madrid, como territorio propio de la capital de la nación, se configura aparte. Dada la índole de esta colección y estudiado Albacete en otro volumen, aquí nos referimos al espacio tradicional.

EL PAISAJE NATURAL

Llanuras y montañas

El antiguo y arrasado zócalo meseteño es roto y conmovido profundamente por los movimientos alpinos en la era terciaria y se elevan las montañas marginales: en el E las jóvenes serranías Ibéricas, de materiales secundarios plegados, en el resto viejos bloques realzados (sistema Central en el N, Sierra Morena en el S, Montes de Toledo en el W). En cambio el centro se hunde y allí se origina una gran cuenca que se rellena, en el período mioceno, con los materiales arrancados por la erosión en las montañas del contorno; a esa cuenca pertenecen la Mancha, la Alcarria y la fosa media del Tajo. El potente depósito arcilloso, de centenares de metros, con intercalaciones de yeso, se corona con una capa de «caliza de los páramos» — bien patente en la Alcarria — con arcillas de decalcificación en superficie.

Al concluir los tiempos terciarios, bajo un clima árido, tiene lugar la formación de rampas al pie de los montes y depósitos de gravas («rañas»); después se organiza la actual red de ríos, dirigidos hacia el SW en virtud de un movimiento de báscula de toda la Meseta. Se realiza entonces la disección del depósito de la cuenca, se forman los valles actuales y, debido a las alternancias bioclimáticas de los tiempos cuaternarios, los replanos de gravas, arenas y arcillas, a diversas alturas, que constituyen las terrazas a lo largo de los ríos; mientras que en las cumbres más altas del sistema Central tenían lugar fenómenos glaciares locales y, más generales, periglaciares.

Configurado así el relieve castellano pueden distinguirse en él diversas unidades. En el NE de la cuenca se encuentra la Alcarria, alto territorio (800-1.000 m) en que el Tajo, el Tajuña y sus afluentes, muy activos, han abierto valles relativamente estrechos, de laderas inclinadas y con barranqueras o «cárcavas» donde se ha perdido la cobertera forestal; mientras que arriba se mantiene la tabla caliza que

forma horizontales páramos alargados entre los ríos; en el festoneado borde la erosión aísla cerros-testigos que conservan aún la cobertera dura, con silueta de trapecio o de cono (Vallecas, Alcalá de Henares, Hita, Alarilla, etc.).

Hacia el oeste, en el borde de la Alcarria, se abre la amplia Campiña del Henares y, desaparecida la cobertura caliza, en las arcillas y arenas, las anchas vaguadas del Jarama, Manzanares, Guadarrama y Alberche, con suaves lomas intercaladas. Al sur y suroeste de Madrid el valle del Tajo se ensancha en las confluencias del Jarama (Aranjuez) y del Alberche (Talavera) y entre ambos lugares describe el río una amplia curva hacia el sur que encierra los fértiles llanos de la Sagra, alcanza el escalón duro que precede a los Montes de Toledo y allí excava la hoz que rodea esta ciudad.

La mayor parte de la región, todo el centro y sureste, corresponde a los llanos manchegos. Debido a la escasa fuerza erosiva del Guadiana, la primigenia horizontalidad se conserva en grandes extensiones, sólo rota en algunos lugares por chatas lomas, en las cuales se alzan los molinos quijotescos, y las amplísimas vaguadas del río principal y sus afluentes Záncara, Cigüela, Riansares, etc., perezosos y divagantes, incluso con una zona palustre en las «Tablas de Daimiel». Las escorrentías invernales se acumulan a veces en suaves hondonadas y originan charcas y lagunas salobres sin salida o «endorreicas» (Campo de Criptana, Lillo, Villacañas, Quero, etc.). En el extremo SE se encuentra, más alto, el Campo de Montiel, con sus calizas de la era secundaria ligeramente plegadas, y allí tiene su nacimiento el Guadiana, con el rosario de las lagunas de Ruidera en la inmediata provincia de Albacete; luego pierde su caudal en el subsuelo manchego, contribuyendo a formar un manto acuífero y a él pertenecen las surgencias de los «Ojos del Guadiana», cerca de Daimiel. Otro fenómeno fluvial muy notable ha tenido lugar, probablemente, en el margen oriental de la Mancha; allí un primitivo Júcar valenciano, con desnivel muy fuer-

2. El macizo de Cabezas de Hierro, en la sierra de Guadarrama



3. Laguna de Peñalara, de origen glaciar

te, ha tajado el escalón meseteño y penetrado en el interior, capturando y desviando hacia el Mediterráneo, en el codo cerca de La Roda, a otro Júcar castellano, en el cual se forman hondas gargantas (Alarcón) sobre las calizas secundarias del borde de la Mancha.

Limitando el horizonte de las llanuras se alza el incompleto cinturón montañoso. En el N, divisorio entre ambas Castillas, el sistema Central se inicia por suaves pliegues en terrenos secundarios que coronan elevados páramos o «altos» (Barahona, Miedes) en la raya soriana. Luego aparecen los materiales del viejo zócalo (cuarcitas y pizarras, más al oeste neis y granitos); son los restos de antiguas cadenas primarias y aun arcaicas, arrasadas y nuevamente afectadas por los movimientos alpinos terciarios, mediante roturas, con bloques realzados como las sierras del Alto Rey, Ocejón, Riaza o Ayllón, Somosierra y, sobre todo, Guadarrama, con el macizo de Peñalara (2.430 m) y paralelo a él, al S, el de La Maliciosa y Cabezas de Hierro; entre ambos se abre la fosa del alto Lozoya. En las cumbres más altas se alojan los circos originados por pequeños glaciares cuaternarios con sus morrenas y algunas lagunas (especialmente en Peñalara). También destacan las peculiares formas de los granitos, con bolas o «berrocales» abajo y agujas y yelmos arriba, sobre todo en la Pedriza de Manzanares o en la Cabrera. La forma maciza, general de la sierra, determina que los pasos sean altos y con frecuencia cubiertos por las nieves invernales: Somosierra (1.404 m), Navacerrada (1.860 m), Los Leones (1.516). Hacia el W la cordillera pierde altura, y más allá, el gran murallón de Gredos queda ya en Castilla la Vieja; únicamente corresponde aún a tierra toledana la vertiente S del alto valle del Tietar y la pequeña sierra de San Vicente.

Entre el Tajo y el Guadiana, el oeste de la Mancha, otros restos del viejo zócalo, roto y realzado, forman los Montes de Toledo, constituidos por valles excavados en las pizarras blandas y crestas en resalte en las cuarcitas duras, de modesta

4. Pedriza de Manzanares

altitud (Rocigalgo, 1.448 m), con diversas sierras más al S: Guadalerzas, Calderina, Pocito, Chorito, etc.; al pie son característicos los anchos replanos pedregosos de las «rañas». Al N se extiende un ancho peldaño de granito y neis hasta el mismo Tajo, el cual excava allí la hoz que rodea Toledo, ya mencionada.

La separación con Andalucía corresponde al escalón de Sierra Morena, debido a una gran falla (flexión en ciertos lugares) dirigida de NE a SW, en el borde meridional del zócalo meseteño. Los afluentes del Guadalquivir, muy activos por el fuerte desnivel, han cortado las viejas y arrasadas cadenas de cuarcitas y pizarras dejando en resalto diversas sierras: Mardona, Almadén, Alcudia, etc.; el paso más importante es el de Despeñaperros. Entre Sierra Morena y los Montes de Toledo, en el umbral que forma el Campo de Calatrava, en contacto con la Mancha, las fracturas del zócalo han permitido manifestaciones volcánicas en tiempos cuaternarios.

Por último, en el NE se halla el sistema Ibérico, de muy distinto carácter. Forma un haz de anchos pliegues con materiales fundamentalmente secundarios, en los cuales dominan las calizas. Después de la brecha Henares-Jalón constituyen la Paramera de Molina y más al S se abren en el abanico de la serranía de Cuenca: sierras de Tragacete (cerro de San Felipe 1.839 m), Bascuñana, Valdemeca, etc. En las potentes masas calcáreas los ríos cortan hoces impresionantes como las del alto Tajo y Guadiela (incluso en la aislada sierra de Altomira las de Entrepeñas y Buendía), también en el alto Júcar hasta la ciudad de Cuenca y en el Cabriel. Accidentes notables, igualmente, son las formas de disolución en ese roquedo: surgencias como las del nacimiento del río Cuervo (en el alto Guadiela), los hondos embudos de las «torcas», secas o con agua, de los Palancares y Cañada del Hoyo (cerca de Cuenca) o las extraordinarias formas de ruinas y callejones de la «Ciudad Encantada».



5. Los Montes de Toledo al fondo de un paisaje característico: cultivos de cereales y dehesa con encinas



Clima de fuertes contrastes

Entre las notas comunes de sequía estival e invierno frío que definen el clima continental mediterráneo, en Castilla la Nueva se registran temperaturas medias algo mayores que en las tierras del Duero, y menor pluviosidad, en general, e invierno más frío que en Extremadura. La temperatura media en enero oscila entre 3 y 6° y se atenúa ligeramente hacia el oeste. Las heladas son frecuentes y en ocasiones se retrasan en primavera o se adelantan en otoño con graves daños para los cultivos. La época lluviosa presenta dos máximos, en otoño-comienzos de invierno y a finales de invierno-primavera, con tiempo variable en que alternan días lluviosos y claros, con cambio de temperatura (aire templado del S o frío del N) al paso de las borrascas atlánticas con sus frentes cálidos y fríos, que se mueven de oeste a este en relación con la corriente en chorro superior y sus ondulaciones, o bien «gotas frías» cuando aquéllas se estrangulan. Las lluvias se producen generalmente con vientos del S o SW (en Madrid se dice «aire toledano, agua en la mano»), ya que los del NW y del N tienen que salvar el sistema Central y luego, al descender el aire, se calienta y aleja del punto de saturación, así se observan densos nubarrones oscuros en la sierra del Guadarrama pero en Madrid no llueve.

Las nevadas generales son distintas; ocurren con un gran anticiclón en el Atlántico septentrional, alargado de N a S, entonces nos asalta con rapidez aire ártico o polar marítimo muy frío, húmedo e inestable. También se producen nevadas en Castilla la Nueva, sobre todo en las sierras expuestas al S, cuando una borrasca por el SW de la Península lanza aire muy húmedo que se eleva sobre el frío estancado en el interior.

En enero sobre todo, de manera esporádica, las lluvias cesan durante algún tiempo debido a una situación anticiclónica de origen muy diverso — alta presión en el NW, en el mar Céltico, en Centroeuropa, etc. — y en relación con



una onda hacia el N en la circulación superior, pero no se forma por frío en la misma Península y no existe, por tanto, el pretendido monzón ibérico de invierno. En ocasiones pueden llegar olas de aire frío y seco del NE, sobre todo cuando hay un potente anticiclón sobre Escandinavia. En circunstancias de alta presión el aire está en calma, despejado y tiende a descender; la pérdida de calor por la irradiación del suelo es intensa durante las largas noches, ello ocasiona que el aire de las capas bajas se enfríe mucho, de tal manera que, al revés de lo normal, la temperatura cerca del suelo es inferior a la que se registra más arriba, fenómeno llamado «inversión térmica».

En bastantes ocasiones esa situación coincide con una gran lengua de aire del sur en altura (desde unos 1.500 m), relativamente cálido para su altitud; entonces la inversión térmica es tan acusada que la temperatura mínima en Madrid puede ser 5 y hasta 10° más baja que en la sierra de Guadarrama. Con ese aire quieto los humos y gases nocivos no se diluyen y la contaminación urbana puede llegar a ser grave.

Finalmente, en el verano, sobre todo en julio y agosto, invade el aire cálido y húmedo, pero estable y por tanto sin lluvias, del anticiclón de las Azores, situado frente a la Península, mientras que las borrascas pasan muy al N. La fuerte in-

solación recalienta el suelo y se producen bajas presiones pero sólo en las capas inferiores y únicamente se forman tormentas aisladas —sobre todo cerca de las sierras— a veces muy aparatosas y con graves daños locales; tampoco hay, por consiguiente, un supuesto monzón de verano. Es la época de sequía y calor generales, salvo en las montañas. En ocasiones puede adelantarse esta situación en primavera o alargarse al otoño —como ha ocurrido en 1980 y 1981— con gravísimas consecuencias. Aunque esta sucesión del tiempo es general para toda Castilla la Nueva, la situación comarcal y el relieve originan notables diferencias. Las precipitaciones



son mucho menores en los llanos centrales, menos de 500 y aun de 400 mm (que equivalen a litros por metro cuadrado), mientras que llegan a 600 mm en los bordes y pasan de esa cifra en las sierras, por ejemplo 375 mm en Toledo, 438 mm en Madrid, 984 en Cuenca y 1.170 en Navacerrada. En cuanto a las temperaturas también disminuyen con la altitud de forma notoria: en enero en Madrid (a 667 m) son 5°, en Cuenca (a 957 m) bajan a 3° y en Navacerrada (a 1.894 m) solamente -1°; en Cuenca se han registrado mínimas absolutas de -20° y en Molina de Aragón hasta -28°. Igualmente ocurre en verano; en julio la media en Madrid es de 24°, en Cuenca de 22° y en Navacerrada de 16°; se han alcanzado máximas absolutas superiores a 42° en Toledo y 44° en Ciudad Real. Tales cifras se refieren a los observatorios, que reflejan las condiciones del ambiente natural, en cambio dentro de las ciudades, sobre todo en la gran urbe madrileña, la masa de edificaciones y las emisiones de calor artificial ocasionan temperaturas 1 ó 2 grados más altas que en el campo alrededor; asimismo parece que hay más días lluviosos debido a que la contaminación produce más núcleos de condensación.

Vegetación natural muy degradada

En los terrenos susceptibles de cultivo la vegetación natural ha desaparecido en general, o quedado reducida a islotes; sólo en las sierras o en algunos páramos o lugares protegidos para la caza —ejemplo destacado es el monte madrileño de El Pardo— constituye un elemento destacado del paisaje; pero incluso allí muchos de los antiguos bosques han sido degradados en monte bajo o matorral debido a la acción del hombre. Como en la mayor parte de la España seca, la encina, con su redondeada y oscura masa de hojas persistentes, es el árbol típico, pero pocas veces en forma de auténtico bosque con su cortejo arbustivo, en el cual figura el madroño simbóli-

11. Pinar de «*pinus silvestris*», en el Guadarrama



12. Jaral en flor, en la sierra de Alto Rey (Guadalajara)



co de Madrid. Lo más frecuente es la forma adhesionada o abierta, con los árboles más separados, copas muy anchas por las podas y escaso sotobosque, o sin él, para utilizar mejor las hierbas e incluso realizar cultivos cada varios años. Por gradaciones sucesivas se llega al pastizal o tierra de labor con árboles cada vez más aislados. Otra forma muy corriente es la de monte bajo, cuando las cortas muy repetidas y el pastoreo impiden a las encinas desarrollarse y quedan reducidas al tamaño de arbolillos y matas. El alcornoque sólo se encuentra en los sitios más húmedos y occidentales. Mucho menos extendidos son los robles; más exigentes en agua y desnudos en in-

vierno, aparecen en umbrías y tierras más altas. Bastante afín a la encina es el «roble enciniego» o quejigo, de hojas aserradas, con especies de terrenos silíceos y calcáreos; más humedad necesita el rebollo, melojo o marojo, de hojas grandes y muy lobuladas. Muy escasos y sólo en ciertos enclaves son los auténticos robles norteños, de hojas más pequeñas y lóbulos menores. También los robledales han sido muy atacados y reducidos muchas veces a monte bajo. Reliquia ecológica son los hayedos del N de Madrid (Montejo) y NW de Guadalajara (Cantalojas), los más meridionales, que perviven en un rincón serrano muy húmedo y son huella de su avance en épocas cuaternarias.

Pero el árbol más frecuente en el sistema Central y serranías orientales es el pino, de diversas especies, sobrio y de crecimiento más rápido, por ello se extendió a costa de las especies de hoja plana. Asimismo las actuales repoblaciones se hacen con pinos, normalmente donde nunca los hubo, con lo cual cambia radicalmente el paisaje. En el sistema Central hay buenas masas del majestuoso pino «silvestre», albar o de Valsafn; también se encuentra en las zonas más altas de la serranía conquense, pero la mayoría de los pinares en las sierras calizas son de pino laricio (también hay allí sabinas), mientras que el pinaster o «rodeno» domina en las areniscas. En los sitios más



secos se encuentra el pino carrasco o mediterráneo y en llanos arenosos el piñonero de redonda copa, por ejemplo en el oeste de Madrid.

Entre las formaciones arbóreas han de señalarse, por último, los sotos en las riberas, compuestos de chopos o álamos variados, olmos o álamos negros y sauces diversos.

Las cortas y el pastoreo excesivo, unidos a incendios casuales o provocados, arruinan el bosque, empobrecen el suelo y dan paso al monte bajo, ya con abundancia de especies arbustivas y si el proceso se intensifica es completa la invasión por el matorral de arbustos leñosos. Éstos, que formaban el cortejo de los árboles

en el sotobosque, quedan ahora como dueños absolutos; entre los más frecuentes, según la calidad del suelo, la humedad, la temperatura, etc., han de señalarse las retamas, «escobas» y piorno, las jaras, los brezos, los enebros, la coscoja y la aliaga. Menor porte aún tienen los aromáticos cantueso, romero y espliego y sobre todo los tomillos, que, con sus pequeñas matas espaciadas, representan la última etapa de degradación.

La existencia de auténticas zonas esteparias, donde no es posible el arbolado, es tema muy discutido; parece que la pretendida «estepa central», que abarcaría gran parte de la Mancha, es en realidad degradación extrema de antiguos encina-

res, pero en los sitios más áridos es posible que la vegetación natural haya sido siempre el esparto o atocha con otras herbáceas duras y pequeñas matas. Un caso especial son los terrenos con gran abundancia de sales, los cuales únicamente soportan ciertas plantas *halófilas*, las «barrilleras», cuyas cenizas se utilizaban antes del descubrimiento de la sosa industrial en el siglo XIX. Finalmente otros espacios desarbolados muy distintos son las zonas cimeras de las sierras; en los sitios pedregosos aparece un matorral achaparrado de piorno, enebro rastrero, etc., y en los suelos mejores praderas de hierba corta y apretada que forman excelentes pastizales de verano.

La vida animal sólo representa un pequeño complemento del paisaje en los lugares más apartados. Invertebrados poco visibles, mamíferos menores y reptiles, bandadas de pájaros, aves rapaces en las sierras y acuáticas en algunas zonas palustres, escasísimos lince y gatos salvajes, etc.; en cambio, debido al éxodo rural, hay más lobos y proliferan los jabalíes en los montes, mientras que ciervos o venados, gamos y cabras montesas son esencialmente de repoblación y cuidados con fines venatorios, cada vez más extendidos y comercializados. Asimismo es notable la caza de la perdiz.

Ríos dominados

Los ríos castellanos responden al clima de fuertes contrastes, tienen aguas altas en primavera en que se unen las lluvias y la fusión de las nieves serranas, y en otoño-comienzos del invierno de carácter pluvial, con acusado estiaje en el seco ve-

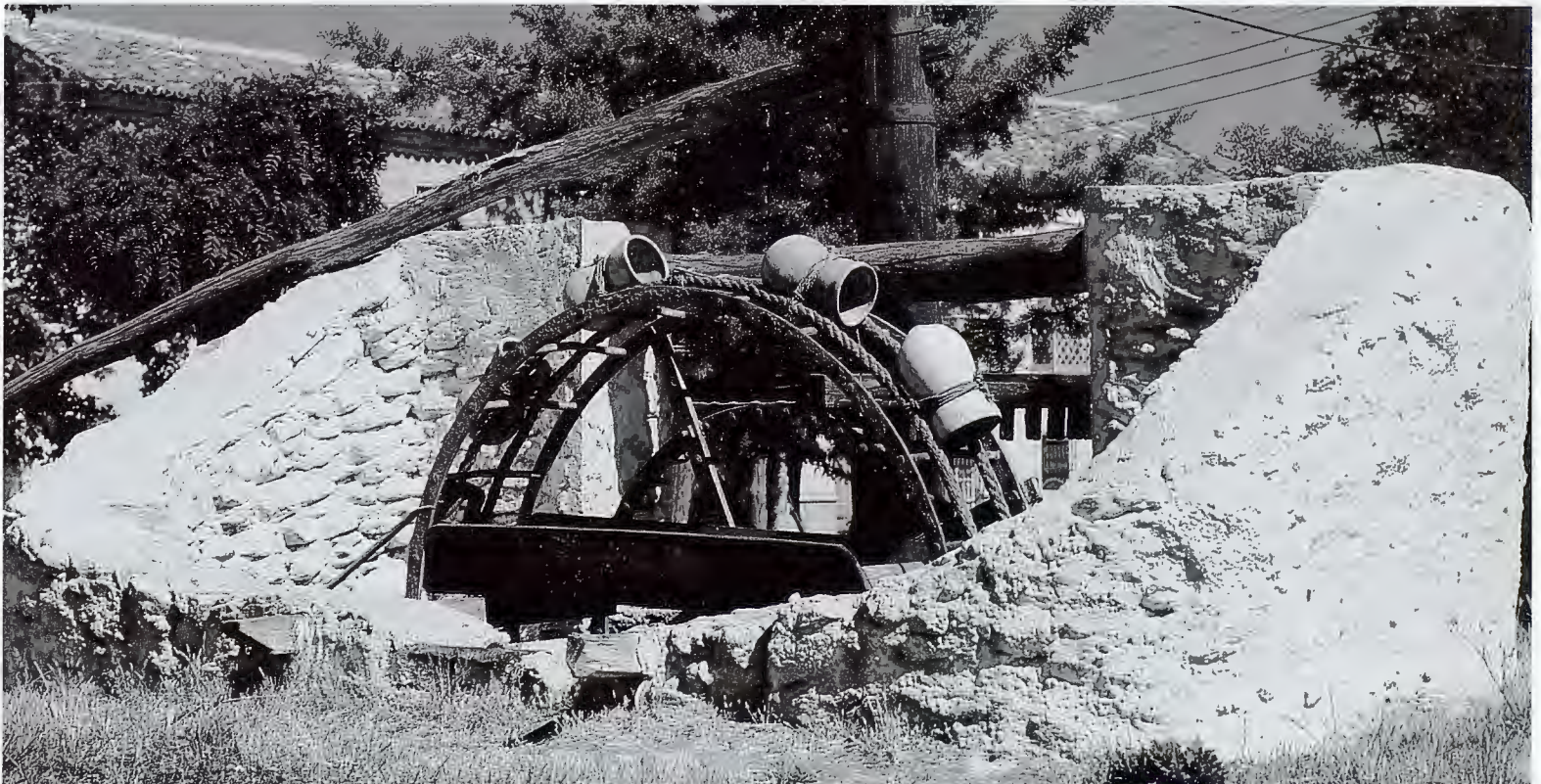
rano. Pero el intenso aprovechamiento para riegos y electricidad, mediante numerosos embalses en las últimas décadas, ha alterado por completo su régimen natural. Sin embargo, en buena parte las aguas embalsadas para riego no benefician a la región sino a las vecinas. En el Tajo y Guadiela destacan los colosales pantanos de cabecera de Entrepeñas y Buendía, de regulación general; más abajo de Toledo, el de Castrejón y luego el de Azután, que inicia la serie proseguida en Cáceres, de finalidad hidroeléctrica. Los afluentes nacidos en el sistema Central, los más importantes, se emplean esencialmente para abastecimiento de Madrid, excepto el Henares y Tajuña para riegos y el Alberche también para energía eléctrica. La utilización de excedentes del alto Tajo mediante el transvase al Segura, ya concluido, es objeto de discusiones por los regantes meseteros y además aumenta la contaminación del río, que se percibe ya en Toledo. En el Júcar, aparte del aprovechamiento

hidroeléctrico en la sierra, cerca de su salida de tierras castellanas es represado en el gran reservorio de Alarcón, y asimismo el Cabriel en Contreras, con lo cual se regulan los caudales para las plantas hidroeléctricas de aguas abajo y para los regadíos de la Ribera valenciana. En cuanto al Guadiana, dados sus caracteres sólo puede aprovecharse en la cabecera con el embalse de Peñarroya y, ya en la entrada de Extremadura, en Cíjara y otros para los riegos del Plan Badajoz.

LAS ACTIVIDADES ECONÓMICAS

Algunos antecedentes históricos

Los pueblos protohistóricos que habitaban el actual territorio de Castilla la Nueva tenían una forma de vida esencialmente pastoril, pero con la romaniza-



ción se extendió la agricultura, se explotó el yacimiento de cinabrio de *Sisapo* (Almadén), los de oro de La Nava de Jadraque (en el N de Guadalajara) y La Nava de Ricomalillo (en el W de Toledo) y los de galena argentífera de Sierra Morena. La red de calzadas fue esencial para las comunicaciones, con su eje por el Henares-Tajo. También sería favorable la época musulmana; se desarrollarían los regadíos locales, entre los cuales los de noria, se introdujo probablemente la seda y se continuó explotando el yacimiento de Almadén, que adquirió su nombre actual. Con la Reconquista alcanzó gran importancia el ganado lanar trashumante, favorecido por las grandes posesiones de las Órdenes militares y la nobleza así como por la organización y privilegios de la Mesta (1273). Notable importancia, por las dificultades de comunicaciones, tenía el abastecimiento de sal que se realizaba mediante las salinas de la región, especialmente en Imón y su comarca (NE de Guadalajara).

El siglo XVI destaca con la expansión del trigo, merced al aumento de precios y la sustitución del ganado vacuno por el mular en las labores; se realizaron rotaciones de comunes y baldíos, sobre todo en el N de la región (Guadalajara por ejemplo), se hicieron canales de riego en Aranjuez y el embalse llamado «mar de Ontígola». Conservaba su importancia la ganadería trashumante y dentro de la región las zonas de invernaderos se hallaban en el sistema Central y serranía de Cuenca y los agostaderos en Sierra Morena (principalmente el valle de Alcudía). Aparte de las cañadas conquenses, más cortas, que en su mayoría empalman con la soriana, ésta y la segoviana son las dos grandes que cruzan la región de N a S y llevan hasta los pastos septentrionales; también por el extremo W un pequeño tramo de la cañada leonesa, por Talavera camino de Extremadura. Cuenca era gran centro textil de lanas, así como Talavera y Toledo; en estas dos también de seda, sobre todo en la última, tal vez con 20.000 telares e igualmente artesanía de espadas y cuchi-

llería, orfebrería y platería, en general «una industria de calidad y lujo» (Terán). Se mantenían activas las salinas, que Felipe II incorporó a la corona, se explotaban las minas de galena argentífera de Sierra Morena y las de mercurio de Almadén (éstas arrendadas a los Fugger). Después del gran paréntesis negativo de finales del XVI y el XVII, con el desarrollo económico general del XVIII, se extiende el cultivo del trigo y considerablemente el de la vid en la Mancha, se realiza la presa para el canal del Gran Prior en el Guadiana, aguas abajo de Ruidera, nuevos canales en el Jarama, y en Aranjuez se establecieron horticultores especializados valencianos, napolitanos y flamencos (cortijos de San Isidro y La Flamenca) para mejorar los cultivos. Asimismo se protegió la industria mediante fábricas de armas en Toledo, de sedas en Talavera, de paños en Guadalajara, en San Fernando de Henares y Brihuega, impulso ya iniciado a finales del XVII con la de Sigüenza; la de porcelana de Madrid (Buen Retiro) tiene específico carácter cortesano y de lujo. También mejoraron las comunicaciones con obras diversas en las carreteras principales (puerto del León en el Guadarrama, «puente largo» del Jarama en Aranjuez). En el siglo XIX se extiende el trigo y el olivo por tierras marginales manchegas y a finales de aquella centuria es la época dorada del viñedo, favorecido por la crisis de la filoxera en Francia, que luego también afectaría a la región. Un duro golpe para las merinas trashumantes sería la abolición de los privilegios de la Mesta (1837), y la Desamortización representó grave daño para los bienes comunales, se cortaron numerosos encinares y no significó reparto notable de la propiedad, sino más bien cambio a manos de particulares acaudalados, nobles o burgueses. En la minería se reanimaron las labores de galena en Sierra Morena, se mantenían activas las salinas, favorecidas por el desestanco de la sal, Almadén estaba ahora en manos de los Rothschild y en 1844 se descubrió el yacimiento de plata de Hiendelaencina (N de

Guadalajara), de prodigiosa riqueza aunque pequeña extensión, que con altibajos se mantuvo activo hasta la primera Guerra Mundial; en cambio fracasaron los intentos de reanimar las de oro romanas de La Nava de Jadraque. Descubrimiento de gran importancia para la industria y los ferrocarriles fue el del yacimiento de hulla de Puertollano (1873), que alcanzó unas 300.000 toneladas de producción al doblar el siglo y un máximo fulminante durante la Guerra Europea, hasta cerca del millón de toneladas en 1918. La industria sólo inició un tímido despegue en Madrid y el hecho fundamental, quizá, fue la creación de la red radial de ferrocarriles, iniciada en 1851 con el tramo de Madrid a Aranjuez (en cambio no tuvieron éxito los comarcales de vía estrecha); con el tren se abre una nueva etapa en el movimiento de personas y mercancías, favorece los intercambios y permite nuevas actividades y una especialización en las más rentables.

Agricultura de tipo mediterráneo

La mayor parte de las explotaciones son en propiedad, entre el 72-79 % de la superficie; el resto corresponde a otras diversas formas: arrendamiento, aparcería, régimen comunal, etc. La distribución por tamaños ofrece contrastes muy marcados entre los extremos. Según el censo agrario de 1972 las explotaciones mínimas, menores de 1 ha, son insignificantes en extensión total (0,1-0,3 % según las provincias) y reducido el número (como máximo 10 %), por ello las englobamos en el grupo hasta 10 ha o pequeña explotación; éste ocupa únicamente el 5-8 % de superficie, pero le corresponde un número muy elevado, más de la mitad para el conjunto regional, desde el 44 % en Guadalajara y 53 % en Cuenca hasta el 60 % o más en las otras provincias. Salvo en regadío, son muy escasas las posibilidades que ofrece tal minifundismo, sobre todo en montaña; esa escasez de tierras y la inviabilidad de muchas explotaciones es el gran drama rural y su

15. *Olivar y cereal en los alrededores de Hita (Guadalajara)*

16. *Campos de girasoles (Cuenca)*



consecuencia lógica, el éxodo. El grupo medio, entre 10-100 ha es bastante equilibrado, supone el 30-40 % de la superficie, según las provincias, y el 30-50 % de las explotaciones. Por el contrario, las grandes, mayores de 100 ha sólo representan el 4-5 % pero ocupan el 57-65 % de la extensión; aunque muchas veces sean de monte o pastizal revelan una concentración muy grande y se manifiesta más todavía considerando aparte las mayores de 300 ha; éstas solas ya cubren el 40-55 % del suelo pero únicamente son el 1 ó 2 % del total. Sin duda la explotación moderna mecanizada y rentable, que mantiene al campesino en el terruño y mejora los rendimientos, necesita extensiones relativamente grandes, pero la notoria desigualdad entre los extremos conducirá fatalmente, si no se corrige, al abandono de las explotaciones pequeñas y la despoblación de las comarcas más pobres.

La tierra cultivada, en el conjunto de la región, representa el 51 % de la superficie, prados y pastizales 11 %, espacio forestal 23 % (pero sólo un tercio arbolado), erial a pastos 8 % y el resto (7 %) improductivo, no agrícola, etc. Las diferencias son importantes entre las diversas provincias, esencialmente según el relieve de llanos o montañas; en Toledo las tierras labradas son el doble que las otras, disminuye la proporción en Ciudad Real, se invierte ya en Madrid y Cuenca y sobre todo en Guadalajara, donde las no labradas son bastante más.

Es una agricultura mediterránea genuina basada en la trilogía clásica del trigo, vid y olivo. Lugar muy destacado ocupan los cultivos herbáceos de secano (69 %), con el sistema tradicional de año y vez, correspondiendo al barbecho el 40 % de esas tierras de labor; solamente en las mejores, con mayor laboreo merced a la mecanización y abonado químico, se intensifica mediante la alternativa trigo-cebada-barbecho o la intercalación de leguminosas. En algunas zonas serranas (por ejemplo, en el N de Guadalajara) aún perviven sistemas de campo abierto con división del terrazgo en dos hojas

17. Trigales y viñedos cerca de Almodóvar del Campo (Ciudad Real)



18. Viñedo en la zona de Manzanares, en la Mancha



generales obligatorias, de siembra («añada») y de barbecho, para utilización colectiva del rastrojo y las hierbas del barbecho (con alza muy tardía) mediante rebaños comunales. Recuerdo también del pasado son las «rozas» o roturaciones del matorral en terrenos del común, con reparto de «suertes» temporales, hoy en desaparición.

Como zonas cerealistas destacan la Sagra toledana y algunas zonas manchegas orientales; el trigo sigue siendo fundamental, pero ha sido superado en extensión y en cosecha por la moderna expansión de la cebada; lugar muy secundario, en las tierras peores o más frías, corresponde a la avena y el centeno. Extraordinario desarrollo ha tenido el girasol, hoy el tercer cultivo herbáceo por la superficie (cerca de 200.000 ha), en su mayoría en la provincia de Cuenca. Entre las leguminosas de consumo humano destaca la lenteja; es la primera región productora de España (cerca de la mitad), esencialmente en Cuenca y Toledo; en segundo lugar figuran los garbanzos; en las de pienso, los yeros (primera región española) y después la veza (la mayoría para forraje). Desarrollo muy notable tiene el ajo (en Cuenca sobre todo); por el contrario, se halla en franco retroceso un típico cultivo manchego como el azafrán (1.400 ha en secano y regadío).

El viñedo, esencialmente para vino, ocupa el segundo lugar por la superficie con 634.000 ha (17 % de la cultivada) que significa el 37 % de la española. Corresponde a la Mancha lugar muy destacado, con la provincia de Ciudad Real a la cabeza, especialmente la zona entre Tomelloso-Manzanares-Valdepeñas-Daimiel, con fuertes vinos de pasto, muy utilizados también en destilería y para encabezar otros; continúa la zona productora por Toledo (Mora especialmente) y Cuenca. Espacios menores ocupa en Arganda y Navalcarnero, en Madrid, y en Métrida (Toledo), mientras que en la Alcarria ha disminuido mucho.

El olivo cubre 290.000 ha (el 8 % de la superficie cultivada), con la mayor ex-





tensión en las zonas meridional y occidental de la Mancha, en Ciudad Real y Toledo. Si se exceptúa la comarca fronteriza de los Arribes del Duero, el sistema Central representa, precisamente, el límite N del olivar en la Meseta.

Corresponden a regadíos unas 230.000 ha, el 6,3 % del suelo cultivado. Los más importantes se encuentran en Aranjuez y Talavera y en las vegas del Jarama, Tajuña y Henares; obra notable ha sido el canal del bajo Alberche con el embalse de Cazalegas (1949) y sobre todo los dos gigantes del alto Tajo y Guadiela (Entrepeñas, 1956, y Buendía, 1957) que han supuesto la completa regulación del curso medio para riegos y energía. El transvase al Segura del caudal considerado excedente ha motivado grandiosas obras de canales, túneles y acueductos hasta el embalse de Alarcón y desde éste al de Talave, en el Mundo, donde las aguas se incorporan al sistema del Segura; ya nos referimos antes a los problemas que se han planteado con este motivo. Los también gigantes embalses de Alarcón, en el Júcar, y Contreras, en el Cabriel, sirven únicamente para los riegos de la Ribera valenciana.

En los llanos de la Mancha, en los bordes sobre todo, con aguas freáticas muy someras, son numerosos los pozos, antiguo con norias, hoy con motobombas; además, al anterior embalse de Gasset, en el NW, se ha añadido el de El Vicario (1973) y en el SE el más importante de Peñarroya (1959), aguas abajo de Ruidera, con el canal del Guadiana. En total la provincia de Ciudad Real ocupa ahora el primer puesto en cultivos de regadío (43 % de éstos), pero en buena parte son cereales. La existencia de extensos mantos acuíferos en la Mancha supone una gran reserva para futuros regadíos. Las cosechas son muy diversas, las mayores superficies corresponden a hortalizas variadas (tomates y cebollas en primer lugar, judías para grano y verde, etc.), forrajes (fundamentalmente alfalfa), que han experimentado notable aumento, maíz e igualmente cebada y trigo, sobre todo en Ciudad Real, frutales (man-



zana en primer término) y flores en la provincia de Madrid (sobre todo rosas). El algodón, introducido en la postguerra, y más tarde el arroz en la Mancha, han desaparecido. El tabaco sólo ocupa unos centenares de hectáreas en Toledo. En la ganadería figura en primer lugar el ovino, con más de dos millones de cabezas (15 % del total de España), principalmente en Ciudad Real, luego Cuenca y Toledo. Además de lana y carne, en la Mancha es importante la producción de leche para el típico queso. Han disminuido mucho las merinas, que aún utilizan como agostaderos los pastos de las sierras centrales y conquenses y como invernadero el valle de Alcudia, pero ahora el transporte se realiza por ferrocarril,

mientras que las grandes cañadas caen en desuso.

El vacuno asciende a unas 270.000 cabezas; en la sierra madrileña es notable el lechero de razas selectas, mientras que el autóctono mixto, de trabajo y carne, está relegado ahora a las sierras más ásperas; sin embargo, se tiende otra vez a proteger el destinado a carnes. El cabrío, poco más numeroso hoy, se halla en rápida disminución, mientras que el porcino se acerca a las 600.000 cabezas. Las especies equinas, en total, no llegan ahora a las 50.000 cabezas debido a la creciente mecanización de las labores y el transporte, salvo en las zonas montañosas.

Se ha incrementado notablemente la avi-

cultura industrial (tercer lugar en España) en la provincia de Madrid y en las inmediatas a Toledo y Guadalajara, también la apicultura, aunque en ésta la Alcarria ha perdido su antigua primacía.

Finalmente, en la superficie arbolada corresponde cerca de la mitad a las coníferas, con el pino laricio en primer lugar; en la obtención de maderas y resinas destaca la provincia de Cuenca y luego Guadalajara.

Industria moderna y concentrada

La minería tiene hoy escasa representación. Agotadas las mejores calidades, la producción de hulla de Puertollano, que

24. Un aspecto de las salinas de Imón
(Guadalajara)



25. Bodega en Valdepeñas

tuvo unos años de auge en la postguerra, se dedica esencialmente a las centrales térmicas. La destilación de pizarras bituminosas para aceites minerales, que motivó una gran factoría, ha sido sustituida por una refinería de petróleo que obtiene el crudo mediante un oleoducto desde el puerto de Málaga y se han añadido tres grandes factorías petroquímicas.

El yacimiento de cinabrio de Almadén sigue en explotación, por el Estado, y asegura a España el segundo puesto en la producción de mercurio (1.400 toneladas anuales); en cambio están casi paralizadas las minas de plomo argentífero de las sierras meridionales y las de hierro de Setiles y El Pobo en el E de Guadalajara. Siguen inactivas las de plata de Hiendelaencina (en el N de esa provincia) a pesar de diversas investigaciones, algún trabajo en la postguerra y rebusca en escombreras. También en decadencia están las salinas de la comarca de Imón (ya inactivas las más pequeñas) y las de Minglanilla en Cuenca, las cuales utilizan aguas que atraviesan horizontes salíferos del período triásico y antaño fueron esenciales para el abastecimiento de la región. Asimismo ha disminuido la cantería, especialmente de granito en el Guadarrama, para la construcción y antes pavimentos.

La producción de energía hidroeléctrica es muy importante en las diversas centrales del Alberche, el Júcar y, sobre todo, el Tajo, con la gran regulación moderna; incluso en horas muertas se eleva agua para volver a producir energía en las horas punta; también en el Tajo se encuentra la primera central nuclear construida en España, la de Zorita de los Canes, en Guadalajara. Finalmente, aguas abajo de Toledo, ha de citarse el embalse de Castrejón y, después de Talavera, el de Azután.

Importante problema hídrico es el abastecimiento de aguas a las ciudades, especialmente a la aglomeración madrileña; son básicos diversos embalses en el Lozoya, con aprovechamiento total ultimado con el grande del Atazar, así como otros pequeños en diversos ríos de la

sierra de Guadarrama, pero ya ha sido necesario acudir al Alberche, al Jarama y al Sorbe (afluente del Henares) y en el futuro seguramente al Tajo, con lo cual se acrecentarán los problemas referentes a éste. También se extraen del subsuelo cantidades notables y en rápido aumento, que plantean la necesidad urgente de una regulación general.

En las industrias manufactureras hay una división fundamental, entre las actividades tradicionales dispersas, en unos casos ancladas en el pasado, en otros modernizadas, y las industrias fabriles modernas, concentradas en la gran área madrileña salvo algunos otros puntos.

Como recuerdo de las artesanías tradicionales pueden citarse, entre otras que mantienen su prestigio antañón, pero muy reducido volumen, los damasquinados en Toledo, cuchillería en Minglanilla (Cuenca), en decadencia la de hoces de La Solana (Ciudad Real); bordados y encajes de Almagro (Ciudad Real) o Lagartera (Toledo); la cerámica artística de Talavera de la Reina y Puente del Arzobispo; en cambio, ha caído la de grandes tinajas para bodegas (sustituidas por las de cemento) de Colmenar de Oreja (Madrid): sólo hacen ahora algunas pequeñas para adorno; algunas alimenticias como mazapanes en Toledo, bizcochos en Guadalajara, etc., etc.

Las dispersas industrias derivadas de la agricultura mantienen esa difusión en las zonas productoras, pero en menos unidades y mucho mayores, localizadas sobre todo en la Mancha: grandes bodegas (particulares o de cooperativas) y destilerías (también destacan las de Chinchón), fábricas de aceite y de harina, que han sustituido a las bodegas y almazaras familiares y a los molinos hidráulicos o los de viento manchegos, éstos transformados para usos de ocio o arruinados, aunque alguno se conserva intacto.

En la industria fabril moderna hay una acentuada diferencia entre la gran aglomeración madrileña y el centro petroquímico de Puertollano, por una parte, y los diversos puntos dispersos y de importancia menor, que debieran poten-



ciarse mucho más para evitar los problemas de congestión actuales de Madrid y vitalizar otras comarcas. Tales son Alcázar de San Juan (talleres ferroviarios), Aranjuez (químicas, maderas), Talavera de la Reina (cerámica, muebles), Cuenca (maderas), factorías de cemento en Villaluga (Toledo), Meco y Matillas (Guadalajara), etc.

La industrialización de Madrid, lentamente iniciada en la segunda mitad del siglo XIX, aumenta en el primer tercio del siglo actual y, sobre todo, después de la guerra civil, por motivos diversos: determinaciones politicoeconómicas — más o menos manifiestas — de autarquía, proximidad al centro financiero, facilidad de comunicaciones que supone la red de ferrocarriles y carreteras, mano de obra acrecentada por la inmigración, gran mercado que supone una urbe en desarrollo rápido, etc.

La industria es sumamente variada: automóviles (Pegaso y Barreiros, hoy Chrysler), ferroviaria, aeronáutica, rodamientos a bolas, metalurgia muy diversa, eléctrica y telecomunicación, química y farmacéutica, mobiliario, artes gráficas, etc., etc. Actividad típica de gran aglomeración en desarrollo es también la construcción. La localización fabril antes de la guerra era esencialmente en la zona S de la ciudad, a favor de las estaciones ferroviarias y el suelo más barato; después ha traspuesto el río y se prolonga hasta empalmar con el centro surgido en Villaverde. También se había iniciado antes de la guerra en Getafe con industria aeronáutica, a las que siguen después otras variadas, especialmente metalurgia y asimismo en la inmediata localidad de Leganés. Otro sector moderno importante es el del NE, especialmente en la nueva salida en forma de autopista de la carretera de Barcelona y a lo largo de ésta hasta el río Jarama y, pasado éste, en Coslada-San Fernando y Torrejón de Ardoz, hasta empalmar con Alcalá de Henares, convertida en notable ciudad fabril; se constituye así el llamado «corredor industrial del Henares», en el cual, ya en la provincia de Guadalajara,



surge Azuqueca y los nuevos polígonos de la capital alcarreña. Finalmente, en el N, en la carretera de Burgos, las instalaciones de Alcobendas-San Sebastián de los Reyes. En conjunto el moderno desarrollo ha tomado una forma esencialmente tentacular. Pero ya se plantean problemas de excesiva concentración, tanto de instalaciones como de población, por lo cual se ha intentado un plan de descongestión creando polígonos industriales, que a su vez atraigan habitantes, en diversos lugares en torno a Madrid y alejados más de 50 km. Aparte de Aranda de Duero, fuera ya de la región, en ésta se iniciaron los de Guadalajara, con bastante éxito por la buena situación y constituir, en realidad, una prolongación del corredor del Henares; menos resultado ha tenido el de Toledo (también surgen instalaciones en diversas localidades intermedias a lo largo de la carretera) y apenas el de Manzanares, en la Mancha.

La crisis actual y la política autonómica plantean interrogantes de difícil respuesta para el futuro desarrollo industrial madrileño y castellano en general.

La red de comunicaciones mantiene acentuada centralidad, con siete líneas férreas radiales desde Madrid, dos de ellas posteriores a la guerra: el tramo central Cuenca-Utiel para el enlace directo con Valencia y la conclusión de la también directa a Burgos; en cambio se suprimieron tres comarcales de vía estrecha. Igualmente es radial la red de grandes carreteras, con seis nacionales, aparte de otras menores (Madrid-Toledo, Tarancón-Cuenca, etc.) y transversas, así como las comarcales y locales, en una red bastante densa. La transformación en vías rápidas múltiples afecta a pocas decenas de kilómetros en las salidas de Madrid y únicamente alcanza unos 60 km hacia el S, hasta Ocaña (bifurcación Andalucía y Alicante) y unos 100 al NW, con el cruce en túnel de peaje del difícil paso del Guadarrama (alto de los Leones) hasta Villacastín (Segovia).

El aeropuerto de Madrid-Barajas es el gran centro aéreo nacional y también

para las líneas españolas exteriores, asimismo numerosas extranjeras o escala hacia América central y meridional y África.

El gran peso de Madrid se manifiesta igualmente en los aspectos mercantiles, figurando muy detrás las capitales provinciales y algunos centros comarcales importantes y otros secundarios, mientras que los pequeños pierden vigor ante las facilidades que supone el tráfico automóvil para los otros; lo mismo ocurre también con sus ferias y mercados, en decadencia.

LA POBLACIÓN

Evolución

Carpetanos, vetones y oretanos, pueblos celtas del actual territorio neocastellano, probablemente también celtíberos en el NE, quedaron sumergidos por la romanización. Los largos siglos de paz y la extensión de la agricultura determinaron un notable aumento de población, mayores núcleos y el desarrollo de ciudades, entre las cuales ya destacó *Toletum*; pueden recordarse también *Segobriga*, cerca de Saelices (Cuenca), *Segontia* (Sigüenza) y *Complutum* (Alcalá de Henares) en la ruta de Aragón, *Consabura* (Consuegra), en el camino de Andalucía, *Caesarobriga* (probablemente Talavera), en la ruta del Tajo, etc.

Fue Toledo capital visigoda y también importante en la época musulmana; durante ésta mejoró la agricultura y crecía la población. Después, la toma de Toledo por Alfonso VI (1085) es decisiva para la repoblación cristiana del valle del Tajo, mientras que Cuenca, en el E, no sería dominada hasta 1177 por Alfonso VII; pasado el turbión de almorávides y almohades sigue la repoblación; sin embargo, después de las Navas de Tolosa (1212), al quedar abierto el camino del Guadalquivir, allí se trasladó el máximo interés, con perjuicio para las tierras castellanas (Terán).

Los diferentes sistemas de repoblación se traducen en la organización del poblamiento. Al N del Tajo, aproximadamente, es sobre todo concejil, en pequeños núcleos relativamente numerosos y próximos, con bastantes tierras comunales. En cambio, en el S hay grandes posesiones de las Órdenes militares (Calatrava, Santiago, San Juan), clero y nobleza, que cristalizan en núcleos grandes y separados, con extensos términos; bastantes poseen apelativos que recuerdan ese origen; como fundación regia destaca Ciudad Real, por Alfonso X en 1255.

En los tiempos modernos, el siglo XVI representa una época demográfica positiva; florecieron los municipios y en el censo de 1591 el territorio aproximado de Castilla la Nueva rebasaba el millón de habitantes. Por el contrario, el XVII fue notoriamente adverso: expulsión de los moriscos, guerras, pestes, hambres, con notable descenso de la población; sólo a finales de la centuria se inicia la recuperación.

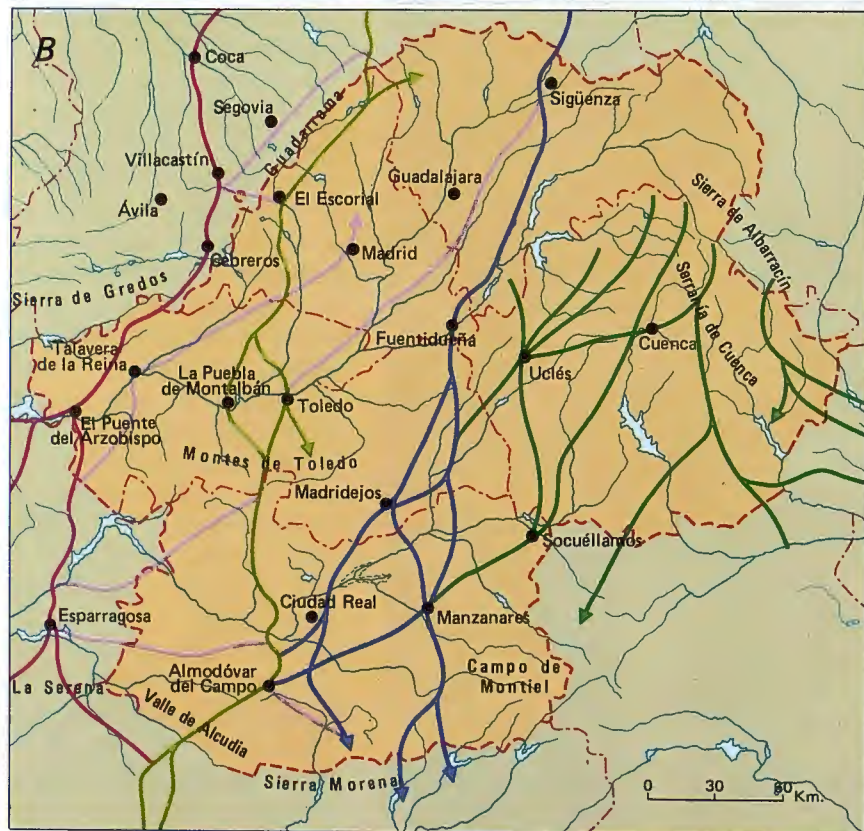
El XVIII es francamente positivo debido a la situación general y la expansión del trigo y la vid. Nuevamente sería desfavorable la primera mitad del XIX (guerras de la Independencia y carlistas, epidemia de cólera en 1836 y 1854), con descenso de la población manchega; pero después el aumento es general, sobre todo en la cuenca central. Más tarde se inicia el éxodo rural hacia las ciudades, acelerado en los últimos decenios.

Exceptuando la provincia de Madrid, donde el peso de la capital es muy perturbador, las otras cuatro pasaron de 1.148.000 habitantes en el año 1900 a 1.633.000 en 1950; es decir un aumento del 42%, aunque ya Guadalajara muestra un ligero descenso en esa fecha, en Cuenca y Toledo se manifiesta en 1960, después la caída es general y en 1981 suman 1.293.000, el 20% menos que en 1950. La provincia de Madrid es un caso aparte por el creciente peso de la capital y aumenta sin cesar, desde 775.000 en 1900, de los cuales 540.000 en el municipio madrileño, es decir el 28% de toda la región, hasta 1.926.000

2. Evolución histórica

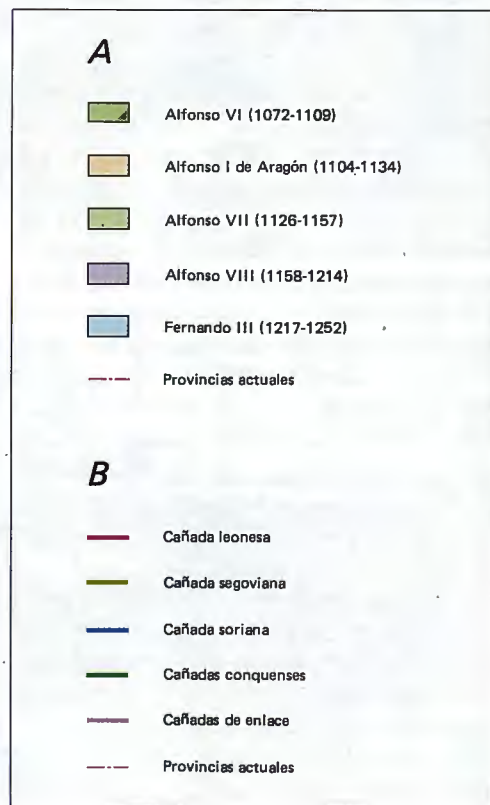
A. Etapas de avance de la Reconquista (según J. González).

B. Grandes cañadas ganaderas de la Mesta (según Dantín, Aitken, etc.)

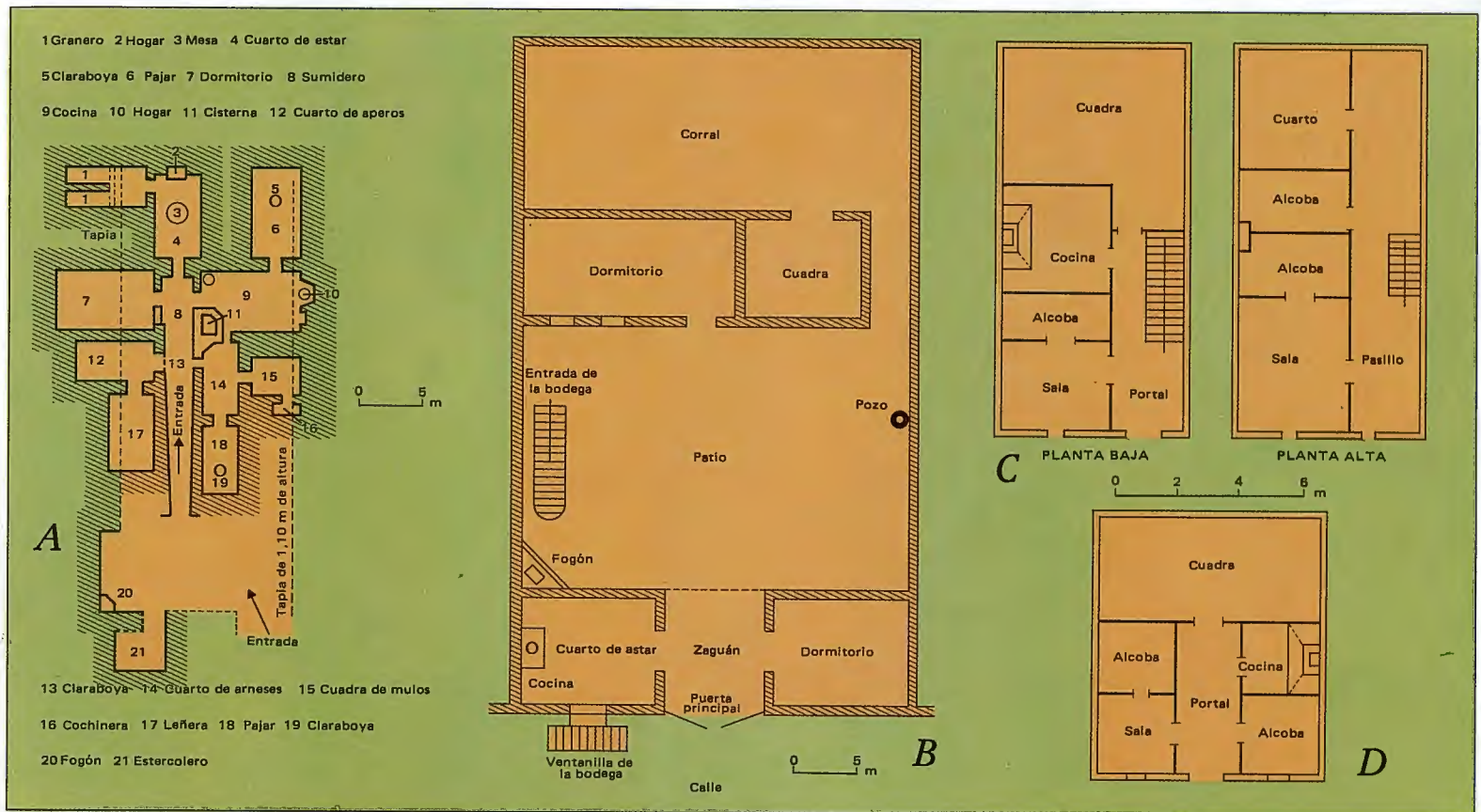


en 1950 (1,6 millones la capital) y 4.727.000 en 1981 (3,2 millones la capital, el 53 % de la región). En conjunto tiene Castilla la Nueva en esa fecha 6.020.000 habitantes, que suponen el 16 % de España.

El fenómeno de la emigración es grave en las provincias de más pobre agricultura como Guadalajara y Cuenca, que entre 1950-75 han perdido el 31 y 33 %, respectivamente, mientras que Ciudad Real y Toledo el 15 y 12 %, pero esas cifras serían mayores si se descuenta el crecimiento de Puertollano, Talavera y las capitales. No es un hecho únicamente actual: Guadalajara, Cuenca y Toledo han tenido balance migratorio negativo desde comienzos de siglo, Ciudad Real desde 1920, pero se acelera desde 1950. La emigración se dirige esencialmente a las aglomeraciones urbanas de Madrid, Valencia y Cataluña, salvo Guadalajara en que Valencia es sustituida por Aragón y Vascongadas; la emigración exterior tiene menor importancia. Además, el creci-



Tipos manchegos (según Jessen): A, casa-cueva (Villacañas, Toledo); B, con patio central y bodega (Tomelloso, Ciudad Real). Tipos serranos (según López Gómez): C, de dos plantas y desarrollo en profundidad (Romanillos, Guadalajara); D, elemental de una sola planta (El Ordial, Guadalajara)



miento natural es muy pequeño, en 1970 varía entre 2 por mil en Guadalajara y 9 por mil en Ciudad Real; es el resultado de la natalidad en descenso, en dicho año entre 12 por mil y 17 por mil en las citadas provincias (media nacional 21,5), debido a la emigración de jóvenes y al control; a la vez que la mortalidad, después del descenso general, se estabiliza alrededor del 9 por mil (media nacional 8).

La evolución se traduce en una pirámide de población envejecida, con típica forma de campana: alta proporción de viejos, acusado entrante en el grupo de 25-40 años por la emigración y también disminución en la base, hasta los 10 años, por la progresiva baja de natalidad. En cuanto a la estructura profesional, exceptuando siempre a Madrid, manifiesta el carácter esencialmente agrario de la región. El sector primario ocupa aún del 40 al 50 % de la población acti-

va, salvo en Ciudad Real donde es menor; el terciario supone el 30 % excepto en la última citada donde sube al 40 %, probablemente por la existencia de núcleos mayores, los cuales conllevan bastante ocupación en este sector. Finalmente el secundario oscila entre el 20-30 %, con las cifras mayores en Toledo. La crisis actual se manifiesta en un paro que alcanza al 10 % de la población activa, salvo en Cuenca, la mitad, por la menor industrialización. Parecidas cifras a las citadas presenta la provincia de Madrid si se exceptúa la aglomeración metropolitana; en esta última, como es lógico, la actividad agraria es mínima, únicamente del 1 al 3 % en los municipios del contorno de la capital y hasta 10 % en los más externos (Colmenar Viejo, Arganda, Aranjuez).

Poblamiento concentrado y densidad escasa

El pasado histórico, el predominio de la agricultura extensiva, el éxodo rural y el desarrollo de Madrid se conjugan para determinar un poblamiento rural concentrado, con baja densidad general y la sobreimposición de la aglomeración metropolitana.

Como ya se ha indicado es muy grande la diferencia en el poblamiento entre las zonas norte y sur, separadas aproximadamente por el Tajo medio. En la primera dominan los municipios pequeños en superficie y en población, la mayoría de menos de 1.000 habitantes o incluso menores de 100, generalmente con un solo núcleo de población, y relativamente próximos; tienen notoria semejanza con el valle del Duero, como ya expuso Quelle en un trabajo clásico; en los últimos años son frecuentes las fusiones o agre-

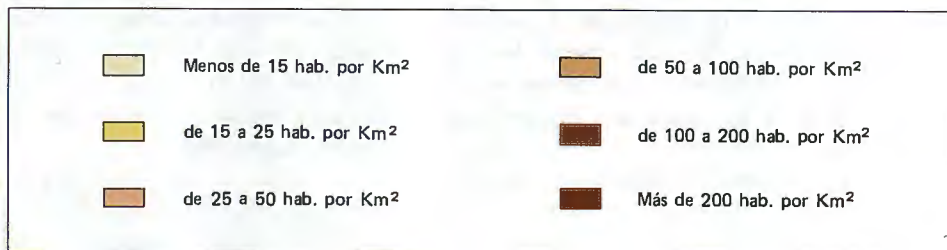
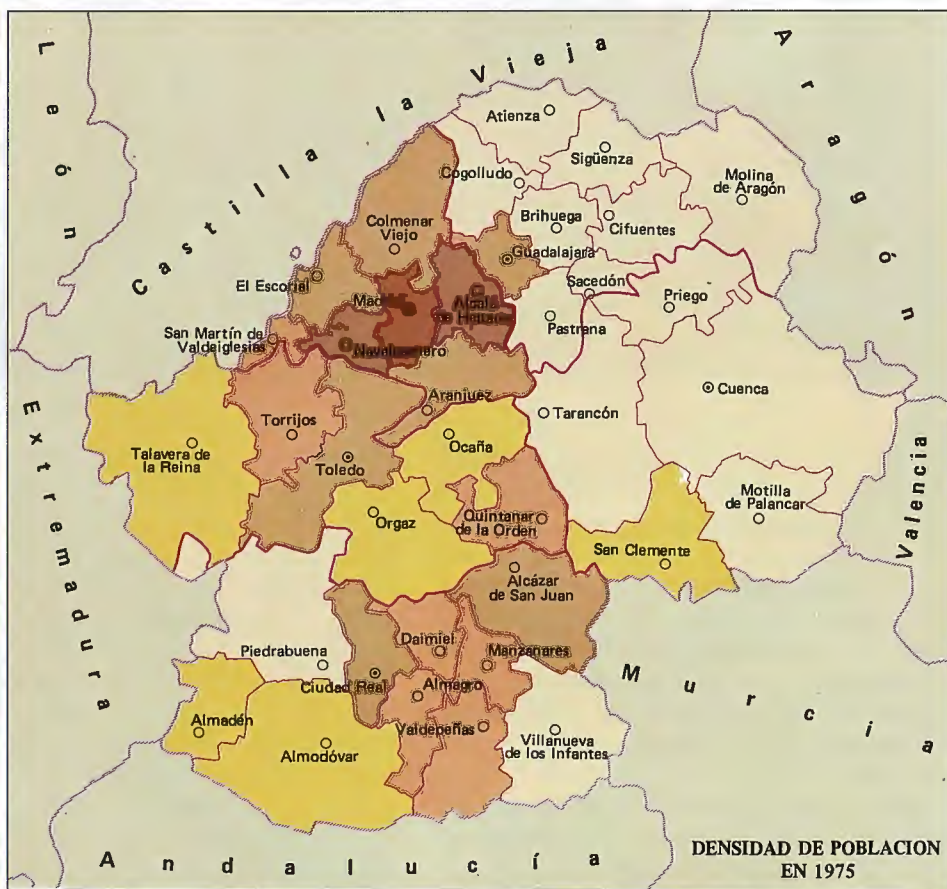
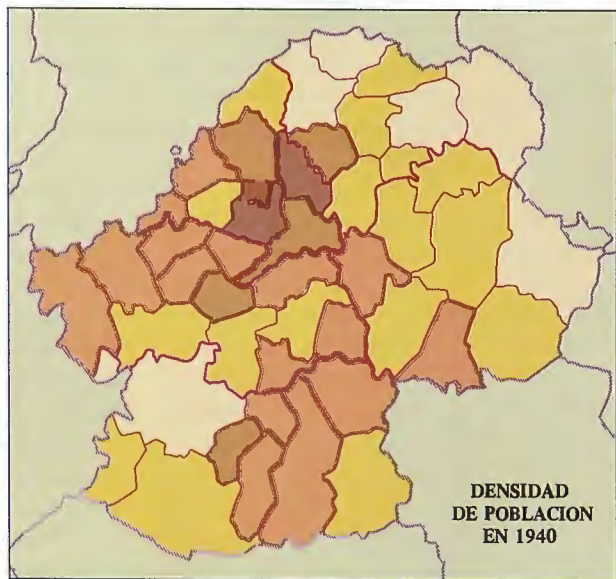
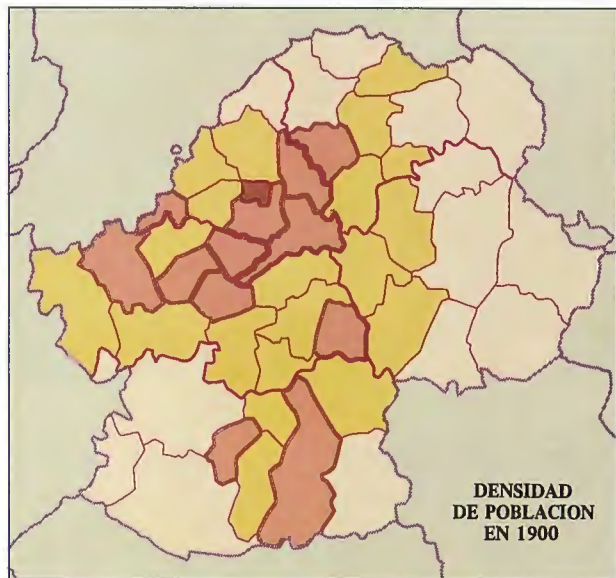
4. Densidad de población

Representación por partidos judiciales. Entre 1900 y 1940 se produce un crecimiento general. En 1975 se aprecia disminución o estancamiento por el intenso éxodo rural; sólo aumenta en el espacio bajo la influencia directa de Madrid y de algunas capitales de provincia

gaciones a otro mayor y en las zonas peores se hallan en trance de despoblación total o ya ha ocurrido ésta, por ejemplo en varios del norte de Guadalajara. En esta provincia, si se exceptúa la capital, sólo cinco superan los 2.000 habitantes sin llegar a 10.000 (intervalo considerado oficialmente como semirural), doce cuentan entre 1.000-2.000 y unos 280 son inferiores a 1.000, incluso un centenar menos de 100, a pesar de bastantes agregaciones. La pequeñez de esos municipios plantea muy difíciles problemas administrativos y de infraes-

tructura. En Cuenca, salvo la capital y 18 municipios superiores a 2.000, casi todos manchegos, los 220 restantes son menores, y una treintena con menos de 1.000. En Madrid son todavía numerosos los pueblos pequeños, la mayoría inferiores a 1.000 habitantes, tanto en las zonas serranas menos afectadas por la función de ocio como en las campiñas; así, de 183 municipios sólo 56 rebasan los 2.000 habitantes, de ellos una veintena supera los 10.000, pero corresponden esencialmente al área suburbana de la capital, como se indica después.

El poblamiento manchego o meridional se caracteriza por los lugares medianos o grandes y separados. La provincia de Toledo representa la transición; de 200 municipios, 60 son mayores de 2.000 habitantes y tres rondan los 10.000, aparte de la capital y Talavera. En Ciudad Real, de un centenar de municipios, la mitad sobrepasan los 2.000 habitantes y una decena los 10.000, además de la capital y Puertollano; muchos de los que rondan esa cifra — umbral genérico de población urbana — son todavía esencialmente agrarios en su función y fiso-





nomía, pero también poseen evidentes notas urbanas y son centros comarcales, mejor podrían calificarse de «agrocidades». Mayor carácter urbano tienen los grandes centros vitícolas de Valdepeñas, Tomelloso y Alcázar de San Juan (éste también nudo ferroviario), entre 20.000-30.000 habitantes; sobre ellos, con función esencialmente administrativa se sitúan las capitales provinciales de Cuenca con 42.000 habitantes, Ciudad Real con 51.000, Guadalajara con 57.000 y Toledo con 58.000; carácter diferente poseen el núcleo industrial de Puertollano (50.000) y el mixto de Talavera de la Reina (64.000), que supera a su capital. Totalmente diferente es la aglomeración

madrileña. La capital, ya estabilizada en conjunto, alcanza cerca de 3,2 millones y en su contorno próximo una serie de pequeños pueblos se han convertido, a partir de 1950, en ciudades dormitorio, algunas también industriales, con rapidez fulminante: catorce se sitúan entre 10.000 y 50.000 y cinco son mayores de 100.000 (Alcorcón, Móstoles, Getafe, Leganés y Alcalá de Henares). La densidad general es baja, especialmente en las provincias más montañosas como Guadalajara y Cuenca con 11 y 13 hab./km², respectivamente; Ciudad Real y Toledo llegan a 27 y 30, muy inferiores a la media nacional de 75. La muy elevada cifra de Madrid, casi 592

hab./km², se debe a la influencia de la capital y su área suburbana. También los otros valores provinciales difuminan notables contrastes comarcales.

Para un estudio general de la densidad, como el realizado aquí, la escala municipal resultaría excesiva; entre ésta y la provincial no hay otra división con límites precisos, más que los partidos judiciales, y éstos no responden evidentemente a unidades geográficas (aunque bastantes veces se aproximan); sin embargo, por su tamaño intermedio son de utilización frecuente para representar la densidad de población. Como término de comparación con la actualidad empleamos los censos de 1900 y 1940.

A comienzos de siglo la densidad era muy baja; salvo el partido de Madrid ninguno superaba los 50 hab./km² y sólo entre 25-50 los inmediatos y algunos del valle del Tajo y de la Mancha, aparte de los correspondientes a las capitales de Toledo, Ciudad Real y Guadalajara. La mayoría de la región quedaba por debajo de 25 y extensas zonas serranas en el N, W y sobre todo en el E, incluso con menos de 15 hab./km². En 1940, antes de comenzar la gran emigración rural, se revela un aumento casi general excepto algunas zonas serranas y alcarreñas; el crecimiento es bien perceptible en la Mancha y valle del Tajo, donde casi todos los partidos superan ya los 25 hab./km² y sobre todo en los alrededores de Madrid, que sobrepasan los 50 e incluso rondan los 100; asimismo rebasan los 50 los correspondientes a las capitales de Toledo, Ciudad Real y Guadalajara.

En la actualidad aparecen dos hechos básicos opuestos: descenso rural y concentración urbana. Las zonas serranas (salvo las influidas por las residencias secundarias madrileñas) y también las alcarreñas, recuerdan notablemente la situación a comienzos de siglo, con menos de 15 hab./km². Las tierras manchegas, con descenso en los últimos decenios, son otra vez semejantes a 1940. Por el contrario, es muy grande el desarrollo del área metropolitana madrileña, aunque se difumina en la representación: si ésta fuese por municipios, en el área suburbana próxima a la capital la mayor parte ofrecería densidades de más de 500 o de 1.000 hab./km², no sólo en el partido de Madrid (excluida la capital) sino en parte de los inmediatos (municipios de Alcobendas-San Sebastián de los Reyes, corredor del Henares, Móstoles, etc.). Efectivamente, las cifras de los partidos de Alcalá y Navalcarnero (160 hab./km²) se deben a la influencia de las localidades-dormitorio e industriales de Coslada-San Fernando, Torrejón y Alcalá, en el primer caso, y las dormitorio de Pozuelo y Móstoles en el segundo; sin ellas las cifras serían mucho menores, al-

rededor de 30 hab./km², ya que los restantes lugares son de corto vecindario en general. Esa cifra de 30 aproximadamente es muy común en el resto de la provincia.

La comarca de Aranjuez, con buenas vegas en el Tajo, Jarama y Tajuña, casi alcanza 80 hab./km², pero en gran parte se debe a dicho núcleo, así como Arganda y Valdemoro, ligados al área madrileña; sin ellos no pasaría de 44, aunque media docena de localidades oscilan entre 4.000-10.000 (Ciempozuelos, Chinchón, Colmenar de Oreja, etc.) y bastantes más superan los 1.000.

En la sierra y su piedemonte el partido de San Martín de Valdeiglesias tiene densidad de 35 hab./km², los de El Escorial y Colmenar Viejo suben a 65 y 55, pero en éstos por influencia directa del área madrileña con núcleos que ahora son ya de residencia primaria, como Pozuelo, Majadahonda y Las Rozas en el primero y Alcobendas-San Sebastián de los Reyes en el segundo; sin ellos la densidad disminuye a 30 y 20, respectivamente. Finalmente, si se considera aparte la comarca llamada «sierra pobre», en el N (en el partido de Colmenar) la población es más escasa, menos de 10 hab./km², con pequeños núcleos de unos centenares de habitantes la mayoría, debido a permanecer todavía al margen de la función de ocio, salvo algún caso puntual.

En la provincia de Toledo la actual división por partidos es demasiado amplia y varios de ellos ofrecen carácter mixto. En el valle del Tajo, el de Torrijos, con 30 hab./km², es de semejante densidad que el de Talavera, pero en éste se introducen otros dos rasgos contrapuestos: la influencia de la ciudad con sus 64.000 habitantes (sin ella la densidad sería 18) y, por el contrario, la zona serrana meridional, de pocos habitantes. Igualmente el partido de Toledo, con 40, se extiende por el N a la Sagra y por el S hasta las sierras y además incluye la capital; sin ésta no llegaría a 25; el serrano-manche-go de Orgaz y los manchegos de Ocaña y Quintanar de la Orden entre 20 y 30.

En la provincia de Ciudad Real mejoran las cifras manchegas. En general es notoria la importancia de los grandes centros, incluso de 15.000-25.000 habitantes, muy separados pero con términos muy extensos, de uno o dos centenares de km² o más, con lo cual las cifras relativas oscilan entre 30-40 hab./km² en los partidos de Manzanares, Valdepeñas, Daimiel y Almagro; se acerca a 60 el de Alcázar de San Juan debido al peso de éste y Tomelloso. Sin esos grandes núcleos la densidad general bajaría en muchos casos en una decena o más. Rasgo común de toda la comarca es el ya perceptible descenso en los últimos decenios (el 6 % entre 1960-70) e incluso en las grandes localidades, excepto Alcázar. En cuanto al partido de Ciudad Real, con 55 hab./km², también muestra el peso de la capital; sin ella quedaría en la mitad. El Campo de Montiel, esencialmente el partido de Villanueva de los Infantes, está menos habitado, no llega a 15 y con descenso notable (20 % entre 1960-70). Por último, en las comarcas serranas del SW de la provincia, con disminución grande (30 % entre 1960-70) y municipios pequeños y próximos, el partido de Almodóvar (comprende parte del Campo de Calatrava) llega a 20 hab./km² por influencia de Puertollano, sin cuya población sólo la mitad; y el de Almadén tiene 17. Menos poblado aún, solamente 5 hab./km², es el de Piedrabuena, al N, en los Montes de Toledo.

La densidad baja considerablemente en las provincias de Guadalajara y Cuenca, se acusa más el éxodo rural y la situación es igual o incluso inferior a la de 1900. En Guadalajara sólo el partido de la capital llega a 65 hab./km², que se reduciría a 35 descontando aquélla. Las serranas y páramos del N y E y la Alcarria ofrecen densidades muy bajas, entre 5-10 los partidos de Cogolludo (aunque éste incluye parte de la Campiña Alta), Atienza, Cifuentes y Molina de Aragón; en torno a 10 o poco más los de Sigüenza, Pastrana, Sacedón y Brihuega. Igual ocurre en la Alcarria conquense (con gran pérdida del 40 % entre 1960-70)



en los partidos de Tarancón y Priego, el primero con 15 hab./km² (en gran parte es ya manchego) y el segundo con 5 (es también serrano); el extenso de Cuenca es esencialmente serrano, incluso con la capital sólo llega a 10 hab./km². Finalmente, también es muy negativa la situación en la zona manchega de esta provincia (con disminución del 20 % entre 1960-70), así los partidos de Tarancón, ya citado, Motilla del Palancar con 12 y San Clemente con 20.

La vivienda campesina tradicional ofrece bastante diversidad. En las sierras las casas más humildes son de una sola planta, con un pasillo central o zaguán al que abren la cocina, dormitorios y cuadras, o

bien de dos plantas con los establos abajo; los muros — con pequeños ventanucos — son de tosca mampostería desnuda y la techumbre de teja curva o de pizarra y aun neís donde se hallan estos materiales. En las campiñas y en la Alcarria la casa es de dos plantas, con corral atrás o delante, de mampostería o tapial, y asimismo en la Mancha; el enjalbegado exterior imprime carácter al sur del Tajo, que puede considerarse como el límite de los «pueblos blancos» (Terán). La casa manchega es muy diversa según la categoría económica muy contrastada, desde la del humilde jornalero al propietario medio o grande; la de éstos es de mayores dimensiones y más compleja: se

abre con gran puerta al corralón en torno al cual se hallan las cuadras y establos; en las comarcas de viñedos se añade la bodega, hoy con frecuencia inactiva ante las grandes particulares o de cooperativas donde se elabora la cosecha. En lugares diversos aún existen viviendas en cuevas, bien destacadas por sus fachadas blancas y las caperuzas de las chimeneas que sobresalen del suelo, por ejemplo en el valle del Tajuña (Tielmes, Perales), en Fuentidueña del Tajo y en varias localidades manchegas.



LA DIVERSIDAD REGIONAL

Castilla la Nueva ofrece dos grandes tipos de paisajes, definidos esencialmente por rasgos naturales y agrarios, pero también traducidos en la población: las sierras, de vocación forestal y ganadera, con pobre desarrollo, y las tierras llanas, de cereales, viñedos, olivares y vegas de regadío, de mayor y muy diversa vitalidad. En una y otras hay, a su vez, notables diferencias comarcales, en muchos casos concretadas por el saber popular en arraigados nombres tradicionales. Como centro de toda la región actúa la gran aglomeración urbana formada por Madrid y su área inmediata.

Comarcas serranas

El espinazo montañoso del sistema Central conserva aún extensas manchas de pinares; en cambio, los robledales y los

encinares de la base están muy degradados, con grandes espacios de matorral; es intensa la emigración y disminuye el pastoreo. Pueden distinguirse dos grandes sectores. En el oriental, en el N de Guadalajara, en las cabeceras del Henares y sus afluentes y del Jarama, altos páramos calizos y valles arcillosos bordean el espolón del macizo antiguo (Alto Rey, Ocejón); disminuye la ganadería, el cultivo se reduce a las mejores tierras de las márgenes y el éxodo rural es muy intenso, casi total en los sitios peores. Atienza, de bella estampa fortificada en un cerro, en el antiguo camino de Soria, no llega hoy a los mil habitantes; las célebres minas de plata de Hiendelaencina solamente son un recuerdo, las salinas de Imón y sus alrededores están en decadencia; únicamente Sigüenza, en el margen de la sierra y en el paso hacia Aragón, centro comarcal y de veraneo, con la hermosa silueta de la fuerte catedral y el castillo reconstruido, alcanza 6.000 habitantes, el tercer núcleo de la despoblada provincia.

Hacia el SW, después de Somosierra, con el puerto de su nombre en el camino de Burgos y Francia, se levanta la mole gris del Guadarrama (Peñalara, 2.430 m), hendida longitudinalmente por el valle de Lozoya. En el N de Madrid el actual apelativo de «la sierra pobre» es expresivo de su condición; en cambio, en el NW la cercanía de la capital y las buenas comunicaciones han motivado una honda transformación, ya iniciada antes de la guerra, a lo largo de las dos líneas de ferrocarril de Ávila y Segovia; después, con el auge del automóvil y un abanico de carreteras que tiene como eje la de La Coruña, convertida en autopista, la función de veraneo se ha extendido de manera extraordinaria y ampliado con el recreo finisemanal, el excursionismo y los deportes de nieve en las altas laderas, con numerosas instalaciones. Las residencias secundarias, chalés de todo tipo, bloques de apartamentos agrupados en «urbanizaciones» y «conjuntos residenciales», proliferan por doquier y, con sus variadas formas y espa-



cios enjardinados, cambian por completo el paisaje serrano; en los lugares más próximos a la capital se convierten ya en residencia primaria. Destacan los núcleos de Galapagar (6.000 habitantes), Cercedilla (cerca de 4.000) y sobre todo San Lorenzo de El Escorial y El Escorial, que, unidos, suman más de 15.000; Collado Villalba, con cerca de 19.000, actividad industrial e intensa relación con Madrid, ya se encuentra en la transición a la orla suburbana de la capital.

Hacia el SW es también zona de ocio la de los embalses del Alberche, con San Martín de Valdeiglesias (cerca de 5.000 habitantes), ya en la rampa de la sierra; más allá se alza el gran macizo de Gredos en tierras de Ávila, pero aún pertenece a Toledo la pequeña sierra de San Vicente y el S del valle del alto Tiétar, con pequeños pueblos; los embalses (Navalcán, Rosarito) pertenecen ya al sistema del bajo valle cacereño.

Las serranías Ibéricas, en el E de la región, forman una ancha diagonal en dirección NW-SE, con un paisaje muy dis-

tinto de plataformas y sierras calizas cortadas por los ríos. En el E de Guadalajara, la fría Paramera de Molina, que culmina a 1.500 m, es tierra ganadera, en la cual dicha localidad amurallada alcanza 4.000 habitantes. Más al S se abre en abanico la serranía de Cuenca, cruzada por los altos Tajo y Júcar y sus afluentes de cabecera, con las formas llamativas de sus hoces y torcas y la «Ciudad Encantada». Los amplios pastizales alimentan ganado ovino, en el cual hay todavía merinas trashumantes, y los extensos pinares proporcionan resinas y madera, que antaño conducían los «gancheros» por los ríos. La emigración campesina es intensa y los pueblos son pequeños, con uno o dos millares de habitantes los principales como Cañate, Landete o Priego (éste en la transición a la Alcarria). En el margen occidental de la serranía se halla Cuenca, reconquistada por Alfonso VIII en 1177, fortaleza medieval en el abrupto horcajo que forma la confluencia del Júcar y el Huécar, con la estampa extraordinaria de sus «casas colgadas» sobre las

hoces; sede episcopal, con la catedral en lo alto, y capital de provincia, está apartada de los caminos modernos —incluso el tramo ferroviario a Utiel, que enlaza con Valencia, no se realizó hasta 1947—, tiene extensos pinares de propiedad municipal en la sierra, pero la actividad industrial es escasa (maderas), sólo muestra un pequeño ensanche moderno al sur y alcanza hoy 37.000 habitantes.

Entre el valle medio del Tajo y el Guadiana se encuentran los Montes de Toledo. Sobre los viejos materiales del zócalo realizado, los extensos encinares y robledales fueron «montes» del concejo toledano y formaron un gran común hasta el siglo XIX; hoy se hallan en gran parte degradados, con amplios jarales que incluso dan nombre a la comarca occidental de la Jara. Al pastoreo se añade ahora la caza, convertida en actividad organizada en grandes fincas, mientras que en las tierras mejores se cultivan cereales, vid y olivo. En el centro, casi despoblado, destaca Los Yébenes (6.000 habi-

34. Instalaciones para la práctica del esquí, en Navacerrada

35. Urbanización para residencias secundarias en las estribaciones de la Sierra (Madrid)



tantes), en la periferia Sonseca (7.000) y Orgaz (3.000).

Finalmente, en el S de halla Sierra Morena, abrupto escalón de la Meseta, en el cual el desfiladero de Despeñaperros establece el brusco paso a los llanos andaluces. Entre las sierras y los angostos valles, con cerrados montes y matorrales, destaca por sus formas más suaves el valle de Alcudia, gran invernadero de merinas trashumantes, aunque también son hoy extensas las labores. Más al N están casi inactivas las minas de galena, en cambio en Almadén (10.000 habitantes) el gran yacimiento de cinabrio, de milenaria explotación y propiedad del Estado, hace de España el segundo productor del mundo de mercurio (unas 1.400 toneladas anuales), como ya se indicó.

Llanos de la Mancha y sus márgenes

Entre la Mancha y el umbral de sierras que taja el Guadiana para salir a Extremadura se encuentra el Campo de Calatrava, con serrezuelas de materiales antiguos que rodean cubetas rellenas de depósitos terciarios: en unas y otras son características las manifestaciones volcánicas extintas. Al pastoreo en los montes y los cultivos en las tierras mejores, se unió la explotación de la hulla en Puertollano, hoy casi únicamente para las centrales termoeléctricas, y luego las pizarras bituminosas para obtener aceites minerales mediante la gran destilería de la empresa nacional Calvo Sotelo; las instalaciones se han utilizado después, cuando se levantó la refinería de petróleo que se surte de crudo mediante un oleoducto desde Málaga y, en conexión con ella, tres factorías petroquímicas. Con ello la ciudad alcanza 50.000 habitantes pero ya no supera a la capital provincial. La contaminación atmosférica y los míseros suburbios en la ladera del cerro son la otra cara —negativa— de este gran desarrollo. Cerca se encuentra Almodóvar del Campo (8.000 habitantes), con su laguna en un cráter volcáni-



co de explosión y, en el borde oriental de la comarca, Almagro (8.000 habitantes), antiguo centro de la orden militar, con su magnífica plaza rectangular (artesanía de encajes).

Hacia el E se abre la gran planicie de la Mancha, apenas alterada por achatadas lomas y altozanos y las amplísimas vauadas del Guadiana y sus afluentes, con zonas palustres como los «Tablas de Daimiel», magnífico refugio de aves acuáticas. Tierra de inviernos fríos y veranos cálidos y secos, sobre las arcillas formadas por la descomposición de las calizas terciarias y desaparecidos la mayoría de los antiguos encinares, se encuentran excelentes tierras de labor dedi-

cadas al trigo y la cebada (en las mejores zonas del W la alternativa de año y vez se intensifica con trigo-cebada-barbecho), al viñedo, sobre todo en la parte oriental (la mayor extensión de España) y también al olivo. El azafrán, típico antaño, ha disminuido mucho. Al clásico regadío de norias, modernizado con bombas, y al antiguo embalse de Gasset, se ha añadido el de Peñarroya, aguas abajo de Ruidera. Es importante la cabaña ovina para carne y leche, de la cual se obtiene el típico queso. El espacio geográfico manchego, con grandes núcleos muy separados, comprende terrenos de cuatro provincias. En la toledana, después de Ocaña (5.000 habitantes), en la

«mesa» de su nombre y con extraordinaria plaza porticada, varios sitios rondan los 10.000 habitantes, como Quintanar de la Orden, Mora, Consuegra y Madridijos —en terreno de gran horizontalidad, donde se midió la base para el mapa de España—. En la de Cuenca, están Tarancón, San Clemente, Las Pedroñeras —famosa la producción de ajos—, Mota del Cuervo con sus molinos en el cerro o «mota» (así se denomina otro próximo) y Motilla del Palancar, entre 4.000-9.000 habitantes. En la provincia de Ciudad Real son mayores aún, entre 20.000-30.000, Alcázar de San Juan (también nudo ferroviario y con actividad industrial) y los grandes centros vi-

37. *Laguna en un cráter de explosión (Valverde de Calatrava), en la zona volcánica del Campo de Calatrava*



38. *Campo labrado de color oscuro, a causa de los materiales volcánicos, en la zona de Almodóvar del Campo*

nícolas de Valdepeñas y Tomelloso; todavía rebasan los 12.000 habitantes Daimiel, Socuéllamos y Campo de Criptana: en éste el mejor conjunto de molinos de viento, alguno intacto, otros reconstruidos. La capital, fundación de Alfonso X el Sabio en 1255 (con el nombre de Villa Real, luego alcanzaría el título de ciudad con Juan II en 1420), tiene plano oval —el viejo perímetro amurallado— con el único resto de una puerta, calles radiales y característico caserío bajo, ahora en expansión y con remodelaciones en el centro —en buena parte desahucadas— que alteran su fisonomía; es centro administrativo y agrícola que alcanza 51.000 habitantes. Finalmente, la Mancha oriental o de Montearagón comprende buena parte de la provincia de Albacete, estudiada en otro volumen.

Al SE de la Mancha se encuentra la plataforma secundaria, ligeramente plegada, del Campo de Montiel, que también se continúa por Albacete. El paisaje es más movido y en él destacan las lagunas de Ruidera, como «gemas de azul brillante, engastadas en la blanca caliza y enhebradas por las aguas del Guadiana» (Terán). Sus núcleos mayores son La Solana, con su antañona artesanía de hoces (13.000 habitantes) y Villanueva de los Infantes (6.000), de notable carácter monumental.

Páramos y valles de la Alcarria

En el S de Guadalajara, con pequeños sectores de Madrid y Cuenca, se extienden los alargados, altos y fríos páramos calizos, de vasto horizonte —las «alcarrias» que cruzara la hueste cidiana camino del destierro—, separados por los valles excavados en las arcillas inferiores por el Tajo y sus afluentes. Aún quedan restos de los viejos encinares, también quejigares en los sitios más húmedos y umbríos; pero la mayor parte están degradados en monte bajo o matorral, entre los anchos campos de labor que se tienden por los llanos páramos y en las laderas más suaves; en éstas también vi-

39. Casas de la plaza Mayor de Almagro
(Ciudad Real)





ñedos y en los sitios más cálidos algunos olivares, mientras que en las vegas surgen cintas verdes de huertas a lo largo de los ríos orlados de sotos.

En el E se yergue la sierra de Altomira cruzada por los cañones del Tajo y Guadiela, donde los embalses de Entrepeñas y Buendía componen un original paisaje lacustre de origen humano y una zona de recreo con numerosas viviendas secundarias. Esos embalses han mejorado notablemente el aprovechamiento hidroeléctrico del río y luego se ha unido la central nuclear de Zorita de los Canes, con su gran cilindro blanco, coronado de una rojiza cúpula, en que se aloja el reactor.

La Alcarria sufre un gran éxodo rural; su viejo centro de Brihuega —con el edificio de su afamada fábrica de paños dieciochesca— no llega a los 4.000 habitantes; bastantes menos tienen Pastrana y Sacedón, mientras que en la provincia madrileña, Chinchón, con su original plaza y viejo castillo, posee prestigiosa industria de aguardientes y se acerca a los 4.000 habitantes, Colmenar de Oreja llega a los 5.000, aunque ya casi inactivos los alfares de grandes tinajas y las canteras de caliza.

Campiñas y vegas del Tajo medio y sus afluentes

Cruzado por esos ríos, entre la Alcarria, el sistema Central y los Montes de Toledo, se extiende un variado territorio de vaguadas, lomas y llanos, en una ancha e irregular diagonal de NE a SW, sin denominación popular genérica; con Madrid en el centro, Guadalajara y Toledo en sus bordes, comprende varias comarcas, algunas de límites indecisos.

Aguas abajo de la Alcarria sigue su curso el Tajo. El valle, bastante encajado, se abre en algunos puntos con fértiles regadíos, mientras que los secanos más altos, al N, son excelentes tierras de pan llevar,







también con viñedos y olivares. Entre las primeras destaca el llano de la Sagra, al N de Toledo, de ricas cosechas, con su núcleo en Illescas (6.000 habitantes); al oeste del río Guadarrama se halla Torrijos (8.000 habitantes) con regadío de pozos, y en el Alberche la pequeña Escalona (1.500 habitantes) con el arruinado castillo y palacio de don Álvaro de Luna; finalmente, en el margen del cace-reño Campo Arañuelo, está Oropesa (3.000 habitantes), con espléndido castillo.

En el curso mismo del río se asientan tres ciudades importantes: Aranjuez, Toledo y Talavera. En Aranjuez, donde el Jarama se une al Tajo, el regadío, unido

al carácter de antiguo «sitio real», han determinado un paisaje original; largos paseos con altos árboles cruzan en direcciones radiales la huerta, productora de frutas y hortalizas para el mercado madrileño, aunque decaídos los clásicos y afamados cultivos de espárragos y fresas. Esencial en la fisonomía urbana es la planificación dieciochesca con el palacio, la amplia plaza porticada y abierta, con las «casas de oficios», y los jardines junto al río, que atraen numerosos visitantes. Cuenta también con industrias (madera, químicas) y rebasa los 35.000 habitantes. Aguas abajo sigue el regadío con el canal del bajo Jarama hasta Añover de Tajo (4.000 habitantes).

En Toledo el río se encaja en la rampa delantera de los Montes con una hoz semicircular que sirve de foso a la ciudad, de típico emplazamiento defensivo. Núcleo romano importante (restos del estadio abajo), capital visigoda y gran ciudad medieval musulmana y cristiana, clave en la Reconquista; poderosa sede primada, con rica artesanía (seda, lana, armas, etc.) y cabeza de la monarquía en el siglo XVI, en el cual culminó su grandeza con unos 60.000 habitantes (Terán). Apiñadas las casas en el peñón, se mantiene el tortuoso plano medieval y es un conjunto artístico y urbano sin par, centrado en la gran catedral gótica y el severo alcázar carolino (reconstruido). La erección de





Madrid como capital y la casi total ruina de su artesanía motivaron la decadencia. Ahora, a la capitalidad provincial y eclesiástica y al nutrido turismo se une un polígono industrial reciente, alcanza 58.000 habitantes y tiene lugar un ensanche en la vega.

En Talavera de la Reina, con tradicional cerámica y nudo de comunicaciones con zonas ganaderas (gran feria), la huerta se ha ampliado con el canal del Alberche; es, además, centro de una rica comarca y tiene industria moderna (muebles sobre todo), así ha crecido hasta 64.000 habitantes y sobrepasa a la capital de la provincia.

Más al N; entre la sierra de Guadarrama al W y la Alcarria al E, se extienden lo-

mas y campiñas cruzadas por los afluentes del Tajo. Al pie de la Alcarria se abre la Campiña del Henares, disimétrica, con formas muy tendidas en la margen occidental y abruptas en la oriental junto al páramo. El canal del Henares ha sido prolongado y el embalse de Pálmaces, en el afluente Cañamares, ha mejorado la dotación, pero la expansión industrial está ocupando las mejores tierras por falta de planificación. Guadalajara (57.000 habitantes) ha iniciado un rápido cambio; perdida la fábrica de paños dieciochesca, estaba ahogada por la cercanía de Madrid, pero ahora ello es una ventaja y le alcanza el desarrollo industrial del «corredor del Henares» con dos polígonos de descongestión («Henares» y «Balcon-

cillo»), y la expansión urbana es notable. Aguas abajo, Azuqueca, con un polígono industrial y 9.000 habitantes, es el segundo núcleo de la provincia; Alcalá de Henares ya se incluye en la órbita madrileña.

Hasta la base de la sierra de Guadarrama se extiende el territorio centrado en Madrid, con anchas y alargadas lomas arcillo-arenosas entre las amplias vaguadas de los ríos Jarama, Manzanares y Guadarrama. Los antiguos encinares sólo muestran ejemplos residuales, salvo la espléndida masa de El Pardo; también se encuentran cúmulos de pinos piñoneros de redonda copa y en el matorral es típica la retama. Son tierras cerealistas y de viñedos (Arganda, Navalcarnero), aun-

que éstos muy disminuidos; en el NW la función de ocio ya es notable y empalma con la zona serrana. El desarrollo de Madrid y su área suburbana inmediata, en un radio de 20 ó 25 km y en forma tentacular, ha ocasionado una transformación completa; los pequeños lugares agrícolas se han convertido en ciudades dormitorio o industriales, pero más allá los pueblos son pequeños, de uno o dos millares de habitantes y aun menos; únicamente destacan al SE la comarca de las Vegas, en el bajo Jarama, con Ciempozuelos (10.000 habitantes) y otros lugares, y al SW, en el valle del Guadarrama, Navalcarnero (8.000), con hermosa plaza de soportales, ya en la transición al área suburbana madrileña.

LA AGLOMERACIÓN MADRILEÑA

Madrid medieval

Las riberas del Manzanares tuvieron notable población prehistórica, pero no es un antecedente verdadero de la urbe; tampoco los restos de alguna «villa» romana en los alrededores permiten la identidad con *Mantua*, supuesta por los eruditos del pasado. En su localización actual y ya con total continuidad, Madrid se inicia en el siglo IX como una fortaleza musulmana más, avanzada en el valle del Tajo, que vigila los pasos de Somosierra y del Guadarrama. En esta situación general, un buen emplazamiento defensivo es el que supone la empinada orilla oriental del Manzanares y los barrancos que siguen las actuales calles de Segovia y San Vicente. *Magerit* creció bastante y su recinto en el siglo XI iría, por el N, probablemente por debajo de Santo Domingo, de allí a la puerta de Guadalajara, hacia la mitad de la actual calle Mayor; luego, por el S, a Puerta Cerrada y Puerta de Moros — nombres que subsisten — a cruzar la vaguada de la calle de Segovia e, incluyendo las Vis-

tillas, hacia el castillo, donde el Palacio Real de hoy; fuera quedaba algún arrabal, como el de San Ginés, habitado por mozárabes. Hecho importante para el crecimiento de Madrid sería ya la facilidad de alumbrar aguas en el terreno arenoso mediante galerías, sistema persa extendido por los árabes. El mismo nombre de la ciudad procede, según Oliver Asín, del árabe *Majrit* que indica esos conductos; extendidos y otros nuevos, los llamados «viajes fontaneros» seguirían en uso hasta el siglo XIX.

Esta es la ciudad reconquistada por Alfonso VI, quizás en 1083. En las centurias siguientes obtuvo diversos beneficios reales (montes que constituirían el Real de Manzanares, fuero propio por Alfonso VIII en 1202, etc.), y siguió creciendo, por lo cual fue preciso un nuevo recinto jalonado por las puertas de Santo Domingo, del Sol, San Martín, Antón Martín y La Latina. Sin embargo, falta la villa de sede episcopal y alta nobleza, no ofrece grandes monumentos de aquellos tiempos; aunque son de entrañable valor urbano los recuerdos mudéjares de la fina torre de San Nicolás y la fuerte de San Pedro, la recóndita capilla del Obispo y el ábside de San Andrés, góticos como San Jerónimo — entonces en las afueras — y el hospital de La Latina, que estuvo en la calle de Toledo, el gran monasterio plateresco de las Descalzas Reales, diversas casas como la de Cisneros, de dicho estilo o la gótica de los Lujanes, etcétera.

Madrid, capital de las Españas

Necesitada la vasta monarquía hispánica del siglo XVI de una organización adecuada, con capital permanente, la utilización de Madrid por Felipe II desde 1561 sería el hecho decisivo que marcó el futuro. Los motivos que indujeron al monarca para tal elección han sido muy discutidos y se exponen con detalle en la introducción histórica de este volumen. Una situación periférica y una ciudad ya importante (Barcelona o Valencia, Lis-

boa o Sevilla) hubieran sido más lógicas para las relaciones con el exterior; sin embargo, para la mente ordenancista del rey resultaría más adecuada la situación central, equidistante y de mejores comunicaciones radiales con el conjunto de los reinos peninsulares. La elección concreta de Madrid, que contaba unos 6.000 vecinos, frente a Toledo — la vieja capital visigoda — se debe, probablemente, a las condiciones del lugar y su contorno: abundancia de aguas, mientras que el abastecimiento era difícil en Toledo, donde también quedaba la sombra de las comunidades, boscosos alrededores, con abundante caza (El Pardo ya era utilizado por Enrique IV en el siglo XV), aires saludables, cercanía al «sitio real» de Aranjuez (El Escorial sería más bien función de la nueva capital), quizás también menor presencia y posesiones eclesiásticas o nobiliarias.

La conversión en capital (salvo el posterior paréntesis vallisoletano), provocó un gran desarrollo interior y extramuros, a lo largo de los caminos, salvo por el oeste, donde se halla el obstáculo del río; a comienzos del XVII se acercaba a los 60.000 habitantes y fue necesaria una nueva cerca en 1625, pero ya con carácter esencialmente fiscal. Subsistió hasta mediados del XIX y seguía, por el N, aproximadamente la línea de los actuales «Bulevares» (Alberto Aguilera, Carranza, Sagasta y Génova); por el E, encerrando la huerta de los agustinos Recoletos, iba cerca de la actual calle de Serrano y, mediante un bucle, incluía el Buen Retiro; luego, por el S, seguía las actuales rondas (Atocha, Valencia, Toledo y Segovia) y, finalmente, por el W encerraba el parque del Moro y parte de la montaña llamada luego del Príncipe Pío.

En ese vasto recinto quedaban numerosos espacios libres, huertos y jardines de palacios y conventos que serían después utilizados para el crecimiento urbano. El centro era ya la plaza donde la antigua Puerta del Sol, de la cual o sus cercanías irradiaban ahora las calles principales — antiguos caminos — hacia las puertas de la nueva cerca. Iglesias y conventos,

47. *La calle Príncipe de Vergara, en el ensanche de Madrid*



casonas nobiliarias y palacios (la mayoría desaparecidos, incluso en años recientes!) daban carácter al Madrid barroco, presidido por el viejo y ampliado alcázar; obra suntuaria muy importante fue la Plaza Mayor porticada, superpuesta a la trama urbana del centro.

En el siglo XVIII se realizaron decisivas modificaciones, especialmente por Carlos III. En el plano destacan los anchos paseos arbolados en el S, y unos en diagonal (Acacias, Delicias) y otros en arco (Melancólicos, Olmos, Chopera) que se proyectaban como ejes de una zona de huertas y jardines a semejanza de Aranjuez (Terán). Diversas edificaciones son básicas en la actual fisonomía madrileña:

el gran Palacio Real, en sustitución del incendiado alcázar, el arco triunfal de la Puerta de Alcalá, el edificio de Aduanas (hoy ministerio de Hacienda), el sin par conjunto científico del actual Museo del Prado (realizado para Gabinete de Historia Natural), Jardín Botánico y Observatorio Astronómico, arreglo del paseo con las fuentes de Cibeles y Neptuno, algún palacio nobiliario como el de Liria, etc., y asimismo importantes obras de infraestructura urbana (empedrado, alcantarillas, alumbrado). Es también centro cultural con las Academias y su valor político crece con el centralismo borbónico. Madrid, con más de 160.000 habitantes en la segunda mitad del siglo, al-

canza definitivamente su peculiar carácter de «villa y corte»; no necesitará la superior categoría jurídica de «ciudad».

Expansión en el siglo XIX y comienzos del XX

En la primera mitad del siglo pasado se reafirman las variadas funciones de Madrid y se desarrollan otras como centro universitario (1836), financiero (Banco de Isabel II en 1847), comercial, etc. A mediados de la centuria sólo existían pequeños arrabales (Chamberí, Peñuelas), pero contaba ya cerca de 300.000 habitantes y se hacía indispensable el derribo

de la cerca para el ensanche urbano. Aprobado en 1860 el plan de Castro, comenzaba una nueva etapa. El «Ensanche», así llamado también oficialmente, con un regular trazado en cuadrícula, yuxtapuesto al casco antiguo, tuvo lugar sobre todo por el N y E (barrios de Argüelles, Vallehermoso, Salamanca), destacando la actuación del marqués de Salamanca con el barrio de su nombre; en cambio, fue menor por el S. Está limitado por el poligonal paseo de Ronda (actuales Reina Victoria, Raimundo Fernández Villaverde, Joaquín Costa, Francisco Silvela y Doctor Esquerdo). Más allá quedaba el «Extrarradio», sin planificar, lo que representaría un gravísimo problema en el futuro; allí y también en terrenos de los municipios colindantes, a lo largo de los caminos, surgieron los nuevos arrabales, con notable desarrollo desde finales del siglo: Cuatro Caminos y Tetuán en el N, Ventas en el E, Puente de Vallecas en el SE y, a favor de los puentes de Toledo y de Segovia, sobre el Manzanares, en el SW y W.

En esta segunda mitad del XIX otros diversos hechos son vitales también para el desarrollo de Madrid: la red radial de ferrocarriles (iniciada con el de Aranjuez en 1851), que permitió el fácil movimiento de personas y mercancías, y los comienzos de la industria; el canal de Isabel II, en 1858, para la traída de agua potable desde el río Lozoya, ya que los antiguos «viajes fontaneros» eran insuficientes y no permitían la conducción a domicilio; en 1871 se inicia la red tranviaria (electrificada al doblar el siglo), indispensable para comunicar el centro con el ensanche y los arrabales; alumbrado por gas ensayado en 1832 y generalizado desde 1847, eléctrico comenzado en 1883. En esa época Madrid era fundamentalmente un centro político, cortesano y burocrático, pero también cultural, financiero y mercantil; en cambio, la actividad industrial era aún reducida. Contaba la ciudad 530.000 habitantes en 1900.

En los primeros decenios de nuestro siglo, aparte de obras diversas, en el cen-

tro tiene importancia sobresaliente la apertura de la Gran Vía; en el ensanche se desarrollan las construcciones y hay un crecimiento desordenado de los arrabales, salvo la extraordinaria concepción de la Ciudad Lineal, en el NE, comenzada por Arturo Soria a finales del siglo anterior; la industria tiene también bastante desarrollo en el S, en la zona de las estaciones ferroviarias (empalmadas entre sí y con otras de mercancías). Obra adelantada para su época fue el ferrocarril metropolitano o «Metro» (primera línea inaugurada en 1919); pronto formó una red radial, centrada en Sol y que llegaba hasta los arrabales. En 1930 Madrid contaba 953.000 habitantes en el municipio y la mayoría de los 177.000 de los municipios del contorno que correspondían a los grandes arrabales.

Los problemas crecientes exigían nuevos planteamientos, y en 1929 el ayuntamiento convocó un concurso internacional de planificación, en el cual destacó el proyecto de Zuazo y Jansen, parcialmente seguido después. En la década del 30 serían, así, decisivos la prolongación del paseo de la Castellana, con el gran conjunto de Nuevos Ministerios, y los enlaces ferroviarios, que se iniciaron con la República, se activaron las obras de la Ciudad Universitaria —comenzadas antes— y también empezó el servicio urbano de autobuses. La guerra civil cierra trágicamente esta etapa.

Madrid actual

Después de la contienda, que afectó gravemente a los barrios del W y SW, inmediatos a las líneas del frente, se colman los vacíos aún existentes en el ensanche, crecen rápidamente los arrabales y entre 1948-54 se anexionan los municipios del contorno; se desarrolla notablemente la industria —con un claro apoyo político—; hay una fuerte inmigración, desde la década del 50 y sobre todo del 60 surgen grandes barrios nuevos en las afueras y crecen de manera extraordinaria los pueblos del contorno próximo;

todo ello con una desmesurada especulación del suelo y sin coherencia en la práctica pese a los planes ordenadores. Madrid y su aglomeración experimentan grandes cambios en su plano, funciones y fisonomía. En 1950 la población madrileña era de 1.645.000 habitantes, de los cuales aproximadamente dos tercios corresponden al centro-ensanche; en 1975 sólo un quinto de los 3.146.000 totales; el cambio es radical y se debe a la disminución del interior y sobre todo al crecimiento vertiginoso de la periferia, que ha modificado completamente el conjunto urbano. La inmigración ya es muy reducida e incluso le supera la emigración a las localidades del contorno; ese balance negativo se salva por el crecimiento natural, pero los habitantes ya no crecen apenas: 3.190.000 en 1980.

En el casco viejo o centro, con gran descenso de población (además envejecida y de escasa natalidad), numerosas obras parciales, derribos —muchos de ellos lamentables— y nuevos edificios, esencialmente comerciales, rompen la fisonomía tradicional. El centro administrativo y mercantil se mantiene, sobre todo, en el espacio entre Sol, Gran Vía y Cibeles; son sus ejes fundamentales la calle de Alcalá (hoy la calle de los bancos) y la Gran Vía plurifuncional (espectáculos, oficinas, comercios, grandes almacenes); ahora estas actividades de bancos y oficinas se continúan, formando ángulo, por Recoletos-Castellana. Al oeste de Sol se encuentra la zona de mayor sabor histórico, de calles y plazuelas recoletas, viejas casonas y algún palacio, iglesias y conventos, y en los extremos los grandes conjuntos de la Plaza Mayor y el Palacio Real. Al N predominan todavía viejos barrios mesocrático-populares, pero en las calles principales son ya básicas las actividades terciarias; en el S son barrios populares, especialmente al iniciarse el declive hacia el río («barrios bajos»), castizos y de más pobre caserío, con frecuencia muy «típico», por ejemplo las «casas de corredor», pero de condiciones higiénicas deplorables.

El ensanche, con su trama regular en

cuadrícula, y algunas diagonales (la principal la calle de Alcalá), es de carácter mesocrático, salvo algunos sectores de alta burguesía, sobre todo en el NE, en el barrio de Salamanca y algún otro menor (del Museo del Prado, de Almagro, etc.). También ha comenzado la transformación en las grandes arterias, con nuevos edificios para actividades terciarias; el caso más notorio y desgraciado es la Castellana, con altos bloques de cemento, vidrio y metal para oficinas y bancos, sustituyendo a las casas y los palacetes enjardinados que conferían a este paseo una prestancia inigualable. En conjunto el ensanche, después de un gran aumento de población en los pasados decenios, se estabiliza y ahora empieza a disminuir.

En el S, después de los barrios de habitación, se localiza la mayoría de las instalaciones industriales, a favor de los apartaderos y estaciones de mercancías (Imperial, Peñuelas) unidas a las del Norte, Oeste o Delicias (ya cerrada) y Mediodía. Son de índole muy diversa: antigua fábrica de gas de alumbrado y una central térmica, fábricas y talleres metalúrgicos, de productos químicos, bebidas, maderas, etc., así como almacenes, los mataderos y los mercados centrales de pescados y frutas y verduras (de inmediato traslado).

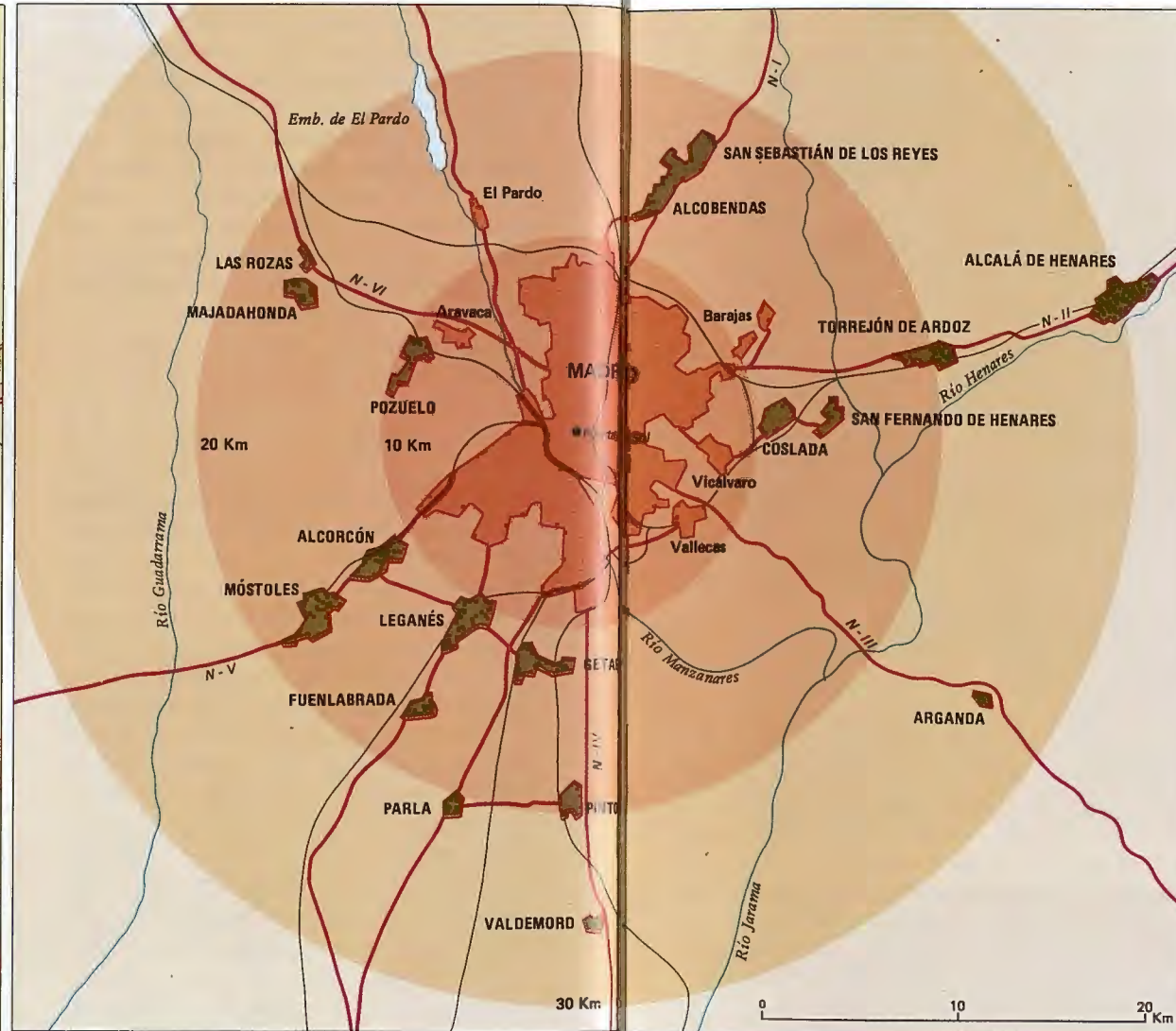
En el límite del centro, las avenidas en las antiguas rondas—despojadas de su andén central arbolado— forman una vía circular de gran tránsito (el llamado «primer cinturón»); lo mismo ha ocurrido en el límite del ensanche, en el antiguo Paseo de Ronda («segundo cinturón»).

El amplio desarrollo reciente de Madrid ha tenido lugar en el antes llamado «Extrarradio» y en los terrenos próximos del viejo contorno anexionado, pero de manera completamente desordenada. En primer término ha de señalarse el crecimiento de los antiguos arrabales camineros y la remodelación de sus ejes, mientras que a ambos lados se mantienen el pobre caserío y aun míseros suburbios de «chabolas», que tratan de sustituir las



5. Desarrollo urbano de Madrid

En el pasado el Manzanares ha representado un obstáculo notable y el crecimiento ha tenido lugar, esencialmente, hacia el norte y el este. Solamente en los últimos decenios es muy importante la expansión por el suroeste, al otro lado del río



construcciones oficiales de tipo «provisional», las cuales perviven largos años. Otro hecho destacado es la creación y desarrollo fulgurante de grandes barrios nuevos en el espacio entre los antiguos caminos, con lo cual el aumento se hace en todas direcciones, salvo en el W y NW donde se encuentran parques y anteriores posesiones reales (Casa de Campo, El Pardo). Hacia el N, más allá de Tetuán, los nuevos barrios llegan hasta Fuencarral, que aún conserva en parte su fisonomía semirural. La prolongación de la Castellana, sobre todo en el primer tramo hasta la plaza de Castilla, tiene marcado carácter terciario, con altos blo-

6. Área suburbana próxima de Madrid

Rápido desarrollo reciente de grandes núcleos dormitorio o mixtos (industriales-dormitorio) en las vías de comunicación

dinal la autopista de salida a Barcelona y Aeropuerto de Barajas, con una banda de modernos edificios fabriles y oficinas en altos bloques; en dirección transversal, aprovechando la gran vaguada del arroyo Abroñigal, un tramo de la autopista M-30 de circunvalación («tercer cinturón»).

Igualmente ha crecido el Puente de Vallecas, en la anterior salida hacia Valencia, y las edificaciones se acercan rápidamente a la villa de Vallecas, ya bastante transformada. En el amplio espacio entre esta carretera y la de Aragón, antes vacío y ahora cruzado por el tramo de autopista de la nueva salida hacia Valencia, han surgido dos enormes barrios de viviendas mesocráticas y populares, el de Moratalaz al S y el de San Blas al N; más allá, todavía sin unir, pero muy transformado, queda el núcleo de Vicálvaro.

En el gran sector del S y SW, con las carreteras de Andalucía, Toledo y Extremadura, también el desarrollo ha sido rapidísimo, con barrios medianos y pequeños de todo tipo y sumamente desordenados, incluyendo bastantes espacios de chabolas; es el máximo ejemplo de falta de normas urbanísticas. Mediante este crecimiento han quedado soldados a la urbe los Carabanchel y Villaverde; en ésta, una gran zona industrial a lo largo de la carretera y ferrocarril de Andalucía prolonga la del S del ensanche, antes citada, con factorías de material ferroviario, eléctrico y de telecomunicación, metalurgia diversa, automóviles, cerámica, etc.

Finalmente, en el NW, en la antigua posesión real de La Moncloa, donde ya se había iniciado la Ciudad Universitaria, se han multiplicado las construcciones con esa finalidad, y más allá cierran este sector la Casa de Campo y el monte de El Pardo, pero en el pasillo entre ambas masas verdes aparecen residencias en bloque o unifamiliares de lujo, en parte a costa del monte (!).

El crecimiento superficial, mientras que la mayoría de los empleos terciarios se mantienen en el centro y sus alrededores y los industriales en la periferia, ocasiona

una disociación entre lugares de trabajo y de vivienda, y con ello una intensa circulación urbana. El tranvía se retiró del centro (última línea en la Puerta del Sol en 1949) y luego fue suprimido totalmente en 1972, con notoria imprevisión puesto que en la zona periférica prestaba un excelente servicio. A la vez se restauran los autobuses en 1948 y alcanzan gran desarrollo (en la actualidad más de un centenar de líneas, con 1.000 km y 1,2 millones de viajeros diarios); sólo duró una quincena de años el servicio de trolebuses (1949-66) y el metro ha crecido hasta las nueve líneas de hoy, con unos 90 km y 1,1 millones de viajeros diarios. Pero desde los años 60 tiene lugar el auge del automóvil privado, que supone una cuarta parte de los viajeros totales, y ocasiona graves problemas; en cambio, en los últimos años disminuyen notoriamente los pasajeros en transportes colectivos, sobre todo en el metro; aparte del automóvil, la causa fundamental es el cambio de hábitos laborales, con descenso extraordinario del movimiento al mediodía y también la crisis general. Para facilitar el tránsito automóvil se han realizado numerosas obras: supresión de andenes arbolados en las avenidas, grandes estacionamientos subterráneos, cruces elevados o inferiores (antiestéticos pero indispensables), etc. Sin embargo, la circulación supera ya las posibilidades en buena parte del centro y del ensanche y se han impuesto rigurosas medidas de estacionamiento para disminuir la afluencia de coches a ese espacio. En relación directa con la circulación — también con las calefacciones e industrias — está la contaminación atmosférica, que alcanza ya límites graves en circunstancias de tiempo anticiclónico, sobre todo en invierno.

Área suburbana

El área metropolitana madrileña se ha definido de distintas maneras; aquí nos referimos esencialmente al rosario de grandes núcleos con intensa relación dia-



ria como ciudades dormitorio o también animadas por la industria, es decir, la aureola suburbana próxima. Más allá el cambio es muy brusco y los núcleos son pequeños, de 1.000 a 4.000 habitantes y esencialmente rurales todavía. Después aparecen algunas ciudades del área media, ya con vida propia aunque mantengan bastantes relaciones con Madrid, como Guadalajara, Aranjuez y localidades serranas como El Escorial y Villalba; Alcalá de Henares ocupa una posición intermedia. Al comenzar los años 50 los núcleos del contorno inmediato eran esencialmente rurales y pequeños; salvo Getafe, con 12.000 habitantes, que ya había comenzado la industrialización, y Leganés con 6.000, ninguno de los demás llegaba a 4.000. En esa década y sobre todo en las del 60 y 70 crecen extraordinariamente, en algún caso de manera explosiva, y su población aumenta a varias decenas de millares de habitantes e incluso en varios a más de cien mil. Son grandes aglomeraciones de edificios, la mayoría de tipo bastante uniforme de ladrillo rojo y cuatro plantas (que no exige ascensor), salvo algunos más elevados, de mayor calidad y empaque; su población es de emigrantes de la región, de Andalucía, Extremadura, etc., y en número grande y creciente del propio Madrid, especialmente matrimonios jóvenes. En total sumaban esos núcleos en 1950 unos 80.000 habitantes, en 1970 ya 410.000 y hoy rebasan el millón, aunque en el último quinquenio el ritmo de aumento ha decrecido. En general forman parejas en la misma carretera o en adyacentes, algunos tan próximos que están cerca de unirse formando una conurbación, como ya ha ocurrido entre Alcobendas y San Sebastián de los Reyes. En todos, el desarrollo se ha realizado sin planificación adecuada y los problemas son muy serios, tanto los de infraestructura y equipamiento interno, como los generales de comunicaciones con Madrid por carreteras o autovías, congestionadas en las horas punta; sólo se ha construido un ferrocarril suburbano específico en el SW (Alcorcón-Móstoles)



y se están mejorando las líneas generales. Destaca sobre todo el gran grupo del SW y S, el principal, en forma de abanico entre las carreteras de Extremadura y Andalucía, con más de 620.000 habitantes, que suponen cerca de dos tercios de toda el área suburbana. En la primera vía citada se hallan Alcorcón y Móstoles, de increíble expansión; en 1950 sumaban menos de 3.000 habitantes, en 1980 llegan a 140.000 y 150.000 respectivamente; más allá Navalcarnero (8.000) se encuentra en el límite del área. Getafe y Leganés, con gran actividad industrial, sobre todo el segundo, tienen 164.000 y 126.000; más al S Fuenlabrada y Parla, de incorporación más tardía al desarrollo, cuentan con 78.000 y 56.000. Pinto y Valdemoro (en la ruta de Andalucía) se hallan en los comienzos, con 19.000 y 13.000.

Las viejas villas de Vallecas en el SE y Vicálvaro en el E aún están separadas materialmente de la urbe, aunque forman parte del municipio madrileño. Después de Vallecas queda un amplio vacío de terrenos inhóspitos hasta Arganda (22.000), de aumento reciente. En el E, en la ruta de Aragón, en el llamado «corredor del Henares», el desarrollo industrial es muy importante. Coslada (54.000) y San Fernando de Henares (20.000) están muy cerca de la conurbación, más allá Torrejón de Ardoz (75.000) y luego Alcalá de Henares (137.000) con vieja personalidad urbana y monumental centrada en la universidad, y ahora gran desarrollo fabril, lo cual le confiere un carácter especial.

En el N, en el valle del Jarama, con la carretera de Burgos, se hallan Alcobendas y San Sebastián de los Reyes (64.000 y 40.000 habitantes), ya unidos y con una zona industrial. Diversas agrupaciones de viviendas unifamiliares y conjuntos enjardinados —en algún caso de gran lujo— separados de las ciudades, anuncian ya la transición al sector de NW. En éste, de cara a la sierra —magnífico telón de fondo—, se había iniciado la función de ocio antes de la guerra civil mediante la línea férrea. Con la

electrificación de ésta y sobre todo el desarrollo del automóvil se multiplicaron las viviendas secundarias desde la década del 50 y especialmente en las siguientes; en los lugares más próximos, como Pozuelo (ya incorporado a Madrid) y Aravaca, se han convertido en permanentes e incorporado en realidad a la periferia urbana; asimismo ha ocurrido en los inmediatos lugares de Las Rozas (13.000 habitantes) y Majadahonda (23.000), en gran parte ya en forma de bloques. Más allá todavía predominan la función de ocio hasta la sierra de Guadarrama y sus estribaciones, aunque Collado Villalba (19.000 habitantes), con al-

guna industria, posee caracteres mixtos ya apuntados, igualmente Colmenar Viejo (20.000), ambos en la rampa serrana. Todo este sector supone un ejemplo sobresaliente de «urbanización» del espacio, visiblemente organizado por y para la gran ciudad.

Más allá del área suburbana próxima y de ocio, la influencia madrileña no se materializa ya de forma tan espectacular; sin embargo, son muy estrechos los lazos funcionales con la urbe; en íntima relación siguen las actividades económicas, de ellas se recibe el impulso fundamental —directo o indirecto—, es el mercado básico y el gran foco de atrac-

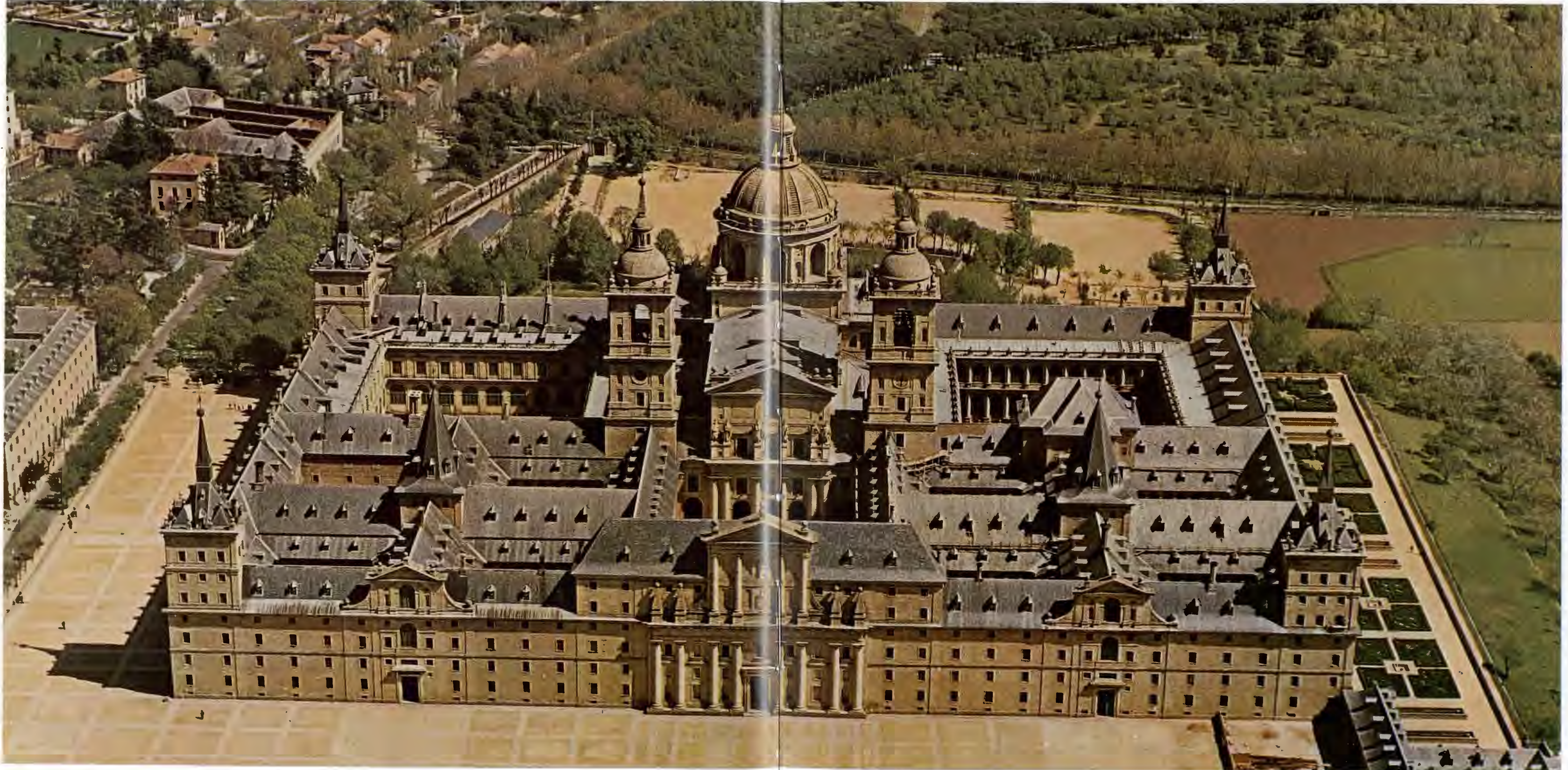
ción cuando las malas condiciones del terruño impulsa a la emigración. No en vano la aglomeración de Madrid y su contorno concentra más del 70 % de la población de Castilla la Nueva. Es probable, sin embargo, que esta macrocefalia se atempere en el futuro. Ya actúa hoy en contra la crisis general; esperamos también que una racional política de ordenación territorial y urbana vitalice las pequeñas ciudades y las campiñas, estableciendo la necesaria armonía entre la región y la metrópoli. Es la única solución si se quiere para todos una mejor calidad de vida.

INTRODUCCION HISTORICA

Manuel Fernández Alvarez

*Catedrático de Historia Moderna
de la Universidad de Salamanca*

1. Vista aérea del monasterio de San Lorenzo de El Escorial



2. Vaso campaniforme procedente de
Cienpозuelos. Museo Arqueológico Nacional,
Madrid



PREÁMBULO

Si meditamos sobre lo que supone Castilla la Nueva, dentro del conjunto de la historia de España, nos encontramos con algunas notas más relevantes, que cruzan a través de los siglos. Castilla la Nueva da a España un sentido de unidad, tanto en lo político como en lo religioso y en lo cultural. Es cierto que durante un período de su historia, particularmente en los siglos XI y XII, Castilla la Nueva es frontera y campo de batalla, entre el Norte cristiano y el Sur musulmán. Pero antes, durante los tiempos visigodos, y después con las grandes conquistas de Fernando III el Santo, con la incorporación de la Andalucía Occidental, otra vez vuelve a ser Castilla la Nueva la espina dorsal del reino de Castilla, como más tarde lo será de España.

Eso explica que, bien en Toledo con los monarcas visigodos, bien en Madrid a partir de Felipe II, tienda a establecerse en ella la capital de la Monarquía. Y téngase en cuenta que también presenciaremos aquí el establecimiento de la sede metropolitana, que da a Castilla la Nueva (esta vez a través de Toledo) una especie de capitalidad religiosa. Por lo tanto, podrá hablarse de una vocación de caudillaje, con sus repercusiones centralizadoras. Centralismo que tendrá en ocasiones manifestaciones abusivas, pero que en suma viene explicado por un país precisamente de muy fuertes y muy dispares características regionales. La razón de ser de Castilla la Nueva, como centro aunador de voluntades, a escala nacional, está precisamente en su posibilidad de contrarrestar las fuerzas centrífugas, de servir de puente entre Castilla la Vieja y Andalucía, entre Extremadura y Levante. En buena medida, Castilla la Nueva contribuye eficazmente al quehacer trabado del hombre hispano a lo largo de su historia. Por ella pasan — y en ella se quedan — repobladores de las otras regiones hispanas. En los tiempos medievales eso será una nota a escala exclusivamente del Reino de Castilla, pero a partir de la Edad Moderna, desde el

momento en que Felipe II escoge a Madrid por su capital, veremos afluir a ella españoles de todos los rincones de España. Precisamente porque Madrid era un pequeño lugar, su súbita grandeza será la obra de todos los españoles. En Madrid se darán pronto cita asturianos y andaluces, gallegos y valencianos, catalanes y extremeños, leoneses y murcianos. Por eso se podrá decir que Madrid, a partir de entonces, hará buena parte de la historia de España; pero que, a su vez, es toda España la que hace a Madrid. Por lo tanto, uno de sus rasgos principales a estudiar será ese de la capitalidad.

Ahora bien, sin perjuicio de que desarrollemos después con más extensión esa característica suya, hay que señalar en seguida que la historia de Castilla la Nueva y de su significado en la historia de España no se agota con la capitalidad. Pues cuentan también sus otras ciudades y sus pueblos. Madrid y Toledo no pueden hacernos olvidar a Guadalajara o a Cuenca (cabeza de un Reino), la Mancha o el Campo de Calatrava. Sus puertos de montaña (los puertos secos de que nos hablan los documentos) los recordamos no sólo como meros accidentes geográficos sino que nos traen las resonancias de acontecimientos históricos. Y dejando a un lado la polémica de los especialistas que combaten la historia política, los nombres de las Navas de Tolosa, de Almansa, de Somosierra o del Alto de los Leones — nombres unidos a importantes batallas libradas en sus alledaños — no pueden desaparecer de sucesos de la envergadura como la expulsión definitiva de las oleadas africanas sobre Castilla, de la consolidación de la dinastía de los Borbones, de la guerra de la Independencia o de nuestra última guerra civil. Ese mismo fragor de las armas, en torno a Castilla la Nueva, producto en ocasiones de invasiones extranjeras del Sur como del Norte — o bien de penosas guerras fratricidas —, está probando la importancia de Castilla la Nueva. En definitiva podríamos decir que el dominio de esa altiplanicie que se abre entre el sistema Central y Sierra Morena, trae

aparejado el dominio de España entera. Asimismo, sería un error tomar a Castilla la Nueva como una mera prolongación de Castilla la Vieja, como su simple criatura producto del desarrollo medieval. En puridad, si nos remontamos a los verdaderos comienzos de la historia de España, como un todo coherente, como una estructura política ya bien trabada e independiente (esto es, a los tiempos de la monarquía visigoda) nos encontraríamos que lo que hoy conocemos por Castilla la Nueva, tenía mucha más importancia que Castilla la Vieja.

De ahí la grandeza de Toledo, aunque sus orígenes sean más remotos y haya que vincularlos a la época romana. Por eso, cuando al avanzar de los guerreros cristianos medievales Burgos se convierta en *Caput Castellae*, encontrará notable resistencia en Castilla la Nueva. Una resistencia que aquí será como el símbolo de una personalidad histórica que no se olvida del importante papel jugado antes de la invasión musulmana. Burgos podría presentar las credenciales de su ejecutoria dentro de la Reconquista, pero Toledo podría recordar ejemplos más antiguos todavía. Y esa pugna se reflejará hasta bien entrada la Edad Moderna. Todavía, en las Cortes de Castilla, tanto bajo Carlos V como bajo Felipe II, veremos que cuando aquellos procuradores debían contestar al discurso de la Corona, siempre se adelantaban dos grupos rivalizando por obtener la representación de sus compañeros: los de Burgos y los de Toledo.

Algo de esa pugna — que marca diferencias de estilo y de singladura histórica — se aprecia igualmente, cuando se procede a la definitiva instalación de la capital de España. En este caso, el forcejeo no se estableció entre Toledo y Burgos, sino entre Valladolid y Madrid. Quizá porque la elección de Madrid fue obra de Felipe II y Valladolid, a su vez, no podía olvidar que el rey prudente había nacido en el palacio contiguo a la valisoletana iglesia de San Pablo, y que en San Pablo había sido bautizado.

Diferencias históricas que trascienden al

carácter y que se reflejan en la literatura. Por eso Criado del Val ha podido apreciar el parentesco espiritual entre el Arcipreste de Hita y Cervantes, contrarrestándolo con el genio del autor del *Mío Cid*, al igual que más adelante nos encontraremos con las grandes diferencias que los especialistas en el arte nos subrayan entre la escuela madrileña y la andaluza del siglo XVII.

Y quedan después los pueblos. A lo largo de la Baja Edad Media y la Alta Edad Moderna apreciamos la gran influencia de las Órdenes militares. En particular de Santiago y de Calatrava. Ahora bien, cuando esas Órdenes pierden su sentido originario de tipo bélico, como defensoras de una frontera hartamente fluida, queda ya sólo el esquema de unas tierras gobernadas por señores. Pero no son, sin embargo, propiamente tierras de señorío, puesto que el gran maestro a partir de los Reyes Católicos es el rey, y las encomiendas no son hereditarias. Regidas por señores, estas encomiendas son cubiertas por el monarca a cada nueva vacante que ocurre. Con ello nos encontramos que el carácter efímero del nombramiento y el considerarlo como una recompensa hace particularmente opresor el gobierno de los comendadores, que procurarán obtener el máximo provecho de unas tierras y de unos vasallos que no quedarán vinculados a su linaje. Y de ello nos da algún testimonio la literatura de la época; baste recordar al *Comendador de Ocaña*. Es más, podríamos pensar que la suerte de *Fuenteovejuna* podía aplicarse a cualquiera de los pueblos del Campo de Calatrava o de la llamada provincia de Castilla de la Orden de Santiago, como Quintanar de la Orden.

Eso tendrá su repercusión histórica y social. Castilla la Nueva será tierra pródiga en hombres que se alistaban en los Tercios Viejos o que buscan el azar —y la grandeza—, la aventura, pero también la libertad, más allá de los mares, en las rutas de las Indias Occidentales.

LA ENTRADA EN LA HISTORIA

Dejemos a un lado el problema de las dataciones, siempre difíciles, y entresaquemos de lo que nos dicen los prehistoriadores algunas conclusiones para Castilla la Nueva. Al estar resguardada por amplios contrafuertes montañosos al Norte y a Levante, podría creerse que ya para el hombre primitivo lo más sencillo era seguir el derrotero de su gran río, el curso del Tajo. Sin embargo, las montañas pueden franquearse. De hecho, testimonios de una cultura rupestre, al modo de la desarrollada por la demarcación franco-cantábrica se encuentran en la meseta meridional, si bien más toscos, como los de la Cueva de la Hoz, en Santa María del Espino, de la provincia de Guadalajara; lo mismo que el naturalismo del arte rupestre levantino asoma por el sudeste de la meseta, con la hermosa serie de refugios rupestres albaceteños, que tiene por principal manifestación la Cueva de la Vieja, cercana al lugar de Alpera. Quiere esto decir que dentro de ese pequeño continente que parece formar la Península Ibérica, Castilla la Nueva nos da, desde el principio de los tiempos, ese signo de cruce de culturas y de recepción de influencias, tanto de las que le han de llegar del Norte, desde más allá de los Pirineos, como de la que se le entra por el Este, en conexión con el Mediterráneo. También, por supuesto, de la que asciende desde el Sur, como la cultura del vaso campaniforme o la del Argar, que arraiga con fuerza en el valle del Jarama, como lo demuestra el notable yacimiento de Ciempozuelos, algunos de cuyos ejemplares de hermosa cerámica, de tipo campaniforme, pueden admirarse en el Museo Arqueológico Nacional. A la inversa, la cultura centroeuropea de los campos de urnas la vemos bien representada en las cercanías de Madrid. Estamos ya en la Edad de los Metales. A la raza camita, portadora en la Edad del Bronce de la cultura argárica, sucede

ahora la raza céltica, con la que Castilla la Nueva entra en la Edad del Hierro, a principios del primer milenio antes de Cristo. Y una vez más se produce el fenómeno de la fusión de pueblos, de los iberos y de los celtas, para ese tipo humano que caracterizará a España, y particularmente a la meseta: el celtibérico.

En todo caso, pequeños grupos humanos perdidos casi en la inmensa altiplanicie de la Mancha, dedicados primero a la caza y a la pesca, siguiendo el ir y venir de las especies animales; de cuya servidumbre se liberan en el Neolítico, practicando la agricultura y el pastoreo de animales domésticos. Los vastos espacios facilitaban el pastoreo en Castilla la Nueva, dando un signo peculiar a su riqueza y a sus costumbres, ya que el pastor es, por su natural vivir a la intemperie, un soldado nato. Entonces eran muchos los pueblos que habitaban España. Conocemos el nombre de los asentados en la meseta de Castilla la Nueva, entre el sistema Central, y la cabecera del Tajo y los Montes de Toledo: los carpetanos. Y un poco al sur, entre el Guadiana y Sierra Morena, los oretanos.

EL ENCUENTRO CON ROMA

Es en el curso de las guerras púnicas, en las que Roma forcejea con Cartago por hacerse con el dominio del Mediterráneo occidental, cuando comienzan a tenerse las primeras referencias escritas sobre las hazañas de los oretanos. En efecto, el famoso ardid de lanzar carros cargados de teas encendidas contra el enemigo, es atribuido al régulo de los oretanos, Orison, en lucha contra los cartagineses; así logró vencer al gran general cartaginés Amílcar Barca, a fines del siglo III antes de Jesucristo. Por su parte, los carpetanos lucharon contra su hijo, Aníbal, si bien con peor resultado, siendo vencidos por aquel rayo de la guerra cerca del Tajo.



La sumisión de la meseta inferior por Roma no presentó las dificultades que encontrarían los generales romanos en otras partes de la Península. Hemos de tomarla, por lo tanto, como zona relativamente pronto romanizada. Ahora bien, dentro de la España romana, el papel de Castilla la Nueva fue de escaso relieve, como se aprecia en los pocos restos de la gran arquitectura que aquel magno Imperio dejó generosamente sobre otras regiones hispanas, tanto en el litoral como en el interior. Nada semejante, a este respecto, encontramos en Castilla la Nueva. Sin embargo, un so-

mero examen de sus famosas calzadas permite apreciar algo que andando el tiempo sería decisivo para Castilla la Nueva. Me refiero al hecho de cruzarse en su centro dos de las calzadas de mayor valor estratégico: la que iba de Mérida a Zaragoza, pasando por *Toletum*, y la que unía las dos Castillas, enlazando *Septimania* con *Libisosa*. Esa cruz de grandes rutas, que venían a coincidir en *Titulcia*, no se da en el resto de la España romana. Y hay que destacar, como un hecho muy significativo, que *Titulcia* estaba sobre el río Tajúña, no lejos, por tanto, de Madrid.

Romanizada y cristianizada Castilla la Nueva, pues sabemos que en el Bajo Imperio ya existe la diócesis episcopal de Toledo, que desde entonces, y hasta bien entrado el siglo XVI —por lo tanto, durante más de un milenio—, será la gran cabeza de la meseta inferior. Por lo demás, la tierra bajo Roma se verá afectada por los reflejos de las duras campañas contra Viriato o contra Numancia, o por las guerras civiles de los últimos tiempos de la República, hasta alcanzar el sosiego de la *pax romana*.



CABEZA DEL REINO: LOS VISIGODOS

Con los visigodos, España deja de ser provincia, para convertirse en reino. Roma había dado a España su unidad, a costa de su libertad. En ese período, el papel de Castilla la Nueva había sido escaso, aunque su situación central podía hacer adivinar su futuro; pero mientras España fuera no más que una pieza dependiente de un organismo mucho más vasto, cuyo corazón estaba en el centro del Mediterráneo, la vida tenía que afluir, necesariamente, a las partes costeras, ribereñas del *Mare Nostrum*. Los visigodos ponen fin a ese estado de cosas. A partir de ellos, se perfila un Estado nacional, que con Leovigildo tiene su centro en Toledo. Toledo será la capital política y la religiosa, pues su sede se convertirá en la metropolitana; cosa importante, en las vísperas de la alianza de la Iglesia y de la Corona. Cuando Recaredo se convierte al catolicismo, en el tercer Concilio toledano, y en el año 587, la monarquía visigoda ganará en fuerza, por la unidad que empieza a realizarse entre la capa dominadora visigoda y la población hispano-romana. Y todo ese proceso unificador se elabora desde Castilla la Nueva, o para ser más precisos, desde Toledo. Un Toledo que nos trae el recuerdo desde aquellos tiempos, además de sus Concilios, de su último rey Rodrigo, junto con la leyenda de la hija del conde don Julián, la Cava, cuyos baños en un recodo del Tajo toledano aún sigue señalándose. Desde aquellos tiempos la historia de Castilla la Nueva no puede medirse a escala regional, sino a escala nacional. Y ello queda resumido en el evocador nombre de la que fue su cabeza más visible: Toledo. Es cierto que la corta vida del reino visigodo no permitió que se afanzara aquella capitalidad, entre otras cosas porque los largos siglos de dominio musulmán que le seguirían iban a empujar el centro político de España lejos de la meseta, rompiendo su unidad en dos trozos, en dos Españas alternati-





vamente grandes o chicas, a expensas de la otra, buscando la una su fuerza al sur, en las tierras de la antigua Bética, mientras las otras encontraban su respaldo en las montañas del norte, para quedar en medio las tierras de Castilla la Nueva, a veces zona fronteriza, a veces tierra de nadie. Toledo perdió su nota de capital del Reino, que ya no volvería a recuperar, si bien mantuviese su signo de silla metropolitana. Quedaría, eso sí, el recuerdo de una época brillante, luego recogida en el Romancero castellano.

BAJO EL ISLAM

Se sucede después un largo período de casi medio milenio, desde principios del siglo VIII hasta fines del siglo XI, en el que Castilla la Nueva está bajo el influjo musulmán, aunque dicho período es más breve para Guadalajara, Madrid y Toledo, recuperadas para la Cristiandad un siglo antes que Cuenca o la zona meridional.

La sorpresa que aún nos produce la rápida conquista musulmana, debieron tenerla también los contemporáneos. Que la victoria de Guadalete era algo más que un hecho de armas, que iba a ser la ruina del reino visigodo, sólo lo comprobaron los invasores después de su fácil expansión posterior, y sobre todo, al poder tomar su capital al primer envite. Esto hace pensar que el proceso de unificación que había iniciado Toledo estaba lejos de haberse conseguido, y que la masa del pueblo no combatió porque le era indiferente cuál fuese la suerte de la capa dominadora de los visigodos. Se trataba para ellos, simplemente, de un cambio de dueño. No cabe duda de que había mucho más, y que con la cultura musulmana se presentaba un cambio mucho más radical, pero eso no se percibió en un principio, quizá porque las tropas de Muza se presentasen como auxiliares de una de las facciones en que se hallaba dividida por entonces la monarquía visigoda.



Esa etapa musulmana es poco beneficiosa para Castilla la Nueva. En primer lugar, Toledo, ya acostumbrada a ser la cabeza y corte, verá como el centro político se desplaza hacia el sur. Su estrella palidece, frente al brillo de Córdoba, la nueva capital de la España musulmana. Se advierte un fuerte estado de tensión, que más de una vez estallará en conflicto armado. Son constantes las revueltas toledanas contra el dominio de Córdoba, tanto durante el emirato independiente como bajo el califato.

Pero Toledo no se arredra ni ante los mayores gestos de crueldad, como el realizado por el gobernador Amrús a principios del siglo IX, en la que se conocería con el nombre de «jornada del foso», en la que perdieron la vida centenares de personajes toledanos. Surgen rebeliones. Una de ellas tomará un carácter religioso, pues fue dirigida por el numeroso y fuerte partido mozárabe, que llegó incluso a guerrear con las tropas del emir al sur de Sierra Morena. En ese sentido, la personalidad de Toledo durante el período musulmán no se apagó jamás, ni aún

bajo el califato. A fines del siglo IX se le ve gozar de una autonomía, reconocida por Córdoba, y para someterla se verá obligado Abderramán III a una verdadera ofensiva, con una cuidadosa campaña militar que se prolonga desde el año 930 hasta el 932. En aquella ocasión, los toledanos trataron de auxiliarse de los cristianos, pidiendo apoyo al rey de León, Ramiro II, aunque sin resultado positivo, pues el ejército del califa cordobés venció a las tropas leonesas.

Ese estado de constante efervescencia es lo que mueve a Córdoba a situar a las espaldas de Toledo un lugar fuerte, que en parte sirviera de escala en la ruta que unía con la frontera superior, y en particular con Zaragoza, y en parte permitiera la vigilancia de los inquietos toledanos; esa parece ser que fue la causa de los modestos orígenes de Madrid, la que nadie auguraba por entonces que sería capaz de desbancar a Toledo de su papel de principal centro de la meseta inferior. Eso explica, también, que cuando se hunda el califato cordobés y sobrevenga el período de los reinos de taifas, vea-

mos asentarse uno de ellos en Toledo. Habrá otros, como Cuenca, pero Toledo será la pieza clave para el dominio de la línea del Tajo, cosa que logrará Alfonso VI en 1085, después de que Álvar Fáñez se había apoderado de Guadalajara en 1081 y que el propio rey lo había hecho de Madrid (tomada por los cristianos en 1083). Y no cabe duda de que el desastre de Uclés, con la intervención de la oleada africana de los almorávides, fue lo que retrasó la reconquista de toda Castilla la Nueva otro siglo más, hasta que los ejércitos de Alfonso VIII se apoderasen de Cuenca en 1177.

Puede decirse que de aquellos tiempos levantiscos conservó Toledo su altivez, que tendría ocasión de manifestarse en los tiempos bajomedievos y modernos. Y si no son muchos los monumentos de tipo musulmán que se pueden admirar en Castilla la Nueva, sí dejó no poco de su espíritu en el aire mismo de sus ciudades, sobre todo en la parte vieja de Cuenca o en las callejuelas toledanas; sin olvidar la toponimia, con el ejemplo cimerio de Guadalajara.

FRONTERA DE LA CRISTIANDAD

Algo sustancial se opera con el avance de la Reconquista. En el siglo XI, Castilla la Nueva es presa de las incursiones de cristianos y musulmanes; si Alfonso VI toma Toledo en 1085, a poco su hijo muere en los llanos de Uclés, ante el asalto de los almorávides. Todavía en el siglo XII la oleada almohade alterará sus villas y lugares. Pero en el siglo XIII y tras el forcejeo de las Navas de Tolosa, el peligro desaparecerá definitivamente. Los caballos de Fernando III el Santo beberán en las aguas del Guadalquivir, bajo los arcos del puente de Córdoba y bajo la sombra de las torres de Sevilla. Castilla la Nueva, cuyos campos de Montiel y de Calatrava se habían llenado de castillos y de casas fuertes, deja de ser frontera para convertirse en el centro. El río Tajo es la gran arteria de Castilla y Toledo, donde está la silla primada, se convierte en una de sus principales ciudades. Sus campos soleados y tranquilos, sus inmensas planicies llaman al sembrador, al segador y al pastor. Por miles y miles pasan las ovejas por sus cañadas, buscando los pastos soleados de las faldas de Sierra Morena, en los días invernales, y los altos pastizales de la serranía de Cuenca en los ardorosos meses del estío. Castilla la Nueva da trigo y da vino. Es despensa y bodega. Pronto se transforma en uno de los ejes económicos principales de la Castilla bajomedieval. Logra ocho representantes en las Cortes Castellanas, que hacen oír su voz entre los 34 convocados. Es la voz de la villa de Madrid y de las ciudades de Toledo, Cuenca y Guadalajara. Tantos como los que hablan por el Reino de León, que tenía representantes por León, Toro, Zamora y Salamanca, y muy cerca de los 10 con que contaba Castilla la Vieja y equiparada con el sur, hasta que los Reyes Católicos no aporten la conquista de Granada.

Y aquí ya empieza a perfilarse la personalidad de Castilla la Nueva, pues en

esas Cortes de Castilla, donde cada ciudad o villa tiene dos votos — lo mismo Toro que Sevilla — sin que se reconozca preeminencia a ninguna, sin embargo hay dos especiales que se consideran con derechos emanados de su propia historia, para representarlas a todas cuanto llega la hora de contestar al discurso de la Corona. Llegado que es el momento solemne de la apertura de cada nueva legislatura, que periódicamente suele ocurrir cada tres años, los procuradores convocados a Cortes por el rey, oyen de sus labios o de quien le representa un discurso justificativo de su gobierno desde las últimas Cortes. ¿Quién ha de responderle? Burgos se cree la más indicada, como *Caput Castellae*, como cabeza del Condado de Castilla desde los tiempos altomedievos. Pero hay quien se le opone. En efecto, hay otra ciudad para la cual Burgos no era sino un pequeño lugar, cuando ella era la cabeza del Reino. ¿Acaso no fue así con Toledo? Toledo, desde Castilla la Nueva, podía recordar que había sido la sede de la monarquía visigoda antes de convertirse en uno de los reinos de taifas. Y así se encendía constantemente la rivalidad entre las dos ciudades, cada vez que unas nuevas Cortes las ponían frente a frente. Y aunque el rey solía dirimir la contienda — que a veces pasaba de las palabras a las manos — dando la voz a Burgos y con la frase ritual de que la Corona hablaría por Toledo, siempre los procuradores toledanos exigían que el escribano presente levantase acta del agravio que se les hacía y de la protesta que formulaban.

Castilla la Nueva había sido cabeza de dos reinos, bajo la época musulmana: Toledo y Cuenca. Eran los tiempos en que Madrid, con alcázar regio, no era sino un pequeño lugar que se beneficiaba de hallarse en la ruta caravanera que unía a Toledo con Zaragoza, bordeando el sistema Central. Después, a lo largo de los azarosos años de los siglos XI y XII, vemos a las tierras de Castilla la Nueva espigarse de poblados grandes y espaciados. Los pueblos no son tan nu-

meros como en tierras burgalesas o vallisoletanas, pero su perímetro es mayor, y con frecuencia alcanzan mayor número de habitantes. Son, en su mayoría, o pueblos cobijados bajo las obispaldas de Toledo y Cuenca, o puestos bajo la vigilancia de las Órdenes militares, la de Santiago y más particularmente la de Calatrava. En plena Castilla la Nueva tiene su sede matriz la Orden calatraveña. Y ese aire, entre guerrero y monacal, ese aire dado por su historia, queda ya formando parte — como una capa más, como otro círculo añadido año tras año, siglo a siglo — al viejo árbol de su vida, de sus costumbres, de su manera de ser y de entender la existencia. Por eso sus poblados son anchos, como donde la tierra es abundosa, y sus casonas cuentan siempre con amplios corrales.

Durante siglos, la altiplanicie que se extiende entre el sistema Central y Sierra Morena, vio el sucesivo paso de los invasores: romanos, vándolos, visigodos, árabes... Su primera función, a escala nacional, supo ejercerla con el Estado visigodo, cuando Toledo se alzó con la capitalidad de aquella monarquía. Después, cuando España se escinde en dos bloques de signo político y cultural diametralmente distintos, entre el Norte cristiano y el Sur musulmán, Castilla la Nueva sufre a lo largo de los siglos los embates de una y otra fuerza. Hasta fines del siglo XI, es más fuerte el poderío musulmán y las correrías proceden, tímidamente, del campo cristiano. A partir de 1085, cuando Toledo es conquistada por Alfonso VI, el signo se invierte: Castilla la Nueva se colorea con la repoblación cristiana que poco a poco va tomando posesión de sus vastas planicies, entre el Tajo y el Guadiana. Eso sí, no sin la amenaza de las invasiones de almorávides y almohades, que no cesarán hasta la batalla de las Navas de Tolosa, en los principios del siglo XIII (1212). Es la época en la que el sur de Castilla la Nueva toma un aire de frontera militar, a la que hay que guarnecer (al igual que acontece con la vecina Extremadura), dando lugar al gran florecimiento de las



Órdenes militares, destacando para esas tierras, las dos principales de Santiago y Calatrava. La Orden de Santiago tenía en Castilla la Nueva la llamada «Provincia de Castilla», con villas de la importancia de Ocaña y Quintanar, mientras que la Orden de Calatrava dominaba sobre el amplio territorio donde estaba el convento matriz, y que por ello recibía el nombre de «Campo de Calatrava»; verdaderos antemurales, contra las incursiones del mediodía musulmán.

En la Baja Edad Media, alejadas las fronteras hacia la zona penibética de la Andalucía oriental, Castilla la Nueva pierde ese aire de milicia en perpetua vigilia y se va repoblando gradualmente. No que-

da al margen, sin embargo, de los grandes acontecimientos nacionales. No podía estarlo, pues era demasiado fuerte su trayectoria histórica. A mediados del siglo XIII vemos al rey sabio, Alfonso X, proteger en Toledo la *Escuela de Traductores*, fundada a principios del siglo XII por el arzobispo don Raimundo y que tan destacado papel iba a ejercer en la evolución cultural, no ya de España, sino de toda Europa, al ir vertiendo al latín piezas fundamentales de la cultura clásica, conservadas a través de los musulmanes, así como de estos mismos: Aristóteles, Ptolomeo, Euclides, Avicena y Averroes pasaron así al patrimonio de la cultura europea. Nunca se destaca-

rá bastante la importancia de la tarea histórica realizada entonces por Castilla la Nueva, a escala supranacional, ya que sus efectos se harían notar en toda la cultura de Occidente. Toledo se convirtió entonces en uno de los focos culturales de mayor esplendor de toda la Cristiandad. Y eso también hay que anotarlo en el haber de los hombres y de las tierras de Castilla la Nueva. Y cuando entramos en el siglo XIV, la lucha fratricida entre Pedro I y Enrique II, ¿dónde se decide?; precisamente en los campos de Montiel, en plena Castilla la Nueva, es donde se libra la última batalla personal; pocas veces una contienda con tan pocos efectivos tuvo consecuencias tan im-

9. *Capitel y arco. Santa María la Blanca, Toledo*

10. *Pormenor del friso y arquerías ornamentales de la sinagoga del Tránsito. Toledo*

portantes. El triunfo de Montiel abre las puertas en España a una nueva dinastía: los Trastámaras. Dinastía que tendrá como brillante final el reinado de los Reyes Católicos.

Y es precisamente en ese período cuando los hombres y las tierras de Castilla la Nueva van a suponer algo muy importante en la historia hispana, por mano de un estadista genial: el cardenal Cisneros. El hijo más ilustre de Torrelaguna, y una de las aportaciones humanas fundamentales de Castilla la Nueva a la historia de España, puso a prueba a su patria chica a través de la intensa reforma religiosa llevada a cabo con tanta eficacia y disciplina en su diócesis, y creando la Universidad de Alcalá de Henares. Renovación espiritual que pedían los tiempos en toda Europa, pero que sólo Cisneros supo llevar a buen puerto, bien secundado (en cuanto a la tarea de la reforma interna de su orden franciscana) por el pa-

trocinio de Isabel la Católica. De ahí nacería la renovación espiritual que prospera en la España del siglo XVI y que le permite ser el principal baluarte del catolicismo, en el plano doctrinario, cuando se abran las puertas del Concilio de Trento. Y en ese mismo orden de cosas hay que situar la creación de la Universidad de Alcalá de Henares, la única que en el Quinientos puede rivalizar —y aún aventajar en algunos aspectos, como es en el de los estudios bíblicos— a la vieja y famosa Universidad de Salamanca. La corriente erasmista que tan destacado papel juega en la historia espiritual de nuestra patria, a lo largo del siglo XVI, tiene como principal hontanar la nueva fundación universitaria, plasmada por mano de Cisneros.

Castilla la Nueva o la modernidad. Podría darse ese título perfectamente a su quehacer histórico. ¿Acaso no protagoniza Toledo algunos de los principales ca-

pítulos de las Comunidades de Castilla? Entre ellos el último, puesto que fue la postrera en defender los ideales sustentados por las ciudades castellanas. Y aquí también nos encontramos con un hijo de su tierra, el hidalgo Juan de Padilla, principal cabeza de las familias comuneras, derrotado y, a poco, ejecutado en Villalar. De cara al absolutismo de Carlos V, Toledo encabeza un movimiento liberatorio, un poder urbano que pueda hacer frente a la Corona. Su derrota provocará también el doblegamiento de las Cortes. La primera revolución moderna, como la llamaría el profesor Maravall, dejaría paso a una monarquía autoritaria con pocos frenos para su poder. Y, con frecuencia, las guerras y las empresas exteriores pasarían a ser dinásticas, con olvido de las nacionales, acaudilladas hasta entonces por los Reyes Católicos.





EVOCACIÓN DE TOLEDO

Enriscada sobre el Tajo que en profunda curva se abraza a su cintura, está la imperial Toledo. Existía ya hace más de dos mil años. Hace cerca de milenio y medio, esta ciudad que recuerda sobre el plano un corazón, comenzó a latir como el corazón de España. Fue el año 572, cuando el rey Leovigildo hizo de Toledo la corte de su reino. Este corazón está circundado por una abrupta naturaleza. Es un paisaje grandioso, erizado de montañas. Toledo no fue escogido para hacer de ella un asiento humano por la

fecundidad de su vega, sino por su fuerza natural, por su inexpugnable emplazamiento frente a la lanza y al jinete. Así, en un lento desgranar de los siglos, la historia se condensó tras sus murallas. Guarda recuerdos romanos y visigodos, huellas de los cuatro siglos que fue musulmana y de los muchos en que tuvo barrio judío. Su catedral señala bien que su arzobispo es Primado de España. Aquí los Reyes Católicos alzaron San Juan de los Reyes. Aquí el César Carlos V levantó su alcázar. Aquí nació aquel buen caballero que se llamó Garcilaso de la Vega. Aquí murió Berruguete, quizá nuestro mejor escultor. Aquí, en fin, vivió y murió el Greco, de cuyo mágico

pincel resulta Toledo inseparable. El viajero cruza el Tajo, quizá por el puente de Alcántara, o por el de San Martín. Ascende por sus callejuelas de sabor medieval. Franquea sus puertas: ¿Puerta del Sol? ¿Nueva o Vieja de la Visagra? Si lo hace por la del Sol, con su arco de herradura, creará encontrarse en pleno Oriente; si por la antigua de la Visagra, recordará estremecido que por donde él pasa pasó hace novecientos años el mejor caballero cristiano, Mio Cid de nombre, y sentirá la enorme gravitación de los hechos memorables; si por la Nueva, la imperial águila bicéfala le hablará del único Emperador del viejo y del Nuevo Mundo, del César Carlos V. Podrá cono-



cer iglesias como la catedral, en donde el gótico se hace español, o San Juan de los Reyes, con el águila de San Juan abrazando el escudo de España; mezquitas, como la del Cristo de la Luz; sinagogas, en fin, como la fascinante Santa María la Blanca o como la del Tránsito en donde el obrero mudéjar dejó, hace seiscientos años, su secreta huella: «Sólo Allah es Dios». Cristianos, moros, judíos marcaron aquí su impronta. Y como la ciudad es tan fuerte es preciso alzar un soberbio alcázar que la domine enteramente, aún más alto y más soberbio, después que el

movimiento de las Comunidades pone sobre aviso a Carlos V.

Viajero, si la fortuna te lleva a la imperial Toledo, si has gustado el sabor de sus callejas, si has visto la moruna plaza de Zocodover, si has paseado por los jardines del Greco, si sentiste ya el misterio que cuando llega la noche brota de la ciudad, es preciso que no te pares aún, sigue caminando. Cruza el Tajo. Penetra en sus «cigarrales». Entonces, cuando estés en lo más alto, detén tu paso, vuelve tu rostro y admira: estás ante Toledo.

LA ÉPOCA DEL RENACIMIENTO

Pocos datos ciertos tenemos de la población de Castilla la Nueva, hasta que no alcanzamos los tiempos modernos. En compensación, a partir del siglo XVI ninguna región de España nos ofrece tantos testimonios como Castilla la Nueva, pues a los generales incluidos en los censos que con tanta frecuencia hace la monarquía desde los tiempos de Carlos V, hay que añadir las famosas *Relaciones to-*



pográficas, recogidas por orden de Felipe II, y de las que únicamente poseemos las que atañen a la meseta inferior.

Si comparamos aquella época del Antiguo Régimen con la actual, lo primero que llama la atención es su distinta distribución administrativa. Castilla la Nueva contaba entonces también con las provincias de Madrid, Guadalajara, Cuenca y Toledo; pero no existía la de Ciudad Real y sí las de Huete, la Mancha, Mesa Arzobispal de Toledo, y la llamada provincia de Castilla de la Orden de Santiago. Se comprenderá, por tanto, la muy

distinta forma de aquellas provincias. La importancia de Cuenca, como antigua cabeza del Reino, estribaba sobre todo en el importante territorio que controlaba directamente, con una población que doblaba la de Guadalajara. Era lo que los documentos llamaban «la tierra de Cuenca», con 8.388 vecinos; cifras sólo superadas en toda Castilla la Nueva por Toledo —cosa comprensible—, con 12.966 vecinos, y por Huete —cosa verdaderamente asombrosa— con 11.828 vecinos. La Mesa Arzobispal nos explica las ricas rentas de que gozaba el arzobispo

primado, no igualadas por ningún magnate, con sus 34.453 vecinos y con lugares de la importancia de Talavera, Alcalá de Henares, Illescas, Brihuega y Torrelaguna. La provincia de Castilla de la Orden de Santiago se extendía por el corazón de la Mancha, con Ocaña —la de Peribáñez y del Comendador que daría pie a la famosa pieza lopesca— y el rosario de villas cervantinas que nos traen a la memoria las andanzas de don Quijote: Quintanar de la Orden, El Toboso, Campo de Criptana... La provincia de la Mancha estaba integrada, a su vez, por

tres partidos, donde se mezclaban las tierras de realengo con las de señorío y las de Órdenes militares: los campos de Montiel y Calatrava y el partido de Alcazar; a todo lo cual se unía, como una entidad independiente, Ciudad Real, que con las aldeas de su jurisdicción apenas si pasaba de los 2.000 vecinos (unos 10.000 habitantes), lo que no era sino las dos terceras partes de lo que tenía por entonces Ocaña. En esa provincia, era la Orden de Calatrava su núcleo fundamental englobando villas tales como Almagro, Manzanares, Valdepeñas y Daimiel; y totalizando en conjunto más de la mitad de su territorio y de su población que pasaba de los 19.000 vecinos, sobre un total de 35.000.

Ahora bien, lo que llama la atención es su estructura social. En contraste con los numerosos hidalgos que vivían al norte del sistema Central, en el campo de Castilla la Nueva su presencia es muy escasa. Para un total de casi 124.000 vecinos, Noël Salomon pudo anotar sólo 2.538 familias hidalgas, lo que supone alrededor del 2%. Y así nos viene a la memoria que don Quijote no tiene otro hidalgo con quien conversar en su pequeña tertulia rural, donde departe únicamente con el Licenciado (esto es, con el cura) y con Maese Nicolás, el barbero. Ciertamente también es vecino suyo el discreto bachiller Carrasco, pero nada sabemos acerca de su carta de ejecutoria de hidalguía. Eran los hidalgos, por tan-

to, en el ámbito rural de Castilla la Nueva, casos aislados en cada aldea o lugajero, agrupándose más en las villas y ciudades de renombre; descontando Toledo, cuya exención frente al fisco enmascara su realidad social, y Madrid, por asiento de la Corte (y poco atractivo para la pequeña nobleza), en sitios como Guadalajara, Cuenca, Ocaña y Talavera la proporción de hidalgos es siempre mucho más alta: alrededor del 10%. ¿Buscaban la mayor comodidad de las villas mejores, o lugar donde esconder su pobreza vergonzante, como le ocurría a quien pasó a servir — para su mal — el Lazarillo de Tormes? Posiblemente, ambas razones entraban en juego. Eran tierras de abundante población





morisca. De los 54.531 señalados por los obispos de la Corona castellana a Felipe II, entre 1581 y 1589, 18.500 correspondían a Castilla la Nueva, con un porcentaje del 33 %, sólo superado por Andalucía. En cambio, cosa notable, esos mismos documentos no nos hablan de esclavos, en contraste con el resto de España, aunque sabemos que al menos en Madrid —como corte del Reino— menudeaban los de carácter doméstico.

Todo ese territorio sufre terriblemente con la depresión económica, social y política del siglo XVII. Los lugares, grandes y chicos, azotados por el hambre, la peste y las presiones fiscales (éstas provocadas por un Estado abocado a la catástrofe y que trata de salvarse con tributos y más tributos sobre sus vasallos), caen en vertical. Las más de las veces pierden la mitad de sus habitantes; así le ocurre a Toledo, que a mediados del siglo XVII ha

descendido, de los 55.000 habitantes a los 25.000, mientras Guadalajara y Ciudad Real, de cerca de los 10.000 se reducen a 3.500, y la misma Alcalá de Henares, sede de tan famosa Universidad, que había alcanzado más de los 12.000 habitantes, sin contar con los estudiantes, la vemos hundirse a los 4.000. Son las cifras de Cuenca, que había tenido los 15.000, con una interesante industria textil; y es, en general, la nota de toda la

región meseteña, salvándose sólo Madrid, acrecentada en buena parte con los despojos de las provincias colindantes y aun del resto de España.

Es evidente el daño que provocaron, a este respecto, hambres, pestes, emigraciones y guerras (aquí por sus efectos secundarios). La emigración a Indias es constante, a lo largo de estos años. Las pestes son terribles a principios y a mediados de este siglo XVII, diezmando —y a veces hasta casi borrando— lugares enteros. Habría que recordar, también, la expulsión de los moriscos, tanto en cuanto a pérdida demográfica, como en cuanto al cambio sustancial de la población, que adquiere ya su carácter uniforme de cristianos viejos; pues aunque algunos vuelven — como Ricote, el vecino de Sancho Panza — son los menos, dadas las graves penas que sobre ellos penden. Las dos causas principales de la contracción demográfica, sin embargo, son las hambres y la inestabilidad económica de un país triturado por una abrumadora presión fiscal. Cierto que las hambres no eran nada nuevo. El cura de los Palacios nos describe patéticamente la que afligió a Castilla a principios del siglo XVI. Durante cinco años azota el hambre a Castilla (entre 1502 y 1506) y termina con una terrible peste. Y Castilla la Nueva es una de las más afectadas, pues al fin de cuentas Andalucía podía buscar pronto remedio, importando y trayendo pan por el mar. El relato de aquellos tiempos de pesadilla nos sirve para cualquiera de los otros ramalazos de hambre que periódicamente sacude a la España del Antiguo Régimen: «E fué muy grand hambre en todos estos años —nos refiere Bernáldez para el de 1506—, en todas estas provincias y en otras muchas de Castilla, e despoblábase los lugares e las villas. E dexadas sus casas y naturaleza, se iban los hombres e las mujeres de unas tierras en otras, con sus hijitos a cuestas, por los caminos, a bucar pan, o con otros por las manos muertos de hambre; demandando por Dios a los que tenían, que eran muy grand dolor de ver. Y muchas personas

murieron de hambre, y eran tantos los que pedían por Dios en cada lugar, que acaescían llegar cada día a cada puerta veinte o treinta pobres, hombres y mujeres y muchachos...»¹. En 1545, cuando se reanuda la guerra imperial contra Francia, el hambre hostiga otra vez a Castilla la Nueva, hasta el punto que la ciudad de Cuenca, que se ve muy afectada, tiene que tomar medidas radicales, como pedir al hospital de la Orden de Santiago que coja bajo su protección a los pobres de la cárcel. El documento que nos lo refiere, señala cómo se producía una caída, en la escala social. Los que tenían un buen pasar se veían en necesidad y los ya necesitados caían en la mendicidad. Y puesto que los presos pobres no tenían libertad para pedir limosna (y dado que en aquellos tiempos la administración no alimentaba a los presos), su cerco se cerraba: «... el tiempo era muy estéril y caro —reza el documento—, que el pan y el vino y viandas y aceite; todo generalmente, valía caro. Y el pan con gran dificultad se podía hallar por los dineros, cocido ni en grano, de manera que en el mes de mayo... se pareció por experiencia muy notoria que los que antes solían tener lo que habían menester, padecían necesidad, y las personas pobres casi no se podían remediar, andando libres, cuanto más los pobres que estaban en la cárcel...»².

En la segunda mitad del siglo XVII, después que la paz vuelve a España tras la firmada con Francia en 1659, y que la historia conoce con el nombre de Paz de los Pirineos, se aprecia una lenta mejoría en todo el cuerpo nacional, de la que se benefician también los campos y los lugares de Castilla la Nueva. A fines del siglo XVII, el pulso demográfico es más fuerte y nos encontramos con una clara recuperación, que pone a Castilla la Nueva, en líneas generales, a la altura que tenía a principios del siglo XVI. Así ocurre con Ciudad Real como con Guadalajara. Cuenca asciende otra vez a los siete mil habitantes y Alcalá de Henares a los cinco mil; cifras que si eran inferiores a las del censo de 1591, superaban en cambio

a las de 1646 e incluso a las que habían tenido en 1530³. Era que Castilla la Nueva, como España entera, se preparaba para el gran despegue demográfico que alcanzaría en el siglo XVIII.

EL SURGIMIENTO DE LA CAPITALIDAD

Muy pronto Madrid daría una nota verdaderamente destacada.

Con lo cual abordamos ya la aportación fundamental de Castilla la Nueva a la historia de España: la capitalidad. Que una cierta tendencia había existido en sus tierras a la misma, y que no fue producto de la casualidad, lo permite apreciar un examen de su historia. Siempre que España estuvo unida, esa unión se fraguó en Castilla la Nueva. A la inversa, cuando España estuvo rota y fragmentada, Castilla la Nueva sufría un eclipse. O dicho de otro modo: los eclipses de Castilla la Nueva lo fueron también de España. Pues el caso de la capitalidad no va unido solamente al hecho de que Madrid fuera escogido por Felipe II. Antes, mucho antes de que ello tuviera lugar, un milenio antes de tales sucesos, ya la monarquía visigoda había escogido Toledo por su capital. Y ese caudillaje político de Toledo se puso de manifiesto durante la rebelión de las Comunidades. Es cierto que durante los azarosos siglos medievales Castilla la Nueva no pasó de ser una tierra fronteriza, tierra de cabalgadas de unos y otros ejércitos, de cristianos y de musulmanes; y que, como herencia de aquellos tiempos, los reyes de la dinastía de Trastámara no cuidaron de escoger una capital fija para sus Estados. Tampoco pudo hacerlo el primero de los Austrias, Carlos el Emperador, obligado por ese título a un constante ir y venir por los pueblos y los reinos que gobernaba, dispersos por toda Europa. Pero cuando el Imperio se aparta definitivamente de la monarquía hispana, cuando accede al trono Felipe, el

que había sido educado precisamente como príncipe de las Españas, se convierte en primer objetivo el buscar un centro fijo, el situar su Corte en un punto concreto de sus dominios, desde el cual poder regirlos y gobernarlos. Y de nuevo la monarquía pone su mirada en las tierras de Castilla la Nueva.

Y es cuando se fija el destino histórico de Madrid.

Cosa digna de apreciarse: por lo general son las grandes ciudades las que se alzan, por derecho propio, con la capitalidad de sus naciones. Tal puede afirmarse que es el caso de París o de Londres, de Berlín o de Constantinopla. Estas son ciudades que van moldeando el Estado. Pero no es ese el caso de Madrid. Aquí es el Estado el que busca y crea su capitalidad, con lo que ello supone para la historia de un pueblo. A partir de ese momento, un nuevo personaje ha entrado en escena. Es un personaje colectivo, pero de la mayor importancia. Y ese personaje surge en Castilla la Nueva.

Cuestión de tal calibre tenía que atraer el interés de los historiadores, sobre todo cuando se trató de dilucidar la fecha exacta en la que Felipe II decide hacer de Madrid su corte. Las investigaciones patrocinadas por el Instituto de Estudios Madrileños hace unos veinte años y recogidas después en un grueso volumen⁴ permitieron esclarecer la fecha exacta y los motivos del suceso. Incluso se pudo llegar a la conclusión de que Felipe II, cuando ordena el traslado de la corte en el mes de junio de 1561, desde Toledo a Madrid, no innovaba nada; nada, puesto que diez años antes, cuando era príncipe regente de las Españas (por ausencia de su padre, el Emperador), su habitual centro de gobierno estaba, no en Valladolid, ni en Sevilla, sino en Madrid.

Lo cual nos permite considerar que Madrid no se alza con la capitalidad de las Españas — como entonces se podía llamar a la singular estructura del Estado español — porque se halle cerca del Escorial, sino que es a la inversa: que el príncipe, cuando se convierte en rey,





quiere encontrar un lugar solitario, y al propio tiempo no muy lejos de la corte, para hacer de él su retiro favorito, su palacio y su tumba, su biblioteca y su monasterio. Y al fin se decide, entre los varios lugares visitados por la comisión que nombra al efecto, por El Escorial. Por lo tanto, como hace unos años tuve ocasión de demostrar, el real sitio del Escorial se alza en función de su proximidad a la capital, que es Madrid, y no a la inversa, como algunas veces se ha dicho. Otras, se ha considerado que aún estamos lejos de conocer bien ese problema del surgimiento de la capitalidad. Así, cuando en 1961 la comisión que había de redactar el *Plan general de ordenación urbana del Área Metropolitana de Madrid* se encaró con el problema, señalaba respecto al traslado de la corte: «Las razones o sentimientos que motivaron esta decisión siguen sin esclarecerse y, en tanto que no se haga el descubrimiento de irrefutables y seguras fuentes documentales, el tema queda abierto a libertad interpretativa»⁵. Todo lo contrario. Hoy estamos en condiciones de responder a las tres preguntas básicas de esa magna cuestión histórica: el cuándo, el cómo y el porqué.

Respecto a la primera cuestión, se suponía que todo arrancaba de una medida tomada por Felipe II en los primeros años de su reinado. Un cronista del siglo XVII, Jerónimo de Quintana, daba una fecha concreta en su obra *Historia de la antigüedad, nobleza y grandeza de Madrid*, aparecida en 1629; y esa fecha era el año 1563, que desde entonces muchos tomaron como válido. No tenía base documental, y ello invitaba a la investigación. Así lo realizamos el padre Gutiérrez en Simancas y el que esto escribe en el Archivo de la Villa de Madrid. Con fortuna, pues aparecieron abundantes documentos que de una forma clara y precisa señalaban las etapas del traslado de la corte desde Toledo, donde se hallaba instalada en la primavera de 1561, hasta Madrid⁶. A la vez las actas del Ayuntamiento de la Villa iban reflejando la expectación de los madrileños ante la

18. *Felipe II ofrece al cielo al infante don Fernando, después de la victoria de Lepanto, por Tiziano. Museo del Prado*

noticia de la próxima llegada a la corte. Dado que Felipe II, a lo largo de su etapa de regente en los años cincuenta había preferido el alcázar madrileño como centro de trabajo, bien podía pensarse que ahora que era rey lo haría nuevamente. Lo que antes había sido provisional podía convertirse en permanente. Lo cual obligaba a una serie de medidas con carácter urgente, pues no era fácil para aquella pequeña villa la rápida transformación que se le pedía. Si hemos de hacer caso de los datos que nos proporciona Tomás González, la villa tenía en 1530 solamente 748 vecinos pecheros, esto es, unos 3.000 habitantes del tercer estado, que unidos a las clases privilegiadas no llegarían a los 5.000. Toda Castilla la Nueva experimenta un notorio crecimiento demográfico a lo largo de los seis lustros siguientes, y es asimismo cierto que Madrid lo debió notar aún más desde las preferencias filipinas entre 1551 y 1554; aun así, no parece probable que su población pasase de los 15.000 en 1561. Y entre ese pequeño vecindario se había de alojar la corte, pues con el rey iba todo el aparato del gobierno y la nobleza palatina. El mismo alcázar madrileño hubo de meterse en obras, para recibir más dignamente a sus jóvenes reyes; pues Felipe II hacía apenas un año que había esposado con Isabel de Valois, y la gentil reina debía tener un palacio que no desmereciese de las suntuosidades parisinas de donde procedía. Había que organizar, además, los abastecimientos para Madrid que iba a llenarse de huéspedes de la noche a la mañana, de una población nueva que estaría integrada por aquellos que pertenecían al sector del servicio, cuando no al mero consumo.

Todo este proceso se realiza en la primavera de 1561. En los primeros días de mayo se recibe en el Ayuntamiento de Madrid la decisión de Felipe II. El rey sale de Toledo a fines de mes, reposa unos días en Aranjuez, y el 10 de junio lo vemos ya despachando asuntos de gobierno desde el remozado alcázar madrileño. Fue un lento traslado, porque con





el rey iba todo el aparato de la corte y del gobierno, entonces representado por los Consejos, y muy en particular por el Consejo Real.

Ahora bien, ¿cuáles fueron las razones que movieron a Felipe II a poner su corte en Madrid, lugar como se ha visto pequeño en comparación con las más ilustres ciudades, como eran Toledo o Sevilla, Burgos o Valladolid? ¿Su carácter reservado y retraído, poco amigo por ello de los lugares famosos? ¿O bien el hecho de que se hallara próximo a las soledades de El Escorial? Quizá la pregunta habría que formularla de otra manera: ¿Qué hay en el ambiente que obliga a tan profundo cambio, como es éste de transformar la corte de nómada en sedentaria? A Carlos V, el rey andariego, el emperador de Alemania, nacido en los Países Bajos, casado en España y coronado en Italia, ha sucedido un joven rey que es amigo del reposo y del sosiego. Un rey que invita a los demás, incluso en los momentos más solemnes, a controlar sus senti-

mientos, con la frase ritual: «Sosegaos». Así exhorta al que le trae la buena nueva de la victoria de Lepanto y de igual manera trata de calmar a su propio hijo don Carlos, cuando ha de realizar nada menos que su detención y su proceso. Este rey concentrado y reflexivo, desde el principio de su reinado, nada más poner el pie en España —tras cinco años de ausencia por la Europa del Norte—, está dispuesto a proceder a una profunda transformación. Y como la clave de toda esa reforma interna, piensa en una corte fija, tal como la tenían los reyes de Francia y de Inglaterra, y hasta el mismo gran Turco. Era algo cuya necesidad se imponía a todas luces. Por lo tanto, Felipe II se porta aquí como un hombre de su tiempo. Lo notable del caso es que, a los tres cuartos de siglo de la unidad política de España, un lugar ha de ser escogido para la magna empresa de hacer de aquel haz de reinos dispares una monarquía más eficaz y coherente. Para ello el rey piensa en Castilla la Nueva, tierra in-

termedia entre la Meseta superior y Andalucía. Es el centro de España. Y en ese centro, donde se dan cita las últimas ondulaciones del sistema montañoso de la Cordillera Central (rica en caza mayor y menor, en agua fresca y en denso arbolado) con las llanuras que se abren hacia el sur, colmadas de trigales y viñedos, en ese corazón de España está Madrid. ¿Hacían falta más razones para escogerlo como capital de la monarquía más poderosa de su tiempo? Teniendo al norte las azules montañas de Navacerrada y Guadarrama, y al mediodía el oro de los trigales, Madrid, si bien pequeño, era por entonces «muy sano de aires», puesto que sus casas, bajas y espaciadas, con abundantes huertos, dejaban correr bien a sus anchas el fino aire de la Sierra. Añadamos que el coste de la vida era inferior al de Toledo y al de Valladolid, aunque eso no dejaba de ser una visión engañosa, puesto que a poco de instalarse la corte en su seno, comenzaron a dispararse los precios.



Que Sevilla fuese olvidada se comprende porque, contra lo que algunos autores consideran⁷, no era entonces el enclave ideal para poner en él la cabeza de la monarquía. Y ello por una sencilla razón, porque Sevilla no era por aquellas fechas un lugar demasiado seguro, y lo sería menos aún poco tiempo después, cuando la guerra de las Alpujarras obligó a la dispersión de los moriscos granadinos. En 1581, en pleno reinado de Felipe II, se descubre una conjura de los moriscos andaluces para apoderarse de Sevilla. Y a poco, el sultán de Marruecos El Mansour, de la dinastía saadiana, pretenderá nada menos que el asalto a An-

dalucía, con el apoyo de la marina inglesa⁸.

Ahora bien, sin necesidad de salir de Castilla la Nueva se hallaba Toledo, antigua capital de la monarquía visigoda. Ciertamente. Pero Toledo se había mostrado demasiado altiva en el alzamiento de las Comunidades, como para que la monarquía lo olvidase tan fácilmente. Y aunque era un pequeño lugar, de vida apacible —y casi bucólica, o al menos con aires rurales—, Madrid contaba con regio alcázar, que por mandato regio se restaura a toda prisa; pues si bien era grande y estaba asentado sobre hermoso bosque, dominando la vaguada del Man-

zanares y suficiente, sin duda, para las necesidades de Felipe II, como príncipe regente, había que ponerlo a punto para recibir a los nuevos reyes de España.

Lo decisivo, por tanto, fue que Madrid aunaba a las condiciones de seguridad (a modo de torre del homenaje del gran castillo que era Castilla), las de su privilegiado emplazamiento, que le permitía recibir la más amplia información de cualquiera de las partes más alejadas de aquella vasta monarquía filipina. De Europa como de África, del Océano como del Mediterráneo. Cosa vital para quien, como Felipe II, regía los destinos de una potencia mundial.

Y luego estaban sus alrededores, para las necesarias horas del ocio. Cuando se alce El Escorial, serán tres los sitios reales cercanos a Madrid: El Pardo, Aranjuez y El Escorial. Y si Madrid estaba hecho para el trabajo de los políticos, cual es el gobierno de los pueblos, esos sitios reales estarían en función del descanso y del recreo: la caza en El Pardo, las florestas y el río de Aranjuez, la soledad y los libros en El Escorial. Por el contrario, Madrid tiene ante sí este signo: la política de concentrar los esfuerzos nacionales.

¿Cuál era la estructura interna de Castilla la Nueva cuando comienzan los tiempos modernos? Tenemos la base documental de unos detallados censos y, además, las importantes *Relaciones topográficas* mandadas hacer por Felipe II, y que tan cuidadosamente ha sabido estudiar el hispanista francés Noël Salomon⁹; detalladas respuestas a un apretado formulario mandado por la administración regia y que, cosa verdaderamente singular, sólo tenemos para la zona de la Meseta inferior. Hay que recordar de nuevo, para tener idea de cuan distinta era entonces la estructura interna de Castilla la Nueva, que en vez de las cinco provincias actuales existía esta otra división: siete provincias, aparte la llamada «Mesa Arzobispal de Toledo». Las siete provincias eran: Madrid, Guadalajara, Huete, Cuenca, Toledo, Castilla de la Orden de Santiago y la Mancha.

Y aún esa misma clasificación no señala todas las diferencias que había. Hay que tener presente que, por ejemplo, toda la zona de la sierra de Guadarrama, con los pueblos de Guadarrama, Molinos, Navacerrada, Collado Villalba, Alpedrete, Cercedilla, Colmenar, Manzanares; esos pueblos, en suma, que ahora están tan radicalmente unidos a la expansión de Madrid e integrantes de su provincia, lo eran entonces de Guadalajara. Incluso una provincia de la meseta del Duero, como Segovia, tenía enclaves al sur del sistema Central; en este caso, las villas de Chinchón y de Ciempozuelos. De ahí que Madrid sólo superase en vecinos, a

finales del Quinientos, a la provincia de Huete, pese a que llevaba ya más de 30 años con la posesión de la capitalidad de la monarquía. La más poblada era la provincia de Toledo, con cerca de un cuarto de millón de habitantes; y recordamos que formaba cuenta aparte la extensa región que señoreaba la mitra toledana, con villas de la importancia de Talavera, Illescas y Alcalá de Henares.

Pero la más compleja era la que tenía por nombre provincia de la Mancha, con zonas de realengo, de señorío y de Órdenes militares. Englobaba a Ciudad Real (que a finales del XVI no llegaba a los 10.000 habitantes), los campos de Montiel y de Calatrava (éste con villas de la importancia de Almagro, Manzanares y Valdepeñas) y el partido de Alcaraz. Es la única provincia que aparece subdividida. Veamos ahora los totales, de las ocho circunscripciones que corresponden a Castilla la Nueva, tal como nos lo refleja el censo mandado hacer por Felipe II en 1591.

Provincias	V.	P.	H.	Clero s.	Religiosos
Madrid	24.432	23.733	324	349	26
Guadalajara	37.233	35.643	770	756	815
Cuenca	46.730	44.024	580	1.064	940
Huete	18.288	17.491	446	326	25
Toledo	52.030	39.323	12.808	1.303	2.520
M.A.T. ¹⁰	34.453	33.048	748	553	1.307
Castilla					
O.S. ¹¹	25.908	24.565	860	440	505
La Mancha	35.004	33.393	1042	510	446
Total	274.078	251.220	17.578	5.301	6.584

Este censo, aun con algunas imperfecciones (patentes al no cuadrar las cifras que nos da, si bien hay que tener en cuenta que los religiosos vienen todos, y no por hogares, siendo costumbre de la época computarlos a razón de uno por diez o fracción de diez), nos da una radiografía impresionante de la estructura social de la población de Castilla la Nueva. Para interpretarla adecuadamente es preciso enmarcarla en el conjunto de la población de toda la Corona de Castilla; la cual, sin las Vascongadas, tenía entonces 1.315.237 vecinos, de los cuales eran pecheros 1.148.674, hidalgos 133.476 y clérigos 33.087¹². Por lo tanto Castilla la

Nueva venía a constituir algo menos de la quinta parte de la población. Aunque los especialistas dudan respecto al coeficiente a utilizar¹³, los documentos que nosotros hemos podido manejar no permiten pasar de la cifra de 4, lo que daría aproximadamente el millón de habitantes para Castilla la Nueva de la época de Felipe II, cuando toda la Corona de Castilla tenía — también aproximadamente — los cinco millones y cuarto, y cuando toda España andaba por los seis millones y medio. Hubo evidente aumento, a lo largo del siglo, aumento que posiblemente había alcanzado ya su cota máxima hacia 1591, e incluso iniciado un ligero descenso, que luego sería ya vertiginoso, bajo Felipe III y Felipe IV y los primeros años del reinado de Carlos II; así lo reflejan — en cuanto al aumento de población del Quinientos — las *Relaciones topográficas* mandadas hacer por Felipe II. En conjunto Castilla la Nueva con sus 72.000 kilómetros cuadrados y su densidad media de 14 habitantes por kilómetro cuadrado (quizás algo escasos), venía a dar la media nacional de la época, lo cual es tanto más sorprendente cuanto que Andalucía estaba notoriamente más poblada. Destaca la gran masa pechera, no alcanzando las clases privilegiadas el 10 por ciento del total. Clases privilegiadas, en particular la nobleza, que han huido ya masivamente del campo, arrojándose a las cabeceras comarcales. Veamos algún caso concreto: la villa de Maqueda, con 556 vecinos, tenía 25 hidalgos; su tierra, con 570, sólo 5. Guadalajara, con 1.900 vecinos, albergaba 200 hidalgos; su tierra, que doblaba con creces a la capital (con 4.455 vecinos), sólo tenía la cuarta parte de hidalgos: 54. Cifuentes, con 693 vecinos, tenía 12 hidalgos; su tierra no estaba muy poblada (sólo 871 vecinos), pero en ella no vivía un solo hidalgo. Ese era el mismo caso de Iniesta, en la provincia de Cuenca. El hidalgo rural escasea. La tierra sujeta a la jurisdicción de Alcalá de Henares doblaba en habitantes a su capital, pero sus vecinos hidalgos no eran más que la mitad. Todo ello daría por



resultado la trituration del campo por los gravámenes fiscales a que estaba sujeta la población pechera, bien advertida por las Cortes de Castilla¹⁴.

REFLEJOS DE LA GRAN HISTORIA: EL SIGLO DE ORO MADRILEÑO

Aunque Toledo seguía siendo la capital más populosa de Castilla la Nueva, era Madrid, como asiento de la corte, la que vivía más intensamente la gran historia. Sucesos como la prisión del príncipe don Carlos, la victoria de Lepanto, el asesinato de Escobedo, el desastre de la Invencible o la muerte del Rey Prudente, quedan reflejados en las crónicas y documentos de la villa del Manzanares.

Veamos alguna muestra de esto, en pleno reinado de Felipe II, concretamente, el anverso y el reverso de la medalla: la triunfal jornada de Lepanto y el desastre de la Armada Invencible. Los Libros de Acuerdos del Ayuntamiento de la villa madrileña consignan los festejos organizados, cuando se supo en la corte el suceso de Lepanto. La noticia llegó en la tarde del 31 de octubre, y el Ayuntamiento hubo de reunirse en hora harto avanzada: a las 9 de la noche. Era preciso tomar medidas urgentes, respecto a la procesión que el clero montaba para el siguiente día, «en la cual se dice que ha de salir Su Majestad». En particular, era preciso limpiar las calles «desde el arco de Santa María hasta el monasterio de San Felipe..., y desde la puerta de Guadalupe hasta Santa Cruz»¹⁵. Basta esa referencia para darnos idea de cuál sería la sociedad que imperaba en la vida urbana de la época, cuando sólo en tan señaladas ocasiones se lavaba la cara la villa y eso por donde había de pasar la procesión «en la que se dice que ha de salir Su Majestad».

Ahora bien, esa era la fiesta religiosa, a la que el Ayuntamiento prestaba su colaboración; pero de algún modo tenía que

organizar sus propios festejos. Y así, al día siguiente hubo pronto otro pleno del Ayuntamiento. En él se acordó que «por la buena nueva que ayer, miércoles, últimos de octubre, vino de la victoria que de la armada cristiana hubo contra la turquesa, esta noche, demás de lo que anoche se hizo, se hagan alegrías de esta manera: que se pongan luminarias y se hagan hogueras por toda esta villa, y ansimismo se tomen bueyes de los del matadero; y con cascabeles y hachas se traigan por la villa...». Y también se había de iluminar la Puerta de Guadalajara y el Ayuntamiento «como se ha puesto otras veces»¹⁶. Notable sencillez de costumbres, como la que propugnaba la austera personalidad del rey, tan cambiado desde las dramáticas jornadas de 1568, en las que hubo de mandar apresar a su hijo, viéndole morir en prisión; al tiempo que se encontró obligado a reprimir los alzamientos de los rebeldes calvinistas de los Países Bajos y de los moriscos de Granada; el año, en fin, en que pierde a su esposa, la dulce Isabel de Valois, a la que tan tiernamente amaba el rey. Después de lo cual, todo es gravedad y recogimiento en la corte de Felipe II, y el mismo triunfo de Lepanto apenas si da ocasión más que para una procesión de gracias y para esas modestas alegrías de soltar algunas vaquillas con cascabeles y hachones que alegrasen al buen pueblo madrileño.

Pero los pueblos no sólo deben estar prontos para acoger las buenas nuevas sino —y quizá con más frecuencia— saber afrontar las duras pruebas. Y una de las más amargas sobrevendría con el desastre de la Armada Invencible, que se llevaba por delante, aventándolos, tantos planes de grandeza y de dominio. Hasta aquel día, todo parecía posible para la grandeza de la monarquía; a partir de entonces, todo se convirtió en interrogante. Para que el poder de lo alto le fuera más propicio, se habían prohibido por aquellas fechas, todas las fiestas profanas que podían atraer —a juicio de los contemporáneos— la cólera divina. «El día de San Juan —nos cuenta el cronista Je-

rónimo de Quintana— de junio deste año [de 1588] se pregonó que ninguno saliese la víspera en la noche al río, porque se excusasen las ofensas que el vulgo inconsiderado suele hacer a Dios en aquel tiempo... Obedeciéndose con notable silencio —añade el cronista—, que no causó pequeña tristeza, siendo mensajera y en alguna manera pronóstico de la que había de haber en todo el Reino, por la pérdida de la mayor Armada que juntó por mar ningún Príncipe Católico, peligrando en ella la flor de la nobleza de España»¹⁷. Para que no lo pagasen, pues, nuestros soldados y marinos, Madrid capital, como símbolo de la nación entera, estuvo recogida y meditabunda; la postura era digna, aunque la esperanza de su influencia vana. De tal forma que, una vez conocido el desastre, el corregidor convocó a toda urgencia al Ayuntamiento en pleno; había que afrontar la penosa situación acarreada por el desastre con la mayor firmeza de ánimo. Las actas del Ayuntamiento nos dan el testimonio de aquella reunión acongojada, a la que fueron acudiendo los regidores madrileños de apellidos sonoros, como si se tratara de dar material para inspirar después la limpia prosa azorinesca. Así fueron acudiendo los Vargas, los Zapata, los Mendoza; los hidalgos, en fin, de nombres tales como don Luis y don Juan, don Antonio y don Andrés. Todos apesadumbrados, todos atónitos, todos como enlutados por la grave nueva recibida; pero presentes todos, para ver la forma de asistir al rey y a la nación, en lo cual, aunque nadie había de excusarse, la villa de Madrid, «continuando lo que siempre ha hecho, desea ser la primera...»¹⁸. Sin embargo, el inesperado traspiés afectaría hondamente a la psicología nacional. La derrota era posible. Y más que la derrota: la catástrofe nacional. Pues como tal había que considerar lo ocurrido en el mar frente a los barcos de Isabel. Por ello no tiene nada de extraño que en las próximas Cortes convocadas se oyesen —por primera vez, a lo largo del reinado— algunas voces disconformes con la política exterior de la monarquía. Se ha-

bía confiado en que la Divina Providencia ayudaría en las jornadas de la Armada Invencible. El desencanto tenía que llevar a una revisión de aquel optimismo y aun de la propia naturaleza de las guerras «divinales» que se estaban prodigando. ¡Que cesase ya el intervenir en las contiendas religiosas europeas, a favor de los partidos católicos! Y así surge la frase que venía a resumir el nuevo estado de ánimo del español medio, falto de recursos y desencantado de los grandilocuentes gestos: «¡Si los demás pueblos de Europa se querían perder, pues bien, que se perdiesen!». De esa forma se expresaba el propio procurador por la villa de Madrid, don Francisco de Monzón¹⁹. Era ya un típico representante de la generación derrotista de 1588. Era el 88 del Quinientos, sólo comparable en la historia de nuestro pueblo, al 98 del siglo XIX.

En el siglo XVII, cuando lentamente se va desarbolando el navío hispano, Castilla la Nueva da el ejemplo de transformarse, al menos, en el centro cultural de mayor fuste de España, con ese Siglo de Oro que tiene por principal centro a Madrid. Ya en 1599 había salido de sus imprentas nada menos que el *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán, reanudando la tradición de la novela picaresca, quizá como un trasunto de la crítica que la minoría culta hacía de la decadencia general de las costumbres, que se apreciaba por todas partes. Y en 1605, en la madrileña imprenta de Juan de la Cuesta, se alumbraba el prodigio mayor, con el parto de la primera parte de aquellas desoladas —y desoladoras— aventuras del *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*.

¡Ahora sí que la Mancha —esto es, el corazón de Castilla la Nueva— entraba de lleno en la Historia!

Y en Madrid escriben Lope de Vega, Calderón y Tirso, creando uno de los teatros nacionales de mayor personalidad que ha dado el ingenio humano; al tiempo que Velázquez pintaría sus impresionantes lienzos y Quevedo afilaba su pluma, para continuar la serie de la novela



picaresca. De esa forma, cuando la monarquía iba de tumbo en tumbo, en un esfuerzo en pro de un imposible triunfo exterior, Madrid se alzaba con otra capitalidad, a escala internacional: la de ser el campo mejor abonado para las letras y las artes. Una capitalidad cultural que perdura con más eficacia que la que proporcionan las armas.

Y al frente de este magno esfuerzo tenemos a Castilla la Nueva, representada ya para siempre en su centro, en la Villa y Corte del Madrid de los Austrias. La visita a la casa de Lope de Vega, donde el poeta y dramaturgo escribió sus obras, con sus espaciosas cámaras y su recogido huerto, el deambular por las plazas y calles que aquellos hombres conocieron y, sobre todo, por su hermosa Plaza Mayor, que se edificó según la traza de Gómez de Mora entre los últimos años de Felipe III y los primeros de Felipe IV, o mejor aún, el asomarse al Museo del Prado, sirve para evocar aquel Madrid en que se daban cita el pincel y la pluma.

Y esto es quizá lo más importante. Podrá decirse, y con justicia, que Castilla la Nueva había enriquecido a España con figuras como Cisneros —natural de Torrelaguna— o como Cervantes —natural de Alcalá de Henares—. Que sus lugares y sus costumbres habían inspirado obras inmortales, tal el caso de la pieza dramática de Lope de Vega *Peribáñez o el Comendador de Ocaña*. ¿Y acaso los discretos de don Quijote y Sancho Panza no están enmarcados, las más de las veces, por sus andanzas por las tierras manchegas? Todo eso es cierto, y aunque se haya recordado muchas veces, podría hacerse una más, con toda justicia. Pero con ser eso importante, lo es más el hecho de que Castilla la Nueva había creado el hogar donde sería posible el desarrollo de nuestro impresionante Siglo de Oro, en el cual, junto con hombres de Castilla la Nueva vemos a cordobeses como Góngora, o a oriundos de la Montaña, como Calderón. Sevillano es Velázquez, que no madrileño o conquense,

pero su obra está ya unida a ese esfuerzo común de los hombres de España que, del Norte o del Sur, se dan cita en Madrid. ¿Y no es a ese mismo Madrid donde viene a recogerse en sus últimos años el genio de Zurbarán? Cuestiones todas que tratan con más detenimiento los especialistas de uno y otro campo; pero que a nosotros, los historiadores, nos interesan sobremanera, como testimonio que son de una época y del valor que había adquirido Castilla la Nueva como catalizadora de las energías nacionales. En los momentos en que íbamos retrocediendo en los campos de batalla era también cuando nuestra cultura nacional hincaba allí más firmemente sus raíces; sin que queramos entrar, por supuesto, en la ociosa cuestión de qué es lo que más debe el mundo a España, si la obra de sus nautas y conquistadores, o la de sus artistas y escritores. Pues, a fin de cuentas, es la suma de todo ello lo que da, como resultado, España.



EL SIGLO XVIII

Una España que entra en el siglo XVIII con una clara consigna: reformar. Reformarlo todo, desde las instituciones políticas hasta la economía agraria. Y de nuevo Castilla la Nueva dará el impulso, por obra y gracia de la corte. Todavía, bajo los Austrias, cabía hablar de las Españas, recordando que sus reyes lo eran, por separado, de Castilla y de Aragón, de Navarra y de Valencia, de Granada y de Cataluña. Pero tras la instauración de la nueva dinastía de los Borbones, y con el derecho adquirido al consumir la victoria en la guerra de Sucesión, Felipe V impone la más cerrada unidad política.

Ya no más particularismos regionales, amparados en privilegios históricos, sino unidad al uso de las leyes de Castilla. El Estado enriquece su contenido y amplía sus funciones. Madrid se convierte en el centro de las reformas, la fragua donde se trata de forjar la nueva España, que supere la crisis política, moral y económica del siglo XVII. Por obra y gracia de Carlos III la villa se convierte en una ciudad moderna. Ya no será un agudo problema la limpieza de sus calles y plazas. Sus paseos se llenan de jardines y de fuentes. Se embellece el Prado. Se alzan magnos edificios, y sobre todo, la imponente masa pétreo del Palacio Real, sustituyendo al viejo alcázar de los Austrias,

consumido por el fuego. Madrid entra en un ritmo de trabajo incesante, dando la pauta al país entero. Ya no será el refugio de cortesanos e intrigantes, de vagabundos y maleantes, sino, por el contrario, de activos comerciantes y de estudiosos de las nuevas ciencias. La Compañía de los Cinco Gremios, con sede en Madrid, se convierte en una de las más poderosas de España. Surge el Banco de San Carlos. Madrid comienza a ser la capital financiera de la nación.

Lo es también de las nuevas instituciones culturales y científicas, que tratan de impulsar la cultura nacional, por encima de las decaídas Universidades. En 1714 se funda la Real Academia de Lengua,

24. Fuente de Neptuno, en Madrid



25. Fachada del edificio de la Biblioteca Nacional. Madrid



que a partir de entonces jugará un papel decisivo en la historia de nuestra cultura. En 1738 le sigue la de la Historia. Por aquellos tiempos aparece la Biblioteca Nacional. Y el mismo siglo ve la implantación del Observatorio Astronómico y el más notable Jardín Botánico de toda Europa, donde se pueden admirar especies del mundo entero. La lista de las Reales Academias se incrementa con la de Medicina (1731) y la de Bellas Artes (1752).

Pero no todo es felicidad ni fáciles triunfos, en el siglo de la reforma. Es difícil combatir contra la Mesta y contra los ancestrales privilegios señoriales. La cuestión de los gremios se alza como

una interrogante, a la que no se sabe bien responder. La reforma de la enseñanza dura lo que todo el siglo, aunque se acomete seriamente la lucha contra los Colegios Mayores por sus notorios abusos. Pero los latifundios persisten, y la reforma agraria no acaba cuajando. De cuando en cuando, varias cosechas deficitarias y sucesivas, provocan el hambre. El pueblo se agita, descontento. Y el de Madrid es el primero en dar la pauta. Así brota el famoso motín de Esquilache, aparentemente contra las reformas en trajes y costumbres que trataba de imponer el impopular ministro napolitano de Carlos III, pero en el fondo suscitado por una crisis de subsistencias. Pues ese

aspecto inesperado puede tomar el aire de los tiempos. Anteriormente, en un mundo estático y pasivo, los desastres agrícolas con su secuela de hambre y pestes, cabía achacarlo a un rigor de una naturaleza cruel contra la que no había más remedio que pedir la intercesión divina. Pero ese ya no es el caso. Desde el punto y hora en que los reformadores — y no los menos activos, los económicos — han tomado la palabra, desde que se han visto adoptar medidas hasta entonces insólitas, como el libre comercio del trigo y la supresión de las tasas, los traspies de una economía todavía débil y en su primera fase de expansión, ya no cabe achacarlos fatalmente a fuerzas so-

26-27. *Episodios del alzamiento popular del 2 de mayo de 1808 en Madrid. Estampas de la época*



brehumanas, sino a los errores de los ministros reformadores. Y contra ellos se volverá la furia popular, más que nunca ciega y fácil de alborotar. El motín de Esquilache, ensangrentando las calles de Madrid, marcó profunda huella en los contemporáneos. Y tuvo un amplio eco a lo largo y a lo ancho de todo el país. En Vascongadas, en Aragón, en los pueblos rurales y en las ciudades. A los cinco días del motín madrileño estalla el de Zaragoza. En Guipúzcoa, son una serie de motines rurales los que se desarrollan en cadena²⁰. Madrid, en suma, era el norte hacia donde miraba España entera, imponiendo el orden o la revuelta. Formidable personaje ya de nuestra historia, cuya voz tiene amplio eco en todos los rincones nacionales.

LOS TIEMPOS CONTEMPORÁNEOS

Así lo veremos cuando estalle la revuelta popular contra las tropas francesas, entrado ya el siglo XIX. Otra vez Castilla la Nueva entra en acción, improvisando el gesto que ha de ser pronto imitado. Si bien ahora el protagonista no será solamente la gran urbe, sino también el pequeño lugarejo, no sólo Madrid, sino también Móstoles. A la altura del heroísmo de los madrileños del Dos de Mayo de 1808 hay que poner la de ese alcalde de una aldea olvidada, que al tener noticia de lo ocurrido convoca a sus compatriotas (¡de toda España!) y declara sin vacilar la guerra, nada menos que a Napoleón. Formidable gesto. Formidable talante de los hombres de Castilla la Nueva, que así y de un modo magnífico entran con pie firme en los tiempos contemporáneos.

Porque ¿qué es lo que supone que el pueblo madrileño prácticamente inerte, se enfrente con el bien pertrechado y aguerrido ejército francés? ¿Qué significado tiene el que un humilde alcalde rural, como el alcalde de Móstoles, se atre-





va a declararle la guerra a Napoleón? Nuestros manuales escolares nos contestan al punto: es el comienzo de la guerra de la Independencia. Y con razón. Pero yo quiero destacar aquí otro aspecto de la cuestión: que son los pueblos y los hombres de Castilla la Nueva los que perciben los primeros el estado en que había caído la nación, y los que dan la consigna que la hora exigía: la guerra contra el invasor. Esa consigna suponía, automáticamente, la ruina y la muerte de los que la formulaban. Pero era la que esperaba, o por mejor decir, la que necesitaba el país entero. Y de ese modo, sin más reflexiones, altivo el gesto, aceptan el destino adverso que les pone ante la muerte, para que la patria viva después de ellos. Y eso lo hace el pueblo o por puro instinto de conservación, o por orgullo de su pasado, que quien había dominado medio mundo, y batido tantas veces al propio francés, podía verse despojado fuera entre amigos y enemigos, enflaqueciendo sus fuerzas; pero no de-

gradarse hasta el punto de consentir que el francés ocupase su propio territorio y le diese órdenes en su propia casa. Ante tal situación había que señalar a los demás el camino a seguir. La única actitud que cabía adoptar. Y Castilla la Nueva lo hará. Era su deber hacerlo, pero sabrá cumplirlo. Y esa es su grandeza.

El siglo XIX, pasado el estruendo de la guerra contra el invasor, está presidido por un signo: el parlamentarismo. De repente los españoles encuentran que su felicidad estriba en poner a punto sus instituciones políticas. No tendremos más que una pobre proyección exterior y bien desmedrada es nuestra situación interior. Nuestro retraso frente al resto de Europa, que avanza a pasos de gigantes por la senda abierta por la revolución industrial, es de año en año mayor. Pero no importa. La atención está centrada, sobre todo, en el hacer y deshacer de las Constituciones. Eso arrebató a los españoles, que encuentran un pasatiempo inmejorable en ir enmendando, o cambian-

do, o sustituyendo, o destruyendo la anterior Constitución. Es la época del parlamentarismo, de los partidos políticos y de las elecciones. Y Madrid está presente en todo ello, porque es algo que se maneja desde la corte y la corte está en Madrid. La serie de cambiantes Constituciones van alternándose con pronunciamientos militares, progresistas o moderados; utilizándose así en demasía el recurso de acudir a las armas cuando no se ha triunfado en las urnas. ¿Es una época en la que Castilla la Nueva no cambia la piel? ¿Permanece el campo inmutable? La Alcarria o la Mancha, las campiñas de Toledo o la serranía de Cuenca ¿guardan el ambiente secular? Al menos la que va cambiando es Madrid, que desborda hacia levante, creando un Madrid nuevo más allá de la Puerta de Alcalá: el barrio de Salamanca. Pero algo cambia también en las provincias, y por efecto precisamente de una decisión gubernamental; pues es el siglo XIX el que procede a la reorganización

de los términos y nombres de las provincias españolas. La España contemporánea ha suprimido las tierras de señorío y las Órdenes militares, con sus extensos patrimonios. La patria gana en unidad. Y eso afecta profundamente a las tierras de Castilla la Nueva. En primer lugar, porque desaparecen, como consecuencia lógica de todo ello, provincias tan significativas del Antiguo Régimen como la Mesa Arzobispal de Toledo y la provincia de Castilla de la Orden militar de Santiago. La pequeña circunscripción de Huete es absorbida por su vecina más cercana, que es Cuenca. La multiforme provincia de la Mancha se constituye en una provincia nueva: Ciudad Real. Persisten — aunque con modificaciones en sus territorios — las antiguas provincias de Madrid, Toledo, Guadalajara y Cuenca; que, con la nueva creación de Ciudad Real, constituirán las cinco definitivas provincias en que queda dividida Castilla la Nueva. Se procura dar una configuración más regular a cada territorio; así, parte de la Mesa Arzobispal de Toledo — con Talavera y Puente del Arzobispo — irá a integrarse a la provincia toledana, mientras que la zona norte — con Alcalá de Henares y su tierra — se integrará en la de Madrid. Quizá sea esta provincia la que mayor ganancia territorial adquiera, porque recibe — aparte de la citada zona de Alcalá — una amplia apoyatura sobre la Sierra, desde Guadarrama a Navacerrada, antes perteneciente a Guadalajara; mientras que Segovia ha de renunciar definitivamente, y en su favor, al territorio de Chinchón.

Todo ello novedades externas, que afectan a los pueblos en cuanto que se verán anudados por los lazos oficiales a las nuevas cabeceras respectivas. De toda esa reorganización decimonónica — que, en conjunto, venía obligada por la nueva situación creada con la desaparición de los señoríos y de las Órdenes militares — algo se perdió tontamente: fue la vieja provincia de la Mancha, que debió mantener su nombre tradicional, aunque se le diera por capital a Ciudad Real. De todo ello, lo más radical, lo que supuso



un cambio más profundo, fue la desaparición de los señoríos, contra los que se había desplegado una ofensiva de los reformadores ilustrados, y que iba a ser una realidad gracias a la labor de las Cortes gaditanas de 1812; cuestión que afectó sobremanera a Castilla la Nueva, sobre todo, y más que por señoríos civiles, por los amplísimos dominios de la Mitra toledana y de las dos Órdenes principales de Santiago y de Calatrava, cuya subsistencia carecía ya de sentido, al perder por completo la función fronteriza que en los siglos medievales se le había confiado. Quedaría, eso sí, el recuerdo en la toponimia, como en Quintanar de la Orden (pues había pertenecido a la provincia de Castilla de la Orden de Santiago), en Puente del Arzobispo (de la antigua Mesa Arzobispal de la Mitra toledana) o en la Calzada de Calatrava. Otros, en cambio, nos traen el recuerdo de su antigua condición de realengo, como varios de la antigua provincia de Huete: Villalba del Rey, Valdemoro del Rey, Torrejuncillo del Rey.

Transformación no pequeña, si bien los pueblos no la percibiesen inmediatamente, porque con la supresión de los señoríos no se había procedido a una mejor distribución de la tierra, continuando los grandes latifundios. Perduraba, pues, un dominio económico del antiguo señor, patente en la vida de los braceros, sujetos a lo que buenamente allegasen con su jornal, en las labores estivales del campo.

¿Vivió intensamente Castilla la Nueva la serie de transformaciones políticas operadas en el siglo XIX?. A saber: el gobierno absolutista de Fernando VII, el trienio liberal, la «década ominosa», la primera guerra civil carlista, los vaivenes políticos —moderados, progresistas, unionistas— bajo Isabel II, la revolución del 68, el reinado relámpago de Amadeo de Saboya, la primera República y la Restauración. En la mayoría de los casos, fue más bien el quehacer de los prohombres políticos que intrigaban en Madrid, antes que la preocupación de los hombres humildes que vivían en el cam-

po. Los dos sucesos de alto porte que más les conmovieron fueron, sin duda, la primera guerra civil carlista (entre otras cosas, porque tropas carlistas llegaron a las tierras de Castilla la Nueva, con motivo de la expedición del general Gómez en 1836) y, por supuesto, la novedad insólita para los españoles de la proclamación de la República.

Trastornos políticos que no impiden que la pequeña burguesía vaya consiguiendo su desarrollo, tanto en lo cultural, como en lo económico. Poco a poco, la Universidad de cuño napoleónico va dando sus frutos. Y católicos y librepensadores forjan figuras de talla internacional, como Menéndez Pelayo o Giner de los Ríos. Todo ello, fraguándose en el Madrid descrito magistralmente por un escritor de genio: Benito Pérez Galdós. Ahora bien, el autor de *Fortunata y Jacinta* no es madrileño, sino canario. Se intensifica ahora la absorción de provincianos por la corte, que así cumple la función de hacer de las mil Españas una sola España. Madrid une a España y España hace a Madrid.

Cuando sobreviene el desastre de 1898, habrá un proceso de revisión nacional, que será tomado como una de las características de aquella generación. Y en ese proceso, tratará de volver a la esencia nacional. Siete años después éste se podrá comprobar cuando se cumpla el tercer centenario de la aparición del Quijote. Y otra vez se pondrá de manifiesto la particular condición de lo que atañe a Castilla la Nueva, como aunadora de voluntades. Un vasco y un levantino (nada menos que Unamuno y Azorín) tomarán su pluma para reverdecer todo lo relativo al mundo cervantino. Unamuno con su *Vida de don Quijote y Sancho*, en la que quiere rescatar el sepulcro del ingenioso hidalgo manchego. Azorín con una de sus más bellas producciones: *La ruta de don Quijote*, en la que, desde el principio, nos declara el autor su admiración por los pueblos; y entendiéndolo por pueblos «las ciudades y pequeñas villas de la Mancha y de las estepas castellanas que yo amo». El uno ahonda sobre las refle-

xiones y los empeños; el otro describe los lugares, los paisajes y las personas. Y entre los dos, el vasco y el levantino, hacen el mejor canto a lo que supone Castilla la Nueva; representada por el impar hidalgo, en esa hora en que ambos tratan de encontrar el verdadero significado de la historia patria; en definitiva, la intrahistoria, como la definiría Unamuno.

En ese proceso de regeneración está inmerso todo el primer tercio del siglo XX, desde el rey que entonces inicia su reinado (pues Alfonso XIII entra en 1902 en su mayoría de edad) hasta los personajes del pueblo madrileño, que tratan de alzarse por encima de sus miserias, como los creados por el genio novelístico de Pío Baroja, en una de sus mejores trilogías: *La lucha por la vida*.

Mas, por otra parte, el desastre del 98 puede ser tomado como el signo del fracaso más rotundo de la política centralista de la corte, o lo que es lo mismo, que era hora ya de liberarse de esa política centralizadora que tan pésimos resultados daba. Podría ser tomado como el día de los regionalismos triunfantes, en particular en las partes de España de más brío económico de la época: en Cataluña y en Vascongadas. Eso fue lo que ocurrió, y de ese modo el problema del separatismo — como en aquella otra gran crisis nacional de 1640 — se cierne amenazadoramente sobre la historia de España. De ahí que en tal ocasión tenga Castilla la Nueva una misión bien clara: conjugar los destinos de España. En todo caso, la incertidumbre junto con la pérdida de nuestros mejores políticos — en particular Canalejas — va a poner una interrogante sobre el futuro del país, que busca afanosamente y en vano durante un cuarto de siglo una fórmula política que le salve de la catástrofe.

No es de esta ocasión la referencia detallada a la historia del siglo XX, con el reinado de Alfonso XIII, la instauración, despliegue y caída de la dictadura de Primo de Rivera, el sobrevenimiento de la segunda República y el estallido de la guerra civil. Sólo bastará con decir que cuando se entabla la batalla por España,



algunos de los acontecimientos más decisivos tendrán por escenario los campos y las ciudades de Castilla la Nueva: el asedio del Alcázar toledano, la lucha por Madrid, en fin, las batallas de Guadalajara y Brunete. El primer gran empujón del ejército nacionalista es para adueñarse de Castilla la Nueva; sólo cuando la resistencia se endurece por la parte republicana, se pasa a la fase siguiente de ir aislando ese cuerpo principal, para debilitarle paulatinamente.

Y una vez reanudada la paz, otra vez corresponderá a Madrid la misión de la capitalidad nacional, con la inmensa responsabilidad con ello vinculada. Toledo mantiene un modo de capitalidad religiosa, mientras Madrid tendrá la política. Pero no sólo la política, sino que con el

fuerte ritmo de crecimiento de la capital, se aprecia también un manifiesto desarrollo industrial y, por ende, económico. Ya Madrid no es la pequeña villa que la decisión de Felipe II ha convertido en una corte asomada al páramo: Madrid es, por la fuerza de su propio desarrollo, una singular potencia económica, que sabe sacar provecho de su privilegiada situación geográfica, en cuanto a centro de un país que tiene tan recios particularismos regionales, como es España.

En efecto, la fuerte inmigración interna hacia Madrid de españoles de todos los puntos de la nación, hace que todo el mundo hispano se dé cita en un pie de igualdad inmejorable. Y cada vez es más cierto que España hace a Madrid y que Madrid une a España.

¿Tuvo conciencia de todo ello Felipe II cuando fijó su capital en el ámbito de Castilla la Nueva? Sería tan aventurada una afirmación rotunda como desechar por completo que sopesara sus consecuencias. En todo caso, algo parece cierto: que ese es el más importante papel desempeñado por Castilla la Nueva en la historia de España.

Un papel a escala nacional, que Castilla la Nueva debe saber representar con tino, para lograr la perdurabilidad de los valores básicos unitarios, sin atentar por ello a la rica gama con que se esmalta la variopinta España regional, en la línea de su actual Constitución democrática, bajo el reinado de Juan Carlos I.

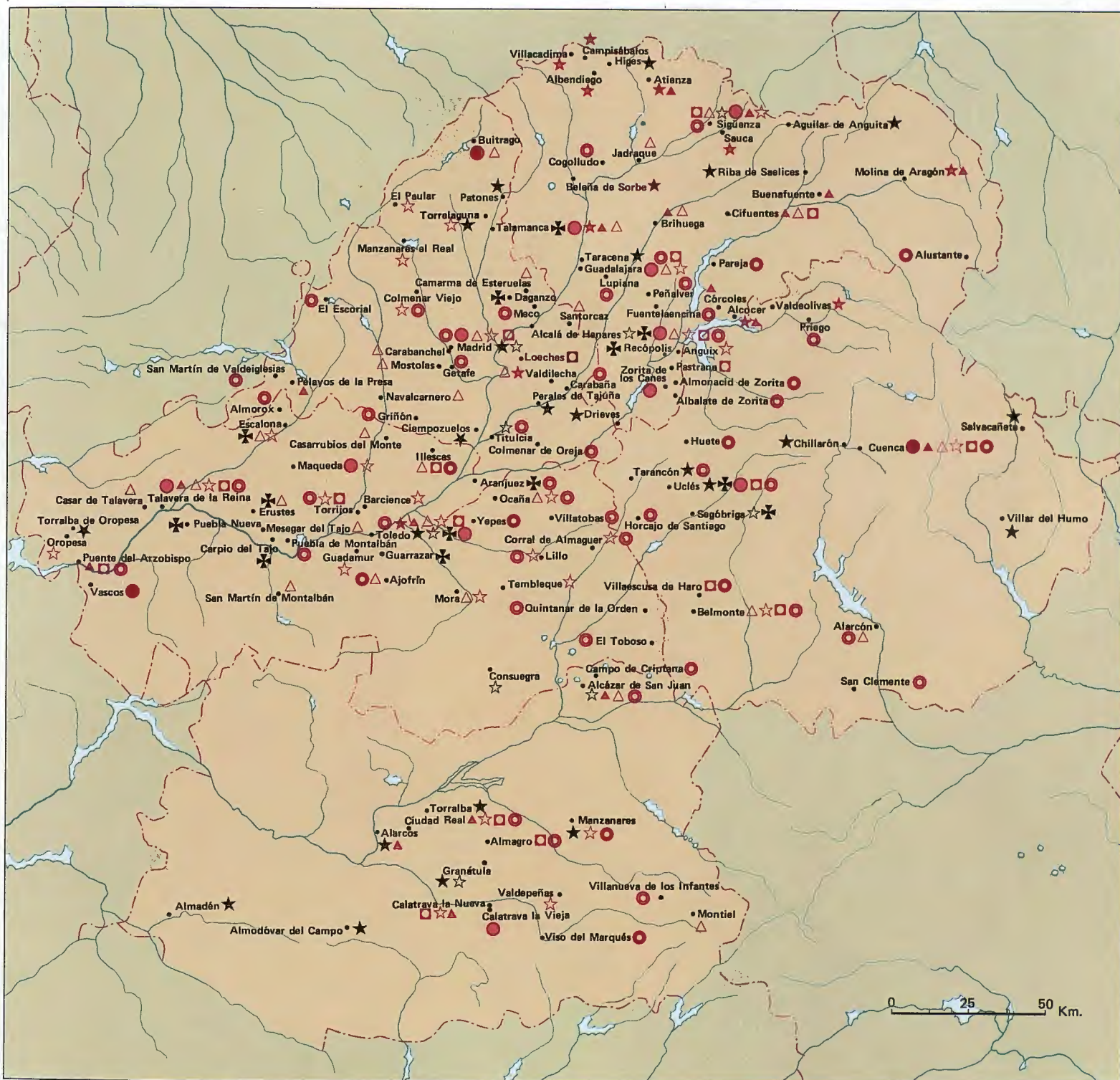
1. A. BERNÁLDEZ: *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*. Ed. y est. de M. Gómez-Moreno y J. M. Carriazo. Madrid, Real Academia de la Historia y C.S.I.C., 1962, pp. 516 y 517.
2. Libros de cuentas del Hospital de la Orden de Santiago. Cuenca, año de 1545, sin foliar, día 1 de junio. Material que he podido manejar gracias a mi compañero el doctor José Luis Martín.
3. T. GONZÁLEZ: *Censo de población de las provincias y partidos de la Corona de Castilla en el siglo XVI*. Madrid, 1829.
4. *Madrid en el siglo XVI*. Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1962.
5. *Plan General de ordenación urbana del Área Metropolitana de Madrid*. Madrid, Ministerio de la Vivienda (ciclostil), 1961, p. 11.
6. P. CONSTANCIO GUTIÉRREZ: *Madrid de Vi-*
lla a Corte, en Madrid en el siglo XVI. Madrid, Inst. Est. Madrileños, 1962.
7. J. BEAUJEU-GARNIER y G. CHABOT: *Tratado de Geografía urbana*, 1963.
8. Véase mi trabajo: *Felipe II, Isabel de Inglaterra y Marruecos*. Madrid, Inst. Est. Africanos, 1951.
9. N. SALOMON: *La campagne de Nouvelle Castille à la fin du XVI^e siècle*. París, 1964. Véase también mi obra: *La sociedad española del Renacimiento*. Salamanca, Ed. Anaya, 1970.
10. M. A. T. (Mesa Arzobispal de Toledo).
11. Castilla O. S. (Castilla de la Orden de Santiago).
12. F. RUIZ: *La población española al comienzo de los tiempos modernos*, en «Cuadernos de Historia», anexos a la Revista Hispania, 1. Madrid, 1967, p. 189 y ss., cuadro II.
13. Así F. Ruiz usa el 5.
14. *Actas de las Cortes de Castilla*, XV, p. 750.
15. Archivo de la Villa de Madrid, Libros de Acuerdos, XIX, fol. 175.
16. Archivo de la Villa, Libros de Acuerdos, XIX, fol. 173.
17. J. DE QUINTANA: *Historia de la antigüedad, nobleza y grandeza de Madrid*. Madrid, 1629, fol. 332 v.
18. Archivo de la Villa, Libros de Acuerdos, XXII, fol. 33.
19. «...pues ellos se quieren perder, que se pierdan» (Actas de las Cortes de Castilla, XII, p. 458).
20. P. VILAR: *El motín de Esquilache y la crisis del Antiguo Régimen*, en «Revista de Occidente». Madrid, n.º 107, febrero 1972, pp. 199 a 249.

ARTE

De la Prehistoria al Renacimiento

José M.^a de Azcárate

*Catedrático de Historia del Arte Medieval
de la Universidad Complutense de Madrid*



★ Prehistoria, Protohistoria	✠ Paleocristiano - Visigodo	★ Románico	△ Mudéjar	□ Artes figurativas góticas
☆ Romanización	● Islámico - Mozárabe	▲ Protogótico-Gótico ss. XIII y XIV	☆ Gótico siglo XV	○ Renacimiento





PREHISTORIA Y PRIMERAS CULTURAS

La delimitación geográfica de Castilla la Nueva, cerrada al norte por Somosierra y el Guadarrama, al este por el macizo de Albarracín y al sur por el sistema de Sierra Morena y cruzada horizontalmente por las dos grandes depresiones de las cuencas del Tajo y el Guadiana y en dirección NO-SE por la iniciación de las corrientes del Júcar y el Segura, determina unas condiciones aptas para el desarrollo de una cultura de enlace entre el Atlántico y el Mediterráneo a través de las vías fluviales; y asimismo los pasos de Puertollano, Despeñaperros, la Alcarria y el valle del Alberche hacia Ávila, facilitan los enlaces en dirección nortesur. Como ya se advierte desde los inicios, la cultura de Castilla la Nueva es propia de país de paso, de enlace entre Europa y África.

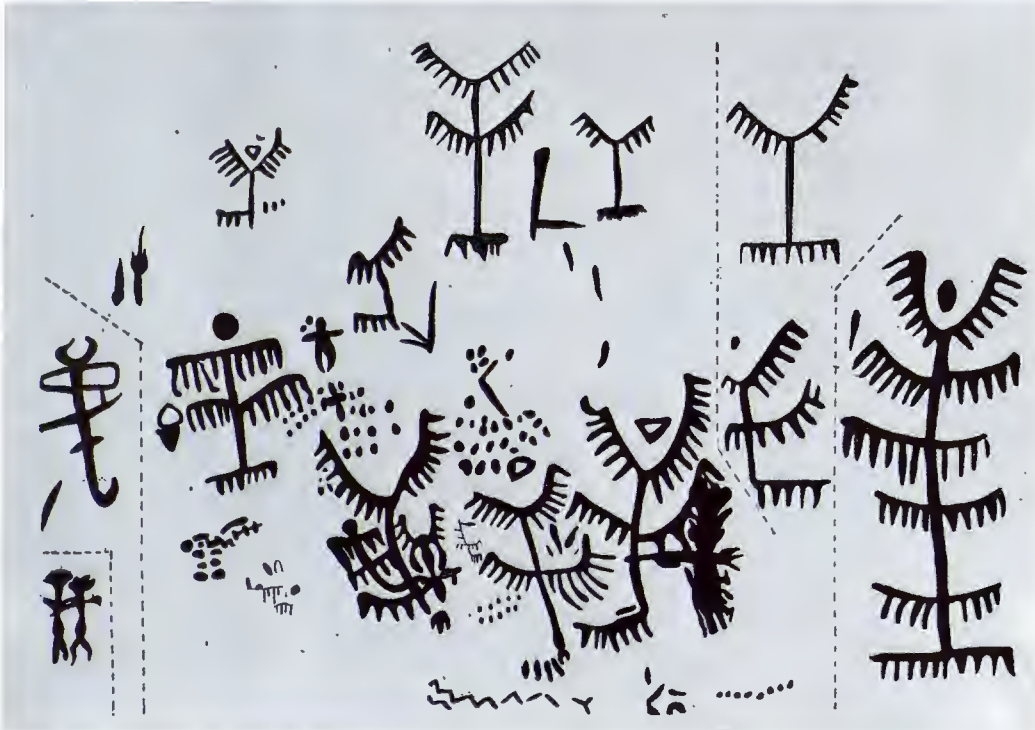
La importancia de la zona central en tiempos muy remotos se deduce de los abundantísimos restos de la cultura del Manzanares, «la capital del cuaternario», correspondientes a períodos tan primitivos como las etapas glaciales del Clactoniense y del Levalloisiense, así como los vestigios que son testimonio de la ocupación del suelo, con industria lítica y derivada de los mamíferos. Son característicos los restos del «*elephas antiquus*», que aparecen en los valles del Jarama y del Manzanares y, más al NE, en Torralba y Ambrona. Son restos muy importantes del período achelense los hallazgos en Madrid, en los areneros que se situaban entre el puente de Toledo y San Isidro, como en los areneros de Las Delicias, en Villaverde Bajo y en Arganda. Asimismo aparecen restos de cultura primitiva de guijarros, de origen africano, como los eolitos terciarios de Ota, en el valle del Tajo. Estas culturas que se fechan hacia el 200.000 a. de C. evolucionan según puede observarse con los restos de estas terrazas del Manzanares, y de hacia 100.000 a. de C. debe ser el yacimiento de Pinedo (Toledo), con res-

tos de hipopótamos, elefantes y rinocerontes. La continuidad de la cultura del Manzanares se mantiene en el paleolítico superior, encontrándose huellas de las penetraciones de los cazadores solutrenses, según se advierte en los conservados en el Museo Arqueológico Nacional, Museo Municipal y de la Fundación Arrese, en Corella (Navarra) (figs. 2, 3). Particular y excepcional importancia tiene la Cueva de los Casares, que se sitúa en un acantilado en la iniciación del valle en el que se ubica el pueblo de Riba de Saelices (Guadalajara). De fácil acceso y no de mucha profundidad nos muestra en sus paredes —excesivamente llenas de grabados y grafitos de todo tiempo— una serie de grabados entre los que sobresalen la magnífica cabeza de caballo, un rinoceronte lanudo, toros, ciervos, peces y figuras humanas, entre las que es particularmente bella la del que se lanza al agua y excepcional la representación de un mamut visto de frente. Su adscripción al período auriñaciense y, por tanto, anterior al gran período de las cuevas cantábricas, con las que se relaciona, da gran interés a esta cueva (fig. 4). Muy cercana se halla la Cueva de la Hoz, en Santa María del Espino (Guadalajara), también con grabados de ciervos, caballos y signos tectiformes. También se relaciona con el arte cántabro-aquitano la Cueva del Reguerillo, en Patones (Madrid), de difícil acceso, con amplias salas (del Prado, del Obelisco, del Confesionario, Gótica, etc.), que nos ofrece grabados de peces y otros animales, como las anteriores.

En contraste, pese a su relativa cercanía geográfica, pero situadas en las vertientes de los ríos de la cuenca mediterránea, se encuentran en el norte de la provincia de Cuenca, abrigos con pinturas de carácter levantino, ya de fines del paleolítico y neolíticas. Sobresalen los abrigos de Boniches y de Villar del Humo, que se relacionan estrechamente con las obras del Maestrazgo y de Albacete. Destacan los toros de largos cuernos y escenas que reflejan la vida doméstica, como la de un hombre conduciendo a un équido



5. Hombre con un équido. Pintura en el abrigo de Boniches (Cuenca)



6. Pintura esquemática en un abrigo de la sierra de Nuestra Señora del Castillo, en la zona de Almadén (Ciudad Real)

en Boniches. Cabras monteses, ciervos, toros, jabalíes y figuras de arqueros son los motivos principalmente representados (fig. 5).

En el tránsito del paleolítico superior al neolítico es importante el Abrigo de Verdelpino o de Valdecabras (Cuenca), de hacia el 6000 a. de C., que se considera como el yacimiento más antiguo para el estudio de la aparición del neolítico en la península, registrándose por el C14 hacia el 3200 la aparición de la influencia mediterránea.

Esta cultura neolítica plantea el problema de las cuevas de Perales de Tajuña (Madrid), conjunto de más de sesenta cuevas, de escasa profundidad, abiertas en un acantilado a diversa altura. Son cámaras de tres a cuatro metros de longitud, con nichos, y lechos excavados e incluso en una de ellas se halló una pilastra con zapata. En ellas se ha encontrado cerámica neolítica con grabados solares y su utilización en época posterior se evidencia por los restos romanos y árabes.

Sin embargo, las obras maestras de la cultura neolítica, trascendiendo a época posterior, se sitúan en la zona del paso, por el oeste hacia el valle del Guadalquivir, hacia Extremadura. La pintura esquemática de trazos, indescifrables, estilizaciones de hombres y animales y símbolos solares, tiene uno de los ejemplos más importantes en Peña Escrita, en las cercanías de Fuencaliente, es decir en la zona minera de Almadén (Ciudad Real), extendiéndose hacia Almodóvar del Campo, por la sierra de Nuestra Señora del Castillo. Aparecen las pinturas en el fondo de un abrigo, en una extensión de 21 metros, dividida en siete secciones, con cabras estilizadas, esquemas de figuras humanas, signos arborescentes y radiales, estilizaciones humanas en forma de M, árboles, soles, etc. En la cercanía de esta Peña Escrita se sitúa el abrigo de La Batanera, que como la anterior ya era conocida en el siglo XVIII, en un impresionante paisaje de los más bellos de Castilla la Nueva, en la que aparecen representaciones de danzas rituales, estilizaciones de animales, signos zigzaguan-

7. *Peto* procedente de la necrópolis de Aguilar de Anguita (Guadalajara). Museo Arqueológico Nacional, Madrid



8. *Ídolo* de Chillarón. Museo de Cuenca



tes, círculos concéntricos, signos arborescentes, además de triangulares y serpentiformes e interesantísimas estilizaciones humanas. De análogo carácter son las de la sierra de Nuestra Señora del Castillo, en las cercanías de Almodóvar del Campo. También aparecen pinturas de este carácter en el valle del río Ojailén, en la sierra de Calatrava (fig. 6). Iniciando una constante que ha de ser seguida posteriormente, en la Edad del Bronce, Castilla la Nueva se delinea como transmisora a Occidente de la cultura mediterránea que tiene en el vaso campaniforme su más nítida y bella expresión y que se sitúa en la primera mitad del segundo milenario antes de Cristo. Covachas con restos neolíticos y del Bronce aparecen en la zona de Torrelaguna y Patones (Madrid), como en Peñamala (Tortuero, Guadalajara) y Alcázar del Rey (Cuenca), por ejemplo, túmulos circulares de la Edad del Bronce, en tierra y piedra, en la zona de Manzanares (Ciudad Real), y poblados amurallados de El Recuenco y Landete (Cuenca).

Tiene su arranque esta cultura en las creaciones que entroncan con la almeriense, pues aún se reconoce la cultura de El Argar en la necrópolis de Villaverde Bajo (Madrid) (Museo Arrese, en Corella) y en Tebar (Museo de Cuenca), como se ha reconocido en las «motillas» de la Mancha, como la de los Romeros (Alcázar de San Juan) o de Torralba (Ciudad Real), que son montículos de hasta seis metros de altura y unos treinta de diámetro, de piedra, con falsa cúpula, que han de ser fundamento de los característicos «tombos» manchegos.

Se caracteriza la cerámica de este período por su ejecución a mano, sin torno, con decoración de «cardium» y estilizaciones geométricas en las que predominan soles y triángulos, en relación con la cultura dolménica de Los Millares, tal como vemos en un cuenco de Las Carolinas (Madrid), con ciervos y soles que recuerdan las pinturas esquemáticas de fines del neolítico.

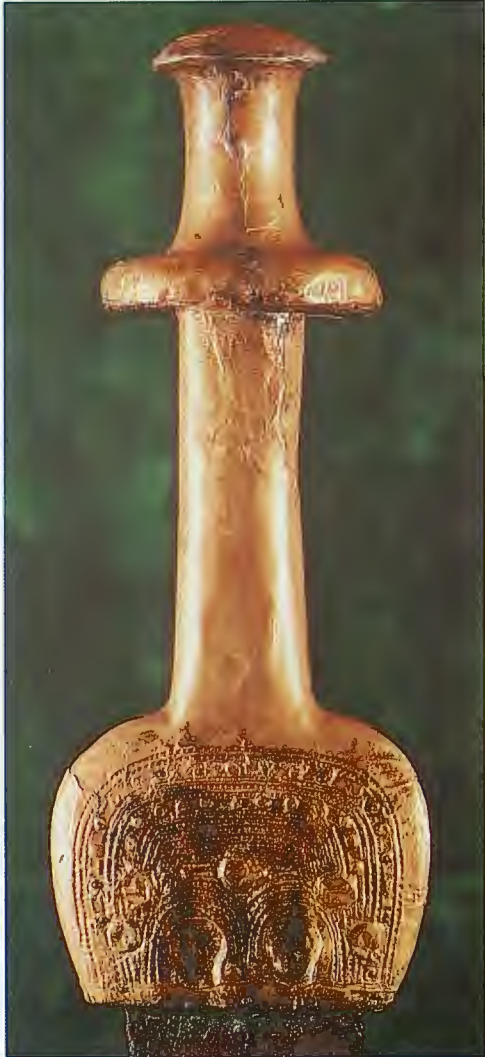
Pero indudablemente es la creación del vaso campaniforme, llamado así por su

forma, la pieza más característica de esta cultura del Bronce, entre las que es obra excepcional y arquetípica la hallada en Ciempozuelos, cerca de Madrid (Real Academia de la Historia), como la cazuela, vaso y cuenco, del Museo Arqueológico Nacional, y otras de Algodor, de Vallecas, de fines del III milenario (Museo Arqueológico Nacional), Mejorada del Campo (Museo de Corella) y Buendía (Museo de Cuenca); pues los yacimientos de esta cultura se distribuyen en torno a la cuenca del Tajo, desde Belvís de la Jara y Talavera hasta San Fernando del Jarama. En estas piezas se advierte su conexión con el arte de la cestería, decorándose mediante la utilización de peñicillos y ruedas dentadas, con los que se hacen en la pieza aún húmeda decoraciones de líneas, punteadas y dentadas, que luego se realzan mediante la adición de pasta blanca. De esta Edad del Bronce son interesantes el ídolo de Chillarón y el rostro humano grabado de Boniches, en el Museo de Cuenca (fig. 8).

Esta cultura es desplazada en buena medida por las invasiones celtas, que proceden del Norte y que, al fundirse o tomar elementos de la cultura ibérica, dan lugar a la creación de la cultura celtibérica en ambas mesetas. De la complejidad cultural de estos momentos son testimonios los hallazgos en los llamados «basureiros», en los que se hallan restos desde el neolítico a la Edad del Hierro. De la primera invasión celta, de comienzos del siglo VIII a. de C., que se caracteriza por la «cerámica excisa», se encuentran restos en los alrededores de Madrid. Pero es fundamentalmente en la gran invasión del siglo VI a. de C. cuando se sientan las bases de la gran cultura celtibérica.

Consta la existencia de numerosos pueblos, como los carpetanos (hacia Toledo), los lusones (en la Alcarria), los oretanos (en la zona central), los olcades (en la zona de Cuenca) y hacia occidente los vettones. Asimismo consta que existían ciudades, aldeas y castillos, residiendo a veces en cuevas, como los caracitanos, en la actual Taracena (Guadalajara), dedicados a la ganadería como los vetto-

9. Empuñadura de una espada procedente de Guadalajara. Museo Arqueológico Nacional



10. Broche procedente de la necrópolis de Higes (Guadalajara). Museo Arqueológico Nacional



nes, lo que justifica la aparición de verracos, tales como los de Torralba de Oropesa (Toledo) o de Puebla de Montalbán. Consta que entre el Tajo y el Guadiana se situaba la importante ciudad carpetana de Althia o Cartala, destruida por Aníbal en 221 a. de C., citándose también como «famosa y potente» a Erávica, a Segóbriga y a Toledo, que aunque tenía un pequeño núcleo de población se destacaba como «fuerte por su emplazamiento».

Son característicos los «campos de urnas», según vemos en los yacimientos conquenses de Carrascosa del Campo, Reillo, Uclés, Cañizares, Carboneras, Tarancón y Buenaache de Alarcón, como

la gran necrópolis de Aguilar de Anguita (Guadalajara), con más de dos mil sepulturas con una piedra a modo de estela, que ha suministrado un completísimo ajuar de guerreros. También son importantes las de Luzaga, Hortezueta de Océn y Garbajosa (Guadalajara), todas con la modalidad peculiar de colocar sobre ellas, en línea, piedras sin labrar, una por cada sepultura. En éstas se han hallado diversos tipos de fibulas y dos modelos de espadas muy características, una con terminales esféricas, otra con empuñadura de frontón, que derivan de modelos del norte de Italia, y puntas de lanza de nervio tubular, broches de cinturón y escudos redondos (figs. 7, 9).

Como testimonio de la interconexión con la cultura ibérica es ejemplo el bronce de Luzaga, con alfabeto ibérico, y el excepcional broche de cinturón damasquinado de plata, hallado en la necrópolis de Higes, cerca de Atienza, con labores de entrelazos que si tienen algo que evoca modelos célticos, centroeuropeos, su estética se halla más en consonancia con la cultura mediterránea (fig. 10). Evocación, casi anticipo de los entrelazos medievales, testimonio del cruce de influencias que también se percibe en otra placa de la colección Rodríguez Bauzá, procedente de Toledo. En ella las estilizaciones de animales evocan la cerámica numantina, el triskele recuerda el



mundo mediterráneo y las hojas estilizadas son ya como anticipo del ataurique medieval. Respecto a estas relaciones con el mundo mediterráneo, son importantes las numerosas piezas importadas, fenicias, etruscas y griegas, como los restos cerámicos griegos que aparecen en los yacimientos de Segóbriga, de Hinojosa, Olmedilla de Aragón y Las Madrigueras. Igualmente es explícito el testimonio de Polibio respecto a la utilización de los olcades como mercenarios por Aníbal y su empleo como guarnición en las ciudades africanas.

Esta cultura ibérica que también percibimos en yacimientos como el «oppidum» de Alarcos (Ciudad Real), donde apare-

cen esfinges y leones, es evidente, pues desde los santuarios de Despeñaperros es lógica su irradiación hacia las cuencas del Guadiana y del Tajo, y de ahí algunas figurillas de bronce, exvotos, hallados en Campo de Criptana (Ciudad Real) y Carboneras (Museo de Cuenca), e inclusive parece ser ibérica la ciudad de Oreto, en Granátula (Ciudad Real). En efecto estas ciudades celtibéricas coexistieron con el poder de Roma, de lo que es buen ejemplo el doble recinto de las murallas de Segóbriga, de gruesos muros de más de tres metros, con núcleo de tierra y revestimiento de piedra, la interior con torres cuadradas avanzadas, huecas, de 7 metros de lado, dejando un espacio entre

los dos recintos, que se dividía por muretes de unos cuatro metros de altura, que serviría para el ganado.

Entre las piezas importantes relacionadas con la cultura ibérica es preciso señalar el conjunto del tesoro de Salvacañete (Cuenca), con cuencos de plata (Museo Arqueológico Nacional y Museo de Cuenca), ya de hacia el 100 a. de C. (figura 11).

Esta peculiar cultura en la que lo predominante celtibérico está mediatizado por las irradiaciones ibéricas, es absorbida a partir del siglo II a. de C. por la presencia de Roma, de la que es buen ejemplo el tesoro de Drieves (Guadalajara). Cruzada Castilla la Nueva por importantes



vías que acortan el camino de Mérida a Cesaraugusta por el Tajo y el Henares hasta alcanzar Medinaceli y a su vez paso obligado desde la Bética hacia el norte, es claro que desempeña un papel esencial para el control de las vías de comunicación que garantizan el dominio romano. Surge así la necesidad de conquistar Toledo, como centro principal, con su escalonamiento de posiciones hacia Talavera, como hacia la Bética, con Segóbriga y Valeria, al mismo tiempo que Complutum y Madrid garantizan el paso y la defensa de los puertos.

ROMANIZACIÓN (II a. de C.-V d. de C.)

La conquista de Toledo («Toletum ibi parva urbs erat, sed loco bene munita»), cabeza de la Carpetania, en el 191 a. de C. por el pretor Quinto Fulvio Nobilior representa la iniciación de la romanización de Castilla la Nueva, pues tanto los

carpetanos, como los oretanos y vettones establecen lazos de federación salvo alguna sublevación como la del 159, pues desde que en el 179 Tiberio Sempronio Graco conquista Ercávica (Cañaveruelas, cerca de Santaver), sometiendo trescientas ciudades, muchas de las cuales serían simples torres, prácticamente no hay resistencia. Muy significativa es la acción de Viriato, en el 46 a. de C., que establece sus campamentos en la montaña de Venus, que se ubica en la sierra de San Vicente al NO, llegando incluso a la conquista de Segóbriga, sin que esta acción encuentre eco apreciable en las tribus de Castilla la Nueva.

Teniendo como centro vital a Toledo, cuya importancia se acrecienta de día en día, otras ciudades son representativas del escalonamiento en función de su posición estratégica en relación con las vías de comunicación. Sobresalen en el sector oriental Segóbriga, Valeria y Ercávica; en occidente la más importante es Talavera de la Reina, en el centro Titulcia y

al sur de Toledo, Oretum (Granátula) y Consabura (Consuegra).

En Toledo es reconocible la obra romana en el puente de Alcántara, de 28,30 metros de luz el gran arco central, con restos de la primitiva obra romana de opus quadratum y que ya era citado como grandioso en el 567. Subsisten restos de acueducto en el valle de las Guadalerzas y otro hacia oriente, que traían el agua del pantano de Mazarambroz, con un dique de más de 500 metros de longitud, e inclusive se ha supuesto que la famosa Cueva de Hércules estuviese en relación con el complejo sistema de abastecimiento de aguas de la ciudad. Importantes son los vestigios del circo, que tenía una capacidad para más de 25.000 espectadores, y los de villas romanas en la vega que han suministrado numerosos testimonios, entre ellos magníficos mosaicos.

También tiene gran importancia la ciudad de Segóbriga (Cabeza del Griego), en Saelices (Cuenca), que contó con una

13. *Minerva procedente de Sigüenza. Museo Arqueológico Nacional*



14. *Dea romana, procedente de Segóbriga. Museo de Cuenca*



ceca importante, con leyendas ibéricas, que dejó de acuñar monedas en tiempos de Calígula (37-41), lo que evidencia la coexistencia con la población ibérica. En esta ciudad recientes excavaciones han puesto al descubierto numerosos restos, entre los que destacan el teatro, el mejor conservado de Castilla la Nueva, con capacidad para unos 2.000 espectadores, escena de dos pisos y curiosa y original

orquestra en segmento de círculo e interesantes columnas. El anfiteatro ofrece planta cercana a la circular, con arena de 40,50 por 34 metros, constando que estaba construido en la época de Claudio (41-54 d. de C.) También son interesantes los restos de un santuario de carácter funerario dedicado a Diana, al aire libre. Sobre el comercio de Segóbriga es significativa la mención de Plinio sobre el

uso en Roma de láminas transparentes «lapis specularis», que proceden de Osa de la Vega y Torrejoncillo del Rey, cerca de Segóbriga (fig. 12).

Importante asimismo es Talavera de la Reina, donde se conservan restos de sillera «opus incertum», entre los dos puentes, e inclusive se ha apuntado la posibilidad del origen en la Cerialis romana de la llamada fiesta de las «mon-

15. Torso de Madrid. Museo Arrese, Corella (Navarra)



16. Cabeza del niño Lucio César, procedente de Ercávica. Museo de Cuenca



das», aún vigentes en honor de Nuestra Señora del Prado (Caro Baroja). En Valeria, aparte de los numerosos restos es representativo el ninfeo o fuente monumental y de excepcional longitud, pues mide 60 metros. Son asimismo numerosos los puentes como los de Uña y Castellar (Cuenca), de Cercedilla (del Molino, de la Venta y de Enmedio) y de Alguacil, cerca de Almagro (Ciudad Real), entre otros; los restos de un campamento en Aguilar de Anguita (Guadalajara), y las noticias sobre unas termas en Rielves (Toledo), que se publicaron en el siglo XVIII, formadas por cámara circular con exedra y mosaicos con luchas de guerreros.

Entre los restos escultóricos sobresale una magnífica Minerva de bronce, procedente de Sigüenza (Museo Arqueológico Nacional), descabezada y sin brazos,

que evoca el modelo de la Atenea de Fidias; un estupendo torso masculino, del tipo policleciano, hallado en Madrid en 1958, en una excavación del barrio de San Cristóbal (Museo de Corella); una curiosa cabeza de asno coronada de hiedra (Museo Arqueológico Nacional), procedente de Fuente la Teja (Madrid); una pequeña Serapis, procedente de una villa en las cercanías de Madrid (Museo Municipal); un buen conjunto de esculturas de Segóbriga (Museo de Cuenca y de Segóbriga), de magistrados, uno magnífico de Dea romana, y otro femenino de gran calidad; y las procedentes de Valeria, singularmente un retrato de Trajano, y una buena serie de gemas y entalles; y, por último, una bellísima cabeza del niño Lucio César, procedente de Ercávica, en el Museo de Cuenca (figuras 13-16).

Particular interés tienen los mosaicos, destacando singularmente los del siglo III d. de C., procedentes de dos villas de la vega toledana (Museo Arqueológico de Toledo), que son obras maestras, por su calidad técnica y riqueza cromática. Uno con peces, las estaciones y la representación de un teatro y un puente con faro; y otro, de carácter helenístico, con casas, árboles, barcas de pescadores, faro y puerto, denotando ambos la técnica aljandrina (fig. 17).

Son también destacables los recientemente hallados en Complutum (Alcalá de Henares), uno de ellos con el dios Baco, otro con tema de Aquiles y Pentésilaea, y otros de carácter decorativo. Más rudos son los de Alcázar de San Juan (Museo de Corella, Museo Fray Juan Cobo), de Rielves (Toledo) y de Tresjuncos (Museo de Cuenca).



ALTA EDAD MEDIA

PALEOCRISTIANO

El largo espacio de tiempo correspondiente a esta etapa histórica puede ser estructurado en dos períodos. Se inicia el primero a principios del siglo IV, en que consta la difusión del cristianismo, alcanzando al primer tercio del siglo VIII, en que se cierra con la presencia islámica. El segundo período comprende fundamentalmente el período islámico, es decir hasta 1085, y el siglo XII, con el desarrollo del arte románico y la persistencia de formas islámicas, hasta la iniciación del mudéjar y el gótico.

En la primera etapa se pueden considerar dos fases que se suceden sin solución de continuidad. Corresponde la primera al arte paleocristiano estrictamente, hasta que la conversión de Recaredo en el III Concilio toledano, en el año 589, supone la plena integración de las culturas hispanorromana y visigoda.

A fines del siglo III consta la introducción del cristianismo en Castilla la Nueva. En el 304 muere la mártir toledana santa Leocadia, así como los santos niños complutenses Justo y Pastor, y los hermanos Vicente, Sabina y Cristeta. En el Concilio de Elvira, que tiene lugar en los primeros años de este siglo IV, se cita como obispo de Toledo a Melancio, cuya

identificación con el Pelagius, citado en el Códice Emilianense, es posible. En todo caso, desde un principio se acusa el carácter de primacía de la iglesia toledana, pues en Toledo se celebra el primer concilio hacia el 400. Paralelamente se van desarrollando otras sedes episcopales, como las de Segóbriga y Complutum, pero la primacía de Toledo se reafirma desde mediados del siglo VI, ya que la capitalidad visigoda se establece definitivamente en el 573.

Escasos son los restos arquitectónicos conservados correspondientes a esta etapa inicial del arte cristiano en Castilla la Nueva. Al siglo IV deben corresponder los restos de una edificación de una nave



19. Sarcófago de Layos II. Real Academia de la Historia, Madrid

20. Sarcófago procedente de La Puebla Nueva (Toledo). Museo Arqueológico Nacional



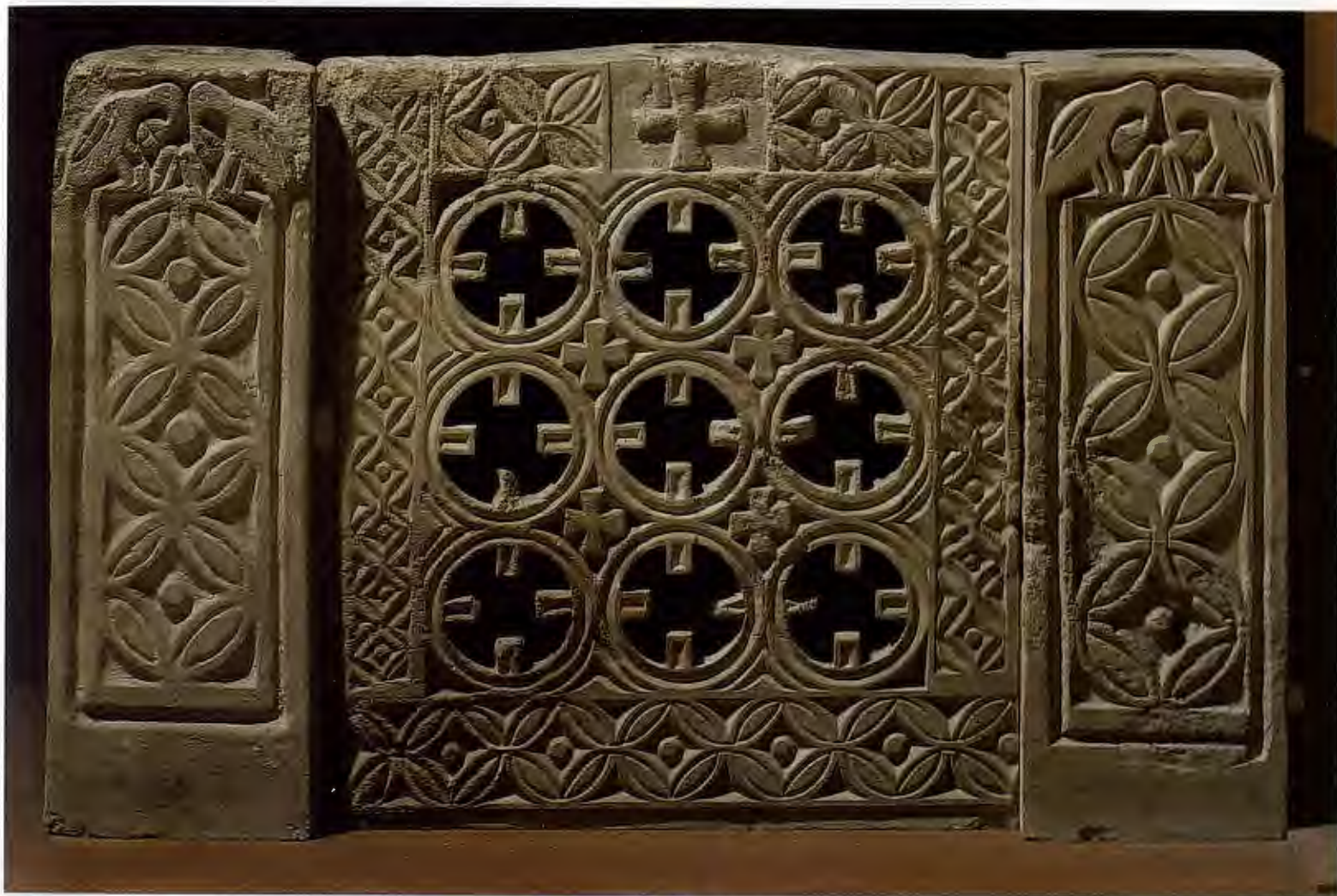
21. Sarcófago procedente de Erustes (Toledo).
Museo Arqueológico Nacional

22. Cancel de Segóbriga. Museo Arqueológico
Nacional



(26 × 13,50 m), excavada en la finca «Las Tamujas», cerca de Malpica del Tajo (Toledo). La nave se halla precedida de nártex y vestíbulo, con construcciones anejas, como baptisterio o vivienda, que se ha considerado como construcción cristiana, aunque propiamente no es más que un recinto rectangular. Mayor interés ofrece en La Puebla Nueva (Toledo) una suntuosa construcción funeraria, de 23 metros de diámetro con cripta de 15 metros, de la que procede un sarcófago (Museo Arqueológico Nacional), que debe corresponder a un patricio orientalizado.

Ya del siglo V es la basílica de Segóbriga (Cuenca), que conocemos fundamentalmente a través de la excavación realizada por Cornide en el siglo XVIII. Las lápidas correspondientes a los obispos Nigrinus, Sefronius y Caonius, nos sitúan esta construcción en torno al 580 al menos, constando la presencia de los obispos de Segóbriga hasta el XVI Concilio de Toledo, en el 693. Anterior firmó en el acta de 589 del III Concilio, primero celebrado tras la conversión de Recaredo. Estos datos históricos y lo que se deduce de la propia construcción sitúan a esta basílica en la primera mitad del siglo V, en relación con modelos norteafricanos. Era una gran basílica de tres naves, de extraordinaria amplitud (48 × 26 m), separadas por teoría de diez columnas a cada lado, sirviendo de enterramiento las naves laterales, a nivel más bajo. En la cabecera se nos ofrece un ábside de herradura en planta, a nivel más alto que las naves, precedido por nave de crucero, a la que se accedía por escaleras situadas en los testeros de las naves laterales, pues desde la nave central se entraba a la cripta, como confessio, por un arco elíptico. Esta cripta, de gran amplitud, se dividía en diversas cámaras, situándose una capilla subterránea debajo del ábside en la que se situaban dos enterramientos, manteniéndose las huellas — según Cornide — de la existencia de un baldaquino con cuatro columnas. A un lado de la cabecera, una pequeña cámara servía de baptisterio y en su



inmediata cercanía una necrópolis con tumbas, orientadas hacia occidente sus cabeceras.

Es verosímil, asimismo, que la basílica de Recópolis, en Zorita de los Canes (Guadalajara), sea originariamente paleocristiana, a juzgar por hallazgos de restos de sarcófagos del siglo IV. No obstante, el único dato histórico es su fundación por Leovigildo en el 578, es decir en época arriana, que se confirma con los hallazgos de monedas. En su disposición actual permite reconstruir una iglesia sumamente original, cuya relación con la iglesia visigoda de San Pedro de la Mata (Toledo), y con la portuguesa de San Gíao, parece clara. Es una iglesia de una nave, precedida de atrio, con cámaras la-

terales a los lados del cruceo y capilla mayor rectangular por fuera e interiormente en forma de semicírculo peraltado, en cuyo centro se situaría el altar, sobre un pozo como relicario. Las cámaras laterales comunican con dos cámaras alargadas, anejas a la nave central, a las que se accedía por otras situadas a los lados del atrio, con lo que se consigue el acceso directo e independiente del cruceo desde estas cámaras de los pies que comunican con el exterior. A un lado del atrio una pequeña camarita serviría de baptisterio (fig. 18).

En la escultura correspondiente a este período podemos considerar dos grupos, los sarcófagos y la escultura monumental concebida en función de un edificio.

Sarcófagos

Se conservan tres sarcófagos y restos de otros, todos ellos procedentes de la provincia de Toledo. Se consideran de taller romano de la época de Constantino los dos procedentes de Layos (Museo Marés y Real Academia de la Historia). El Layos I (Museo Marés) procede de Santo Domingo el Antiguo, y nos ofrece los temas de Lázaro, el Sacrificio de Abraham, la Multiplicación de los panes y los peces, Orante, Adán y Eva y la Adoración de los Magos. Se caracteriza por el empleo del trépano y se ha relacionado con ejemplos gerundenses. El Layos II (Real Academia de la Historia) se considera de fecha posterior, de fines

del período de Constantino y en relación con el sarcófago de Castiliscar, ofreciéndonos en su frente, sin empleo del trépano, los temas de Lázaro, Curación del ciego, Adán y Eva, Curación del paralítico, Orante, Bodas de Caná, Abraham y el Milagro de la fuente que hace surgir san Pedro cuando va detenido. Es este sarcófago de más rica iconografía, con ocho escenas, insistiendo en el carácter taumaturgo de Cristo, con los milagros del ciego y del paralítico e inclusive con el tema de san Pedro, lo que le da un carácter más concretamente romano. Mientras que el Layos I sólo tiene diferente la Adoración de los Magos, más orientada su iconografía hacia el carácter universal de la venida del Mesías, ya que las demás escenas se repiten en ambos (Orante, Adán y Eva, Abraham, Lázaro y Multiplicación de los panes y los peces) (fig. 19).

De taller levantino-mediterráneo, es decir, relacionado con la escuela bizantina es el procedente de La Puebla Nueva (Toledo) (Museo Arqueológico Nacional), que presenta en el frente al Cristo sentado en un podium y los apóstoles a los lados, delante de un friso de arcos, los más con sus nombres correspondientes. Cristo entrega la ley a san Pablo y san Mateo a san Bartolomé, dato iconográfico que se relaciona con fuentes orientales, como señaló Schlunk. Se halló, como hemos indicado, en un magnífico mausoleo y su relación estilística con el arte oriental resulta clara (figura 20).

Procedente de Erustes, se conserva un fragmento de sarcófago (Museo Arqueológico Nacional) que también se atribuye a la época constantiniana y que se ha relacionado con el de la ermita de los Mártires de Córdoba, con strygles y una escena relativa a la Negación de san Pedro. También dentro de la misma época y temática parece ser el fragmento empujado en la Puerta del Sol, en Toledo, con Cristo joven, san Pedro y el gallo. Aún recientemente; en 1967, se ha hallado un trozo de la figura de Cristo, actualmente en el Museo de Santa Cruz, y

otro trozo procedente de Recópolis (Museo Arqueológico Nacional) (fig. 21).

Escultura monumental

Los restos decorativos de los edificios o con ellos relacionados se concretan en dos conjuntos: el de Segóbriga y los procedentes de Recópolis, que ya enlazan con la estilística visigoda.

Aunque se han perdido la mayor parte de los restos de Segóbriga dibujados y publicados por Cornide, son interesantes como los que aparecen en las excavaciones actualmente en curso, por cuanto son el testimonio más directo del arte paleocristiano. Los fundamentales son una placa como de cancel, con recuadro de flores y hélices y en la parte superior un crismón con láurea entre dos pavos reales que, volviendo la cabeza con sus picos, sostienen una guirnalda; otro resto de cancel se halla adosado a un muro en el monasterio de Uclés, y nos ofrece la clásica composición de cuadrado y rombo, y como remate un friso entorchado formando cinco círculos. Asimismo, restos de dos pilastras, una con delfines a los lados de una cruz o crismón recto, zarcillos y esvástica, temas florales y un vaso, como ánfora, que tiene el crismón; y otra, que conocemos por el dibujo de Cornide, análoga (fig. 22).

De Recópolis se conserva un cancel (Museo Arqueológico Nacional) como placa calada con círculos y cruces, a los lados otros círculos con disco central y pájaros picando arriba (fig. 23).

Artes aplicadas

De la necrópolis de Cabeza de Griego (Segóbriga), con enterramientos orientados con la cabeza hacia el oeste, proceden algunos collares de ámbar y perlas sencillas, pendientes de bronce y de plata. También pueden recordarse algunas laudas como las procedentes de Aranjuez (Museo Arqueológico Nacional) y Talavera de la Reina, con crismón.

VISIGODO

Toledo, como capital del reino visigodo, tras la conversión de Recaredo se convierte en el centro cultural más importante de España. Como «civitas regia» es sede de los Concilios que rigen la vida del reino, en el que confluyen de una parte la tradición hispano-romana y de otra la aportada por el germanismo y en tercer lugar la fuerte influencia bizantina — presente en la península del 552 al 664 — que se verifica en la corte merced a la política de Leovigildo. Por otra parte, la primacía toledana en el mundo visigodo responde a una tradición, pues, como observa Rivera Recio, ya en el primer tercio del siglo VI el obispo Montano comienza a regir de hecho como metropolitano. Toledo es la capital política y espiritual, que ha de mantenerse a todo lo largo de la Edad Media y a este respecto — como ciudad modelo — es explícito el testimonio de la Crónica de Albelda, cuando se refiere a que el deseo de Alfonso II el Casto, en Asturias, fue construir «todo el orden de los godos, como había existido en Toledo». Figuras como las de los santos Eugenio, Ildefonso y Julián, del siglo VII, indican la importancia que adquiere Toledo.

Por otra parte, las noticias recogidas por Puertas Tricas nos permiten vislumbrar la importancia de las construcciones toledanas visigodas, bien en la propia ciudad o en su inmediata cercanía. Destacaban las basílicas de Santa María, Santa Leocadia y la pretoriana de San Pedro y San Pablo, en las que se reunieron concilios, importante esta última además porque en ella tenía lugar la ceremonia de la unción, cuando el rey partía para la guerra. Eran también importantes las de Santa Cruz — sobre la que luego se erigió la mezquita de Bib-al-Mardum —, San Sebastián, San Justo, San Ginés, San Lucas y, entre otros, los monasterios Agaliense y Cavense. La ciudad aseguraba su fortaleza mediante las murallas, que reconstruyó Wamba, disponiendo puertas y torres, sobre las que situó la estatua de un mártir que les daba nombre.

24. Pilastra en el muro de la iglesia de Santa Justa. Toledo



25. Columna de la iglesia del Salvador. Toledo



Ahora bien, de estas construcciones subsisten en la propia capital únicamente abundantes restos decorativos y elementos arquitectónicos sueltos, como de continuo aparecen por toda Castilla la Nueva. Sólo se conserva ruinosa la iglesia de San Pedro de la Mata (Toledo), que, como hemos indicado, se relaciona muy estrechamente con la de Recópolis. Se conserva de esta iglesia parte de la nave, los arcos del crucero de grandes dimensiones y algunos capiteles en los pueblos de las cercanías. También tenemos noticia de una cámara rectangular, con lápida de la era 731, en Guarrazar, pero es irreconocible su estructura.

Aunque se conservan algunos restos decorativos en Talamanca, Alcalá de Henares y otros pueblos de Castilla la Nueva, el mejor conjunto es el formado por los hallados en Toledo, que muestran un arte superior, y relacionados con Mérida. Su evolución, según Schlunk, ha de dar lugar a los magníficos capiteles de San Juan de Baños. Este conjunto podemos distribuirlo en los siguientes grupos:

a) Elementos arquitectónicos; b) Elementos de carácter litúrgico; c) Relieves decorativos, y d) Obras con representaciones figuradas.

a) Elementos arquitectónicos

Entre los soportes, aparte de las columnillas monolíticas lisas o con el fuste decorado con palma o imbricaciones, son características las pilastras con temas serpenteantes y racimos (Museo Arqueológico de Toledo), o con columnas excavadas en el fuste, como los prototipos emeritenses, según vemos en Santa Justa y San Salvador, o bien con imbricaciones, rosetas o palmetas (Museo Arqueológico de Toledo), siendo excepcional la que ofrece temas figurados, a la que nos referimos más adelante (fig. 24).

Sumamente interesante es el conjunto de capiteles, que derivan generalmente del modelo corintio. En los más antiguos es clara su directa y cercana conexión con los modelos romanos (Santa Eulalia,



Cristo de la Vega, Santiago del Arrabal, Museo Arqueológico de Toledo), que más tarde se alarga, ofreciendo asimismo una hoja doble que ciñe los caulículos (San Román, San Sebastián), que terminan por desaparecer (patio de Santa Cruz, Cristo de la Vega). En otro modelo las hojas de acanto se rehunden fuertemente (San Román, muro junto al Seminario y Santa Eulalia). En fecha muy avanzada se apartan del modelo corintio y ofrecen hojas lisas con talla a bisel (San Sebastián, San Román, patio del Hospital de Santa Cruz), para acentuar el esquematismo en los que ofrecen cuatro hojas angulares que ascienden desde la base del capitel (San Román, Santa Eulalia, Museo Arqueológico de Toledo), manteniendo no obstante las volutas del centro. En esta tendencia esquemática hay que incluir los que derivan del compuesto, con sector sogueado y resaltadas palmetas labradas en el frente (Cristo de la Luz).

En los cimacios correspondientes se advierte la evolución hacia su alargamiento y estilización, con motivos de trifolios, rosetas, imbricaciones y losanges y, a veces, una cruz patada.

Otros capiteles de Segóbriga y Recópolis ofrecen tipología análoga, y es interesante el del Instituto de Valencia de Don Juan, con la leyenda «LICIUS FECIT».

b) Elementos de carácter litúrgico

En este conjunto se han de incluir los canceles, los tenantes de altar, las hornacinas o nichos y las celosías.

Entre los canceles se distingue una placa de carácter bizantino procedente de San Ginés (Museo Arqueológico de Toledo), rectangular, con dos fajas laterales con hojas que encuadran el cuadrado central, con cruz flordelisada y ángulos con círculos encerrados y remates de flor, todo sogueado. La combinación de círculos y cuadrados es de raigambre bizantina y no anterior al siglo VII, según Schlunk, mostrando cierta relación con un modelo paleocristiano de Segóbriga.

Los tenantes de altar son piezas como pilares rectangulares de un metro aproximadamente, con receptáculo en la parte superior donde se coloca la reliquia y se encastra en el ara. Unos tienen cruces patadas, en algún caso conforme al tipo de cruz gemmata (Museo de los Concilios, Toledo).

Las hornacinas son nichos de altar, que quizás en algún caso servirían de soporte para el ara, o disponiendo tres servirían de canceles. El tipo más característico es el que ofrece un crismón en el centro, o sea una cruz, de la que penden el alfa y la omega (Museo de los Concilios, Toledo; torre de Santo Tomé). Otro, plano, ofreciendo esculpido el motivo de la cruz (Museo de los Concilios de Toledo), y en algún caso (muro de San Bartolomé), remate en triángulo, conforme a modelo emeritense y, excepcional, con tres columnas y motivos vegetales bajo la venera, con encuadramiento de alfiz, la procedente de Talamanca, en Escalona (Museo de los Concilios). En todos ellos la cruz remata en la letra ro, que sigue el modelo de Rávena. En relación con estas piezas vemos otras con arcos avenerados (Museo Arqueológico de Toledo, calle de San Ginés, ábside de San Bartolomé).

Las celosías son más escasas, conservándose en el muro de la iglesia de Santo Tomé, como círculo con cruz patada, inscrita en un cuadrado. Otros ejemplos, en el Museo de los Concilios, con franja con imbricaciones y borde calado.

c) **Relieves decorativos**

Son numerosísimos los restos que aparecen por toda Castilla la Nueva. Suelen ser círculos o roleos, tangentes y secantes, imbricaciones, losanges, etc., en algún caso como en San Pedro de la Mata y Guarrazar con racimos y hojas. Por último, es interesante un disco como estela con cruz patada, dentro de un círculo, que quizás sea remate de un hastial (Museo Arqueológico Nacional).



d) Obras con representaciones figuradas

Es la obra fundamental y una de las piezas de mayor interés del arte visigodo la pilastra de San Salvador, que decora uno de sus frentes con cuatro temas evangélicos: la curación del ciego, la resurrección de Lázaro, la curación de la hemorroisa que quizás pueda referirse más bien al tema de la adúltera y, por último, la conversación de Cristo con la samaritana. Nos ofrece, pese a su mutilación en cuanto a los rostros, un arte que valoriza la técnica a dos planos, manteniendo la frontalidad y representando arquitectura de sillares (fig. 25).

También es importante una placa procedente de Las Tamujas (Museo de los Concilios), de 43 cm de alto por 30 cm de ancho, que nos ofrece a los lados franjas con círculos tangentes inscritos en cuadrados y encerrando cruces. En el centro vemos una figura cuya parte inferior está oculta por dibujos ondulados y encima una exedra con veneras. La figura surge de aguas o nubes, o quizá represente a una persona hablando sobre un cancel, con una flor en su mano derecha (fig. 26). Otro fragmento procede del castillo de Escalona, quizá borde de un sarcófago o brocal con figurillas; asimismo un capitel con un ciervo; y, por último, en el Instituto de Valencia de Don Juan una pequeña columna con decoración vegetal y serpientes, una de ellas dispuesta a devorar una liebre.

Artes aplicadas

A través de las fuentes árabes conocemos la extraordinaria riqueza de la orfebrería visigoda. Al-Maqqari nos habla del ingente tesoro enviado por Muza a Damasco, de los centenares de diademas, coronas, espadas y otras piezas guarnecidas de perlas, zafiros y todo género de costosa pedrería, y de la magnífica mesa del altar mayor de la catedral toledana, de oro puro, con engastes de perlas, rubíes y esmeraldas en tres fajas,



y toda ella cuajada de «joyas tan desmesuradas y brillantes que nunca vieron ojos humanos cosa semejante».

De esta riqueza en la orfebrería visigoda es testimonio el magnífico tesoro hallado en Guarrazar en 1859 (Museo Arqueológico Nacional), del que se perdió la corona de Suintila (621-631), aparte de lo desaparecido antes de conocerse el hallazgo. En este tesoro sobresale la bellísima corona de Recesvinto (647-672), con las letras «+ RECESVINTUS REX OFFERET», formada por una ancha faja —de dos piezas que se articulan— con cabujones, perlas, decoración calada, cristal de roca y cadenas con hojas que rematan en doble flor de azucena, capitel y bola de cristal de roca. En ella se ha dispuesto como colgante una magnífica cruz, con piedras sujetas por uñas —caso insólito en la orfebrería visigoda— y perlas, todo evocando trabajo bizantino. También son importantes dos brazos de cruz, fragmentos diversos y otras coronas más sencillas (Museo Arqueológico Nacional, Palacio Real). Consta que entre lo perdido existía una lámpara con la fecha de 587, palomas de oro y cruces procesionales (figs. 27, 28). También son representativos los numerosos ejemplos de broches de cinturón, generalmente rectangulares, a veces redondos y alargados, y en forma de águila, que se han hallado tanto en Toledo como en Alcalá de Henares, Talamanca, Azuqueca, Alovera, Carpio del Tajo, Daganzo, Segóbriga, Carboneras, Nohales, Villaescusa de Haro (Museo Arqueológico Nacional, Toledo, Cuenca, Instituto de Valencia de Don Juan), los pendientes de oro y granate de Albendea (Museo de Cuenca), y un bocado de caballo articulado, con labor de damasquinado en plata y figuras de animales estilizados (Armería Real) (fig. 29).

Por último, son destacables los restos de cerámica (Museo Arqueológico de Toledo, Museo Arqueológico Nacional), de formas sencillas y sin esmaltar.

Importante es, asimismo, el trozo del credo hallado en Santa Leocadia, en el que se lee: «PILATO CRU.../...AD IN-

FERN.../...URREXIT...V.../...OS SEDET AD.../...UDICARE.../E...CTU.../.../...IS RESURRE.../».

PERÍODO ISLÁMICO

A fines del 711 Toledo se rinde a Tariq, loando los cronistas árabes la gran riqueza de sus palacios e iglesias, pues, como recoge la Passio de san Eugenio (de mediados del siglo IX), es preclara ciudad que «aventaja en excelencia a todas las restantes urbes de este reino». La importancia de la capital visigoda determina que quede como sede del incipiente gobierno musulmán. En el 713 la expedición de Muza pasa por Mérida y, tras el encuentro con Tariq en Talavera, se instala en Toledo, acuña monedas de oro con leyendas latinas y en esta ciudad permanece durante el invierno, enviando espléndidos obsequios del botín obtenido al califa de Damasco.

En Toledo, frente al sector witiziano que favoreció la invasión musulmana, la legalidad de los partidarios de don Rodrigo debió contribuir poderosamente a la configuración de un espíritu de evidente independencia respecto a Córdoba. Aunque Toledo continúe siendo la metrópoli, donde residía el matran o metropolitano cristiano, la pérdida de la capitalidad política favorece este espíritu de resistencia y rivalidad; de ahí las continuas rebeliones frente a Córdoba, como respecto a los berberiscos. En el 741 los beréberes asedian Toledo; en el 763 estalla una rebelión, y en el 797 tiene lugar la famosa «jornada del foso», en la que el muladí Amru diezma a la más alta nobleza toledana, mozárabes y berberiscos enemigos de Córdoba. Nuevas sublevaciones se registran en el siglo IX, gozando desde el 888 está supeditada a los beréberes de Santaver, ciudad desaparecida que estaba situada en la confluencia del Guadiela y el Tajo. Del 906 al 920 es independiente, regida por Lope ben Tarbisha, pero en 932 cae en poder de Abderramán III, lo que aprovecha Ramiro

II para acudir en socorro de los toledanos ocupando Madrid. En el 946 el cuartel general de la Marca Media se traslada a Medinaceli, pasando Toledo a segundo plano.

A pesar de esta actitud toledana respecto a Córdoba es lógico que las formas islámicas que se reciben de Andalucía se reflejen en el arte islámico toledano, al mismo tiempo que la vitalidad del mozarabismo contribuye conjuntamente a la configuración de su arte, según podemos vislumbrar a través de los escasos restos conservados. Es evidentemente en esta etapa cuando se inicia la integración que es característica esencial de la cultura toledana, pues cristianos mozárabes trabajarían simultáneamente con los musulmanes, y las formas de influencia islámica se funden con las de la cultura visigoda de las que el mozárabe toledano se considera como el más legítimo heredero.

Destacan los geógrafos árabes el carácter central de Toledo, importante como nudo de comunicaciones, pues se sitúa a nueve jornadas de Santiago, Jaca, Valencia y Almería. En ella nació Abderramán II hacia el 792 y varias son las referencias a la fastuosidad de la corte taifa. El Edrisi cita el gran acueducto, de un arco, cuya agua al caer movía una máquina hidráulica que elevaba el agua del río noventa codos, abasteciendo la ciudad. Se elogian, asimismo, las numerosas huertas con sus norias, pues como escribe Al-Ayubi, ya en el siglo XII, la ciudad llamada Tolaitola, que significa «la alegre», estaba «rodeada de arboleda por todas partes y parece convertirse en flor de granado ante la enormidad de granados que contiene».

Explícito testimonio de la exquisitez e ingenio de los toledanos, es la descripción de Al-Maqqari del estanque situado en el Alcázar, en cuyo centro se situaba un pabellón con cristales de colores y oro, con un surtidor cuya agua resbalaba por sus paredes y en el que solía sentarse Almamun, iluminado en las noches por antorchas que producían maravilloso efecto. Asimismo es famosa la construc-

30. Fachada de la mezquita de Bib-al-Mardum (ermita del Cristo de la Luz). Toledo



31. Puerta Vieja de Visagra, en Toledo



ción ideada por el sabio Azarquiel, consistente en dos recipientes de agua, situados junto al puente de los curtidores, que señalaba las horas «según el creciente y menguante de la luna».

En la arquitectura religiosa sobresale singularmente la mezquita de Bib-al-Mardum (Cristo de la Luz) o de la Puerta del Mayordomo, que se fecha por inscripción en la fachada en diciembre del 999 (Almoharram del 390, o sea entre el 3 de diciembre del 999 y el 11 de enero del 1000), que fue construida por orden de Ahmed ibn Hadidi, encargándose el arquitecto Muza, hijo de Alí. Se erigió sobre la antigua iglesia visigoda de la Santa Cruz, lo que justifica que se cedie-

se por Alfonso VIII a la Orden del Hospital. Se nos ofrece un tipo insólito de mezquita, en planta cuadrada de 8 metros de lado, en relación con modelos prerrománicos, pues inclusive se aprovecharon soportes visigodos. Sobre basamento de piedra los muros se hicieron de ladrillo y de mampostería encintada, con enlucido de yeso, de gran interés por cuanto este empleo de materiales de poco coste ha de ser norma de la arquitectura mudéjar. Este espacio cuadrado, con saliente para el mihrab que ha desaparecido, se organiza mediante cuatro columnas en nueve tramos abovedados, más alto el central, ofreciendo asimismo en su proporción —que alcanza hasta

cinco veces el ancho de los tramos— algo insólito, como el tamaño de los ladrillos ($26 \times 17 \times 4$), mínima respecto a lo medieval, como observa Gómez-Moreno. Sobre estas columnas que son visigodas, tres aún con sus primitivos capiteles, se sitúan arcos de herradura enjarjados de ladrillo, rematando el muro sobre ellos en cornisa en nacela, y un segundo cuerpo con arcos trilobulados, con columna el central, y enriquecido el frente sobre el mihrab con arcos de herradura y lobulados, entrelazados, sobre columnillas ahusadas de barro con vidrio melado, importante por cuanto es ejemplo muy temprano del empleo en Toledo de esta técnica. Las bóvedas se inspiran

32. Arco de herradura del puente de Guadalajara

directamente en el mundo cordobés, sobre la idea de cruzar arcos en el espacio, que unas veces dejan un polígono en el centro, que se refuerza con otros dos. De estas es la más rica la central, octogonal sobre trompas, y asimismo la situada ante el mihrab. Algunas se decoran con discos de lazo y gallones tallados en yeso (fig. 30).

De las fachadas, la situada a occidente, es decir a la calle, tiene un arco central primitivamente de herradura, y en los laterales arcos de cinco lóbulos, que deben ser posteriores, encima arcos de herradura y ménsulas, además de dos grupos de tres arcos de herradura entrelazados; encima celosías de ladrillo formando cuadrícula, luego ladrillos en pico; inscripción en ladrillo recortado sobre campo de ladrillo, y alero con modillones de curva de nacela. En la fachada al patio, que sería el sahn de la mezquita, vemos arcos cobijando otros y encima arcos trilobulados con arcos de herradura y dovelaje en blanco y rojo. Es decir, unas en ladrillo rojo y otras de arenisca verdosa. Su importancia esencial radica en ser «dechado para todo lo mudéjar sucesivo de Castilla» (Gómez-Moreno).

De la antigua mezquita mayor —hoy iglesia de San Salvador—, consta que en 1041 se amplió y que debía ser de 5 naves, orientada de NO a SE. En 1159 se convirtió en iglesia, subsistiendo arcos de herradura que apoyaban en columnas y pilastras visigodas. Tenía un total de ocho arcos de herradura, enjarjados, hechos de ladrillo con claves de piedra. Puede reconocerse la obra del alminar, en la torre cuadrada de 3,80 metros de lado, con escaleras en torno a un machón. Subsiste un arco de la mezquita de Maqueda, como en el muro de la iglesia toledana de Santa Justa se conserva el arranque de un arco de herradura sobre pilastra visigoda. Acerca de la importancia de estas mezquitas se puede recordar el elogio de Al-Himyari a la mezquita mayor de Uclés, que se cubría con techumbre de vigas de 111 palmos, de sección cuadrada.

En la arquitectura militar sobresalen las

33. Pormenor de un brocal de pozo con inscripciones. Museo Arqueológico de Toledo



34. Ruinas de la ciudad de Vascos.
Navalmoralejo (Toledo)

35. Ruinas del castillo de Calatrava la
Vieja (Ciudad Real)

36. Murallas junto a la Cuesta de la Vega.
Madrid



fortificaciones de Toledo, constando que ya en el 797 Alhacam I construyó la alcazaba sobre el puente de Alcántara, que debía estar rodeada de sólidos muros; a la que debe pertenecer, quizás como puerta de acceso, un arco de herradura que se sitúa en los sótanos del actual alcázar cristiano.

En las murallas de Toledo sobresale en primer lugar la Puerta Vieja de Visagra, que quizá más propiamente debe corresponder a la llamada Puerta de Almaguera o Postigo de la Granja, pues la primitiva Puerta de Visagra, por donde entró Alfonso VI, debía estar donde ahora está la Nueva. Esta Puerta Vieja de Visagra se abre, retraída en el muro, con arco de herradura, enjarjado, sin trasdosar, con encuadramiento de alfiz y reforzado interiormente el arco con gran dintel, teniendo en su lado derecho un hueco adintelado como poterna, habiéndose reformado totalmente su parte superior, y la organización en planta (fig. 31). De la Puerta del Puente quedan las jambas, y como pasadizo recto la de Bib-al-Mardum, con arcos que tenían rastrillo. Sin recodo como portillo es la de Doce Cantos, con vanos adintelados. Y muy reformada aunque es la que más completa conserva su estructura, la del Cambrón, con patio entre los dos arcos de acceso —hoy de medio punto— constando que tenía torrecillas al exterior. Quedan lienzos de la muralla junto al puente de Alcántara y en otros lugares, aunque difícilmente reconocibles, así como una torre: la de los Abades.

De gran importancia es el conjunto de la ciudad de Vascos (Navalmoralejo), que conserva casi en su integridad el recinto murado, en buena piedra de sillería, torres cuadradas y gran arco de acceso en herradura, retallado (fig. 34).

Quedan restos de la muralla de Maqueda, junto a la iglesia de Santa María, con arcos de herradura, de sillería, interior y otro doble al exterior con gran dovelaje de ladrillo, que fueron realizadas por el toledano Fatah el Omeya y el arquitecto Ibn al-Rashari, que hizo dos mezquitas en Toledo.

Quedan en Cuenca vestigios de la muralla del siglo X, con la característica disposición de cremallera y torres cuadradas. Además, recientes excavaciones nos descubren un interesante sistema de estructura en la base, consistente en formar una red de canales mediante la colocación de vigas de madera en la argamasa fresca. También se conservan restos califales en Uclés, en Zorita de los Canes (Guadalajara), en Buitrago y en Talavera, en el ángulo SE junto al Tajo.

Asimismo son importantes las fortificaciones del castillo de Alcalá de Henares, Calatrava la Vieja, las murallas de Madrid, fundamentalmente junto a la Cuesta de la Vega, Talamanca, Alcolea de Calatrava, Alcoba, como en Oreto, hoy yerma, que consta fueron rehechas por mozárabes sublevados a mediados del siglo IX; como las que aparecen en las excavaciones de Santaver, y las que pueden vislumbrarse en Guadalajara, aunque todas estas fortificaciones al ser aprovechadas por cristianos y luego arruinadas son siempre problemáticas en su identificación. También los restos de un arco del siglo X en Cañete (Cuenca) y la torre de los Casares, en Riba de Saelices (Guadalajara) (figs. 35,36).

Del siglo X es el puente de Guadalajara, del que subsiste un arco de herradura semicircular y el arranque del mayor; el pequeño sobre tajamar —redondo y angular contra corriente— enjarjado y encuadrado con dos pilares que rematan en ménsula con nacela (fig. 32).

En el 997 —según inscripción— Halaf, hijo de Mahomad Alameri, alcalde de Toledo, terminó el gran puente de Alcántara, del que quedan vestigios, fundamentalmente un pequeño arco de herradura en el lado opuesto a la ciudad. No obstante es conveniente recordar que ya a fines del siglo VIII se cita como «puente rica y maravillosa».

Ha desaparecido por completo el puente de Cuenca, que se cita en 1172, y que consta tenía torres en los extremos.

Se tienen noticias de dos baños toledanos, uno cerca del Pozo Amargo y Colegio de Infantes, destruido, que tenía tres



38. Arqueta de Santo Domingo de Silos, labrada en el taller de Cuenca. Museo de Burgos



39. Arqueta de Palencia, labrada en el taller de Cuenca. Museo Arqueológico Nacional

naves paralelas, con bóvedas de cañón con claraboyas y de arista; el otro en el callejón del Ángel, n.º 11, tiene naves paralelas y atajos laterales, cubriéndose con bóveda de cañón con claraboyas.

Como vestigios de casas musulmanas toledanas subsisten dos arcos de herradura del siglo XI, en una casa del callejón de las Bulas, y unos restos en una casa de la placeta del Seco, n.º 8, consistentes en arco de herradura con amplio dovelaje alternado en relieve, ofreciendo cada dovela en su cabeza un arco trilobulado formando un festón y roleos con piñas y granadas en la clave; enriquecidas las enjutas o albanegas con medallones de estrellas de diez puntas y ataurique con espirales de palma y cogollo, aparte de alfiz formado por doble cinta, que se considera como ejemplo del período taifa y testimonio del punto de arranque de un tipo de decoración que tendrá amplio desarrollo.

Son muy importantes los trozos y fragmentos decorativos que se conservan en el Museo Arqueológico de Toledo. Sobresale una magnífica placa con decoración vegetal y pájaros, en acusada simetría y talla a dos planos, que evoca modelos cordobeses, y que procede de la Concepción Francisca en cuyo entorno se situaba el alcázar islámico. Otras placas ofrecen más sencillas flores de ocho y de seis pétalos, con vástago central o serpenteante; siendo nota característica la colocación de un anillito en el eje de la bifurcación de las hojas y, más raramente, en la parte media (fig. 37).

Son importantes los numerosos capiteles conservados, fechados algunos en 952 y 1066, sobre tipo compuesto con entrelazos en vez de hojas de acanto (Museo Arqueológico de Toledo).

Son asimismo interesantes los brocales de pozo, con inscripciones, como los de 1032 y de 1037; así como los epitafios con típica labor de trenzado de tres ramas (figura 33).

En las artes aplicadas sobresalen los marfiles del siglo XI procedentes del taller de Cuenca. De 1026 es la arqueta de Santo Domingo de Silos (Museo de Bur-



gos), firmada por Mohamad ben Zeiyán, con tres fajas en las que se representan león atacando a cierva, ciervos de larga cornamenta, pavos reales con cuellos entrelazados, toro atacado por león, grifos y figuras humanas, guerreros atacando con arcos a leones afrontados y entrecruzados, y otro jinete con escudo defendiéndose de león (fig. 38).

La procedente de Palencia (Museo Ar-

queológico Nacional) es de 1050, mandada hacer por Ismail, hijo y heredero de Almanun y realizada por Abderrahmán ben Zeiyán, con escenas de cacería, arquero que dispara sobre cierva, otro atacando con lanza a un león que devora a un hombre, un unicornio alado, y en los laterales pájaros y ciervos afrontados con árbol en el centro (fig. 39).

Otras piezas procedentes de este taller

son un bote en la catedral de Narbona, una cajita en el Museo del Bargello (Floren- cencia), una placa en la colección Stoclet (Bruselas), una placa con cierva, grifo y leoncillo en el Museo Arqueológico Nacional, otros en el Louvre y San Isidoro de León, todos caracterizados por su talla seca y profunda.

Se apunta la posibilidad de que correspondan a labor toledana, del siglo XI, las

41. Arco y bóveda del crucero de la ermita de Santa María de Melque, en San Martín de Montalbán (Toledo)

42. Profeta. Dibujo en un folio del Codex Toletanus o Biblia Hispalense. Biblioteca Nacional, Madrid

magníficas puertas de Las Huelgas de Burgos.

Y entre otras obras de artes aplicadas se citan un candelero toledano, de tres patas, con decoración de rayas anilladas y un acetre de cobre en la catedral de Toledo, con asa.

En las telas sobresale el relicario de Santa Librada en la catedral de Sigüenza, con águilas explayadas en círculos que encierran cervatillos alados afrontados, y flores y estrellas de ocho puntas, que se consideran ya de época almorávide, del taller de Almería, en relación con Bagdad. También es importante el diaspro de la almohada de la tumba de Alfonso VII en la catedral toledana, que se considera obra posiblemente siciliana, también con águilas explayadas y parejas de ciervas, más los letreros de «bendición» y «felicidad», labor a dos haces, sobre carmesí en tono negruzco que pudo ser azul, con toques de oropel (fig. 40).

MOZÁRABE

El carácter independiente de la cultura toledana respecto al poder cordobés, al que nos hemos referido anteriormente, justifica el desarrollo de un arte que, aunque poco queda, se nos ofrece como un puente respecto al pasado visigodo y que, en buena medida, ha de ser el fundamento de la cultura castellana de fines del siglo IX y X. A este respecto son datos significativos el triunfo mozárabe del 852, que permite la independencia toledana, expulsando de la ciudad a los muladíes, aunque la ciudad continúe tributando al poder cordobés, situación que se mantiene hasta el 932. Esta independencia y vitalidad del mozarabismo toledano justifica, asimismo, la presencia toledana en el Duero, según consta en la Crónica de Alfonso III, interviniendo los toledanos directamente en la repoblación de Zamora en el 893, así como en la construcción de sus murallas.

Es en este período en el que sitúa Gómez-Moreno la construcción de la iglesia de Santa María de Melque (Toledo), pro-



fundamente enraizada en la tradición visigoda y carolingia. Es una iglesia de planta de cruz griega, como las visigodas y bizantinas, de robustísimos muros de 1,40 m de espesor, que recuerda el sistema visigodo en su aparejo, por su relación con los de Santa Comba de Bande y de San Pedro de la Nave. Se cubre toda ella con fuertes bóvedas de cañón, destacando la del crucero, ligeramente capialzada, entre bóveda y de aristas; de cañón peraltado en la capilla mayor y brazos laterales. Como soportes se emplean gruesas semicolumnas con tambores enjarjados en el muro, sin base ni capitel, cargando sobre ellas un fuerte cimacio rectangular. Sumamente característicos son los arcos de herradura, que siguen cercanamente al modelo visigodo, aunque denotan influencia musulmana en su enjarje por los riñones en la mayor anchura de la clave y en los restos que tienen de decoración en estuco. Asimismo es tradición musulmana el dintel encajado dentro del campo del arco, tal como vemos en las puertas. Particular interés tiene la cabecera, en forma de arco de herradura por dentro y rectangular por fuera, que nos lleva al modelo de Santa María de Tarrasa y a ejemplos de Vaison y Venasque, relacionándose por tanto con el arte carolingio. La decoración de esta iglesia es muy escasa, pues se reduce a restos de estucos y al molduraje soqueado de las cornisas y de los cimacios en los soportes del crucero. Hay noticias de un tenante de altar con cruz en el frente, conforme a modelo visigodo, que se cita por Muncharaz en el siglo XVIII (figura 41).

Se considera mozárabe una ventanita geminada con alfiz procedente de San Gines (Museo Arqueológico Nacional), único de esta iglesia demolida.

Son importantes y representativos los códices conservados correspondientes a este período, estimándose a Toledo como uno de los centros creadores o difundidores de la miniatura mozárabe, en estrecho contacto con los escritores andaluces y sobre el que se fundamenta la escuela leonesa.

Es representativo el Codex Toletanus o Biblia Hispalense (Biblioteca Nacional), llamado así porque desde el 988 quedó este códice vinculado a la iglesia de Sevilla. En ella son importantes las miniaturas o más bien dibujos de las tablas canónicas, con los evangelistas Lucas y Juan, de gran realismo y las orientalizadas representaciones, en indumentaria y actitudes, de los profetas Nahum, Miqueas y Zacarías, aparte del carácter oriental de las representaciones de peces, pavos reales y anotaciones marginales en árabe (fig. 42).

Según indica Gómez-Moreno, esta escuela toledana es la que mejor representa al estilo mozárabe, en relación con obras sirias y armenias, particularmente por la parte decorativa con liebres, gallos, pavos, cigüeñas, peces y culebras, y un santo predicando. Es obra importante el códice de la Vitae Patrum, del 902, escrita por Armentarius para el abad Trsamundo, que es el primer códice fechado de España, con la indicación «regnante dono Adefonsus princeps», que se considera obra toledana para el rey Alfonso III de Asturias (Biblioteca Nacional).

También es importante el códice del 938 para la abadesa Gaudissa, con la indicación «regnante Habderrahmen» (Seo de Urgel), aunque se ha estimado pueda ser obra cordobesa. También es característico el Breviario mozárabe, escrito por Mauro para el presbítero Abundancio, con letras con figuras humanas y animales (Biblioteca Nacional).

Otros códices, como el de Albi, con la leyenda «Adefonsus principis librum», es decir procedente de la biblioteca de este rey, se estiman como obras toledanas.

El más bello códice toledano de esta época es el tratado «De virginitate Beatae Mariae» de san Ildefonso (Biblioteca Medicea de Florencia), de 1067, firmado por el arcipreste Salomón, en la iglesia de Santa María del Alficén, de extraordinaria riqueza, siendo muy característica la Anunciación bajo arco de herradura.

EL SIGLO XII

La conquista de Toledo en 1085, con el establecimiento de la frontera en el Tajo, supone la incorporación de una población fuertemente islamizada que ha de asentar los fundamentos del arte mudéjar, mientras que en la zona alta de Castilla la Nueva, al abrigo de las fortalezas sorianas y alcarreñas, como Atienza, y con la conquista de Sigüenza en 1124, se hace posible la repoblación con hombres del norte y con ello el desarrollo del arte románico. No obstante, en la zona meridional de Castilla la Nueva se ha de mantener la inestabilidad a lo largo del siglo, de lo que es testimonio explícito la invasión islámica sobre Mora en 1143, y, si en 1147 cae Calatrava en manos cristianas, todavía en 1182 consta una algará sobre Toledo y en 1196 aún están presentes los almohades en la cuenca del Tajo, que tienen cercada a Toledo durante diez días, extendiéndose hacia Madrid y Cuenca, por lo que aún a mediados de siglo permanecían desiertas amplias zonas del territorio toledano.

Como fundamento de los diversos estilos artísticos que se desarrollan en este siglo XII, hemos de tener presentes las condiciones de la capitulación de 1085, por las que se admite la permanencia de los musulmanes con sus casas y haciendas, e inclusive a los pocos que regresan se les mantuvieron sus bienes y propiedades. Asimismo se acusa la llegada a Toledo de cristianos mozárabes, procedentes de Andalucía y Extremadura, que incluso llegan a fundar nuevos núcleos de población, como el de Huerta de Valdecarábanos, en el reinado de Alfonso VII. No obstante, ya desde la segunda mitad del siglo se advierte un claro proceso de castellanización. Los mozárabes, pese a su diversa cultura, gozan de plena libertad, con fuero específico, alcanzando algunos importancia social relevante, como Esteban Illán, alguacil de Toledo en 1166.

A estos núcleos islámicos o islamizados se añaden los castellanos, gallegos, franceses y los judíos, que fundamentalmente

a partir de 1146 llegan expulsados por los almohades de su territorio.

Sobre la libre convivencia en que se desarrolla la vida de estas comunidades son múltiples los testimonios, en especial el prestigio que alcanzan sus escuelas. Hacia 1120 Pedro Alfonso escribe: «Ya que hoy es en Toledo donde se enseña a la gente la ciencia árabe, basada principalmente en el *quadrivium*, me apresuré a dirigirme hacia allí para escuchar a los más sabios filósofos del mundo». En Toledo se funda por el obispo don Raimundo la escuela de traductores, en la que participan judíos, árabes y castellanos, utilizando la lengua castellana como lengua común, por lo que Lapesa apunta que es en Toledo donde se crea la prosa de Castilla, como lengua universal para las tres religiones. Paralelamente en amplias zonas meridionales se establecen las Órdenes militares, que como los monasterios cistercienses contribuirán a la repoblación de la parte septentrional, eliminando en ambos casos las huellas del islamismo, quedando Toledo como núcleo que mantendrá su islamización a todo lo largo de la Edad Media.

En razón de esta estructuración y origen de la población se han de distinguir, en este siglo XII, cuatro tipos de obras: a) las que corresponden a la comunidad islámica; b) las correspondientes a las comunidades mozárabes o islamizadas, que han de ser el fundamento del mudéjar; c) las cristianas que mantienen las formas románicas; y d) las que anuncian la iniciación del gótico, por corresponder a una influencia más directamente recibida de Europa.

MONUMENTOS ISLÁMICOS

a) Se conservan dos monumentos que corresponden a la comunidad islámica de Toledo: la capilla de la torre de San Lorenzo y la mezquita de las Tornerías. En la parte baja de la torre de la destruida iglesia de San Lorenzo se conserva una capilla cuadrada, de muy pequeñas dimensiones (1,68 m de lado), de sillare-

43. *Bóveda de la mezquita de las Tornerías.*
Toledo

44. *Interior de la iglesia de San Sebastián.*
Toledo



jo y ladrillo, que ha perdido la cubierta primitiva. A los lados, todo en yeso, conserva arcos de herradura enjarjados con moldura en el trasdós, y, en su frente sur, un arco pentalobulado encuadrado con alfiz.

La mezquita de las Tornerías se supone que debió construirse al ser cristianizada la del Salvador en 1159. Construida en alto, pues es muy verosímil que su acceso fuese por otra parte que el actual, ya que está en acusada pendiente. Es un cuadrado de 8,80 m por 8 m, el piso inferior dividido en tres naves, con arcos de granito de medio punto y bóvedas baídas. El superior con disposición análoga al Cristo de la Luz, con cuatro columnas centrales que la dividen en nueve tramos, cubiertos con bóvedas baídas, excepto el central que se organiza con arcos que se cruzan, creando a su vez otros nueve compartimentos que se cubren con arquillos de diversa manera. Los muros son de ladrillo, revestidos de yeso y las ventanas fingidas tienen arcos de herradura, trilobulados, pareados y dintel recto; la puerta de acceso con arco de herradura y dintel (fig. 43).

IGLESIAS MOZÁRABES TOLEDANAS

b) Las iglesias de las comunidades mozárabes constituyen una fase inicial de un mudejarismo que no llegó a tener desarrollo, pues a mediados del siglo XIII es absorbido por las formas desarrolladas en Castilla la Vieja, que son interpretadas en el foco toledano conforme a una fuerte originalidad, fundiéndola con las formas islámicas, según veremos.

Este grupo está representado por las parroquias de San Sebastián (602), Santa Eulalia (559), San Lucas (641) y San Román, fundadas antes de la conquista musulmana y que ahora, en el siglo XII, debieron reconstruirse, manteniendo formas de la arquitectura islámica. No obstante, las lápidas en ellas conservadas corresponden ya a la segunda mitad del siglo XIII, de 1262 en Santa Eulalia, de



1274 en San Sebastián y San Lucas, y de 1250 en San Román. La consagración de San Román en 1221, aunque consta su existencia en 1166, es un dato de referencia, pues se relaciona estrechamente con Santa Eulalia y es evidentemente anterior a San Lucas, quedando como más primitiva San Sebastián, que, por la disposición de su testero al norte con puerta, induce a pensar haya sido mezquita orientada al mediodía, como las primitivas. También de la primera mitad del siglo XII y análoga a la de San Román es la de San Juan Evangelista, de Ocaña, muy desfigurada (figs. 44-46). Se caracterizan estas iglesias por el empleo del ladrillo y la mampostería encin-

tada y el aprovechamiento de fustes y capiteles visigodos, salvo en San Lucas, que son pilares de ladrillos descantilados o sea ochavados, como luego será muy frecuente en el arte mudéjar. En San Román surge el pilar de ladrillo con columnas adosadas, que parece tener un precedente en Santa Eulalia, aunque en ésta desaparecieron los pilares, dejando las columnas exentas en reforma posterior. Son iglesias basilicales, de tres naves, en planta de rectángulo ligeramente alargado, separadas sus naves por arcos de herradura de ladrillo, con alfiz, cinco en San Sebastián, cuatro en Santa Eulalia y San Lucas y tres de gran amplitud en San Román y en San Juan Evange-

lista de Ocaña. De ellos, en reforma posterior, se convirtieron en arcos de medio punto peraltados los de San Lucas, modernamente devueltos a su perfil primitivo.

Predominan los testeros planos con capillas, aunque la única conservada en su integridad es la de San Lucas, recordando esta disposición los modelos paleocristianos hispánicos de raíz oriental. Novedad es la fila de ventanas sobre los arcos de separación de las naves, que vemos en San Román y en Santa Eulalia. En la tipología de arcos sobresale el de una ventana en San Román, de herradura inscrito en uno lobulado de siete lóbulos, que para Gómez-Moreno es el

47. Torre del castillo de Atienza
(Guadalajara)

49. Portada de la iglesia de Villacadima
(Guadalajara)

48. Exterior de la cabecera de la iglesia de
Santa Coloma. Albendiego (Guadalajara)

50. Portada de la iglesia de Santa María del
Rey. Atienza (Guadalajara)



51. Arquivolta de la portada de la iglesia de Beleña de Sorbe (Guadalajara)



52. Interior de la cabecera de la iglesia de Talamanca (Madrid)



ejemplo más antiguo de esta combinación en la arquitectura toledana. Las cubiertas primitivas serían de madera, techumbre a par e hilera en la central y de colgadizo en las laterales.

ROMÁNICO

c) Por los mismos años de la conquista de Toledo (1085) Alfonso VI extendió sus dominios a la cuenca del Tajuña. La Alta Alcarria queda ya definitivamente incorporada al reino de Castilla, asegurándose su dominio con la conquista de Sigüenza por don Bernardo de Agen en 1124 y de Molina de Aragón en 1128. Lentamente progresa la reconquista con los altibajos lógicos y la conquista de Cuenca en 1177 sitúa ya a este territorio en la retaguardia de las avanzadas cristianas hacia el sur.

De esta manera las formas románicas que se difunden por la meseta castellana —particularmente las de Soria— tienen una natural área de expansión por esta

zona norte de la Alcarria. Ahora bien, la inestabilidad militar, como lo precario de la repoblación en esta primera etapa, determina la cronología un tanto tardía de los monumentos, así como la carencia de edificios de importancia antes de mediar el siglo. En todo caso la introducción en toda Castilla de las formas protogóticas en el reinado de Alfonso VIII, determina que buena parte de los monumentos románicos muestren ya la utilización de las nuevas formas góticas, aparte de que las destrucciones —por sucesivas guerras, dado el carácter fronterizo de estas tierras, y los incendios— hayan contribuido en buena medida a la merma considerable de edificios correspondientes a este período.

Es nota común en estos edificios románicos la sencillez de su estructura, de una nave, con primitiva cubierta de madera, salvo en los ábsides, y el empleo de elementos mudéjares en algunos casos, siendo relativamente frecuentes los pórticos con arquerías situados en el costado meridional del templo, siguiendo el

ejemplo de los edificios románicos de Segovia y de Soria.

El grupo más importante se sitúa —como observa Layna Serrano— en las cuencas de los dos afluentes del Henares, el Sorbe y el Cañamares, apoyándose en la sólida fortificación de Atienza, que, de forma más o menos directa, los protege como centro vital de la comarca, y recuérdese, al respecto, que en ella se refugió de niño Alfonso VIII en 1159, salvándose de la persecución de Fernando II de León, gracias al ingenio de los arrieros que lo sacaron de la ciudad llevándole a Toledo donde fue proclamado rey, dando origen a la fiesta de la Cofradía de la Caballada que aún se celebra (fig. 47).

En esta zona sobresalen el conjunto de iglesias de Atienza, muy maltrechas o renovadas, destacando los ábsides rectangulares de Santa María del Rey, cuya portada tiene la fecha de 1112 y de San Bartolomé, ésta con interesante pórtico con arcos de medio punto con columnas dobles, que en esta zona hemos de ver

53. Pórtico de la iglesia de Sauca
(Guadalajara)



54. Capiteles del pórtico de la iglesia de
Hinojosa (Guadalajara)



también en Pinilla de Jadraque. En la misma Atienza sobresalen asimismo los ábsides semicirculares de la Trinidad y de San Gil (fig. 50).

Mayor interés tienen por su originalidad — reflejando la influencia mudéjar — las iglesias situadas en la ruta de Atienza a Ayllón. Sobresale la iglesia de Santa Coloma de Albendiego, en cuya cabecera ya aparecen las ogivas y que es particularmente importante por las ventanas de la capilla mayor con interesantes celosías románicas de clara raigambre mudéjar, a base de combinaciones geométricas con estrellas de seis u ocho puntas, y, como indica Layna Serrano, quizás esta característica sea posible relacionarla con la Orden de San Juan a la que al parecer pertenecía esta iglesia. El mismo carácter se registra en las vecinas iglesias de Villacadima, con portada de arcos lobulados como algunos ejemplos navarros, al igual que en la vecina de Campisábalos, en la que la interesantísima capilla de San Galindo — de una nave con bóveda de cañón —, que se adosa paralelamente al cuerpo de la iglesia, también tiene celosía del mismo carácter mudéjar, mientras que su ábside responde al modelo de tipo semicircular con cornisas decoradas con motivos que se repiten en las iglesias del Tajuña. Esta capilla, por otra parte, ofrece el interés de decorar su muro exterior con faja en la que se representan las faenas agrícolas, es decir, los signos del Zodíaco y una escena de torneo. La rudeza de la ejecución, aparte del deterioro de los relieves, hacen difícilmente reconocibles los temas representados (figs. 48, 49).

En el campo de la escultura hay que señalar la magnífica portada de la destruida iglesia de Beleña de Sorbe, en cuya arquivolta principal se representan las faenas agrícolas como correspondientes a los meses del año, que es una de las más bellas representaciones de nuestro arte románico, además de un ángel y la cabeza de un negro (fig. 51). Es importante — recordando modelos iconográficos aragoneses — la portada de Nuestra Señora del Val de Atienza, fechada por

inscripción en 1147, en cuya arquivolta se dispone un grueso baquetón que aprisiona a diez figuras, alguna con bonete, que se incurvan colocando los pies sobre la cabeza en forzada contorsión.

Ya en el extremo de la provincia, en este sector, la tardía iglesia de Uceda señala claramente el tránsito hacia el gótico, como en la provincia de Madrid la de Talamanca, con ogivas, mantiene aún las formas románicas en los canecillos (figura 52).

En la comarca de Sigüenza se han de destacar las portadas de la catedral, muy decoradas con motivos vegetales con cierta evocación mudéjar de gran riqueza, como las de las iglesias de San Vicente y Santiago, que se construyeron en tiempo del obispo don Cerebruno entre 1156 y 1166.

Asimismo ofrecen pórticos las de Sauca y Carabias, más sencillo y pobre la de Cubillas; aparte de otras portadas sencillas rústicas sin particular interés (fig. 53). En los valles del Tajuña y del Tajo se conservan restos románicos característicos en su mayor número como testimonio del mantenimiento de las formas románicas que suavemente se funden con las incipientes del goticismo. Así son románicas los ábsides de las parroquias de San Martín en Molina de Aragón, Hontoba, La Puerta y Cereceda. Mantienen los pórticos las iglesias de Abánades, Hinojosa (fig. 54) y el reconstruido de Yela. Son también características las portadas de Rueda, Riba de Saelices, Valdeavellano, Alcocer y Millana, que muestran en su sencillez, particularmente estas últimas, relaciones con los modelos de Lérida y Valencia. Sin embargo, en esta zona son las formas protogóticas de la catedral de Sigüenza y de otras construcciones las que rápidamente desplazan al estilo románico. Más al sur en Arcas (Cuenca) se conserva la iglesia de una nave, con ábside semicircular y portada, ya del siglo XIII, con arquivoltas apuntadas.





PROTOGÓTICO

d) En el último tercio del siglo se introducen las formas protogóticas, caracterizadas fundamentalmente por el empleo del arco apuntado doblado y la bóveda de ogivas formada por dos arcos de medio punto que se cruzan y sobre los que descansa el casco o plementería. Precedente de la bóveda de crucería gótica, ya vemos la utilización de estos elementos en edificios concebidos en planta y estructura románicas, como en la iglesia de Talamanca de Madrid, en la capilla del castillo de Zorita de los Canes, en Alhendiego y en la capilla del cementerio de Albalate de Zorita.

Corresponden a este momento y a estas

características los monasterios de Monsalud de Córcoles, Bonaval, Buenafuente y Ovila, en Guadalajara; el de Calatrava la Nueva, en Ciudad Real; y el de Peñalayo de la Presa, en Madrid. Asimismo en esta etapa se inician las catedrales de Sigüenza y Cuenca.

En 1167 se funda el monasterio de Córcoles por el arcediano de Huete, Juan Trives, que conserva interesantísimas ruinas de su gran iglesia de tres naves, de sólo dos tramos, amplio crucero y tres ábsides semicirculares, con pilares con dobles columnas en los frentes. Posteriores son las ruinas del monasterio de Ovila, hoy en Norteamérica, del que se conservaba en España la sala capitular y la entrada monumental del refectorio.

Ya al siglo XIII pertenecen las bellísimas ruinas del monasterio de Bonaval (Retiendas), en el que, si bien se conserva una bóveda de cañón apuntada, ya la cabecera poligonal, como las mismas bóvedas de crucería, denotan la fecha avanzada. También del siglo XIII son las impresionantes ruinas del castillo-convento de Calatrava la Nueva, iniciado después de 1217, realizadas en su grandiosidad por su magnífico emplazamiento, con espléndida fachada en la que sobresale su espectacular rosetón, organizándose con tres naves y tres ábsides, poligonal el central, y en el que el empleo del ladrillo es nota distintiva de la influencia mudéjar (fig. 55).

Arcaizante en su cabecera semicircular,

con bóveda de ogivas, es el de Pelayos de la Presa (Madrid), de una nave, como el sencillo de Buenafuente (Guadalajara), fundado en 1176 y transformado en monasterio de monjas en 1244, que aún cubre su nave con bóveda de cañón apuntada.

En 1124 fue conquistada Sigüenza, siendo su primer obispo don Bernardo de Agen, pero hasta 1156 no se mencionan obras de un nuevo templo, en tiempo del obispo don Pedro de Leucata. Durante el pontificado de don Cerebruno (1156-1167) las obras debieron recibir un gran impulso, de lo que podría ser indicativo el crismón con la fecha de 1169 (era 1207), en el crucero. Ya de 1180 a 1190 es la Sala Capitular en la que se utilizan bóvedas de ogivas, pero la obra de la iglesia, aunque abierta al culto, no debió darse por acabada por cuanto en 1198 se trata de elevar la altura de la nave central, introduciéndose consecuentemente un nuevo sistema constructivo. Consta que por estas fechas estaban hechas las cinco capillas de la cabecera, que muestran relación con la coetánea catedral de Cuenca, en la que se emplean bóvedas sexpartitas. Este desarrollo de la construcción determina la peculiar estructura de la catedral seguntina, pues a la solidez de los enormes pilares, con columnas dobles, se contraponen la esbeltez de su alzado en la parte superior, ya que alcanza una altura de 27 metros. En su disposición primitiva ofrecía cinco ábsides o capillas como en Cuenca, Tarragona, Tudela y Lérida, desaparecidos los dos intermedios al hacerse la girola y convertirse los otros en capillas (figuras 56, 57).

Cuenca se conquista el 21 de septiembre de 1177, debiéndose iniciar las obras hacia 1183, quizás a instigación de Leonor de Plantagenet. Entre 1182 y 1189 se registran numerosas donaciones y ya en 1202 se cita como iglesia catedral, consagrándose el altar mayor en 1196 y de nuevo en 1208. Su arquitectura muestra relación con la escuela franconormanda, con modelos franceses protogóticos como Laon, Sens y Soissons. Estas ca-



61. *Castillo de Molina de Aragón*
(Guadalajara)



62. *Conjunto del castillo de Consuegra*
(Toledo)



racterísticas se concretan en la torre cimborrio, que se relaciona con la más tardía de Lincoln, en el empleo sistemático de las bóvedas sexpartitas y en la estrecha tribuna o triforio, organizado como muro articulado, conforme a los modelos normandos. La cabecera se proyecta sin girola, con cinco capillas, que se harían entre 1183 y 1208, suprimidas luego fundamentalmente por la construcción de la girola hacia 1450. El cuerpo de la iglesia corresponde ya a la primera mitad del siglo XIII, organizándose con tres naves cortas, de tramos cuadrados cubiertos con bóvedas sexpartitas que se corresponden con dobles capillas entre los contrafuertes. Apoyan los arcos en diversos tipos de pilares, con columnillas o baquetones en las naves, cilíndricos o con ocho fustes anillados en el crucero (figuras 58-60).

Con la construcción de las catedrales de Cuenca y de Sigüenza particularmente se relacionan las fundaciones seguntinas de don Cerebruno, las iglesias de San Vicente y Santiago, además del grupo alcazarío del siglo XIII. Asimismo es interesante señalar sus conexiones con la obra de Santa María de Huerta (Soria) y Las Huelgas de Burgos, donde a principios del siglo XIII trabaja el maestro Ricardo. La arquitectura militar de este período está representada fundamentalmente por castillos de importancia: el de Atienza, con impresionante torre del homenaje, el calatravo de Zorita de los Canes, sobre construcción califal, de la que quedan restos de muros y con interesante capilla con bóveda de ogivas, ya del siglo XIII, y el grandioso de Molina de Aragón, reconquistada en 1128 por Alfonso el Batallador y repoblada en 1139 por el conde castellano Manrique de Lara, que inició la construcción del castillo, en el que se conserva una cámara con bóveda de ogivas que soportaría estructura de madera sobre la que cargaría la plementería o casco de la bóveda (fig. 61).

En 1171 se entrega Mora a la Orden de Santiago y en 1183 la Orden de San Juan se establece en Consuegra, como la de Calatrava en 1217 en el antiguo casti-

llo de Dueñas, que recibió el nombre de Calatrava la Nueva, lo que supone la reconstrucción de estas fortificaciones, que se irán renovando de continuo (fig. 62).

PINTURA ROMÁNICA

Corresponden estilísticamente a esta etapa las escasas pinturas conservadas, aunque cronológicamente pertenezcan al siglo XIII. De carácter estrictamente románico son las de la cabecera del Cristo de la Luz, con Pantocrátor y Tetramorfos en el ábside y en el tramo anterior, bajo arcos, santos de marcado carácter oriental, en mal estado de conservación. De hacia 1300, también con Pantocrátor, Tetramorfos y apostolado son las del ábside de Valdeolivas (Cuenca) y más tardías aún las de la cabecera de Valdilecha (Madrid) (figs. 63, 64).

Tienen excepcional importancia las que integran el gran conjunto, de la primera mitad del siglo XIII, de la iglesia toledana de San Román, que prácticamente cubren la mayor parte del templo. En ellas se representan escenas del Génesis, del Juicio Final y del Paraíso, junto a hieráticas representaciones de santos e inscripciones árabes y latinas, mostrando la fusión de las formas románicas con las que se reciben del mundo islámico y de Italia, iniciando ya el naturalismo gótico en algunos detalles, en todo de acuerdo con el carácter ecléctico de la cultura toledana en esta etapa (fig. 65).

Entre las miniaturas románicas se citan como obras representativas el Cartulario de San Martín de Valdeiglesias, en la Sociedad Hispánica de Nueva York, en estilo caligráfico, como la portada del Tumbo Menor de Castilla, procedente de Uclés, con la representación de Alfonso VIII, doña Leonor de Plantagenet y el maestro Pedro Fernández (Archivo Histórico Nacional), así como la interesante representación de eclesiásticos en un texto referente a la primacía de la iglesia toledana (Biblioteca Nacional) (fig. 66).



65. Pinturas en el muro lateral de la iglesia de San Román. Toledo

66. Detalle de un folio miniado del Tumbo Menor de Castilla. Archivo Histórico Nacional, Madrid



BAJA EDAD MEDIA

ARQUITECTURA

Primera etapa (1212-1430)

La victoria de las Navas de Tolosa (1212) conlleva la tranquilidad de las tierras de Castilla de Nueva, pues los avances cristianos por la cuenca del Guadalquivir y la garantía que supone el establecimiento de las Órdenes militares, Santiago, Calatrava y San Juan, determina la estabilidad del territorio. Asistimos a un rápido proceso de repoblación, y al mismo tiempo van surgiendo los señores y las ciudades realengas, como Ciudad Real, fundada con el nombre de Villa Real en 1255 en el lugar de Pozuelo de Don Gil.

Toledo, como capital, asimila la población islamizada que fuertemente influye en su arte, fundamentando el espléndido desarrollo del mudéjarismo. Paralelamente el arte gótico francés tiene su eco en las obras que mantienen a lo largo del siglo XIII las formas protogóticas, mientras que en Toledo, merced al genio emprendedor del gran arzobispo don Rodrigo Jiménez de Rada y siguiendo el ejemplo de Burgos, se inicia su catedral conforme a los modelos franceses más avanzados.

En tierras alcarreñas persisten las formas que derivan de las formas protogóticas de la segunda mitad del siglo XII. En Brihuega, la capilla del castillo de Peña Bermeja, erigido por don Rodrigo Jiménez de Rada, actualmente cementerio, conserva su impresionante cabecera como torreón semicircular con ventanas abocinadas y arquivoltas aún románicas, y bóvedas de ogivas, tanto en el presbiterio como en el tramo que le antecede. Junto a ella, de tres naves, la iglesia de Santa María de la Peña, ya con bóvedas de crucería, con fuertes pilares con columnas y baquetones, con anillas en la central (fig. 67).

También pertenecen a este grupo las iglesias de Alcocer y Cifuentes, aldeas que fueron donadas en 1258 por Alfon-



67. Exterior de la cabecera de la capilla del castillo de Peña Bermeja, en Bribuega (Guadalajara)

68. Crucero de la iglesia de Alcocer (Guadalajara)

69. Girola de la catedral de Toledo

so X a doña Mayor Guillén de Guzmán. En la de Alcocer, de gran interés, corresponden a este momento las tres naves, con sus pilares octogonales que debían sostener una cubierta de madera, un amplio crucero formado de tres tramos, con bóvedas de ocho paños, de planta cuadrada y en relación con Cuenca. Del siglo XIV el campanario, con segundo cuerpo octogonal, y del siglo XVI la girola. Por los mismos años se construiría la de Cifuentes, fechada por la escultura de Andrés, obispo de Sigüenza, que rigió la diócesis de 1261 a 1268, también de tres naves, con bóvedas de crucería sobre pilares con columnas, con capilla mayor poligonal y portada con esculturas en las arquivoltas, entre ellas la del citado obispo (fig. 68).

Suponiendo una solución de continuidad como ocurre en otras zonas del Reino de Castilla, respecto a las obras protogóticas, en 1226 se coloca la primera piedra de la catedral de Toledo, aunque ya se habla de obras en esta nueva catedral desde 1222. Es su primer arquitecto el maestro Martín, citado en 1227 y 1234, a quien sucede en la dirección de las obras, hacia mediados del siglo, Petrus Petri, es decir Pedro Pérez, fallecido en 1291 y a quien, según el texto de su lápida funeraria, se considera como el verdadero creador de la catedral. La obra de esta catedral toledana, por su arquitectura y organización, tiene una importancia fundamental en la arquitectura gótica. Inscrita su traza en un doble cuadrado y partiendo de modelos franceses, en relación con la catedral de Le Mans, en cuanto a la solución técnica de la cabecera, y de Bourges respecto a la planta de salón, es decir, sin crucero saliente, con cinco naves, el maestro Martín, a quien deben corresponder las trazas generales del edificio, al menos de la cabecera, da una solución genial a esta parte del templo, resolviendo el problema técnico de las bóvedas de una doble girola, al mismo tiempo que facilita la financiación de la construcción mediante la proliferación de capillas. En efecto, el problema técnico de la cubierta, planteado





por la necesidad de quebrar los nervios, dada la planta trapezoidal de los tramos resultantes por el giro de las naves de la girola, se resuelve mediante la división de los espacios en triángulos y rectángulos. Con este sistema el empuje de la bóveda del presbiterio se bifurca al apoyar el vértice del triángulo en el pilar del presbiterio, volviendo a bifurcarse los empujes por la división de la nave exterior de la girola. De esta manera se descomponen las fuerzas de presión de las bóvedas que requieren, por tanto, unos contrafuertes más delgados, que se intercalan entre las capillas y en los que apoyan perfectamente los arbotantes bifurcados. Por otra parte, esta organiza-

ción permite abrir quince capillas en la girola, de diverso tamaño, con lo que se puede financiar perfectamente la construcción, merced a las fundaciones que en ellas se hacen (figs. 69-71).

Las obras prosiguen en la segunda mitad del siglo XIII, con novedades de importancia. Por una parte, la disposición de capillas entre los contrafuertes, amplias y profundas, ofreciéndose así al exterior un muro liso en la parte inferior, como más tarde ha de ser característico en las iglesias catalanas, que permite, asimismo, múltiples fundaciones y que, en esencia, es como si se ampliase el recinto con dos naves más extremas, ya que se abren ampliamente a las naves colaterales, pero

manteniendo el escalonamiento del perfil triangular del alzado de todo el templo. Sin embargo la disposición fundamental es la colocación del coro de canónigos en el centro de la nave mayor. Evidentemente, el poco espacio destinado al presbiterio, máxime para una catedral de importancia como esta Primada, obliga a aceptar la hipótesis de que desde un principio se pensó en la disposición del coro donde hoy está. En efecto, se comprueba la colocación de una capilla real funeraria en la parte del fondo actual del presbiterio, como dispuso Alfonso X en Córdoba. De esta manera el espacio del presbiterio se dividía (hasta que en 1498 se unificó todo el recinto) en dos secto-



72. *Fachada de la ermita de Alarcos (Ciudad Real)*

74. *Presbiterio de la iglesia de Santiago. Sigüenza*

73. *Interior de la colegiata de Talavera de la Reina*

75. *Torre de Alcázar de San Juan (Ciudad Real)*



res, uno destinado a capilla real, con acceso desde la girola —por donde hoy está el Transparente— con cripta funeraria, que se conserva, y una parte delantera —de un solo tramo— para capilla mayor, imposibilitando la colocación del coro junto al altar mayor como en las catedrales francesas y como se había pensado en Burgos. Por otra parte, la disposición del coro en el centro de la nave contaba con un precedente de importancia; la solución adoptada en la catedral de Santiago de Compostela, según lo dispuso el maestro Mateo en la segunda mitad del siglo XII. Esta innovación toledana es fundamental para la organización de nuestras catedrales góticas, pues a imitación de la toledana se impondrá en la mayor parte de las catedrales españolas. Se nos ofrece, pues, un rasgo hispánico, que, como los arcos lobulados del triforio de la girola, hemos de atribuir al maestro Petrus Petri —que quizás tenga alguna relación con el Micael Petri de Santa María de Cambre—, planteándose el problema de determinar hasta qué punto esta idea estaba contenida en las trazas generales del edificio, que hemos de atribuir a su primer arquitecto, el maestro Martín, pues dejó reducido espacio para el presbiterio, aun en el caso de que no se hubiera destinado una parte a capilla real funeraria, donde fueron colocados los restos de Alfonso VII y Sancho III en 1289.

En este siglo XIII, aparte de las iglesias alcarreñas que enlazan con el protogótico, muy escasas construcciones góticas se erigen. Se han de destacar la ermita de Alarcos, con bello rosetón, la iglesia de Santa Clara de Molina de Aragón, fundada en 1284 por doña Blanca Alfonso, de planta de cruz latina con bóveda de cañón apuntada y de crucería, sobre pilares de tipología cisterciense (fig. 72). También es destacable la iglesia de Santiago en Sigüenza, que fue beaterio y luego la de Santa Clara, con interesante presbiterio rectangular, con hornacinas o huecos en arco apuntado, nave que tuvo techumbre y portada inspirada en la de la catedral, como la de San Vicente que



78. Naves de la sinagoga de Santa María la Blanca. Toledo



79. Sepulcro de don Fernando Gudiel. Capilla de San Eugenio, en la catedral de Toledo



conserva restos de la primitiva construcción, de hacia 1200, aunque como la de Santiago la fundase don Cerebruno hacia 1166 (fig. 74).

El siglo XIV es una etapa de crisis en el desarrollo de la arquitectura gótica castellana, motivada por las luchas civiles, la terminación de los grandes programas arquitectónicos iniciados en la centuria anterior y el gran desarrollo de la arquitectura mudéjar.

Se prosiguen las obras del cuerpo de la catedral de Toledo, alcanzándose los pies en 1337, cuando se colocan las puertas de bronce — fechadas — y en 1389 se inicia la construcción del claustro por el maestro Rodrigo Alfonso, que aún era

maestro mayor de la catedral en 1411. Se debe a este maestro la obra de la Colegiata de Talavera de la Reina, que, aunque se inicia en 1211, en realidad corresponde a este último decenio del siglo, de tres naves, sin crucero, con tres capillas a la cabecera, poligonal la central y cuadradas las laterales, cubiertas con sencillas bóvedas de crucería que se refuerzan con terceletes en la central; se acusa la influencia mudéjar en los encuadramientos con moldura, como alfiz, de los arcos, y en la misma disposición de la puerta, con sólo faja decorativa como capiteles y finas arquivoltas, correspondiendo ya al período hispano-flamenco el rosetón y el claustro (fig. 73).

También del siglo XIV es la iglesia de Santiago de Ciudad Real, de tres naves, que mantiene oculta su techumbre, como la de Daimiel, de tres naves, y la cabecera de San Francisco de Atienza, con arcos lancetados excepcionales.

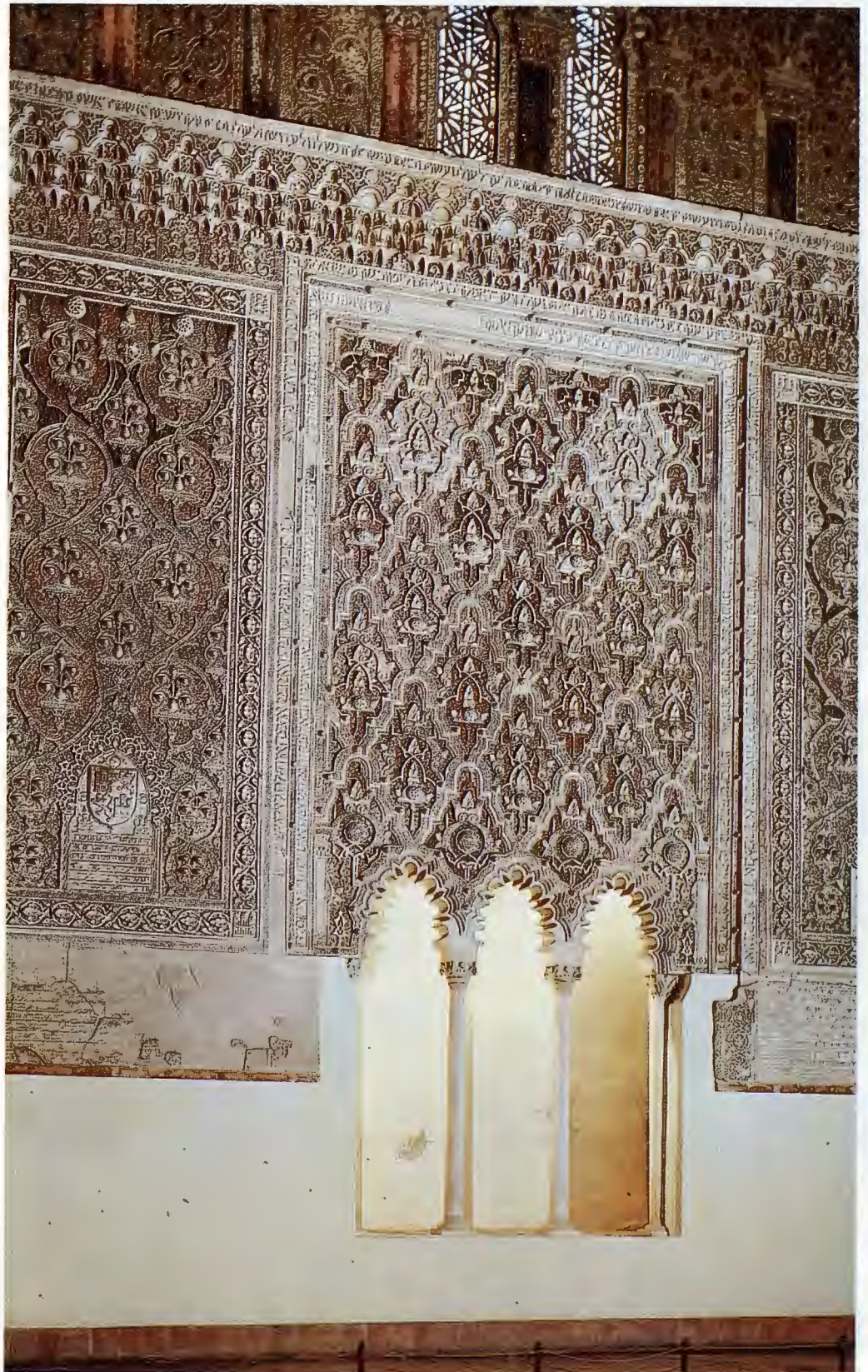
Entre las construcciones civiles y militares sobresale la torre de Alcázar de San Juan, con estrechas ventanitas en arco apuntado y una de herradura con alfiz e inscripción que lo fecha en 1283 (era 1321), obra del comendador del Hospital de San Juan, Frei Fernán Pérez, y los puentes de San Martín en Toledo y de Puente del Arzobispo, erigidos en tiempos de don Pedro Tenorio, a fines del siglo XIV (figs. 75-77).

Mudéjar

En el siglo XIII se asiste a la creciente repoblación de Castilla la Nueva, particularmente intensa tras la batalla de las Navas de Tolosa, que garantiza la estabilidad y la seguridad de la zona. Merced a esta repoblación, se acusa en un principio la clara influencia románica evidenciada en la proliferación de arcos de medio punto doblados. Como hemos indicado anteriormente es evidente que el ejemplo de las construcciones islámicas en ladrillo y particularmente la mezquita de Bib-al-Mardum serían el modelo a seguir, como medio más económico de construcción que las formas románicas o góticas en piedra. Se fundamenta así una arquitectura nacional básicamente popular, en la que el albañil sustituye al arquitecto, como las cubiertas de madera y las bóvedas de ladrillo sustituyen con ventaja a las macizas bóvedas de piedra del románico benedictino o al complejo sistema de las estructuras góticas.

Toledo se convierte en capital de la España mudéjar, observándose por Torres Balbás una mayor perfección en sus fábricas, así como mayor riqueza y variedad en la decoración, de tal forma que a través de los monumentos toledanos se puede rastrear la evolución estilística del mudéjar, pues «tan sólo en la capitalidad mudéjar, en Toledo, ciudad grande y rica, de tradición artística ininterrumpida desde la época imperial romana, por ello y por el contacto que mantuvo siempre con la Andalucía musulmana, se puede seguir la evolución hasta entrado el siglo XVI de algunas técnicas de raigambre oriental» (Torres Balbás).

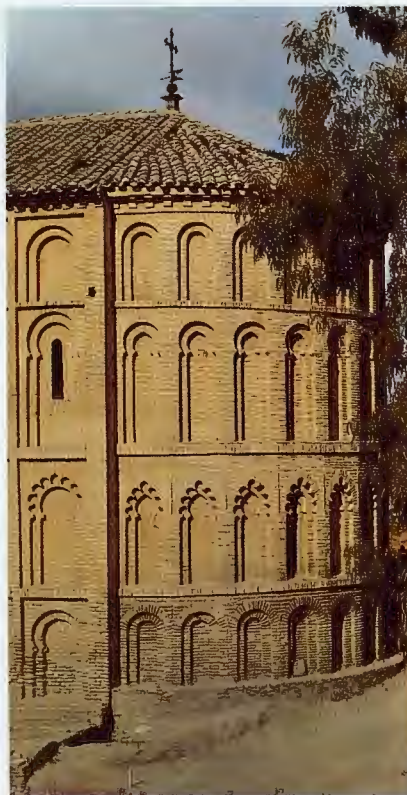
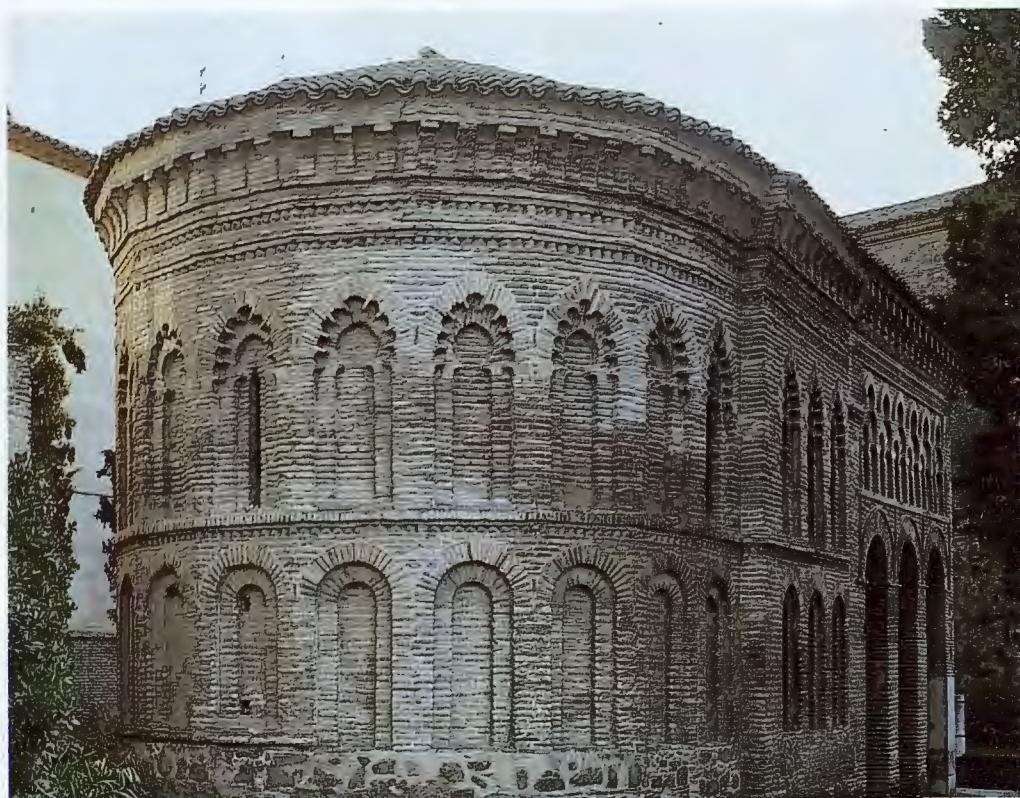
En efecto, al igual que en la creación de la lengua castellana, el papel desempeñado por Toledo es de suma importancia; una vez más es el puente entre el mundo islámico y el cristiano. A este respecto es necesario tener presente que si bien la conquista de la ciudad supuso el establecimiento de castellanos y franceses, el musulmán goza de libertad para mantener sus tradiciones, lo que se hace particularmente evidente con la continuidad



81. Exterior de la cabecera de la ermita del Cristo de la Luz. Toledo

82. Interior de la iglesia de Santiago del Arrabal. Toledo

83. Exterior de la cabecera de la ermita del Cristo de la Vega. Toledo



de las comunidades y ritos mozárabes. Durante esta etapa que comprende desde la iniciación del mudéjar hasta fines del primer tercio del siglo XV, podemos considerar varios grupos de construcciones: a) las de acusado carácter islámico; b) las sinagogas; c) las iglesias; d) los palacios, y e) los ejemplos de carácter militar.

a) Al siglo XIII corresponde la capilla de Belén en el convento de Santa Fe, de acusado carácter islámico. De planta ochavada sobre cuadrado de 3,40 m de lado, se cubre con bóveda de crucería de tipo califal análoga a las laterales de la macsura de la mezquita de Córdoba, pero aquí de herradura conforme a la evolución señalada en el Cristo de la Luz, y de nervios muy finos, conforme a la tipología almohade, sobre cornisa de nacela. Al exterior se decoran los muros con arcos de herradura. Se fecha por el interesantísimo sepulcro del infante Ferdinandus Petri († 1242), de estirpe real, por parte de doña Aldonza, hija natural de Alfonso IX, casada con don Pedro Ponce de León. En este lucillo sepulcral es la primera vez que aparece el motivo de los mocárabes aplicados a una decoración mural, con inscripciones árabes en letra cursiva y pequeñas hojas digitadas, que luego aparecen en Santa María la Blanca en el tercer cuarto del siglo XIII. También son importantes por la novedad que suponen las toscas y planas representaciones de ángeles.

b) A este mismo momento corresponde la sinagoga de Santa María la Blanca, que según Torres Balbás responde a una tradición indígena, pues los arcos semi-circulares y la arquería ciega sobre ellos, los vemos en la iglesia de San Román, consagrada en 1221, así como los pilares octogonales pueden ser sugeridos tanto por los modelos almohades como por los cristianos castellanos de los primeros decenios del siglo XIII, en vez de aprovechar columnas que es lo más frecuente. Esta sinagoga se inserta en un rectángulo de 26-28 metros de largo, por 19-23 metros de ancho y se organiza en cinco naves con ocho arcos. Las naves

84. Exterior de la cabecera de la ermita de Nuestra Señora de los Milagros. Talamanca (Madrid)

85. Detalle del exterior de la cabecera de la iglesia de Camarma de Esteruelas (Madrid)

tienen altura escalonada, la central de 12,50 metros, diez metros las laterales y 7 las extremas, con lo que se conseguía un perfecto sistema de iluminación, pues se aprovecha el desnivel, como en las construcciones góticas (fig. 78).

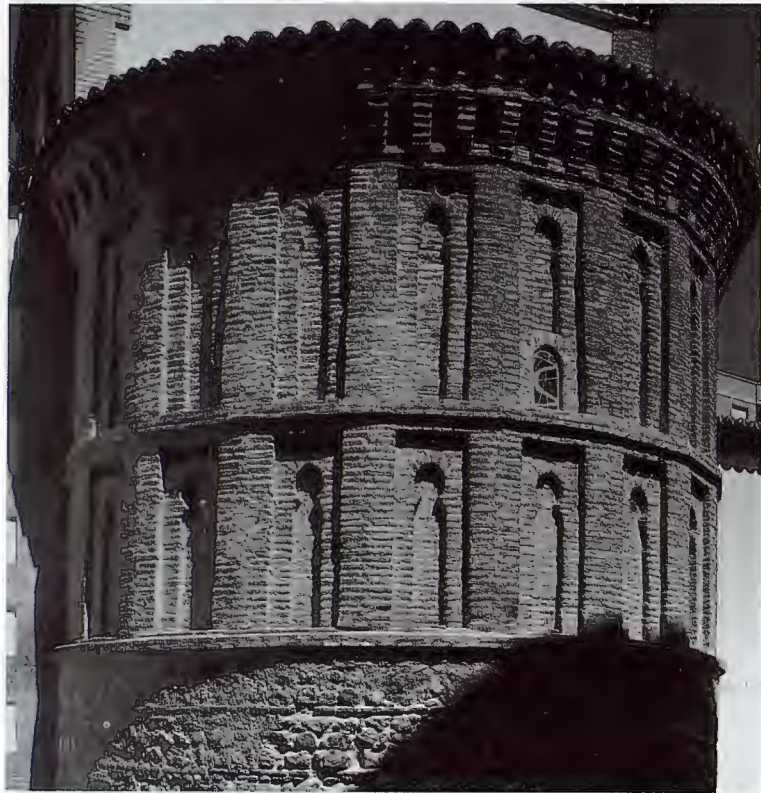
En esta sinagoga se observa cómo la decoración de tipo almohade no tiene relación con la estructura de ladrillo de muros y pilares. Es de raigambre almohade la utilización de la decoración que destaca sobre amplios fondos desnudos, la forma de las hojas de mayor tamaño, la faja de polígonos y los arcos mixtilíneos. Junto a ella otras características anuncian las nazaríes, así las pequeñas hojas dentro de las grandes, los lazos de polígonos estrellados de los discos, las cartelas y las menudas hojas digitadas que sirven de fondo a las trazas geométricas. Y, por otra parte, en la forma de los capiteles se advierte una cierta influencia de los capiteles románicos tardíos, ya de carácter protogótico.

Se cubre esta sinagoga con techumbre de armadura a par y nudillo, de pares decorados con perfiles y dobles tirantes que apean canecillos de madera tallada, y en ella son particularmente importantes las decoraciones sobre los arcos de la nave central y en el testero de ingreso a los pies con lazos de ocho, arcos mixtilíneos y clípeos con decoración geométrica de complicada lacería enlazados por bellas combinaciones de lazos obtenidos con alargados atauriques.

Se ha identificado con la llamada Nueva Sinagoga, construida por Josef ben Susan († 1204), almorjefe de Alfonso VIII, pero de «ser cierto es probable que la decoración se renovase algunos años más tarde», por lo que considera Torres Balbás que debe ser de hacia el final del tercer cuarto del siglo XIII, un poco posterior a la decoración de las Huelgas de Burgos y en relación con el arco del sepulcro de don Fernando Gudiel († 1272), en la capilla de San Eugenio de la catedral. En efecto, es este sepulcro la primera obra que se decora con festones idénticos a los granadinos y mocárabes que repiten el modelo de la capilla



86. Exterior de la cabecera de la iglesia de la Asunción. Móstoles (Madrid)



88. Detalle de la fachada de la iglesia de Santiago. Talavera de la Reina



87. Portada de la iglesia de Santa María de la Fuente. Guadalajara



89. Portada aparecida recientemente en el Ayuntamiento de Toledo





de Belén, mostrando una cierta relación con el friso de una estancia en el palacio arzobispal con las armas del obispo Díez Palomeque (1299-1310), apuntándose su relación con las granadinas del último cuarto del siglo XIII, de fecha anterior a las norteafricanas (fig. 79).

También se ha apuntado la posibilidad de su identificación con la sinagoga mayor, construida a fines del siglo XII por Abraham ibn Alfachar, consejero y embajador de Alfonso VIII cerca del califa almohade Al-Mustansir, incendiada y reconstruida poco después de 1250; o con la llamada de al-Malikim en 1271, edificada poco antes por David ben Salomon ben Abi Darham.

Corresponde ya al siglo XIV la sinagoga del Tránsito, fundada por el almojarife de Pedro I, Samuel-ha-Levi, entre 1355 y 1357, y que una mala lectura atribuyó al rabí Mair. Es un salón rectangular, de 23 por 9,5 m con tribunas en el lado derecho, y ventanas sencillas al exterior, en arco apuntado cobijado por otros lobulados. Se cubre con magnífica armadura a par y nudillo de limas moamares apeñazada. El friso con mocárabes destaca como todas las yeserías de los frentes, en los que se funden los atauriques pequeños y otros grandes con gruesos tallos y flora naturalista de influencia gótica, todo de extraordinario virtuosismo, con la aparición del arco mixtilíneo do-

ble en la organización de sebka en los paneles de la cabecera. En el friso la inscripción hebrea del Salterio y otras pequeñas árabes repitiendo las palabras «la felicidad y la prosperidad», aparte de las inscripciones en lengua castellana. Es importante la decoración vegetal de hojas de vid y de roble, lirios sueltos, quizás alusivos al fundador, pues se ven escudos con castillo y lirio. En el testero, a los lados, dos lápidas históricas y encomiásticas de Samuel-ha-Levi. Se relaciona estrechamente con los edificios de carácter civil que se construyen en Toledo a partir de fines del primer cuarto del siglo XIV (fig. 80).

c) En el primer cuarto del siglo XIII se



inician las construcciones mudéjares conservadas, favorecidas por la introducción de formas románicas y del protogótico, lo que supone una profunda renovación en el mudéjarismo toledano, que por la riqueza de las soluciones de sus cabeceras, así como por el suave paso de la planta semicircular a la poligonal, plantea la posibilidad de la influencia toledana sobre Tierra de Campos, a donde llegarían los toledanos emigrados.

El tipo común de estas iglesias mudéjares toledanas es el de tres naves y un solo ábside, rematando las naves laterales en testero recto. Los ábsides más frecuentes son de siete y once paños, más raros los de nueve (Talamanca) y de trece (Cristo de la Vega, San Vicente), decorándose, a veces, el interior con arquerías. Se cubre la nave central con techumbre a par y nudillo y las laterales a un agua y el ábside con bóveda de horno de ladrillo. Separan las naves pilares de ladrillo o pilares con columnas adosadas como en San Román, donde en vez de emplear arcos apuntados que es lo más frecuente, se emplean arcos de herradura semicircular, como en Santa Eulalia. Al exterior el ábside se decora con arquerías ciegas, desde una sola faja a cuatro superpuestas, con arcos doblados de medio punto; de herradura apuntados y frecuentemente lobulados los exteriores y, en algún caso, como en Santa Leocadia, vemos espacios rectangulares. Estas arquerías rematan en fajas de ladrillo dispuestas a sardinel, es decir, formando espina de pez o esquinadas como dientes de sierra, culminando en modillones que se perfilan en forma de escocia o nacela.

En una primera fase predominan los arcos doblados de medio punto, los ábsides semicirculares y las superposiciones de arquerías, que ocultan pobres estructuras de mampostería, cal y piedra. Asimismo se inicia la influencia almohade y el repertorio decorativo que establece el enlace con las grandes creaciones de la fase gótico-mudéjar y con el arte granadino.

92. *Cuerpo superior de la torre de la iglesia de Santo Tomé. Toledo*



93. *Torre de la iglesia de San Pedro. Madrid*



94. *Torre de la iglesia de Santa María. Illescas (Toledo)*



A partir de mediados del siglo XIII es nota esencial la introducción de las formas y técnicas de la arquitectura gótica, inclusive en sus organizaciones decorativas, que se funden con sistemas ornamentales, formas y técnicas islámicas, que, en un principio, derivan del arte almohade y, más tarde, coinciden con las formas del arte granadino. En los templos se mantienen las formas basilicales, separadas las naves por arcos apuntados que se apoyan en pilares de ladrillo generalmente ochavados, mediante el descantilado de los ángulos. Se cubren por techumbre a par y nudillo con tirantes y enriquecido el almizate con labores de menado y lacería, introduciéndose en estas techumbres de manera sistemática el mocárabe en la segunda mitad del siglo XIV. La cabecera de planta poligonal se cubre generalmente con bóvedas de crucería, techumbre ochavada o cúpula islámica, pues cúpula octogonal con mocárabes tenía el presbiterio de la Madre de Dios en Toledo. Los paramentos interior-

res de los muros se encalan añadiéndoles a lo sumo algunos pequeños azulejos, como zócalos. Las ventanas se abren en arco apuntado, dejando el color del ladrillo y se decoran los muros exteriores bien con arcos o, más popularmente, dejándolos lisos, al descubierto la mampostería o el ladrillo. La torre se coloca generalmente junto a la cabecera, flanqueando una puerta, que se destaca sobre el paramento, con encuadre con friso de arquerías y arquivoltas de ladrillo. Captulo importante en esta fase gótico-mudéjar son las capillas cuyas cubiertas se enriquecen, y entre las que se encuentran las más bellas techumbres y bóvedas, decorándose sus muros y arcos, que en los paramentos se abren, con riquísimas yeserías.

La iglesia más antigua del grupo parece ser la de San Eugenio, que consta se estaba haciendo en 1209 y que se relaciona con la llegada del brazo de san Eugenio a Toledo en 1156. Su cabecera es sencilla, con dos filas de arquerías, la inferior

con arcos de herradura semicircular que albergan otros apuntados también de herradura, y el superior con arcos lobulados albergando otros de herradura.

Al primer cuarto del siglo XIII debe corresponder la de San Román, consagrada en 1221, que muestra relación con la de Santa Eulalia e importante como precedente de la sinagoga de Santa María la Blanca, que en las arquerías de su ábside central, hoy embebido en capillas posteriores, muestra relación con la del Cristo de la Luz, y con la novedad de ofrecer en su tramo recto arcos lobulados encuadrados.

Hacia las mismas fechas debe corresponder la cabecera del Cristo de la Luz, antigua mezquita de Bib-al-Mardum, que consta fue cedida en 1187 a los hospitalarios por el obispo Gonzalo Pérez, que tiene al interior dos filas de arcos de herradura y al exterior la arquería inferior con arcos de medio punto, como en San Román. La iglesia de Santiago del Arrabal se cita en 1125, se ha relacionado



con don Sancho II de Portugal, en 1245, y fue terminada por los comendadores de la Orden de Santiago, mostrando ya influencia gótica clara, de acuerdo con sus lápidas funerarias más antiguas de 1288, 1292 y 1295. Es un gran templo de tres naves con arcos claramente góticos en las naves sobre pilares de ladrillo, utilizándose en la cabecera bóvedas de ogivas capialzadas, de ladrillo, de influencia protogótica y de horno en sus tres ábsides, precedidos de tramo recto, con bóveda de cañón apuntada. En sus arquerías exteriores, superposiciones de arcos lobulados de medio punto y apuntados en sus tres fajas. Gran interés ofrecen sus fachadas, ya que son las únicas

conservadas en las iglesias mudéjares toledanas —salvo los arquillos sobre la puerta de San Andrés—, la de los pies muy rehecha tenía arquillos lobulados entrelazados encima del vano; las laterales, restauradas, de ladrillo, cobijadas por un gran arco lobulado y encima dos filas de arcos también lobulados superpuestos, encuadrada por dos estrechas pilastras que debían rematar en ménsula, anticipando un modelo que hemos de ver en los palacios del siglo XIV, con labor de retícula en su parte central como en el Cristo de la Luz (figs. 81, 82).

A esta misma ordenación corresponden los tres cuerpos bajos de la cabecera del Cristo de la Vega —fecha ya en 1162

y reconstruida en tiempos de Alfonso X—, que ofrece la novedad de encuadrar los arcos lobulados con ladrillos como alfiz y añadir encima una fila de arcos doblados semicirculares. Esta ordenación de tres filas, más pareja al Cristo de la Luz, por ser arcos de nueve lóbulos y no de siete como en el Cristo de la Vega, la vemos en la iglesia de San Bartolomé, de planta poligonal, que fue reconstruida a principios del siglo XIV por el señor de Orgaz, convertidos los arcos superiores en recuadros rectangulares, hechos posiblemente cuando se le añadieron las naves laterales que terminan en testero plano, como la de Santa Úrsula, construida en 1360 y en cuyo

ábside liso sólo se ofrece una ventana con arco lobulado (fig. 83).

A la segunda mitad del siglo XIII se atribuye la de San Antolín, de cinco lados, en la que se disponen sólo dos cuerpos de arquería, con la novedad de situar los arcos lobulados, que cobijan otros apuntados de herradura, en el piso inferior. A la primera mitad del siglo XIV debe corresponder la cabecera de San Justo, que se inspira en el Cristo de la Luz, como la de San Vicente con tres filas de arquerías, disponiendo los arcos lobulados en la faja intermedia.

Ya de la segunda mitad del siglo XIV es la cabecera de Santa Fe, que se termina hacia 1376, con grandes arcos apuntados triples en la parte inferior y enlazados en la superior, y la de Santa Leocadia, también con tres pisos de arquería y como en San Vicente disponiendo los lobulados en el centro, como en la Concepción Francisca, que al igual que Santa Úrsula sólo dispone una ventana con arcos lobulados, dejando el paramento liso, y ya al siglo XVI se atribuye la cabecera de San Lázaro con sólo una faja de arcos lo-

bulados, aunque constan mandas para su construcción en 1209.

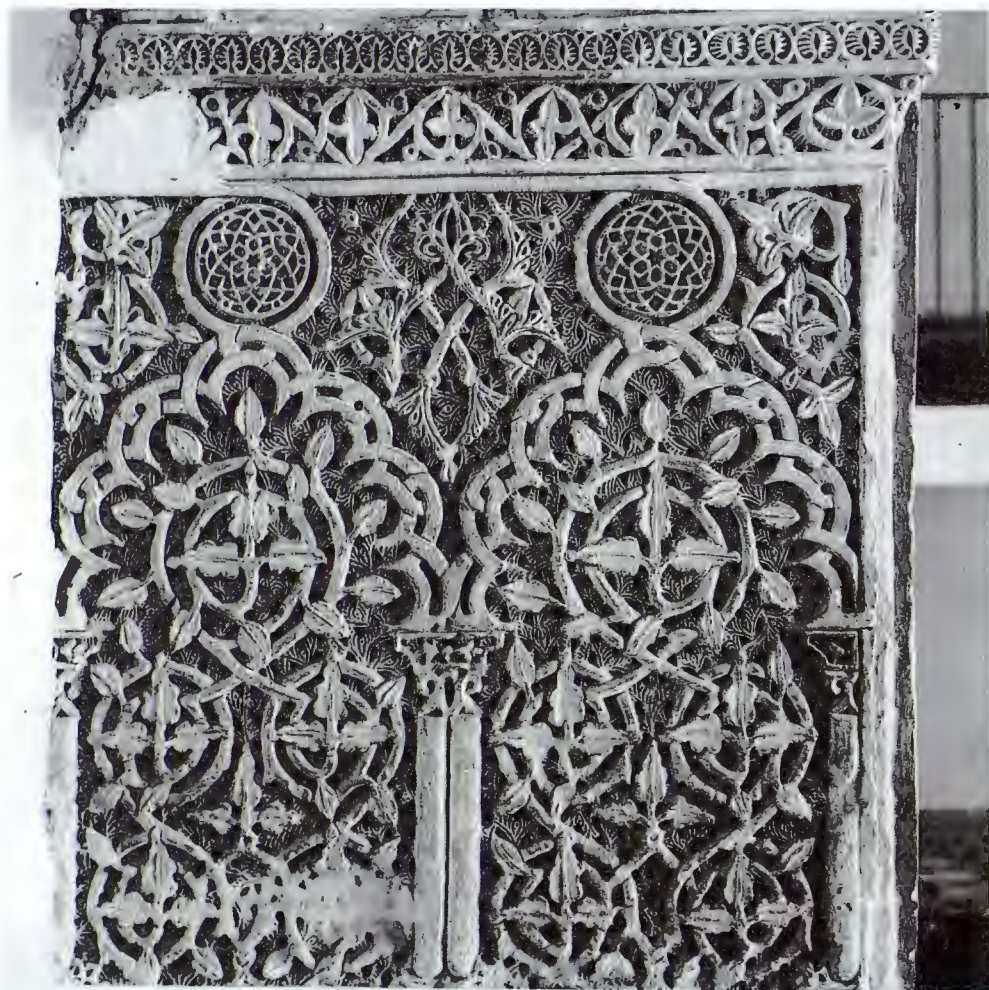
En un grupo primitivo, que arcaizantemente repite ejemplos más inspirados directamente en ejemplos de Castilla la Vieja, han de citarse la cabecera de la iglesia de los Milagros en Talamanca (Madrid) y la de Camarma de Esteruelas (Madrid), con arquerías semicirculares dobladas en sus ábsides. Ya del siglo XIV, con interesante combinación de arquerías en el interior del ábside, es la de Valdilecha (Madrid), de mampostería encintada al exterior y ventanas lobuladas. Carácter rural nos ofrece la iglesia de Carabanchel (Madrid), con arcos apuntados que debieron ser de herradura sobre pilares descantilados y muros de mampostería entre rafas de ladrillo, con gruesa capa o llaga de argamasa; muy típica ventana absidal con arco de herradura apuntado enjarjado en cuyo campo se sitúa un estrecho hueco rectangular, como saetera; asimismo, es característico el arco lobulado de la puerta, como el arco triunfal de 21 lóbulos, mientras es de medio punto el absidal conforme a la

embocadura de la bóveda de ladrillo, denotando influencia del mudéjar de Castilla la Vieja. Debió ser análoga a la reconstruida de Barajas, con tres naves y cabecera fuertemente impregnada de la tradición románica. Estas mismas características se acusan en la de Móstoles (Madrid), con interesantes arquerías en el ábside (figs. 84-86).

Más característica es la iglesia de Santa Clara de Guadalajara — hoy parroquia de Santiago —, fundada por doña María Coronel († 1306), de tres naves sobre pilares de ladrillo y cabecera semicircular en planta, que se desarrolla en polígono en la parte superior para acomodarse a la bóveda de crucería con que se cubre. En esta iglesia es particularmente interesante la armadura, con rico almizate y tirantes dobles sobre modillones de lóbulos, corriendo por debajo del arcoabe un friso de yesería con lacerías que va rebordeando las ventanas de la nave central. A esta época correspondía también el desaparecido monasterio de Villaviciosa en la Alcarria (1347), que consta estaba profusamente decorado.



98. Detalle de yeserías del salón de la casa de Mesa. Toledo



99. Yeserías del palacio del duque de Frías. Ocaña (Toledo)

Por su temprana cronología y belleza son fundamentales para el estudio del mudéjar toledano las yeserías sepulcrales del claustro de la Concepción Francisca, en particular las de la sepultura de Lupus Fernandi († 1312).

Restos de yeserías mudéjares existen en la catedral de Cuenca, en Santa María de Alcázar de San Juan, en la capilla del Oidor en Alcalá de Henares, como otros restos en Ocaña, Humanejos, Brihuega, destacando la portada de Santa María de la Fuente en Guadalajara, en la que vemos el empleo de cerámica vidriada entre las cintas de ladrillo, llenando huecos y que tiene una cierta relación con la portada aparecida recientemente en el Ayuntamiento de Toledo (figs. 87, 89).

También es destacable la iglesia de Santiago de Talavera de la Reina, de principios del siglo XIV, totalmente enmascarada por obras posteriores y que conserva una magnífica fachada, modelo en su género, con rosetón, arcos lobulados y de herradura apuntada, encuadrados, óculos también lobulados y rosetón en el hastial de los pies (fig. 88).

Ya de principios del siglo XV es la capilla de San Jerónimo —de 1422— en la Concepción Francisca, con cúpula decorada con cerámica valenciana, en oro, azul, blanco y motivos con reflejos metálicos, construida por Alfonso Fernández para enterramiento del comerciante Gonzalo López de la Fuente, hijo del mercader Gudiel Alfonso. Este carácter sevillano es testimonio de la interrelación de las escuelas andaluza y toledana, que ya se registra en el siglo XIV, cuando consta que yeseros y carpinteros toledanos trabajan en el Alcázar sevillano (fig. 90).

También de principios del siglo XV es la magnífica cubierta de mocárabes en la actual capilla del Tesoro de la catedral de Toledo, de gran importancia como ejemplo de este tipo de bóveda en la comarca toledana, de carácter excepcional.

Integran un capítulo importante los púlpitos mudéjares, en yeso, de finales del gótico, como los de Santiago del Arrabal, Almorox, El Paular y de las Concepcionistas de Escalona (fig. 91).

100. Techo con trozo de friso. Taller del Moro, Toledo



En esta etapa se crea el prototipo de torre mudéjar toledana, de planta y núcleo cuadrado con escalera en torno y con bovedilla en saledizo, salvo la de San Román, que tiene un pilar central que subdivide el interior en dos o cuatro compartimentos con arcos de medio punto y bóveda de cañón. Se erige, sobre basamento de piedra, un cuerpo de mampostería encintada con ladrillo en los ángulos, liso o a lo sumo con saeteras. Sobre este primer cuerpo se sitúa una ancha faja entre dos impostas, bien lisa o decorada con arquitos ciegos de lóbulos, a veces entrelazados, sobre fustes de cerámica vidriada o pilastrillas; el tercer cuerpo, de campanas, con dos o tres huecos de herradura apuntados a veces encuadrados por otro lobulado, y alfiz; y

remata en techumbre a cuatro aguas sobre modillones en nacela.

Se considera como más antigua la de Santiago del Arrabal, lisa, con ventana geminada de arcos de herradura, que denota aún influencia califal. Asimismo esta influencia se reconoce en la semiculta de San Pedro Mártir, cuya organización evoca el alminar de la mezquita de Córdoba como indica Félix Hernández.

Su influencia se reconoce en la de San Román y corresponden a este siglo las de San Cipriano y de San Lucas, así como la de San Bartolomé, muy sencilla. Responde al modelo de la de San Román, la de Santo Tomás, de principios del siglo XIV, y ya parece corresponder a la segunda mitad del siglo las de Santa

101. Alfarje del refectorio de San Clemente. Toledo



Leocadia, la Magdalena, San Sebastián, San Miguel el Alto, así como las de Erustes, Mesegar, Ajofrín, Los Yébenes, Gálvez, Santorcaz, Navalcárnero y Santa María de la Fuente (Guadalajara), algunas muy reformadas (fig. 92).

Particular interés tiene la torre de la iglesia de Illescas, que conserva abundantes elementos mudéjares en la cabecera, con lápida con decoración muy característica, de 1342 y 1350, y cuya torre es la más bella del mudéjar toledano. Se organiza con diversos cuerpos de arquerías, que cubren por completo sus frentes (fig. 94). Especial peculiaridad ofrecen dos torres madrileñas, las de San Nicolás y de San Pedro. La de San Nicolás tiene machón central, con ladrillos típicos toledanos en su proporción 3 : 2, alzándose sobre



cuerpo de piedra conforme a lo toledano, y se organiza en alzado en tres zonas de arcos decorativos, la primera con tres arcos trilobulados y la última con cuatro arquillos de herradura; ofrece como peculiaridad, como la más sencilla de San Pedro, en lo que constituye modalidad madrileña, que la escalera se cubre no con bóvedas en saledizo sino con techillos de tabla encañonados sobre soleras y un arquillo, lo cual no tiene precedentes ni analogías, ni en Toledo ni en Andalucía (fig. 93).

d) Este período se caracteriza, asimismo, por el gran desarrollo de la arquitectura civil, donde encontramos los ejemplos más característicos del estilo. Se imponen en los palacios, como en la arquitectura religiosa, los muros de ladrillo, mampostería y tapial, en este caso encintados al exterior, es decir, con cajas de mampostería o tapial entre rafas de ladrillo, y al interior se encalan. Se utiliza el pie derecho con zapata de madera o el pilar de ladrillo encalado y descantila-

do, abundando las estructuras adinteladas. Predominan las techumbres de madera con una riquísima tipología bien ataujeradas o apeinazadas —es decir, manteniendo oculta su estructura básica de par y nudillo o dejándola al descubierto— y frecuentemente decoradas con mocárabes, motivos vegetales y epigráficos pintados, escudos y motivos de lacería, en los que predominan los lazos de ocho. Los mocárabes y la organización de lacería se utilizan también en labores de yeso, para ornamentar paramentos, en paneles que se rigen por la organización almohade de sebka, es decir, la red de rombos, destacando el centro de cada rombo mediante un motivo en relieve. En la decoración vegetal predomina el ataurique, fundido con motivos de hojas de vid y de roble o tallos serpenteantes góticos. Predominan en las hojas de ataurique, las que tienen un anillito en el arranque o bifurcación, o en la propia hoja, y otras con aristas en los ejes, así como las piñas, mientras que

son raras las granadas. En la decoración epigráfica se mezclan letreros árabes con castellanos, predominando éstos de manera absoluta. Aparecen temas figurativos, ángeles, figuras humanas, animales, siempre planos, sin valorizar el volumen. Del siglo XIII quedan muy escasos restos. En Brihuega, junto a Santa María de la Peña, subsiste la ya citada construcción protogótica del castillo-palacio del arzobispo don Rodrigo Jiménez de Rada, que aún conserva motivos de lacería pintados. No obstante, de la riqueza de estas construcciones civiles del siglo XIII, es ejemplo la estancia con friso de yesería y techo apeinazado con lazo de ocho y escudos de los arzobispos Gonzalo García Gudiel (1280-1299) y Gonzalo Díez Palomeque (1299-1310), además de castillos y leones en el palacio arzobispal toledano, mostrando al exterior decoración de lacería.

Más sencillos, mostrando el arcaísmo en la persistencia de unas formas, son los tipos de arcos de herradura califal,

con yeso tallado como los taifas, más la clave y dovelaje alternado y moldura de entrelazos en el trasdós, visibles en una casa de la calle de Bulas Viejas n.º 21 y en la bajada de las Carmelitas n.º 18.

Se considera del siglo XIII el palacio de Galiana, en las afueras de Toledo, en la vega, aunque las yeserías y elementos decorativos como los motivos heráldicos lo sitúan a mediados del siglo XIV. En su estructura se advierte relación con edificios de Palermo, así como en el sistema constructivo se halla eco en edificios toledanos anteriores, tanto en el aparejo de mampostería, como en la distribución del piso bajo, que supone la existencia de pilares exentos en el centro, conforme al prototipo de la mezquita del Cristo de la Luz. Consta de dos pisos, formados por dos cuerpos laterales y uno central, que ocupan en la parte superior tres salas alargadas.

Gracias a la conversión de estos palacios en conventos se han conservado buenos ejemplos de estas casas o palacios nobiliarios, destacando singularmente los de Santa Clara la Real y de Santa Isabel de los Reyes, estudiados recientemente por Martínez Caviro.

El convento de Santa Clara la Real se fundó en las casas de doña María Meléndez, mujer de Gutiérrez Téllez de Meneses, que lo construyó entre 1371 y 1406. La iglesia gótica se cubre con magnífica techumbre. En el convento abundan las yeserías y techumbres sumamente características. Sobresale el patio de los Naranjos y el de los Laureles —de hacia 1400—, este último cuadrado con cinco arcos de herradura por frente encuadrados por alfiz, sobre pilares de ladrillo, y segundo cuerpo adintelado, con dinteles de madera sobre zapatas, rematando en alero e imposta y canecillos de madera de proa y rollos (figura 95).

En 1361 se fechan —por Martínez Caviro— las principales obras mudéjares del convento de Santa Isabel de los Reyes, que se funda en 1477 por doña María de Toledo en las casas que fueron de doña Juana Enríquez de Castilla, en el



antiguo y complejo palacio llamado «Casas de San Antolín», que datan del primer cuarto del siglo XIV. Conserva magníficos salones con yeserías y espléndidas techumbres, como la de la iglesia gótica, ya del siglo XVI (fig. 96). Destacan los patios del Laurel, de la Enfermería, de los Naranjos y de la Demandadera. Es también muy característica la portada del antiguo palacio del siglo XIV, con el arco apuntado en piedra franca, entre dos soportes, que rematan en ménsulas con modillones lobulados, situándose escudos en la rosca del arco, en el dintel, jambas, tímpano y enjutas. Análoga es la portada del mal llamado palacio del rey don Pedro, que en realidad perteneció a los Toledo y Ayala, cuyos escudos ostenta y del que procede un arco con yeserías en la capilla de San Jerónimo de la Concepción Francisca (figura 97).

Muy representativo de las formas barrocas del mudéjar toledano de los últimos decenios del siglo XIV es el salón de la casa de Mesa, o de don Esteban Illán. En íntima relación con esta decoración está la del Taller del Moro, resto del palacio de los Ayala, formado por un salón rectangular con alcobas en los extremos con riquísima decoración, arquetípico en su organización con zócalos alicatados y azulejería de cuerda seca en los más antiguos, muro liso para disponer tapices o para pintarlos según cita el arcipreste de Hita, amplio friso con decoración de ataurique vegetal naturalista, encuadrada en lacerías y magníficas techumbres (figuras 98, 100).

También son importantes por sus salones de yesería el palacio llamado Corral de don Diego (palacio de los Trastámara) de hacia 1350, como el Arco del Obispo (calle San Justo n.º 6), con doce figuras planas en yeso recortado sobre el fondo de ataurique, como en un nicho sepulcral en San Andrés; el Seminario (casa de Suárez Téllez de Meneses) del siglo XIV; la casa del conde Esteban, ya de la segunda mitad del siglo XV; un pequeño patio en el Hospital de Antezana de Alcalá de Henares y unos arcos con yesería en el Museo Diocesano de Si-



güenza y en el Arqueológico Nacional. A la primera mitad del siglo XV corresponde el palacio de los condes de Fuenzalida, cuya estructura se repite en el hispano-flamenco de don Gutierre de Cárdenas († 1503) en Ocaña, ambos con patios rectangulares con pilares ochavados en las dos plantas, zapatas y dinteles, como se repite en numerosos ejemplos de la vivienda popular toledana de fines de la Edad Media (fig. 99).

Capítulo importante en la arquitectura mudéjar es el referente a la carpintería, estudiada últimamente por Balbina Martínez Caviro. Considera de las más antiguas los alfarjes —techos planos holladeros— del refectorio de San Clemente

y de la sala capitular de Santa Clara, en Toledo, mientras siguen modelo de par y nudillo los de Santiago del Arrabal y de Santa María la Blanca, que corresponden también a este momento inicial de la segunda mitad del siglo XIII, el último con característicos canchillos aquillados en forma de proa, conforme a tipología que ha de mantenerse en el mudéjar toledano (fig. 101).

A partir de fines del primer cuarto del siglo XIV proliferan las techumbres, de las que se conservan buen número, pese a las lamentables y cuantiosas destrucciones, que se mantienen hasta bien entrado el siglo XVI, con una constante tipología, variando los motivos decorati-

vos y la heráldica, como es lógico. Esta tipología, en sus modelos más característicos puede consistir en techos planos con labor de lacería (taujeles), o bien en las estructuras a par y nudillo; el modelo más simple es la techumbre de jaldetas, en la que son visibles sus elementos estructurales, es decir los pares y nudillos clavándose la tablazón en su trasdós, la cual recibe el nombre de techumbre apeinazada cuando se decora colocando peinazos entre los pares transversales que se ensamblan dibujando lacerías; y, por último, las llamadas ataujeradas, en las que la estructura queda oculta, pues se clava la tablazón por la parte inferior de pares y nudillos de tal forma que que-

da un paño o plano decorado generalmente con lacería.

Muy sencillas de par y nudillo las vemos en el coro de Santo Domingo el Real y en la sala de la fundadora del convento de Santa Isabel. Alfarjes planos se repiten por doquier, siendo de gran riqueza los conservados en el castillo de Belmonte, y de tipo de taujel lo vemos en la casa de Mesa, en la sacristía de Santa Úrsula y en la parroquial de Erustes.

Las más frecuentes para las naves de los templos son las techumbres de artesa, en dos variantes para resolver el problema de la arista del ángulo diedro originado por el quiebro necesario para cubrir con cuatro paños un espacio rectangular. Una solución es la de lima bordón, en la que se coloca una viga en el ángulo, en la que se van apoyando los decrecientes pares de los dos planos del ángulo, según vemos en Santa Isabel; y la más frecuente es la que coloca dos maderos convergentes o sea las limas moamares, según vemos en la sinagoga del Tránsito, en el Taller del Moro, en Cabañas de

la Sagra, en Belmonte, en El Casar de Talavera y en otros muchos lugares.

Las techumbres más ricas son las de planta ochavada, es decir sobre trompas, que se decoran con mocárabes, como vemos en la capilla de Santa Catalina en San Salvador; en la magnífica de la antigua capilla de los Reyes Nuevos, trasladada en 1540 a la actual capilla del Tesoro de la catedral toledana; la que, procedente del Palacio de Altamira en Torrijos, se conserva en el Museo Arqueológico Nacional; y las del castillo de Belmonte, una con mocárabes y otra con los paños calados dibujando estrellas para colocar vidrios de colores, evocando el modelo de la Alhambra (figs. 102, 103). También son importantes los aleros que descansan en canecillos inclinados y vigas, todas muy decoradas, que evocan modelos granadinos, y que son elementos característicos en la organización de las portadas mudéjares y góticas, según vemos en la del conocido como palacio del rey don Pedro y en la Posada de la Santa Hermandad.

Entre otras labores en madera que completan el conjunto arquitectónico de carácter mudéjar se han de destacar las puertas con labores de lacería, como las de Santa Isabel de los Reyes, o de la Capilla Honda de la catedral de Cuenca, y las celosías, entre las que destaca la de la Concepción Francisca, formada por pequeños carretes torneados dispuestos en diagonal.

e) La importancia estratégica de Castilla la Nueva, escenario de las rivalidades entre la realeza y los señoríos y la presencia activa de las tres Órdenes militares más importantes, Santiago, Calatrava y San Juan de Jerusalén, fundamentan el gran desarrollo que en estas tierras adquieren las construcciones militares, particularmente las defensivas en el siglo XIV y los castillos-palacios como refugio en el siglo XV, cuando buena parte de estos castillos se rehicieron.

En estas construcciones se emplea generalmente el material de que se dispone a pie de obra, tanto la piedra labrada, como, más generalmente, el aparejo mix-





to de ladrillo y mampostería o, sólo en raras ocasiones, el ladrillo únicamente, como muestra del mudéjarismo muy intenso, tal como vemos en Casarrubios del Monte y en Arroyomolinos. Se prodigan los sistemas de entradas acodadas y se adoptan los sistemas defensivos de la arquitectura almohade, que se convierten en nota común de las fortificaciones castellanas, según vemos en Mora, Cifuentes, Consuegra, Buitrago, etc., e incluso se aplican torres albarranas en Toledo, Escalona, Talavera de la Reina y en el castillo de San Martín de Montalbán, que se comenzó sobre restos anteriores en 1323, con magníficas torres albarranas pentagonales, por ejemplo.

Las cercas son generalmente de mampostería formando fuerte hormigón, entre rafas de ladrillo, rematando las cortinas en almenado, con adarve o camino de ronda, reforzadas con barbacanas y corachas, como en Molina de Aragón y en San Martín de Montalbán, torres abaluartadas, etc. (figs. 104-107).

Sobresalen las cercas de Toledo, Talavera de la Reina y Palazuelos. Entre las puertas son las más representativas la del Sol en Toledo, dispuesta en vertical sobre el muro, que daba acceso a un camino cubierto y ordenada con diversos arcos de herradura apuntados y semicirculares de fines del siglo XIV. En 1328 se fecha la bella Puerta de Toledo en Ci-

udad Real, entre dos torres cuadradas con varios arcos de diverso tipo en profundidad. También es característica, con fuerte influencia mudéjar en el empleo del ladrillo, la Puerta de Ugena en Illescas (figuras 108-110).

Entre los numerosísimos castillos conservados, en diverso grado de conservación y en su mayor parte reconstruidos en el siglo XV y abandonados desde entonces, son destacables los toledanos de Maqueda, Castil de Bayuela, Guadamur, Manzaneque, Oropesa, Orgaz, Polán y el de San Servando, aparte de los ya citados de Mora y Consuegra; los madrileños de Santorcaz, Villarejo de Salvanes, el curioso de Casasola en Chinchón,

Pinto y el reconstruido de Viñuelas; los alcarreños de Anguix, Estables, Guijosa, Jadraque, Torija y Pioz; los manchegos de Bolaños y Montiel; y los conquenses de Alarcón, Garcimuñoz, Moya, la Puebla de Almenara, Salvacañete, el castillo de Santiago de la Torre en San Clemente y el de Belmonte, ya totalmente del siglo xv.

Segunda etapa (1430-1510)

La evolución de la arquitectura toledana del siglo xv se inicia con las obras del maestro mayor de la catedral, Alvar Martínez, que interviene en la Puerta del Perdón, en la traza y dirección de la costanera de Santa Lucía, en el presbiterio, fundamentalmente en el cuerpo cuadrado de la torre de las campanas, en la que se percibe la influencia de la estética mudéjar y, verosímelmente, en la traza de la capilla de don Álvaro de Luna, ya que asistió el 18 de abril de 1430 a la ceremonia de toma de posesión del terreno —lo que supone la existencia de una traza general de su planta— y que se hizo a imitación de la vecina capilla de San Ildefonso.

Por estos años iniciales del siglo se comienza la sencilla catedral de Ciudad Real, de una sola nave, que lentamente se va haciendo a lo largo de la centuria, pues hasta el segundo decenio del siglo xvi no se alcanza el segundo tramo, junto al crucero, sin que su construcción suponga aportación apreciable a la evolución del arte castellano.

El panorama evolutivo de la arquitectura toledana se trunca con la introducción de las formas flamencas a partir de 1440 aproximadamente. La presencia de don Álvaro de Luna en la gobernación del reino de Castilla —vinculado a tierras de Castilla la Nueva— y el acceso a la sede toledana de su hermanastro don Juan de Cerezuela (1434-1442) son dos hechos de fundamental importancia para la aceptación de las nuevas corrientes estilísticas del flamígero europeo. El arzobispo procede de la sede hispalense, don-





de se erige la más grande catedral del siglo XV, lo que justifica la creación de un taller de importancia en el que la presencia de los maestros flamencos es indudable.

Con la llegada a Toledo del maestro Hanequin de Bruselas al frente de un nutrido grupo de maestros, oficiales y familiares, antes de 1448, se inicia una nueva fase en la arquitectura toledana, caracterizada por la introducción de las formas y estéticas del flamígero flamenco. Las formas decorativas del flamígero triunfan en la capilla funeraria de don Álvaro, que ya estaba totalmente terminada en 1449, cuando es asaltada por el pueblo. Esta capilla con su bóveda estrella-

da, la riqueza en la flamígera tracería, en sus vanos y paramentos y la minuciosidad en la decoración, es ejemplo, por su fastuosidad, para otras capillas catedralicias y aún en el siglo XVI sirve de inspiración para la traza de la capilla fundada en Villaescusa de Haro (Cuenca) por el obispo don Diego Ramírez de Fuenleal (figura 111).

El maestro Hanequin interviene también en la traza de la capilla de la pila bautismal, con sus tracerías flamígeras; en el cuerpo octogonal de la torre de las campanas que se inspira en modelo bretón de Saint-Pol-de-Léon, y en la dirección de la magnífica Puerta de los Leones, iniciada en 1452 y que se da por termi-

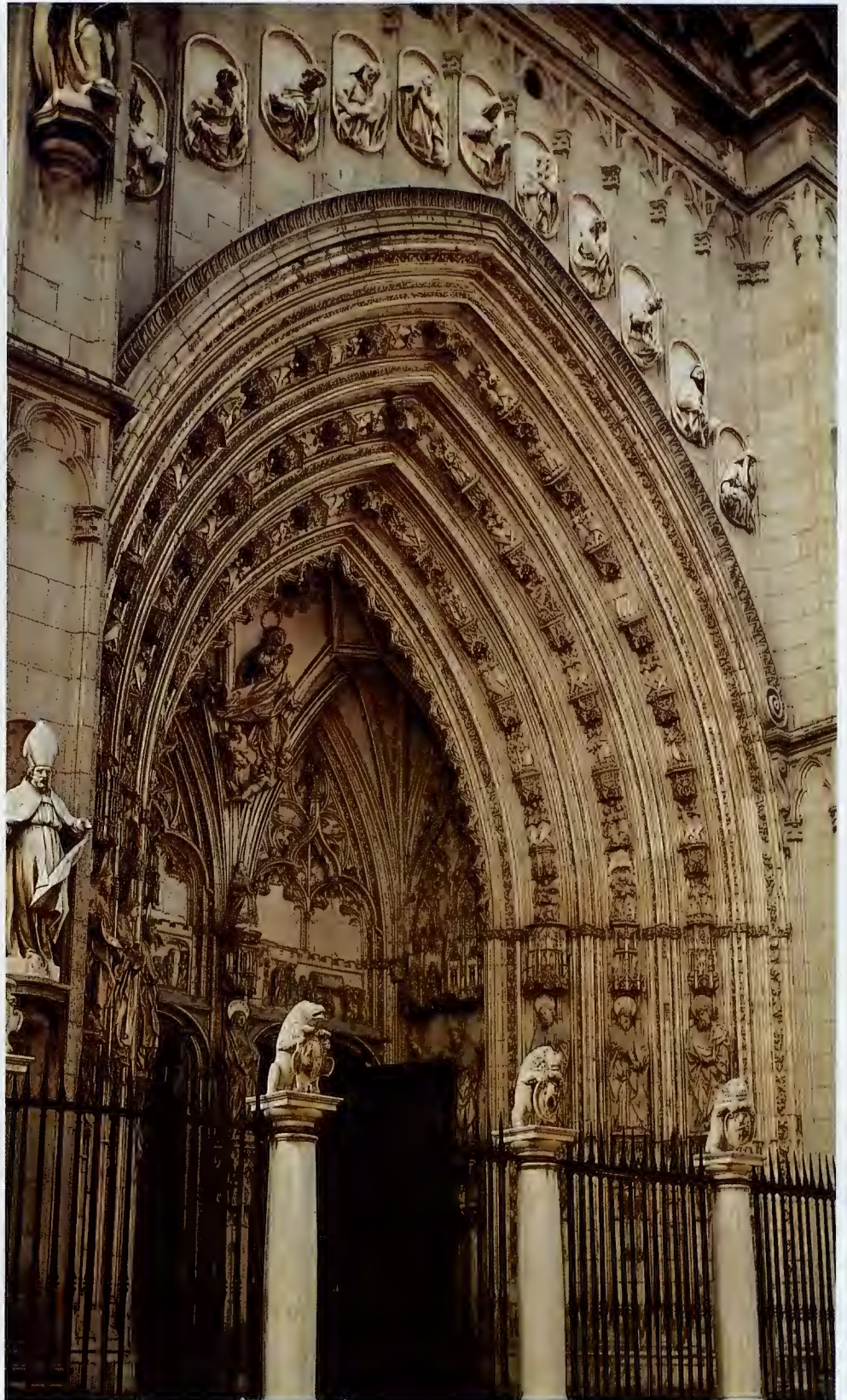
nada en 1465, la más bella portada de nuestro arte flamígero, tanto por su traza como por la ejecución de las esculturas y detalles ornamentales en la que entalladores y escultores participaron activamente, como en todas las obras correspondientes a esta fase barroca del goticismo, principalmente Egas Cueman, Juan Alemán y Francisco de las Cuevas (figuras 112, 113).

En la catedral de Cuenca consta su presencia en 1454, cuando se trata de la sillería del coro y se dispone un retablo que según Juan Pablo Mártir Rizo se colocó en 1487 y «es la cosa más insigne de Europa», costado por el comendador de Santiago Beltrán del Castillo.

112 *Cuerpo superior de la torre de la catedral de Toledo*



113. *Puerta de los Leones. Catedral de Toledo*



114. *Portada del castillo de Escalona (Toledo)*



115. *Interior de la colegiata de Belmonte (Cuenca)*



116. *Torre y galerías del castillo de El Real de Manzanares (Madrid)*



Esta relación con Cuenca induce a sospechar su intervención en la traza de la girola que se inicia durante el pontificado del obispo don Lope de Barrientos (1448-1469). En esta girola se sigue el esquema de la traza de doble girola con tramos triangulares y rectangulares como en la catedral toledana, prosiguiéndose las obras a lo largo de la segunda mitad del siglo —quizás con la intervención del maestro Martín Sánchez Bonifacio— correspondiendo ya al primer decenio del siglo XVI su terminación, cuando el maestro Cristóbal —verosíblemente el maestro Cristóbal de Adonza— se encarga de la ordenación del coro, es decir de la disposición de las capillas, según inscripción recientemente aparecida.

Por estos mismos años (1459) se trabaja en la torre de las campanas de la catedral de Cuenca, interviniendo el carpintero Juan de Córdova, a quien se paga por labores en yeso y el chapitel, haciendo las campanas el maestro Guillén.

Encárgase de la reconstrucción del castillo de Escalona, residencia de don Álvaro de Luna, el maestro Hanequín, después del incendio de 1438 y en el que se da una suntuosa fiesta en 1448, cuyos restos y las abundantes noticias literarias son testimonios explícitos de la fastuosidad de este castillo-palacio, con sus magníficas techumbres, yeserías y galería en la fachada para contemplar las fiestas que se daban en el albacar del castillo y que ha de tener su eco, entre otros, en el del marqués de Villena en Belmonte (Cuenca), y en el de la Casa del Infantado de El Real del Manzanares, que hizo el discípulo de Hanequín Juan Guas, como en la organización del Palacio del Infantado, en la propia ciudad de Guadalajara, convertido ya en palacio urbano (figura 114).

Por testamento del maestre de Calatrava don Pedro Girón, en 1466, consta que estaba encargado de su capilla funeraria en el castillo-convento de Calatrava la Nueva, que ha desaparecido, aunque por las descripciones nos consta la estrecha relación que ofrecía respecto al modelo de Borgoña.

117. Detalle de la portada del palacio del Infantado. Guadalajara

118. Arquerías del patio del palacio del Infantado. Guadalajara



Con la obra del maestro Hanequin se asientan y difunden la estética y formas del flamígero flamenco y se da origen a un proceso de capital importancia en la configuración de la estética castellana en el período final de la Edad Media. Se funden las formas góticas flamígeras con las del mudéjar dando origen al estilo hispano-flamenco, en cuanto supone la integración de estas dos raíces de nuestra cultura, la hispana en relación con la islamización y la gótica de carácter cristiano y europeo y de acuerdo con la vinculación de Castilla a Flandes. Se adoptan las organizaciones mudéjares para la decoración e incluso para las ordenaciones compositivas de los elementos archi-

tectónicos y las estructuras góticas se mezclan en un mismo edificio con las mudéjares o se hacen en yeso, conforme a sistemas y técnicas mudéjares, sistemas y organizaciones decorativas estrictamente flamígeras.

Hacia 1472 es nombrado maestro mayor de la catedral toledana el maestro Martín Sánchez Bonifacio, que debió fallecer muy viejo en 1493. Es posible que proceda de Sevilla, donde se cita en las obras de la catedral en 1447 a un Martín Sánchez y que se trasladase a Toledo con los demás miembros de su familia, pues en 1448 se citan a Alfonso, Lorenzo y Pedro Bonifacio, como hijos del maestro, y su hermano Lorenzo Martínez Bo-

nifacio figura como aparejador desde 1463.

Martín Sánchez Bonifacio es citado como maestro al frente de una cuadrilla de pedreros a las órdenes de Hanequin y es verosímil que dirigiese las obras de la girola de la catedral de Cuenca, pues cuando es nombrado maestro en Toledo se designa como aparejador a Juan Guas, con la expresa obligación de asistir a la obra en ausencia del maestro, lo que induce a pensar que dirigía obras de importancia fuera de Toledo. Bien esta girola, cuyas capillas del trascoro ya se citan a partir de 1485, o quizás estuviese al frente de las obras de la Colegiata de Belmonte al servicio del marqués de Vi-



llena, donde se cita a un Bonifacio Martín, lo que es verosímil por cuanto Martín Sánchez Bonifacio trabaja en el monasterio segoviano de Santa María del Parral, para el mismo marqués de Villena. No obstante, su estilo no es claramente perceptible por cuanto ha desaparecido el remate primitivo de la Puerta del Perdón, en el que intervino, así como la Puerta del Sagrario de la catedral toledana, que hizo hacia 1483, quedando únicamente como obra segura los paños correspondientes al lado del Evangelio en el trascoro de la catedral toledana, de inferior calidad a los correspondientes a Juan Guas y Egas Cueman en el lado de la Epístola, y sin huella de mudéjarismo, evidenciando cierto cansancio en su ejecución, justificable por la acusada vejez del maestro, según se deduce de la documentación (fig. 115). El estilo hispano-flamenco tiene en Juan Guas su más calificado representante. Debió nacer hacia 1435 en Saint-Pol-de-Léon, en Bretaña; hijo del cantero Pedro Guas y de Brígida Madama Tastes, citándosele ya en 1453 como mozo oficial en la obra de la Puerta de los Leones. En 1458 contrae matrimonio en Torrijos con Marina Álvarez, figurando ya como maestro en las obras de la catedral. Es a partir de 1470 cuando inicia su gran carrera de arquitecto, pues ha de ser maestro mayor de las obras reales, de la casa del Infantado, de las catedrales de Toledo, Ávila y Segovia y trabaja asimismo en Valladolid para el obispo de Palencia fray Alonso de Burgos, el famoso «fray Mortero».

Desarrolla, en efecto, Juan Guas una amplia labor fuera de Castilla la Nueva, y paralelamente dirige en estas tierras los monumentos más representativos del estilo hispano-flamenco. En 1475 ya estaba iniciado el bellissimo castillo de El Real de Manzanares (Madrid), para el duque del Infantado, en el que destaca la riqueza de sus torres y galerías, y simultáneamente está dirigiendo las obras del fastuoso Palacio del Infantado de Guadalajara, reconstruido actualmente después de los gravísimos daños sufridos en la

120. Escudos en el crucero de la iglesia de San Juan de los Reyes. Toledo



121. Remate ornamentado de un pilar del crucero. San Juan de los Reyes. Toledo



122. Arco con puerta de acceso al patio del claustro. San Juan de los Reyes. Toledo



guerra civil, en la que se perdieron las más bellas techumbres de cuantas se hicieron en Castilla. Terminado hacia 1483, según la inscripción del patio, destaca en él su magnífica fachada, no bien restaurada. Se cubre esta fachada con cabezas de clavos o puntas de diamante que se situaban en los centros de una red de rombos, conforme a tipología mudéjar, según vemos en una de las torrecillas del castillo-palacio de El Real de Manzanares; en su portada se inspira directamente en el modelo de las mudéjares toledanas del XIV, es decir, vano apuntado que cobija un dintel encuadrado por los soportes y cornisas, situando escudos en las enjutas y tímpano; y remataría en una ventanita, sobre la que se colocarían los salvajes tenantes del escudo ducal; corona la fachada una galería abierta, que sigue el modelo del arrocabe de una de las techumbres interiores, sobre cornisa de mocárabes, al igual que en el castillo de El Real de Manzanares y conforme ya se organizaba en el castillo de Escalona. Su patio, reformado en el siglo XVI en su

parte inferior, con la sustitución de columnas, se organiza con arcos mixtilíneos, dobles, columnas y antepechos cuajados de elementos vegetales, conforme a una estética que valoriza los elementos naturalistas, según ha de repetirse en San Gregorio de Valladolid, en la Casa de las Conchas salmantina — íntimamente relacionada con este palacio — y en el manuelino portugués. De sus salones cubiertos con riquísimas techumbres nada queda, aunque son repetidos los testimonios de su magnificencia recogidos por los viajeros, a veces extrañados de tanta riqueza, lo que justifica la lapidaria frase de Munzer en 1495: «Este palacio, en fin, se ha hecho más para la ostentación que para la utilidad», lo que recuerda la crítica a las decoraciones del rococó del siglo XVIII (figs. 116-118). Como arquitecto religioso es verosímil su participación en el monasterio de El Paular (Madrid), en cuyo claustro la tipología de los arcos y los mocárabes evidencian su participación, como la organización de la bellísima portada de la

iglesia. Consta, en efecto, que este monasterio se construía en 1484 y es importante asimismo por cuanto se documenta la estancia en la vecina Rascafría de arquitectos como Juan de Ruesga y Juan Gil de Hontañón, que han de difundir el estilo toledano más allá de los puertos.

Su obra más lograda y una de las más bellas de España es el convento de San Juan de los Reyes de Toledo, fundado por la reina Isabel, por lo que en principio se llamó de San Juan de la Reina, para su enterramiento, en conmemoración de la victoria obtenida en los campos de Toro y por el nacimiento del príncipe don Juan. Iniciado seguidamente, la obra no se daría por terminada hasta principios del siglo XVI. En este edificio se concreta el modelo de nave única, con capillas entre los contrafuertes, acentuándose la influencia mudéjar en la traza del magnífico cimborrio, con bóveda de crucería que evoca modelos mudéjares, como en los hastiales de este crucero que, en relación con el primitivo

destino del edificio, se organiza con una de las más fastuosas decoraciones de nuestra arquitectura, a base de repetir el escudo real, evitando la monotonía del motivo repetido mediante la desigualdad de tamaño y todo cuajado de una riquísima y detalladísima decoración, en la que se mezclan la más variada flora y temas animales, naturales y fantásticos. La belleza y armonía del claustro procesional ha sido pocas veces superada, organizándose en dos pisos, el inferior con sencillos arcos que cobijan una tracería flamígera y el superior con arcos mixtilíneos, de raigambre islámica, de gran belleza, prodigándose la decoración vegetal, animada y epigráfica con un detallismo y riqueza realmente sorprendentes, como si de una obra de orfebrería se tratase. En 1494 consta la intervención del burgalés Simón de Colonia, con motivo de unas reformas en el claustro y hacia estas fechas o poco después habría que situar el dibujo conservado en el Museo del Prado, cuya bóveda de crucería estrellada con plementería calada denuncia la mano del arquitecto burgalés, de acuerdo con la muestra que hizo de la obra a realizar en el cimborrio (figs. 119-122). El estilo hispano-flamenco languidece y se desvirtúa en las obras de los hermanos Antón y Enrique Egas, sobrinos del maestro Hanequin, como hijos del escultor Egas Cueman. Ambos trabajan conjuntamente y, a tenor de las noticias documentales, se deduce el carácter intelectual y retraído, experto en trazas, de Antón Egas, junto a la extraordinaria movilidad y sentido práctico de Enrique, que muere en 1534, unos años después que su hermano. Las obras de estos arquitectos suponen el mantenimiento de las estructuras y formas góticas en pleno siglo XVI, cuando ya las formas renacentistas han triunfado, por lo que la colaboración en sus obras de entalladores y escultores renacentistas es nota distintiva. Antón Egas inicia su labor colaborando con su padre, siendo nombrado maestro mayor de la catedral toledana en 1496, junto con su hermano, constanding que residía habitualmente en Torrijos, por lo



125. Portada de la iglesia de Torrelaguna (Madrid)



126. Detalle de la fachada de la Posada de la Santa Hermandad. Toledo



127. Rollo de Ocaña (Toledo)



que ha de relacionarse con la construcción del Palacio de Altamira de don Gutierre de Cárdenas y doña Teresa Enríquez, del que se conserva la fachada (Alamín) y la magnífica techumbre (Museo Arqueológico Nacional), manteniéndose así esta fusión de las formas góticas y mudéjares. Asimismo debió intervenir en la Colegiata de Torrijos, en íntima relación con la iglesia de San Andrés de Toledo, hecha a imitación de San Juan de los Reyes, aunque la fachada plateresca de la iglesia de Torrijos ha de relacionarse con Alonso de Covarrubias, como ruda obra primeriza, que casó con una nieta de Antón Egas. Importante debió ser su participación en otros edificios de Torrijos, en el desaparecido convento de franciscanos, cuya fastuosidad era pareja a la de San Juan de los Reyes, y en la cabecera y crucero del antiguo Hospital de la Trinidad.

En 1501 consta que Antón Egas dio las trazas para la Magistral de Alcalá de Henares, en la que intervinieron Enrique Egas y el arquitecto del cardenal Cisne-

ros, Pedro Gumiel, que se inspira en la catedral toledana, evidente en su planta de salón y en su girola con tramos rectangulares y triangulares, e intervino en la iglesia de Santa Fe de Toledo (fig. 123). Consta asimismo su directa intervención en la traza del Hospital Real de Santiago, modelo para el de Santa Cruz de Toledo, prototipo del reinado de los Reyes Católicos, que sigue el modelo valenciano del Hospital General, que ya estaba iniciado en 1495, inspirado en la traza del Hospital de Milán de Filareto. Tiene planta de cruz griega, situadas las salas en los amplios brazos de la cruz, en cuyo centro se situaba una gran torre o cuerpo para los altares visibles desde las cuatro salas de ambos pisos, y otra capilla al fondo, quedando por tanto espacio entre los brazos de la cruz para la disposición de los patios, de los que sólo se hicieron dos (figura 124).

Muere Antón Egas hacia 1530 oscurecido su nombre por el de su hermano Enrique, que desarrolla una ingente labor. En Toledo interviene en la continuación

de las obras de San Juan de los Reyes, a partir de 1497; en la reforma y ordenación de la capilla mayor de la catedral toledana, suprimiendo la capilla de Reyes Viejos y unificando el espacio para hacer un amplio presbiterio, interviniendo asimismo en la traza del retablo mayor y en otras diversas obras de poca monta en varias capillas, entre ellas la capilla mozárabe, cuya cubierta se destruyó por un incendio, por lo que se hizo la actual en el siglo XVII. Asimismo debió intervenir en numerosas iglesias de la diócesis, documentándose su estancia en Mora y percibiéndose su influencia en la de Tembleque.

Aparte de la gran labor realizada como veedor y tasador de obras, sus intervenciones en Granada, Santiago de Compostela, Plasencia, Jaén, Zaragoza, Sevilla, Segovia y Oviedo, además de otras localidades, justifican el enorme prestigio alcanzado por este último maestro del gótico toledano.

En toda Castilla la Nueva proliferan las iglesias correspondientes a este período,





pues estas formas góticas han de mantenerse hasta pasado mediados del siglo XVI —particularmente en las capillas mayores y particulares—, caracterizándose por la rica tracería de sus bóvedas, las decoraciones con flora y elementos vegetales y las portadas generalmente con arco conopial o trilobulado. Destacan las iglesias alcarreñas de Trijueque, Torija, la seguntina de Santa María de los Huertos y la de San Francisco en Guadalajara; las conquenses de Moya y Carboneras; las manchegas de Valdepeñas, Manzanares y San Pedro de Ciudad Real; las toledanas de Ajofrín, Almorox —en donde intervino Juan Gil de Hontañón a partir de 1509—, Gamonal, El Corral de Almaguer, Lillo, Santo Do-

mingo de Talavera, San Clemente el Real y San Pablo en Toledo; y las madrileñas de Colmenar Viejo, Villa del Prado y Torrelaguna, como la reconstruida de San Jerónimo el Real de Madrid (figuras 125, 128).

En la arquitectura civil se difunden dos tipos de portadas. Uno presenta arco de medio punto o apuntado de gran dovelaje y encuadramiento de alfiz, como en la llamada casa del Doncel en Sigüenza, en las de los castillos de Maqueda y de Castil de Bayuela, o la interesantísima del Hospital de la Latina, fundado en 1507 por Francisco Ramírez y doña Beatriz Galindo. El otro modelo, prototipo estricto toledano que deriva del arte mudéjar, nos ofrece un vano adintelado en-

cuadrado por dos soportes y alfiz, generalmente con arco encima, como en la Posada de la Santa Hermandad, o simplemente el alfiz con bolas para colocar los escudos en el dintel (fig. 126).

La arquitectura militar de esta etapa está representada fundamentalmente por la proliferación de castillos que se transforman para convertirlos en palacios residenciales, según ya hemos indicado respecto a los de Escalona, Belmonte y El Real de Manzanares. Son asimismo representativos los de Guadamur, Barciénce, Orgaz, Torija, Garcimuñoz, Anguix, Oropesa y Maqueda, a través de cuyos restos se puede vislumbrar la importancia de estas construcciones en la última etapa del goticismo (fig. 129).

Son modelos característicos de la arquitectura toledana de fines del XV y principios del XVI los rollos o picotas, como los de Ocaña y Maqueda (fig. 127).

En este período, como ejemplo de arquitectura popular utilitaria, deben proliferar en tierras de Castilla la Nueva los molinos de viento, ya citados por el Arcipreste de Hita (v. 700), aunque en el siglo XVI se les dotase de chapitel de influencia flamenca. Destacan los de Campo de Criptana (el Burlete, el Sardinero y el Infante).

ESCULTURA GÓTICA

Primera etapa (1225-1375)

En Castilla la Nueva las formas góticas en la escultura se introducen en fecha tardía. A una etapa inicial corresponden los ángeles que se sitúan en el triforio de la catedral de Cuenca, portadores de libros, incensario, cirio y cruz, que hollan cabezas monstruosas, como de seres infernales y que en su estilística responden ya al segundo tercio del siglo XIII, como las cabezas que se colocan en los arranques de algunos arcos de este triforio (figura 130).

De la segunda mitad del siglo, reflejando un arte más estilizado, corresponden los restos de la primitiva Puerta del Sol, después llamada de los Leones, en la catedral de Toledo. Son éstos unos ángeles rehechos en las arquivoltas y la Coronación de la Virgen que se sitúa actualmente en el remate de la parte interna de la Puerta de Santa Catalina, en la que el canon alargado de las figuras denuncia la fecha avanzada. A estos años finales del siglo XIII corresponden las esculturas del presbiterio, colocadas en la parte superior en el triforio, y otras adosadas a los pilares de este presbiterio, entre las que destacan la del alfaquí — conmemorativa del alfaquí que intervino para impedir la acción del rey cuando se despojó a los musulmanes de su mezquita —, la del pastor — alusiva al pastor, San Isidro, que facilitó la victoria de las Navas



131. *Coronación de la Virgen, en el remate interior de la puerta de Santa Catalina. Catedral de Toledo.*



132. *Estatuas yacentes reales. Presbiterio de la catedral de Toledo*

de Tolosa— y la del rey Sancho IV († 1295), en cuyo tiempo se habitó parte de este presbiterio como panteón real. El realismo de estas esculturas contrasta con la idealización de la escultura yacente en madera, de la tumba del mismo rey en las sepulturas situadas a los lados del altar mayor, como la que se encuentra junto a la de Alfonso VII, que según Pardo debe corresponder al infante don Pedro de Aguilar y, por tanto, ya de mediados del siglo XIV, y que debieron ser retocadas cuando se hicieron las otras dos por Copin a principios del siglo XVI (figuras 131, 132).

La Puerta del Reloj debió iniciarse a fines del siglo XIII, a tenor del ritmo de construcción de la catedral, fundamentando la creación de un taller que ha de mantener la continuidad de la escuela toledana a lo largo del siglo XIV. En su estilística se percibe un eclecticismo sumamente característico, pues si de una parte es patente la tradición francesa en la tendencia narrativa y en la proliferación de escenas en el tímpano dividido en múltiples fajas, como es frecuente en el siglo XIV, de otra parte se acusa la influencia italiana, caracterizada por la incurvación de los cuerpos, que crea unos característicos plegados con dos curvas concéntricas en la cadera derecha generalmente y, asimismo, se advierte una tendencia expresiva que convierte la sonrisa en una mueca, como en el arte germánico.

Se dedica la portada a la Virgen, que se sitúa en el parteluz, con iconografía que se repetirá en este siglo, es decir, con corona, cíngulo y conculcando el león y el dragón, alegorías del mal y de la muerte; en las jambas, a la izquierda la Adoración de los Reyes y a la derecha la Visitación, San José y la Virgen de la Anunciación, faltando el ángel, todo evocando el arte expresivo que deriva de Reims y que crea el taller de Estrasburgo. En el tímpano, dividido en cuatro fajas, se desarrolla con gran riqueza iconográfica — que es una de las notas distintivas de esta escuela toledana — el ciclo evangélico desde la Anunciación

a los Milagros de Cristo, rematando, sin relación con el programa iconográfico de la portada —quizás procedente de otra portada—, el tema de la Muerte de la Virgen, que se coloca en el ápice. El desarrollo de la riqueza iconográfica de esta portada se prolonga en los relieves rudos y expresivos, que decoran el intradós de la bóveda, dedicados a las historias de san Juan Bautista, a la del rico y el pobre Lázaro y a un relato referente a un obispo, quizá san Ildefonso, aparte de otras figuras y alegorías de muy difícil interpretación. Su relación estilística con las esculturas de la portada de Santa María la Real de Olite, ha sido puesta en evidencia por Pérez Higuera (fig. 133).

A los años iniciales del segundo cuarto del siglo debe corresponder la parte superior del tímpano de la llamada Puerta de los Escribanos en la fachada occidental. Se representa la deesis, es decir, la intercesión de la Virgen y san Juan ante Cristo, Varón de Dolores, mostrando relación con la Puerta de la Coronaría de la catedral burgalesa, como en la decoración de castillos y leones que se repite en las jambas, y que también vemos en la Puerta del Reloj. La fecha de 1337 para las puertas de bronce del vano central de esta fachada atestigua la terminación de la parte arquitectónica de este hastial antes de mediar el siglo XIV (fig. 135).

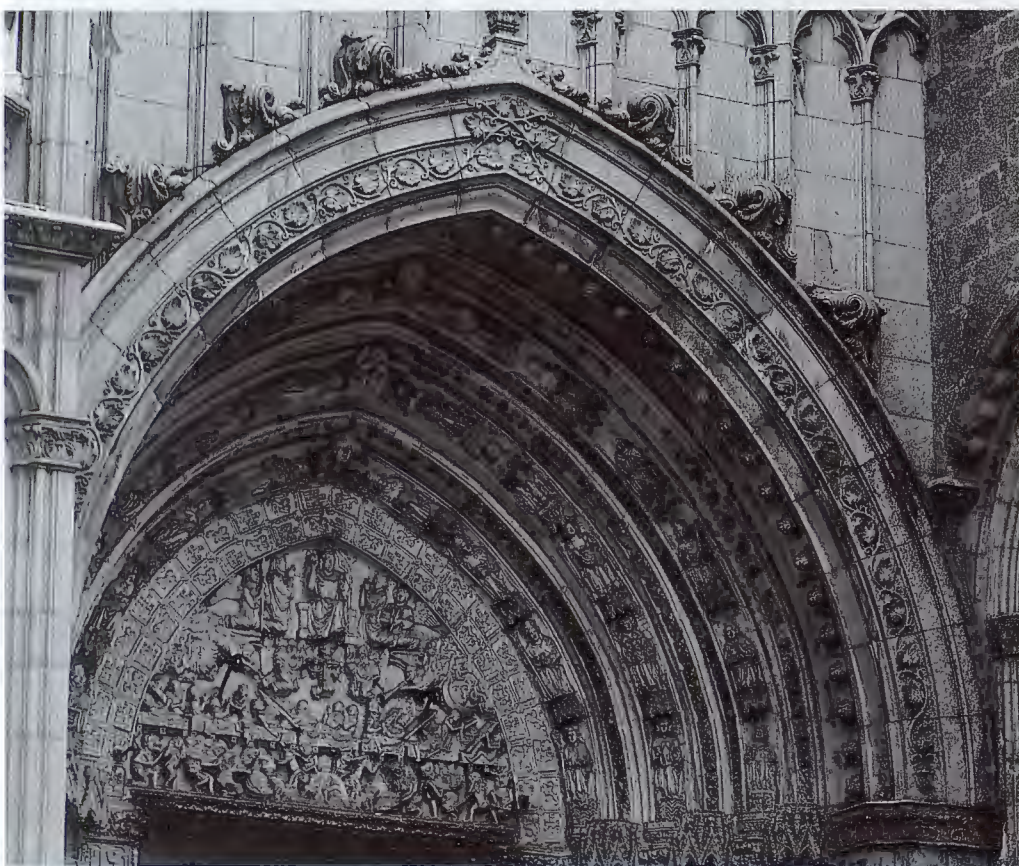
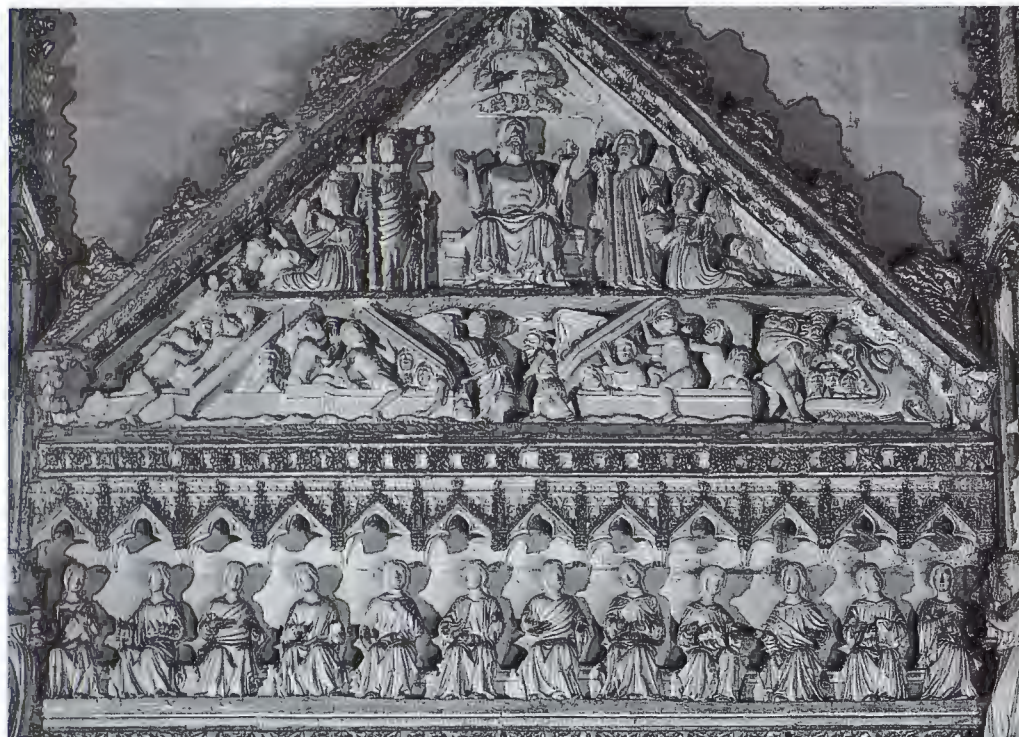
De poco después y en la línea del clasicismo del siglo XIII son las esculturas de los tímpanos de los gabletes de los sepulcros parietales de la capilla de San Ildefonso, representando a Cristo con los evangelistas, la Coronación de la Virgen y el Juicio Final. Se percibe en ellos la fusión de las influencias francesas con la italiana, ésta quizás en relación con la vinculación a la Corona de Aragón de los arzobispos Juan IV (1321-1328), don Jimeno de Luna (1328-1338) y del propio don Gil de Albornoz (1339-1350), cuyo cadáver fue traído desde Viterbo, donde murió en 1364, para recibir sepultura en esta capilla, en sepulcro con figuras de santos bajo arcadas y yacente, muy deteriorado (fig. 134).

A este segundo tercio del siglo XIV de-



134. Juicio Final. Capilla de San Ildefonso, en la catedral de Toledo

135. Tímpano de la puerta de los Escribanos. Catedral de Toledo



ben corresponder algunas esculturas de los pilares del Pastor y del Alfaquí y del antepecho de la galería alta, continuando la labor del último tercio del siglo XIII, entre las que destaca la de Alfonso XI († 1349), cuyos plegados concéntricos denuncian claramente la influencia italiana. Asimismo a esta fase de introducción de la influencia levantina corresponde la lauda, en piedra negra con cabeza y manos de alabastro de doña Teresa de Luna († 1296), madre del cardenal don Gil de Albornoz, fundadora junto con su marido don García Álvarez de Albornoz de la capilla de los Albornoz en la catedral de Cuenca, que es lo que subsiste de la primera construcción, ya que esta capilla fue rehecha en 1517. Y asimismo la Anunciación y los profetas Isaías y Zacarías en un pilar del crucero de la catedral de Sigüenza, con los escudos del obispo don Simón de Girón de Cisneros (1300-1326).

En la imaginería correspondiente a este período de la fase inicial del gótico, se han de citar la arcaizante Virgen del Sagrario de la catedral toledana, como la clásica del altar mayor. Otras imágenes como la Virgen del Sagrario y otra en el Museo de la catedral de Cuenca, la restaurada Virgen de los Llanos en Almagro, la de Nuestra Señora la Mayor en la catedral de Sigüenza, en madera de ciprés, como otras en el museo de esta catedral y la rehecha de Nuestra Señora del Prado en la catedral de Ciudad Real entre otras, evidencian la difusión del culto mariano y la tipología que arranca de los modelos iniciales del gótico (fig. 136).

De mediados de siglo y obra importada debe ser la magnífica Virgen Blanca de Toledo, análoga a otra mutilada en Illescas, y en Palencia y Martioda (Álava), mientras que el estilo blando de fines del siglo XIV se hace patente en una Virgen de la capilla de la pila bautismal, como una bellísima Piedad, de principios del siglo XV, en la capilla de Santa Teresa de esta catedral toledana, como ya refleja un arte más avanzado la Virgen de la Estrella, en el trascoro, repintada en el siglo XVI, altar del antiguo gremio de laneros,



que usaban del espacio ante ella con entera libertad, motivo de más de un pleito y discrepancias con el cabildo (figs. 137, 139, 140).

Del siglo XIII es el magnífico Calvario llamado de Alfonso VIII, en el Museo de la catedral de Cuenca, que estuvo revestido de plata, y ya de fecha más avanzada, de principios del XIV, es el Cristo situado sobre la reja de la capilla mayor de la catedral de Toledo. De 1295 es un buen relieve con el Calvario en la parroquia de Loeches (fig. 138).

Entre los retablos es importante el precedente de Santa María la Blanca de Toledo (Museo Balaguer de Villanueva y la Geltrú), con la Virgen en el centro entronizada y el apostolado aún recordando modelos románicos.

De fines del primer tercio del siglo XIV son los bellos bultos yacentes de los obispos de Sigüenza, don Alonso Pérez de Zamora († 1340) y don Pedro de Leucata († 1156), en el presbiterio de la catedral seguntina.

Segunda etapa (1375-1440)

La decoración del trascoro de la catedral de Toledo debe corresponder al último tercio del siglo XIV, quizás en relación con la labor emprendedora del arzobispo Tenorio (1376-1399), trabajando en ella artistas fuertemente influidos por el arte italiano. En el programa iconográfico de la catedral tiene este trascoro una importancia fundamental. Dedicadas las dos puertas del crucero una a la Virgen (la del mediodía) y otra al ciclo de la infancia de Cristo (Puerta del Reloj), y las de los pies al Juicio Final y a San Ildefonso (la central); los temas del Nuevo Testamento han de tener cabida en el trascoro mayor, reservándose este trascoro a los dedicados al Antiguo Testamento, es decir, a la génesis y primeras etapas de la existencia del hombre en la tierra. En una riquísima iconografía, de las más completas e interesantes de la escultura gótica, con matizaciones de importancia en número y calidad, el artista desarrolla la historia de la creación, entre las que

son particularmente interesantes las correspondientes al ciclo de Adán, a las que siguen otras referentes a Noé, Abraham, Jacob, José y Moisés, en un conjunto de sesenta y un relieves. De estilo un tanto rudo, son debidas evidentemente a un maestro local que se está sirviendo de una Biblia ilustrada en la que, como en la de Pamplona de principios del siglo XIII, los elementos ambientales son sumamente escasos (fig. 141).

A fines de este siglo XIV deben corresponder las esculturas de la portada de Santa Catalina, al claustro, entre las que destaca la imagen de la santa, en el parteluz. A este momento corresponden también los relieves pertenecientes a la antigua capilla de Reyes Nuevos —fundada en 1374— con escenas evangélicas del ciclo de la Infancia, de la Anunciación a la Huida a Egipto, de arte rudo y expresivo. Son también de estos años finales del siglo XIV los interesantísimos capiteles de los pilares angulares de este claustro, iniciado en 1389, de gran interés iconográfico, en los que debió inter-



venir el grupo de entalladores que, encabezados por el maestro Rodrigo Alfonso, y con Ferrán González como maestro principal, junto con Juan Díaz, Juan Alfonso y Alfonso Fernández, entre otros, trabajan en las obras emprendidas por don Pedro Tenorio (fig. 142).

En efecto, corresponden a 1397 las imágenes de la Anunciación en la portada de la capilla de San Blas, donde fue sepultado en 1399 el arzobispo, firmando su sepulcro el maestro Ferrán González, citándose como «pintor e entallador». Del mismo autor debe ser el inmediato de don Vicente Arias de Balboa, su capellán, obispo de Plasencia. Con otros sepulcros se relaciona un numeroso grupo, estudiado por M. T. Pérez Higuera, que se caracterizan por su cama de escasa altura, sobre leones, con frentes decorados con escudos y figuras encerradas en estrellas o cuatrifolios, con bulto de cuidada ejecución en su detallismo y perro a los pies, según vemos en el de Pedro Suárez (Museo Marés de Barcelona), en el de la Malograda en la iglesia toledana de San Pedro Mártir, otros en Santa Clara y en Santo Domingo el Antiguo, y, fuera de Castilla la Nueva, en Guadalupe, Ávila, Écija, Sevilla y Quejana (Álava) (figura 144).

Paralelamente trabaja en Toledo otro taller de escultura funeraria, que encabeza el maestro Luis, que hace los de Enrique II († 1374), y el magnífico de Catalina de Lancáster († 1418), y un maestro Pedro que firma el de doña Juana Manuel († 1381), de suavísima sonrisa evocando modelo catalán; correspondiendo al mismo taller el de Enrique III († 1403), todos ellos en la capilla de Reyes Nuevos de la catedral toledana, mostrando escasa relación este taller cortesano con lo que a cargo del cabildo se estaba haciendo en la catedral (fig. 143).

Al primer tercio del siglo XV corresponden obras de importancia. En tiempos del arzobispo don Pedro de Luna (1404-1414) se hace la costanera de Santa Lucía, en el lado de la Epístola del presbiterio, en la que junto a una riquísima decoración vegetal y de figurillas fan-

140. *Piedad. Capilla de Santa Teresa, en la catedral de Toledo*



141. Muerte de Adán. Trascoro de la catedral de Toledo



142. Capitel figurativo en un pilar angular del claustro. Catedral de Toledo



tásticas, conforme a la tradición del gótico del siglo XIV, se colocan numerosas esculturas de santos, obispos y ángeles, constando que en 1426 trabajaban en estas esculturas Alfonso Fernández y Alfonso Díaz, es decir, el mismo taller formado en las obras del arzobispo Tenorio (fig. 145). Por estas fechas se trabaja en la portada de la capilla de San Pedro, con la representación de quince bustos —el obispo don Sancho de Rojas y las dignidades de la iglesia toledana— pagándose al maestre Juan —quizás Juan Ruiz, entallador— el sepulcro en madera del arzobispo, y en la que ya aparece el salvaje en la jamba izquierda, así como las filacterias con tallo vegetal, motivo decorativo que veremos en Escalona, y en el templete de fines del XV, con la Piedad, de la catedral de Cuenca.

Al propio tiempo se trabaja activamente en la portada principal o del Perdón, por el mismo grupo de entalladores, posiblemente remodelando el conjunto. Es verosímil que en estos años se trasladase a la puerta derecha el Juicio Final antes citado; se haría el extraño relieve con flores y cabezas de la portada del Evangelio; y se ejecutó el tema de la Imposición de la casulla a san Ildefonso, buen ejemplo de la influencia italiana en los plegados y en el perfil sinuoso de la Virgen, además del apostolado y el Cristo del parteluz, sumamente esbelto, en los que debieron intervenir los restauradores de la portada en el siglo XVIII, como en el duplicado relieve del dintel de la puerta de la Epístola.

Fuera de Toledo y acusando la influencia de los talleres aragoneses, de hacia 1400, son los restos del sepulcro del obispo Álvaro Martínez y el de un caballero santiaguista, en alabastro, en la capilla de Santiago de la catedral de Cuenca.

Tercera etapa (1440-1510)

Las formas flamencas se introducen en Castilla la Nueva hacia 1440. Se considera obra primeriza, en la que se percibe la influencia borgoñona, el sepulcro del

143. Pormenor de la escultura funeraria de doña Juana Manuel. Capilla de Reyes Nuevos, en la catedral de Toledo

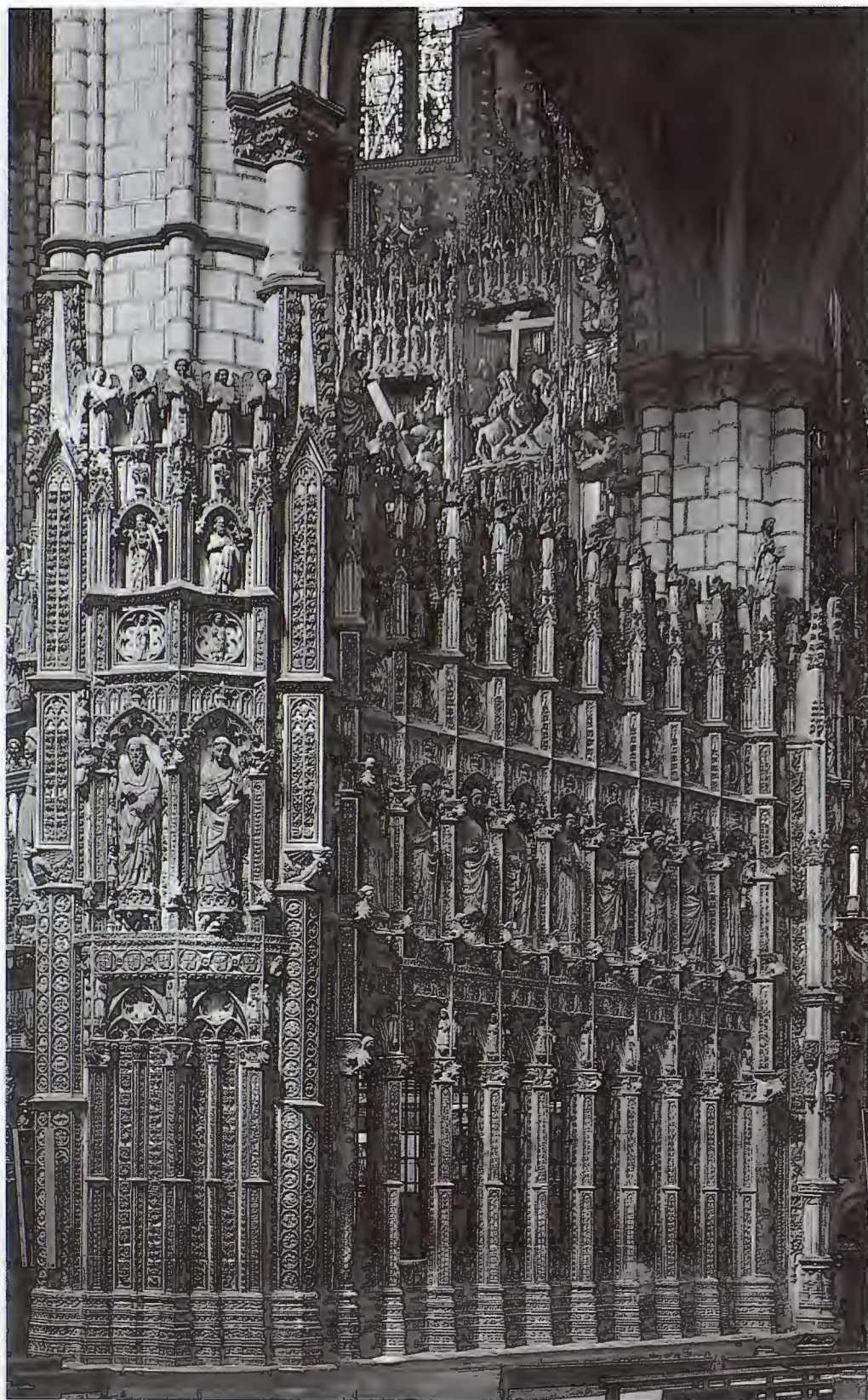
144. Pormenor de la escultura funeraria de Pedro Suárez. Museo Marés, Barcelona

cardenal de San Eustaquio, Alonso Carrillo de Albornoz, en la catedral de Sigüenza, que murió en Basilea en 1434. Aunque en su sepultura aparece la fecha de 1426, añadida, se estima que se debió ejecutar este sepulcro unos diez años después, por encargo de su sucesor y sobrino don Alonso Carrillo de Acuña, que rigió la diócesis seguntina hasta 1446. En el frente de la cama sepulcral se representa la historia de San Eustaquio, tratada pictóricamente, a los lados una bella Anunciación, San Pedro y San Pablo, y al fondo los santos Juanes flanqueando la imagen de San Eustaquio. Se plantea la posibilidad de su entronque con el taller que gira en torno a Janin Lome (Jehan Lome), de Pamplona, que estuvo al servicio de Juan II de Aragón y Navarra, por tierras de Castilla, concretamente en 1441 en Cuéllar (figura 147).

Desde 1448 se cita como maestro activo en Toledo; a Egas Cueman, hermano del maestro Hanequin de Bruselas, cuya actividad se desarrolla hasta su muerte, poco antes del 18 de septiembre de 1495. De 1454 es su documentada intervención en la ejecución de la sillería del coro de la catedral de Cuenca, que en el siglo XVIII se pasó a la Colegiata de Belmonte, donde se conserva en buen estado. En los grandes tableros de la sillería alta y baja, se representan santos y personajes del Antiguo Testamento de cuerpo entero y doce escenas bíblicas y otras ocho de la Pasión, de gran interés iconográfico. En su talla el carácter flamenco es evidente en las angulosidades, como en la minuciosidad con que se estudian ropajes y detalles anecdóticos, destacando asimismo la rica decoración menuda. Su trabajo en Cuenca induce a atribuirle el Salvador del Museo de la catedral, por su plasticidad y dramatismo (fig. 149).

En 1452 se inicia la Puerta de los Leones, antes Puerta del Sol o de la Alegría, renovando la que existía anteriormente y en la que bajo la dirección de Hanequin, colabora junto a Egas Cueman, que hace tres apóstoles, Juan Alemán, que hace cuatro apóstoles y las tres Marías, y





Francisco de las Cuevas, que hace un apóstol. La reforma sufrida por esta portada, con supresión de apóstoles y la restauración de esculturas maltrechas, hace difícil la distinción de la labor de cada uno, pues es posible que en el plan primitivo existieran doce apóstoles. Sin embargo, el estilo de Juan Alemán se puede concretar en las figuras de las tres Marías y, posiblemente, la de Nicodemus, debiéndole corresponder asimismo el Árbol de Jesé, en el tímpano interior de la portada. Su estilo de pliegues muy angulosos es característico, señalándose una cierta diferencia respecto a las figuras de San Pedro, San Pablo y San Mateo, que serían atribuibles a Egas, a quien deben corresponder asimismo las historias de la muerte y entierro de la Virgen, así como la Virgen del parteluz, aparte de buen número de los ángeles de las arquivoltas, como las bellísimas alegorías de las virtudes y profetas del basamento, y la riquísima decoración vegetal y animada entre las molduras, con plegados más suaves que los angulosos del escultor germánico.

El carácter flamenco del estilo de Egas Cueman se evidencia en la noticia del desaparecido sepulcro de don Pedro Girón, para su capilla del monasterio de Calatrava, que se hizo, según la documentación, tomando como modelo el de Felipe el Atrevido en Dijon. También debió hacer los de los padres y abuelos de don Pedro Girón en la Colegiata de Belmonte, que han desaparecido, subsistiendo algunos restos, entre los que destaca un pajecillo, debiéndole corresponder la deliciosa cabeza de joven que procede de Santo Domingo el Real de Madrid (Museo Arqueológico Nacional) (figura 146).

Como escultor de sepulcros deben corresponderle los de don Juan de Cerezuola, don Pedro de Luna y don Juan de Luna († 1456), hijo de don Álvaro de Luna, así como el de don Juan Martínez de Contreras, en la vecina capilla de San Ildefonso. En su órbita se sitúan también el de doña Inés de Ayala († 1453), en Santa Isabel de Toledo, con empleo

de policromía blanca y negra, como el de doña Constanza de Castilla († 1478), procedente de Santo Domingo el Real de Madrid (Museo Arqueológico Nacional), con virtudes en su frente y ángulos y, asimismo, el de los padres del deán Morales († 1490), en Santa Clara de Toledo, que repite en algunos aspectos un proyecto hecho por el propio Egas para Guadalupe, donde le corresponden los de don Alfonso de Velasco y el del padre Illescas (figs. 148, 150).

Sumamente característica e importante es su estrecha colaboración con el arquitecto Juan Guas. Consta que trabaja en el Palacio del Infantado de Guadalajara, firmando en la filacteria que bordea la rosca de los arcos del piso bajo, y en el que, aparte de la bellísima decoración de carácter naturalista, aparece el tema del salvaje tenante de escudo. Ambas características han de repetirse en San Gregorio de Valladolid, donde se documenta la estancia de Guas. En el convento toledano de San Juan de los Reyes es citado como maestro mayor de la obra de escultura, que es lo más sorprendente del monasterio, tanto en la fastuosidad del crucero con los grandes escudos y la bellísima decoración de los pilares, como fundamentalmente en el claustro, de lo más bello del arte hispano-flamen-co. Entre las esculturas son particularmente representativas la bellísima de Santa Elena, en el crucero, como la de San Bernardino (fig. 153). Entre 1483 y 1493 trabaja también con Guas, en la obra de la parte de la Epístola del trascoro mayor de la catedral de Toledo, mientras Martín Sánchez Bonifacio se encarga del sector del Evangelio, debiendo suministrar Egas los modelos de todos los relieves, en un arte un tanto rudo y rutinario, correspondiente a escenas evangélicas, muy desiguales en su ejecución, mientras la decoración vegetal, con figurillas, muestra evidente paralelismo con la decoración de San Juan de los Reyes.

El mejor escultor de sepulcros de los últimos decenios del siglo es el maestro Sebastián de Toledo, que debió formarse en el taller de Egas Cueman. Su identifi-



147. Sepulcro del cardenal de San Eustaquio.
Catedral de Sigüenza

149. Relieve de la sillería de coro de la
colegiata de Belmonte (Cuenca)



148. Sepulcro de don Juan de Cerezuela.
Capilla de don Álvaro de Luna, en la
catedral de Toledo

150. Sepulcro de doña Constanza de Castilla.
Museo Arqueológico Nacional



151. Sepulcro del llamado Doncel de Sigüenza. Capilla de los Arce, en la catedral de Sigüenza

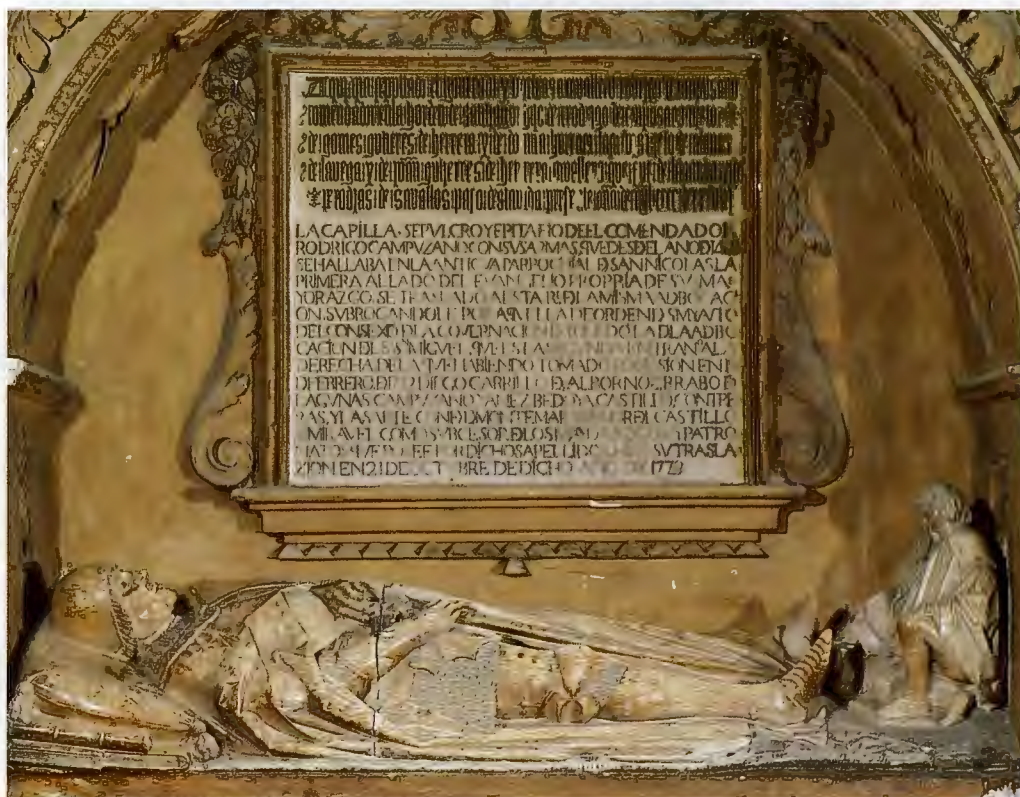
152. Sepulcro de don Rodrigo de Campuzano. Iglesia de San Nicolás, Guadalajara

cación con el Sebastián de Almonacid que interviene en los relieves del banco del retablo mayor de la catedral toledana y a quien se cita en Sevilla, Toledo y Sigüenza hasta 1517, es dudosa. Tampoco creo que tenga relación con un «Sebastián natural de Bruselas» que hizo un crucifijo y varias imágenes en 1457 en la villa coruñesa de Noya.

Su primera obra documentada es el maltrecho sepulcro de don Alonso Carrillo de Acuña († 1482), cuyos restos se conservan en la Magistral de Alcalá de Henares, procedente del presbiterio de la iglesia de San Diego, donde estuvo junto al de su hijo natural don Troylo, y que fue restaurado en el siglo pasado por José Piquer. Nos ofrece en su frente las virtudes cardinales, bajo arcos y torrecillas angulares.

Su obra maestra son los sepulcros de don Álvaro de Luna y doña Juana Pimentel en su capilla funeraria de la catedral de Toledo, que contrata en 1489; el del Condestable con las virtudes, un pajecllo a los pies y cuatro caballeros comendadores de la Orden de Santiago en los ángulos, y el de ella con apóstoles, doncellica y frailes franciscanos en los ángulos. Estos sepulcros se relacionan estrechamente con el del caballero don Rodrigo de Campuzano († 1488) en la iglesia de San Nicolás de Guadalajara, con pajecllo a los pies que nos señala una marcada tendencia hacia la idealización melancólica (fig. 152).

Se relacionan asimismo estrechamente con el más célebre sepulcro de Castilla, el del caballero Martín Vázquez de Arce, comendador de la Orden de Santiago, que murió en la vega de Granada en 1486, sirviendo en las huestes del duque del Infantado, cuya sepultura debió labrarse hacia 1491. Es la obra maestra en la línea de la exaltación melancólica, al representarse recostado, meditando en la lectura mientras un paje llora a sus pies. La actitud del Doncel de Sigüenza nos lleva a los sepulcros de don Íñigo López de Mendoza († 1470) y de doña Elvira de Quiñones, condes de Tendilla, que, procedentes de Tendilla, se conservan



153. *Santa Elena. Iglesia de San Juan de los Reyes, Toledo*

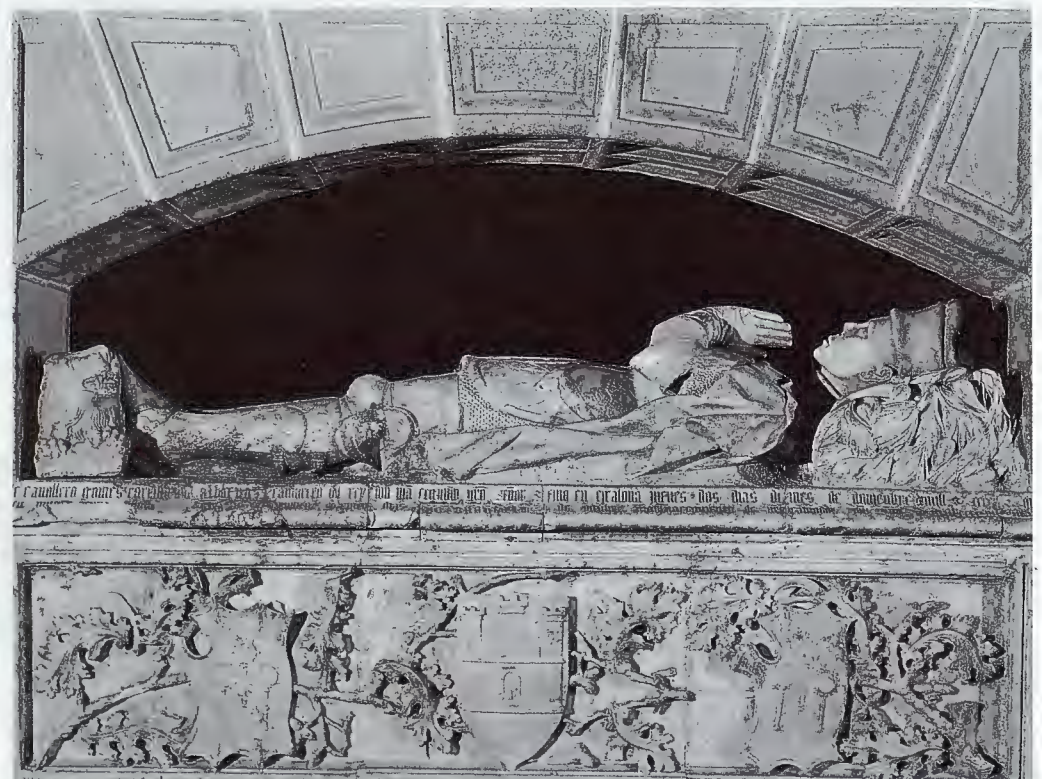


154. *Sepulcro de don Fernando de Luxán. Catedral de Sigüenza*

155. *Doncella situada a los pies de la condesa de Tendilla, en el sepulcro de ésta. Iglesia de San Ginés, Guadalajara*



156. *Sepulcro de don Gómez Carrillo de Acuña. Catedral de Sigüenza*



157. Cabeza de la escultura funeraria de doña Aldonza de Mendoza. Museo de Guadalajara

158. Púlpito del lado de la Epístola. Catedral de Sigüenza

159. Relieve relativo a la guerra de Granada. Sillería de coro de la catedral de Toledo

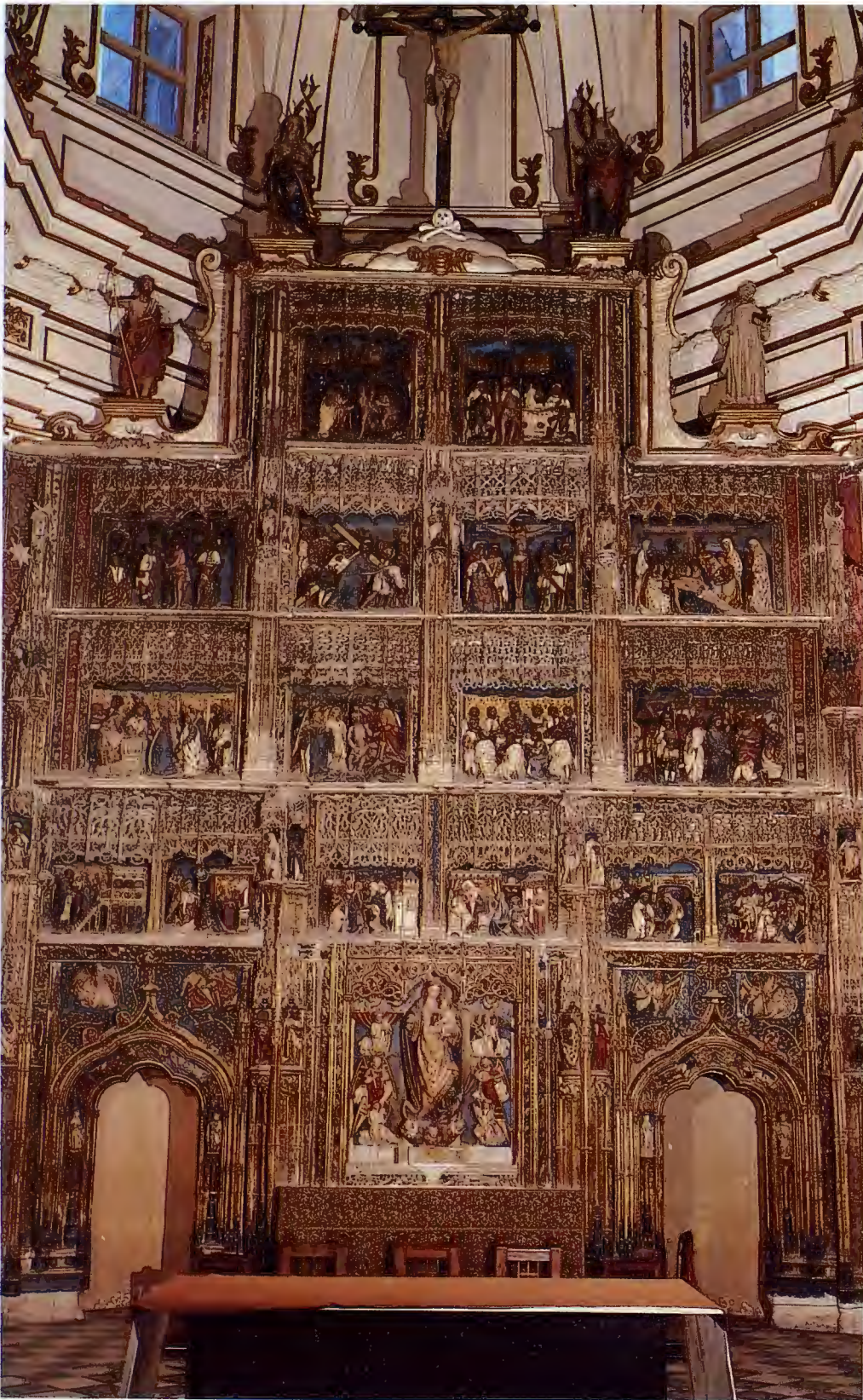
mutilados en San Ginés de Guadalajara. Ambos se representan también recostados meditando la lectura, con paje y deliciosa doncella que se sitúa a los pies de la condesa, evocando el modelo de Santa Elena en el crucero de San Juan de los Reyes, donde trabaja Egas (figuras 151, 155).

Estos sepulcros de los condes de Tendilla parecen establecer el puente de enlace en la escultura funeraria entre el taller de Egas y el del maestro Sebastián, como los de doña Aldonza de Mendoza († 1435), que, procedente de Lupiana, se conserva en el Museo de Guadalajara, que se relaciona con el de doña María de Castilla († 1448) y de don Gómez Carrillo de Acuña († 1441), en el presbiterio de la catedral seguntina, obras verdaderamente maestras, que justifican la existencia de un taller de escultura en piedra en torno a la Casa de Mendoza, estableciéndose el enlace entre estos tres últimos sepulcros y los de los anteriores, mediante la sepultura del obispo don Fernando de Luxán († 1465), con escenas de la historia de Santa Catalina, que nos conduce a los talleres de Ávila y Segovia, donde consta la intervención del maestro Sebastián en obras que dirigía Juan Guas (figs. 154, 156, 157).

Este taller de escultura funeraria tiene su epílogo en el sepulcro de don Bernardo de Agen en la girola de la catedral de Sigüenza, labrado en 1499 por Martín de Lande, y en el del canónigo seguntino don Fernando de Coca, de hacia 1500, en San Pedro de Ciudad Real, donde se conserva un bello retablo en piedra dedicado a la Virgen de Loreto, con escenas relativas a la Virgen. Ya más tarde, es el sepulcro del caballero Loaysa en la Colegiata de Talavera de la Reina, estableciéndose el ritmo de continuidad con los sepulcros de don Fernando de Arce († 1504) y doña Catalina de Sosa († 1517), en la capilla de los Arce de la catedral seguntina, como los de don Gutierre de Cárdenas y doña Teresa Enríquez en la Colegiata de Torrijos. Podemos cerrar el grupo con el del canónigo Salcedo († 1504), en la capilla de la Con-



160. Retablo del monasterio de El Paular.
Rascafría (Madrid)



cepción, y del también canónigo Luis Daza († 1504), en la capilla de la Epifanía, cuyos frentes con escudo central y motivos vegetales repiten modelo usual en estos años, como vemos en los de Juan Alfonso de Montemayor el Viejo y el Mozo, procedentes de Santa María de Gracia, en la catedral de Cuenca.

Rodrigo Alemán es el mejor escultor en madera del último decenio del siglo, llamado Rodrigo Duque en la documentación de la catedral de Sigüenza. Su obra maestra es la sillería baja del coro de la catedral de Toledo, que inicia en 1489 y termina en 1495. Conforme a una tradición que sitúa en la catedral temas históricos —según indicamos respecto al Alfaquí y al Pastor de las Navas en el presbiterio—, se dedican los relieves de esta sillería a ilustrar pasajes de la guerra de Granada, siguiendo puntualmente los incidentes de la guerra, como crónica ilustrada. Cronológicamente se inician estos pasajes con la representación de la toma de Alhama, en 1482, para terminar a través de más de medio centenar de relieves, con la rendición de la ciudad de Granada. En su ordenación, partiendo del lado de la Epístola, se relatan pasajes de la toma de Alhama a la de Baza, tomando como centro de la composición general la escena de la toma de Moclín, realizados en 1489; en una segunda etapa, que se inicia en 1493, y con un cierto desorden en la colocación, se hacen las escenas del lado del Evangelio y, por último, en 1495, las del testero de fondo. En ellas sobresale la minuciosidad detallista, la riqueza y fantasía de la talla decorativa y el realismo burlesco de las misericordias, doctrinales e irónicas en ocasiones, advirtiéndose un cierto desorden en la ejecución del conjunto en los lados del Evangelio y del fondo (fig. 159). En Sigüenza se considera como obra suya la silla episcopal, con escudo del cardenal Mendoza y dos profetas, correspondiendo el resto de la sillería a los años 1488-1491, con tallas geométricas, a los maestros Francisco de Coca, Gaspar, Petijuan y Diego López. También se considera que debió dar la traza para el



162. Detalle del púlpito de la iglesia de Cifuentes (Guadalajara)



163. Virgen. Sacristía de la colegiata de Talavera de la Reina



164. Bulto funerario del caballero Antelo. Catedral de Cuenca



púlpito del lado de la Epístola, de la catedral seguntina, pues en 1496 se queja de que se hiciera de alabastro, quizás, como apunta Pérez Villamil, por el maestro aragonés Gaspar. En su frente se representa la Virgen sobre nave con San Jorge y Santa Elena, alusivos a los títulos cardenalicios de don Pedro González de Mendoza (fig. 158).

Trabaja más tarde, en 1498, Rodrigo Duterte en el banco del retablo mayor de la catedral de Toledo, constando su intervención en las sillerías de Ciudad Rodrigo y Plasencia, donde según la tradición se mató al caer con un artificio que inventó y con el que sobrevoló la ciudad.

De estos años finales del siglo XV se conservan numerosas obras que son testimonio de la vitalidad de los talleres que trabajan en torno a los grandes maestros. Son importantes, con sólo trazas geométricas, las sillas priorales de Uclés (catedral de Ciudad Real) y de Santo Domingo de Madrid (Museo Arqueológico Nacional), constando también que Juan de Millán de Talavera, hizo ochenta sillas con sólo el escudo de los Reyes Católicos para San Juan de los Reyes.

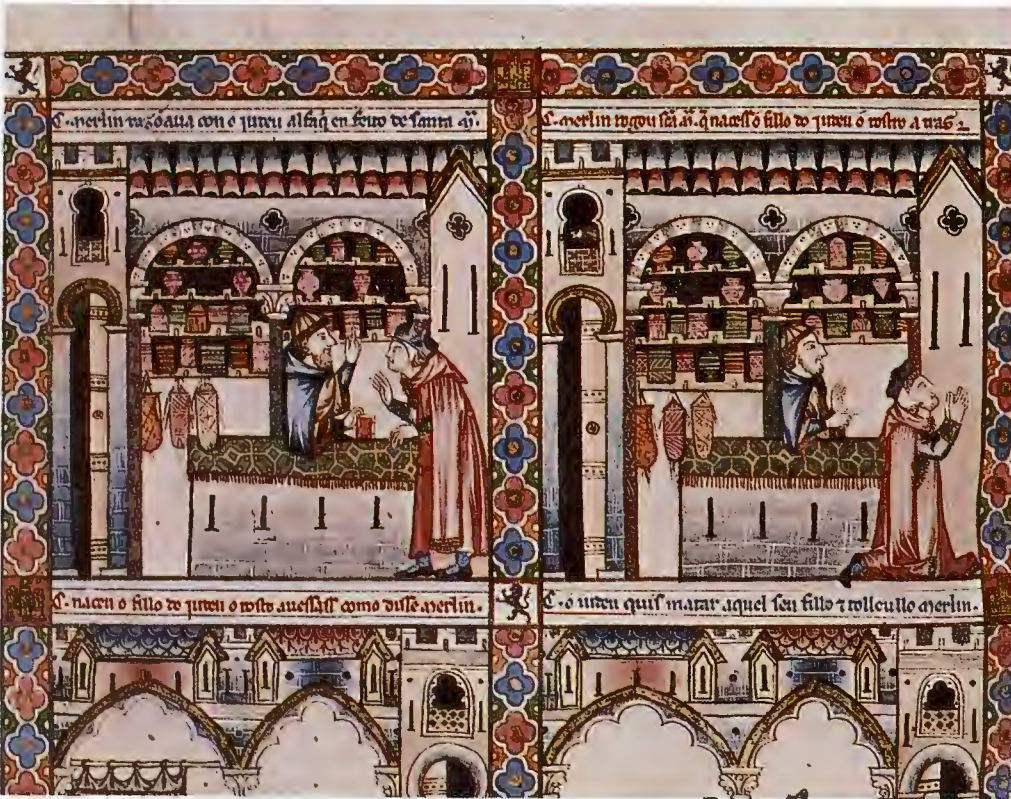
Asimismo se conservan retablos, entre los que sobresale el excepcional y bellísimo retablo de El Paular, con numerosas escenas evangélicas y una magnífica Virgen en el centro, en relación más con el arte burgalés que con el toledano, en alabastro, quizás obra importada, conforme a la tradición que vino de Génova, aunque sea obra flamenca. También en relación con la escuela burgalesa y ya de muy finales del siglo XV es el magnífico de Santa María y de Todos los Santos, de la catedral de Cuenca, donde se conserva también un bello grupo de los Desposorios en la sacristía. Asimismo los relieves flamencos con tres escenas relativas a San Juan en la Colegiata de Belmonte, verosíblemente obra importada, enlazando ya con obras platerescas, el de Villaescusa de Haro (figs. 160, 161, 165).

Aparte de lo citado son destacables la extraña e insólita estatua orante de Pedro I (Museo Arqueológico Nacional),



166. Detalle de una miniatura de las Cantigas, con elementos arquitectónicos de tipo toledano. Biblioteca del monasterio de El Escorial

167. Detalle de las pinturas del arca de San Isidro. Palacio Arzobispal de Madrid



de influencia burgalesa, muy rehecha, procedente de Santo Domingo el Real de Madrid; el bulto funerario en madera, con restos de policromía, del caballero Antelo, en la catedral de Cuenca; la sepultura de don Alonso Fernández, «el Dorado», de Jirueque (Guadalajara); numerosas Vírgenes entre las que destaca la bellísima de la sacristía de la Colegiata de Talavera de la Reina y la de Bonaval, de alabastro; grupos como el de la Presentación de la catedral de Cuenca y el de la Piedad en la Colegiata de Talavera de la Reina; el púlpito de Cifuentes, con la Pentecostés y frailes; y numerosas imágenes y fragmentos conservados en los museos catedralicios, diocesano de Sigüenza y de Santa Cruz de Toledo, fundamentalmente (figs. 162-164).

Cierra el ciclo de la escultura gótica en Castilla la Nueva la gran obra del retablo mayor de la catedral toledana, en cuyo banco trabajan Petijuan y Rodrigo Alemán, en 1498, iniciándose las formas renacentistas en las esculturas del cuerpo del retablo, en las que intervienen Diego Copin, Sebastián de Almonacid y Felipe Vignary, aunque Petijuan mantenga el goticismo en la talla de los encasamientos y chambranas.

PINTURA GÓTICA

Son muy escasas las pinturas del estilo gótico lineal conservadas en Castilla la Nueva. De mediados del siglo podrían ser las subsistentes en un muro al lado del Evangelio del arco triunfal del Cristo de la Luz, una de ellas representando una escena del alma conducida al cielo por ángeles, muy mal conservadas.

Posterior a 1255 es el códice de las Cantigas que procedente de Toledo se conserva en la Biblioteca Nacional, sin miniaturas. El más rico es el T. I. 1 de El Escorial. La referencia al miniaturista Pedro Lorenzo, que obtiene una escribanía en Ciudad Real (Villa Real), apoya el origen castellano de este iluminador, aparte de que como indica Guerrero Lovillo en la arquitectura se observa «un

reflejo típicamente toledano», lo que no obsta para que los códices se ejecutasen en el escritorio real no radicado en un lugar concreto (fig. 166). También debe ser redactado en Toledo el Libro del Saber de Astronomía (Universidad Complutense), como ya en el siglo XIV el Fuero Juzgo romanceado que perteneció a don Pedro Tenorio (Bibl. Nacional). En la pintura mural el mejor conjunto es el descubierto recientemente por Martínez Caviro en la Concepción Francisca, en buen estado de conservación. Se representa la deesis, con un grupo de figuras, en su mayor parte femeninas, entre las que se ha reconocido a Santa Isabel de Hungría y a San Luis de Francia, junto a los santos Juanes y otros santos, además de ángeles con trompetas y los instrumentos de la Pasión. Completan estas pinturas temas de la Pasión y una escena identificada como la entrevista entre Alfonso X y Jaime I, con obispo que sostiene un libro y escudos de San Pedro, de León y Castilla y de la Cruzada. También corresponden al estilo gótico lineal las pinturas sobre pergamino del arca de San Isidro (Palacio Arzobispal de Madrid), con historias del santo, cobijadas por arcos apuntados trilobulados, de claro sentido narrativo (fig. 167). Y en el Seminario menor de Toledo, unas jóvenes con flor y pájaro, en íntima relación con las yaserías del Alcázar de Sevilla, lo que indica su tardía fecha.

Se podrían incluir en este grupo los tres grandes códices de la Biblia de San Luis (Catedral de Toledo), importada en el siglo XIII, ya apreciada en el siglo XV como «la pintura de más valor que haya en el mundo» (Rosmithal) (fig. 168).

Estilo trecentista

Se inicia este estilo en fecha tan avanzada como fines del siglo XIV. Puede considerarse como introductor al florentino Gerardo Starnina, que según el Vasari estuvo en España en 1379, regresando a Florencia hacia 1387, para volver seguidamente, pues se documenta su estancia





170. *Virgen con el Niño. Tabla central del retablo del arzobispo don Sancho de Rojas. Museo del Prado*

en Toledo en 1393, con motivo del cobro de unas pinturas y en 1395 cuando en Valencia el pintor Nicolao de Antonio delega en él para cobrar lo que hicieron juntos, regresando a Valencia donde permanece hasta 1401, cuando vuelve a Florencia. En relación con estos contactos con Valencia recuerda Gudíol el contrato que hizo el cardenal don Pedro Tenorio en 1387 con el pintor Esteve Rovira de Chipre, residente en Valencia, y que trabajaba en Brihuega, para hacer un retablo para la catedral toledana.

Se consideran como obra de Starnina las tablas aprovechadas del antiguo retablo mayor, actualmente en el retablo de San Eugenio, con escenas del ciclo evangélico de la infancia; así como las que se sitúan en el banco del retablo de la Crucifixión, con escenas del ciclo de la Pasión, de inferior calidad, en la capilla bautismal de la catedral toledana, en la que es posible la intervención de colaboradores, a juzgar por el arco de herradura representado; y las tablas de San Pedro y San Pablo en la capilla del sepulcro (fig. 169).

Es muy verosímil que correspondá a Starnina la traza general de la decoración pictórica de la capilla de San Blas, fundada por el cardenal Tenorio, con temas inspirados en el Credo, en la que se trabaja por estos años, a la que le corresponderían las escenas de la Anunciación, la Adoración de los pastores, la Resurrección y los evangelistas.

Aunque no hay que descartar la posible intervención de Ferrán González, pintor y escultor que firma el sepulcro del arzobispo Tenorio, es Rodríguez Toledo el continuador de la obra, cuyo nombre figuraba como autor de las pinturas, y al que corresponderían las escenas de la zona inferior y las escenas de la Pentecostés, la Anastasis y el Santo Entierro. El estilo personal de Rodríguez de Toledo puede rastrearse a través del gran retablo del arzobispo don Sancho de Rojas, que se haría en Toledo para la capilla fundada por el arzobispo en San Benito de Valladolid, con escenas evangélicas, de interesante iconografía, completada con



171. Adoración de los Magos, por el Maestro de Horcajo. Seminario de Cuenca

172. Tabla de Santa Ana. Catedral de Cuenca

173. Detalle de un folio miniado de la Biblia de la Casa de Alba



la Misa de san Gregorio, que nos lleva al fresco del mismo tema y estilo en la Concepción Francisca. Dedícase la tabla central de este retablo a la Virgen con el Niño que imponen la mitra y la corona al arzobispo y a don Fernando de Antequera, al parecer alusión clara al origen de las potestades eclesiástica y real (figura 170).

Con su estilo se relaciona una bella tabla con la Virgen y el Niño, Santa Catalina y orantes (Museo Arqueológico de Valladolid), de excelente calidad; una obra de inferior categoría es la Imposición de la casulla a san Ildefonso en la parroquial de Illescas; y las miniaturas de un Pasionario en la catedral de Toledo.

Discípulo directo de Rodríguez de Toledo es el Maestro de Horcajo, cuyo retablo se conserva en el Seminario de Cuenca. Buen pintor de carácter italianizante, dueño de un estilo claro y reposado que se nos muestra particularmente en la bella Anunciación, como en la Adoración de los Reyes, con sus características arquitecturas (fig. 171). Con este maestro se han relacionado las sargas con la Natividad, pues otras con el Cristo a la columna y la Piedad (Museo de Bilbao) parecen mostrar mayor relación con la tabla del Calvario que se conserva en la catedral de Cuenca.

En la propia catedral de Cuenca, en la capilla de San Antolín, se conservan dos tablas que corresponden a este momento representando a San Antolín y a San Juan Evangelista, firmada esta última con la leyenda «Joanes: me fecit», repintadas, que no muestran relación con el autor de la tabla del Calvario.

Estilo internacional

De un arte delicado y ya con lejana relación con las obras del Maestro de Horcajo, reflejando un estilo sentimental y emotivo, es la bella Santa Ana de su retablo de la catedral de Cuenca (fig. 172). De hacia 1430 es el Maestro de Sigüenza, a quien corresponde el retablo de San Juan Bautista y Santa Catalina (Prado;



Por los q's goze uoye
della del sol vestida
e por tu gloria infunda
faz tu señora que goze
de los gozos e plazerres
otorgados.
alos bien auenturados
tendita entre la imagen



Catedral de Sigüenza), que se hizo para la antigua capilla de Santo Tomás Cantuariense, y que muestra ciertas relaciones con la pintura aragonesa, distinguiéndose por la estilización y belleza del colorido, evocando el arte de Juan de Leví. Las figuras de los santos en la tabla central, y particularmente la de Santa Catalina, así como la escena relativa al baile de Salomé son representativas. Este maestro por su técnica muestra íntimas relaciones con Juan de Sevilla, así como aspectos de su estilística mantienen esta problemática respecto a su identificación, y, con el examen de otras obras adscritas a su círculo, llega Gudiol a plantear la posibilidad de identificar a Juan de Sevilla con un Juan de Peralta, que firma un San Andrés en una colección particular parisina.

Al margen de esta evolución estilística se pueden incluir en estas obras anteriores a la influencia flamenca, el banco del altar de campaña —de escultura flamenca— del marqués de Villena en la Colegiata de Belmonte, con parte del apostolado y San Pedro, de medio cuerpo. Asimismo, en la Concepción Francisca, las pinturas murales con la estigmatización de San Francisco y el Sacrificio de Isaac, y Santa Elena con la cruz.

También corresponde a este momento una Biblia de la Casa del Infantado y la interesante Biblia de la Casa de Alba, encargada en 1422 al rabí Mose Arragel por el maestre de Calatrava, Luis de Guzmán, que contiene 334 miniaturas, en un estilo narrativo y en el que se prodigan arquitecturas moriscas (fig. 173).

Estilo hispano-flamenco

El introductor del estilo flamenco en Castilla la Nueva es Jorge Inglés, que en junio de 1455 termina el retablo de la Virgen que por encargo del I marqués de Santillana hizo para el Hospital de Buitrago, del que se conservan los retratos del marqués y su mujer Catalina Suárez de Figueroa, y el banco del retablo con los Padres de la Iglesia y ángeles con

176. *Conjunto del retablo de don Álvaro de Luna. Catedral de Toledo*



177. *Virgen con el Niño*, por el Maestro de los Luna. Museo del Prado



178. *Retrato de la esposa de Juan Guas*. Iglesia de los Santos Justo y Pastor, Toledo



filacterias con estrofas en loor de la Virgen, debidas al propio marqués de Santillana. Se desconocen más datos sobre su actividad en Castilla, aunque su perfecta técnica y la elegancia de las figuras, como el concepto del espacio y la belleza del colorido hacen de esta excepcional obra una de las más importantes en Castilla. Se le atribuye una Trinidad (Prado) (figura 174).

En íntima conexión con este pintor se sitúa el Maestro de Sopetrán, con escenas de la Anunciación (directamente ins-

pirada en Van der Weyden), Natividad, Tránsito de la Virgen y el retrato de don Diego, duque del Infantado, hijo del marqués de Santillana, en el espacioso interior de una capilla (Prado) (fig. 175). Se establecen relaciones entre el Maestro de Sopetrán y el retablo de don Álvaro de Luna, contratado en 1488 por Juan de Segovia y Sancho de Zamora. Se establece en este retablo una distinción, según la cual corresponderían a Juan de Segovia, como «Maestro de los Luna», las figuras del banco y la melancólica

Virgen con el Niño, cuyo suave modelado la relaciona estrechamente con la Virgen y el Niño del Museo del Prado (figuras 176, 177).

El «Maestro de los Luna» sería el más característico de esta escuela toledana, que tiene amplio desarrollo en la diócesis seguntina. Así se incluyen dentro de su estilo las tablas de San Ginés de Guadalajara (1484), con el retrato del cardenal Mendoza y las pinturas de la Pasión de Cristo del sepulcro del Doncel de Sigüenza, de estilo seco y expresivo, que se



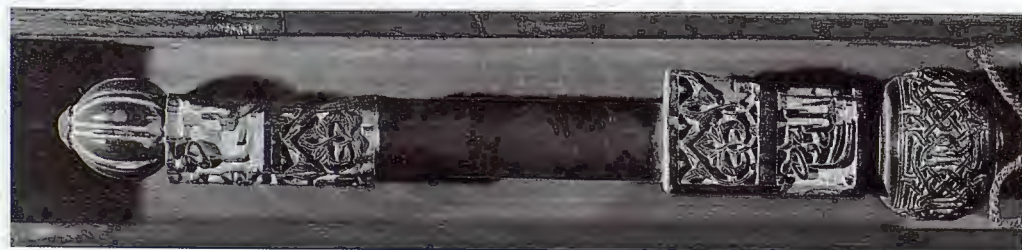
han atribuido a Antonio de Contreras, a quien también se atribuye el magnífico retablo de San Marcos y Santa Catalina, en la catedral seguntina, ya del siglo XVI. Paralelamente se atribuyen a Sancho de Zamora las ocho tablas laterales de este retablo de la capilla de don Álvaro de Luna, que al identificársele con el Maestro de San Ildefonso supone la relación de la escuela toledana con las escuelas del norte, fundamentalmente de Ávila y de Valladolid. Dentro de su órbita se incluyen las tablas correspondientes al

Maestro de la Sisle (Prado), con seis paneles dedicados a la Virgen, en el que se reconoce la influencia de Schongauer (figura 179).

Varias obras conservadas y noticias documentales permiten vislumbrar la importancia de las diversas escuelas castellanas, aunque sea difícil establecer relaciones entre ellas. Firmadas por Carillo y procedentes de Torrico, en las cercanías de Puente del Arzobispo y en relación con el señor de Oropesa, son dos tablas, una con la Virgen y el Niño (Ber-

lín) y otra con la Misa de san Gregorio (Fitzwilliam Museum de Cambridge, EE.UU.), que muestran ciertas relaciones con la escuela sevillana. A Antonio de Madrid se atribuye el San Miguel del Museo del Prado, del llamado Maestro de Zafra.

En relación con la escuela del Maestro de San Ildefonso se citan la Verónica, firmada por Rodríguez Solís, en la colección Torre Palma; y el retablo con la Virgen de la Leche con Santiago, un papa y los donantes y el apostolado en el



banco, que fue de la capilla de los Antello, en el Museo de la catedral de Cuenca (figura 180).

Otras obras, como el complejo y discutido retablo de Robledo de Chavela (Madrid), que se relaciona con la escuela segoviana; el Entierro de Cristo y el Descendimiento del Museo Diocesano de Sigüenza; el retrato de Juan Guas y sus familiares en la iglesia toledana de San Justo y Pastor (fig. 178); y el tríptico de la Virgen de Montserrat en el Museo de Santa Cruz, nos sirven de testimonio de la complejidad de influencia y estilos en esta escuela toledana. Asimismo son significativas noticias como la referente al nombramiento en 1474 de Francisco Chacón, «comendador vecino de esta ciudad» y «pintor de la señora princesa», de quien únicamente se conserva, firmada, la Piedad en las Escuelas Pías de Granada, de buena calidad, enraizada en la estilística flamenca, con magnífico retrato de donante.

Los magníficos códices conservados en la catedral de Toledo, como los procedentes de la Casa de Mendoza y los de la Biblioteca de Palacio integran uno de los más sugestivos capítulos del arte gótico. Sobresalen los Cantorales de los arzobispos Carrillo y Mendoza, y los códices del marqués de Santillana, entre el gran número de obras conservadas atribuibles a los escritorios de Castilla la Nueva.

ARTES APLICADAS

Durante el período gótico adquieren un gran desarrollo las artes aplicadas, que enriquecen los templos y palacios y son testimonio de la creciente actividad y el carácter de la sociedad para la que se hacen. En Castilla la Nueva la influencia islámica es nota característica en aquellas en las que tiene cabida, pues en las de carácter fundamentalmente religioso es escasamente perceptible esta influencia. Entre las artes aplicadas de carácter arquitectónico la rejería tiene gran importancia, como punto de arranque del gran desarrollo que va a adquirir en el siglo

183. *Armario con labor de apeinazado.*
Museo Arqueológico Nacional



184. *Detalle de las puertas chapadas en bronce de la catedral de Toledo*



XIV. Se inicia propiamente con la aceptación del modelo catalán, según vemos en la capilla de San Juan Bautista de la catedral toledana, de mediados del siglo XV, que se caracteriza por su estructuración en zócalo sobre el que se sitúan los barrotes redondos, rematando en estrecha cornisa y coronada con flores como lirios, como en la capilla de San Juan Bautista en la Colegiata de Belmonte.

En la segunda mitad del siglo XV se enriquecen la traza y tipo de balaustres, cuadrangulares o retorcidos, introduciéndose entre ellos elementos en forma de corazón, de arcos conopiales o sinuosos, dando gran importancia al friso

intermedio y a la crestería con arcos entrelazados, flameros, ángeles y otros motivos en placas recortadas. Es característica la obra del maestro Pablo en la catedral toledana, que trabaja entre 1480 y 1500, y a quien corresponden las rejas de la Puerta del Reloj, de la capilla de San Ildefonso y de la capilla de doña Teresa de Haro.

En la metalistería, aparte de los numerosísimos candeleros, atriles, incensarios, clavazón de puertas, cerrajas y otras piezas, se ha de destacar la importancia de las magníficas puertas de la catedral de Toledo, chapadas en bronce, con leones, castillos y labores mudéjares, con ins-

cripción que la fecha en marzo de 1337 y en loor de la Virgen, a la que se pide protección y ayuda y en la que curiosamente se pide asimismo que interceda «pro devoto femineo sexu» (fig. 184).

En el mobiliario que completa los conjuntos arquitectónicos y que podemos conocer a través de sus representaciones son interesantes las arcas y arcones, con decoración de tracería gótica o de tipo mudéjar, los bancos con decoraciones en frentes y respaldos y los armarios, entre los que es particularmente destacable el del Museo Arqueológico Nacional, con labor de apeinazado dibujando lacerías (figura 183).

185. *Capa pluvial del arzobispo don Sancho de Rojas. Catedral de Toledo*

186. *Alfombra del tipo llamado del Almirante. Instituto de Valencia de Don Juan, Madrid*



En las que podemos considerar artes aplicadas de carácter escultórico, aparte de las numerosas obras en marfil de importación francesa, conviene recordar otras obras no castellanas que se conservan en nuestros museos, como las labores granadinas en marfil de las armas de Boabdil y Aliatar (Museo del Ejército), así como el supuesto cetro real granadino aprovechado en el bastón del cardenal Cisneros (convento de las Juanas de Alcalá de Henares), consistente en una varilla férrea en cilindro de ébano con incrustaciones de hueso y empuñadura de hojas de ataurique y el lema «Y no es vencedor sino Dios». Asimismo es importante la placa de esteatita bizantina, con el ciclo de las doce Fiestas en la catedral de Toledo (figs. 181, 182).

En las obras de artes aplicadas de carácter pictórico, las artes textiles están ampliamente representadas. Son numerosas las referencias en los inventarios de los tejidos utilizados por los toledanos, así velos murcianos en oro con orlas de tafetán amarillo, tocas murcianas de seda roja y blanca, mantos con cenefas de seda, etc... Como labor toledana se consideran unos tejidos de seda con leoncillos coronados flanqueando motivos vegetales (catedral de Ávila; Toledo). Es importante la capa pluvial con labor de tapicería del arzobispo don Sancho en la catedral de Toledo (1266-1275), con hexágonos y rombos entrelazados por cintas de oro con las armas de Castilla y León, las barras de Aragón y águila negra explayada (fig. 185); también sobresale una magnífica capa pluvial del siglo XIV, de origen inglés por su iconografía. En la tapicería son importantes los flamencos del Palacio Real de Madrid y del Ayuntamiento y, por su carácter excepcional, los que se conservan en la iglesia de Pastrana (fig. 187).

Entre las alfombras son características las del tipo llamado del Almirante, con decoración menuda y escudos de los Enríquez, encuadrados en polígonos y amplia cenefa con estilizaciones de animales y figuras humanas, procedente alguna del convento de Santa Isabel de los

187. Detalle de un tapiz, Iglesia de Santa María de la Asunción, Pastrana (Guadalajara)

Reyes de Toledo (Instituto de Valencia de Don Juan), debiéndose destacar la procedencia de los talleres de Cuenca, que se asigna a muchas de estas labores, iniciando una fabricación que ha de mantenerse (fig. 186).

Entre las artes aplicadas de carácter pictórico, las vidrieras tienen importancia; son representativas las de la cabecera de la catedral de Toledo, realizadas en estilo internacional por los maestros Dolfin y Lois, como las que siguen modelo dado por el maestro Arnao de Flandes el Viejo, con quien colaboró Pedro Bonifacio, considerándose del siglo XIV la del rosetón de la Puerta del Reloj (fig. 188).

De carácter escultórico por su forma y pictórico por la riqueza cromática de los materiales empleados, la orfebrería tiene una función esencial, tanto en el mundo eclesiástico como civil. Se emplean toda clase de técnicas y los materiales más ricos, así como se prodigan la pedrería y las perlas.

El variadísimo repertorio y número de obras conservadas en los tesoros catedralicios, confirman la importancia del taller toledano en el que trabajan orfebres como el maestro Jorge, Juan Yáñez y Bartolomé Rinalt en el siglo XIII, Gonzalo Pérez en el XIV y en el XV el madrileño Juan González y Antón y Lope Rodríguez de Villarreal, que forraron de plata la Virgen del Sagrario.

Entre los cálices destacan el del siglo XIII, de la catedral de Toledo, de ancha base grabada y en la manzana símbolos de los evangelistas, así como otro del siglo XIV en la misma catedral con manzana grabada y ornamentación de perlas; del siglo XV, el del cardenal Mendoza; en la catedral de Cuenca el cáliz de don Alonso de Burgos —con ostensorio añadido en el siglo XVII—, con magnífica labor tanto en el pie como en la parte externa de la copa, con ángeles portadores de los atributos de la Pasión, santos, apóstoles y una interesante estilización del Árbol de Jesé, y otro análogo más sencillo.

Entre los relicarios se conservan en forma de tablas con receptáculos, en la





catedral de Toledo, otros en forma de custodia en la misma catedral, con cuerpo central en el que se dispone una cajita o fanal. También en forma antropomorfa, como el magnífico de San Mauricio en la catedral toledana; en forma de nave el del arzobispo Tenorio; y con esmaltes el de Santa Lucía, obra sienesa, donación del cardenal Gil de Albornoz.

Excepcional es el relicario de los despotas de Epiro Tomás Comneno y María Angelina, que gobernaron de 1367 a 1385, llegado a la catedral de Cuenca ya en el siglo XVII, que se representan a los pies de la Virgen y Cristo (fig. 189).

También es excepcional la corona hallada en la tumba de Sancho IV en la catedral de Toledo, formada por ocho chapas rectangulares de plata dorada con remate en forma de castillo y, en el anverso, cuatro zafiros engarzados que alternan con cuatro magníficos camafeos romanos (fig. 190).

Por último se ha de destacar la obra maestra de la etapa final de la orfebrería gótica, la magnífica custodia de la catedral de Toledo, obra de Enrique de Arfe, realizada entre 1515 y 1524, de extraordinaria riqueza, con otra en su interior de oro, y en las que se prodigan toda clase de pedrería y labores de asombrosa ejecución y belleza (fig. 194).

Entre los báculos conservados, de muy fines del siglo XII, es el de San Julián de la catedral de Cuenca, con ángel parejo al desaparecido del obispo Juan Yáñez, y otro en la catedral de Toledo, este con San Miguel y el dragón, ambos con esmaltes. Es asimismo representativo el de los arzobispos toledanos, con macolla en forma de templete (fig. 191).

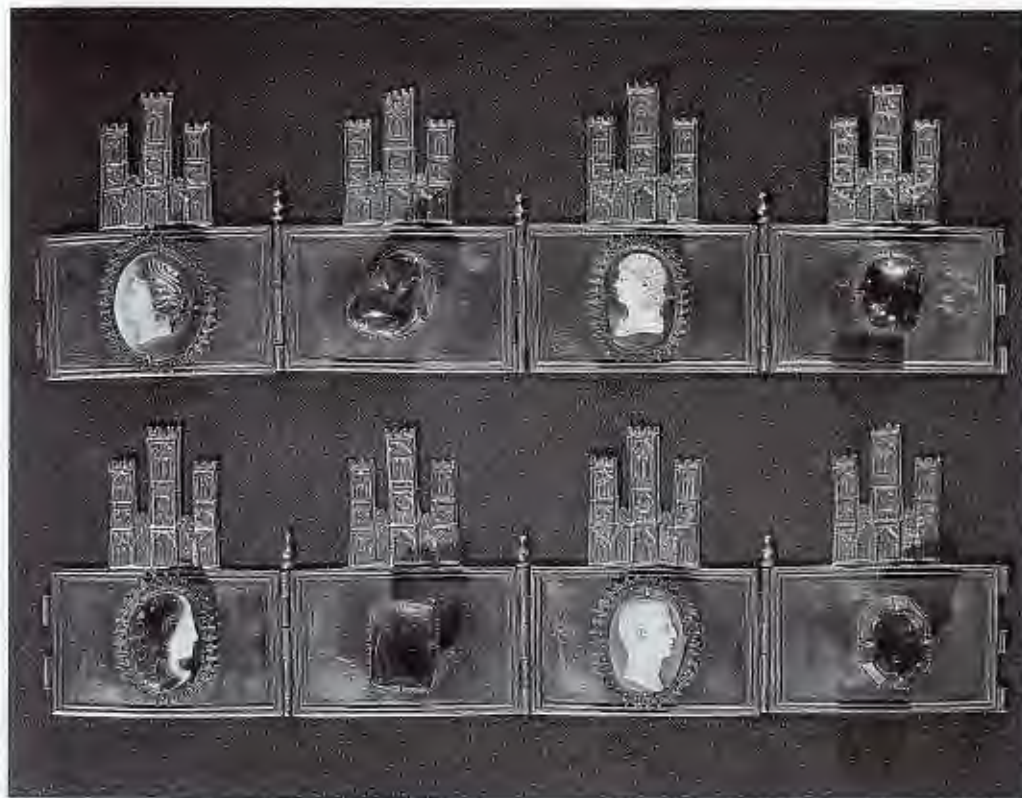
Entre los portapaces es característico el que tiene forma de árbol, regalo del cardenal Mendoza a la catedral de Toledo. Y entre las cruces, aparte de las conservadas en las catedrales, es destacable la Cruz del Perro, del siglo XIII, de Albalate de Zorita (Guadalajara).

Asimismo son numerosas las arquetas de esmaltes, del tipo de Limoges. Al margen de estas arquetas destacan la de San Eugenio, obra francesa de la segunda



190. *Corona real de Sancho IV. Catedral de Toledo*

192. *Arqueta de San Eugenio. Catedral de Toledo*



191. *Báculo de San Julián. Catedral de Cuenca*

193. *Brocal de pozo de cerámica. Museo de Santa Cruz, Toledo*



194. *Detalle de la custodia de la catedral de Toledo, obra de Enrique de Arfe*



195. *Pormenor de la decoración de la espada pontificia del conde de Tendilla. Museo Lázaro Galdiano, Madrid*

mitad del siglo XII, con añadidos góticos, figuras bajo arcos, la Virgen, San Pedro y escenas del martirio del santo y la arqueta de Santa Librada en la catedral de Sigüenza, del siglo XIV, obra importada de Italia y mandada hacer por el obispo don Simón Girón de Cisneros, que nos ofrece en sus frentes y tapa figuras muy rudas de santas de poco más de medio cuerpo, afrontadas y dispuestas por parejas bajo frontones (fig. 192).

Entre las obras de carácter civil se han de destacar las espadas de Sancho IV y de don Fernando de Antequera en la catedral de Toledo.

En las labores de cerámica, múltiples son los testimonios de la importancia de los alfares toledanos en la época gótica, constando que ya se hacía cerámica de cuerda seca en los siglos XI y XII. Son abundantes las labores de alicatados conservados en los propios monumentos y los azulejos con labores de cuerda seca, así como platos (Instituto de Valencia de Don Juan), que parece se fabricaban en Puente del Arzobispo, a juzgar por platos y alizares conservados, y asimismo se inician las labores de Talavera de la Reina, que en esta etapa, anterior a la influencia italiana, se confunden con las de Puente del Arzobispo (Museo del Taller del Moro, Museo Arqueológico Nacional, Museo de Santa Cruz).

Es labor muy típica toledana la de los brocales de pozo y las pilas bautismales en barro o cerámica, como las conservadas en los museos toledanos, con labores decorativas impresas o en realce policromadas, y en las que la influencia islámica suele ser nota dominante (fig. 193).

Por último se han de recordar las noticias referentes a los vidrios de Cuenca, como a las labores en cuero, que se citan ya en un inventario de la catedral de Toledo de 1263.

EL RENACIMIENTO

ARQUITECTURA

Castilla la Nueva desempeña un papel esencial en la configuración del plateresco hispánico, por cuanto en esta primera fase del Renacimiento las formas italianas son interpretadas conforme a criterios estéticos fuertemente impregnados de medievalismo. No se produce una clara ruptura respecto al pasado sino que, en torno a 1500, coexisten formas góticas y mudéjares con las que se reciben de Italia, de tal manera que propiamente los edificios platerescos que ahora se erigen han de participar, en diverso grado, de estos tres elementos que con mayor o menor nitidez afloran y se descubren en el análisis formal.

Las formas estructurales góticas no han de ser abandonadas en la mayor parte de los edificios que se erigen a lo largo del siglo XVI, si bien se advierte su lenta transformación y la evolución del reper-

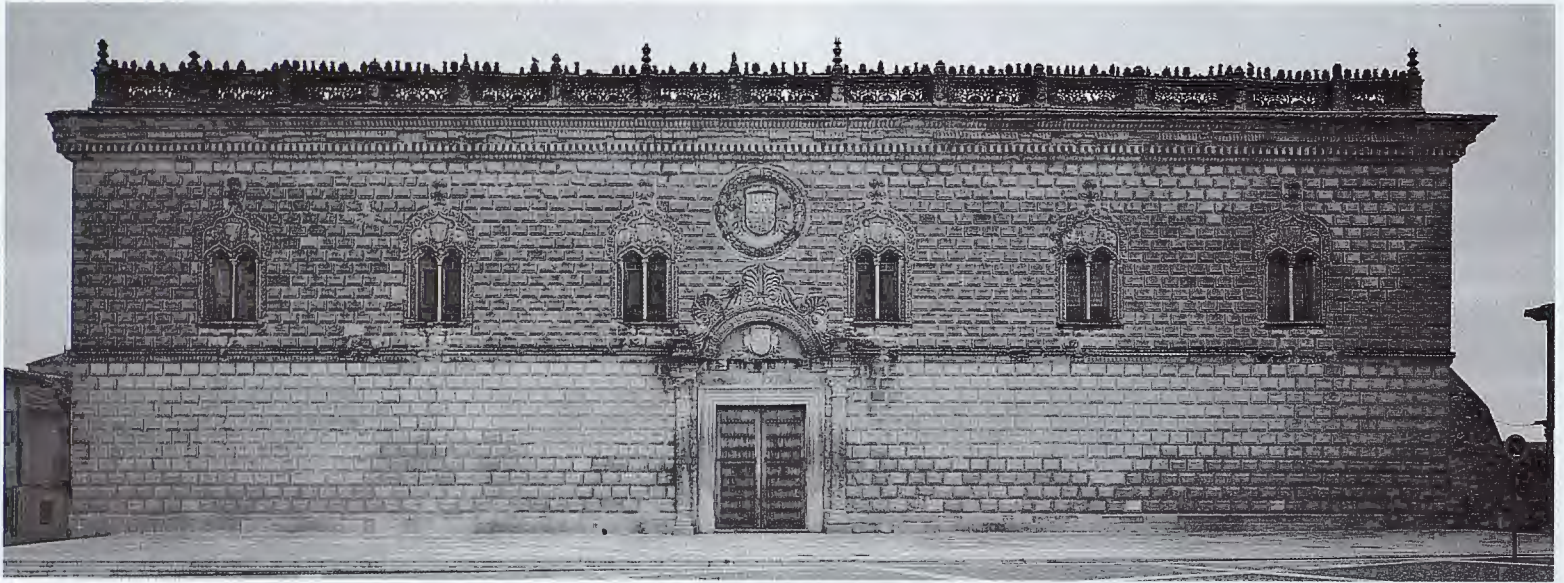
torio ornamental gótico que coexiste con las formas estructurales y decorativas que se reciben de Italia. En todo de acuerdo con la cultura del momento, se percibe un sincretismo sumamente característico, en el que las formas y estructuras góticas se engalanan con motivos renacentistas italianos dispuestos conforme a una estética que tiene su raíz en el mudéjarismo medieval.

Fase inicial

Se introducen las formas italianas en el último decenio del siglo, en torno al mecenazgo de la Casa de Mendoza, formas que ya eran conocidas en su aspecto decorativo a través de la espada pontificia del conde de Tendilla, de 1486 (Museo Lázaro Galdiano), y merced a la magnífica colección del cardenal Mendoza compuesta de unas cuatro mil medallas y monedas, pues incluso su sello se inspira en el del legado papal Rodrigo de Borgia, de 1472, en forma de templete clásico. Al mismo tiempo se importan mármoles de Italia para las residencias señoriales, como los destinados a Fuentidueña del Tajo y Villarejo de Salvanés, algunos aún conservados en algunos edificios de Arganda (fig. 195).

Se considera a Lorenzo Vázquez, como introductor de estas formas, que trabaja en Valladolid por las mismas fechas que en el derruido convento de San Antonio de Mondéjar, fundado en 1487 y cuyas obras se terminan en 1509. De una sola nave, se cubría con bóvedas de crucería, con pilastras renacentistas y láureas con escudos en los campos de los arcos, destacando la decoración de su portada, que se relaciona con la de Santa Cruz de Valladolid. Debió intervenir asimismo en el palacio de Cogolludo, entre 1492-1495, para don Luis de la Cerda y Mendoza, con magnífica fachada en sillera almohadillada, que supone la inspiración directa en modelos italianos cuatrocentistas, en su impresionante paramento almohadillado, manteniendo aún el goticismo en sus ventanas, como en la





crestería de remate. Destaca el patio con arcos escarznos, de transición gótica, como es normal en los patios platerescos de Castilla la Nueva, según vemos en el de Lupiana, descansando sobre monolíticas columnas con el característico capitel alcarreño —con corona de hojitas sobre el collarino—, mientras en la galería del jardín utiliza sistema arquitrabado y zapatas (fig. 196).

Por estos mismos años trabaja en el palacio de don Antonio de Mendoza, en Guadalajara, que se terminaba en 1507, en el que sobresale la portada por su rica decoración renacentista, siendo singularmente importante su patio de dos pisos, conforme al sistema tradicional de la arquitectura mudéjar, es decir, adintelado, descansando los dinteles en columnas con el capitel alcarreño en el primer piso y corintio en el segundo, sobre los que se colocan soleras bellamente trabajadas y zapatas muy características, antepechos góticos de claraboya y un magnífico alero (fig. 198).

La obra de Lorenzo Vázquez nos lleva a las primeras de carácter renacentista en Sigüenza, que de forma más o menos directa se relacionan con su estilo. En primer lugar la Puerta del Pórfido o del Jaspe en la catedral, que se abre en 1503, en la que interviene Francisco Guillén

en 1507, más tarde ampliada en su decoración, correspondiendo a este momento la parte baja del interior y la que da al claustro, ambas con escudos del cardenal Carvajal (fig. 199). Por las mismas fechas se hace en la catedral la portada plateresca de la capilla de la Concepción, en el claustro. Ya más tarde, terminada en 1512, es la portada de la iglesia de Santa María de los Huertos, en Sigüenza, que se terminaba en 1512.

En esta fase inicial de la introducción del Renacimiento se ha de señalar la importancia de los Adonza, quizás de origen italiano por cuanto se menciona con la graffa Lorenzo en la documentación, e inclusive la intervención de Cristóbal en 1505 en la ordenación de las capillas de la girola de la catedral de Cuenca —según inscripción conservada—, en tiempos del cardenal Riario (1493-1518), podría plantear la posibilidad de que a través de este mecenas llegasen los Adonza a Castilla la Nueva. A Cristóbal se le cita en 1500 trabajando con Juan Gil en una portada de la catedral de Sigüenza, en 1505 en Cuenca, en 1509 y 1513 con motivo de las obras de la Capilla Real de Granada, en 1515 dictaminando, con el albañil maestro Antonio, sobre el derribo de la sacristía de la iglesia de Pinto y este mismo año se encar-

ga de la construcción de la capilla mayor de la parroquia de Colmenar de Oreja, que la prosigue Lorenzo, y en 1516 inicia la de Mondéjar, que la termina su hijo Nicolás, que hizo su torre en 1560. Lorenzo se cita en Villarejo de Salvanés, en la obra de la casa del comendador en 1515, para la que se traen mármoles de Génova y en la que aún se trabajaba en 1537; en 1518 interviene en el palacio leonés de Grajal de Campos y en 1529 se encarga de las obras de Colmenar de Oreja, conforme a las trazas, dadas por Martín de la Vaca.

En esta fase inicial de la arquitectura plateresca sobresale la construcción del Hospital de Santa Cruz de Toledo, fundado en 1494, pero cuyas obras se inician en 1504, cuya portada se atribuye a un maestro desconocido, colaborador ocasional de Egas, o más verosíblemente obra de alguno de los maestros que trabajaban en la catedral de Sigüenza en el segundo decenio del siglo. A este momento inicial corresponde la decoración de las portaditas interiores, en relación con Vasco de la Zarza, que trabajaba en obras de escultura en la catedral (fig. 197).

197. *Detalle de la portada del Hospital de Santa Cruz, Toledo*



198. *Patio del palacio de don Antonio de Mendoza, Guadalajara*



199. *Puerta del Jaspe. Catedral de Sigüenza*



200. Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares



201. Techumbre de la capilla de San Ildefonso. Alcalá de Henares



202. Yeserías de la capilla de San Ildefonso. Alcalá de Henares





La persistencia mudéjar

La fuerte influencia de las formas mudéjares y su baratura, debida al empleo del yeso y la madera, justifica su mantenimiento en obras que por corresponder en buena parte al pontificado del cardenal Cisneros (1495-1517), se integran en el llamado «estilo Cisneros». Es su maestro representativo Pedro Gumiel (h. 1460-1518), a quien se cita también como regidor de Alcalá de Henares, que trabaja como arquitecto del cardenal, colaborando con Enrique Egas en la construcción de la Magistral de Alcalá de Henares, como en la ordenación del presbiterio de la catedral toledana. Interviene Gumiel en la construcción de la Universidad de Alcalá, en la que destaca la obra del Paraninfo, en el que intervinieron

entre 1516 y 1518 los yeseros Gutierre de Cárdenas y Pedro de Villarroel, y en la obra de carpintería Andrés de Zamora, colaborando Bartolomé Aguilar, Pedro Izquierdo y Hernando de Sahagún. Por los mismos años se hace la magnífica capilla de San Ildefonso, en la que se funden formas góticas, mudéjares y renacentistas, interviniendo en las yeserías los Santa Cruz y en la magnífica cubierta Alonso de Quevedo, a quien se debe también la techumbre de Moratilla de los Meleros (Guadalajara) (figs. 200-202). Más característica es la Sala Capitular de la catedral toledana (1504-1512), cuya portada es un claro ejemplo de la adaptación del mudejarismo al espíritu renacentista, aún más realzada cuando se accede por puerta en arco conopial plenamente gótica y se cubre con magnífico

artesonado que tanto por la disposición de los motivos decorativos como por su estructura responde al modelo de techumbre mudéjar, iniciada por Diego López, acabándola a su muerte Francisco de Lara, interviniendo en el dorado, en 1510, Alonso Sánchez y Luis de Medina. La intervención en esta portada del yesero maestro Pablo y del escultor o entallador Blandino Bonifacio, nos lleva a una de las obras más bellas y características del estilo, la capilla de la Anunciación en la catedral seguntina, íntimamente relacionada con esta obra, fundada por don Fernando de Montemayor en 1515 (figs. 203-205). Ejemplo de la ejecución en yeso de formas netamente platerescas es la pequeña portada que firma Cristóbal de Palacio, en la sinagoga del Tránsito, que se rela-



cionaba con la decoración que tenían las pilastras del claustro de San Juan de la Penitencia.

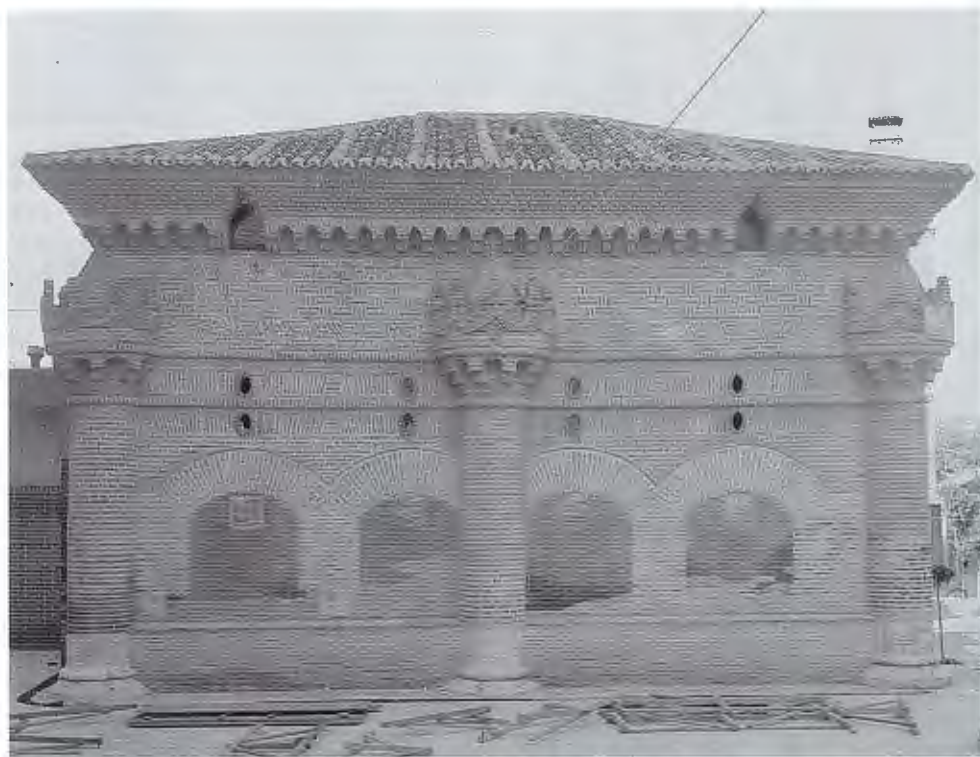
Ya de mediados del siglo es la capilla de los Urbina o de Lucena en Guadalajara, con formas manieristas, tanto en su decoración y estructura interior, como en sus ventanas, que es una de las obras más originales de nuestro renacimiento (fig. 206). Asimismo se puede citar el friso renacentista en yeso del Salón de los Reyes en las Descalzas Reales de Madrid.

También se pueden citar en este grupo de obras las numerosas techumbres conservadas, como las toledanas de Arcicollar, Méntrida y Cubas de la Sagra; las manchegas de la ermita de San Sebastián en La Solana y de la Asunción en Almodóvar del Campo y las conquenses de Cardenete, Buenaheche de Alarcón, Valdecabras y El Peral, entre otras.

Triunfo de las formas italianas

El maestro más representativo del triunfo de las formas italianas es Alonso de Covarrubias (n. en 1488 en Torrijos), que ya se cita como arquitecto importante en 1512 cuando asiste a la Junta de Arquitectos de Salamanca y que se relaciona familiarmente con Enrique Egas, en razón de su matrimonio con María Gutiérrez de Egas. Su labor debió iniciarse en torno a la obra del Hospital de Santa Cruz, en el segundo decenio del siglo, justificándose así su verosímil participación en las obras de la Colegiata de Torrijos, cuya bárbara y ruda fachada debe ser anterior a 1518, que en la concepción de cubrir totalmente el espacio constituye un precedente de San Esteban de Salamanca. Su inicial actividad como entallador se documenta por su intervención en 1514 en los sepulcros de don Tello de Buendía y del arcediano de Calatrava, en la catedral toledana (figura 207).

Desarrolla Covarrubias una intensísima labor que no se circunscribe al área toledana, pues en Castilla la Nueva es decisi-



va su labor en Sigüenza y Cuenca, por lo que se convierte en la figura central del renacimiento castellano. Su inmensa labor se puede dividir en dos etapas, que pueden ser separadas por su nombramiento como maestro mayor de la catedral de Toledo, en 1534, y la influencia que sobre su estilo debió ejercer la publicación de obras como la de Diego de Sagredo (*Medidas del Romano*, Toledo 1526), de la que se publicaron otras ediciones en Toledo en 1549 y 1564, en vida de Alonso de Covarrubias, que muere en 1570.

En su primera etapa su estilo entronca con las formas de Lorenzo Vázquez, pues es verosímil su intervención en el magnífico claustro del monasterio de Lupiana (Guadalajara), y en relación con ello se documenta su estancia en Sigüenza entre 1515 y 1517. En Sigüenza se le atribuye la traza del altar de Santa Librada, en la que debieron intervenir Sebastián de Almonacid, Juan de Talavera, Petijuan y Francisco de Baeza, que ha de ser el maestro más representativo de esta primera fase del renacimiento seguntino,

altar-sepultura que fue restaurado en 1640-1645 en tiempos del obispo don Fernando de Andrade, añadiéndose las cartelas (fig. 208).

En estrecha relación con este altar de Santa Librada se ha de señalar la parte superior de la Puerta del Pórfido o del Jaspe, con escudo de don Fadrique de Portugal, y el sepulcro del obispo don Fadrique de Portugal (1512-1532), que debió hacerse en torno a 1520, y en la que es verosímil la intervención como tracista de Covarrubias, aunque su ejecución corriese a cargo de Francisco de Baeza y sus colaboradores. Obra que nos lleva a la decoración del sepulcro del obispo de Canarias (1522) en la capilla de los Arce, al de don Fernando de Montemayor, en la capilla de la Anunciación, y al de don Pedro de Villanúño en Santa María de los Huertos.

Francisco de Baeza, que aún vivía en 1542, desarrolla una amplia labor en Sigüenza, ligado íntimamente al plateresco toledano de Covarrubias, partiendo del tronco común derivado del estilo introducido en torno a Lorenzo Vázquez. En



1515 ya interviene en la decoración del altar plateresco de la Virgen de la Leche, y en 1516 o poco después en la portada plateresca de la capilla de San Pedro Mártir, luego en el altar de Santa Librada y en la puerta de su sacristía. Hacia 1527 trabaja en la sencilla Casa del Cabildo en el atrio de la catedral, con escudo de don Fadrique de Portugal, en la que trabajaron Fernando de las Quejigas y Juan de la Gureña, y probablemente en la torre de la izquierda que lleva el escudo del obispo, y también posiblemente en la portada de la antigua Librería del Cabildo, en la que intervinieron en 1521 los maestros Sebastián y Juan de Talavera. Más tarde, hacia 1530, debió intervenir en el altar y encuadramiento del altar de San Jerónimo y, seguidamente, en 1532, en la portada de la capilla de San Pedro, y en 1536 hace los leones del atrio de la catedral. Por estas fechas se documenta su intervención como aparejador en la obra de la sacristía, que dirige Alonso de Covarrubias desde 1532, y debe ya ser muy viejo pues en 1535 se encarga de esta obra Nicolás de Duran-



go, por deseo expreso de Covarrubias, a quien habría de suceder, ya en 1554, Martín de Vandoma.

Alonso de Covarrubias inicia en el tercer decenio del siglo una amplísima labor en Toledo. En la catedral se reconoce su estilo en la riquísima decoración plateresca de los sepulcros del canónigo Fernando del Castillo (†1521) en la capilla de San Eugenio y el de Gutierre Díaz (†1522) en la capilla de la Trinidad. En 1524 se documenta su intervención en las obras del Hospital de Santa Cruz, planteándose la posibilidad de su intervención en la portada, y en el que le corresponde el patio delantero y la magnífica escalera, con paramento almohadillado, enriquecidos los frentes de los realzados sillares con decoración, como habría de repetirse en el palacio arzobispal de Alcalá de Henares, del que subsisten escasos restos acomodados en el edificio reconstruido (figuras 209, 210).

En 1526 interviene en Guadalajara en la obra de la iglesia del convento de la Piedad, continuando lo hecho por Lorenzo Vázquez en el contiguo palacio, en el que destaca su magnífica portada, modelo del estilo plateresco. En relación con este momento han de situarse la capilla de don Juan de Zúñiga en la iglesia de la Asunción en Corral de Almaguer, la capilla de los Gascó en esta misma iglesia, el bello coro plateresco de la parroquial de Lillo (Toledo), y la portada de una capilla en la parroquia de Alberca de Záncara (Cuenca).

A partir del 1530 interviene Covarrubias en la capilla de Reyes Nuevos en la catedral toledana, muy decorada, como la magnífica sacristía de la catedral de Sigüenza, que es una de sus obras más características, tan ornamentada (fig. 211), como la portada de la capilla del Tesoro, para la que dio las trazas en 1536. En 1534 hizo la portada de la iglesia toledana de San Clemente, perfecta como modelo plateresco; mientras que en el año anterior se inició la construcción de la iglesia de Yepes, conforme a sus trazas, en la que advertimos las dos vertientes que han de caracterizar la arquitectura en

209. *Detalle del arranque de la escalera del Hospital de Santa Cruz, Toledo*

la segunda fase del Renacimiento, de un lado la persistencia de las técnicas constructivas góticas, de otro la tendencia al sentido espacial y a la pureza clásica. Características que se advierten en la iglesia de Albalate de Zorita, en la que intervinieron antes de 1525, que realizaron Martín y Miguel de Sánchez de Yrola; como ya en fecha muy tardía, 1556, en la de Almonacid de Zorita. Su nombramiento como maestro mayor de las obras del Alcázar, en 1537, supone el giro en su estilo hacia formas más clásicas.

En relación con su estilo se pueden citar, aún, la sencilla portada del convento de franciscanas de Escalona y la construcción de la iglesia de Almorox, pues consta que intervino en la construcción de la sacristía, que ejecutó Ochoa de Muniategui, en la que se sabe que participó Juan Gil de Hontañón entre 1509 y 1518, como la participación de Juan Fernández en su portada.

Es Cuenca el tercer centro importante del renacimiento en Castilla la Nueva, donde se habían introducido las nuevas formas en torno a 1510, en la portada de la sacristía, terminada en 1509, con los blasones del cardenal Riario (1493-1518), aún con encuadramiento de moldura con alfiz y organización plateresca en la decoración de la hornacina con la Asunción, en la que es verosímil la participación de Cristóbal de Adonza, que por estos años trabajaba en la obra de la girola, según hemos indicado anteriormente.

Es Juan de Albiz, vecino de Durango y residente en La Roda, el maestro representativo del nuevo estilo, fundamentalmente debido a su colaborador Antonio Flórez. A Albiz, con quien colaboró también su hermano Pedro, se debe la iglesia y convento de San Pablo, fundación del canónigo Pozo, en cuya tasación, en 1538, intervinieron Diego de Tiedra, Rodrigo Vélez y Francisco de Luna. Se distingue esta iglesia por su monumental capilla mayor rectangular, unificada con el crucero y a nivel más alto que el resto del templo, con monumentales pilares cilíndricos adosados a

210. *Restos de paramento almoadillado. Antiguo palacio arzobispal de Alcalá de Henares*





los muros, e interesantes portadas en el claustro rectangular, reformado en 1753. Se muestra plenamente plateresco en la capilla de los Apóstoles, fundada por el chantre García de Villarreal, e iniciada en 1527, en la que sobresale la bella portada plateresca con pilastras, grutescos y hornacinas para estatuas, en la que intervino el entallador Antonio Flórez conforme a la traza de Francisco de Luna, quizás debida a la muerte de Juan de Albiz, antes de 1531 (figs. 212, 213).

Corresponde al vizcaíno Pedro de Albiz (†1545) la interesante cabecera de la iglesia de Priego, iniciada hacia 1530, revisada por Francisco de Luna en 1543. Consta asimismo que Pedro de Albiz trabaja en Madrid desde 1533, y que era hijo de Fernán Pérez de Albiz, a quien se cita en Madrid en 1524, cuando hace una portada a lo romano. Hacia 1530 interviene en la iglesia alcarreña de Pareja. La obra más importante de este momento en Cuenca es la magnífica portada de la Sala Capitular, con los escudos del obispo Diego Ramírez de Villaescusa o de Fuenleal (1518-1537), con riquísima y finísima decoración plateresca, esculturas representando las Virtudes y bellísima Adoración de los Pastores, que quizás corresponda al entallador Antonio Flórez, que se cita en la catedral desde 1520. A él se debe la decoración plateresca de la capilla de los Caballeros, con el escudo de los Carrillo de Albornoz, cuya arquitectura debe corresponder a Juan de Albiz, a partir de 1517, y en la que se admira tanto la exquisita decoración como sorprende la representación de la muerte, con la inscripción «De victis militibus mors triumphat». Asimismo debe corresponder a este entallador la decoración plateresca del retablo de la capilla del Peso, en el que intervino Yáñez de la Almedina.

Por estos años se trabaja activamente en las obras del monasterio de Uclés, donde consta que ya intervino en 1513 Juan García de Praves, que con Esteban Sánchez tasó la iglesia de Campo de Criptana, obra de Juan de la Guardaja, vecino de Belmonte. De las obras de Uclés era

212. Interior de la iglesia de San Pablo.
Cuenca

214. Interior de la iglesia de San Nicolás.
Priego (Cuenca)



213. Portada de la capilla de los Apóstoles.
Catedral de Cuenca

215. Ventana del monasterio de Uclés
(Cuenca)





maestro mayor en 1537 Francisco de Luna, que lo fue de la catedral de Cuenca de 1547 a 1549, al menos. La obra plateresca de Uclés se inicia en 1529, constando que en 1554 ya estaba hecha la sacristía y el tesoro, que tienen la más fina decoración plateresca del convento; así como el refectorio, cuyo magnífico artesonado tiene la fecha de 1548, que por su calidad se empareja con el de la Capilla Honda de la catedral de Cuenca, ligeramente anterior al de la Sala Capitular, pintado de blanco en el barroco. En torno a la dirección de Francisco de Luna (†1551), cuya hija se casa con Andrés de Vandelvira, se crea un buen taller de entalladores, entre los que sobresalen el maestre Jacobo Francés y Diego Martínez, destacando la riquísima decoración de las ventanas, que evocan el plateresco salmantino, a la vez que sorprende el monumentalismo de la cabecera y a este respecto cabe recordar la documentada estancia en las obras de Uclés de Andrés de Vandelvira, en 1530, cuando tiene veintiún años (fig. 215). En la catedral de Cuenca, aparte de la ya citada portada de la capilla de los Apóstoles, corresponde a Francisco de Luna la capilla de San Martín, construida en 1547, y la capilla del doctor Muñoz, ya claramente purista en sus bóvedas baídas, con abundantes esculturas, y en las que debió intervenir el imaginero Diego de Tiedra, según concierto de 1537 (figura 218).

Como maestro mayor de la catedral de Cuenca debió intervenir decisivamente en la traza del Arco de Jamete, en la que es presumible la colaboración de Alonso de Covarrubias, cuya estancia en Cuenca por estos años se documenta y en el que trabajó activamente el escultor Esteban Jamete. Las fechas de 1546, 1549 y 1550 en inscripciones, documentan perfectamente esta obra en los años del maestrazgo de Francisco de Luna (figura 219).

A este momento corresponde también la capilla de Santa Elena, con portada purista del tipo de Siloe, en la que quizás interviniese Esteban Jamete.

217. *Bóvedas de la iglesia de San Andrés, Villanueva de los Infantes (Ciudad Real)*

218. *Bóveda de la capilla del doctor Muñoz, en la catedral de Cuenca*



Es asimismo importante la construcción de la iglesia de Villanueva de los Infantes por estos años, quizás en relación con Francisco de Luna, pues en 1537 vivía aquí Andrés de Vandelvira, en casa de su suegro, aunque se cita vecino de Alcaraz. En relación con Francisco de Luna pueden recordarse, asimismo, las portadas de Santa María de Alarcón y de Horcajo de Santiago, como la iglesia de Quintanar de la Orden, en la que interviene Francisco de Luna haciendo la tribuna y la torre que «es tan grande de alta y gruesa que en España no hay seis mejores que ella» (fig. 217).

Corresponden a esta etapa las bellas portadas renacentistas de la parroquial de Manzanares, de un cierto carácter levanta-

tino, y de Moral de Calatrava, y en relación con Francisco de Luna el convento de la Asunción en Almagro, con magnífico patio y portadas platerescas e iglesia de una nave con bóvedas de crucería; así como la reconstruida ermita del Salvador o iglesia de San Blas, también de una nave con bóvedas de crucería y portada plateresca, y también en Almagro la iglesia de la Madre de Dios, trazada en 1546, en la que trabajaron los maestros Enríquez y Hernando de Valenzuela, además de las portadas platerescas de algunas casas, que muestran la existencia de un centro de intensa actividad (fig. 220).

En Alcalá de Henares corresponde a esta etapa la fachada del convento carmelita

de la Imagen, que como su escalera se relaciona con el estilo de Covarrubias, como la decoración del sepulcro del canónigo Gregorio Fernández en la Magistral. En Madrid es de fines del primer tercio del siglo la portada del Palacio de Cisneros, construida en 1537 por el sobrino del cardenal don Benito Jiménez de Cisneros. También en la provincia de Madrid corresponde a esta etapa el palacio de Cadalso de los Vidrios, anterior a 1534, construido por el marqués de Villena, con típico jardín de tipo italiano y columnas jónicas con zapatas.

Por último, en Guadalajara es interesante el pórtico de Santa María de la Fuente y el maltrecho patio de la casa de Dávalos.



El goticismo arcaizante

Paralelamente a esta evolución de las formas renacentistas, en las que predominan las formas italianas, se prodigan y proliferan las construcciones con predominio de las formas góticas, derivadas generalmente del estilo difundido por Enrique Egas, en las que tímidamente aparecen, en portadas y detalles, las formas italianas. Son iglesias de gran monumentalidad y un claro sentido de la espacialidad, cuyo origen en Castilla la Nueva podría estar en relación con la Colegiata de Belmonte. Se caracterizan por la tendencia a igualdad de altura entre las

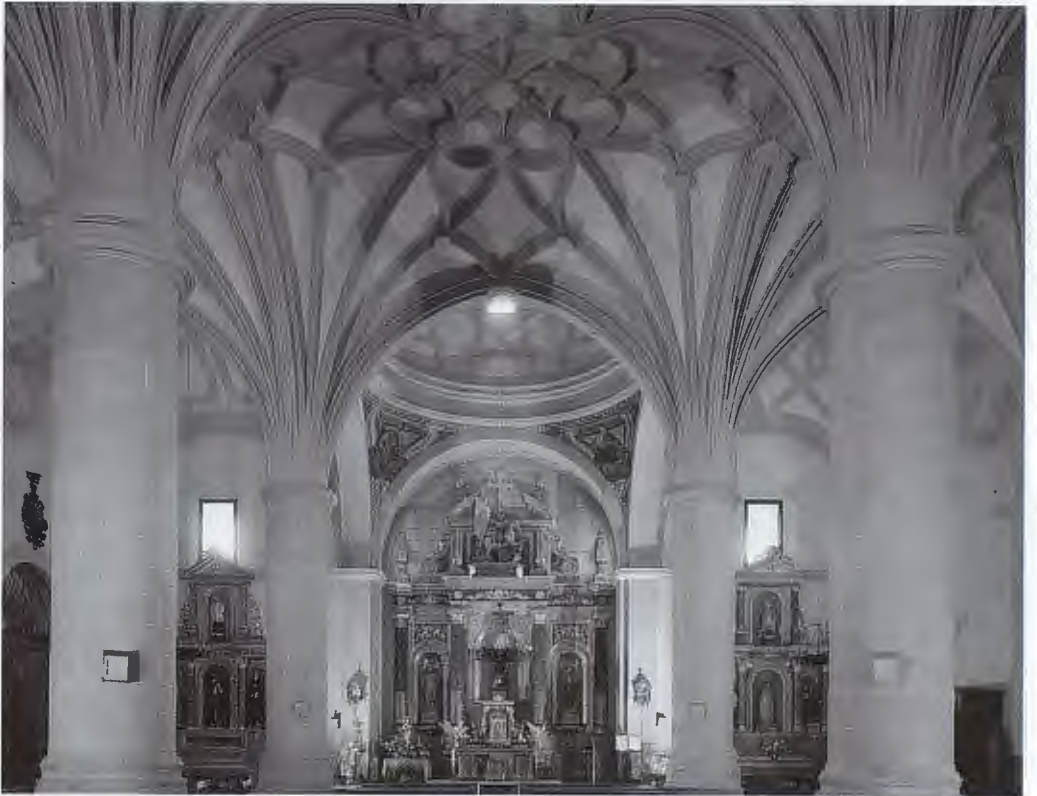
naves, riquísimas bóvedas de crucería de múltiples claves y en las que los soportes evolucionan desde el pilar fasciculado, hasta desembocar en grandes columnas cilíndricas, en las que si en un principio el capitel no existe, como vemos en la de las dominicas de Talavera de la Reina, en otras ya aparecen columnillas adosadas como la trazada por Covarrubias para Yepes, hasta que desaparecen estas columnillas y queda un pilar redondo liso con una cornisa a modo de anillo como capitel corrido, que ha de dar lugar a su conversión en capitel dórico-toscano o jónico, ya en el último tercio del siglo, como vemos en la monumen-

tal iglesia de Getafe, en cuya traza también intervino Covarrubias (fig. 223). En estas iglesias es frecuente la participación de arquitectos santanderinos o vascongados, cuya presencia en Castilla ya se había iniciado a principios de siglo cuando se construye el claustro gótico de la catedral de Sigüenza, en el que bajo la dirección de Alonso de Vozmediano trabajan cuadrillas de canteros, encabezadas por Fernando y Pedro de las Quejigas, Juan de la Gureña y Juan de las Pozas, imprimiéndole un sentido de espacialidad y monumentalismo de acuerdo con la nueva estética, correspondiendo ya los arcos escarzanos a 1515-1537. Las

numerosas iglesias que a lo largo del siglo XVI se construyen en Castilla la Nueva, se pueden diferenciar por el tipo de soportes. Columnas cilíndricas en las que los nervios surgen sin capiteles vemos en Santa María de Alarcón y en Talavera (dominicas); otras tienen cornisa como capitel en Albalate de Zorita, Pareja, Cogolludo, Meco, Villanueva de Alcardete y El Toboso, por ejemplo. Tienen pilares fasciculados la de Lillo; con columnas adosadas la de Cañaveras, —obra del guipuzcoano Pedro de la Vaca—, Colmenar de Oreja y la de Yepes, algunas de estas con capiteles. El modelo más tardío tiene capiteles clásicos, toscanos o jónicos generalmente, según vemos en Getafe —aquí incluso con trozo de entablamento, conforme al modelo granadino—, Sacedón, San Juan de Atienza, Madrideojos, San Clemente y El Provencio, que se relaciona con el guipuzcoano Francisco de Goycoa, que trabaja en la Rioja y en Cuenca en torno a 1570 (figs. 221, 222). Con columnas adosadas, en Villamayor de Santiago, Quintanar de la Orden y Villatobas, y con columnas torsas la de Villanueva de la Jara, de una nave. Son numerosas las capillas que se hacen en este período, y sencillas iglesias, como la de San Francisco de Alcázar de San Juan, de 1532, y las capillas mayores de Val de Santo Domingo y Huecas, hechas conforme a las condiciones dadas por Covarrubias, San Pablo y San Clemente en Toledo, Fuenzalida, Velada, Camarena.

Las tendencias manieristas

A partir del quinto decenio del siglo se van imponiendo las formas arquitectónicas que suavemente desplazan a la exuberancia decorativa del plateresco. Se imponen favorecidas por la publicación de las traducciones de Serlio por Francisco de Villalpando (1552), de Alberti por Francisco Lozano (1582), de Vitruvio por Miguel de Urrea (1582) y de Vignola por Patricio Caxés (1593). De esta manera, aparte del conocimiento di-





recto que los arquitectos puedan tener de la arquitectura italiana, se ponen en conocimiento de todos, los modelos clásicos en los que el monumentalismo, la grandiosidad, la belleza basada en las proporciones y el sometimiento de la decoración a las formas arquitectónicas y a la solución de problemas estructurales, son principios básicos. En este aspecto conviene tener presente que la construcción de El Escorial y el asentamiento de la capital en Madrid, en 1561, son factores importantes de una crisis, en cuanto cambio, ya que aunque se hagan obras de importancia es indudable que se trunca la evolución de la arquitectura castellana por las directrices estéticas que se derivan de la corte centralizada, que ha de enlazar con el barroco.

El 11 de mayo de 1570 es enterrado en la parroquia de San Andrés el maestro Alonso de Covarrubias. La evolución de su estilo se advierte claramente en las trazas de 1541 para el claustro de San Pedro Mártir de Toledo, como en el proyecto para la impresionante y monumental iglesia de Santa Catalina de Talavera de la Reina, en las trazas dadas en 1549 para la Magdalena de Getafe y su verosímil intervención por estos años en el monumental Arco de Jamete en la catedral de Cuenca, según indicamos. No obstante, aún se mantiene en el sentido ornamental del plateresco en las capillas mayores de las iglesias toledanas de San Román y de Santa María la Blanca, en 1552, como en la Puerta de la Presentación de la catedral, de 1565. Consta también su intervención en las Concepcionistas de La Puebla de Montalbán, a partir de 1545, en el claustro de los dominicos de Ocaña y en la traza del palacio arzobispal de Toledo, en 1541.

No obstante, en tres obras fundamentales se advierte el carácter de esta fase en el estilo de Alonso de Covarrubias, que de manera evidente puede adscribirse a las formas que, derivando del purismo arquitectónico, tienden hacia el manierismo. Manierismo en el que se conjugan elementos simbólicos, como en la traza de 1559 de la monumental Puerta de Vi-

sagra toledana, sobre edificio antiguo al parecer. Domina en ella el gran escudo imperial sobre el ingreso, y en la estructura de su fachada mantiene la tradición medieval de puerta flanqueada por dos torres, fundiendo la grandiosidad en las proporciones con el efecto pintoresco y, al margen del clasicismo ortodoxo, del remate almohadillado con que se coronan los dos torreones, en el que aun la disposición de los sillares cuadrados como cabezas de clavos corresponde en su alternancia al mismo concepto mudejarizante que anteriormente se ha aplicado en la fachada hispano-flamenca del palacio del Infantado de Guadalajara.

Esta grandiosidad y evidente entronque con la tradición medieval se advierte en la gran obra del Alcázar toledano, de la que fue encargado por el emperador, dando participación a otros arquitectos que de esta manera contribuyen a configurar las características del manierismo renacentista castellano. Así el magnífico patio, modelo en su claridad renacentista (fig. 224), es obra fundamental de Hernán González de Lara, en el que interviene también, a partir de 1550, Francisco de Villalpando, que llegó a Toledo en 1540 para hacer las rejas de la catedral. A Villalpando (†1561) corresponde también la portada del palacio arzobispal de Toledo (1544), la interior del Hospital de Santa Cruz y la del Colegio de Infantes (1555), cuyas obras había sido iniciadas por Alonso de Covarrubias en 1551, y la monumental escalera y arcos correspondientes, evidentemente conforme a trazas supervisadas por Covarrubias en 1546. A Hernán González de Lara (†1575) se le cita en Toledo desde 1546, constando su colaboración con Covarrubias en el patio de San Pedro Mártir, y su intervención en 1564 en la iglesia de Villarejo de Montalbán, en la que había de participar Juan de Minjares, que luego trabajaría en Sevilla. También trabaja González de Lara en 1562 en la torre de Villa del Prado, en la iglesia de las Concepcionistas de La Puebla de Montalbán, constando que dio las trazas para la capilla mayor de Yeles.





También trabaja en este momento Enrique Egas, pariente y homónimo del famoso arquitecto, que ejecuta la gran fachada del Alcázar toledano, donde interviene también Gaspar de Vega, a partir de 1552, tanto en el patio como, en el mismo Toledo, en el Colegio de Infantes y en las obras del monasterio de Uclés.

Como tercera obra importante de este período de Alonso de Covarrubias es fundamental su continuada intervención en el más característico edificio toledano de este período: el Hospital de Tavera o de Afuera, en el que trabaja desde 1541. En su obra interviene activamente su discípulo Pedro de Velasco (†1559), que trabaja asimismo en las iglesias de Novés y Huecas, conforme a trazas de Covarrubias, y más tarde el ya citado González de Lara, que hizo una traza para la iglesia, como consta que asimismo dio trazas para el cardenal Tavera, en 1544, Alonso de Berruguete, de dos modelos de iglesia, una redonda y otra de planta cuadrada. No obstante, la iglesia no habría de hacerse hasta finales del siglo y en ella ha de intervenir básicamente Nicolás de Vergara el Mozo (†1606) (fig. 225).

Paralelamente se trabaja en el desaparecido Alcázar de Madrid, donde también intervino Covarrubias, bajo la dirección de Luis de Vega (†1562), cuya primera noticia corresponde a 1528 cuando trabajaba en el Palacio de Dueñas de Medina del Campo, figurando ya como vecino de Madrid, constando su intervención, como maestro de los alcázares reales, en Aranjuez y en el primitivo palacete de El Pardo (1547), rectangular con un patio y torres angulares, e intervino también en Uclés, de cuya obra era maestro mayor en 1554. En Uclés ha de sucederle Pedro de Tolosa, maestro mayor en 1576 y luego Diego de Alcántara (†1587), que ya había trabajado en el Alcázar toledano, en la cabecera de la Concepción Francisca (1581) y en el claustro de la Mona de Santo Domingo el Real (1583).

A esta etapa corresponde también la obra de la iglesia de la Torre de Esteban Hambrán comenzada en 1564, según



inscripción, y terminada en 1597, con intervención de los canteros Luis de Carrasco y Luis de Lumbreras. También corresponden a este momento algunos de los característicos rollos toledanos, como los de Almorox, Castillo de Bayuela y Cardiel.

En Ciudad Real es importante el clásico palacio de El Viso del Marqués, que se relaciona con los arquitectos de El Escorial, en cuanto lo proyecta el Bergamasco (†1569), llegado a España en 1562 y a quien corresponde el proyecto de la monumental escalera de El Escorial (figura 226).

En Sigüenza corresponde a este momento la portada de la sacristía (1573), en la

que intervienen Juan y Pedro de Buega, bajo la dirección de Juan Sanz del Pozo, que por estos años, junto con el arquitecto Juan Vélez y otros muchos maestros trabajaba en la obra de la girola, iniciada en 1569 y que no habrá de terminarse hasta 1606, constando que este Juan Sanz o Sánchez del Pozo trazó en 1555 la cabecera de la iglesia de Almonacid de Zorita, que se remata con Juan de Olabarrieta, vecino de Pastrana, interviniendo luego en las trazas del cuerpo de la iglesia Alonso de Covarrubias. Sin embargo, es el maestro más famoso en la diócesis seguntina Martín de Vandoma (†1578-1579), que interviene tanto en la arquitectura como en la portada

y en la cajonería, y asimismo en la aneja capilla de las Reliquias, que es obra sumamente característica de esta fase manierista. También debe recordarse como obra característica el clásico palacio de Pastrana, de 1542, con patio central y cuerpos angulares, y las menciones al entallador Miguel de Urrea, que se cita en numerosas ocasiones, entre 1539 y 1564, constando que murió en Fuentes en 1568 y conocido especialmente por la publicación de la traducción de Vitrubio en 1582 (fig. 227).

En Cuenca era maestro mayor de la catedral, en 1567, Andrés de Vandelvira, a quien corresponde la capilla del arcipreste Barba, dentro de un purismo que evo-

228. Fachada de la Universidad de Alcalá de Henares



229. Fachada del convento de las Descalzas Reales. Madrid



ca la obra de Siloe, y que, quizás requerido para ello, hizo en 1560 un proyecto para la construcción del claustro. No obstante, la obra no se ha de iniciar, sujetándose a sus trazas, hasta 1578, rematándose su ejecución en 1577 en Juan Andrés Rodi, apuntándose la posibilidad de la intervención de García de Alvarado, que trabajaba en El Escorial. Rodi, que debió intervenir hacia 1573 en la capilla del Espíritu Santo, se mantiene en la dirección de las obras del claustro hasta 1585, en que es encarcelado, pues en la tasación de lo hecho se observa que el gasto no se corresponde con la obra realizada. La obra se prosigue con Pedro de Aguirre y Pedro de Abril, terminándose en lo esencial a fines de siglo, y aún en 1614 se ha de pagar al maestro mayor de la catedral Alejandro Escala la obra del enlosado, constando asimismo la intervención de fray Alberto de la Madre de Dios, aunque, no obstante, quedó sin acabar, y ya en 1764 se cerró con la intervención de Blás de Rentería y José Martín de Aldehuela. Entre los edificios civiles conquenses es importante el Ayuntamiento de San Clemente (1566), con arquerías de medio punto en dos pisos de siete arcos y friso con figuras y discos avenerados. Se relaciona este edificio con Andrés de Vandelvira, que dio unas trazas para la iglesia de Santiago. En Alcalá de Henares corresponde a este momento la magnífica fachada de la Universidad, que se hace entre 1543 y 1583, en la que intervienen Rodrigo Gil de Hontañón, Juan de la Riba y Pedro de la Cotera, quien habría de hacer entre 1564 y 1570 el patio trilingüe rehaciendo lo hecho por Pedro de Villarroel. En Madrid es característica la fachada de la capilla del Obispo de la plaza de la Paja, y en especial el convento de las Descalzas Reales, cuyo pórtico-atrio con nichos de la iglesia, según escribe el contemporáneo López de Hoyos, «es el primer edificio que en España se ha labrado desta manera», en el que trabajaba desde 1559 Antonio Sillero, alarife de la villa, acabándose la iglesia en 1564, luego reformada por Diego de Villanueva en el

siglo XVIII. También a este momento corresponde la traza de Pedro Camino para la iglesia de Carabaña (Madrid), y la obra de Juan Montero en el Colegio de los Manriques de Alcalá de Henares (figuras 228, 229).

Por estos años se forman en Castilla la Nueva dos arquitectos que han de difundir las formas renacentistas por tierras americanas: el nieto de Germán González de Lara, Francisco Becerra, y Claudio de Arciniega, que trabajó en Santiago de Guadalupe y que se identifica con el maestro Claudio, que interviene en las esculturas de la fachada de la Universidad de Alcalá de Henares.

La construcción del monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial supone una ruptura respecto a la evolución de la arquitectura española del siglo XVI, en cuanto se entronca directamente con el arte italiano, y representa el triunfo de un estilo estrictamente arquitectónico y desornamentado, pues como escribe Menéndez Pelayo, Felipe II «impuso despóticamente su gusto y su dirección pura, austera y decorosa, pero abrumadora y helada, a todos los maestros de obras y aparejadores españoles...». Se impone la utilización de los órdenes clásicos, la sobriedad en las líneas arquitectónicas que se corresponden fundamentalmente con los problemas y soluciones constructivas. De esta manera el edificio es bello tanto por la perfección y armonía de sus líneas y proporciones, como por la sobria ciencia constructiva, en la que existe una plena adecuación entre las formas y la técnica, aparte de los valores simbólicos que esta racional arquitectura encierra (figura 230).

Ahora bien, en las propias formas del monasterio se advierte el carácter anticipador de un estilo, más que la consecuencia o punto final de un proceso evolutivo. En él se halla implícita la estética barroca, en cuanto, por ejemplo, se buscan efectos de claroscuro, valorizándose la luz tanto para realzar las líneas arquitectónicas, como para lograr determinados efectos pictóricos. Así en el contraste lumínico entre las paredes del Patio





de los Reyes y la negrura de los arcos del atrio del templo, como en la aplicación de placas decorativas y rehundidos en la superficie de los muros, como en los hastiales del crucero de la basílica, para romper con la nitidez de la superficie lisa de los paramentos, que, sin embargo, se valoriza en el amplio y monumental efecto del muro del Jardín de los Frailes (figura 231).

Inclusive se desvirtúan algunos principios de la arquitectura clásica y así se rompe la proporción en el alargamiento de las torres, para que sobresalgan del conjunto, quizás recurso obligado al quedar éstas embebidas cuando se reformó el proyecto primitivo en el que la parte delantera era de menor altura que la posterior, regida por la masa de la iglesia y los dos pisos del Patio de los Evangelistas. Pero, aún más, en ocasiones se buscan efectos técnicos barrocos, tal como ocurre en la famosa bóveda plana en el ingreso del templo, sobre la que se asienta el coro, concebida con sistema de dovelas de corte oblicuo, que, al presionar lateral y tangencialmente sobre la clave, impulsa a esta hacia arriba — en vez de hacia abajo —, asegurándose su estabilidad mediante el enorme peso del gran facistol en el centro del coro.

Con la construcción del monasterio de El Escorial — «octava maravilla», como ya lo designó el canónigo burgalés Baltasar Pérez del Castillo, en 1574 — el rey Felipe II responde a tres finalidades. De una parte realizar la voluntad del Emperador (†1558) de construir un panteón familiar; de otra cumplir con el voto hecho en la batalla de San Quintín, el 10 de agosto de 1557, de erigir un templo al santo mártir español, cuya ermita se destruyó el mismo día de la festividad del santo; y, en tercer lugar, el deseo de crear una gran biblioteca, según se deduce del Memorial de Juan Páez de Castro, de la que había de encargarse la Orden de San Jerónimo, que atendería al culto. Fue su tracista, en 1559, Juan Bautista de Toledo, llamado también Juan Bautista de Alfonso, que había sido aparejador de Miguel Ángel en la basílica de San

Pedro — antes de mediar el siglo — y que había intervenido en obras napolitanas, gozando de merecido prestigio, pues era arquitecto de cámara del Emperador y director de las Reales Fábricas de Nápoles, constandingo que trabajó en el Alcázar de Madrid, en El Pardo, Aranjuez y en el claustro de la iglesia de San Jerónimo de Madrid. Mientras se trabaja en la preparación de los planos se busca el lugar de su emplazamiento, que se determina con intervención personal del propio rey, en 1561, en las inmediaciones del pueblo de El Escorial, al pie de la montaña. Las obras preliminares de la construcción del monasterio se inician en mayo de 1562, llegando poco después fray Antonio de Villacastín, el más insigne que tenía la Orden jerónima en el arte de edificar, que ha de permanecer en las obras hasta su total terminación, interviniendo muy activamente y dando continuidad a esta empresa. A las once de la mañana del 23 de abril de 1563 se coloca solemnemente la primera piedra y se inician las obras con gran celeridad. El 19 de mayo de 1567 muere Juan Bautista de Toledo, sucediéndole en la dirección Juan de Herrera, sin título de arquitecto mayor. Consta que en 1571 ya era habitable y en 1573 llegan los cadáveres de Carlos V y de doña Isabel de Portugal, también los de la reina Isabel de Valois y del príncipe don Carlos, lo que indica el rápido avance de las obras, que en su parte arquitectónica se dan por terminadas en septiembre de 1584.

En su conjunto o traza general ofrece el monasterio planta de parrilla alusiva al martirio de san Lorenzo y comprende dos zonas, la delantera destinada a monasterio, biblioteca y patio de acceso al templo (Patio de los Reyes); y la posterior, con la iglesia funeraria, claustro (Patio de los Evangelistas) y la zona reservada al palacio que se extiende por detrás de la cabecera del templo, ocupando lo que en la planta simbólica es el mango de la parrilla. Tanto la iglesia con sus altares, según traza de Pacciotto, como la magnífica Biblioteca con sus pinturas, el patio de los Evangelistas,



con su bellissimo templete central y la hermosa escalera del Bergamasco, son ejemplos clásicos de buena arquitectura, admirable por muchos conceptos.

Con la obra de El Escorial, según hemos indicado, se tiene el ejemplo a seguir en la arquitectura del último decenio del siglo XVI y principios del XVII. Juan de Herrera, que trabaja en El Escorial desde 1573 hasta su muerte en enero de 1597, ha intervenido también en las trazas del Ayuntamiento de Toledo en 1575; en la fachada posterior del Alcázar toledano, con almohadillado en la parte baja y pilastras toscanas; en un proyecto para la capilla de Aranjuez, inspirada en el Vaticano, en donde en 1584 empezó la Casa de los Oficios y su prolongación con pórticos; en la traza de la iglesia de Santo Domingo el Antiguo de Toledo, en donde trabajaron asimismo el Greco y Nicolás de Vergara; en el puente madrileño de Segovia, para el que en 1574 Gaspar de la Vega había dado una traza; en la traza del castillo-palacio de Villavi-

cosa de Odón, reformado luego en el siglo XVIII, suponiéndose su intervención en la interesante y famosa fuente de Ocaña, atribuyéndosele también la ermita de Santa Quiteria en Alcázar de San Juan; aparte de sus importantes obras en Sevilla y Valladolid, por lo que su obra ejerció una extraordinaria influencia (figura 232).

En Toledo buenos arquitectos evolucionan al margen de los obradores de El Escorial, como testimonio de la vitalidad de una escuela que languidece hasta que sea absorbida por las directrices que se imponen en el arte cortesano. Es representativa la obra de Nicolás de Vergara el Mozo (h.1542-1606), que fue el maestro mayor de la catedral de Toledo a partir de 1575, a quien se debe como obra muy característica la capilla de San José de Toledo, la iglesia del Hospital de Illescas, la Puerta del Cambrón y dos obras sumamente importantes, la iglesia del Hospital de Tavera y la capilla del Sagrario de la catedral de Toledo — que se termina con decoración barroca en el siglo XVII —, atribuyéndosele la impresionante cabecera del convento de Santa Catalina de Talavera de la Reina, de lo mejor hecho en Castilla en este momento, cuyas trazas se atribuyen a Covarrubias, según indicamos, siendo su último proyecto el de la iglesia de San Pedro Mártir de Toledo y su sacristía, constandingo también que le fue rechazado un proyecto de 1576 para Santo Domingo el Antiguo.

También son importantes Diego de Velasco el Mozo (h. 1538-1592), que inicia la iglesia de Santo Domingo el Real, con solución oval, e interesantísima portada manierista; y Juan Bautista Monegro (†1621), que trabaja en 1610 en San Miguel el Alto y en Santa Leocadia, cuya capilla de la Virgen de la Salud es la única obra documentada de arquitectura de Nicolás de Vergara el Viejo. Monegro, que fue también escultor, fue maestro mayor del Alcázar y de la catedral, interviniendo desde 1579 en el Ayuntamiento de Toledo, trazado por Juan de Herrera, perfecto ejemplo de manierismo,



por su ostensible valoración del juego de luces y sombras.

ESCULTURA

Primera etapa (1500-1525)

Desde un principio las formas renacentistas se introducen en Castilla la Nueva sin que su aceptación suponga la solución de continuidad respecto a las formas medievales, como es evidente en las dos obras más características que se hacen al iniciar el siglo: el sepulcro del cardenal Mendoza y el retablo mayor de la catedral de Toledo, en las que intervinieron maestros extranjeros y españoles, señalando una pauta que ha de ser nota distintiva de la escultura renacentista a lo largo del siglo XVI.

En el lado del Evangelio del presbiterio de la catedral toledana se erige en torno a 1500 el sepulcro del cardenal Mendoza (†1495), conforme a proyecto de 1494, que se relaciona en su traza concebida como gran arco de triunfo, con Andrés Sansovino, cuya estancia en Toledo de vuelta de Portugal se documenta en este año, y en el que se ha percibido su relación con las obras de Andrea Bregno, en lo que afecta a los motivos decorativos y a la propia urna sepulcral. En él debieron participar, como es lógico, los escultores que por estos mismos años trabajaban en el retablo, fundamentalmente Diego Copin de Holanda, tanto en las imágenes de las hornacinas como en el relieve de Santa Elena, aunque el escultor italiano suministrase las trazas, aparte de la posible importación de algunas de sus esculturas y relieves decorativos. Más clara relación con la estilística gótica se muestra en la gran obra del retablo mayor, que se ejecuta entre 1498 y 1504. En 1498 dieron muestras para la obra el maestro Gil, Alberto y Petijuan, encargándose a éste y a Rodrigo Alemán las esculturas y tallas del banco, y, más tarde, a Petijuan la talla de todo el cuerpo del retablo, conforme a traza suministrada por Enrique Egas en 1500. Corres-



235. *Natividad. Tímpano de la portada de la sala capitular de la catedral de Cuenca*

236. *Sepulcro del obispo don Alonso Carrillo de Albornoz. Capilla de San Ildefonso, en la catedral de Toledo*

237. *Sepulcro del obispo don Fernando de Arce. Catedral de Sigüenza*



ponden a Copin de Holanda y a Sebastián de Almonacid las imágenes y esculturas de los cuerpos laterales, y al burgalés Felipe Vigarny las cuatro historias centrales, de las que hizo tres, la Natividad, la Asunción y el Calvario del remate. De esta manera, si el maestro Sebastián de Almonacid mantiene en las escenas que se le encomiendan las formas tradicionales enraizadas en el gótico, ya en las correspondientes a Copin de Holanda se advierte la suave evolución hacia las formas renacentistas, que triunfan en especial en la bella escena de la Natividad, debida a Felipe Vigarny, que por estos años hizo el magnífico retrato del cardenal Cisneros, en relieve (Universidad Complutense) (figs. 233, 234). Es claro que en torno a estas dos obras se van imponiendo las formas renacentistas, sustituyéndose los efectos de claroscuro por un más suave tratamiento del modelado y mayor fluidez en los pliegos, que se pliegan en formas sinuosas, abandonándose los quebrados plegados del estilo hispano-flamenco, al mismo tiempo que se procura conseguir una mayor belleza formal, basada en la armonía, en la proporción y en las correctas anatomías.

Entre los introductores desempeña un papel destacado el ya citado Diego Copin, que aparte de las obras mencionadas, hace los arcos y bultos sepulcrales de Alfonso VII y Sancho el Bravo a los lados del altar mayor y, fundamentalmente, el grupo del Santo Entierro en su capilla bajo el altar mayor y, presumiblemente, la Virgen de la Almudena, en la catedral de Madrid.

A estos años iniciales corresponde también la talla decorativa de la fachada del Hospital de Santa Cruz, que se construye entre 1504 y 1514, que debe relacionarse con la actividad inicial del arquitecto Alonso de Covarrubias, según hemos indicado anteriormente. No obstante, dada la actividad de Copin de Holanda por estos años del segundo decenio del siglo, sería muy posible su intervención en las esculturas, más que en la talla decorativa, del Hospital de la Santa Cruz.

238. *Virtudes, en los intercolumnios de la portada de la sala capitular de la catedral de Cuenca*

Asimismo hay que tener presente la estancia en Toledo, en este segundo decenio del siglo, del abulense Vasco de la Zarza, discípulo de Domenico Fancelli, cuyo estilo se reconoce en las puertas interiores del Hospital de la Santa Cruz y que firma el magnífico sepulcro del obispo de Ávila don Alonso Carrillo de Albornoz (†1514) en la capilla de San Ildelfonso de la catedral toledana, en la que le corresponde el de don Iñigo López Carrillo, virrey de Cerdeña, que muestran estrechas relaciones con los sepulcros de Fernando del Castillo (†1521), en la de San Eugenio y el de Juan López de León, en la de San Martín, que en esencia repiten la traza del sepulcro de Carrillo (fig. 236).

Por estos años trabajan en la catedral otros escultores como Cristóbal de Olarte, a quien se debe el Cristo a la columna en el retabullo del Cristo del Olvido y el grupo de la Aparición de Cristo a san Pedro sobre la puerta de la actual capilla del Tesoro, de 1523; y Blandino Bonifacio a quien se cita desde 1510 e interviene en la puerta de la Sala Capitular y, más tarde, en la capilla de Reyes Nuevos y en la parte interior de la Puerta de los Leones.

En este primer cuarto del siglo XVI sobresale en íntima relación con Toledo el taller creado en torno a la catedral de Sigüenza, durante los pontificados de don Bernardino López de Carvajal (1495-1511) y don Fadrique de Portugal (1512-1532). Corresponden a este momento las esculturas de las ocho hermanas de Santa Librada en su altar, que se ejecuta entre 1515 y 1518, y el grupo funerario de don Fadrique de Portugal, que, como hemos indicado, se hicieron bajo la dirección de Francisco de Baeza, constando la intervención de los toledanos Sebastián de Almonacid y Juan de Talavera, que asimismo debieron intervenir en la cajonería plateresca de la sacristía de Santa Librada y en el sepulcro del obispo de Canarias, don Fernando de Arce (†1522), en la capilla de Santa Catalina, aunque debe tenerse presente la posible intervención del escultor Miguel



de Aleas, que en 1514 hizo la Virgen de la Leche, en un pilar del crucero, y la relación que el sepulcro del obispo de Canarias tiene con el de don Pedro López de Ayala, también obispo de Canarias, en una de las capillas de San Juan de los Reyes (fig. 237).

Otras esculturas como la Anunciación en la portada de su capilla en la catedral seguntina, los bultos funerarios de Juan González de la Monjua y Antón González y el de don Fernando de Montemayor, en la citada capilla de la Anunciación, así como el conjunto de sepulcros de los Arces, en la capilla de Santa Catalina, son testimonio de la importancia de este taller seguntino, en el que se

difícil precisar atribuciones concretas. En este grupo deben incluirse los mutilados sepulcros de don Pedro Hurtado de Mendoza y doña Juana de Valencia, en San Ginés de Guadalajara.

En el taller de la catedral de Cuenca se advierte, pese a su goticismo, una cierta tendencia hacia las formas reposadas renacentistas, como en el grupo del Calvario con la Virgen y San Juan sobre el altar del Ángel, que se ha relacionado con el escultor Diego de Flandes, a quien se cita repetidamente a lo largo del primer tercio del siglo, sin que pueda adjudicarse ninguna obra en concreto. A esta etapa debe corresponder una imagen de San Gregorio, en el museo, y las sepultu-

ras, de desigual calidad, de los familiares del cardenal Albornoz, en su capilla, que se harían en el tercer decenio del siglo.

Corresponde a este momento una obra verdaderamente excepcional: las esculturas de la portada de la Sala Capitular con escudo del obispo Diego Ramírez de Villaescusa (1518-1537), en cuyo tímpano se coloca una bellísima Natividad, y en las hornacinas, en los intercolumnios, como en el remate, las Virtudes, obras maestras en su clasicismo, de extraordinaria belleza, con calidades y valoración de los desnudos, sin paralelos en la escultura castellana. Habría que pensar en el decorador Antonio Flórez, que interviene en las capillas de los Apóstoles y





de los Caballeros, y que, según indicamos, se cita repetidamente colaborando con Juan de Albiz y Francisco de Luna (figs. 235, 238).

En Madrid corresponden a este momento los sepulcros de Beatriz Galindo la Latina y Francisco Ramírez de Arellano, con la fecha de 1531, debidas a Hernán Pérez de Albiz así como la sillería de coro del Paular en San Francisco el Grande, que se relaciona con la que hizo en 1526 Bartolomé Fernández para el Parral (Museo Arqueológico Nacional). Asimismo en este segundo decenio del siglo, el estilo grandioso miguelangelesco se hace presente en Castilla la Nueva, cuando, a causa de la muerte de Dome-

nico Fancelli, a quien se había encargado el sepulcro del cardenal Cisneros para ser montado en la capilla universitaria de San Ildefonso, en Alcalá de Henares, se encarga en 1519 a Bartolomé Ordóñez y a su muerte es terminado por el florentino Rafael Montelupo y los napolitanos Giangiocomo de Brixia y Girolamo de Santa Croce, siendo montado en 1521. Realizado conforme a las trazas de Fancelli, destaca por el carácter miguelangelesco de sus esculturas y por la riquísima y fantástica decoración. Más tarde, Nicolás de Vergara hizo en 1566 la magnífica verja con niños de los que se conservan restos en la Magistral y en el Museo Arqueológico Nacional (fig. 239).

Paralelamente, ya en fecha tardía, entre 1524-1525, se importan obras italianas, como el destruido sepulcro del obispo Francisco Ruiz en San Juan de la Penitencia, obra de Giovanni Antonio di Aprile y Antonio della Scala. En esta etapa se deben incluir las esculturas de los retablos de Santiago del Arrabal, de Toledo, cuya talla se debe a Juan de Torvar, acabado en 1548, y de Torrijos, recientemente documentado como del pintor Correa del Vivar, según contrato de 1558, en las que es clara la influencia del estilo de Felipe Vigarny.



Segunda etapa (1525-1565)

A partir de mediados del tercer decenio se inicia un nuevo período en el que dominan las formas italianas cinquecentistas, que se cierra con la iniciación de las obras de El Escorial (1563) y con el traslado de la capital a Madrid (1561), el mismo año de la muerte de Berruguete. El estilo de Vigarny, posterior a 1520, cuando recibe la influencia de Siloe y Berruguete, está perfectamente determinado por la ejecución del magnífico altar de la Descensión (1525-1527), de influencia claramente siloesca en el modelo de la Virgen y en la exquisita suavidad en el tratamiento de las escenas del banco, y

en el que, incluso, mantiene la tipología burgalesa de escena móvil en el banco, como en el cuerpo central del retablo de la Cartuja de Miraflores. La obra fundamental de Vigarny en Toledo, en esta etapa, es su intervención en la parte del Evangelio de la sillería de coro de la catedral, en la que trabaja entre 1539 y 1542, a plena satisfacción del cabildo, por cuanto se le encarga del grupo de la Transfiguración del testero, que no pudo realizar por su muerte, en 1543, recibiendo sepultura junto al altar de la Descensión, con lo que ya no existe. El estudio de las figuras y técnicas de esta labor de Vigarny en Toledo, así como la de sus colaboradores, no ha sido realiza-

da debidamente, debido a su eclipsamiento por la genialidad de Berruguete, que realiza la parte de la Epístola y el testero, también apreciada por el cabildo, lo que justifica la inscripción colocada en el lado del Evangelio del coro de la catedral toledana, en la que se cita a ambos maestros con texto que, traducido, reza: «Compitieron entonces los ingenios de los artífices y de la misma manera siempre competirán los juicios de los que contemplen esta obra» (figuras 240, 241).

La magna obra de Berruguete en Toledo se concreta fundamentalmente en tres obras excepcionales que han de marcar la pauta a seguir en la escultura de Casti-

lla la Nueva en el segundo y tercer cuartos del siglo, al mismo tiempo que crea en su entorno un taller de capital importancia como fundamento de otras escuelas castellanas y andaluzas. Hacia 1546 realiza el magnífico retablo de Santa Úrsula en Toledo (Museo de Santa Cruz), quizás la obra más audaz del maestro en cuanto a su carácter expresivo del ímpetu místico de la Virgen y Santa Isabel en su encuentro. A partir de 1539 interviene Berruguete en la bellísima sillería del coro de la catedral, en la que participa un amplio taller y en el que las libertades y las genialidades en las composiciones afloran de continuo, aunando la elegancia leonardesca en figuras como la Eva, junto al movimiento violento, posturas y gestos descompuestos, desconcertantes a veces, que tienen su culminación en la sorprendente interpretación del tema de la Transfiguración. En 1554 contrata su última obra importante, el sepulcro del cardenal Tavera (Hospital de Afuera), que termina en los días de su muerte en el mismo hospital donde trabajaba, en 1561, y en el que se advierte la activa participación de los discípulos, aunque en todo caso es evidente la directa intervención del maestro. A través de estas magistrales obras toledanas se advierte la importancia que concede Berruguete a la expresión del contenido espiritual, aunque esta primacía del contenido se consiga sacrificando en ocasiones la corrección formal, pues lo que interesa es la concreción de formas que en su contemplación lleguen a afectar las fibras nerviosas del contemplador. Tipos magros, angulosos, austeros, al margen de la morbidez de las formas ideales de la belleza clásica, en todo dominadas por el fuego del espíritu que las anima, de acuerdo con la expresión mística coetánea (figs. 242-244).

Paralelamente, las nuevas tendencias se introducen en el taller de la catedral de Cuenca, a partir de 1535 fundamentalmente, en principio merced a la obra de Diego de Tiedra, cuyo origen vallisoletano justifica la influencia de Siloe y una cierta evocación berruguetesca. En 1537





consta su intervención en la capilla del doctor Muñoz, en la que habrá que adjudicarle la magnífica decoración y el retablo con bellísimo grupo de la Virgen y el Niño y los dos santos Juanes, en el que la influencia de Siloe es evidente. Esta documentada intervención de Tiedra plantea el problema de la obra más bella de la catedral de Cuenca en este período, las dos hojas de la puerta de la Sala Capitular con los dos santos Juanes, Pedro y Pablo, y dos tondos con la Adoración de los Reyes y la Transfiguración, y el escudo del obispo don Diego Ramírez de Villaescusa (1518-1537), aparte de riquísima decoración, que se ha puesto en relación con Jerónimo Quijano y con el propio Alonso Berruguete, pero que —perfilándose la actuación de Tiedra e incluso su carácter monopolizador, pues incluso utilizaba su condición de familiar del Santo Oficio para alejar rivales— induce a pensar en él como autor de estas magníficas puertas. A Tiedra corresponde también, ya entre 1551-1552, el retablo de San Fabián y San Sebastián, con los dos santos en la hornacina central, arriba, original representación del Padre Eterno y, a los lados, hornacina con San Cosme y San Damián. También le corresponde la imaginería del retablo de Montalbanejo (figs. 245, 247).

A la escuela de Tiedra se atribuye la Resurrección de Cristo, en el museo; y con su taller habría que relacionar el retablo de la capilla de los Gómez de León, en la Colegiata de Belmonte, de 1546, con escenas relativas a la vida de la Virgen y de la infancia de Cristo, con la adición del tema de la Imposición de la casulla a san Ildefonso.

Figura estelar y particularmente famoso por su proceso inquisitorial es Esteban Jamete —activo entre 1535 y 1565—, que llega a Cuenca en 1545 y que debió intervenir muy activamente en las esculturas y decoración del llamado Arco de Jamete, de acceso al claustro, según el testimonio de Pedro Mártir Rizo. Anteriormente, aparte de otros lugares había trabajado en Toledo, bajo el maestrazgo de Covarrubias, en 1539, y en Úbeda en

relación con Vandelvira, lo que nos lleva a Francisco de Luna, su suegro, lo que justificaría su llegada a Cuenca. En este magnífico Arco de Jamete se representan las Virtudes, apóstoles y un Ecce Homo —en el museo— en el parteluz, con una riquísima decoración que justifica plenamente su fama (fig. 246). Hacia 1550 trabaja en la capilla de Santa Elena, en la que le debe corresponder el bello y clásico retablo, con el tema principal de la santa con la cruz y Constantino —alusivo al nombre del fundador, el deán Constantino Castillo— y la Anunciación y en el primer cuerpo la Santa Cena con San Pedro y San Pablo. En 1552 consta que trabaja en la talla del retablo de pintura de San Mateo y San Lorenzo, y consta también que trabajó en Madrid, en la capilla del obispo de Calahorra, en Santo Domingo, con Gregorio Vignary, de la que procede una Asunción en el Museo Arqueológico Nacional. Asimismo consta que trabajó en Santa María de Alarcón, pero no se puede precisar si su intervención se redujo a parte de la riquísima decoración de su portada o intervino en el gran retablo con escenas de la Infancia y Pasión de Cristo, en el que se percibe cierta influencia berruguetesca.

También trabaja en Cuenca por estos años el maestro Angelo imaginario, que en 1547 interviene en el retablo de Santiago, en el que tanto en las imágenes como en la decoración se advierte la influencia berruguetesca. Por estos años, entre 1556 y 1557, consta que estaba en Cuenca, en el taller de Diego de Tiedra, Isaac de Juni, que trabajaba en el castillo de Garcimuñoz, aunque ninguna obra se le puede adjudicar con certeza.

En 1557 consta que trabajaba en el taller de Diego de Tiedra el escultor Giraldo de Flugo, que en 1578 hizo la Virgen de alabastro del coro de la catedral y a quien se atribuye el retablo de San Martín, con escenas del santo en el centro y a los lados medallones de alabastro con San Pedro, San Pablo, San Andrés y San Cristóbal y, también en alabastro, en el banco, el Ecce Homo. Con Pedro de Villadiego interviene en el gran retablo de





la parroquial de Tarancón (figura 249). También corresponden a este momento y en relación con la influencia de Siloe las figuras de San Pedro y San Pablo a los lados del ingreso de la sacristía de la catedral de Cuenca y, asimismo, el retablo de la iglesia de San Miguel, que muestra una análoga tendencia artística, como las esculturas de la portada de Santa María de Castejón en Huete, de un eclecticismo característico en el que la influencia de Berruguete se suaviza por el sentido clásico, evidente en el tratamiento de las Virtudes del remate (figura 248).

En Sigüenza corresponde a estos años la actividad del maestro Martín de Vando-

ma, con quien colabora fundamentalmente el maestro Pierres, en la sacristía, en la capilla de las Reliquias, en la que ejecutó las alegorías de la Ciencia, la Piedad, la Caridad y la Fortaleza, y en la obra de las puertas, como en las cajoneras, destacando las magníficas esculturas que decoran y realzan el monumentalismo manierista de esta capilla de las Reliquias. En relación con esta obra habría que citar los relieves de las puertas de la sacristía de la capilla de los Arce. También corresponde a Martín de Vandoma el reconstruido púlpito del Evangelio en esta catedral de Sigüenza, con escenas de la Pasión (fig. 250).

En Alcalá de Henares, por estos años,

bajo la dirección de Rodrigo Gil de Hontañón y Pedro de la Cotera, a partir de 1540, trabajan en la fachada de la Universidad un nutrido grupo de escultores y entalladores. Se distinguen como más importantes el imaginero Claudio, burgalés —que se ha identificado con Claudio de Arciniega—, Juan de Miera, Cristóbal de Villanueva, Sancho imaginario, de Cogolludo, y el salmantino Hans Sevilla. Corresponde a 1551 la intervención de Nicolás de Rivero y del salmantino Juan Guerra, que hace el escudo y que asimismo en 1553 esculpe la figura de Dios Padre, el mismo año que se coloca la cruz culminando la fachada. En Toledo, en 1530, se pagan al maes-

248. *Tímpano de la portada de la iglesia de Santa María de Castejón. Huete (Cuenca)*

249. *Detalle del retablo mayor de la iglesia de Tarancón (Cuenca)*

tro Jorge —quizás Jorge Contreras— los bultos orantes de Juan I y doña Leonor en la capilla de Reyes Nuevos, de quien no se tiene más noticia.

Los colaboradores y discípulos de Vigariny y de Berruguete, que se han formado en torno a la gran obra de la sillería de coro, integran el grupo más importante de escultores toledanos de mediados del siglo.

Se debe a Gregorio Pardo (†1551), hijo del maestro Felipe Vigariny, que trabajó activamente en la Puerta del Tesoro, bajo la dirección de Covarrubias, junto a Jamete, Pierre y Luis de Borgoña, el bello relieve de la Imposición de la casulla a san Ildefonso, en el coro de la catedral toledana, mostrando un estilo reposado y minucioso que le relaciona estilísticamente con su padre; mientras que en el magnífico armario de la antesala capitular desarrolla la más bella fantasía decorativa del arte toledano, correspondiéndole también la escena de la Coronación de la Virgen en la parte interior de la Puerta de los Leones y el retablo de Santa Ana en su capilla, en la girola de la catedral (figs. 251, 252).

Isidro Villoldo debió formarse con Zarza en Ávila, donde ha de desarrollar su labor más importante, colaborando con Berruguete en la sillería de la catedral toledana, constando que entre 1543 y 1544 hizo las cuatro figuras de ninfas sosteniendo escudos en la fachada del palacio arzobispal toledano.

También es colaborador de Berruguete el palentino Francisco Giralte, que se establece en Madrid hacia 1550, donde ejecuta el más bello retablo de Castilla la Nueva en esta etapa, el de la capilla del obispo don Gutierre de Vargas y Carvajal, aneja a la iglesia de San Andrés en Madrid, donde también realizó el impresionante y complejo sepulcro del obispo y los de sus padres. No obstante, aunque está documentada la intervención de Giralte, ya desde 1533 se cita a Francisco Hernández en relación con el licenciado Vargas respecto a esta capilla, hasta que después de 1544, el obispo decide convertirla en su capilla funeraria. Consta



250. *Figura alegórica. Capilla de las Reliquias de la catedral de Sigüenza*



251. *Pormenores decorativos, en las puertas del armario de la antesala capitular de la catedral de Toledo*







254. Grupo central del sepulcro del obispo don Gutierre de Vargas y Carvajal. Capilla del Obispo, Madrid

que Hernández entonces era menor de 25 años, y se le atribuye una Virgen con el Niño (Museo Arqueológico Nacional, procedente de la iglesia de Santo Domingo) (figs. 253, 254).

Tanto en los relieves y esculturas del retablo, como en la talla de los sepulcros, desarrolla Giralte un estilo en el que se aúnan la perfecta ejecución técnica con el espíritu que impregna las obras de Berruguete, del que se distingue —quizás por influencia de Siloe y de Felipe Vigarney— por su canon más monumental y patético en su contención. Compiten en belleza con el retablo, tanto los sepulcros de don Francisco de Vargas y de doña Inés de Carvajal, como el magnífico del obispo fundador don Gutierre de Vargas y Carvajal (†1556), que, al decir de Álvarez y Baena, «maravilla que pudiera decirse única en el arte por lo primoroso de su hechura», con el bulto orante del obispo, tres clérigos, figuras femeninas de acusado manierismo y temas pasionales de la vida de Cristo. Con Giralte han de relacionarse tanto las puertas exteriores de esta capilla, como las magníficas que le dan acceso desde el patio, y que en principio estaban destinadas a la sala capitular o sacristía de la capilla, que se han atribuido a Francisco de Villalpando y al entallador Cristóbal de Robles. En ellas se representan Adán y Eva y la Anunciación y dos paneles magistrales, uno con la Batalla de los amalecitas, en relación con el rezo de Moisés propiciando la victoria de su pueblo, y el otro con la Batalla de Josué contra los gabaonitas, quizás alusión al emperador Carlos, fundador del imperio en el que «no se ponía el sol» (fig. 255).

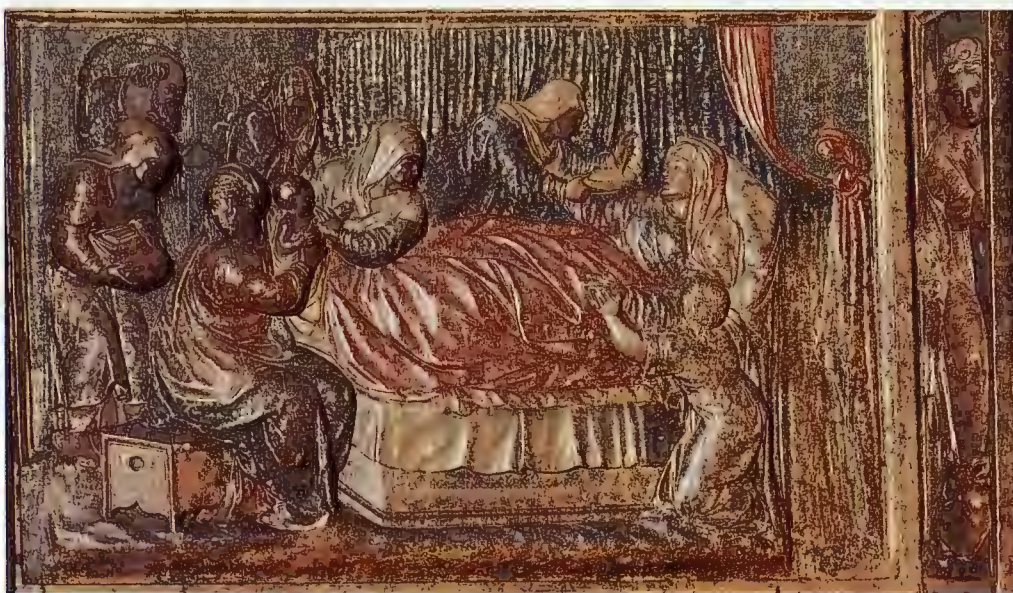
Con su estilo se relacionan los relieves del retablo de San Clemente en Toledo y consta la intervención de Giralte asimismo en el retablo de Colmenar Viejo, que fue terminado en 1579, y en el que trabajaron los pintores Diego de Urbina y Alonso Sánchez. Dentro de su estilo cabe citar las esculturas del retablo de Fuentelaencina (Guadalajara) (fig. 256). A este momento corresponde también la obra de Diego Velasco de Ávila, colabo-



255. Batalla de Josué contra los gabaonitas.
Relieve en una puerta de la capilla del Obispo.
Madrid



256. Detalle del retablo de la iglesia de la
Asunción. Colmenar Viejo (Madrid)



rador de Berruguete en 1539, que hizo la Inmaculada de Puente de Alcántara y con quien se relaciona también el retablo de la iglesia toledana de San Román, que se haría antes de 1560, en el que si bien se advierte la influencia de Berruguete, ya se percibe una clara orientación hacia el manierismo romanista. Su documentada estancia en Sevilla en 1579 indica esta orientación de la escultura toledana, que, en buena medida, ha de ser fundamento de la escultura premontañesina.

Carácter verdaderamente excepcional tiene la obra de Nicolás de Vergara el Viejo, burgalés, a quien se debe la Virgen de la Puerta del Reloj, en 1553, y los atriles del coro de la catedral toledana, la obra más bella y más finamente realizada de cuantas se hicieron en bronce en la catedral de Toledo, hechos entre 1562 y 1571 por los mismos años en que trabajaba en la reja del sepulcro de Cisneros en Alcalá de Henares. Se le atribuye un Cristo en el Seminario y el sepulcro de don Alonso de Rojas, en la Puerta de los Leones (fig. 257).

En colaboración con Bautista Vázquez hizo el retablo de Santa María la Blanca.

El manierismo romanista

El escultor más importante en cuanto supone la clara orientación hacia las reposadas formas del manierismo romanista es Bautista Vázquez († 1589), que trabaja en Castilla la Nueva entre 1555 y 1561, en que marcha a Sevilla, contando con un activo taller, con discípulos tan importantes como Miguel Adán, de Pinto, que trabaja con Jamete en Cuenca y activo en Toledo entre 1553 y 1557. El estilo manierista de Bautista Vázquez se nos muestra en la elegancia del ángel de la Anunciación de la Puerta del Reloj, que como las esculturas del desaparecido retablo de Mondéjar (Guadalajara), que hizo en colaboración con Nicolás de Vergara, se caracteriza por su esmerada corrección, la perfecta técnica, y el culto a las formas equilibradas, que, si en ocasiones suele adolecer de huerdo apasiona-

257. *Decoración escultórica de los atriles del coro, por Nicolás de Vergara. Catedral de Toledo*

258. *Cristo yacente, por Gaspar Becerra. Convento de las Descalzas Reales, Madrid*



miento en las composiciones en las que el dramatismo o las actitudes movidas se imponen, en otras triunfa en las que la serenidad o la majestuosidad del tema se presta a la esmerada técnica y a la perfección ideal de las formas. Su estilo se muestra en la Adoración de los pastores, en el retablo mayor de Santa María la Blanca, y las esculturas del retablo de Almonacid de Zorita (Guadalajara), hoy en el convento de las Oblatas, de Oropeza, y en Torrelaguna.

En esta etapa hay que situar también la actividad de Gaspar Becerra († 1568), que hizo para las Descalzas un retablo conocido por un dibujo en la Biblioteca Nacional, y un Cristo yacente que sirve de Sagrario, que influyó en Esteban Jordán, a quien se cita en 1559 en Toledo como «imaginario» (fig. 258).

Aún el estilo plateresco se muestra en la sillería de coro, actualmente en la catedral de Murcia, que hizo el escultor Rafael de León, entre 1564 y 1570, para San Martín de Valdeiglesias.

En torno a la iniciación del reinado de Felipe II y al establecimiento de la capital en Madrid se introduce en Castilla la Nueva una corriente estilística que se caracteriza por el predominio de la corrección formal, de la idealización reposada y la preocupación por la buena técnica, la belleza formal, serena, tranquila, de raíz netamente romanista que dulcifica e idealiza el dramatismo e impetuosidad del estilo berruguetesco, al mismo tiempo que imprime un carácter más grandioso y clásico a las obras que seguían el arte de Felipe Vigaray.

Contribuye personalmente a esta orientación estilística el gusto clásico del rey Felipe II, del que es explícito testimonio el hecho de que se detuviese durante catorce días en Mérida para examinar las ruinas y restos romanos, como la exclusión de la madera policromada en las esculturas de El Escorial. Las importaciones italianas, como el Crucifijo de Benvenuto Cellini en El Escorial, se ve fortalecida por la presencia de italianos que trabajan en los círculos cortesanos. Entre estos son los más representativos



260. *Detalle del grupo funerario de Felipe II, por Pompeo Leoni. Monasterio de El Escorial*



261. Cabeza de la estatua orante de doña Juana de Austria, por Pompeo Leoni. Convento de las Descalzas Reales, Madrid



262. Sepulcro de don Francisco Eraso y su esposa. Museo Diocesano de Sigüenza



263. Estatua orante del inquisidor Pedro Soto. Iglesia de San Pedro Mártir, Toledo



los Leoni, escultores milaneses que estuvieron al servicio del emperador y de Felipe II. León Leoni (1509-1590), conforme a la estética italiana, estima que son el equilibrio, la proporción, la serenidad clásica los vehículos de expresión de la belleza, frente al dinamismo barroquizante berruguetesco. Su obra maestra es la representación de Carlos V venciendo al Furor (Prado), buen ejemplo de la perfección técnica, de un evidente virtuosismo y de la expresión de la belleza serena, en el gesto comedido y tranquilo del emperador en la interpretación de un tema que se prestaba a la representación violenta. Los bustos y retratos del emperador y de la emperatriz (Prado) son ejemplos de su idealismo clásico (figura 259).

El mismo carácter se ofrece en las numerosas obras de su hijo Pompeo Leoni († 1608), que trabaja intensamente en El Escorial, ejecutando los retratos reales, destacando como las más bellas de sus obras los bultos sepulcrales de Carlos V, acompañado de la emperatriz, sus hermanas Leonor de Francia y María de

Hungría y su hija María; y de Felipe II, con Ana de Austria, Isabel de Valois, María de Portugal y el príncipe don Carlos, que fue encargado en 1591 y en el que colaboraron Giovanni Paolo Cambiaso, Miguel Leoni, Milan Vimercato, Baltasar Mariano, Juan de Arfe y Martín Pardo (fig. 260). Es obra magistral el gran retablo mayor de pintura (con magnífico tabernáculo de Jacopo da Trezzo), trazado por Juan de Herrera, que se hizo entre 1578 y 1590, ejecutadas sus esculturas de bronce en Italia, y retocadas y doradas en El Escorial, con la fecha de 1588 bajo el pedestal de San Pablo. Se sitúan los Padres de la Iglesia en el primer cuerpo, los evangelistas en el segundo, San Andrés y Santiago en el tercero y en el último los apóstoles Pedro y Pablo y una monumental Crucifixión de más de tres metros en el remate. A él se debe el bello bulto orante de la infanta doña Juana de Austria, en las Descalzas Reales de Madrid (fig. 261).

Este clasicismo, que se impone favorecido por importaciones, tiene también su ejemplo destacado en Castilla la Nue-

va en obras de marcado carácter paganzante como la representación del marqués de Santa Cruz, como Neptuno, en la escalera de su palacio de El Viso del Marqués.

Durante el último cuarto del siglo es muy escasa la actividad de los talleres de las catedrales de Sigüenza y Cuenca, y asimismo en Toledo se advierte un claro languidecer en la producción, de tal forma que los artistas más importantes se trasladan a Andalucía, o trabajan en relación con la escuela madrileña, que propiamente ahora se inicia.

En Cuenca, en 1589, se hace el retablo de la capilla del Obispo en la catedral, obra del entallador Diego de Villadiego, con la figura arrodillada de San Julián ante la Virgen con la palma, en el que ya tenemos un precedente del naturalismo barroco, y a los lados relieves con San Lesmes y otro prebendado. De esta época son las imágenes de Santa Águeda y San Blas, en el altar de la capilla del Socorro; y el Cristo de los Sacristanes, con las imágenes de la Virgen y San Juan en la capilla de San Bartolomé, que fueron

estofadas por el pintor Diego de Flandes en 1578.

En Alcalá de Henares, donde muere en 1590, trabaja el hermano Domingo Beltrán, con quien se relaciona el interesante Cristo de los Doctrinos en la ermita universitaria, que se caracteriza por la idealización naturalista.

El maestro más representativo de la escultura clasicista toledana es Pedro Martínez de Castañeda († 1604), de Peñaranda de Bracamonte, que estuvo con Berruguette en Valladolid, y vinculado al obispo de Cuenca Miguel Muñoz (1547-1553). En 1565 hizo el desaparecido retablo de Campo de Criptana, en el que se advertía la huella berruguetesca, constando que en 1574 interviene en el mutilado retablo de Sonseca, del que se conserva la Asunción, correspondiendo las pinturas a Luis de Velasco. También trabajó en la Puerta de la Presentación, en la catedral toledana, en la que le corresponde el relieve principal, en la que consta asimismo la intervención de Juan Manzano, Toribio Rodríguez y Juan Bautista Monero. Consta que desarrolló gran actividad en retablos conquenses y toledanos desaparecidos (fig. 264).

En El Escorial trabaja Juan Bautista Monero (h. 1545-1621), santanderino, que se cita en las obras reales desde 1572, al mismo tiempo que en 1575 realiza, en mármol de Valencia, esculturas para las puertas y puentes de Toledo, correspondiéndole la de Santa Leocadia, que estuvo en la Puerta del Cambrón, y la de San Julián de puente de San Martín; intervino asimismo en el retablo de Santo Domingo el Antiguo. Son obras maestras el busto de Juanelo Turriano (Museo de Toledo), como el sepulcro de don Francisco Eraso y Mariana de Peralta (Museo Diocesano de Sigüenza), así como la estatua orante del inquisidor Soto en San Pedro Mártir. Sin embargo, su obra más famosa es la que realizó en El Escorial: los Reyes de Judá sobre el ingreso a la Basílica, en el Patio de los Reyes, y los cuatro evangelistas en su patio, plenamente clásicas, un tanto frías pese a lo cual, tanto por el movimiento como por





el tratamiento de los paños, aún pueden recordar, aunque sea muy lejanamente, los tipos y espíritu berruguetescos. En relación con su estilo puede recordarse el sepulcro del médico Pedro Gálvez y su esposa Ana Velázquez, en Riosalido (Guadalajara), ella con curioso manto anudado a los pies, correspondiendo al mismo momento el retablo de la Asunción, en la misma iglesia (figs. 262, 263). Por estos años trabaja como escultor el Greco, con formas fuertemente influidas por su estilo pictórico, en sus alargadas y dinámicas esculturas como el Cristo resucitado del Hospital Tavera y el delicioso grupo de la Imposición de la casulla a san Ildefonso, en el marco del Expolio,

como la Fe y la Esperanza del retablo de Illescas y las de Pandora y Epimeteo en el Museo del Prado (fig. 265).

Aún en 1597 Alonso Callejo hizo un retablo para Miraflores de la Sierra (Madrid), con la Virgen y el Niño, la Imposición de la casulla a san Ildefonso y Santiago Matamoros, todo muy anodino.

PINTURA

Primera etapa (1500-1525)

El gran impulso y desarrollo que adquirió en España el estilo hispano-flamenco es un factor determinante en la inicia-

ción y características de la pintura española hasta bien entrado el siglo XVI. Aún más tarde, cuando la influencia italiana sea la dominante, se advierte que las formas italianas son interpretadas conforme a un espíritu que mantiene la primacía de la tradición cristiana medieval, sin romper así la continuidad, pues lo que se pretende es asimilar, integrar la cultura cristiana a la nueva ideología renacentista.

La introducción se verifica fundamentalmente por la importación de grabados y dibujos, por la labor de artistas italianos o flamencos seguidores de las formas italianas, y por la formación en Italia de artistas españoles.

La influencia quattrocentista se acusa en el tratamiento general de las figuras y su ambiente, aunque se desconoce el concepto de la belleza del desnudo, así como se advierte la carencia del sentido de la grandiosa majestuosidad de los cuerpos humanos, en cuya representación, si bien se conoce el escorzo, son escasas las contraposiciones de las diversas partes del cuerpo o su giro en el espacio. Se advierte en cambio una clara obsesión por la perspectiva, lo que conduce a la conquista del espacio. Conjuntamente observamos la importancia que se concede a los estudios lumínicos como creadora de espacios y en función del color, manteniendo la tendencia del rico cromatismo del arte hispano-flamenco. En todo caso la belleza del cuadro radica más en el ritmo de líneas o en la armonía cromática, que en la concepción geometrizada de la composición y, aún, frecuentemente los arcaísmos góticos son constantes.

De la actividad de Pedro Berruguete en Toledo únicamente le son adjudicables las referentes a San Pedro en la portada de su capilla en la catedral toledana, atribuyéndosele por Post el Santo Tomás de Aquino y un obispo en el retablo de la capilla de San Martín y las escenas del Beso de Judas y la Flagelación en el retablo de la capilla de Santa Catalina en San Salvador. Le corresponde, como obra de gran calidad, la *Virgen con el Niño*, en el Museo Municipal de Madrid (fig. 266). La fuerte influencia que ejerce el arte de Pedro Berruguete se funde con la de uno de los más bellos pintores toledanos que siguen la tendencia quattrocentista, Juan de Borgoña († 1536), a quien ya en 1495 se le cita trabajando en la catedral, contrayendo su primer matrimonio al año siguiente. En su estilo se advierte una clara formación italiana, particularmente relacionada con el círculo florentino de Domenico Ghirlandaio, caracterizándose por su exquisito dibujo, de gran belleza, por las composiciones armónicas y elegantes, por la idealización de los desnudos, más preocupado por la belleza de las anatomías que por la expresión anímica, y por un gran sentido en la valora-



267. Pormenor de la Toma de Orán, por Juan de Borgoña. Capilla mozárabe, en la catedral de Toledo



268. Nacimiento de la Virgen, por Juan de Borgoña. Sala capitular de la catedral de Toledo



ción de los espacios. En Toledo su obra más lograda es el gran conjunto de escenas evangélicas de la Sala Capitular (1509-1511), de clara raíz florentina, que supone el triunfo de las formas renacentistas en la escuela toledana, como se advierte en los retablos de la Concepción, de la Epifanía y de la Trinidad, en la misma catedral toledana; así como su labor en la capilla mozárabe, de 1514, de gran interés por su carácter histórico, ya que se refiere a la conquista de Orán por Cisneros. Entre otras obras, son también destacables el tríptico de la Cena en la catedral de Toledo, la Piedad, en Illescas, con retrato de donante, como los de Guillermo de Croy y Alonso de Fonseca, en la Sala Capitular toledana, y las ocho

tablas que, procedentes del convento dominico de Carboneras, se conservan en la catedral de Cuenca (Presentación de la Virgen, Desposorios, Visitación, Sueño de san José, Presentación del Niño, Huida a Egipto, La Sagrada Familia en Egipto y el profeta Amós), conservándose en la misma Capilla Honda otra Presentación del Niño en el templo, obra de un discípulo. Consta, asimismo, que entre 1521 y 1525 trabaja para Santo Domingo el Real de Madrid, para Santa Parla y para la capilla de Vozmediano en Santa María de la Almudena (figs. 267, 268). Su estilo influye poderosamente en toda Castilla la Nueva, como se reconoce en numerosas obras —en las que se ha apuntado una temprana intervención de

Correa del Vivar—, tales como el retablo mayor de las Clarisas de Griñón (Madrid) (fig. 269), unas tablas en la parroquia de Dos Barrios (Toledo), el retablo con las historias de San Blas del Museo Diocesano de Sigüenza, el de Santa Catalina en la iglesia del Salvador en Toledo, y en el dedicado a la Inmaculada en la Colegiata de Belmonte, entre otros, aunque para este último conviene recordar que en 1524 se cita en Belmonte a Rodrigo Enrique, flamenco. A Santa Cruz, colaborador de Berruguete y Borgoña, en Ávila, atribuye Post el retablo de la capilla de Reyes Viejos en la catedral de Toledo. También en relación con el toledano Juan de Borgoña se conserva en la capi-

269. Detalle del retablo mayor de la iglesia de las Clarisas de Griñón (Madrid)

270. Detalle del retablo de San Marcos y Santa Catalina. Catedral de Sigüenza



lla de los Pozos, en la catedral de Cuenca, un retablo plateresco con escenas de la vida de la Virgen cuya tabla central de la Asunción debe ser la conservada en la Sala Capitular, obra probable de Gonzalo de Castro o de Fernando Muñoz, que, por esta fecha, 1518, trabajaban en la catedral. También pueden citarse el interesantísimo retablo de Peñalver (Guadalajara), como el pintado al fresco en Santa María de los Huertos en Sigüenza, la Piedad del Maestro de Pozancos, en el Museo Diocesano de Sigüenza, y el retablo de Santamera. De hacia 1510 es el San Miguel de Pedro Delgado (colección Adanero), aún en la tradición flamenca, que consta que seguía activo en 1529, y a quien se le

atribuye un San Antonio de Padua en el Museo del Prado. Profundamente enraizado en las formas del arte flamenco trabaja en los primeros años del siglo, en la corte, el pintor Juan de Flandes, de quien se conserva en Madrid el retrato de la reina Isabel (El Pardo) y quince tablas del altar de la reina (Palacio Real). También fue pintor de la corte Hernando del Rincón de Figueroa, que en 1491 consta era vecino de Guadalajara, por lo que se le atribuye la gran tabla procedente del convento de San Tabla de Guadalajara, con el Milagro de los santos Cosme y Damián (Prado), correspondiendo al segundo decenio del siglo los retratos de don Francisco Fernández de Córdoba (Prado) y de fray

Francisco Ruiz (Instituto de Valencia de Don Juan), en los que muestra su excelente calidad de retratista (fig. 271). Rasgos arcaizantes en cuanto a su relación con el arte hispano-flamenco nos ofrece el magnífico retablo de San Marcos y Santa Catalina, en su capilla de la catedral de Sigüenza, que, según inscripción, se haría poco antes de 1511, cuando se hizo la capilla y que se ha atribuido a Antonio Contreras, que en 1496 pintó el desaparecido retablo de San Agustín (figura 270). En Toledo, como es lógico, la influencia de Juan de Borgoña es patente, según se reconoce en la obra de Antonio de Comontes, que en 1513 contrató tres retablos con Juan de Borgoña para San An-





273. Conjunto del retablo de la capilla de la Epifanía, correspondiendo la pintura a Hernando Yáñez de la Almedina. Catedral de Cuenca



274. Tránsito de la Virgen, por Juan de Correa del Vivar. Museo del Prado



drés de Toledo, que muestran evidentes relaciones con Borgoña, como el del Bautismo en San Vicente de Toledo y la Piedad, que, procedente de la parroquia de El Peral, se conserva en la catedral de Cuenca. Más lejanamente muestra la influencia de Borgoña Pedro de Cisneros, que en 1535 ejecuta el retablo de la Cena en la iglesia de Santa Clara. Las influencias de Borgoña y Berruguete se funden en el llamado Maestro del Tránsito, a quien Post atribuye varias obras en los conventos de Santo Domingo el Real, Santa Clara y la Concepción Francisca, aparte del retablo de la capilla mozárabe que procede del Tránsito. También muestra íntimas relaciones con

el arte hispano-flamenco el retablo de San Pedro, que puede identificarse con el que en 1506 hizo Juan Gómez para la Colegiata de Belmonte, de donde procede este retablo de la catedral de Cuenca, con la Estigmatización de san Francisco, la Misa de san Gregorio y San Jerónimo en el banco, en el centro San Pedro entronizado y a los lados la Predicación y su Liberación.

Manieristas (1525-1565)

En Cuenca la influencia leonardesca y valenciana se reconoce en la obra de los manchegos Hernando Yáñez de la Al-

medina y Hernando de Llanos, que se formaron en Italia, constando su estancia en Valencia desde 1507. Posteriormente Hernando de Llanos trabaja en Murcia y Yáñez en la catedral de Cuenca. De hacia 1525 es el magnífico retablo de la capilla de los Pesos, en la girola de la catedral, con una excepcional Adoración de los pastores y la Visitación. Seguidamente interviene en los tres retablos de la capilla de los Albornoces o de los Caballeros, en la que se le califica como «singular pintor», destacando el magnífico de la Crucifixión, con la Adoración de los pastores en el remate y en el banco la Resurrección con el donante, además del martirio de Santa Catalina y

275 *Presentación del Niño*, por Martín Gómez el Viejo. Museo de la catedral de Cuenca

su degollación, San Agustín y San Gregorio, los santos Juanes, San Pedro y San Pablo y los medallones con los profetas Abacuc e Isafas. En esta capilla también se conserva una magnífica tabla de la Piedad en retablo, debida su talla —como la del resto de los retablos— a Antonio Flórez, con el retrato del restaurador de la capilla, Gómez Carrillo de Albornoz, enterrado a pie del altar, y, por último, el dedicado a la Adoración de los Reyes. Procedente de la parroquia de Infantes (Ciudad Real) se conserva en el Museo del Prado una bella tabla, quizás procedente del retablo de Almedina, de donde al parecer era originario, con Santa Ana, la Virgen, Santa Isabel y los santos niños. La tabla con el martirio de Santa Catalina, en su capilla, que se le atribuye, parece muy posterior y obra de un discípulo (figs. 272, 273).

El seguidor de Yáñez y pintor más importante en Cuenca durante el segundo tercio del siglo es Martín Gómez el Viejo, que muere hacia 1562 y que desarro-

276. *San Antonio de Padua. Tabla lateral del retablo de Santa Úrsula*. Museo de Santa Cruz, Toledo

277. *Retrato del cardenal Tavera*, por Francisco de Comontes. Sala capitular de la catedral de Toledo

lla una amplísima labor en la catedral. Entre sus obras destacan, en el Museo de la catedral, las tablas de la Presentación del Niño, la Adoración de los pastores y la Visitación, y el retablo de la Cena (fig. 275). Son característicos, asimismo, el retablo de San Mateo y San Lorenzo, realizado entre 1553 y 1557, en el que intervino Jamete y el entallador Juanes, como el retablo de los santos Juanes en el crucero y el de la Asunción en la capilla del deán Barreda, en el que se apunta la posible colaboración de su hijo Gonzalo, a quien se atribuye una Asunción en el Museo de la catedral. También es presumible su intervención en el retablo de la capilla de los Apóstoles, realizado antes de 1545, con esculturas de la Resurrección, Ascensión y la Piedad, en el que se ha supuesto la intervención del imaginero Angelo, aunque la documentación del retablo sólo habla de los maestros Antonio Flórez y Juan de Albiz. Relacionase este retablo con el de la Asunción de la iglesia de Valdecabras,

que se contrató en 1544 por Martín Gómez, junto con su suegro Gonzalo de Castro y su cuñado Pedro de Castro. Más lejana a su estilo, por lo que se ha supuesto la intervención de Gonzalo Gómez, su hijo, es la Inmaculada o Virgen de las Candelas, en el trascoro, con símbolos marianos.

La influencia del manierismo florentino en Castilla la Nueva se acusa en la escasa obra del toledano Pedro de Machuca, que se cita como activo en Uclés, acusando más bien la influencia miguelangelesca, de quien consta fue discípulo, atribuyéndosele por Gómez-Moreno dos tablas con San Juan Evangelista y Santa Catalina, en la capilla de Reyes Viejos, de hacia 1523, de suave manierismo, que contrasta con lo hecho en Granada. De carácter ya netamente manierista son las pinturas de Berruguete en el retablo de Santa Úrsula, de hacia 1546, con temas del Bautista, San Sebastián, San Cristóbal y San Antonio de Padua, harto descuidadas y sumarias (fig. 276). Discípulo suyo





fue Juan de Villoldo, que trabaja en la capilla del Obispo, en Madrid.

Trabaja Juan de Soreda o de Pereda en Sigüenza, donde realiza el magnífico retablo del altar de Santa Librada (1525), plenamente rafaelesco, aunque se reconocen lejanos recuerdos leonardescos de gran belleza. Con su estilo se relaciona el Descendimiento en la sacristía de la misma capilla, el retablo de la Librería y el frontal con los apóstoles en la sacristía de la capilla de los Arce, documentados en 1520-21 (fig. 278).

A un nivel inferior hay que situar al pintor toledano Francisco de Comontes (h. 1505-1565), a quien corresponde el retablo del Hospital de la Santa Cruz, hoy en San Juan de los Reyes (1541-1552), en el que se evidencia la fusión de la herencia de Juan de Borgoña, con un cierto eclecticismo manierista, como en las tablas del retablo de Mora (1552), en las escenas evangélicas de los lienzos del órgano de la catedral, en el desaparecido San Bartolomé del Seminario menor y en los retratos de los cardenales Tavera y Silíceo en la Sala Capitular de la catedral toledana (fig. 277).

No obstante, es Juan de Correa del Vivar —activo entre 1521 y 1566— el pintor más importante de mediados del siglo en Castilla, caracterizándose por la estilización de las figuras, claramente manieristas, bellamente dibujadas, sin mostrar grandes preocupaciones por el cromatismo y en el que podría verse un antecedente de Luis de Morales, en muchos aspectos, ya que es posible que este pintor extremeño se formase en este círculo toledano. Su obra más representativa es el Tránsito de la Virgen (Prado), obra dotada de gran unción religiosa en su mística estilización, como en el Calvario de San Salvador de Toledo, en el que, por otra parte, sigue la tradición gótica al introducir en la composición los retratos de los donantes (fig. 274). Mientras que otras veces acusa la influencia de Juan de Borgoña, como en el Abrazo ante la Puerta Dorada, en Santa Isabel de los Reyes, y en las tablas de Meco (Madrid). También son obras re-



presentativas de su estilo, la Anunciación, la Aparición de la Virgen a san Bernardo y otras tablas en el Museo del Prado.

De 1558 es el retablo de Torrijos —no obstante la fecha de 1522 en el banco—, que es fundamentalmente de pintura, ya que de escultura sólo tiene los santos de las entrecalles. Consta que en 1554 trabajó en el retablo de Almonacid de Zorita (Oblatas de Oropesa), en 1555 en el destruido de Mondéjar, y en 1558 en el de Maqueda.

También sigue fórmulas manieristas el Calvario de la sacristía en la capilla de los Arce, en la catedral de Sigüenza, que se atribuye a Pedro de Andrade.

A pesar de las destrucciones, aún se conservan algunos retablos manieristas de importancia, como los alcarreños de Riba de Saelices, Bujarrabal, Fuentelaencina, Murillejo (Museo Diocesano de Sigüenza), los restos del de Renera y el de Pelegrina, que se relaciona con el soriano de Caltójar, en el que se documenta la intervención de Diego Martínez, con el escultor Martín de Vandoma.

El último tercio del siglo

A partir de mediados del siglo predominan las formas que derivan del manierismo romano. Se considera a Gaspar Be-

cerra —también escultor— como el introductor de la influencia miguelangelesca en Castilla, aunque ya es percibida en la obra de otros pintores como Berruguete, por ejemplo. Gozó Becerra de gran prestigio, según se deduce de las numerosas noticias y comentarios coetáneos, y de las pinturas realizadas para Felipe II, en una de las torres del palacio de El Pardo, con escenas relativas al ciclo de Perseo (fig. 279), entre las que destaca por su clasicismo la referente a Dánae. Se considera como seguidor de su estilo a Miguel Barroso (1538-1590), que trabajó en El Escorial, donde destacan sus dos trípticos de la Ascensión y de la Pentecostés, en el Patio de los

280. Pormenor de las pinturas de la sala de las Batallas. Monasterio de El Escorial



281. Martirio de san Mauricio, por Rómulo Cincinato. Monasterio de El Escorial



Evangelistas. También se considera discípulo de Becerra a Jerónimo Cabrera, que con Teodosio Mingot intervino en las pinturas de El Pardo.

En este taller cortesano hay que situar la labor de los italianos que trabajan para Felipe II, fundamentalmente en las obras de El Escorial, unos principalmente en una primera etapa, anterior a 1585, como Francisco Castello que vino a Madrid en 1567, con su padre Juan B. Castello, el Bergamasco, e intervino después de 1584 con su hermanastro Nicolás Granello, Lázaro Tabaron y Horacio Cambiaso en las pinturas de la Sala de las Batallas; Francisco de Urbino, que hace el Juicio de Salomón y Rómulo

Cincinato que, aparte de su intervención en El Escorial, consta que intervino en las desaparecidas pinturas del Palacio del Infantado de Guadalajara y en las maltrechas de la capilla de don Luis de Lucena, también en Guadalajara, entre 1588 y 1591. En una segunda fase intervienen Lucas Cambiaso, que trabaja en las bóvedas de la iglesia, y Pelegrino Tibaldi, en las magníficas pinturas de la Biblioteca y parte de las del retablo mayor, en el que también intervino Federico Zúccaro, con cuyo estilo se relaciona la gran pintura de la Pentecostés en el retablo del Espíritu Santo de la catedral de Cuenca. En todos ellos se funden las formas eclécticas del manierismo romanista —en la

tradición de Miguel Ángel y Rafael— con aspectos del cromatismo veneciano. Fuera de la corte responden a esta tendencia estética las magníficas y sorprendentes pinturas, por su clasicismo, del palacio de El Viso del Marqués, realizadas en torno a 1585, por los hermanos Peroli, Juan Bautista y Francisco (figuras 280-286).

Carácter un tanto arcaizante, por la fuerte influencia rafaelesca que funde con estudios lumínicos manieristas, es el que se percibe en la obra del toledano Blas de Prado (1545-1599), a quien corresponde como obra más característica la Virgen con donantes (Prado), de 1589, y la Purificación (catedral de Toledo); y se le



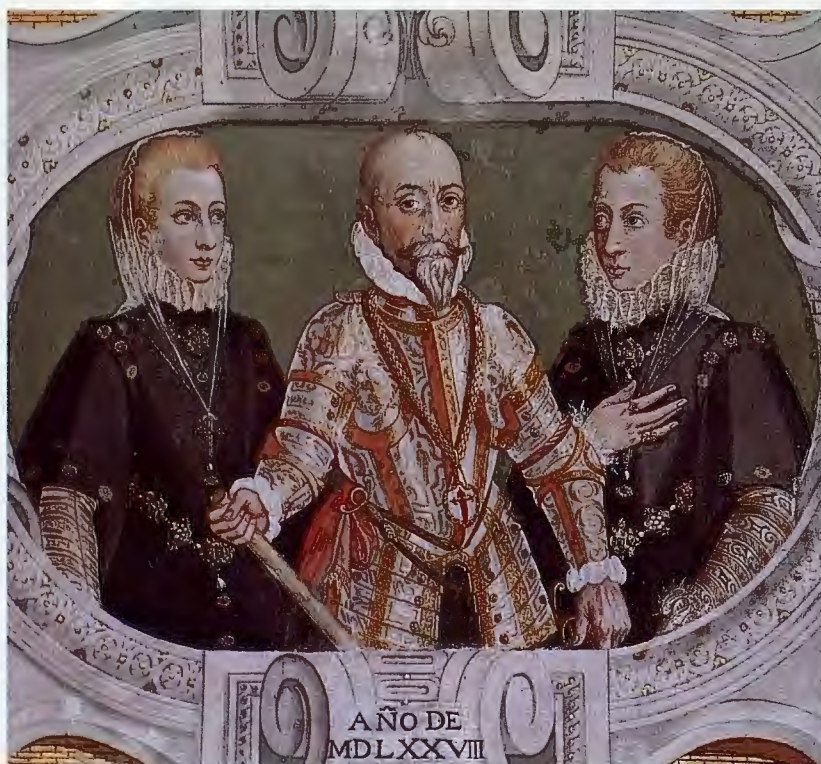
283. *Batalla naval, por los hermanos Peroli. Palacio de El Viso del Marqués (Ciudad Real)*

284. *Retrato de don Álvaro de Bazán y esposas. Palacio de El Viso del Marqués*

atribuyen las del Cigarral del cardenal Quiroga. Análogas características se acusan en la obra de Luis de Velasco, que trabaja entre 1571 y 1604 y a quien se debe la excelente pintura de San Blas con otros santos (catedral de Toledo), que procede de su capilla en el claustro. El colorido y los modelos de Tiziano se funden con la influencia del detallismo en el arte del retrato, característico del estilo de Antonio Moro (h. 1519-Amberes, 1576), retratista al servicio de Carlos V y Felipe II, cuya influencia se acusa en la obra del más importante retratista de la corte de Felipe II, el levantino Alonso Sánchez Coello (1531-1588), que después de una larga estancia en Portugal se vincula a la corte, gozando de gran favor por parte de Felipe II. Es Sánchez Coello el creador del tipo de retrato de la corte española que ha de mantenerse hasta Velázquez, aunando colorido y buen dibujo e imprimiendo a sus obras un sentido idealizado y ennobecedor que no va en detrimento de su caracterización. Sus retratos de Felipe II,

del príncipe don Carlos y de las infantas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, en el Museo del Prado, se cuentan entre sus mejores obras, distinguiéndose también como pintor religioso, sobresaliendo los Desposorios de santa Catalina (Prado) (figs. 287, 288). Continuator y discípulo de Sánchez Coello es Juan Pantoja de la Cruz (1553-1608), que establece el enlace con los pintores barrocos. Fue célebre en su tiempo como pintor de animales, pintándolos con tal veracidad que, al pintar un águila, la que le servía de modelo arremetió furiosa contra la pintura destruyendo el cuadro. También fue pintor de asuntos religiosos, en los que se advierte la influencia temprana del naturalismo tenebrista, como en las representaciones de San Agustín (catedral de Toledo) y San Nicolás de Tolentino (Prado), pero su importancia fundamental la tiene como retratista, sobresaliendo entre sus obras el magistral retrato de Felipe II, ya anciano, de El Escorial, mientras que en los de Felipe III y Margarita de Austria

(Prado) aún se mantiene en la línea de Sánchez Coello (fig. 289). Maestro importante como retratista en la corte de Felipe II fue Felipe de Liaño, «el pequeño Tiziano» elogiado por Lope de Vega, que muere hacia 1600, y famoso por sus retratos de pequeño tamaño, cuyo estilo parece reconocerse en el magnífico retrato de Isabel Clara Eugenia y la loca Magdalena Ruiz (Prado). El pintor que más acusadamente refleja la influencia veneciana es Juan Fernández de Navarrete el Mudo, nacido en Logroño hacia 1530, formado en Italia, entrando al servicio de Felipe II en 1568, muriendo en Toledo en 1579, donde residía desde 1576. Su obra es del mayor interés, por cuanto representa el eslabón entre los pintores manieristas y los primeros realistas de la centuria siguiente. Su formación no es la romanista de la mayor parte de los pintores de su tiempo, sino que siente la atracción de la escuela veneciana, que acusaba más agudamente la preocupación por los problemas de la luz y del color, ofreciendo me-



285. *Santa Úrsula*, por Lucas Cambiaso.
Monasterio de El Escorial



286. *Pentecostés*, por Federico Zúccaro.
Catedral de Cuenca



tores soluciones para la evolución de la pintura que la académicamente correcta de los manieristas. Para El Escorial pintó obras como el Martirio de Santiago (1571), la Adoración de los pastores (1575) y el Entierro de san Lorenzo (1579), en las que el influjo de Tiziano es evidente. Sin embargo, como excelente pintor continúa Navarrete con independencia la evolución de los principios tizianescos, paralelamente a la evolución de la escuela veneciana, de tal forma que algunos fragmentos —como el muchacho encendiendo la candela en el Entierro de san Lorenzo— nos traen inmediatamente el recuerdo de las obras del Bassano, del Tintoretto o del período juvenil del Greco. El mismo carácter ve-

neciano, en su tendencia hacia el naturalismo, se refleja en múltiples detalles, como en la correoggiésca Sagrada Familia de El Escorial o en el dato de que se le prohibiese pintar perros y gatos en los cuadros que había de hacer para los altares de El Escorial (fig. 290).

La misma influencia se percibe en Diego de Urbina, que trabaja asimismo en El Escorial, ecléctico en cuanto acusa la influencia de los manieristas romanos, según se advierte en el Martirio de los santos Justo y Pastor (El Escorial), planteándose el problema de su intervención en el interesante retablo de Colmenar Viejo, pues consta su colaboración con Alonso Sánchez Coello y los toledanos Rodrigo de Vivar y Hernando

de Ávila, éste discípulo de Comontes a quien corresponde el retablo de la ermita de San Eugenio en Toledo, y un buen San Juan Bautista en el Seminario menor, procedente del retablo de la capilla del Tesoro, que fue trasladado en el siglo pasado al Seminario mayor de Toledo.

Ya con Luis Carvajal (1534-1607), toledano, discípulo de Juan de Villoldo, nos introducimos en el naturalismo barroco. Trabaja en El Escorial, para donde hace los dos trípticos de la Adoración de los Reyes, además de cuadros con parejas de santos, como los de San Pedro Mártir y San Antonio de Padua, y el de San Martín y San Nicolás, distinguiéndose además como buen retratista, según vemos en el del arzobispo Carranza, en la Sala

287. Pormenor del retrato de doña Isabel Clara Eugenia, por Alonso Sánchez Coello. Museo del Prado



Capitular de Toledo. En la misma línea ha de situarse a Juan Gómez, que también trabaja en El Escorial.

El Greco

También participa de la influencia veneciana, como punto de partida de su estilo, la obra del pintor más importante del siglo XVI, Domenico Theotocópouli, el Greco. Llegado a España con 35 años, plenamente formado, para trabajar en El Escorial, fija circunstancialmente su residencia en Toledo, donde por diversos motivos ha de permanecer hasta su muerte en 1614. En su obra en Castilla se puede distinguir una primera etapa,

288. Desposorios místicos de santa Catalina, por Alonso Sánchez Coello. Museo del Prado



que se cierra hacia 1586. Durante esta etapa realiza tres obras magistrales, El Expolio (catedral de Toledo), que ya está realizando en 1577, el Martirio de san Mauricio para El Escorial, que se le debió encargar a raíz de la estancia de Felipe II en Toledo, en el Corpus de 1579, y el Entierro o más bien Nacimiento a la vida eterna del alma del señor de Orgaz (Santo Tomé de Toledo). En estas tres obras, como las que hace por estos años para el retablo de Santo Domingo el Antiguo, nos muestra el Greco las raíces de su estilo. De una parte la importancia del color, de acuerdo con los principios de Tiziano y del Tintoretto, en cuanto la luz se concibe en función de la tonalidad cromática; en segundo lugar, la preocu-

pación por imprimir a la obra una nobleza de formas, solemne y majestuosa, pues aun en los temas violentos, como el Martirio de san Mauricio o el Expolio, impera la sosegada majestuosidad, más evidente en el admirado contemplar de los caballeros ante el milagro de la aparición de san Esteban y san Agustín para depositar en su sepultura al señor de Orgaz. Asimismo, en las composiciones, si bien utiliza la diopsia del Tintoretto, al introducir más de un centro de atención en el cuadro, en otros casos, como en la magistral Trinidad del Museo del Prado, la composición está regida, conforme a principios rafaelescos, por la estructuración piramidal, en este caso invertida, o el óvalo, dominado por la gran mancha

289. Pormenor del retrato de Felipe II, por Juan Pantoja de la Cruz. Monasterio de El Escorial



290. Entierro de san Lorenzo, por Juan Fernández de Navarrete el Mudo. Monasterio de El Escorial



roja del centro, en el tema del Expolio. Radicado en Toledo, con mujer y un hijo, su vida transcurre con estrecheces y aislamiento, más atento a la vida del espíritu y gozando de fama de filósofo, en un ambiente de una cierta melancolía, en una ciudad que ha dejado de ser la capital del reino. Su clientela, nobles toledanos, eclesiásticos, parroquias y conventos, fundamenta su identificación con el espíritu que preside la vida de la ciudad, gozando evidentemente de libertad para sus obras y contando con el beneplácito de sus convecinos, a juzgar por los numerosos encargos que recibe y las numerosas réplicas que hace de algunas de sus obras (figs. 293-296).

Destaca como retratista en esta sociedad,

que atiende más a la vida del espíritu que a las realidades terrenales. A través de sus numerosos retratos, de los que se conserva una buena selección en el Museo del Prado, observamos como el pintor deseoso de captar la espiritualidad, que pugna por salir de dentro del cuerpo; fija los centros de atención en las manos; en las miradas —ventanas del alma—, en la asimetría de los rostros, y en cierta aureola que rodea la cabeza de algunos retratos. En todo caso, son retratos expresivos de una espiritualidad, que huye de la contingencia de lo momentáneo, aunque necesariamente los rasgos sustanciales del retratado han de representarse (fig. 297).

En la misma línea, los santos como ena-

jenados, como «locos de Dios», trascienden la historicidad de lo concreto. Los cuerpos se alargan, se estilizan, se rompe su relación con el espacio que les rodea, las luces extrañas, coloreadas, acentúan el carácter expresivo del cromatismo y los escorzos se prodigan. Créase así una pintura conceptual, en la que el pintor trabaja conforme a las ideas que anidan en su mente, más preocupado por el concepto que por la realidad visual, más por la idea que por la realidad tangible. Así las series del apostolado, en la sacristía de la catedral de Toledo y en el Museo de la Casa del Greco, nos dan, en la línea de lo que ya había iniciado Leonardo, una interpretación de doce personalidades poseídas por el fuego espiritual.

291. *Oración en el huerto*, por el Greco. Catedral de Cuenca

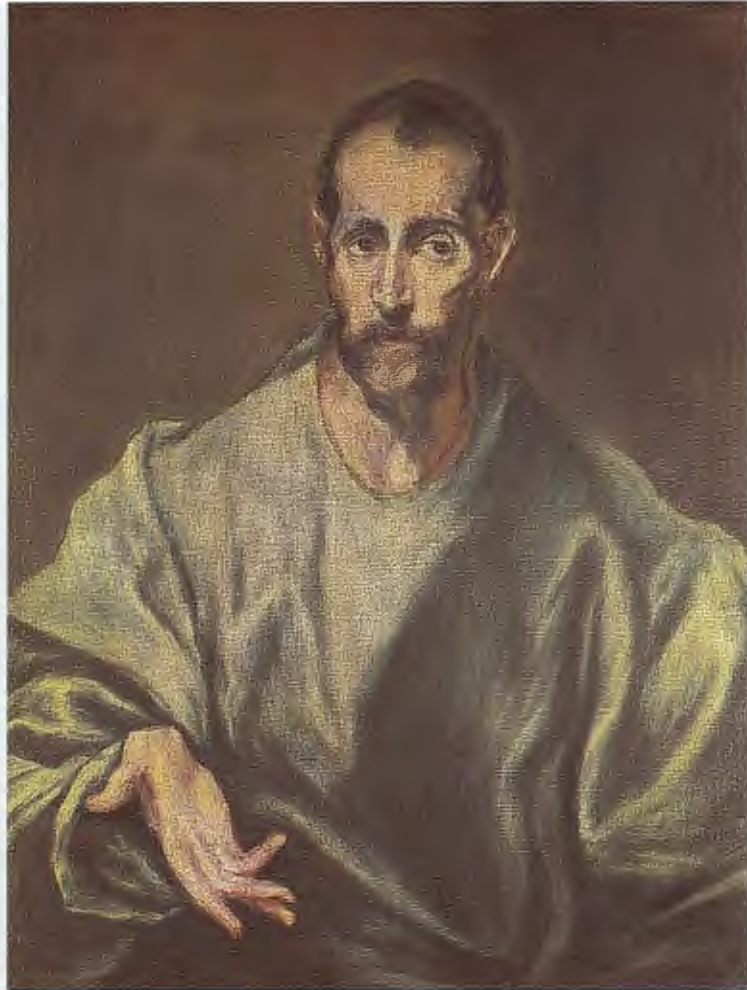
292. *Asunción*, por el Greco. Museo de Santa Cruz, Toledo



293. *Detalle del Entierro del conde de Orgaz, por el Greco. Iglesia de Santo Tomé, Toledo*







De la misma manera, santos como el San Bernardino de la Casa del Greco, o el diálogo, únicamente posible en el mundo del espíritu, de San Andrés y San Francisco del Museo del Prado, nos transportan a un mundo correal, pero tan real como el mundo de la materia. De la misma manera sus temas evangélicos, tales como la Oración en el huerto, de Pedroñeras, y el Cristo con la cruz, de la catedral de Cuenca, trascienden la realidad del sufrimiento para convertirse en arquetipos del concepto del dolor, como en la Crucifixión (Prado) el simbolismo es patente en el gran chorro de sangre que mana del costado de Cristo. El concepto melancólico de la belleza se plasma en sus Anunciaciones, como la de la catedral de Sigüenza, en la Sagrada

Familia de la colección Lerma o en obras tan sorprendentes en su movimiento como la Asunción, del Museo de Santa Cruz, o la Ascensión de la Magdalena, de Titulcia (figs. 291, 292, 298). Este subjetivismo en las representaciones afecta igualmente a la interpretación del paisaje, por cuanto según vemos en los fondos de sus cuadros, como particularmente en la vista de Toledo (Casa del Greco), transforma no sólo la luz, sino que cambia la situación real de los edificios. Más que una representación que se atiene a la realidad tangible, cambiante y evidentemente falsa, interesa al pintor la interpretación de lo que ve, para captar el sentido espiritual de la ciudad, que es lo permanente. En esta concepción de la obra de arte como fruto de la elabora-

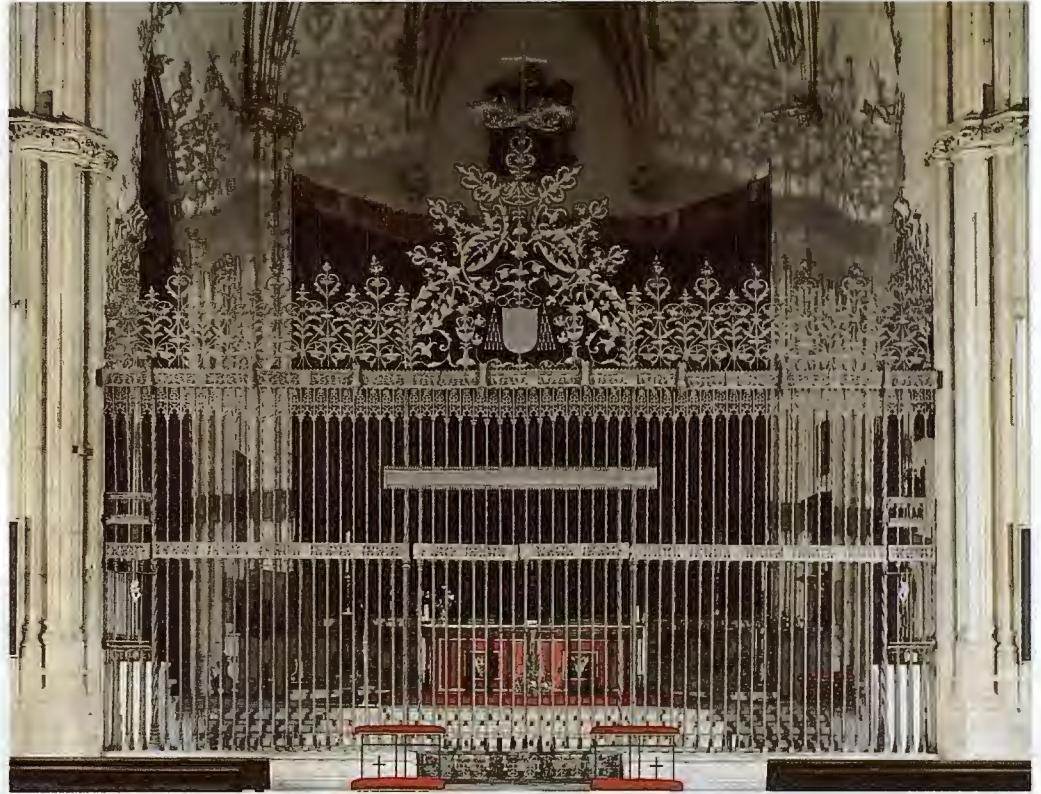
ción mental, en la que el pintor, si bien se apoya en lo que los ojos perciben, se vuelca dando una visión estrictamente intelectual, es donde radica la modernidad del Greco, como por los mismos años la figura del Ingenioso Hidalgo nos daba también su visión del mundo, al margen de las circunstancias tangibles.

ARTES APLICADAS

Uno de los aspectos de mayor interés del arte en Castilla la Nueva es el integrado por las artes aplicadas, tanto por su belleza como por su singularidad. Su importancia es pareja a la de las demás artes y aun, en no pocas ocasiones, responden más fielmente al sentir esté-

tico castellano, alcanzando la primacía. Entre las artes aplicadas de carácter arquitectónico, la rejería constituye el capítulo más original y característico. La multiplicación de capillas particulares y la necesidad de salvaguardar su aislamiento e independencia, así como la conveniencia de dividir el espacio del edificio eclesiástico para el mejor servicio del culto, contribuyen poderosamente a su desarrollo. La reja aísla y concreta recintos específicos, sin que suponga un impedimento para la unidad visual del templo, pues a través de ella es perceptible el interior del espacio delimitado, al mismo tiempo que la belleza de sus formas enriquece el conjunto del templo.

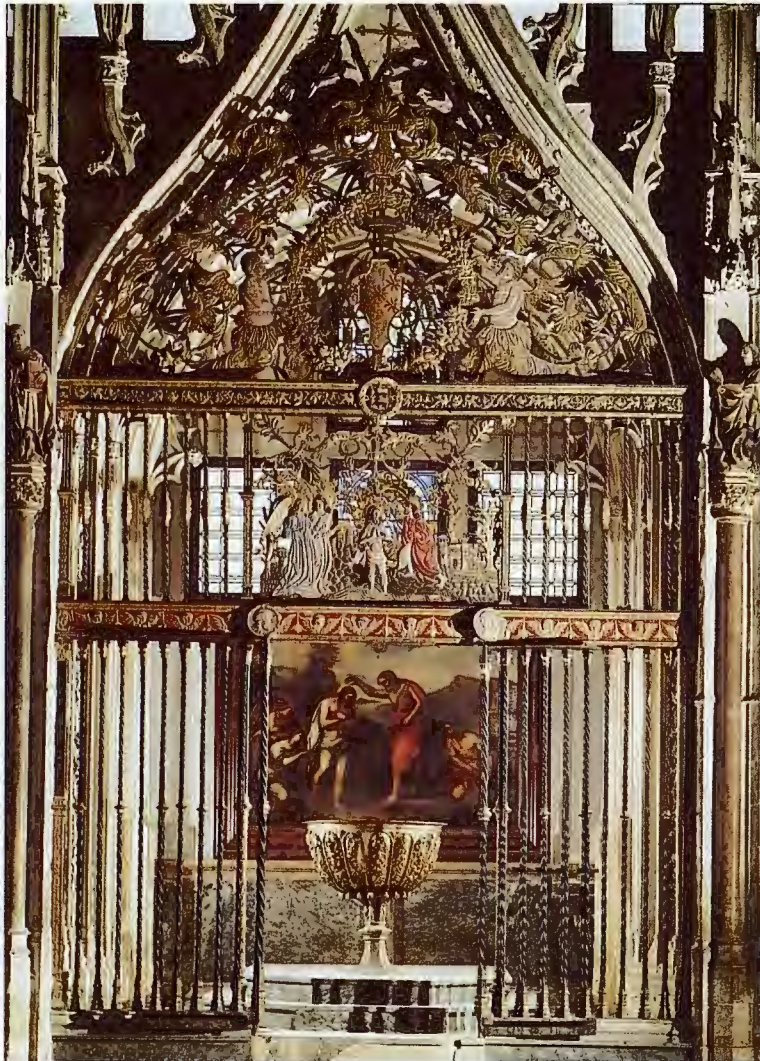
En Toledo, centro fundamental de la rejería renacentista, es Juan Francés el maestro más importante del primer tercio del siglo XVI, gran figura que genialmente revoluciona las formas de la rejería y crea las obras más bellas del momento. Maestro que gozaba de la confianza del cabildo toledano, su parecer se toma para múltiples cuestiones, debiendo poseer algún título real ya que en Alcalá de Henares firma la reja del presbiterio como «maestro mayor de las obras de fierro en España». En Castilla la Nueva su primera obra documentada es la reja de la capilla de San Pedro de la catedral toledana, de 1496, en la que se mantienen aún formas fuertemente influidas por el gótico, con barras lisas que alternan con torsas, friso de placas recortadas y remate con tracería de cintas encuadrando escudos. En la propia catedral toledana se puede seguir su evolución a través de las rejas de las capillas de la Concepción, de la Epifanía, de San Eugenio y de San Martín, que labra en los años iniciales del siglo XVI. En el segundo decenio del siglo trabaja Juan Francés en la catedral de Cuenca, donde se le atribuye la reja de los Pozos y entre 1511 y 1517 realiza la magnífica de la capilla mayor, de lo mejor en Castilla. El plateresco triunfa de forma plena, tanto en los frisos, como en la crestería con láureas, en su obra en la Magistral de



301. Reja del monasterio de El Paular.
Rascafría (Madrid)



302. Reja de la capilla bautismal, en la
catedral de Toledo



Alcalá de Henares, como ya en 1524 en la magnífica de la capilla mozárabe de la catedral toledana. Por estos años trabaja asimismo en la catedral de Sigüenza, donde cuenta con la colaboración del rejero Martín García y en la que le corresponden las rejas de la capilla de la Anunciación, del altar de Santa Librada, de la capilla de los Arce y de la antigua capilla del Corpus Christi, hoy parroquia de San Pedro en la catedral (fig. 299).

En la catedral de Cuenca figura como rejero por estos años Sancho Muñoz, a quien se atribuye la reja de la capilla del obispo o de la pila bautismal de la catedral, y quizás pueda relacionarse con la reja inferior de la capilla de San Julián,

que se ha atribuido a Juan de Marquina. Colabora Sancho Muñoz en Sevilla con fray Francisco de Salamanca, a quien se atribuye la espléndida reja del monasterio de El Paular, y la magnífica de la capilla de la Asunción en Villaescusa de Haro (Cuenca) (fig. 301).

En esta etapa es maestro representativo en la catedral de Sigüenza Martín García, a quien corresponden las rejas de la capilla de Santiago (1522), de la Librería o de la Concepción (1523) y de San Pedro Mártir (1530). Anterior, de hacia 1510, es la de la capilla de la Concepción que se atribuye al maestro Usón.

A partir de fines del primer cuarto del siglo XVI triunfan las formas platerescas

que lentamente —al igual que en arquitectura— evolucionan hacia el purismo plateresco, en el que ha de atenderse más a la belleza de la traza —perfectamente proporcionada— que a la riqueza ornamental de la reja. La barra torsa da paso al barrote de forma abalaustrada que se enriquece con hojas adosadas al fuste, decorado con anillos que enlazan las hojas, y, en ocasiones, adquiere en su parte superior la forma de telamón, es decir, antropomorfa; aparecen labores de repujado y calado en los frisos, y en las riquísimas cresterías se prodigan los roleos, grutescos, escudos y candeleros en mil variadas combinaciones.

En la catedral toledana, en 1524, Do-

303. Rejas de la puerta y del comulgatorio de la capilla del doctor Muñoz. Catedral de Cuenca

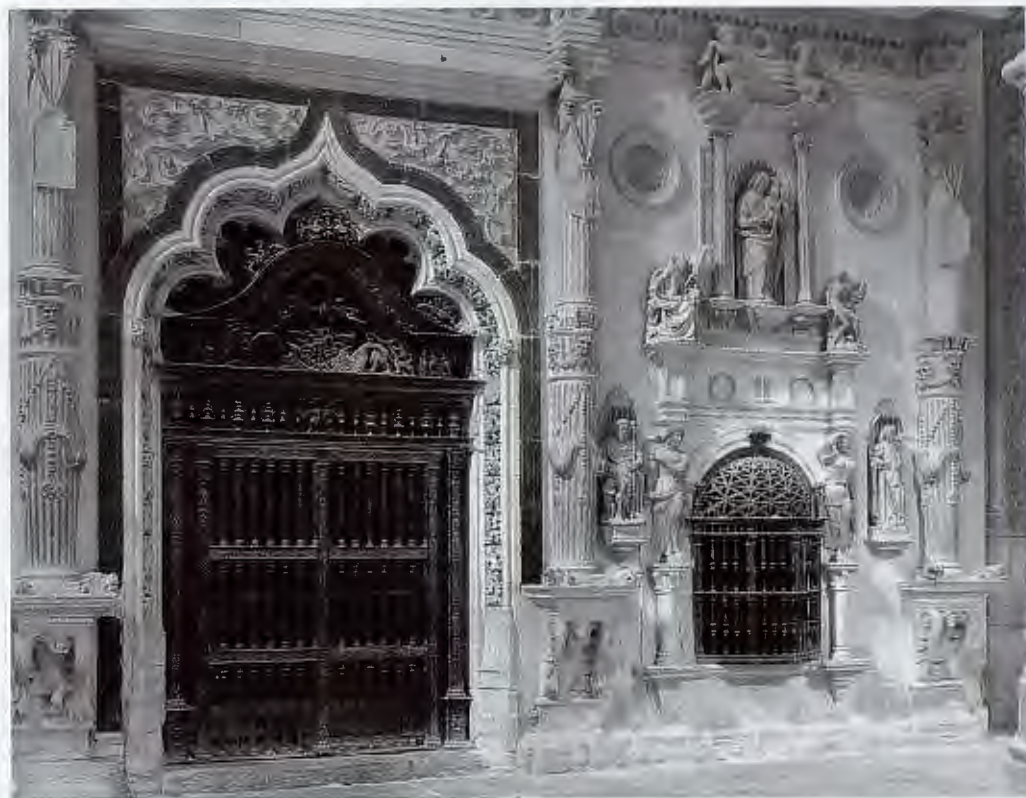
mingo de Céspedes hace la reja de la capilla de la pila bautismal, con escena del Bautismo de Cristo en el remate; de 1529 es la correspondiente a la capilla de Reyes Viejos, de tres cuerpos con magnífico friso y crestería con grutescos, empleando aún sistemáticamente la barra torsa, pero que ya adquiere forma abalaustrada al añadirle un motivo decorativo en su parte media. Ya en 1533 utiliza el balaustre en la que hizo para la capilla de Reyes Nuevos y, entre 1540 y 1548, realiza su obra maestra, la reja del coro, gran conjunto de seis calles, columnas abalaustradas y magnífico remate con grutescos, constando la colaboración en esta obra de su yerno Fernando Bravo (figuras 300, 302).

Por estos mismos años el vallisoletano y también arquitecto Francisco de Villalpando labra la magnífica reja de la capilla mayor de la catedral toledana, que es la obra maestra en la rejería del Renacimiento. Esta obra, en la que es verosímil la participación en alguna manera del burgalés Cristóbal de Andino, consta de cinco calles de dos cuerpos, sobre rico basamento, con balaustres, pilares, telamones, escudos y una riquísima decoración de grutescos, destacando singularmente — aparte del preciosismo técnico en su cuidadísima ejecución — la sabia y original traza de la crestería, en la línea del manierismo berruguetesco (figuras 306, 307).

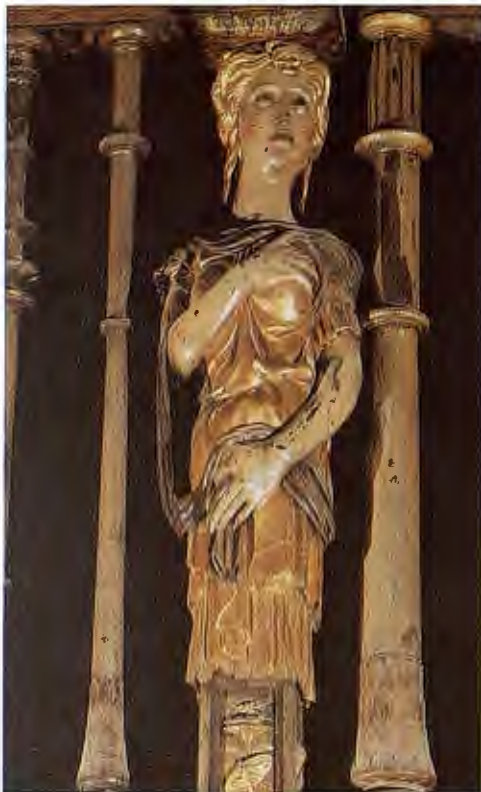
Sigue en importancia al taller toledano el de la catedral de Cuenca, con obras de excepcional calidad. Sobresalen las bellísimas rejas de la capilla de los Caballeros, de hacia 1525, de las más admirables por su fantasía decorativa, que hizo el maestro Esteban Lemosín. Corresponden también a este maestro la reja de la capilla de los Pesos, fundada en 1524, con doble friso y coronamiento con la Visitación y el Árbol de Jesé. Debe corresponder a este mismo rejero la de la capilla del doctor Muñoz, tanto la exterior como la del Comulgatorio, pues intervino en 1537 como fiador de Diego de Tiedra que trabajó en esta capilla (figura 303).

304. Puertas de bronce, en la portada de los Leones. Catedral de Toledo

305. Bargueño. Museo de Artes Decorativas, Madrid



306-307. Detalles figurativos de la reja de la capilla mayor de la catedral de Toledo



308. Detalle de la reja del sepulcro del cardenal Cisneros. Museo Arqueológico Nacional

El rejero de más fama en el taller conquense es Hernando de Arenas, discípulo de Sancho Muñoz, que trabaja en la catedral desde 1547 a 1579. Su primera obra documentada, de 1548, es la de la capilla de San Martín, con el tema del santo en el medallón central del coronamiento. De hacia 1555 es la magnífica reja del coro, con escudo del obispo don Sebastián Ramírez, colocada primitivamente en el arco de entrada a la capilla mayor. En 1561 trabaja en Sigüenza, en la más rica reja de la catedral, la de la capilla de las Reliquias o del Espíritu Santo, con escudo del obispo Niño de Guevara. En 1568, en Cuenca, trabaja en la pequeña reja del arcipreste Barba, y ya de un estilo más avanzado, con ricos balaustres, telamones y temas iconográficos, es la de la Asunción o del deán Barrera. De 1572 es la reja purista, con evidente tendencia hacia el clasicismo desornamentado, de la capilla de Santa Elena, debiéndole corresponder la sencilla reja de la capilla de San Bartolomé, que por estos años se hace.

Corresponde también a este momento, en la misma catedral de Cuenca, la rica reja de la capilla de los Apóstoles, con balaustres, ornamentado friso y escudo del fundador, el chantre García de Villareal, que se ha atribuido al burgalés Cristóbal de Andino. También corresponden a este período las obras del rejero Alonso Beltrán, activo en la catedral de 1547 a 1574, que se relaciona con la del comulgatorio de la capilla de los Apóstoles y la reja superior de la capilla vieja de San Julián, sencilla, a base de círculos secantes. También corresponden a este momento y en relación con el taller conquense las magníficas rejas conservadas en la Colegiata de Belmonte, en las capillas de la Asunción, de la Purificación, de Santiago y de los Remedios, y, asimismo, las rejas de las ventanas de la fachada de la Universidad de Alcalá de Henares, que se hacen entre 1531 y 1535 por el maestro Antonio Pierres Hayaveras.

La tendencia hacia el clasicismo más desornamentado se advierte en la obra del



310. Custodia de Villaescusa de Haro (Cuenca). Catedral de Cuenca



311. Portapaz de Uclés (Cuenca). Catedral de Ciudad Real



312. Custodia de la Villa. Museo Municipal de Madrid



toledano Benito de la Capilla, que hacia 1565 hace la reja de la capilla de Santa Ana y en 1573 la de San Gil. A este grupo, en bronce, pertenecen las magníficas de ingreso a la iglesia de El Escorial, que hace el maestro Guillermo Trujeron, después de 1580.

Aparte de las rejas, durante el siglo XVI se realizan obras verdaderamente excepcionales en metalistería, sumamente representativas y admirables. Son obras maestras los púlpitos en bronce de la catedral de Toledo, de 1543, obra de Francisco de Villalpando, labrados como si de orfebrería se tratase. Inicia, asimismo, Francisco de Villalpando, terminándolo Rui Díez del Corral en 1564, el magnífico revestimiento de bronce de los batientes de la Puerta de los Leones en la misma catedral, con motivos de grotescos de depurada técnica e inventiva (figuras 304, 313, 314).

Sobresalen, tanto por su técnica como por la delicadeza y perfección de los relieves, los atriles del coro de la catedral

de Toledo, obra de Nicolás de Vergara, que los realiza entre 1571 y 1574 y que intervino en la reja del sepulcro del cardenal Cisneros en Alcalá de Henares, de la que se conservan algunos fragmentos de extraordinaria belleza. También es destacable un magnífico pie de facistol, con apostolado y cabezas de ángeles, en la catedral de Cuenca (fig. 308).

Atriles, candeleros, herrajes de puertas y otras numerosas obras son sumamente características de la importancia de la metalistería. Incluso se puede recordar al famoso Juanelo Turriano († 1585), por su artilugio para subir agua a Toledo, diestro en aparatos de mecánica relojera e inventor de muñecos mecánicos, como hombres y pájaros que cantaban y batían las alas.

Se ha de destacar, dentro de este campo de la metalistería, el prestigio alcanzado por el acero toledano para la fabricación de armaduras, puñales y espadas, decoradas sus hojas y enriquecidos los puños con labores bien diversas. Particular

fama alcanzan las espadas hechas por Alonso de Sahagún el Viejo, a fines del segundo tercio del siglo XVI, siguiéndole en prestigio los Hortuños, Tomás de Ayala y Martínez el Viejo, Miguel Cantero y Sebastián Hernández.

Entre las artes aplicadas de carácter arquitectónico sobresale, asimismo, el mobiliario que conocemos a través de su representación en pinturas y por los conjuntos conservados en El Escorial, en las clausuras conventuales, algunas visitables como las madrileñas de la Encarnación y las Descalzas Reales, en múltiples colecciones particulares y los reunidos para crear ambiente adecuado en las casas de Lope de Vega (Madrid), del Greco (Toledo) y de Cervantes (Alcalá de Henares), aparte de las que se exponen en las salas de los Museos de Bellas Artes y de Artes Decorativas y Arqueológico Nacional.

En el siglo XVI el mueble castellano mantiene una constante tipología, señalando la evolución del mismo los moti-



vos ornamentales. Entre los muebles de asiento, las sillas ofrecen las patas rectas o en aspa, bien fijas o movibles, siendo muy típicas las jamugas o sillas de tijera de origen italiano, frecuentemente decoradas con labor de taracea, y el llamado sillón frailer, de brazos rectos o ligeramente curvados y asiento o respaldo con cuero.

En los bancos se prodigan los altos respaldos, cuya decoración varía según el período, y los más corrientes con respaldo abatible, generalmente con escudo del propietario. En relación con esos muebles están los arquibancos, propiamente arca a las que se añade un respal-

do junto a la tapa para que puedan servir de banco.

Son muy características las arca cuya tipología varía en cuanto a la decoración y variedad de los herrajes. Muy típicos son los bargueños, muebles de pequeñas dimensiones, generalmente sobre una mesa, que se caracterizan por los muchos cajones o gavetas, con escondrijos, llamados así por considerarse que tienen su origen en el pueblo toledano de Bargas y que suelen decorarse con labores de talla, de taracea o de pintura. Con los bargueños se relacionan las arquimesas, que sustituyen las portezuelas por una tabla abatible que sirve de escritorio, y el

contador, mueble con muchos cajones, sin puertecillas ni adornos en el remate (figura 305).

Son también características las mesas, con variante en la tipología de las patas, con frecuencia con patas abatibles y herrajes. Y, por último, las camas, de baldaquino y con ricas cabeceras y pilares angulares, conforme a las formas arquitectónicas del momento.

En el mobiliario litúrgico son importantes los tabernáculos, que se difunden fundamentalmente como consecuencia de las instrucciones emanadas del Concilio de Trento. Tienen forma de templete con portezuelas y cúpula, decorándose

315. Pormenor de un folio miniado del Misal Rico del cardenal Cisneros. Biblioteca Nacional, Madrid

317. Vidrieras del rosetón del crucero, sobre la puerta de los Leones. Catedral de Toledo

316. Plafón de azulejos de Talavera de la Reina. Museo Arqueológico Nacional

318. Cerámica azul de Talavera de la Reina. Museo Arqueológico Nacional



sus frentes con relieves. Es obra maestra, tanto por la perfección de sus formas como por los materiales empleados, el que hizo en 1579 Jacopo da Trezzo para el altar mayor de El Escorial (figura 309).

En las artes aplicadas de carácter pictórico, la miniatura aún mantiene su importancia, pero va siendo desplazada por el desarrollo de la imprenta. En el siglo XVI sobresalen en el primer tercio del siglo las obras toledanas, entre las que destaca el llamado Misal Rico de Cisneros (Biblioteca Nacional), compuesto de siete volúmenes, en el que intervinieron Bernardino de Canderro, Gonzalo de Córdoba, Alonso Jiménez, Alonso Vázquez y fray Felipe. Más tarde, ya en el último tercio del siglo, tiene gran importancia, por su carácter renovador y manierista, el escritorio de El Escorial, en el que se distinguen las obras de fray Andrés de León († 1580), fray Julián de la Fuente († 1600), Juan Martín de los Corrales († 1604) y Juan de Salazar (figura 315).

En los últimos decenios del siglo se introduce el grabado en las imprentas castellanas, destacando las xilografías de las obras editadas por Pedro Hagenbach, que se establece en Toledo procedente de Valencia, y, como ejemplo de calco-grafía, la edición de 1484 de la *Compilación de Leyes*, debida al impresor de Huete, Álvaro de Castro.

La práctica del grabado xilográfico se mantiene a lo largo del siglo XVI, según vemos en las ilustraciones de los tratados de arquitectura, por ejemplo, y otras publicaciones de las imprentas radicadas en Toledo, Alcalá de Henares y Madrid fundamentalmente. Hemos de destacar la edición de las *Medidas del Romano* de Diego de Sagredo, en 1526, por el impresor Ramón Petras, como las debidas al impresor Juan de Ayala.

Las vidrieras tienen en esta etapa muy escaso desarrollo, pues únicamente son destacables las que, siguiendo a las medievales, se hacen en la catedral de Toledo, donde intervienen los maestros Enrique y Cristóbal, Pedro Bonifacio y

Vasco de Troya, y en el segundo tercio del siglo la intervención de Nicolás de Vergara el Mozo en las vidrieras de la Puerta de los Leones (fig. 317). Aparte de estas vidrieras toledanas es reseñable la intervención, en 1550, de Giraldo de Olanda en la magnífica vidriera de la catedral de Cuenca, sobre el Arco de Jameste, con el tema del Árbol de Jesé.

Las artes textiles cuentan con extraordinarios conjuntos de ropas de culto, conservadas en las catedrales, conventos y en el monasterio de El Escorial. En ellas trabajaron bordadores que se documentan en gran número, como los conquenses Miguel y Tomás Pérez, Hernando de Oviedo y Juan de Carabias, que trabajan en el siglo XVI; los toledanos Marcos de Covarrubias, Alonso Hernández, Esteban Alonso y otros muchos, también en el siglo XVI; y los escorialenses Daniel Villalsinda, Juan de Murguía, Diego Rutiner y Diego Sedeño.

En las artes aplicadas de carácter mixto, que valorizan la forma y el color, la orfebrería cuenta con obras de suma importancia, aparte de la extraordinaria cantidad y riqueza de las obras conservadas. En Cuenca son particularmente famosos los miembros de la familia Becerril, destacando Francisco, que trabaja entre 1528 y 1572, a quien se debe la magnífica custodia plateresca de Villaescusa de Haro (catedral de Cuenca), constando que hizo la de la catedral, perdida en 1808. A él se debe el magnífico portapaz de Uclés, que tiene un relieve bizantino de la Anastasis (Ciudad Real), y las coronas de la Virgen del Sagrario y del Niño, regalo del canónigo Eustaquio Muñoz, con esmaltes y piedras preciosas, correspondiendo su parte superior al orfebre Cristóbal de Pancorbo, de 1634. También se cita como orfebre importante en la catedral de Cuenca a Juan de Astorga, que hizo un copón con decoración plateresca (figs. 310, 311).

Entre las custodias conservadas sobresale la purista del Ayuntamiento de Madrid, de 1560, debida a Francisco Álvarez; la de la catedral de Sigüenza, de 1580, obra de Guzmán, platero de Alca-

lá de Henares; y la de Mazarambroz, de 1583, de Gregorio Baroja (fig. 312).

Se conservan magníficas cruces como la de Alustante, de 1565, obra del platero seguntino Martín de Covarrubias, que firma otra en Pastrana; y cálices de gran belleza, como el del cardenal Fonseca, en la catedral de Toledo, obra de Antonio Ordóñez y los debidos a Noé Manuel, que trabaja en la diócesis de Cuenca, entre 1562 y 1592, a quien se deben los de Las Pedroñeras, Belmontejo y Torrubia del Castillo.

Sobresalen, asimismo, las arcas de San Eugenio y de Santa Leocadia en la catedral de Toledo, debidas al sevillano Francisco Merino, labradas conforme a traza de Nicolás de Vergara el Viejo la primera y de Nicolás de Vergara el Joven la segunda. Igualmente es destacable la corona imperial de la Virgen del Sagrario de Toledo, que labró Alejo Montoya entre 1574 y 1586.

La cerámica, que, como la orfebrería, participa de los valores escultóricos y pictóricos en su forma y color, tiene amplio desarrollo fundamentalmente en la escuela toledana. Enlazan con las obras medievales los azulejos de cuerda seca que aún se utilizan a principios del siglo XVI, que son rápidamente sustituidos por los de técnica de arista y pintados, cuyo empleo es abundantísimo y generalizado.

El gran centro artístico de la cerámica en Castilla la Nueva es el creado en Talavera de la Reina, iniciado con la introducción de la técnica italiana por Niculoso Pisano, a principios del siglo XVI, desde Sevilla. Sus labores tienen carácter más artístico que el más popular de Puente del Arzobispo, con las que a veces se confunden. A través de su continuada fabricación —pues han llegado estos alfares hasta nuestros días— se puede seguir su evolución, tanto en la rica tipología como en las modalidades y colorido de sus motivos decorativos. Destacan, en el siglo XVI, la serie de «las mariposas», en azul y con motivos animales, la que imita los motivos de cueros manieristas, la jaspeada o sea manchada

de forma irregular, de gran belleza en su colorido, como la llamada «punteada», que ya alcanza el siglo XVII. En este siglo predominan los colores azul, naranja y manganeso (fig. 318), y el verde esmeralda en las de Puente del Arzobispo. En la tipología, aparte de los botes, servicio de mesa, tinteros y benditeras, son importantes los azulejos con temas figurativos religiosos y profanos (fig. 316), entre los que sobresalen en el siglo XVI los debidos a Juan Fernández y su discípulo Oliva, Hernando de Loaysa y su yerno Juan Fernández de Oropesa.

Consta que se fabricaban vidrios en el siglo XVI en Cadalso de los Vidrios (Madrid), en fabricación que se continúa con gran prestigio en el siglo XVII.

Las labores en cuero están representadas fundamentalmente por las magníficas encuadernaciones toledanas, escurialenses y madrileñas, en las que se juega con el efecto cromático del oro, y diverso colorido del cuero a veces, junto a las formas del dibujo. Son típicas las llamadas «de abanico», por situar en los ángulos unos motivos convergentes; las de tradición mudéjar por la traza de sus

motivos decorativos; las que organizan la superficie con motivos rectangulares en los ángulos, cubierto su campo con decoración; y otras que lo organizan en encuadramiento del motivo central en forma de rombo. La variedad es extraordinaria, debiéndose destacar las que se conservan en El Escorial, en la Biblioteca Nacional y en la Biblioteca de Palacio. También consta la actividad de guadamecileros, tanto en Madrid como en Toledo, que se utilizaban generalmente para cubrir el frente de las mesas de altar.

BIBLIOGRAFIA

INTRODUCCIÓN GEOGRÁFICA

AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Madrid: cuarenta años de desarrollo urbano (1940-1980)*. Madrid, VIII, 241 pp.

ABELLÁN GARCÍA, A.: *El transporte colectivo por carretera en la región centro*. Madrid, Inst. Juan Sebastián Elcano (CSIC)-Univ. Autónoma, 1979, 85 pp.

ALÍA MEDINA, M.: *El Plioceno en la comarca toledana y el origen de la región de la Sagra*. «Estudios Geográficos», 1945, pp. 203-240.
– *Notas morfológicas sobre la región toledana*. «Las Ciencias», 1945, X, pp. 95-114.

ALONSO FERNÁNDEZ, J.: *Guadalajara*. Madrid, Inst. Geografía Aplicada (CSIC), 1976, 3 vols.

BENGOA BERIAIN, J. M.: *Caracteres y evolución de la población en seis municipios del Área Metropolitana de Madrid*. «Rev. Intern. de Sociología», 1978, XXXV, pp. 195-212 y 309-377.

CABO ALONSO, A.: *Valor de la inmigración madrileña*. «Est. Geogr.», 1961, XXII, pp. 353-374.

CÁMARA OFICIAL DE COMERCIO E INDUSTRIA DE MADRID: *Localización, estructura y dinámica del comercio de Madrid*. Madrid, 1973, 2 vols.
– *Localización y estructura de la industria de Madrid y su área de influencia*. Madrid, 1975, 2 vols.

CASAS TORRES, J. M.: *Sobre la geografía humana del valle de Lozoya*. «Est. Geogr.», 1943, IV, pp. 781-828.

COLEGIO OFICIAL DE ARQUITECTOS DE MADRID: *Cartografía básica de la ciudad de Madrid*. Madrid, 1979, 33 pp. y 43 planos.

CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE CAJAS DE AHORROS: *Situación actual y perspectivas de desarrollo de la región Centro*. Madrid, 1967, 4 vols.

ESTÉBANEZ ÁLVAREZ, J.: *Cuenca. Estudio geográfico*. Inst. Geografía Aplicada (CSIC), Madrid, 1974, 687 pp.

FERNÁNDEZ GARCÍA, F.: *El clima de la provincia de Madrid*. «Bol. R. Soc. Geográfica», 1975, CXI, pp. 65-95.

FIDALGO HIJANO, C.: *Evolución del paisaje vegetal en el sector central de la serranía de Atienza*. «Est. Geogr.», 1981, XLII, pp. 119-138.

FRANZLE, O.: *Formaciones glaciares y periglaciares en el sector oriental del Sistema Central*. Trad. en «Est. Geogr.», 1978, XXXIX, pp. 203-232 y 363-418.

GALÁN FONT, J.: *Actividades y estructuras agrarias en La Sagra (Toledo)*. «Est. Geogr.», 1978, XXXIX, pp. 49-71.

GALÁN GALLEGO, E.: *El clima de la provincia de Toledo*. «Est. Geogr.», 1981, XLII, pp. 19-49.

GARCÍA BALLESTEROS, A.: *El sector noreste del Área Metropolitana madrileña*. «Est. Geogr.», XXX, pp. 343-401.

– *Geografía urbana de Guadalajara*. Madrid, Fundación Univ. Española, 1978, 458 pp.

– *Madrid y su área de influencia a través de tres revistas*. Inst. Juan Sebastián Elcano (CSIC), 1980, 31 pp.

GARCÍA FERNÁNDEZ, J.: *Alcalá de Henares*. «Est. Geogr.», 1962, XIII, pp. 299-355.

GÓMEZ MENDOZA, J.: *Agricultura y expansión urbana. La Campiña del Bajo Henares en la aglomeración de Madrid*. Madrid, Alianza Edit., 1977, 352 pp.

GONZÁLEZ MARTÍN, J.-A., y ASENSIO AMOR, I.: *Las terrazas del Tajo entre Almoquera y Aranjuez (Guadalajara-Madrid)*. «Bol. R. Soc. Geográfica», 1979, CXV, pp. 259-300.

GONZÁLEZ YANCI, M.ª P.: *Los accesos ferroviarios a Madrid. Su impacto en la geografía urbana de la ciudad*. Madrid, Inst. Est. Madrileños, 1977, 531 pp.

HERNÁNDEZ PACHECO, F.: *El valle de Alcudia*. Asoc. Española Progreso Ciencias, Congreso de Lisboa, V, 1931, pp. 101-139.

– *La región volcánica de Ciudad Real*. Publ. R. Soc. Geográfica, serie B, n.º 3, 1932, pp. 131-148 y 145-213.

– *Avance al estudio de las comarcas naturales del sudoeste de Castilla la Nueva y de la Sierra Morena*. Madrid, 1934.

HUETZ DE LEMPS, A.: *Les grandes villes du Monde*. Madrid, París, La Doc. française, 1972, 92 pp.

INSTITUTO JUAN SEBASTIÁN ELCANO (CSIC): *Madrid. Estudios de geografía urbana*. Madrid, 1981, 262 pp.

JESSEN, O.: *La Mancha*. Trad. «Est. Geogr.», 1946, VII, pp. 246-312 y 479-524.

JIMÉNEZ DE GREGORIO, F.: *La población de la Jara toledana*. «Est. Geogr.», 1950, pp. 201-250, y succ. hasta 1961, pp. 252-287.

LÓPEZ GÓMEZ, A.: *La casa rural y los pueblos de la serranía de Atienza*. «Est. Geogr.», 1966, XXVI, pp. 249-331.

– *Geografía urbana de Atienza*. «Est. Geogr.», 1967, XXVII, pp. 453-498.

– *Salinas de la comarca de Imón*. «Est. Geogr.», 1970, XXXI, pp. 371-394.

– *Colectivismo y sistemas agrarios en la serranía de Atienza (Guadalajara)*. «Est. Geogr.», 1974, XXXV, pp. 519-574.

– *La población de Madrid en los últimos cincuenta años*. «I Coloquio Hispano-luso de Geografía». Salamanca, Universidad, 1981, pp. 163-187.

– *Los transportes urbanos de Madrid*. Madrid, CSIC, 1982 (en prensa).

Madrid. Madrid, Espasa Calpe, 1979, 5 vols.

MARTÍNEZ DE PISÓN, E., y MUÑOZ, J.: *Observaciones sobre la morfología del alto Gredos*. «Est. Geogr.», 1972, pp. 597-690.

MELÓN, A.: *Notas sobre el municipio y antigua provincia de Madrid*. «Est. Geogr.», 1961, XXII, pp. 325-352.

MINISTERIO DE OBRAS PÚBLICAS Y URBANISMO. Coplaco: *Atlas básico del Área Metropolitana de Madrid*. Madrid, 1979.

MOLINA CAMPUZANO, M.: *Planos de Madrid de los siglos XVII y XVIII*. Madrid, Inst. Est. Adm. Local, 1960, 804 pp.

MUÑOZ, J.: *Los Montes de Toledo*. Oviedo, Depart. de Geografía, 1976.

NICOLÁS, J. P., CASADO, I. G., y SANJUÁN, J. G.: *Climatología básica de la subregión de Madrid*. Madrid, Coplaco, 1979, 261 pp.

OLIVA ESCRIBANO, J. L.: *Bibliografía de Madrid y su provincia*. Madrid, Inst. Est. Madrileños, 1981, 2 vols.

OLIVER ASÍN, J.: *Historia del nombre «Madrid»*. Madrid, Inst. Miguel Asín (CSIC), 1958.

OLIVERA POLL, A.: *La enseñanza en Madrid. Análisis de una función urbana*. Madrid, Inst. Est. Madrileños, 1978, 420 pp.

PLANCHUELO, G.: *Estudio del Alto Guadiana y de la altiplanicie del Campo de Montiel*. Madrid, 1954.

QUIRÓS, F.: *La minería en el valle de Alcudia y Campo de Calatrava*. «Est. Geogr.», 1969, XXX, pp. 207-248.

RIVAS MARTÍNEZ, S.: *Estudio de la vegetación y flora de las sierras de Guadarrama y Gredos*. «Anales Inst. Botánico A. J. Cavanilles», 1963, XXI, 325 pp.

RUIZ PALOMEQUE, E.: *Ordenación y transformación urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*. Madrid, Inst. Est. Madrileños, 1976, 681 pp.

SALCEDO, J.: *Madrid culpable*. Madrid, Tecnos, 1977, 199 pp.

SALOMON, N.: *La campagne de Nouvelle Castille à la fin du XVI^e siècle d'après les «Relaciones topográficas»*. París, SEVPEN, 1964, 370 pp.

SANZ DONAIRE, J. J.: *Geomorfología del entorno de Madrid*. «Bol. R. Soc. Geográfica», 1979, CXV, pp. 53-83.

SANZ GARCÍA, J. M.^a: *Madrid ¿capital del capital español?* Inst. Est. Madrileños, 1975, 626 pp.

SANZ HERRAIZ, C.: *La morfología de la Pedriza de Manzanares*. «Est. Geogr.», 1976, XXXVII, pp. 435-464.

SOLÉ SABARÍS, L., y BIROT, P.: *Investigaciones sobre morfología de la Cordillera Central*. Madrid, Inst. Juan Sebastián Elcano (CSIC), 1975, 626 pp.

TERÁN, M. DE: *Sigüenza. Estudio de geografía urbana*. «Est. Geogr.», 1946, VIII, pp. 633-666.

– *Dos calles madrileñas: las de Alcalá y Toledo*. «Est. Geogr.», 1961, XX, pp. 375-476.

– *El desarrollo espacial de Madrid a partir de 1868*. *Ibíd.*, pp. 599-615.

– *La Meseta meridional*, en *Geografía de España y Portugal*, dirigida por M. de Terán. Barcelona, Montaner y Simón, 1958, IV, 1.^a parte, pp. 329-427.

– *Submeseta meridional. Castilla la Nueva y Extremadura*, en *Geografía Regional de España*, dirigida por M. de Terán y L. Solé Sabarís. Barcelona, Ariel, 1968, pp. 155-194.

TROLL, C., y BRAUN, C.: *Madrid. El abastecimiento de agua de la ciudad por medio de «qanates» a lo largo de la historia*. Trad. «Geographica», 1974, pp. 235-313.

VALENZUELA RUBIO, M.: *El Escorial. De Real Sitio a núcleo turístico residencial*. «Anales Inst. Est. Madrileños», 1974, X.

– *Segregación y cambio funcional en un espacio forestal suburbano. El Pardo*. «Anales Inst. Est. Madrileños», 1975, X.

– *Urbanización y crisis rural en la sierra de Madrid*. Madrid, Inst. Est. Administración Local, 1977, 534 pp.

VIDAL BOIX, C.: *Guía de recursos pedagógicos en Madrid y sus alrededores*. Madrid, CSIC, 1975, 587 pp.

VINUESA ANGULO, J.: *El desarrollo metropolitano de Madrid. Sus repercusiones geodemográficas*. Madrid, Ins. Est. Madrileños, 1976, 364 pp.

NOTA. En la revista «Estudios Geográficos» del Instituto Juan Sebastián Elcano de Geografía (CSIC) se han publicado numerosos trabajos sobre Castilla la Nueva y, concretamente, medio centenar sobre Madrid, incluso un número especial (1961); la mayoría no se pueden recoger aquí (vid. Instituto Juan Sebastián Elcano, *Madrid. Estudios de Geografía Urbana*, p. 361). Sobre números monográficos y artículos en otras revistas, vid. A. García Ballesteros, *Madrid y su área de influencia a través de tres revistas*.

ARTE

Dada la extensa bibliografía que puede ser citada, se ofrece una selección de obras que por su contenido, ilustraciones y referencias que incluyen, o bien por ser estudios recientes, estimamos que pueden servir de base para una adecuada orientación del lector.

OBRAS GENERALES

Ars Hispaniae, 22 vols. Ed. Plus Ultra. Madrid, 1947-1977.

AZCÁRATE, J. M.^a: *Monumentos españoles*. 3 vols. Madrid, 1954.

BATICLE, J.: *Spanische Malerei*. «Propylaen Kunstgeschichte», X. Berlín, 1971.

BONET, A., y otros: *Bibliografía de arquitectura, ingeniería y urbanismo en España (1498-1880)*. Madrid, 1980.

BOSQUE, A. DE: *Artistes italiens en Espagne du XIV^e siècle aux rois catholiques*. París, 1965.

CEÁN BERMÚDEZ, J. A.: *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España*. Madrid, 1800 (Fasc. 1965).

CHUECA, F.: *Historia de la arquitectura española, I. Edad Antigua y Edad Media*. Madrid, 1965.

DOMÍNGUEZ BORDONA, J.: *Manuscritos con pinturas*. 2 vols. Madrid, 1933.

ESPINOSA DE LOS MONTEROS, J., y MARTÍN ARTAJO, L.: *Corpus de castillos medievales de Castilla*. Bilbao, 1974.

FERNÁNDEZ CASADO, C.: *Historia del puente en España*. Madrid, 1973.

GALLEGO, A.: *Historia del grabado en España*. Madrid, 1979.

GARCÍA MELERO, J. F.: *Bibliografía de la pintura española*. Madrid, 1978.

GAYA NUÑO, J. A.: *La arquitectura española en sus monumentos desaparecidos*. Madrid, 1961.

– *Historia y guía de los museos de España*. Madrid, 1968.

Historia del arte hispánico. 6 vols. Ed. Alhambra, Madrid, 1978-1981.

INSTITUTO DIEGO VELÁZQUEZ: *Bibliografía del arte en España*. Madrid, 1976.

MENÉNDEZ PIDAL, R., y JOVER, J. M.: *Historia de España* (en publicación). Ed. Espasa Calpe, S.A.

PONZ, A.: *Viaje de España*. Madrid, 1772-1794. Ed. Aguilar, 1947.

POST, Ch. R.: *A History of Spanish Painting*. 14 vols. Cambridge, Mass., 1930-1966.

Summa Artis. 25 vols. Ed. Espasa Calpe, S.A.

ZAMORA, F., y PONCE DE LEÓN, E.: *Bibliografía española de Arquitectura (1526-1850)*. Madrid, 1947.

REVISTAS

«Academia». Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

«Al-Andalus»

«Al-Qantara»

«Anales del Instituto de Estudios Madrileños»

«Anales Toledanos»

«Archivo Español de Arqueología»

«Archivo Español de Arte»

«Archivo Español de Arte y Arqueología»

«Arquitectura»

«Arquitectura Española»

«Arte Español»

«Bellas Artes»

«Boletín de Arte Toledano»

«Boletín de Información Bibliográfica de la provincia de Madrid»

«Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología»

«Boletín de la Asociación Española de Amigos de los Castillos»

«Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo»

«Boletín de la Sociedad Española de Excursiones»

«Boletín del Museo del Prado»

«Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de Valladolid»

«Cisneros»

«Cuadernos de Estudios Manchegos»

«Cuenca»

«Gaceta del Museo Municipal de Madrid»

«Goya»

«Olcades. Temas de Cuenca»

«Puerta de Madrid». Alcalá de Henares.

«Reales Sitios»

«Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos»

«Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid»

«Revista de Ideas Estéticas»

«Revista Española de Arte»

«Revista Nacional de Arquitectura»

«Toledo» (1889-1890. Fasc. 1978).

«Toledo» (1915-1930).

«Toletum»

«Villa de Madrid»

«Wad-al-Hayara». Guadalajara.

MUSEOS (*Consultar Guías correspondientes*)

Ciudad Real

Arqueológico y de Bellas Artes (en instalación).

Catedralicio.

Alcázar de San Juan. Museo Arqueológico «Fray Juan Cobo».

Chillón. Parroquial.

Viso del Marqués. Archivo-Museo «Don Álvaro de Bazán».

Cuenca

Arqueológico y de Bellas Artes.

Catedralicio.

Belmonte. Parroquial.

Gascueña. Parroquial.

Saelices (Segóbriga).

Guadalajara

Arqueológico y de Bellas Artes.

Pastrana. Parroquial.

Sigüenza. Catedralicio.

Sigüenza. Diocesano.

Madrid

Museo Arqueológico Nacional.

Museo del Prado.

Museo Nacional de Artes Decorativas.

Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Real Academia de la Historia.

Museo Municipal.

Museo del Ejército.

Palacio Real.

Instituto de Valencia de Don Juan.

Museo Lázaro Galdiano.

Museo Cerralbo.

Monasterio de la Encarnación.

Monasterio de las Descalzas Reales.

Fundación Casa de Alba.

Museo de Reproducciones.

Aranjuez. Palacio Real.

Colmenar Viejo. Parroquia.

El Pardo. Palacio.

San Lorenzo de El Escorial.

Toledo

Museo de Santa Cruz.

Museo de los Concilios de Toledo y de la cultura visigoda.

Museo de la Santa Hermandad de Toledo.

Palacio-Museo de Fuensalida.

Taller del Moro.

Casa y Museo del Greco.

Museo de la Fundación Duque de Lerma.

Museo Sefardí.

Museo-Tesoro Catedralicio.

Illescas. Hospital-Santuario de Nuestra Señora de la Caridad.

Talavera de la Reina. Museo de Cerámica «Ruiz de Luna».

CIUDAD REAL

- AGOSTINI, E.: *Historia de Almodóvar del Campo*. Ciudad Real, 1972.
- CLEMENTE, D.: *Guía de Ciudad Real* (1869). Ed. 1977.
- CORCHADO, M.: *Avance de un estudio geográfico-histórico del Campo de Montiel*. Madrid, 1971.
- ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C.: *Ciudad Real*. León, 1973.
- GOICOECHEA, E.: *La Mancha. Tierra de don Quijote*. Madrid, 1979.
- GUERRERO VENTAS, P.: *El gran priorato de San Juan en el campo de la Mancha*. Toledo, 1969.
- GUILLÉN TATO, F.: *El Palacio del Viso del Marqués*. Inst. Est. Manchegos.
- MADRID, A.: *Villanueva de los Infantes y su arte*. «Cuad. Est. Manchegos», núm. 5. Ciudad Real, 1974.
– *Valdepeñas*. Ciudad Real, 1981.
- MALDONADO, E.: *La ermita de San José en Almagro*. «Cuad. Est. Manchegos», núm. 8.
- MALDONADO Y COCAT, R. J.: *Almagro. Cabeza de la Orden y Campo de Calatrava*. Madrid, 1978.
- PARDO, A.: *Breves páginas acerca de la villa de Santa Cruz de Mudela* (1929). Ed. 1977.
- PORTUONDO, B.: *Catálogo monumental de la provincia de Ciudad Real* (Ciudad Real, 1917). Ed. 1972.
- RAMÍREZ DE ARELLANO: *Memorias manchegas históricas y tradicionales*. Ciudad Real, 1911.
- RODRIGO, A.: *Almagro y su Corral de Comedias...* Ciudad Real, 1977.
- VASCO, F.: *Historia de Valdepeñas*. Valdepeñas, 1959.

CUENCA

- ANDÚJAR, L.: *Una vieja colegiata y un joven museo (Belmonte)*. «Olcades», n.º 7, 5, 1981.
- BERMEJO, J.: *La catedral de Cuenca*. Cuenca, 1977.
- CORCHADO, M.: *El priorato de Uclés*. Madrid, 1965.
- GONZÁLEZ PALENCIA, A.: *Fuentes para la historia de Cuenca y su provincia*. Cuenca, 1944.
- IRADIEL, P.: *Evolución de la industria textil castellana en los siglos XIII-XVI. Factores de desarrollo, organización y costes de la producción manufacturera en Cuenca*. Salamanca, 1974.

- LÓPEZ, M.: *Memorias históricas de Cuenca y su obispado*. Cuenca, 1949.
- MÁRTIR RIZO, J. P.: *Historia de la muy noble ciudad de Cuenca...* (Madrid, 1629). Ed. 1979.
- MORAGAS, V.: *Cuenca y Ciudad Encantada*. Madrid, 1959.
- MUELAS, F.: *Cuenca. Tierra de sorpresa y encantamiento*. León, 1968.
- OSUNA, M.: *Catálogo-guía del Museo de Cuenca*. Madrid, 1975.
– *Museo de Cuenca. Secciones de Arqueología y Bellas Artes*. Madrid, 1976.
– *La nueva Sección de Bellas Artes del Museo de Cuenca*. «Cuenca», núm. 16, 1971.
- QUINTERO, P.: *Uclés*. 3 vols. Madrid-Cádiz, 1904-1915.
- RIVERA, M.: *El castillo-fortaleza de Uclés. Datos histórico-arqueológicos*. «Cuenca», núm. 17, 1980.
- SANZ SERRANO, A.: *Cuenca y su provincia*. Barcelona, 1960.
- TORRENTE, D.: *Documentos para la historia de San Clemente (Cuenca)*. Madrid, 1975.
- ZARCO CUEVAS, J.: *Relaciones de pueblos de la diócesis de Cuenca hechas por orden de Felipe II*. Cuenca, 1927.

GUADALAJARA

- AZCÁRATE, J. M.^a, y otros: *Inventario artístico de la provincia de Guadalajara*. D. Gral. de Bellas Artes. Madrid, 1982 (en prensa).
- BELA DURÁN, J.: *Guadalajara monumental*. Madrid, 1964.
- BLANCO, C.: *Peñalver y sus glorias*. Peñalver, 1966.
- CANTERA, F., y CARRETE, C.: *Las juderías medievales en la provincia de Guadalajara*. «Sefarad», 1973 y 1974.
- CASTELLOTE, E.: *La alfarería popular en la provincia de Guadalajara*. Guadalajara, 1979.
- CATALINA GARCÍA, J.: *Relaciones topográficas de España. Relaciones de pueblos que pertenecen hoy a la provincia de Guadalajara, con notas...* 6 vols. «Memorial Histórico Español». Madrid, 1903-1915.
– *La Alcarria en los dos primeros siglos de su reconquista* (3.^a ed.). Guadalajara, 1973.
- ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C.: *Guía de Guadalajara*. León, 1969.
- FEDERICO, A. DE: *La catedral de Sigüenza*. Madrid, 1954.
- FERRER, J. M.: *Rollos y picotas en la provincia de Guadalajara*. «Wad-al-Hayara», 1980, 103.
- GARCÍA BALLESTEROS, A.: *Geografía urbana de Guadalajara*. Madrid, 1978.

GARCÍA MARQUINA, F.: *Guía de los castillos de Guadalajara*. Guadalajara, 1980.

HERRERA CASADO, A.: *Monasterios y conventos en la provincia de Guadalajara (Apuntes para su historia)*. Guadalajara, 1974.

- *Glosario alcarreño. Por los caminos de la Alcarria*. Guadalajara, 1974.
- *Glosario alcarreño, II. Sigüenza y su tierra*. Guadalajara, 1976.
- *Orfebrería antigua de Guadalajara (Algunas notas para su estudio)*. «Wad al-Hayara», 1977, 7.
- *El señorío de Molina*. Guadalajara, 1980.

LAYNA SERRANO, F.: *Historia de Guadalajara y sus Mendozas en los siglos XV y XVI*. Madrid, 1942.

- *Los conventos antiguos de Guadalajara*. Madrid, 1943.
- *Historia de la villa de Atienza*. Madrid, 1945.
- *Castillos de Guadalajara*, 2.^a ed. Madrid, 1960.
- *Guadalajara. Breve guía de su provincia*. Guadalajara, 1975.
- *Historia de la villa de Cifuentes*. Guadalajara, 1979.

LAYNA SERRANO, F., y CAMARILLO, F.: *La provincia de Guadalajara*. Guadalajara, 1948.

LÓPEZ TORRIJOS, R.: *La iglesia parroquial de Pozanco*. «Wad-al-Hayara», 1979, 231.

MADRID

Véanse publicaciones del Instituto de Estudios Madrileños, del Ayuntamiento y del Museo Municipal.

AGULLO, M.: *Pintores madrileños de los siglos XVI y XVII*. Madrid, 1978.
– *Documentos sobre escultores, entalladores y ensambladores de los siglos XVI al XVIII*. Valladolid, 1978.
– *Más noticias sobre pintores madrileños de los siglos XVI al XVIII*. Madrid, 1981.

AGULLO, M., y otros: *Madrid hasta 1875. Testimonios para su historia*. Museo Municipal. Madrid, 1979.

AMADOR DE LOS RÍOS, J.: *Historia de la villa y corte de Madrid* (Madrid, 1861-1864). Madrid, 1978.

AZCÁRATE, J. M.^a, y otros: *Investario artístico de la provincia de Madrid*. Dirección General de Bellas Artes. Madrid, 1970.

CABEZA, J. A.: *Diccionario de Madrid. Las calles, sus nombres, su historia, su ambiente*. Madrid, 1968.

CANTO, A.: *Guía de la provincia de Madrid*. Madrid, 1958.

CORELLA, M. P.: *Arquitectos y alarifes en la iglesia parroquial de Vicálvaro*. «An. Inst. Est. Madrileños», 1980, 85.

CHUECA, F.: *Madrid y Sitios Reales*. Madrid, 1958.
– *Madrid, ciudad con vocación de capital*. Santiago de Compostela, 1974.

ESTELLA, M.: *Los artistas de las obras realizadas en Santo Domingo el Real y otros monumentos madrileños en la primera mitad del siglo XVI*. «An. Inst. Est. Madrileños», 1980, 41.

FERNÁNDEZ GARCÍA, M.: *Pintores de los siglos XVI y XVII que fueron feligreses de la parroquia de San Sebastián*. «An. Inst. Est. Madrileños», 1980, 109.

FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, A.: *Guía de Madrid*. Madrid, 1876.

INIGUEZ, F.: *Casas reales y jardines de Felipe II*. C.S.I.C., 1952.

JIMÉNEZ, M.: *Madrid en sus plazas, parques y jardines*. Madrid, 1970.
– *Madrid y provincia en sus plazas mayores*. Madrid, 1979

MARTÍN GONZÁLEZ, J. J.: *Noticias varias sobre artistas de la corte en el siglo XVI*. «B.S.E.A. y Arq. de Valladolid», 1971, 225.

MARTÍNEZ GÓMEZ-GORDO, J. A.: *Santuario de la Santísima Virgen de la Salud de Barbatona*. Sigüenza, 1977.
– *Sigüenza*. Sigüenza, 1978.
– *Comentario en torno a las puertas de la ciudad de Sigüenza*. «Wad-al-Hayara», 1982, 249.

MARTÍNEZ TABOADA, P.: *Ciudad eclesiástica y ciudad civil (Un aspecto del estudio urbanístico de Sigüenza)*. «Wad-al-Hayara», 1982, 233.

MESONERO ROMANOS, R. DE: *El antiguo Madrid*. Madrid, 1961.
– *Manual histórico-topográfico, administrativo y artístico de Madrid* (Madrid, 1844). Madrid, 1977.

MIGUEL, C. DE: *Madrid, plazas y plazuelas*. Madrid, 1976.

MINGUELLA, T.: *Historia de la diócesis de Sigüenza y de sus obispos*. 3 vols. Madrid, 1910-1913.

MORENA, A. DE LA: *El monasterio de San Jerónimo el Real de Madrid*. Inst. Est. Madrileños, 1974, 47.

MORENO, F.: *Caminos de Sigüenza y Atienza*. Madrid, 1975.

MUÑOZ JIMÉNEZ, J. M.: *La catedral y el urbanismo renacentista*. «Wad-al-Hayara», 1982, 253.

MUÑOZ PÁRRAGA, M. C.: *La catedral en la ordenación urbanística de Sigüenza*. «Wad-al-Hayara», 1982, 241.

OLIVA ESCRIBANO, J. L.: *Bibliografía de Madrid y su provincia*. 2 vols. Madrid, 1967.

PASTOR MATEOS, E.: *Noticias sobre la organización profesional en Madrid durante la Edad Media*. «Rev. A.B. y M.», XIX, 261.

PAZ, R., y AGULLO, M.: *Bibliografía madrileña*. «Rev. Arch. Bibl. y M. de Madrid», 1944-1955.

PECES Y ARTA, F. G.: *Guía breve del Museo Diocesano de Arte*. Sigüenza, 1978.

PECHA, F.: *Historia de Guadalajara y como la religión de San Gerónimo en España fue fundada y restaurada por sus ciudadanos* (reed.). Guadalajara, 1977.

PEÑASCO DE LA PUENTE, H.: *Las calles de Madrid*. Madrid, 1975.

PÉREZ ARRIBAS, A.: *Alcocer, Historia y Arte*. Guadalajara, 1974.
— *Viaje por la serranía de Guadalajara*. Guadalajara, 1976.

PÉREZ VILLAMIL, M.: *La catedral de Sigüenza*. Madrid, 1899.

PRADILLO MORATILLA, J.: *Guión para visitar la ciudad de Guadalajara*. «Wad-al-Hayara», 1975.

RÉPIDE, P. DE: *Las calles de Madrid*. Madrid, 1972.

SÁINZ DE ROBLES, F. C.: *Crónica y guía de la provincia de Madrid*. Madrid, 1966.

SÁNCHEZ DONCEL, G.: *La catedral de Sigüenza*. Madrid, 1964.

SANTAOLALLA LLAMAS, M.: *Pastrana. Apuntes de su historia, arte y tradiciones*. Pastrana, 1979.

SANZ, S., y MORENO, F.: *Caminos de Atienza*. Madrid, 1974.

VARIOS: *Guadalajara y su provincia*. Caja de Ahorros y M. P. de Zaragoza, A. y R. Zaragoza, 1976.

PROVINCIA DE MADRID

ACOSTA DE LA TORRE, L.: *Guía del viajero en Alcalá de Henares*. Alcalá, 1882.

AGULLO, M.: *El arte del Paular en los documentos del Archivo Histórico Nacional*. «An. Inst. Est. Madrileños», 1975, 65.

ÁLVAREZ LINARES: *Anuario-guía histórica ilustrada de Alcalá de Henares y su partido judicial*. Madrid, 1912.

AZAÑA, E.: *Historia de la ciudad de Alcalá de Henares*. 2 vols. Alcalá-Madrid, 1882-1883.

ESTELLA, M.: *La iglesia parroquial de Pinto*. «An. Inst. Est. Madrileños», 1979, 1.

GARCÍA GUTIÉRREZ, F. J., y GARCÍA SALDAÑA, J.: *Guía y plano de Alcalá de Henares*. Alcalá, 1968.

GAYA NUÑO, J. A.: *El Escorial*. Madrid, 1955.

JUNQUERA DE VEGA, P., y RUIZ ALCÓN, M. T.: *Guía ilustrada del Real Palacio de Aranjuez*. Madrid, 1958.

LÓPEZ SERRANO, M.: *Palacio de El Pardo, la Casita y la Quinta*. Madrid, 1968.

— *El Escorial*. Madrid, 1972.

MORENA, A. DE LA: *Catálogo monumental de Madrid*. I. Colmenar Viejo. Madrid, 1976.

OLIVERAS, A.: *Real Sitio de Aranjuez*. Madrid, 1973.

PATRIMONIO NACIONAL: *El Escorial (1563-1963). IV Centenario de la fundación del Monasterio*. Madrid, 1963.

PORTILLA, M.: *Historia de la ciudad de Compluto*. 2 vols. Alcalá, 1725-1727.

QUINTANO, A.: *Historia de Alcalá de Henares*. Alcalá, 1973.

REYMUNDO, A.: *Historia de Alcalá de Henares*. Madrid, 1950.

TERÁN, M. DE: *Huertas y jardines de Aranjuez*. «R.A.B. y M. de Madrid», XVIII, 261.

TORMO, E.: *Alcalá de Henares*. Madrid, s.a.

VEGA Y MARCH, M.: *Archivo de Alcalá de Henares*. Madrid-Barcelona, 1924.

TOLEDO

AGUADO VILLALBA, J.: *La azulejería toledana a través de los siglos*. «Tolentum», 1977, 31.

ALARCÓN, M. A.: *La loca del Sacramento y la villa de Torrijos*. Torrijos, 1928.

ALCOCER, P.: *Historia o descripción de la imperial ciudad de Toledo*. Toledo, 1554.

AMADOR DE LOS RÍOS, J.: *Toledo pintoresca*. Madrid, 1845.

AMADOR DE LOS RÍOS, R.: *Monumentos arquitectónicos de España: Toledo*. Madrid, 1905.

ASSAS, M.: *Álbum artístico de España*. Madrid, 1847.

BENITO RUANO, E.: *Toledo en el siglo XV*. Madrid, 1961.

— *Visita de las villas y lugares del Arzobispado de Toledo (1435)*. «An. Toledanos», 1971, 77.

Bibliografía toledana. «Toledo», 1889, n.º 14.

CEDILLO, CONDE DE: *Catálogo monumental de la provincia de Toledo*. Madrid, 1959.

CRASTE, V.: *Tolède*. París, 1956.

CHUECA, F.: *La catedral de Toledo*. Madrid, 1975.

FLAMENT, A. y M.: *Toledo*. León, 1977.

— *Provincia de Toledo*. León, 1969.

GARCÍA RODRÍGUEZ, E.: *Toledo y sus visitantes extranjeros hasta 1561*. «Toletum», 1955, 5.

GÓMEZ MENOR, J.: *Más datos sobre artífices toledanos de los siglos XVI y XVII*. «B.A.T.», 1965-68, 133.

— *Un monumento artístico desaparecido: el convento de San Juan de la Penitencia*. «An. Toledanos», IV, 5.

GONZÁLEZ SIMANCAS, M.: *Toledo. Sus monumentos y el arte ornamental*. Madrid, 1929.

GUDIOL, J.: *La catedral de Toledo*. Madrid.

JIMÉNEZ DE GREGORIO, F.: *Diccionario de los pueblos de la provincia de Toledo hasta finalizar el siglo XVIII*. 3 vols. Toledo, 1962-1966.

MARTÍN GAMERO, A.: *Historia de la ciudad de Toledo, sus claros varones y sus monumentos*. Toledo, 1862.

MENDOZA EGUARAS, M., y TORROJA MENÉNDEZ, C.: *Catálogo analítico del Archivo de la Colegiata de Talavera de la Reina (1204-1900)*. Toledo, 1969.

MORENO NIETO, L.: *La provincia de Toledo*. Toledo, 1960.
— *Diccionario enciclopédico de Toledo y su provincia*. Toledo, 1974.

PALAZUELOS, VIZCONDE DE: *Toledo, guía artístico-práctica*. Toledo, 1890.

PISA, F. DE: *Apuntamiento para la II parte de la «Descripción de la Imperial Ciudad de Toledo»*. Toledo, 1976.
— *Descripción de la Imperial Ciudad de Toledo e Historia de sus antigüedades*. Toledo, 1617.

PORRES, J.: *Toledo y sus calles*. «An. Toledanos», 1967, 73.
— *Historia de las calles de Toledo*. Toledo, 1971.

RAMÍREZ DE ARELLANO, R.: *Catálogo de los artífices que trabajaron en Toledo*. Toledo, 1920.

— *Las parroquias de Toledo*. Toledo, 1921.
— *Estudio sobre la historia de la orfebrería toledana*. Toledo, 1915.

RAMÓN PARRO, S.: *Toledo en la mano*. 2 vols. Toledo, 1857.

REVUELTA, M.: *Museo de Santa Cruz. Guía*. Madrid, 1962.
— *El Museo de Santa Cruz y sus filiales*. «Toletum», 1973, 61.
— *El palacio de los Condes de Fuensalida en Toledo*. Madrid, 1979.

RIVERA RECIO, J. F.: *La Iglesia de Toledo en el siglo XII (1086-1208)*. Roma, 1966.

— *Reconquista y pobladores del antiguo Reino de Toledo*. «An. Toledanos», 1967, 9.
— *Los arzobispos de Toledo en la Baja Edad Media*. Toledo, 1969.

TÉLLEZ, G.: *La iglesia y la casa toledanas*. Toledo, 1978.

TORROJA, C.: *Catálogo del Archivo del monasterio de San Clemente de Toledo (1141-1900)*. Toledo, 1973.

— *Catálogo del Archivo de la Obra y Fábrica de la catedral de Toledo*. Toledo, 1977.

VINAS, C., y PAZ, R.: *Relaciones de los pueblos de España hechas por iniciativa de Felipe II. Reino de Toledo*. Madrid, 1951-1963.

ZARCO DEL VALLE, M.R.: *Datos documentales para la historia del Arte Español*. II. Documentos de la catedral de Toledo. 2 vols. Madrid, 1916.

PREHISTORIA Y ANTIGÜEDAD

ABASCAL, J. M.: *Notas sobre poblamiento primitivo del curso medio del río Tajuña*. «Wad-al-Hayara», 1982, 81.

ACOSTA, P.: *La pintura rupestre esquemática en España*. Salamanca, 1968.

ALMAGRO, M.: *Arte prehistórico*. Ars Hispaniae, I. Madrid, 1947.

— *Manual de Historia Universal*, I. Prehistoria. Madrid, 1960.

— *El ídolo de Chillarón y la tipología de los ídolos del Bronce I Hispano*. «Trabajos de Prehistoria», vol. 22. Madrid, 1966.

— *Segóbriga (ciudad celtibérica y romana)*. Guía de las excavaciones y museo. Madrid, 1978.

— *Datos cronológicos para fechar el acueducto de Segóbriga*. «R.A.B. y M.», 1978, I, 155.

ALMAGRO GORBEA, A.: *La necrópolis celtibérica de las Madrigueras. Carrasosa del Campo (Cuenca)*. Madrid, 1965-1969.

— *La espada de Guadalajara y sus paralelos peninsulares*. «Trabajos de Prehistoria», 1972, 39.

— *Los ídolos del Bronce I Hispano*. «Biblioteca Prehistórica Hispánica», XII. Madrid, 1973.

— *El Bronce Final y el inicio de la Edad del Hierro en la Meseta sur*. Madrid, 1973.

— *Los campos de túmulos de Pajaroncillo (Cuenca)*. Madrid, 1975.

ARELLANO, M.: *Puente y presa romanos de Villaminaya*. «Toletum», 1977, 97.

ARGENTE, J. L.: *Las fibulas de la necrópolis celtibérica de Aguilar de Anguita*. «Trabajos de Prehistoria», 1974, 204.

— *La necrópolis celtibérica de «El Altillio», en Aguilar de Anguita*. «Wad-al-Hayara», 1977, 194.

BALIL, A.: *Casa y urbanismo en la España antigua*. «Bol. S.A. y Arq. de Valladolid», 1970-1973.

BARANDIARÁN, I.: *La cueva de los Casares*. Madrid, 1973.

BELÉN, M., BALBÍN, R., y FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.: *Castilviejo de Guisasa (Sigüenza)*. «Wad-al-Hayara», 1978.

BELTRÁN, A.: *Nota sobre la técnica de los grabados de los Casares y Altxe-rrí*. «Symposio de Arte rupestre». Barcelona, 1966-1968.

- BELTRÁN, A., y BARANDIARÁN, I.: *Avance al estudio de las cuevas paleolíticas de la Hoz y los Casares (Guadalajara)*. «Excavaciones Arqueológicas en España», n.º 64. Madrid, 1968.
- BLANCO FREIJEIRO, A.: *La Antigüedad*. Historia del Arte Hispánico, II. Madrid, 1981.
- BLÁZQUEZ, J. M.: *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*. Barcelona, 1975.
– *La romanización*. 2 vols. Madrid, 1974-1975.
- BLÁZQUEZ, J. M., y NAVARRETE, J. G.: *Mosaicos hispánicos del Bajo Imperio*. «A.E. Arq.» (1972-1974).
- CABRÉ, J.: *Figuras antropomorfas de la cueva de los Casares*. «A.E. Arq.», 1940-1941, 81.
– *El tesoro de plata de Salvacañete (Cuenca)*. «A.E.A.A.», 1936.
- CAMÓN, J.: *Las artes y los pueblos de la España primitiva*. Madrid, 1954.
- CASTELLOTE, F.: *Comunicación del hallazgo de los restos de una villa romana en Alcalá de Henares*. Alcalá de Henares, 1971.
- CERDEÑO, M. L.: *La necrópolis celtibérica de Valdenovillos*. «Wad-al-Hayara», 1976.
– *Notas sobre algunas cerámicas campaniformes de Alcolea de las Peñas (Guadalajara)*. «Wad-al-Hayara», 1978, 35.
– *La necrópolis céltica de Sigüenza (Guadalajara)*. «Wad-al-Hayara», 1979, 49.
- CERDEÑO, M. L., GARCÍA HUERTA, R., y PAZ, M. DE: *La necrópolis de Molina de Aragón*. «Wad-al-Hayara», 1981, 9.
- DÍAZ A.: *La cerámica de la necrópolis celtibérica de Luzaga (Guadalajara) conservada en el M.A.N.* «R.A.B. y M.», 1976, 397.
- FERNÁNDEZ, J. J.: *Exvotos ibéricos de la zona de Cuenca*. «Cuenca», 16, p. 85.
- FERNÁNDEZ CASADO, C.: *Puentes romanos en España*. Madrid, 1973.
– *Acueductos romanos en España*. Madrid, 1972.
- FERNÁNDEZ CASTRO, M. C.: *Las llamadas «termas» de Rielves*. «A.E. Arq.», 1977.
- FERNÁNDEZ GALIANO, D.: *Carta arqueológica de Alcalá de Henares y su partido*. Alcalá de Henares, 1976.
– *Informe... Recópolis*. «Wad-al-Hayara», 1977, 251.
– *Un valioso mosaico hallado en Alcalá de Henares*. «Actas del III Congreso Arqueológico Nacional», 1975, 921.
– *Notas de prehistoria seguntina*. «Wad-al-Hayara», 1979, 10.
- FERNÁNDEZ GALIANO, D., y GARCÉS TOLEDANO, A.: *Problemática y estado actual de los yacimientos arqueológicos en el corredor Madrid-Guadalajara*. «Wad-al-Hayara», 1978, 7.
- FERNÁNDEZ GALIANO, D., y otros: *La necrópolis de la Primera Edad del Hierro de Prados Redondos*. «Wad-al-Hayara», 1982, 9.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M., y MOURE ROMANILLO, A.: *Verdelpino (Cuenca)*. «Trabajos de Prehistoria», 1974, n.º 31.
- GARCÍA HUERTA, M. R.: *La necrópolis de la Edad del Hierro en la Olmeda*. «Wad-al-Hayara», 1980, 9.
- GARCÍA Y BELLIDO, A.: *Arte romano*. Ars Hispaniae, I. Madrid, 1947.
- GILES PACHECO, F. J.: *Contribución al estudio de la arqueología toledana. Hallazgos hispanorromanos en Consuegra*. «An. Toledanos», 1971, 139.
- JIMÉNEZ DE GREGORIO, F.: *Hallazgos arqueológicos en la Jara*. «Bol. R.A.B.A.», Toledo, 1961, y «Arch. Esp. Arq.», n.º 78-91.
- JORDÁ, F., y BLÁZQUEZ, J. M.: *La Antigüedad*. Historia del Arte Hispánico, I. Madrid, 1978.
- JORGE ARAGONESES, M.: *Museo Arqueológico de Toledo*. Madrid, 1958.
- LEBLIC, V.: *Hallazgo de un sarcófago romano en la finca El Espinar*. «Toletum», 1980, 101.
- LOSADA, H., y DONOSO, R.: *Excavaciones en Segóbriga*. «Excavaciones Arqueológicas en España», n.º 43.
- MALUQUER DE MOTES, J.: *Nuevos hallazgos de la cultura del vaso campaniforme en la Meseta*. Universidad de Barcelona, Instituto de Arqueología, 1961, 13.
- MARTÍN AGUADO, M.: *El yacimiento prehistórico de Pinedo y su industria triédrica*. Toledo, 1963.
- MARTÍN ARAGÓN, J.: *Hallazgos arqueológicos en La Puebla de Montalbán*. «Toletum», 1977, 91.
- MAURA, M.: *Los dibujos rupestres de la Cueva del Reguerillo (Torrelaguna, Madrid)*. II Congreso Nacional de Arqueología. Zaragoza, 1951, 73.
- MELÉNDEZ, B., y AGUIRRE, E.: *Hallazgo de «elephas» en la terraza media del río Manzanares (Villaverde, Madrid)*. «Las Ciencias», 1958, 597.
- MENÉNDEZ PIDAL, R.: *Historia de España*, tomos I y II. Espasa Calpe, S.A., Madrid.
- MIGUEL, C.: *El puente del Molino*. Servicio de Extensión Cultural y Divulgación de la Diputación Provincial de Madrid.
- OSUNA, M.: *Nuevas piezas del tesoro de Salvacañete en el Museo de Cuenca*. «R.A.B. y M.», 1976, 389.
– *Memoria de los trabajos arqueológicos efectuados de 1974 a 1976*. Cuenca, 1978.
– *Ciudades romanas del C.J. Carthaginense en la provincia de Cuenca*. «Mastia», Cartagena, 1975.
– *Poblamiento primitivo de la provincia de Cuenca (Paleolítico a Romanización)*. «Cuenca», 1975, n.º 8.
– *El dolmen de Portillo de las Torres (Aguilar de Anguita, Guadalajara)*. «Notic. Arq. Hispánico», 1976.

OSUNA RUIZ, M., y SUAY MARTÍNEZ, F.: *Valeria romana. Nota acerca de sus restos monumentales*. I Simposio Internacional de Arqueología clásica. Segovia, 1974.
– *Yacimientos romanos de la provincia de Cuenca*. «Cuenca», 1975, n.º 6.

PAZ, M. DE: *La necrópolis céltica de El Atance*. «Wad-al-Hayara», 1980.

PRIEGO, M. C., y QUERO, S.: *El brazalete de oro de la Torrecilla (Getafe)*. «Villa de Madrid», 1978, n.º 59.

QUERO, S., y PRIEGO, M. C.: *Campaniformes de la Meseta en el Instituto Arqueológico Municipal de Madrid*. «R.A.B. y M.», 1978, 83.

REQUEJO, J.: *La necrópolis celtibérica de Carabias (Guadalajara)*. «Wad-al-Hayara», 1978.

REVUELTA, M.: *Los hallazgos de Pantoja en el Museo de Santa Cruz*. «Toletum», 1980, 9.

ROVIRA, S., y FRAILE, J. L.: *Noticias acerca de un poblado celtibérico en Humanes, Guadalajara*. «Bol. Asoc. Amigos de la Arqueología», 1976, n.º 6.

RUIZ DE LA PUERTA, F.: *La cueva de Herciles y el Palacio encantado de Toledo*. Madrid, 1977.

SAN ROMÁN FERNÁNDEZ, F.: *El segundo mosaico romano de la Vega Baja de Toledo*. «An. Cuerpo Arch. Bibl. y Arq.», 1934.

SANTONJA, M., y QUEROL, A.: *Problemática del estudio de los yacimientos paleolíticos de la Meseta española en relación con sus características estratigráficas*. «Bol. Asoc. Esp. Amigos de la Arq.», 1978, n.º 10.

SCHULE, W.: *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*. «Deut. Arch. Inst. Abteilung». Madrid-Berlín, 1969.

SUAY, F.: *El sueño de la vieja ciudad hispano-romana. La gran Valeria*. «Olcades», 1981, n.º 1.
– *Los hallazgos arqueológicos de Valeria (1952-1957)*. V Congreso Nacional de Arqueología. Zaragoza, 1957, 244.
– *Ercávica*. «Cuenca», n.º 10.

TARACENA, B.: *Arte romano*. Ars Hispaniae, vol. II. Madrid, 1947.

TARRADELL, M.: *Arte romano en España*. Barcelona, 1966.

VARIOS: *Valeria romana*. Cuenca. Caja Provincial de Ahorros, 1978.

VÁZQUEZ DE PARGA, L.: *Informe sobre hallazgos arqueológicos en Alcalá de Henares*. «Noticiario Arq. Hispánico», 1965, 217.
– *Informe provisional sobre las excavaciones arqueológicas en Azuqueca (Guadalajara)*. «Noticiario Arq. Hispánico», 1965, 224.

VILORIA, J.: *Yacimientos romanos de Madrid y sus alrededores*. «A.E.Arq.», 1955, 135.

ALTA EDAD MEDIA

ABASCAL PALAZÓN, J. M.: *Algunos relieves arquitectónicos visigodos de Guadalajara*. «Wad-al-Hayara», 1978, 255.

Actas de la I reunión nacional de Arqueología paleocristiana. Vitoria, 1967.

AGUADO VILLALBA, J.: *Relieves visigodos en la iglesia de El Salvador*. «Toletum», 1977, 101.

ALMAGRO BASCH, M.: *La necrópolis hispano-visigoda de Segóbriga*. Saelices. Madrid, 1975.

ASENSIO, A. M.: *La arquitectura románica en el partido judicial de Cogolludo*. «Wad-al-Hayara», 1976, 49.
– *La arquitectura románica en el partido de Atienza*. «Wad-al-Hayara», 1978, 89.

BANGO, I.: *Atrio y pórtico en el románico español. Concepto y finalidad litúrgica*. «Bol. S.A. y Arq. Valladolid», 1975, 175.

BOVINI, G.: *I sarcofagi paleocristiani della Spagna*. Citta del Vaticano, 1954.

CABALLERO, L.: *La «forma de herradura» hasta el siglo VIII, y los arcos de herradura de la iglesia visigótica de Santa María de Melque*. «Arch. Esp. Arq.», 1977-1978, 323.
– *La iglesia y el monasterio visigodo de Santa María de Melque*. Ministerio de Cultura. Madrid, 1980.

CAMÓN AZNAR, J.: *Arquitectura prerrománica española*. «Goya», n.º 52.
– *Pinturas murales de San Román de Toledo*. «A.E. Arte», 1942, 50.

Congreso Internacional de Estudios Mozárabes. Toledo, 1975.

COOK, W. W. S., y GUDIOL, J.: *Pintura e imaginería románicas*. Ars Hispaniae, VI, 1950.

CRISTÓBAL, R.: *Nuevo ajuar funerario de la necrópolis visigoda de Trillo*. «Wad-al-Hayara», 1980, 425.

DÍAZ Y DÍAZ, M. C.: *De Isidoro al siglo XI. Ocho estudios sobre la vida literaria peninsular*. Barcelona, 1976.

ESPINOSA, A.: *Santa María de Melque*. Madrid, 1979.

FERNÁNDEZ ARENAS, J.: *La arquitectura mozárabe*. Barcelona, 1972.

FERNÁNDEZ GALIANO, D.: *Excavaciones en la necrópolis hispano-visigoda del Camino de los Afligidos (Alcalá de Henares)*. «N.A.H. Arqueológico», 4 (1976), 5.

FONTAINE, J.: *L'art pre-roman hispanique*. Zodiaque. 2 vols. 1973-1977.

GÓMEZ-MORENO, M.: *Iglesias mozárabes*. Madrid, 1919 (reimp. Granada, 1975).
– *Primicias del arte cristiano español*. «A.E.A.», 1966, 101.

- GRABAR, A.: *Elements sassanides et islamiques dans les enlumineurs des manuscrits espagnols du Haut Moyen Age*. «Arte del primo milenio», Turfn, 1950, 312, y «L'art de la fin de l'Antiquité et du Moyen Age», París, 1968, 663.
- HAUSCHILD, TH: *Untersuchungen in der Märtyrerkirche von Marialba (Prov. León) und im Mausoleum von Las Vegas de Puebla Nueva (Prov. Toledo)*. «Actas del VIII Congreso Internacional de Arqueología Cristiana». Barcelona, 1972, p. 327.
- HERRERA CASADO, A.: *La iglesia parroquial de Jodra del Pinar*. «Wad-al-Hayara», 1980, 283.
– *El calendario románico de Beleña de Sorbe (Guadalajara)*. «Traza y Baza», 1974, 31.
- LAYNA SERRANO, F.: *La arquitectura románica en la provincia de Guadalajara*. Madrid, 1971.
- LÓPEZ DE LOS MOZOS, J. R.: *Mitología en la iglesia románica de Pinilla de Jadraque*. «Wad-al-Hayara», 1975, 39.
– *Beleña. Una representación del mes de abril*. «Wad-al-Hayara», 1977, 239.
- LOZINSKY, J.: *The treasure of Guarrazar*. «Actas del XXIII Congreso Int. de Historia del Arte», 1973. Granada, 1976, I, 379.
- MENÉNDEZ PIDAL, G.: *Asturianos y mozárabes en la cultura de la Alta Edad Media*. «Bol. R. Acad. Historia», 1954, 137.
– *Sobre miniatura española en la Alta Edad Media. Corrientes culturales que revela*. Discurso. Madrid, 1958.
- MENÉNDEZ PIDAL, R.: *Historia de España*, III. Ed. Espasa Calpe, Madrid.
- MENTRÉ, M.: *Contribución al estudio de la miniatura en León y Castilla en la Alta Edad Media*. León, 1976.
- MONEDERO, M. A.: *Seis siglos de una preciosa miniatura. El Díptico bizantino*. «Olcades», 1981, 67.
- NIETO ALCAIDE, V. M.: *El arca románica de las reliquias de San Eugenio*. «A.E.A.», 1966, 167.
- PALOL, P. DE: *Arqueología cristiana de la España romana*. Madrid-Valladolid, 1967.
– *Arqueología cristiana*. Madrid, 1968.
– *Arte hispánico de la época visigoda*. Barcelona, 1968.
- PALOMEQUE, A.: *Memoria de la campaña de excavaciones... en la villa romana de las Tamujas (Malpica de Tajo, Toledo)*. «Notic. Arq. Hispánico», 1965, 197.
- PUERTAS, R.: *Notas sobre la iglesia de Cabeza del Griego (Cuenca)*. «Bol. S.A. Arq. Valladolid», 1967, 49.
– *Iglesias hispánicas (siglos IV al VIII)*. Testimonios literarios. Madrid, 1975.
- PUIG I CADAFALCH, J.: *L'art visigothique et ses survivances*. París, 1961.
- REVUELTA, M.: *Museo de los Concilios de Toledo y de la cultura visigoda*. Madrid, 1979.
- RIVERA RECIO, F. J.: *Los textos hagiográficos más antiguos sobre San Eugenio de Toledo*. Toledo, 1963.
– *Los arzobispos de Toledo desde sus orígenes hasta fines del siglo XI*. Toledo, 1973.
– *Los Concilios de Toledo del siglo VII y la antigua liturgia hispana*. Toledo, 1972.
- SCHLUNK, H.: *La iglesia de S. Gíao, cerca de Nazaré*. «Actas del II Congreso Nacional de Arqueología». Coimbra, 1971.
– *Beitrag zur Kunstgeschichlichen Stellung Toledos im 7 Jahrhundert*. Heidelberg, 1970.
– *La pilastra de San Salvador de Toledo*. «An. Toledanos», 1971, III, 235.
– *Nuevas interpretaciones de sarcófagos paleocristianos españoles*. «Bol. Inst. Sancho el Sabio», 1966, 101.
- SCHLUNK, H., y HAUSCHILD, TH.: *Hispania Antiqua. Die Denkmaler des frühchristlichen und westgotischen zeit*. Maguncia, 1979.
- SOTOMAYOR, M.: *Sarcófagos romano-cristianos de España. Estudio iconográfico*. Granada, 1975.
– *Testimonios paleocristianos en Toledo y sus alrededores. Los sarcófagos*. «An. Toledanos», 1971, III, 255.
– *Frühchristliche Sarkophage und Sarkophagfragmenten aus der Stadt und Provinz Toledo*. «Madrider Mitt.», 1968, 311.
– *Datos históricos sobre los sarcófagos romano-cristianos de España*. Universidad de Granada, 1973.
- WERCKMEISTER, O. K.: *Die bilder der drei Propheten in der Biblia Hispanlense*. «Madrider Mitt.», 1963, 141.
- WETTSTEIN, J.: *Le fresque roman. Italie, France, Espagne*. París, 1971.
- ZAMORANO, I.: *Caracteres del arte visigodo en Toledo*. «An. Toledanos», 1974, 3.

ISLÁMICO

- AGUADO VILLALBA, J.: *Informe sobre la muralla inmediata a la puerta llamada de Alfonso VI*. «Toletum», 1979, 81.
- ALMAGRO GORBEA, A.: *Las torres beréberes de la Marca Media. Aportaciones a su estudio*. «Cuad. de la Alhambra», 1976, 279.
– *Restos musulmanes en las murallas de Cuenca*. «Cuad. de la Alhambra», 1979-1981, 233.
– *El castillo de Cuenca y sus restos musulmanes*. «Cuenca», 1980, n.º 17.
- BENITO RUANO, E.: *Obras en una casa toledana en el siglo XV*. «Toletum», 1972, 151.
- BRISCH, K.: *Sobre un grupo de capiteles y basas islámicas del siglo XI de Toledo*. «Cuad. de la Alhambra», 1979-1981, 155.
- FERRANDIS, J.: *Marfiles árabes de Occidente*. Madrid, 1935-1940.

- GÓMEZ IGLESIAS, A.: *Madrid, villa medieval*. «R.A.B. y M. de Madrid», XV, 439.
 – *Las Puertas Vieja y Nueva de Guadalajara y otros datos sobre la muralla madrileña*. «R.A.B. y M. Madrid», XX, 231.
- GÓMEZ-MORENO, M.: *Arte árabe español hasta los almohades*. Ars Hispaniae, III.
- GONZÁLEZ BARBERÁN, V.: *Los baños árabes medievales a propósito de los baños de la Judería de Baza*. Baza, 1975.
- JIMÉNEZ DE GREGORIO, F.: *La ciudad de Vascos*. «A.E. Arq.», 1949 y 1975; «B.R.A. B.A. de Toledo», 1950; «Toletum», 1948-1949.
 – *Fortalezas musulmanas en la línea del Tajo*. «Al-Andalus», XIX.
- MARÇAIS, G.: *L'architecture musulmane d'Occident*. París, 1954.
- MAYER, A. L.: *Islamic architects and their works*. Ginebra, 1956.
- MIRANDA CALVO, J.: *La reconquista de Toledo por Alfonso VI*. Toledo, 1980.
- MONTERO, M.: *Noticias sobre la misteriosa desaparición de la muralla madrileña durante el siglo XVII*. «A.I. Est. Madrileños», 1981, XVIII, 119.
- OCAÑA, M.: *La inscripción fundacional de la mezquita de Bib-al-Mardum en Toledo*. «Al-Andalus», 1949, 175.
- OLIVER ASÍN, J.: *El ambiente cultural y militar del Madrid musulmán*. «R.A.B. y M.», Madrid, XX, 259.
- PAVÓN, B.: *Las columnas califales de la Colegiata de Torrijos (Contribución al Corpus del capitel hispano-musulmán)*. «Al-And.», 1966, 363.
 – *Estudio arqueológico de nuevos capiteles califales y dos lápidas granadinas descubiertas en Torrijos*. «Al-And.», 1968, 435.
 – *Arte toledano islámico y mudéjar*. Madrid, 1973.
 – *Las fortalezas islámicas de Ribas del Jarama y Cervera (Madrid)*. «An. Inst. Est. Madrileños», 1980, 19.
- PORRES, J.: *La calle de Esteban Illán*. «Toletum», 1972, 63.
 – *Nuevos datos sobre don Esteban Illán*. «Toletum», 1972, 155.
- PRADOS DE LA PLAZA, L.: *La nueva aportación a la muralla árabe de Madrid*. «Villa de Madrid», 1975, n.º 49.
- REVUELTA, M.: *Taller del Moro*. Toledo, 1963.
- RIVERA, M.: *El castillo fortaleza de Uclés. Datos histórico-arqueológicos*. «Cuenca», n.º 17, p. 35.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, C.: *Itinerario de la conquista de España por los musulmanes*. «Cuad. de Historia de España», X, 1948, 1.
- TERRASSE, H.: *Les forteresses de l'Espagne musulmane*. Madrid, 1954.
 – *La fortification omeiyade de Castille*. «Rev. Inst. Est. Islámicos», XIV, 1967-1968, 113.
 – *Buitrago*. «Melanges de la Casa de Velázquez», 1969, V, 189.
- TORMO, E.: *Las murallas y las torres, los portales y el Alcázar del Madrid de la reconquista, creación del califato*. Madrid, 1945.
- TÓRRES BALBÁS, L.: *Arte califal*. Historia de España dirigida por Ramón Menéndez Pidal, V. Madrid, 1973.
 – *Ciudades hispano-musulmanas*. 2 vols. Madrid, s.a.
 – *Talamanca y la ruta olvidada del Jarama*. «B.R. A.H.». Madrid, 1960.
 – *Arte almorávide y almohade*. Madrid, 1955.
 – *El puente de Guadalajara*. «Al-And.», 1940, 449.
- TROLL, C., y BRAUN, C.: *Madrid. El abastecimiento de agua de la ciudad por medio de «qanates» a lo largo de la historia*. «Geographica», 1974, XVI, 235.

MUDÉJAR

- AMADOR DE LOS RÍOS, J.: *El estilo mudéjar en arquitectura*. Ed. de P. Guenoun. París, 1965.
- ASTHOR, E.: *Histoire des juifs dans l'Espagne musulmane*. Jerusalén, 1966.
- AZCÁRATE, J. M.ª: *Castillos toledanos del siglo XV*. «B.S.E.E.», 1948, 242.
- BANGO, I., y otros: *Iglesia de San Martín de Valdilecha (Madrid)*. Madrid, 1981.
- CAGIGÁS, I.: *Los mudéjares*. Madrid, 1948-1949.
- CANTERA BURGOS, F.: *Sinagogas de Toledo, Segovia y Córdoba*. Madrid, 1973.
- CASAL, CONDE DE: *Dos palacios hermanos en el mudéjarismo toledano*. «B.S.E.E.», 1944, 241.
- CEPEDA, J.: *Notas para el estudio de la población en la zona del Tajo: Huerta de Valdecarábanos*. Valladolid, 1955.
- GÓMEZ-MORENO, M.: *Arte mudéjar toledano*. Madrid, 1916.
 – *La ornamentación mudéjar toledana*. «Arquitectura española», I-IV. Madrid 1923-1926.
- GONZÁLEZ-MARTÍ, M.: *Cerámica del Levante español*, II. Barcelona, 1952.
- HERRERA CASADO, A.: *Iglesias mudéjares en Guadalajara*. «Nueva Alcarria», 30-3-1974.
- HEYDECK, J. J.: *Las inscripciones hebreas de la sinagoga toledana de R. Samuel ha-Levi*. Toledo, 1978.
- JORGE ARAGONESES, M.: *Museo Arqueológico de Toledo*. Madrid, 1958.
- LADERO, M. A.: *Los mudéjares en Castilla en tiempos de Isabel I*. Valladolid, 1969.

– *Los mudéjares de Castilla en la Baja Edad Media*. «Historia. Instituciones. Documentos», Universidad de Sevilla, n.º 5.
– *Los mudéjares de Castilla en la Baja Edad Media*. I Simposio Int. de Mudejarismo. Madrid-Teruel, 1981, 349.

LAMBERT, E.: *Art musulman et art chrétien dans la Peninsule iberique*. París, 1958.

LANDA, J., y otros: *Ábsides toledanos*. «An. Toledanos», 1977.

LAVADO, P. J.: *Púlpitos mudéjares de yeso*. «Rev. Inst. Egipcio de Estudios Islámicos», 1979-1980, XX, 145.

LILLO, M.^a M.: *Dos iglesias mudéjares madrileñas*. «A.E.A.», 1958, 17.

MARTÍNEZ CAVIRÓ, B.: *Carpintería mudéjar toledana*. «Cuadernos de la Alhambra», 1976, 225.

– *El arte mudéjar en el convento toledano de Santa Isabel*. «Al-Andalus», 1971, 177.

– *El arte mudéjar en el monasterio de Santa Clara la Real de Toledo*. «A.E.A.», 1973, 369.

– *El arte mudéjar y el salón de la Casa de Mesa*. «Toletum», 1977, p. 337.

– *Sobre las armaduras de madera en el arte mudéjar toledano*. «Actas del XXIII Cong. Internacional de Historia del Arte», 1973, II, p. 139.

– *El llamado palacio del rey don Pedro de Toledo*. I Simposio Internacional de Mudejarismo. Madrid-Teruel, 1981, p. 399.

– *El monasterio de San Clemente de Toledo: algunos aspectos artísticos*. «A.E.A.», 1978, 137.

MONTOYA, R.: *Iglesia mudéjar de Nuestra Señora de la Asunción (Arcicollar)*. «A.E.A.», 1977, 397.

– *Ermита de Santa María la Antigua, Carabanchel Bajo*. «A.E.A.», 1973, 341.

– *Sobre los ábsides mudéjares toledanos y su sistema de trazado*. «Al-Andalus», 1973, 455.

MOXO, S. DE: *La repoblación castellana del Reino de Toledo*. «Studia Humanistica». U.N.E.D., 1976, 43.

NAVASCUÉS, P.: *La ermita de Santa María de la Antigua, en Carabanchel (Madrid)*. «Al-Andalus», 1961, 194.

– *La iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción en Móstoles (Madrid)*. «Al-Andalus», 1961, 388.

OCAÑA, M.: *Inscripción fundacional de la mezquita de Bab-al-Mardum en Toledo*. «Al-Andalus», 1949, 175.

PAVÓN, B.: *Alero mudéjar toledano*. «Al-Andalus», 1969.

– *Arte mozárabe y arte mudéjar en Toledo: paralelismos*. «Cuadernos de la Asociación Española de Orientalistas», 1970.

– *Arte toledano: islámico y mudéjar*. Madrid, 1973.

– *El palacio ocañense de don Gutierre de Cárdenas*. «A.E.A.», 1965, 301.

– *Iglesia mudéjar desconocida en la provincia de Toledo*. «Al-Andalus», 1962, 232.

– *El ábside mudéjar de Camarma de Esteruelas*. «Al-Qantara», 1980, 412.

PORRES, J.: *Los barrios judíos de Toledo*. Simposio Toledo judaico, 1972, I, 43.

– *La desamortización del siglo XIX en Toledo*. Toledo, 1966.

– *Notas históricas sobre la llamada «Casa de Mesa»*. «Toletum», 1977, 275.

– *¿Restos de una mezquita toledana?* «Al-Andalus», 1978, 457.

– *La iglesia mozárabe de Santa María de Alficén*. I Congreso de Estudios Mozárabes. Toledo, 1978.

REVUELTA, M.: *Taller del Moro*. Toledo, 1963.

RIVERA RECIO, J. F.: *Reconquista y pobladores del antiguo Reino de Toledo*. «An. Toledanos», 1967, I, 1.

– *Los arzobispos de Toledo, desde sus orígenes hasta fines del siglo XI*. Toledo, 1973.

ROTH, C.: *Las inscripciones históricas de la sinagoga del Tránsito de Toledo*. «Sefarad», 1948, 3.

TÉLLEZ, G.: *El estilo mudéjar toledano*. «Bol. R.A. de B.A. y C.H. de Toledo», 1946, 65.

TERRASSE, H.: *Formación y fuentes del arte mudéjar toledano*. «A.E.A.», 1970, 386.

– *Les églises mudejares d'Erustes et Mesegar*. «Al-Andalus», 1954, 337.

TORRES BALBÁS, L.: *Arte almohade. Arte nazari. Arte mudéjar*. Ars Hispaniae, IV. Madrid, 1949.

– *Algunos aspectos del mudejarismo urbano medieval*. Madrid, 1954.

– *Ciudades hispanomusulmanas*. Madrid, s.a.

– *Ciudades yermas hispanomusulmanas*. Madrid, 1957.

– *La iglesia mudéjar de Santa Clara de Guadalajara*. «Al-Andalus», 1944, 226.

– *Por el Toledo mudéjar: el Toledo aparente y el oculto*. «Al-Andalus», 1958, 424.

GÓTICO

ABAD PÉREZ, A.: *Relación sobre el incendio de San Juan de los Reyes (1808) y vicisitudes posteriores hasta 1864*. «Toletum», 1969, 169.

– *San Juan de los Reyes en la Historia, la Literatura y el Arte*. «An. Toledanos», XI, 1976.

AGULLO, M.: *El Hospital y convento de la Concepción de Nuestra Señora (La Latina)*. «Villa de Madrid», 1975-1976, n.º 48, 50, 51.

– *El castillo de Oreja y la defensa de la Meseta*. «An. Inst. Est. Madrileños», XVI, 47.

ALFONSO X EL SABIO: *Cantigas de Santa María*. «Monumentos históricos de la Música Española». Ministerio de Educación. Madrid, 1979.

– *El «Códice Rico» de las Cantigas de Santa María*. Ms. TI, 1, de la Biblioteca de El Escorial. Ed. facsímil, Madrid, 1979.

ANDÚJAR, L.: *Colegiata de San Bartolomé de Belmonte*. «A.R.A.», 1976, 121.

- ANÓNIMO: *En Carboneras de Guadazaón, el panteón de los marqueses de Moya, don Andrés de Cabrera y doña Beatriz Bobadilla*. «Cuenca», n.º 10.
- ARENAS, H.: *Las sillerías de coro del maestro Rodrigo Alemán*. «Bol. S.A. Arq. de Valladolid», 1976.
- AZCÁRATE, J. M.^a: *El maestro Hanequin de Bruselas*. «Arch. Esp. Arte», 1948, 173.
 – *Álvar Martínez, maestro de la catedral de Toledo*. «Arch. Esp. Arte», 1950, 1.
 – *La fachada del Infantado y el estilo de Juan Guas*. «Arch. Esp. Arte», 1951, 307.
 – *La arquitectura gótica toledana del siglo XV*. Madrid, 1958.
 – *Sentido y significación de la arquitectura hispano-flamenca en la corte de Isabel la Católica*. «Bol. S.A. y Arq. Valladolid», 1971, 201.
 – *El protogótico hispánico*. Madrid, 1974.
 – *El maestro Sebastián de Toledo y el Doncel de Sigüenza*. «Wad-al-Hayara», 1974, 7.
- CARRETE, J.: *Sebastián de Toledo y el sepulcro de don Álvaro de Luna*. «R.Id. Est.», 1975, 231.
- CONRAD VON KONRADSHHEIM, G.: *El ábside de la catedral de Toledo*. «Arch. Esp. Arte», 1975, 165.
- CORCHADO, M.: *Traslado del Sacro Convento de Calatrava*. «Cuad. Est. Manchegos», 1974, n.º 5.
- DURÁN, A., y AINAUD, J.: *Escultura gótica*. Ars Hispaniae, VIII, 1956.
- ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C.: *Santa María de El Paular*. Madrid, 1974.
- ESPINOSA DE LOS MONTEROS, J., y MARTÍN-ARTAJÓ, L.: *Corpus de castillos medievales de Castilla*. Bilbao, 1974.
- FEDERICO, A. DE: *Documentos del Archivo catedralicio de Sigüenza referentes a D. Martín Vázquez de Arce («El Doncel») y su familia*. «Wad-al-Hayara», 1979, 97.
 – *El Doncel de Sigüenza*. Sigüenza, 1971.
- GONZÁLEZ RUIZ, R.: *La Biblioteca Capitular de Toledo en el siglo XIV*. «Toletum», 1973, 29.
- GRASSOTTI, H.: *Don Rodrigo Ximénez de Rada, gran señor y hombre de negocios en la Castilla del siglo XIII*. «Cuad. de Historia de España», LV-LVI. Buenos Aires, 1972, 1.
- GUDIOL, J.: *Pintura gótica*. Ars Hispaniae, IX. Madrid, 1955.
 – *Juan de Sevilla-Juan de Peralta*. «Goya», 1955, 258.
- GUERRERO LOVILLO, J.: *Miniatura gótica castellana. Siglos XIII y XIV*. Madrid, 1956.
 – *Las Cantigas. Estudio arqueológico de sus miniaturas*. Madrid, 1949.
- HERRERA CASADO, A.: *El palacio del Infantado en Guadalajara*. Guadalajara, 1975.
- HUFFER, H.: *Los hallazgos en la catedral de Toledo y la corona real castellana*. «Clavileño», 1951, 1.
- Informe sobre la escultura de la Virgen del Sagrario de Toledo*, por la Comisión especial designada al efecto. «Toletum», 1979, 79.
- LAMBERT, E.: *El arte gótico en España en los siglos XII y XIII*. Madrid, 1977.
- LÓPEZ TORRIJOS, R.: *Datos para una escuela de escultura gótica en Guadalajara*. «Wad-al-Hayara», 1978, n.º 5.
- LUZ LAMARCA, R.: *Los remates de las torres de la catedral*. «Cuenca», n.º 14-15.
 – *La catedral de Cuenca. Siglo XIII. Cuna del gótico castellano*. Cuenca, 1978.
- MARIAS, F.: *Una carta de censo y tributo otorgada por Juan Guas*. «Bol. S.A. y Arq. de Valladolid», 1975, 646.
- MARTÍNEZ GÓMEZ-GORDO, J. A.: *El Doncel de Sigüenza. Historia, leyendas y simbolismo*. Sigüenza, 1974.
 – *El castillo de Sigüenza y su restauración*. Sigüenza, 1978.
- MATEO, I.: *Temas profanos en la escultura gótica española. Las sillerías de coro*. Madrid, 1979.
 – *Temas iconográficos interpretados por el maestro Rodrigo Alemán en la sillería de la catedral de Toledo*. «Goya», n.º 105.
- MONEDERO, A.: *El coro de la Colegiata de Belmonte*. «Cuenca», n.º 9.
- MORENA, A. DE LA: *Nueva obra documentada de Antón y Enrique Egas: la iglesia magistral de Alcalá de Henares*. «An. Inst. Estudios Madrileños», 1979, XVI.
- MORENO ATANCE, A.: *El protogótico en Brihuega*. «Wad-al-Hayara», 1982, 219.
- MUÑOZ RUANO, J.: *El castillo de Montalbán (Toledo)*. «Castillos de España», 1981.
- NICOLAU, J.: *La Colegiata de Talavera de la Reina*. «An. Toledanos», 1971, 83.
- NORDSTRÖM, C. O.: *The duke of Alba's Castilian Bible*. Upsala, 1967.
- PALENCIA, C.: *Museo de la Santa Hermandad de Toledo*. Madrid, 1954.
- PÉREZ ARRIBAS, A.: *El monasterio de Monsalud en Córcoles*. Guadalajara, 1978.
- PÉREZ HIGUERA, M. T.: *Ferrand González y los sepulcros del taller toledano (1385-1410)*. «Bol.S.A. y Arq. Valladolid», 1978, 129.
- PIQUERO, M. DE LOS A.: *Relación del retablo del arzobispo D. Sancho de Rojas con la capilla de San Blas de la catedral de Toledo y sus influencias italianas*. «Actas del XXIII C. Int. Hist. del Arte». Granada 1976, I, 441.

PROSKE, B. G.: *Castilian sculpture. Gothic to Renaissance*. Nueva York, 1951.

RELANZÓN, J. M.: *La corona y la espada de Sancho IV de Castilla*. «Toletum», 1959, 24.

SÁNCHEZ PALENCIA, A.: *La capilla del arzobispo Tenorio*. «Arch. Esp. Arte», 1975, 27.

TORIJA: *El monasterio de Bonaval de la provincia de Guadalajara*. «Arch. Esp. Arte», n.º 82.

TORRES BALBÁS, L.: *Arquitectura gótica*. Ars Hispanise, VII. Madrid, 1952.

TORROJA, C.: *Pintores florentinos en Toledo*. «Historia y Vida», n.º 79, 94.

RENACIMIENTO

Arquitectura

ABAD, P. A.: *San Juan de la Penitencia, obra social del cardenal Cisneros en Toledo*. «An. Toledanos», II, 1968, 1.

ANDRADA, R.: *El palacio de El Pardo como obra de arquitectura*. «Reales Sitios», 1976, n.º 49.
– *El palacio del Viso del Marqués*. Madrid, 1971.

AZCÁRATE, J. M.ª: *Sobre el arco de Jamete en la catedral de Cuenca*. «Arch. Esp. Arte», 1945, 178.

– *Vandaelvira y Rodi en la catedral de Cuenca*. «Arch. Esp. Arte», 1945, 181.

– *El convento de Uclés y Francisco de Luna, maestro de cantería*. «Arch. Esp. Arte», 1956, 173.

– *Iglesias toledanas de tres naves cubiertas con bóvedas de crucería*. «Arch. Esp. Arte», 1958, 213.

– *Datos sobre las construcciones en el priorato de Uclés durante la primera mitad del siglo XVI*. «Bol. S. Arte y Arq. Vall.», 1959, 89.

– *Alonso de Covarrubias en el Hospital de Santa Cruz de Toledo*. «Arch. Esp. Arte», 1959, 79.

– *Castilla en el tránsito al Renacimiento (España en las crisis del arte europeo)*. Madrid, 1968.

– *El cardenal Mendoza y la introducción del Renacimiento*. «Santa Cruz». Valladolid, 1962.

BAYON, D.: *L'architecture en Castille au XVI siècle. Comande et realisations*. París, 1967.

BERMEJO, E., y COLA, Z.: *Portadas toledanas con frontispico de vuelta redonda*. «Arch. Esp. Arte», 1945, 226.

BUSTAMANTE, A.: *En torno a Juan de Herrera y la arquitectura*. «Bol. Sem. Arte y Arq. Valladolid», 1976, 227.

CALANDRE, L.: *El Palacio del Pardo*. Madrid, 1953.

CAMÓN AZNAR, J.: *La arquitectura y la orfebrería españolas del siglo XVI*. Summa Artis, XVII. Madrid, 1964.

– *La arquitectura plateresca*. Madrid, 1945.

CARO BAROJA, J.: *Disertación sobre los molinos de viento*. «Re. Dial. y Tradiciones Populares», 1962, 289.

CASTILLO OREJA, M. A.: *Colegio Mayor de San Ildefonso de Alcalá de Henares*. Alcalá de Henares, 1980.

CERVERA VERA, L.: *La «cachicanía» del monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*. «Arch. Esp. Arte», 1949, 215.

– *Las estampas y el sumario de El Escorial, por Juan de Herrera*. Madrid, 1954.

– *Testamento, codicilo y muerte de Gaspar de Vega*. «Bol. Sem. Arte y Arq. Vall.», 1971, 241.

– *El testamento de Luis de Vega y los de sus dos mujeres*. «Bol. Sem. Arte y Arq. Valladolid», 1978, 143.

– *Enrique Egas y la portada principal del Alcázar de Toledo*. Madrid, 1973.

– *Inventario de bienes de Juan de Herrera*. Valencia, 1977.

– *Carlos V mejora el Alcázar de Madrid*. «R. Bibl. Arch. M. Ayuntamiento de Madrid», 1979, 59.

– *Gaspar de Vega. Entrada al servicio real, viajes por Inglaterra, Flandes, Francia y regreso a España*. «Bol. Sem. Arte y Arq. Valladolid», 1979, 317, y 1980, 241.

– *Oficios burocráticos en las obras reales madrileñas (1540-1563)*. «An. Inst. Est. Mad.», 1981, 99.

– *Documentos biográficos de Juan de Herrera (1572-1581)*. Colección de Documentos para la Historia del Arte en España, I. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y Museo e Instituto de Humanidades «Camón Aznar». Zaragoza-Madrid, 1981.

COPPEL, R., y ALMAGRO, A.: *La Fuente Grande de Ocaña: una posible obra de Juan de Herrera*. «Rev. Arch. Bibl. y Museos», 1977, 335.

CORELLA, M. P.: *Alonso de Covarrubias en la iglesia de Santa María Magdalena de Getafe*. «An. Inst. Est. Madrileños», 1974, 199.

CRUZ VALDOVINOS, J. M.: *Miguel de Urrea, entallador de Alcalá y traductor de Vitrubio*. «An. Inst. Est. Madrileños», 1980, 67.

CHUECA, F.: *Arquitectura del siglo XVI*. Ars Hispaniae, XI. Madrid, 1953.

– *Casas reales en monasterios y conventos españoles*. Madrid, 1966.

DÍEZ DEL CORRAL, R.: *Lorenzo Vázquez y la casa del cardenal don Pedro González de Mendoza*. «Goya», 1980, n.º 155, 280.

GINER, S.: *Juan Bautista de Toledo y Miguel Ángel*. «Goya», 1975, n.º 126, 351.

HERRERA CASADO, A.: *La capilla de Luis de Lucena en Guadalajara*. I Simposio Int. de Mudejarismo. Madrid-Teruel, 1981, 443.

– *Martín de Vandoma, arquitecto y escultor*. «Wad-al-Hayara», 1979, 241.

– *El arte del humanismo mendocino en la Guadalajara del siglo XVI*. «Wad-al-Hayara», 1981.

- INIGUEZ, F.: *Casas reales y jardines de Felipe II*. Madrid, 1952.
 – *Juan de Herrera y las reformas en el Madrid de Felipe II*. «Rev. Arch. Bibl. y Museos», XIC, 3.
 – *Las trazas del monasterio del Escorial*. Madrid, 1965.
- JIMÉNEZ DE GREGORIO, F.: *Iglesias y parroquias de La Jara*. «Toletum», 1959, 33.
- LAVADO, P. J.: *La iglesia parroquial de la Asunción en Moratilla de los Meleros (Guadalajara)*. «Wad-al-Hayara», 1978, 115.
- LÓPEZ DE LOS MOZOS, J. R.: *Datos curiosos para la historia de Lupiana*. «Wad-al-Hayara», 1974, 49.
- LÓPEZ SERRANO, M.: *El Palacio-Museo de El Pardo*. «Reales Sitios», 1976, n.º 49.
- MARCO DORTA, E.: *Claudio de Arciniega, arquitecto de la catedral de México*. «Actas del XXIII C. Int. de Historia del Arte». Granada, 1973, II, 351.
- MARCHAMALO, A.: *Testimonio en piedra*. Alcalá, 1977.
- MARIAS, F.: *Los artistas del Colegio de Infantes de Toledo*. «Arch. Esp. Arte», 1976, 92.
 – *Vergara y Monegro en San Clemente el Real de Toledo*. «An. Toledanos», 1976.
 – *El cigarral toledano del cardenal Quiroga*. «Goya», 1980, 216.
 – *Juan de Herrera y la obra urbana de Zocodover en Toledo*. «Bol. Sem. Arte y Arq. de Valladolid», 1977, 173.
 – *De nuevo, el colegio madrileño de doña María de Aragón*. «Bol. Sem. Arte y Arq. de Valladolid», 1979, 449.
- MARTÍN GONZÁLEZ, J. J.: *El Alcázar de Madrid en el siglo XVI*. «Arch. Esp. Arte», 1962, 12.
 – *Nuevos datos sobre la construcción del Alcázar de Toledo*. «Rev. Arch. Bibl. y Museos», 1960, 271.
 – *El Palacio de Aranjuez en el siglo XVI*. «Arch. Esp. Arte», 1952.
 – *El Palacio de El Pardo en el siglo XVI*. «Bol. S. Arte y Arq. Valladolid», 1970.
- MATEOS y SOTOS: *Templo parroquial de San Juan de Albacete (Noticias relativas a su construcción)*. «Anales del Seminario de Hist. y Arq. de Albacete», 1951, 49.
- MORÁN, J. M.: *El palacio como laberinto y las transformaciones de Felipe V en el Alcázar de Madrid*. «An. Inst. Est. Madril.», 1981, 251.
- MORENA, A. DE LA: *Iglesias columnarias con bóvedas de crucería en la provincia de Madrid*. «An. Inst. Est. Madril.», 1972, 105.
- NAVASCUÉS, P.: *Rodrigo Gil y los entalladores de la fachada de la Universidad de Alcalá*. «Arch. Esp. Arte», 1972, 103.
- PÉREZ ARRIBAS, J. L.: *El gótico decadente arquitectónico en la comarca de Cogolludo*. «Wad-al-Hayara», 1979, 55.
 – *El patio y la escalera de honor en el palacio de Cogolludo*. «Wad-al-Hayara», 1980, 291.
- PÉREZ RAMÍREZ, D.: *Los señores del Villarejo de la Peñuela y su palacio renacentista*. «Cuenca», n.º 13, 5.
- PORTABALES, A.: *Los verdaderos artífices de... El Escorial*. Madrid, 1945.
- RICARD, R.: *La Plaza Mayor en España y en América hispánica*. «Est. Geográficos», 1950, 321.
- RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ DE CEBALLOS, A.: *Bartolomé de Bustamante y los orígenes de la arquitectura jesuítica en España*. Roma, 1967.
 – *Juan de Herrera y los jesuitas*. «Arch. Hist. S. I.», 1966, 285.
- ROKISKI, M. L.: *Fuente del Hospital de Santiago en Cuenca*. «Arch. Esp. Arte», 1979, 451.
 – *La cabecera de la iglesia de Priego (Cuenca)*. *Dibujos y tasación*. «Cuenca», 1980, p. 27.
 – *La capilla del Chantre o de los Apóstoles en la catedral de Cuenca*. «Arch. Esp. Arte», 1976, 161.
- ROMÁN, C.: *El monasterio de San Juan de la Penitencia, de Alcalá de Henares, fundación del cardenal Cisneros*. «An. Inst. Est. Madril.», 1981, 41.
- SÁNCHEZ PALENCIA, A.: *La iglesia de Santo Domingo de Pozuelo del Rey*. «An. Inst. Est. Madrileños», 1979, 117.
- SIERRA CORELLA, A.: *El convento de monjas de San Juan de la Penitencia de Toledo*. «Arte Español», 1935, 249.
- SIGÜENZA, FRAY J. DE: *Historia de la Orden de San Jerónimo*. «N.B.A.E.», II, p. 401.
- Simposio «Toledo Renacentista» (Toledo, 24-26 abril 1975). 3 vols.
- TÉLLEZ: *Notas sobre el hospital de Santa Cruz de Toledo*. «Arte Español», 1952, 46.
- WEISE, G.: *Studien zur spanischen Architektur der Spätgotik*. Reutlingen, 1933.
- ZUAZO, S.: *Los orígenes arquitectónicos del Escorial*. Madrid, 1948.

Escultura

- AZCÁRATE, J. M.ª: *Escultura del siglo XVI*. *Ars Hispaniae*, XIII. Madrid, 1958.
 – *Alonso Berruguete y el Renacimiento castellano*. «Inst. Tello Téllez de Meneses». Palencia, 1962, 5.
 – *Alonso Berruguete. Cuatro ensayos*. Valladolid, 1963.
 – *Los enterramientos reales en El Escorial*. «Goya», 1963.
 – *La influencia miguelangelesca en la escultura española*. «Goya», 1966, 104.
- BUSTAMANTE, A.: *Datos de escultores de los siglos XVI y XVII*. «Bol. S.E.A. y Arq. Valladolid», 1976, 307.
- CAMÓN, J.: *La escultura y la rejería españolas del siglo XVI*. *Summa Artis*, XVIII. Madrid, 1961.

ESTELLA, M.: *Noticias sobre obras de escultura y otras del siglo XVI. El convento de Santo Domingo el Real de Madrid*. «Villa de Madrid», 1978, 59.
– *Los sepulcros del tesorero Alonso Gutiérrez y de su esposa María de Pisa, actualmente en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid*. Coloquio Internacional de Historia del Arte. Méjico, 1980.

GÓMEZ-MORENO, M. E.: *Bartolomé Ordóñez*. Madrid, 1956.

GONZÁLEZ NAVARRO, R.: *Universidad de Alcalá: esculturas de la fachada*. Instituto Nacional de Administración Pública. Madrid, 1980.

GONZÁLEZ RUIZ, R.: *El escultor Pedro Martínez de Castañeda*. «Toletum», 1979, 9.

HERNÁNDEZ PERERA, J.: *Escultores florentinos en España*. Madrid, 1957.

MARÍAS, F.: *Juan Bautista de Monegro, su biblioteca y «De divina proportione»*. «Academia», 1981, n.º 53, 89.
– *Notas sobre Felipe Vigarny, Toledo y la Espeja*. «Bol. S.A.A. Valladolid», 1981, 425.

MARTÍN GONZÁLEZ, J. J.: *Previsiones sobre Gaspar Becerra*. «Arch. Esp. Arte», 1969, 327.

MARTÍN ORTEGA, A.: *Datos sobre Francisco Hernández y Francisco Giralte en Madrid*. «Bol. S. A. y Arq. Valladolid», 1957, 65.

PÉREZ RAMÍREZ, D.: *Escuela conquense de escultura renacentista: Pedro de Villadiego y el retablo mayor de Tarancón*. Tarancón, 1978.

ROKISKI, M. L.: *Un dibujo de Diego de Tiedra*. «Arch. Esp. Arte», 1968, 278.

– *Obras de Diego de Tiedra*. «Arch. Esp. Arte», 1974, 39.
– *La obra de Diego de Tiedra en la iglesia de Montalbano (Cuenca)*. «Arch. Esp. Arte», 1978, 93.
– *Proceso del tribunal de la inquisición de Cuenca contra el entallador Rodrigo Enrique*. «Arch. Esp. Arte», 1979, 358.

SÁNCHEZ DONCEL, F.: *Don Fernando Vázquez de Arce, prior de Osma y obispo de Canarias*. «Wad-al-Hayara», 1979, n.º 6, 119.

SÁNCHEZ TRUJILLANO, M. F.: *Nuevas atribuciones a Francisco Giralte*. «Rev. Arch. Bibl. y Museos», 1978, 435.

Pintura

AGULLÓ, M.: *Noticias sobre pintores madrileños de los siglos XVI y XVII*. Granada, 1978.

ANGULO, D.: *Pintura del siglo XVI*. Ars Hispaniae, XII. Madrid, 1956.

ÁVILA, A.: *El pintor Juan Soreda. Estudio de su obra*. «Goya», 1979, n.º 153.
– *Juan Soreda y no Juan Pereda. Nuevas noticias documentales e iconográficas*. «Arch. Esp. Arte», 1979, 405.

BUSTAMANTE, A.: *El Colegio de doña María de Aragón en Madrid*. «Bol. S.A.A. Valladolid», 1972.

CAAMAÑO, J.: *Sobre la influencia de Juan de Borgoña*. «Bol. Sem. Arte y Arq. Valladolid», 1964, 292.

CAMÓN AZNAR, J.: *Dominico Greco*. Madrid, 1970.
– *La pintura española del siglo XVI*. Summa Artis, XXIV. Madrid, 1970.

COSSÍO, M. B.: *El Greco*. Espasa Calpe, S.A. Madrid, 1981.

CRUZ VALDOVINOS, J. M.: *Retablos inéditos de Juan de Borgoña*. «Arch. Esp. Arte», 1980, 27.

CHUECA, F.: *Capricho y fantasía en El Escorial*. «Goya», 1980, n.º 156, 328.

EDER, R.: *En torno a la influencia de los escritos de Santa Teresa de Jesús en las formas manieristas de El Greco*. «A. I. I. Est.», 1976, 159.

FRATI, T., y SALAS, X. DE: *La obra pictórica completa de El Greco*. Ed. Noguer. Barcelona, 1970.

GÓMEZ-MENOR, J.: *Algunos documentos inéditos de Juan de Borgoña y de otros artífices toledanos de su tiempo*. «Anal. Toledanos», 1968, 163.
– *Juan Correa de Vivar, un pintor toledano del Renacimiento*. Toledo, 1967.

GÓMEZ-MORENO, M. E.: *Catálogo de las pinturas del Museo y Casa del Greco en Toledo*. Madrid, 1968.

GONZÁLEZ NÚÑEZ, M. C.: *El antiguo retablo de la Colegial de Talavera. Posible obra de Juan de Borgoña*. «Arch. Esp. Arte», 1974, 53.

HERRERA CASADO, A.: *La capilla de Luis de Lucena en Guadalajara (Revisión y estudio iconográfico)*. «Wad-al-Hayara», 1975, 5.
– *Juan de Pereda, pintor renaciente*. «Glosario alcarreño». Guadalajara, 1976, 73.

LASSALLE, Ch.: *Felipe de Liaño: el pequeño Tiziano*. «Bol. Mus. e Inst. Camón Aznar», II-III, 1980, 51.

LÓPEZ DE LOS MOZOS, J. R.: *A propósito de un salmo davidico en la capilla de Luis de Lucena (Guadalajara): su simbolismo*. «Arch. Esp. Arte», 1980, 194.

MARÍAS, F.: *Datos sobre la vida y la obra de Juan de Borgoña*. «Arch. Esp. Arte», 1976, 180.
– *De nuevo el Colegio madrileño de doña María de Aragón*. «Bol. S. A. Arq. Vall.», 1979.
– *Luis de Carvajal en la Concepción Francisca de Toledo*. «Arch. Esp. Arte», 1975.

MARÍAS, F., y BUSTAMANTE, A.: *Las ideas artísticas del Greco (Comentarios a un texto inédito)*. Madrid, 1981.

MATEO, I.: *Nueva aportación documental a la obra de Juan Correa de Vivar: el retablo mayor de Santiago del Arrabal de Toledo y el de la iglesia parroquial de Torrijos (Toledo)*. «Arch. Esp. Arte», 1979, 208.

— *Francisco de Comontes y el retablo mayor de la iglesia parroquial de Mora (Toledo)*. «Arch. Esp. Arte», 1980, 211.

MATEO, I., y DÍAZ PADRÓN, M.: *Juan Correa de Vivar y los retablos del convento de clarisas de Griñón (Madrid)*. «An. Inst. Est. Madrileños», 1981, 91.

PEDRAZA RUIZ, E.: *Almoneda de los bienes de Juan Correa de Vivar*. «An. Toledanos», XI, 1976.

SÁNCHEZ PALENCIA, A.: *Los retablos de la capilla de San Blas de la catedral de Toledo*. «Arch. Esp. Arte», 1974, 407.

WETHEY, H. E.: *El Greco y su escuela*. Madrid, 1967.

YARZA, J.: *Aspectos iconográficos de la pintura de Juan Fernández Navarrete «el Mudo» y sus relaciones con la Contrarreforma*. «Bol. Sem. Arte y Arq. Vall.», 1970, 43.

Artes aplicadas

AINAUD DE LASARTE, J.: *Cerámicas y vidrio*. Ars Hispaniae, X. Madrid, 1952.

ALCOLEA, S.: *Artes decorativas en la España cristiana*. Ars Hispaniae, XX. Madrid, 1975.

CARLOS, A. DE: *Espadas toledanas de la Real Armería. Siglos XVI y XVII*. «Reales Sitios», 1974, 12.

CRUZ VALDOVINOS, J. M.: *Un cáliz de Francisco Becerril en el M. Arqueológico Nacional*. «Arch. Esp. Arte», 1974, 164.

— *Tras el IV Centenario de Francisco Becerril*. «Goya», 1975, n.º 125, 281.

— *La custodia de Juan de Arfe del Museo de Santa Cruz de Toledo*. «Arch. Esp. Arte», 1977, 9.

DOMÍNGUEZ BORDONA, J., y AINAUD DE LASARTE, J.: *Miniatura. Grabado. Encuadernación*. Ars Hispaniae, XVIII. Madrid, 1962.

FEDERICO, A. DE: *Datos y conclusiones sobre la custodia procesional de la catedral de Sigüenza*. «Rev. Arch. Bibl. y Museos», 1972, 187.

FEDUCHI, L. M.: *El mueble español*. Barcelona, 1969.

GARCÍA-DIEGO, J. A.: *Cinco documentos relativos a Juanelo Turriano*. «Toletum», 1977, 245.

GIBBS, J.: *Federico Zúccaro y el artificio de Juanelo en 1568*. «Anales Toledanos», 1973, VIII.

HERRERA CASADO, A.: *La Huerce. Otra cruz parroquial del siglo XVI*. «Wad-al-Hayara», 1978, n.º 5, 283.

LÓPEZ TORRIJOS, R.: *Nuevos azulejos talaveranos del siglo XVI*. «Anales Toledanos», XIII, 1980, 109.

MALAGÓN, J.: *Toledo y el nuevo mundo en el siglo XVI*. «Anales Toledanos», 1968, 89.

MARTÍN, F. A.: *Orfebrería española —siglos XVI y XVII— en el Palacio Real de Madrid*. «Reales Sitios», 1979, n.º 59, 12.

— *Dos nuevas piezas del platero Francisco Becerril*. «Cuenca», n.º 13, 15.

— *El punzón de Cuenca*. «Goya», n.º 151, 1979, 12.

MARTÍNEZ CAVIRÓ, B.: *Cerámica de Talavera*. Madrid, 1969.

OLAGUER-FELIU, F.: *Breve historia de la evolución rejera toledana a través de maestros herreros y cerrajeros prácticamente desconocidos*. «Rev. Universidad Complutense», 1973, 133.

— *En torno a la rejería artística toledana*. «Bol. S. Arte y Arq. Valladolid», 1977, 223.

— *Las rejas de la catedral de Toledo*. Toledo, 1980.

PASCUAL, J.: *Rejeros y rejas de la catedral de Toledo*. «Toletum», 1977, 111.

PORRES, J.: *El final del artificio de Juanelo*. «Toletum», 1980, 171.

RELANZÓN, J.: *La espada toledana*. «Toletum», 1965, 38.

RETI, L.: *El artificio de Juanelo en Toledo: su historia y su técnica*. «Provincia». Exc. Diputación de Toledo, 1967.

TRENS, M.: *Las custodias españolas*. Barcelona, 1952.

VALLE Y DÍAZ, F.: *La artesanía en la historia y el maestro Francisco de Villalpando*. «Toletum», 1977, 213.

INDICE DE NOMBRES E INSTITUCIONES

ÍNDICE DE NOMBRES
E INSTITUCIONES

- Abderrahmán ben Zeiyán, 131
Abderramán II, 125
Abderramán III, 73, 125
Abi Darham, David ben Salomon ben, 155
Abril, Pedro de, 234
Adán, Miguel, 254
Adonza, Cristóbal de, 170, 216, 223
Adonza, Lorenzo de, 216
Adonza, Nicolás, 216
Aeropuerto de Barajas, 59
Agen, Bernardo de, 137, 141
Aguilar, Bartolomé, 219
Aguilar de Anguita, necrópolis de, 110, 114
Aguirre, Pedro de, 234
Ahmed ibn Hadidi, 126
Al-Ayubi, 125
Al-Himyari, 127
Al-Malikim, 155
Al-Maqqari, 124, 125
Al-Mustansir, 155
Albelda, Crónica de, 120
Alberti, 229
Alberto de la Madre de Dios, fray, 234
Albiz, Juan de, 223, 224, 243, 267
Albiz, Pedro de, 223, 224
Albornoz, Gil de, 181, 182
Alcalde de Móstoles, 95, 96
Alcántara, Diego de, 232
Alcántara, de Toledo, puente de, 77, 112, 128, 129, 254
Alcázar de San Juan, torre de, 150
Alcocer, iglesia de, 144, 145
Aldonza, doña, 152
Aleas, Miguel de, 241, 242
Alemán, Juan, 168, 187, 188
Alemán, Mateo, 90
Alemán, Rodrigo, 194, 198, 239
Alfachar, Abraham ibn, 155
Alfonso, Blanca, 149
Alfonso, Pedro, 133
Alfonso I el Batallador, 142
Alfonso II el Casto, 120
Alfonso III, 132
Alfonso VI, 35, 73, 74, 128, 137
Alfonso VII, 35, 133, 149
Alfonso VIII, 43, 54, 73, 126, 137, 153, 155
Alfonso IX, 152
Alfonso X el Sabio, 35, 46, 75, 144-146, 158
Alfonso XI, 54
Alfonso XIII, 98
Alhacam I, 128
Alhambra, La, 165
Almamun, 125, 131
Almonacid, Sebastián de, 198, 221, 240, 241
Alonso, Esteban, 289
Alonso de Burgos, fray, 172, 211
Altamira, palacio de, 165, 176
Alvar Fáñez, 73
Alvarez, Francisco, 289
Alvarez, Marina, 172
Alvarez de Albornoz, García, 182
Alvarez y Baena, 253
Amadeo de Saboya, 98
Amíscar Barca, 68
Amru, muladí, 125
Amrús, gobernador, 73
Andino, Cristóbal de, 283, 284
Andrade, Fernando de, 221
Andrade, Pedro de, 269
Anbal, 68, 110, 111
Antequera, Fernando de, 215
Aprile, Giovanni Antonio di, 243
Arciniega, Claudio de, 235, 248
Archivo Histórico Nacional, 143
Arenas, Hernando de, 284
Arfe, Enrique de, 212
Arfe, Juan de, 258
Aristóteles, 75
Arragel, rabí Mose, 204
Astorga, Juan de, 289
Asunción de Corral de Almaguer, iglesia de la, 222
Averroes, 75
Avicena, 75
Avila, catedral de, 210
Ayala, Juan de, 289
Ayala, Tomás de, 286
Ayuntamiento de Madrid, 84, 85, 89, 90, 210, 289
Ayuntamiento de San Clemente, 234
Ayuntamiento de Toledo, 160, 237
Azarquiel, 126
Azorín, 98
Baeza, Francisco de, 221, 241
Banco de Isabel II, 55
Banco de San Carlos, 92
Baroja, Gregorio, 289
Baroja, Pío, 98
Barrientos, Lope de, 170
Bassano, 273
Becerra, Francisco, 235
Becerra, Gaspar, 256, 269, 270

ÍNDICE DE NOMBRES
E INSTITUCIONES

- Becerril, familia, 289
Becerril, Francisco, 289
Beleña de Sorbe, iglesia de, 138
Belmonte, castillo de, 165, 167, 170, 178
Belmonte, colegiata de, 171, 187, 188, 197, 204, 209, 228, 246, 262, 266, 284
Beltrán, Alonso, 284
Beltrán, Domingo, 259
Beltrán del Castillo, Santiago, 168
Bernáldez, 82
Berruguete, Alonso, 77, 232, 244-249, 253, 254
Berruguete, Pedro, 261, 262, 266, 267, 269
Bib-al-Mardum, mezquita de, 120, 126, 128, 151
Biblioteca Nacional, 93, 133, 143, 198, 199, 256, 289, 290
Bonaval, monasterio de, 140, 198
Bonifacio, Blandino, 219, 241
Bonifacio, Pedro, 211, 289
Borgia, Rodrigo de, 215
Bourges, catedral de, 145
Bravo, Fernando, 283
Bregno, Andrea, 239
Brixia, Giangiacomo de, 243
Buega, Juan de, 233
Buega, Pedro de, 233
Buen Retiro, fábrica del, 26
Buenafuente, monasterio de, 140, 141
Burgos, catedral de, 144, 149

Cabrera, Jerónimo, 270
Calatrava, orden de, 35, 68, 74, 75, 80, 98, 142, 144, 165
Calatrava la Nueva, castillo-convento de, 140, 142, 143, 170, 188
Calatrava la Vieja, castillo de, 129
Calderón de la Barca, 90, 91
Calígula, 113
Calvo Sotelo, empresa nacional, 44
Callejo, Alonso, 260
Cambiaso, Giovanni Paolo, 258
Cambiaso, Horacio, 270
Cambiaso, Lucas, 270
Camino, Pedro, 235
Campisábalos, iglesia de, 138
Canalejas, José, 98
Canderro, Bernardino de, 289
Cantero, Miguel, 286
Capilla, Benito de la, 286
Capilla Real de Granada, 216
Carabias, Juan de, 289

Carrillo, 207
Carlos, príncipe, 86, 89
Carlos II, 88
Carlos III, 55, 92, 93
Carlos V, 67, 76-78, 82, 83, 86, 237, 272
Caro Baroja, Julio, 114
Carrasco, Luis de, 233
Carrillo de Acuña, Alonso, 187
Carvajal, Luis, 273
Casa de las Conchas de Salamanca, 174
Casa de Dávalos, 227
Casa de Mendoza, 208, 215
Castello, Juan Bautista, el Bergamasco, 233, 237, 270
Castil de Bayuela, castillo de, 178
Castillo, Constantino, 247
Castro, Alvaro de, 289
Castro, Gonzalo de, 263, 267
Castro, Pedro de, 267
Castro, plan de, 56
Caxés, Patricio, 229
Cellini, Benvenuto, 256
Cerde y Mendoza, Luis de la, 215
Cerebruno, obispo, 139, 141, 142, 150
Cerezuela, Juan de, 167
Cervantes, Miguel de, 68, 91
Céspedes, Domingo de, 282, 283
Cibeles, fuente de la, 55, 56
Cifuentes, iglesia de, 144, 145, 198
Cincinato, Rómulo, 270
Cisneros, cardenal, 76, 91, 176, 219, 286
Cisneros, palacio de, 54, 227
Cisneros, Pedro de, 266
Ciudad Real, catedral de, 167, 182, 197
Claudio, 113
Coca, Francisco de, 194
Cogolludo, palacio de, 215
Colección Lerma, 280
Colección Rodríguez Bauzá, 110
Colección Stoclet, 131
Colección Torre Palma, 207
Colegio de Infantes, 231, 232
Colegio de los Manriques, 235
Comontes, Antonio de, 263
Comontes, Francisco de, 268, 273
Compañía de los Cinco Gremios, 92
Concepción Francisca de Toledo, iglesia de la, 159, 160, 163, 165, 199, 202, 204, 232, 266
Concepcionistas de Escalona, convento de las, 160
Concepcionistas de la Puebla de Montalbán,

- iglesia de las, 230, 231
 Concilio de Elvira, 116
 Concilio de Trento, 76, 287
 Contreras, Antonio de, 207, 263
 Contreras, Jorge, 249
 Copin de Holanda, Diego, 180, 198, 239, 240
 Córdoba, Gonzalo de, 289
 Córdoba, mezquita de, 152, 161
 Córdova, Juan de, 170
 Cornide, 118, 120
 Coronel, María, 159
 Correa del Vivar, Juan de, 243, 262, 268
 Cotera, Pedro de la, 234, 248
 Covarrubias, Alonso de, 176, 220-222, 226-233, 237, 240, 246, 249
 Covarrubias, Marcos de, 289
 Covarrubias, Martín de, 289
 Criado del Val, 68
 Cristo de la Luz, de Toledo, 78, 122, 134, 143, 157-159, 163, 198
 Cristo de la Vega, de Toledo, 122, 156, 158
 Cuenca, catedral de, 140-142, 160, 165, 168, 170, 171, 179, 182, 183, 186, 187, 194, 197, 198, 202, 208, 211, 212, 216, 226, 230, 242, 245, 246, 248, 258, 262, 263, 270, 280-284, 286, 289
 Cuesta, Juan de la, 90
 Cuevas, Francisco de las, 168, 188

 Chacón, Francisco, 208

 Delgado, Pedro, 263
 Descalzas Reales, monasterio de las, 54, 220, 234, 258, 286
 Díaz, Alfonso, 186
 Díaz, Juan, 184
 Diego de Flandes, 242, 259
 Díez del Corral, Rui, 286
 Díez Palomeque, Gonzalo, 161
 Díez Palomeque, obispo, 155
 Doncel de Sigüenza, casa del, 178
 Dueñas, de Medina del Campo, palacio de, 232
 Duque, Rodrigo, 197
 Durango, Nicolás de, 221, 222

 Egas, Antón, 175, 176
 Egas, Enrique, 175, 176, 219, 220, 228, 232, 239
 Egas Cuelman, 168, 172, 175, 187-189, 193
 El Edrisi, 125

 Enrique II, 75
 Enrique IV, 54
 Enríquez, Teresa, 176
 Enríquez de Castilla, Juana, 163
 Escala, Alejandro, 234
 Escalona, castillo de, 124, 170, 174, 178
 Escobedo, 89
 Escorial, monasterio de El, 40, 43, 54, 83, 84, 86, 88, 198, 230, 234-237, 244, 256, 258, 259, 269, 270, 272-274, 286, 289, 290
 Escuelas Pías de Granada, 208
 Esquilache, 93
 Esteban Lemosín, 283
 Euclides, 75

 Fadrique de Portugal, 221, 241
 Fancelli, Domenico, 241, 243
 Fatah el Omeya, 128
 Felipe II, 26, 54, 67, 79, 81-90, 99, 235, 236, 256, 258, 269, 272
 Felipe III, 88, 91, 272
 Felipe IV, 88, 91
 Felipe V, 92
 Fernández, Alfonso, 160, 184, 186
 Fernández, Bartolomé, 243
 Fernández, Gregorio, 227
 Fernández, Juan, 290
 Fernández de Navarrete «el Mudo», Juan, 272, 273
 Fernández de Oropesa, Juan, 290
 Fernando II de León, 137
 Fernando III el Santo, 67, 74
 Fernando VII, 98
 Filarete, 176
 Fitzwilliam Museum de Cambridge, 207
 Flórez, Antonio, 223, 224, 242, 267
 Flugo, Giraldo de, 247
 Fonseca, cardenal, 289
 Francés, Jacobo, 226
 Francés, Juan, 281
 Fuente, fray Julián de la, 289
 Fundación Arrese, véase Museo de Corella
 Fuensalida, palacio de, 164
 Fugger, los, 26

 Galiana, palacio de, 163
 Galindo, Beatriz, 178
 García, Martín, 282
 García de Alvarado, 234
 García Gudiel, Gonzalo, 162
 García de Praves, Juan, 224

ÍNDICE DE NOMBRES
E INSTITUCIONES

- García de Villarreal, 224, 284
Garcilaso de la Vega, 77
Ghirlandaio, Domenico, 261
Gil, Juan, 216
Gil de Albornoz, cardenal, 212
Gil de Hontañón, Juan, 174, 178, 223
Gil de Hontañón, Rodrigo, 234, 248
Giner de los Ríos, Francisco, 98
Giralte, Francisco, 249, 253
Girón, Pedro, 170, 188
Girón de Cisneros, Simón de, 182, 215
Gómez, general, 98
Gómez, Gonzalo, 267
Gómez, Juan, 266
Gómez de Mora, 91
Gómez-Moreno, Manuel, 126, 127, 132, 133, 135, 267
Gómez el Viejo, Martín, 267
Góngora, 91
González, Ferrán, 184, 201
González, Juan, 211
González, Tomás, 85
González de Lara, Germán, 235
González de Lara, Hernán, 231, 232
Goycoa, Francisco de, 229
Graco, Tiberio Sempronio, 112
Granello, Nicolás, 270
Greco, el, 77, 78, 237, 273-280
Guadalajara, puente de, 129
Guadalete, batalla de, 72
Guardaja, Juan de la, 224
Guarrazar, tesoro de, 123, 125
Guas, Juan, 170-172, 189, 193
Gudiel Alfonso, 160
Gudiol, José, 201, 204
Guerra, Juan, 248
Guerrero Lovillo, José, 198
Guevara, Niño de, 284
Guillén, Francisco, 216
Guillén de Guzmán, Mayor, 145
Gumiél, Pedro, 176, 219
Gureña, Juan de la, 221, 228
Gutierre de Cárdenas, 164, 176, 219
Gutiérrez, padre, 84
Gutiérrez de Egas, María, 220
Gutiérrez Téllez de Meneses, 163
Guzmán, Luis de, 204
Guzmán, platero, 289

Hagenbach, Pedro, 289
Halaf, 129
Hambrán, Esteban, 232

Hanequin de Bruselas, 168, 170, 171, 175, 187
Hernández, Alonso, 289
Hernández, Félix, 161
Hernández, Francisco, 249, 253
Hernández, Sebastián, 286
Hernando de Avila, 273
Hernando de Sahagún, 219
Herrera, Juan de, 237, 258
Higes, necrópolis de, 110
Hispanic Society de Nueva York, 143
Hita, Arcipreste de, 68, 163, 179
Hospital General de Valencia, 176
Hospital de la Latina, 178
Hospital Real de Santiago, 176
Hospital de Santa Cruz, 122, 176, 216, 220, 231, 240, 241, 268
Hospital de Tavera, 232, 237, 245, 260
Hospital de la Trinidad, 176
Huelgas de Burgos, monasterio de las, 142, 153

Ibn al-Rashari, 128
Illán, Esteban, 133, 163
Illescas, iglesia de, 161, 202
Infantado, palacio del, 170, 172, 189, 231, 270
Inglés, Jorge, 204
Instituto de Valencia de Don Juan, 122, 124, 125, 211, 215, 263
Isabel I, 90
Isabel II, 98
Isabel de Portugal, 237
Isabel de Valois, 85, 90, 237
Ismail, 131
Izquierdo, Pedro, 219

Jamete, Esteban, 226, 246, 247, 249, 254, 267
Jansen, 56
Jardín Botánico de Madrid, 55, 93
Jiménez, Alonso, 289
Jiménez de Cisneros, Benito, 227
Jiménez de Rada, Rodrigo, 144, 162
Jordán, Esteban, 256
Juan II, 46, 187
Juan IV, arzobispo, 181
Juan de Aragón, 174
Juan Bautista de Toledo, 236, 237
Juan de Borgoña, 261-263, 266, 268
Juan Carlos I, 99
Juan de Flandes, 263

Juni, Isaac de, 247
 Lande, Martín de, 193
 Lapesa, 133
 Lara, Francisco de, 219
 Layna Serrano, 137, 138
 Le Mans, catedral de, 145
 León, Andrés de, 289
 León, Rafael de, 256
 Leonardo, 275
 Leoni, León, 258
 Leoni, Miguel, 258
 Leoni, Pompeo, 258
 Leovigildo, 71, 77, 119, 120
 Leucata, Pedro de, 141, 183
 Levi, Juan de, 204
 Levi, Samuel-ha, 155
 Liria, palacio de, 55
 Loaysa, Hernando de, 290
 Lome, Janin, 187
 Lope ben Tarbisha, 125
 Lope de Vega, 90, 91, 272
 Lope de Vega, casa de, 91, 286
 López, Diego, 194, 219
 López Carrillo, Iñigo, 241
 López de Carvajal, Bernardino, 241
 López de la Fuente, Gonzalo, 160
 López de Hoyos, 234
 Lorenzo, Pedro, 198
 Lozano, Francisco, 229
 Luis de Borgoña, 249
 Lujanes, de Madrid, casa de los, 54
 Lumbreras, Luis de, 233
 Luna, Alvaro de, 51, 167, 170
 Luna, Francisco de, 223, 224, 226, 227, 243, 247
 Luna, Jimeno de, 181
 Luna, Pedro de, 184
 Luna, Teresa de, 182
 Lupiana, monasterio de, 221
 Llanos, Hernando de, 266
 Machuca, Pedro, 267
 Madama Tastes, Brígida, 172
 Madre de Dios de Toledo, iglesia de la, 157
 Madrid, Antonio de, 207
 Maestro Angelo, 247
 Maestro Antón, 211
 Maestro Antonio, 216
 Maestro Dolfín, 211
 Maestro Enríquez, 227
 Maestro Gaspar, 194, 197
 Maestro Guillén, 170
 Maestro de Horcajo, 202
 Maestro Jorge, 211
 Maestro Juan Alfonso, 184
 Maestro Lois, 211
 Maestro Martín, 226
 Maestro Mateo, 149
 Maestro Pablo, 219
 Maestro Pedro, 184
 Maestro Pierres, 248, 249, 284
 Maestro de Pozancos, 263
 Maestro Ricardo, 142
 Maestro Rodrigo Alfonso, 184
 Maestro de San Ildefonso, 207
 Maestro Sebastián de Toledo, 189
 Maestro de Sigüenza, 202
 Maestro de la Sisla, 207
 Maestro de Sopetrán, 206
 Maestro Usón, 282
 Maestro de Zafra, 207
 Magdalena de Getafe, iglesia de la, 230
 Magdalena de Toledo, iglesia de la, 161
 Magistral de Alcalá de Henares, iglesia, 191, 219, 227, 243, 281, 282
 Mahomad Alameri, 129
 Mair, rabí, 155
 Manuel, Noé, 289
 Manzanares, cultura del, 106, 107
 Manzano, Juan, 259
 Maqueda, castillo de, 178
 Maqueda, mezquita de, 127
 Maravall, profesor, 76
 Mariano, Baltasar, 258
 Marquina, Juan de, 282
 Martín de Aldehuela, José, 234
 Martín de los Corrales, Juan, 289
 Martínez, Alvar, 167
 Martínez, Diego, 226, 269
 Martínez Bonifacio, Lorenzo, 171
 Martínez de Castañeda, Pedro, 259
 Martínez Caviro, Balbina, 163, 164, 199
 Martínez el Viejo, 286
 Mártir Rizo, Juan Pablo, 168
 Mártir Rizo, Pedro, 246
 Medina, Luis de, 219
 Melancio, obispo, 116
 Meléndez, María, 163
 Mendoza, Antonio de, 216
 Mendoza, cardenal, 212
 Menéndez Pelayo, Marcelino, 98, 235
 Merino, Francisco, 289

ÍNDICE DE NOMBRES
E INSTITUCIONES

- Mesa Arzobispal de Toledo, 79, 97
Mesta, la, 26, 93
Miera, Juan de, 248
Miguel Angel, 236, 270
Milagros de Talamanca, iglesia de los, 159
Milan Vimercado, 258
Millán de Talavera, Juan de, 197
Mingot, Teodosio, 270
Minjares, Juan de, 231
Miraflores, cartuja de, 244
Mohamad ben Zeiyán, 131
Monegro, Juan Bautista, 237, 259
Monsalud de Córcoles, monasterio de, 140
Montano, obispo, 120
Montelupo, Rafael, 243
Montemayor, Fernando de, 219
Montero, Juan, 235
Montoya, Alejo, 289
Monzón, Francisco de, 90
Morales, Luis de, 268
Moro, Antonio, 272
Muncharaz, 132
Munzer, 174
Muñoz, canónigo Eustaquio, 289
Muñoz, Fernando, 263
Muñoz, Miguel, 259
Muñoz, Sancho, 282, 284
Murcia, catedral de, 256
Murguía, Juan de, 289
Museo Arqueológico Nacional, 68, 107, 109, 111, 114, 118, 120, 123, 125, 131, 163, 165, 176, 188, 189, 197, 209, 215, 243, 247, 253, 286
Museo Arqueológico de Toledo, 114, 121-123, 125, 130
Museo Arqueológico de Valladolid, 102
Museo Balaguer, 183
Museo del Bargello, 131
Museo de Bilbao, 202
Museo de la Casa del Greco, 275, 280
Museo de los Concilios de Toledo, 123, 124
Museo de Corella, 107, 109, 114
Museo de Cuenca, 109, 111, 114, 125, 267
Museo del Ejército, de Madrid, 210
Museo Fray Juan Cobo, 114
Museo de Guadalajara, 193
Museo Lázaro Galdiano, 215
Museo Marés, 119, 184
Museo Municipal de Madrid, 107, 114, 261
Museo del Prado, 55, 57, 91, 92, 175, 207, 258, 260, 263, 267, 269, 270, 272, 274, 275, 280
Museo de Santa Cruz, 120, 208, 215, 245, 280
Muza, 72, 124-126
Napoleón, 95, 96
Narbona, catedral de, 131
Navas de Tolosa, batalla de las, 74, 151
Neptuno, fuente de, 55
Nicolao de Antonio, 201
Nobiliior, Quinto Fulvio, 112
Nuestra Señora de Val de Atienza, iglesia de, 138, 139
Obispo, capilla del, 54
Observatorio Astronómico de Madrid, 55, 93
Ochoa de Muniategui, 223
Olabarrieta, Juan de, 233
Olanda, Giraldo de, 289
Olarte, Cristóbal de, 241
Oliver Asfn, 54
Ordóñez, Antonio, 289
Ordóñez, Bartolomé, 243
Orgaz, señor de, 158
Oviedo, Hernando de, 289
Ovila, monasterio de, 140
Pacciotto, 237
Padilla, Juan de, 76
Páez de Castro, Juan, 236
Palacio, Cristóbal de, 219
Palacio Arzobispal de Toledo, 230, 231
Palacio Real de Madrid, 54-56, 92, 125, 210, 263, 290
Pancorbo, Cristóbal de, 289
Pantoja de la Cruz, Juan, 272
Pardo, Gregorio, 249
Pardo, Martín, 258
Pardo, palacio de El, 269, 270
Parral, El, 243
Parro, 180
Paular, monasterio de El, 160, 174, 197, 243, 282
Pedro I, 75, 155
Pegaso, factoría, 34
Pelayos de la Presa, monasterio de, 140, 141
Peña Bermeja, castillo de, 144
Peña Escrita, cultura neolítica de, 108
Peralta, Juan de, 204
Pérez, Gonzalo, 211
Pérez, Miguel, 289
Pérez, Pedro, 145, 149

Pérez, Tomás, 289
 Pérez de Albiz, Fernán, 224
 Pérez del Castillo, Baltasar, 236
 Pérez Galdós, Benito, 98
 Pérez Higuera, M. T., 181, 184
 Pérez Villamil, 197
 Pérez de Zamora, Alonso, 183
 Peroli, Francisco, 270
 Peroli, Juan Bautista, 270
 Petjuán, 194, 198, 221, 239
 Petras, Ramón, 289
 Piquer, José, 191
 Pisano, Niculoso, 289
 Plantagenet, Leonor de, 141
 Plaza Mayor de Madrid, 55, 56, 91
 Plinio, 113
 Polibio, 111
 Ponce de León, Pedro, 152
 Post, Ch. R., 261, 262, 266
 Pozas, Juan de las, 228
 Pozo, canónigo, 223
 Prado, Blas de, 270
 Primo de Rivera, Miguel, 98
 Ptolomeo, 75
 Puerta de Alcalá, 55, 96
 Puerta del Cambrón, 237, 259
 Puerta Nueva de Visagra, 77, 128, 230, 231
 Puerta del Sol, de Toledo, 77, 120, 166
 Puerta de Toledo, de Ciudad Real, 166
 Puerta de Ugena, 166
 Puerta Vieja de Visagra, 77, 128
 Puertas Tricas, 120

 Quejigas, Fernando de las, 221, 228
 Quejigas, Pedro de las, 228
 Quevedo, Alonso de, 219
 Quevedo, Francisco de, 90
 Quintana, Jerónimo de, 84, 90

 Rafael, 270
 Raimundo, arzobispo, 75
 Ramírez, Francisco, 178
 Ramírez, obispo Sebastián, 284
 Ramírez de Fuenleal, Diego, 168
 Ramiro II, 73, 125
 Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 93
 Real Academia de la Historia, 109, 119
 Real Academia de la Lengua, 92
 Real Academia de Medicina de Madrid, 93
 Real de Manzanares, castillo de El, 172, 174, 178

 Recaredo, 71, 116, 118, 120
 Recópolis, basílica de, 119-122
 Rentería, Blas de, 234
 Reyes Católicos, 68, 74, 76, 77, 174, 176
 Riario, cardenal, 216
 Riba, Juan de la, 234
 Rinalt, Bartolomé, 211
 Rincón de Figueroa, Hernando del, 263
 Rivera Recio, 120
 Rivero, Nicolás de, 248
 Robles, Cristóbal de, 253
 Rodi, Juan Andrés, 234
 Rodrigo, don, 71, 125
 Rodríguez, Toribio, 259
 Rodríguez Solís, 207
 Rodríguez de Toledo, 201, 202
 Rodríguez de Villareal, Lope, 211
 Rosmihal, 199
 Rothschild, los, 26
 Rovira de Chipre, Esteve, 201
 Ruesga, Juan de, 174
 Ruiz, Juan, 186
 Rutinez, Diego, 289

 Sagredo, Diego de, 211, 289
 Sahagún el Viejo, Alonso de, 286
 Salamanca, Francisco de, 282
 Salazar, Juan de, 289
 Salomon, Noël, 80, 88
 San Andrés de Toledo, iglesia de, 54, 158, 176, 263, 266
 San Antolín de Toledo, iglesia de, 159
 San Bartolomé de Atienza, iglesia de, 137
 San Bartolomé de Toledo, iglesia de, 123, 158, 161
 San Benito de Valladolid, iglesia de, 101
 San Cipriano de Toledo, iglesia de, 161
 San Clemente el Real de Toledo, 178, 222, 229, 253
 San Esteban de Salamanca, iglesia de, 220
 San Eugenio de Toledo, iglesia de, 157
 San Francisco de Alcázar de San Juan, iglesia de, 229
 San Francisco de Atienza, iglesia de, 150
 San Francisco el Grande, iglesia de, 243
 San Francisco de Guadalajara, iglesia de, 178
 San Gíao, iglesia de, 119
 San Ginés de Guadalajara, iglesia de, 193
 San Gregorio de Valladolid, iglesia de, 174, 189
 San Isidoro de León, colegiata de, 131
 San Jerónimo, orden de, 236, 237

ÍNDICE DE NOMBRES
E INSTITUCIONES

- San Jerónimo el Real de Madrid, iglesia de, 54, 178, 237
San Juan, orden de, 35, 138, 142, 144, 165
San Juan Evangelista de Ocaña, iglesia de, 135
San Juan de los Reyes, iglesia de, 77, 78, 174-176, 189, 193, 197, 242
San Justo de Toledo, iglesia de, 159
San Lázaro de Toledo, iglesia de, 159
San Lorenzo de Toledo, iglesia de, 133, 134
San Lucas de Toledo, iglesia de, 134, 135, 161
San Martín de Montalbán, castillo de, 166
San Martín de Toledo, puente de, 77, 150, 259
San Miguel el Alto de Toledo, iglesia de, 161
San Nicolás de Guadalajara, iglesia de, 191
San Nicolás de Madrid, iglesia de, 161, 162
San Nicolás de Madrid, torre de, 54
San Pablo de Toledo, iglesia de, 178, 229
San Pablo de Valladolid, iglesia de, 67
San Pedro, basílica de, 236, 237
San Pedro de Ciudad Real, iglesia de, 178, 193
San Pedro de Madrid, torre de, 54, 161, 162
San Pedro Mártir, iglesia de, 161, 184, 230, 231, 237, 259
San Pedro de la Mata, iglesia de, 119, 121, 123
San Pedro de la Nave, iglesia de, 132
San Román de Toledo, iglesia de, 122, 134, 135, 143, 152, 156, 157, 161, 230, 254
San Salvador de Toledo, iglesia de, 121, 124, 127, 165, 261, 262, 268
San Sebastián de Toledo, iglesia de, 122, 134, 135, 161
San Servando de Toledo, castillo de, 166
San Vicente de Sigüenza, iglesia de, 139, 142, 149, 150
San Vicente de Toledo, iglesia de, 266
Sánchez, Alonso, 219
Sánchez, Esteban, 224
Sánchez Bonifacio, Alfonso, 171
Sánchez Bonifacio, Lorenzo, 171
Sánchez Bonifacio, Martín, 170-172, 189
Sánchez Bonifacio, Pedro, 171
Sánchez Coello, Alonso, 272, 273
Sánchez de Yrola, Martín, 223
Sánchez de Yrola, Miguel, 223
Sancho II de Portugal, 158
Sancho III, 149
Sancho IV, 180, 215
Sancho de Rojas, 201
Sancho de Zamora, 206, 207
Sansovino, Andrés, 239
Santa Clara de Guadalajara, iglesia de, 159
Santa Clara de Molina de Aragón, iglesia de, 149
Santa Clara la Real, convento de, 163, 189
Santa Coloma de Albendiego, iglesia de, 138
Santa Comba de Bande, iglesia de, 132
Santa Croce, Girolamo de, 243
Santa Cruz, pintor, 262
Santa Cruz de Toledo, iglesia de la, 126, 198, 219
Santa Eulalia de Toledo, iglesia de, 121, 122, 134, 135, 156, 157
Santa Fe, convento de, 152, 159, 176
Santa Hermandad de Toledo, posada de la, 165, 178
Santa Isabel de los Reyes, convento de, 163, 165, 188, 210, 211
Santa Justa de Toledo, iglesia de, 121, 127
Santa Leocadia de Toledo, iglesia de, 116, 156, 159, 161
Santa María de Alcázar de San Juan, iglesia de, 160
Santa María la Blanca, sinagoga de, 78, 152, 153, 155, 157, 164, 183, 230, 254, 256
Santa María de Cambre, iglesia de, 149
Santa María de la Fuente de Guadalajara, iglesia de, 160, 161
Santa María de Huerta, monasterio de, 142
Santa María de los Huertos de Sigüenza, 178, 216
Santa María de Melque, iglesia de, 132
Santa María del Parral, monasterio de, 172
Santa María de la Peña, iglesia de, 144, 162
Santa María la Real de Olite, iglesia de, 181
Santa María del Rey, de Atienza, iglesia de, 137
Santa María de Tarrasa, iglesia de, 132
Santa Ursula de Toledo, iglesia de, 158, 165
Santaver, 112, 129
Santiago, orden de, 35, 68, 74, 75, 79, 82, 88, 97, 98, 142, 144, 158, 165
Santiago del Arrabal de Toledo, iglesia de, 122, 157, 160, 161, 164, 243
Santiago de Compostela, catedral de, 149
Santiago de Ciudad Real, iglesia de, 150
Santiago de Guadalajara, iglesia de, 235
Santiago de Sigüenza, iglesia de, 139, 142, 149, 150

- Santiago de Talavera de la Reina, iglesia de, 160
- Santo Domingo el Real de Madrid, iglesia de, 165, 188, 189, 197, 198, 232, 237, 253, 262, 266
- Santo Domingo de Talavera, iglesia de, 178
- Santo Tomé de Toledo, iglesia de, 123, 161
- Sanz del Pozo, Juan, 233
- Scala, Antonio della, 243
- Schlunk, 120-122
- Schongauer, 207
- Sebastián de Almonacid, 191, 193
- Sebastián de Bruselas, 191
- Sedeño, Diego, 289
- Segovia, Juan de, 206
- Segovia, puente de, 237
- Serlio, 229
- Sevilla, alcázar de, 160, 199
- Sevilla, Hans, 248
- Sevilla, Juan de, 204
- Sigüenza, catedral de, 132, 139-142, 182, 187, 193, 194, 204, 207, 208, 215, 216, 222, 228, 241, 248, 258, 262, 263, 269, 280, 282, 289
- Siloe, Diego, 226, 234, 244-246, 248, 253
- Sillero, Antonio, 234
- Simón de Colonia, 175
- Soreda, Juan de, 268
- Starnina, Gerardo, 199, 201
- Susan, Josef ben, 153
- Tabaron, Lázaro, 270
- Talavera, Juan de, 221, 241
- Talavera de la Reina, colegiata de, 150, 193, 198
- Taller del Moro, de Toledo, 163, 165, 215
- Tariq, 125
- Tenorio, Pedro, 150, 184, 199, 201
- Terán, M. de, 26, 35, 41, 46, 51, 55
- Tibaldi, Pelegrino, 270
- Tiedra, Diego de, 223, 226, 245-247, 283
- Tintoretto, 273, 274
- Tirso de Molina, 90
- Tiziano, 272-274
- Toledo, Alcázar de, 77, 90, 231, 232, 237
- Toledo, catedral de, 77, 78, 145, 146, 149, 150, 153, 160, 165, 167, 168, 171, 172, 179-184, 186, 189, 191, 194, 197-199, 201, 202, 208-212, 215, 219-222, 230, 231, 237, 239, 245, 249, 254, 258, 259, 262, 272, 275, 281-283, 286, 289
- Toledo, María de, 163
- Tolosa, Pedro de, 232
- Tornerfás de Toledo, mezquita de las, 133, 134
- Torres Balbás, 151-153
- Torrijos, colegiata de, 220
- Tovar, Juan de, 243
- Tránsito de Toledo, sinagoga del, 78, 155, 165, 219
- Trastámara, dinastía de, 76, 82
- Trezzo, Jacopo da, 258, 289
- Trives, Juan, 140
- Troya, Vasco de, 289
- Trujeron, Guillermo, 286
- Turriano, Juanelo, 286
- Uclés, monasterio de, 120, 232
- Unamuno, Miguel de, 98
- Universidad de Alcalá de Henares, 76, 81, 219, 235, 284
- Universidad de Madrid, 98
- Universidad de Salamanca, 76
- Urbina, Diego de, 253, 273
- Urbino, Francisco de, 270
- Urrea, Miguel de, 229, 233
- Vaca, Martín de la, 216
- Vaca, Pedro de la, 229
- Valenzuela, Hernando de, 227
- Vandelvira, Andrés de, 226, 227, 233, 234, 247
- Vandoma, Martín de, 233, 248, 269
- Vargas, 249
- Vasari, Giorgio, 199, 201
- Vasco de la Zarza, 216, 241, 249
- Vázquez, Alonso, 289
- Vázquez, Bautista, 254
- Vázquez, Lorenzo, 215, 216, 221, 222
- Vega, Gaspar de, 232, 237
- Vega, Luis de, 232
- Velasco, Luis de, 259, 272
- Velasco, Pedro de, 232
- Velasco de Avila, Diego, 253
- Velasco el Mozo, Diego de, 237
- Velázquez, Diego, 90, 91, 272
- Vélez, Juan, 233
- Vélez, Rodrigo, 223
- Vergara el Mozo, Nicolás de, 232, 237, 243, 254, 289
- Vergara el Viejo, Nicolás de, 237, 254, 286, 289
- Vigarny, Felipe de, 198, 240, 243, 244, 249, 253, 256

ÍNDICE DE NOMBRES
E INSTITUCIONES

- Vigarny, Gregorio, 247
Vignola, 229
Villacadima, iglesia de, 138
Villacastfn, Antonio de, 237
Villadiego, Diego de, 258
Villadiego, Pedro de, 247
Villalpando, Francisco de, 229, 231, 253, 283, 286
Villalsinda, Daniel, 289
Villanueva, Cristóbal de, 248
Villanueva, Diego de, 234
Villarroel, Pedro de, 219, 234
Villaviciosa, monasterio de, 159
Villena, marqués de, 170-172, 227
Villoldo, Isidro, 249
Villoldo, Juan de, 267, 268, 273
Viriato, 69, 112
- Vitrubio, 229, 233
Vivar, Rodrigo de, 273
Vozmediano, Alonso de, 228
- Wamba, 120
- Yáñez, Juan, 211
Yáñez de la Almedina, Hernando, 224, 266, 267
Yepes, iglesia de, 222
- Zocodover, plaza de, 78
Zorita de los Canes, castillo de, 140
Zuazo, 56
Zúcaro, Federico, 270
Zurbarán, 91

INDICE TOPONIMICO

ÍNDICE TOPONÍMICO

- Abánades, 139
Africa, 35, 87, 106
Ajofrín, 161, 178
Alarcón, 167, 227, 229, 247
Alarcón, embalse de, 25, 30
Alarcos, 111
Alarilla, 17
Albacete, 17, 46, 107
Albalate de Zorita, 140, 212, 223, 229
Albarracín, 106
Albendea, 125
Alberca de Zán cara, 222
Alberche, río, 17, 25, 30, 32, 33, 43, 51, 53
Alcalá de Henares, 17, 34, 35, 39, 40, 53, 60, 61, 79, 81, 82, 88, 91, 97, 114, 121, 125, 129, 160, 176, 219, 222, 227, 234, 243, 248, 254, 259, 289
Alcaraz, 80, 88, 227
Alcarria, la, 17, 28, 31, 40, 41, 43, 46, 48, 53, 96, 106, 109, 137, 159
Alcázar del Rey, 109
Alcázar de San Juan, 34, 39, 40, 45, 109, 114, 237
Alcoba, 129
Alcobendas, 35, 40, 60, 61
Alcocer, 139
Alcolea de Calatrava, 129
Alorcón, 39, 60, 61
Alcudia, sierra de, 19, 26
Alcudia, valle de, 31, 44
Alemania, 86
Algodor, 109
Alicante, 35
Almadén, 26, 32, 40, 44, 108
Almadén, sierra de, 19
Almagro, 33, 40, 45, 80, 88, 227
Almansa, 67
Almería, 125, 132
Almodóvar del Campo, 40, 44, 108, 109, 220
Almonacid de Zorita, 223, 233, 256, 269
Almorox, 160, 178, 223, 233
Alovera, 125
Alpedrete, 88
Alpera, 68
Alpujarras, las, 87
Alto Rey, sierra del, 18, 42
Altomira, sierra de, 19, 48
Ambrona, 106
América, 35
Andalucía, 19, 35, 59-61, 67, 75, 81, 82, 86-88, 125, 133, 162
Anguix, 167, 178
Año ver de Tajo, 51
Aragón, 35, 36, 42, 59, 61, 92, 95
Aranda de Duero, 35
Aranjuez, 17, 26, 30, 34, 37, 40, 51, 54-56, 60, 85, 88, 120, 232, 237
Aravaca, 62
Arcas, 139
Arcicollar, 220
Arganda, 28, 37, 40, 53, 61, 106, 215
Argar, 68
Argüelles, barrio de, 56
Arribes del Duero, 30
Arroyomolinos, 166
Atazar, 32
Atienza, 40, 110, 133, 137, 138, 229
Atlántico, océano, 20, 106
Avila, 42, 43, 106, 172, 184, 193, 207, 249, 262
Ayllón, 138
Ayllón, sierra de, 18
Azores, 21
Azuqueca, 35, 53, 125
Azután, pantano de, 25, 32
Badajoz, 25
Bagdad, 132
Barahona, 18
Barajas, 159
Barcelona, 54, 59
Bargas, 287
Bascuñana, sierra de, 19
Basilea, 187
Belmonte, 165, 224, 262
Belmontejo, 289
Belvís de la Jara, 109
Berlín, 67
Bolaños, 167
Boniches, 107-109
Brihuega, 26, 40, 48, 79, 144, 160, 162, 201
Brunete, 99
Buen Retiro, parque del, 54
Buena noche de Alarcón, 110, 220
Buendía, pantano de, 25, 30, 48
Buendía, sierra de, 19
Buitrago, 129, 166, 204
Bujarrabal, 269
Burgos, 35, 42, 61, 67, 74, 86
Cabañas de la Sagra, 165
Cabezas de Hierro, 18
Cabrera, 18

ÍNDICE TOPONÍMICO

- Cabriel, río, 19, 25, 30
Cáceres, 25
Cadalso de los Vidrios, 227, 290
Calatrava, campo de, 19, 40, 44, 67, 68, 74, 80, 88, 133
Calatrava, sierra de, 109
Calderina, sierra de, 19
Caltójar, 269
Camarma de Esteruelas, 159
Campo Arañuelo, 51
Campo de Criptana, 17, 46, 79, 111, 179, 224, 259
Campo de Montiel, 17, 40, 46, 74-76, 80, 88
Campos, Tierra de, 156
Cantalojas, 23
Cañada del Hoyo, 19
Cañamares, río, 53, 137
Cañaveras, 229
Cañete, 43, 129
Cañizares, 110
Carabanchel, 59, 159
Carabaña, 235
Carabias, 139
Carboneras, 110, 111, 125, 178, 262
Cardenete, 220
Cardiel, 233
Carolinas, Las, 109
Carpio del Tajo, 125
Carrasposa del Campo, 110
Cartago, 68
Casa de Campo, 58, 59
Casar de Talavera, El, 165
Casarrubios del Monte, 166
Castil de Bayuela, 166, 178, 233
Castilla la Vieja, 18, 67, 159
Castrejón, pantano de, 25, 32
Cataluña, 36, 92, 98
Cazalegas, embalse de, 30
Cercedilla, 43, 88
Cereceda, 139
Ciempozuelos, 40, 54, 68, 88, 109
Cifuentes, 40, 88, 166
Cigüela, 17
Cíjara, 25
«Ciudad Encantada», 19, 43
Ciudad Lineal, 56, 59
Ciudad Real, 17, 22, 27, 28, 30-32, 35-40, 45, 46, 79-82, 88, 97, 140, 144, 166, 198, 233
Ciudad Rodrigo, 197
Ciudad Universitaria de Madrid, 56, 59
Cogolludo, 40, 229, 248
Colmenar de Oreja, 33, 40, 48, 216, 229
Colmenar Viejo, 37, 40, 62, 88, 178, 253
Collado Villalba, 43, 60, 62, 88
Constantinopla, 83
Consuegra, 45, 142, 166
Contreras, embalse de, 25, 30
Cordillera Central, 86
Córdoba, 73, 74, 125, 146
Corella, 107, 109
Corral de Almaguer, El, 178
Coslada, 34, 40, 61
Cuatro Caminos, 56
Cubas de la Sagra, 220
Cubillas, 139
Cuéllar, 187
Cuenca, 17, 19, 22, 26-28, 31-33, 35-41, 43, 45, 46, 67, 72-74, 79-82, 88, 97, 107, 109, 125, 129, 133, 137, 141, 145, 170, 215, 216, 221, 224, 226, 229, 246, 247, 254, 266, 267
Cuenca, serranía de, 26, 96
Cuervo, río, 19
Cueva de los Casares, 107
Cueva de Hércules, 112
Cueva de la Hoz, 68, 107
Cueva del Reguerillo, 107
Cueva de la Vieja, 68
Cuevas de Perales de Tajuña, 108

Chamberí, 55
Chinchón, 33, 40, 48, 88, 97, 166
Chorito, sierra de, 19

Daganzo, 125
Daimiel, 17, 28, 40, 46, 80, 150
Damasco, 124, 125
Despeñaperros, desfiladero de, 44, 106, 111
Dijon, 188
Dos Barrios, 262
Duero, río, 20, 37, 88, 132
Durango, 223

Ecija, 184
Entrepeñas, pantano de, 25, 30, 48
Entrepeñas, sierra de, 19
Ercávica, 110, 112, 114
Erustes, 161, 165
Escalona, 51, 123, 166, 186, 223
Escandinavia, 21
Estables, 167
Estrasburgo, 180

- Europa, 75, 76, 82, 86, 87, 96, 106
 Extremadura, 17, 20, 25, 26, 44, 59-61, 67, 74, 108, 133

 Flamenca, cortijo de la, 26
 Flandes, 171
 Florencia, 199, 201
 Francia, 26, 42, 82, 86
 Fuencaliente, 108
 Fuencarral, 58
 Fuenlabrada, 61
 Fuensalida, 229
 Fuentelaencina, 253, 269
 Fuentidueña del Tajo, 41, 215

 Galapagar, 43
 Gálvez, 161
 Gamonal, 178
 Garcimuñoz, 167, 178, 247
 Gasset, embalse de, 30, 45
 Génova, 197, 216
 Getafe, 34, 39, 60, 61, 228, 229
 Grajal de Campos, 216
 Gran Prior, canal del, 26
 Granada, 74, 90, 92, 176, 267
 Granátula, 111
 Gredos, sierra de, 18
 Guadalajara, 17, 23, 26, 27, 31-40, 42, 43, 46, 48, 53, 60, 67, 68, 72-74, 79-82, 88, 97, 99, 110, 129, 140, 170, 220, 222, 227, 263, 270
 Guadalerzas, sierra de, 19
 Guadalerzas, valle de, 112
 Guadalquivir, río, 19, 35, 74, 108, 144
 Guadalupe, 184, 189
 Guadamur, 166, 178
 Guadarrama, 88
 Guadarrama, río, 17, 51, 53
 Guadarrama, sierra del, 20, 21, 26, 32, 33, 35, 42, 53, 54, 62, 86, 88, 97, 106
 Gadiana, río, 17, 18, 25, 26, 30, 43-46, 68, 74, 106, 110, 111
 Guadiela, río, 19, 25, 30, 48, 125
 Guarrazar, 121, 123, 125
 Guijosa, 167
 Guipúzcoa, 95
 Henares, río, 17, 19, 25, 26, 33-35, 40, 42, 53, 112, 137
 Hiendelaencina, 26, 32, 42
 Hinojosa, 111, 139
 Hita, 17
 Hontoba, 139

 Horcajo de Santiago, 227
 Hortezueta de Océn, 110
 Huécar, río, 43
 Huecas, 229, 232
 Huerta de Valdecarábanos, 133
 Huete, 79, 88, 97, 98, 248, 289
 Humanejos, 160

 Illescas, 51, 79, 88, 166, 182, 237, 260, 262
 Imón, 32, 42
 Infantes, 267
 Inglaterra, 86
 Italia, 86, 110, 215

 Jaca, 125
 Jadraque, 167
 Jaén, 176
 Jalón, río, 19
 Jara, la, 43
 Jarama, río, 17, 26, 30, 33, 34, 40, 42, 51, 53, 54, 61, 68, 106
 Jirueque, 198
 Júcar, río, 17-19, 25, 30, 32, 43, 106

 La Coruña, 42
 Lagartera, 33
 Landete, 43, 109
 Laon, 141
 Leganés, 34, 39, 60, 61
 León, 73, 74
 Leones, alto de los, 18, 26, 35, 67
 Lepanto, 86, 89, 90
 Lérida, 139, 141
 Levante, 67
 Lillo, 17, 178, 222, 229
 Lincoln, 142
 Lisboa, 54
 Loches, 183
 Logroño, 272
 Londres, 83
 Lozoya, río, 18, 32, 42, 56
 Lupiana, 193, 216

 Madrid, 17, 20-28, 31, 33-40, 42, 43, 46, 48, 53-60, 62, 67-69, 72-74, 79-93, 95-99, 106, 109, 112, 114, 125, 129, 133, 139, 140, 224, 227, 230, 232, 234, 247, 249, 256, 268, 289, 290
 Madrudejos, 45, 229
 Madrona, sierra, 19
 Maestrazgo, 107
 Majadahonda, 40, 62

ÍNDICE TOPONÍMICO

- Málaga, 32, 44
Maliciosa, La, 18
Malpica del Tajo, 118
Mancha, la, 17-19, 24, 26, 28, 30, 31, 33, 35, 40, 41, 44-46, 67, 68, 79, 88, 90, 96-98, 109
Manzanares, 17, 28, 35, 40, 80, 88, 109, 178, 227
Manzanares, río, 53, 54, 56, 87, 89, 106
Manzaneque, 166
Maqueda, 88, 166, 179, 269
Marruecos, 87
Martioda, 182
Matillas, 34
Mazarambroz, 289
Mazarambroz, pantano de, 112
Meco, 34, 229, 268
Medina del Campo, 232
Medinaceli, 112, 125
Mediterráneo, mar, 18, 68, 71, 87, 106
Mejorada del Campo, 109
Méntrida, 220
Mérida, 69, 112, 121, 125, 256
Mesegar, 161
Miedes, 18
Millana, 139
Millares, Los, 109
Minglanilla, 32, 33
Miraflores de la Sierra, 260
Molina de Aragón, 22, 40, 137, 139, 142, 166
Molinos, 88
Mondéjar, 216, 254, 269
Montalbanejo, 246
Montejo, 23
Montes de Toledo, 17-19, 40, 43, 48, 68
Montiel, 167
Mora, 28, 45, 133, 142, 166, 176
Moral de Calatrava, 227
Moratalaz, barrio de, 59
Moratilla de los Meleros, 219
Móstoles, 39, 40, 60, 61, 95, 159
Mota del Cuervo, 45
Motilla del Palancar, 41, 45
Moya, 167, 178
Mundo, río, 30
Murcia, 266
Murillejo, 269

Nava de Jadraque, La, 26
Nava de Ricomalillo, La, 26
Navacerrada, 18, 22, 86, 88, 97

Navalcán, embalse de, 43
Navalcarnero, 28, 40, 53, 54, 61, 161
Navalmoralejo, 128
Navarra, 92
Navas de Tolosa, 35, 67, 74, 144
Nohales, 125
Novés, 232
Noya, 191
Nuestra Señora del Castillo, sierra de, 108, 109
Numancia, 69

Ocaña, 35, 40, 45, 75, 79, 80, 160, 179, 237
Ocejón, sierra de, 18, 42
Ojailén, río, 109
Ojos del Guadiana, 17
Olmedilla de Aragón, 111
Ontígola, embalse de, 26
Oreto, 129
Orgaz, 40, 44, 166, 178
Oropesa, 51, 166, 178, 256
Osa de la Vega, 113
Oviedo, 176

Países Bajos, 86, 90
Palancares, 19
Palazuelos, 166
Palencia, 131, 182
Pálmaces, embalse de, 53
Pamplona, 183, 187
Paramera de Molina, 19, 43
Pardo, El, 22, 53, 54, 58, 59, 88, 232, 237
Pareja, 224, 229
París, 83
Parla, 61, 262
Pastrana, 40, 48, 233, 289
Patones, 107, 109
Pedriza de Manzanares, 18
Pedroñeras, Las, 45, 289
Pelegrina, 269
Peñalara, lagunas de, 18
Peñalara, sierra de, 18, 42
Peñalver, 263
Peñamala, 109
Peñaranda de Bracamonte, 259
Peñarroya, embalse de, 25, 30, 45
Peñuelas, 55
Peral, El, 220
Perales, 41
Piedrabuena, 40
Pinilla de Jadraque, 138
Pinto, 61, 167, 254

Pioz, 167
 Plasencia, 176, 197
 Pobo, El, 32
 Pocito, sierra de, 19
 Polán, 166
 Portugal, 239, 272
 Pozuelo, 40, 62
 Priego, 41, 43, 224
 Provencio, El, 229
 Puebla de Almenara, 167
 Puebla de Montalbán, 110
 Puebla Nueva, La, 118, 120
 Puente del Arzobispo, 33, 97, 98, 150, 207, 215, 289, 290
 Puente de Vallecas, 56, 59
 Puerta del Sol, de Madrid, 54, 56, 59
 Puertollano, 26, 33, 38-40, 44, 106

 Quejana, 184
 Quero, 17
 Quintanar de la Orden, 40, 45, 68, 75, 79, 98, 227, 229

 Rascafría, 174
 Rávena, 123
 Real de Manzanares, El, 54
 Reillo, 110
 Reims, 180
 Renera, 269
 Riansares, 17
 Riaza, sierra de, 18
 Riba de Saelices, 107, 129, 139, 269
 Rielves, 114
 Riosalido, 260
 Robledo de Chavela, 208
 Rocigalgo, 19
 Roda, La, 18, 223
 Roma, 68, 69, 71, 111, 113
 Romeros, los, 109
 Rosarito, embalse de, 43
 Rozas, Las, 40, 62
 Rueda, 139
 Ruidera, lagunas de, 17, 30, 45, 46

 Sacedón, 40, 48, 229
 Saelices, 35, 112
 Sagra, La, 17, 28, 40, 51
 Salamanca, 74
 Salamanca, barrio de, 56, 57, 96
 Salvacañete, 167
 San Blas, barrio de, 59
 San Clemente, 41, 45, 167, 229

 San Felipe, cerro de, 19
 San Fernando de Henares, 26, 34, 40, 61
 San Fernando del Jarama, 109
 San Isidro, cortijo de, 26
 San Juan de Baños, 121
 San Lorenzo de El Escorial, 43, 60, 237
 San Martín de Valdeiglesias, 40, 43, 143, 256
 San Sebastián de los Reyes, 35, 40, 60, 61
 San Vicente, sierra de, 18, 43, 112
 Santa María del Espino, 68, 107
 Santiago de Compostela, 125, 176
 Santo Domingo de Silos, 130
 Santorcaz, 161, 166
 Sauca, 139
 Segóbriga, 110-114, 116, 118, 120, 122
 Segovia, 42, 88, 137, 172, 176, 193
 Segura, río, 25, 30, 106
 Sens, 141
 Setiles, 32
 Sevilla, 54, 74, 83, 86, 87, 133, 171, 176, 184, 191, 231, 237, 254, 289
 Sierra Morena, 17, 19, 26, 44, 67, 68, 73, 74, 106
 Sigüenza, 26, 35, 40, 42, 114, 133, 137, 139, 141, 191, 194, 198, 221, 233, 248
 Simancas, 84
 Socuéllamos, 46
 Soissons, 141
 Solana, La, 33, 46, 220
 Somosierra, 18, 42, 54, 67, 106
 Sonseca, 44, 259
 Sorbe, río, 33, 137
 Soria, 137

 «Tablas de Daimiel», 17, 45
 Tajo, río, 17-19, 25, 30, 32, 33, 35, 36, 40, 41, 43, 46, 48, 51, 53, 54, 68, 71, 73, 74, 77, 78, 106, 109, 110-112, 125, 129, 133, 139
 Tajuña, río, 17, 25, 30, 40, 41, 69, 137-139
 Talamanca, 121, 123, 125, 129, 139, 140, 156
 Talave, embalse de, 30
 Talavera de la Reina, 17, 26, 30, 32-36, 38-40, 51, 53, 79, 80, 88, 97, 109, 112, 113, 120, 125, 129, 166, 215, 228, 229, 237, 289
 Taracena, 109
 Tarancón, 35, 41, 45, 110, 248
 Tarragona, 141
 Tebar, 109
 Tembleque, 176

ÍNDICE TOPONÍMICO

- Tetuán, barrio de, 56, 58
Tielmes, 41
Tiétar, 43
Titulcia, 112
Toboso, El, 79, 229
Toledo, 17, 19, 22, 25-28, 30-40, 43, 48, 51, 54, 59, 67, 69, 71-89, 96, 99, 109, 110, 112, 116, 120, 121, 125, 126, 128, 132-135, 137, 144, 151, 155, 157, 162, 166, 168, 171, 172, 176, 182, 184, 187, 191, 199, 201, 221, 222, 231, 232, 237, 239, 241, 244-246, 248, 254, 256, 259, 261, 272, 274, 275, 280, 281, 289, 290
Tomelloso, 28, 39, 40, 46
Torija, 167, 178
Toro, 74, 174
Torralba, 106, 109
Torralba de Oropesa, 110
Torrejón de Ardoz, 34, 40, 61
Torrejoncillo del Rey, 98, 113
Torrelaguna, 76, 79, 91, 109, 178, 256
Torrice, 207
Torrijos, 40, 51, 165, 172, 175, 176, 193, 220, 243, 269
Torrubia del Castillo, 289
Tortuero, 109
Tragacete, sierra de, 19
Tresjuncos, 114
Trijueque, 178
Tudela, 141

Ubeda, 246
Uclés, 110, 143, 197, 224, 226, 232, 267
Utiel, 35, 43

Vaison, 132
Valdeavellano, 139
Valdecabras, 220
Valdemeca, sierra de, 19
Valdemoro, 40, 61
Valdemoro del Rey, 98
Valdeolivas, 143
Valdepeñas, 28, 39, 40, 46, 80, 88, 178
Valdilecha, 143, 159

Valencia, 35, 36, 43, 54, 59, 92, 125, 139, 201, 259, 266, 289
Valeria, 112, 114
Valsafn, 23
Valladolid, 67, 83, 86, 172, 207, 215, 237, 259
Vallecas, 17, 59, 61, 109
Vallehermoso, barrio de, 56
Vascongadas, 36, 88, 95, 98
Vascos, ciudad de, 128
Venasque, 132
Verdelpino, 108
Vicálvaro, villa de, 59, 61
Vicario, embalse de El, 30
Villa del Prado, 178
Villacafñas, 17
Villacastfn, 35
Villaescusa de Haro, 168, 197, 282
Villalar, 76
Villalba del Rey, 98
Villalueva, 34
Villamayor de Santiago, 229
Villanueva de Alcardete, 229
Villanueva de los Infantes, 40, 46, 227
Villanueva de la Jara, 229
Villar del Humo, 107
Villarejo de Montalbán, 231
Villarejo de Salvanés, 166, 215, 216
Villatobas, 229
Villaverde, 34, 59, 106, 109
Villaviciosa de Odón, 237
Viñuelas, 167
Viso del Marqués, El, 233, 258, 270
Viterbo, 181

Yébenes, Los, 43, 161
Yela, 139
Yeles, 231
Yepes, 228, 229

Zamora, 74, 132
Záncara, 17
Zaragoza, 69, 73, 74, 95, 176
Zorita de los Canes, 32, 48, 119, 129, 142

INDICE DE ILUSTRACIONES

INTRODUCCIÓN GEOGRÁFICA

MAPA DE CASTILLA LA NUEVA, 12-13

1. En los llanos cerealistas de Castilla la Nueva sigue siendo fundamental el trigo, pero destaca la expansión espectacular de la cebada, 14-15
2. El macizo de Cabezas de Hierro, en la sierra de Guadarrama, 18
3. Laguna de Peñalara, de origen glaciar, 18
4. Pedriza de Manzanares, 19
5. Los Montes de Toledo al fondo de un paisaje característico: cultivos de cereales y dehesa con encinas, 19
6. La espectacular hoz de Beteta (Cuenca), 20
7. Torca de Cañada del Hoyo (Cuenca), 20
8. Sorprendentes formas rocosas de la «Ciudad Encantada» (Cuenca), 21
9. Encinar. Al fondo, la sierra de Guadarrama, 22
10. Encinar degradado (Guadalajara), 22
11. Pinar de «pinus silvestris», en el Guadarrama, 23
12. Jaral en flor, en la sierra de Alto Rey (Guadalajara), 23
13. Panorámica del embalse de Entrepeñas, en el Tajo, 24
14. Noria en Puerto Lápice (Ciudad Real), 25
15. Olivar y cereal en los alrededores de Hita (Guadalajara), 27
16. Campos de girasoles (Cuenca), 27
17. Trigales y viñedos cerca de Almodóvar del Campo (Ciudad Real), 28
18. Viñedo en la zona de Manzanares, en la Mancha, 28
- 19-20. Regadío de Aranjuez: frutales y riego de fresas por aspersión, 29
21. Ovejas en un rastrojo, 29
22. Refinería de petróleo de Puertollano, 30
23. Almadén, ciudad minera, 31
24. Un aspecto de las salinas de Imón (Guadalajara), 32
25. Bodega en Valdepeñas, 32
26. Zona industrial de Villaverde. Madrid, 33
27. Zona industrial de Alcobendas. Madrid, 33
28. Industrias en la zona fabril de Alcalá de Henares, 34
29. Polígono industrial del Henares. Guadalajara, 34
30. Casas «colgadas» en Cuenca, 39
31. Plaza porticada del Trigo, en Atienza, 41
32. Hiendelaencina, en la serranía de Atienza (Guadalajara), 42
33. Vista general de Sigüenza, 43
34. Instalaciones para la práctica del esquí, en Navacerrada, 44
35. Urbanización para residencias secundarias en las estribaciones de la Sierra (Madrid), 44

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

36. Llanos al pie de Los Yébenes (Toledo), 45
37. Laguna en un cráter de explosión (Valverde de Calatrava), en la zona volcánica del Campo de Calatrava, 46
38. Campo labrado de color oscuro, a causa de los materiales volcánicos, en la zona de Almodóvar del Campo, 46
39. Casas de la plaza Mayor de Almagro (Ciudad Real), 47
40. Zona palustre de las Tablas de Daimiel, 48
41. Vista aérea de Tembleque, en la Mancha toledana, 49
42. Molinos de viento en Campo de Criptana (Ciudad Real), 50
43. Lagunas de Ruidera, 51
44. Panorámica de Toledo y el Tajo, 52
45. Plaza Mayor de Chinchón (Madrid), 52
46. Valle del Henares en Jadraque (Guadalajara), 53
47. La calle Príncipe de Vergara, en el ensanche de Madrid, 55
48. La Gran Vía de Madrid, 57
49. Bloques del segundo tramo del Paseo de la Castellana, 57
50. Barrio periférico de Moratalaz. Madrid, 60
51. Vista parcial de Alcobendas - San Sebastián de los Reyes. Madrid, 60
52. Calle Mayor de Alcalá de Henares, 61
53. Plaza de Valdemoro, antes de las reformas de ajardinamiento, 61

GRÁFICOS

1. Grandes unidades del relieve, 16
2. Evolución histórica, 36
3. Vivienda rural, 37
4. Densidad de población, 38
5. Desarrollo urbano de Madrid, 58
6. Área suburbana próxima de Madrid, 59

INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

1. Vista aérea del monasterio de San Lorenzo de El Escorial, 64-65
2. Vaso campaniforme procedente de Ciempozuelos. Museo Arqueológico Nacional, Madrid, 66
3. Restos del circo romano de Toledo, 69
4. Tesoro de Guarrazar. Museo Arqueológico Nacional, 70
5. Torre de Mangana, en Cuenca, perteneciente a una antigua fortaleza árabe, 71
6. Interior de la ermita toledana del Cristo de la Luz, antigua mezquita, 72
7. Castillo y monasterio de Uclés, 73
8. Ruinas del castillo de Montiel, 75
9. Capitel y arco. Santa María de Blanca, Toledo, 76
10. Pormenor del friso y arquerías ornamentales de la sinagoga del Tránsito. Toledo, 76

11. Iglesia de San Juan de los Reyes, Toledo, 77
12. Vista de Toledo. Grabado de J. Hoefnagel. 1566, 78
13. Plaza de Zocodover, en Toledo, 79
14. Puerta Nueva de Visagra, Toledo, 80
15. Alcázar de Toledo, 81
16. Torre de los Lujanes, en Madrid, 83
17. Felipe II, por Pompeo Leoni. Museo del Prado, Madrid, 84
18. Felipe II ofrece al cielo al infante don Fernando, después de la victoria de Lepanto, por Tiziano. Museo del Prado, 85
19. Monasterio de El Escorial, 86
20. Plaza Mayor de Madrid, 87
21. Monumento a Felipe IV. Plaza de Oriente, Madrid, 89
22. Palacio Real, Madrid, 91
23. Puerta de Alcalá, en Madrid, 92
24. Fuente de Neptuno, en Madrid, 93
25. Fachada del edificio de la Biblioteca Nacional. Madrid, 93
- 26-27. Episodios del alzamiento popular del 2 de mayo de 1808 en Madrid. Estampas de la época, 94
28. Arco de Cuchilleros, en Madrid, 95
29. Alfonso XIII jura la Constitución. Cuadro de Fernández Carpio. Colección particular, 96
30. Canalejas, por Sorolla. Palacio del Congreso, Madrid, 97
31. Campos que fueron escenario de la batalla de Brunete, librada en julio de 1937, 99

ARTE

MAPA HISTÓRICO-ARTÍSTICO, 103

1. Vista y mapa de Toledo, por el Greco. Pormenor. Casa-Museo del Greco, Toledo, 104-105
2. Restos del «*elephas antiquus*». Museo Municipal de Madrid, 106
3. Restos líticos del Manzanares. Museo Municipal de Madrid, 107
4. Incisión de una cabeza de caballo. Cueva de los Casares, Riba de Saelices (Guadalajara), 107
5. Hombre con un équido. Pintura en el abrigo de Boniches (Cuenca), 108
6. Pintura esquemática en un abrigo de la sierra de Nuestra Señora del Castillo, en la zona de Almadén (Ciudad Real), 108
7. Peto procedente de la necrópolis de Aguilar de Anguita (Guadalajara). Museo Arqueológico Nacional, Madrid, 109
8. Ídolo de Chillarón. Museo de Cuenca, 109
9. Empuñadura de una espada procedente de Guadalajara. Museo Arqueológico Nacional, 110
10. Broche procedente de la necrópolis de Higes (Guadalajara). Museo Arqueológico Nacional, 110
11. Vasijas del tesoro de Salvacañete (Cuenca). Museo Arqueológico Nacional, 111
12. Teatro de Segóbriga (Cuenca), 112
13. Minerva procedente de Sigüenza. Museo Arqueológico Nacional, 113
14. Dea romana, procedente de Segóbriga. Museo de Cuenca, 113

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

15. Torso de Madrid. Museo Arrese, Corella (Navarra), 114
16. Cabeza del niño Lucio César, procedente de Ercávica. Museo de Cuenca, 114
17. Mosaico procedente de una villa de la vega toledana. Museo Arqueológico de Toledo, 115
18. Ruinas de la basílica de Recópolis, en Zorita de los Canes (Guadalajara), 116
19. Sarcófago de Layos II. Real Academia de la Historia, Madrid, 117
20. Sarcófago procedente de La Puebla Nueva (Toledo). Museo Arqueológico Nacional, 117
21. Sarcófago procedente de Erustes (Toledo). Museo Arqueológico Nacional, 118
22. Cancel de Segóbriga. Museo Arqueológico Nacional, 118
23. Cancel de Recópolis. Museo Arqueológico Nacional, 119
24. Pilastra en el muro de la iglesia de Santa Justa. Toledo, 121
25. Columna de la iglesia del Salvador. Toledo, 121
26. Relieve con figura. Museo de los Concilios, Toledo, 122
27. Corona de Recesvinto. Museo Arqueológico Nacional, 123
28. Brazo de cruz del tesoro de Guarrazar. Museo Arqueológico Nacional, 124
29. Broches en forma de águila procedentes de Alovera. Museo Arqueológico Nacional, 124
30. Fachada de la mezquita de Bib-al-Mardum (ermita del Cristo de la Luz). Toledo, 126
31. Puerta Vieja de Visagra, en Toledo, 126
32. Arco de herradura del puente de Guadalajara, 127
33. Pormenor de un brocal de pozo con inscripciones. Museo Arqueológico de Toledo, 127
34. Ruinas de la ciudad de Vascos. Navalmoralejo (Toledo), 128
35. Ruinas del castillo de Calatrava la Vieja (Ciudad Real), 128
36. Murallas junto a la Cuesta de la Vega. Madrid, 128
37. Placa con decoración vegetal y pájaros. Museo Arqueológico de Toledo, 129
38. Arqueta de Santo Domingo de Silos, labrada en el taller de Cuenca. Museo de Burgos, 130
39. Arqueta de Palencia, labrada en el taller de Cuenca. Museo Arqueológico Nacional, 131
40. Tela del relicario de Santa Librada. Catedral de Sigüenza, 131
41. Arco y bóveda del crucero de la ermita de Santa María de Melque, en San Martín de Montalbán (Toledo), 132
42. Profeta. Dibujo en un folio del Codex Toletanus o Biblia Hispalense. Biblioteca Nacional, Madrid, 132
43. Bóveda de la mezquita de las Tornerías. Toledo, 134
44. Interior de la iglesia de San Sebastián. Toledo, 134
45. Naves de la iglesia de San Lucas. Toledo, 135
46. Naves de la iglesia de San Román. Toledo, 135

47. Torre del castillo de Atienza (Guadalajara), 136
48. Exterior de la cabecera de la iglesia de Santa Coloma. Albendiego (Guadalajara), 136
49. Portada de la iglesia de Villacadima (Guadalajara), 136
50. Portada de la iglesia de Santa María del Rey. Atienza (Guadalajara), 136
51. Arquivolta de la portada de la iglesia de Beleña de Sorbe (Guadalajara), 137
52. Interior de la cabecera de la iglesia de Talamanca (Madrid), 137
53. Pórtico de la iglesia de Sauca (Guadalajara), 138
54. Capiteles del pórtico de la iglesia de Hinojosa (Guadalajara), 138
55. Fachada de la iglesia del castillo-convento de Calatrava la Nueva (Ciudad Real), 139
56. Vista aérea de la catedral de Sigüenza, 140
57. Bóvedas del presbiterio de la catedral de Sigüenza, 140
58. Vista aérea de la catedral de Cuenca, 141
59. Bóvedas del crucero de la catedral de Cuenca, 141
60. Triforio de la catedral de Cuenca, 141
61. Castillo de Molina de Aragón (Guadalajara), 142
62. Conjunto del castillo de Consuegra (Toledo), 142
63. Pintura en el ábside de la iglesia de Valdeolivas (Cuenca), 143
64. Pintura en el ábside de la ermita del Cristo de la Luz. Toledo, 143
65. Pinturas en el muro lateral de la iglesia de San Román. Toledo, 144
66. Detalle de un folio miniado del Tumbo Menor de Castilla. Archivo Histórico Nacional, Madrid, 144
67. Exterior de la cabecera de la capilla del castillo de Peña Bermeja, en Brihuega (Guadalajara), 145
68. Crucero de la iglesia de Alcocer (Guadalajara), 145
69. Girola de la catedral de Toledo, 145
70. Vista aérea de la catedral de Toledo, 146
71. Interior de la catedral de Toledo, 147
72. Fachada de la ermita de Alarcos (Ciudad Real), 148
73. Interior de la colegiata de Talavera de la Reina, 148
74. Presbiterio de la iglesia de Santiago. Sigüenza, 148
75. Torre de Alcázar de San Juan (Ciudad Real), 148
76. Puente de San Martín, en Toledo, 149
77. Puente, en El Puente del Arzobispo (Toledo), 149
78. Naves de la sinagoga de Santa María la Blanca. Toledo, 150
79. Sepulcro de don Fernando Gudiel. Capilla de San Eugenio, en la catedral de Toledo, 150
80. Yaserías de la cabecera de la sinagoga del Tránsito. Toledo, 151
81. Exterior de la cabecera de la ermita del Cristo de la Luz. Toledo, 152

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

82. Interior de la iglesia de Santiago del Arrabal. Toledo, 152
83. Exterior de la cabecera de la ermita del Cristo de la Vega. Toledo, 152
84. Exterior de la cabecera de la ermita de Nuestra Señora de los Milagros. Talamanca (Madrid), 153
85. Detalle del exterior de la cabecera de la iglesia de Camarma de Esteruelas (Madrid), 153
86. Exterior de la cabecera de la iglesia de la Asunción. Móstoles (Madrid), 154
87. Portada de la iglesia de Santa María de la Fuente. Guadalajara, 154
88. Detalle de la fachada de la iglesia de Santiago. Talavera de la Reina, 154
89. Portada aparecida recientemente en el Ayuntamiento de Toledo, 154
90. Pormenor de la cúpula de la capilla de San Jerónimo, en el convento de la Concepción Francisca. Toledo, 155
91. Púlpito de la iglesia de Santiago del Arrabal. Toledo, 156
92. Cuerpo superior de la torre de la iglesia de Santo Tomás. Toledo, 157
93. Torre de la iglesia de San Pedro. Madrid, 157
94. Torre de la iglesia de Santa María. Illescas (Toledo), 157
95. Techumbre de la iglesia del convento de Santa Clara la Real. Toledo, 158
96. Yaserías de la sala capitular del convento de Santa Isabel de los Reyes. Toledo, 159
97. Portada del llamado palacio del rey don Pedro. Toledo, 159
98. Detalle de yaserías del salón de la casa de Mesa. Toledo, 160
99. Yaserías del palacio del duque de Frías. Ocaña (Toledo), 160
100. Techo con trozo de friso. Taller del Moro, Toledo, 161
101. Alfarje del refectorio de San Clemente. Toledo, 161
102. Bóveda de mocárabes de la capilla del Tesoro, en la catedral de Toledo, 162
103. Techumbre procedente de Torrijos (Toledo). Museo Arqueológico Nacional, 162
104. Castillo de Arroyomolinos (Madrid), 163
105. Portada del castillo de Casarrubios del Monte (Toledo), 163
106. Castillo de Escalona (Toledo), 164
107. Vista general del castillo de San Martín de Montalbán (Toledo), 165
108. Puerta de Toledo, en Ciudad Real, 166
109. Puerta de Ugena, en Illescas (Toledo), 166
110. Puerta del Sol, en Toledo, 167
111. Capilla funeraria de don Álvaro de Luna. Catedral de Toledo, 168
112. Cuerpo superior de la torre de la catedral de Toledo, 169
113. Puerta de los Leones. Catedral de Toledo, 169
114. Portada del castillo de Escalona (Toledo), 170
115. Interior de la colegiata de Belmonte (Cuenca), 170
116. Torre y galerías del castillo de El Real de Manzanares (Madrid), 170

117. Detalle de la portada del palacio del Infantado. Guadalajara, 171
118. Arquerías del patio del palacio del Infantado. Guadalajara, 171
119. Bóveda del crucero de la iglesia de San Juan de los Reyes. Toledo, 172
120. Escudos en el crucero de la iglesia de San Juan de los Reyes. Toledo, 173
121. Remate ornamentado de un pilar del crucero. San Juan de los Reyes, Toledo, 174
122. Arco con puerta de acceso al patio del claustro. San Juan de los Reyes, Toledo, 174
123. Naves de la iglesia Magistral de Alcalá de Henares, 175
124. Nave principal del Hospital de Santa Cruz. Toledo, 175
125. Portada de la iglesia de Torrelaguna (Madrid), 176
126. Detalle de la fachada de la Posada de la Santa Hermandad. Toledo, 176
127. Rollo de Ocaña (Toledo), 176
128. Interior de la iglesia de Colmenar Viejo (Madrid), 177
129. Conjunto del castillo de Guadamur (Toledo), 178
130. Ángel del triforio, en la catedral de Cuenca, 179
131. Coronación de la Virgen, en el remate interior de la puerta de Santa Catalina. Catedral de Toledo, 180
132. Estatuas yacentes reales. Presbiterio de la catedral de Toledo, 180
133. Virgen con el Niño, en el parteluz de la puerta del Reloj. Catedral de Toledo, 181
134. Juicio Final. Capilla de San Ildefonso, en la catedral de Toledo, 182
135. Tímpano de la puerta de los Escribanos. Catedral de Toledo, 182
136. Virgen del Sagrario. Catedral de Toledo, 183
137. Virgen. Iglesia de Santa María, Illescas (Toledo), 183
138. Cristo en la cruz. Coronamiento de la reja de la capilla mayor, en la catedral de Toledo, 183
139. Virgen Blanca. Catedral de Toledo, 184
140. Piedad. Capilla de Santa Teresa, en la catedral de Toledo, 185
141. Muerte de Adán. Trascoro de la catedral de Toledo, 186
142. Capitel figurativo en un pilar angular del claustro. Catedral de Toledo, 186
143. Pormenor de la escultura funeraria de doña Juana Manuel. Capilla de Reyes Nuevos, en la catedral de Toledo, 187
144. Pormenor de la escultura funeraria de Pedro Suárez. Museo Marés, Barcelona, 187
145. Costanera de Santa Lucía. Catedral de Toledo, 188
146. Cabeza de un joven paje. Museo Arqueológico Nacional, 189
147. Sepulcro del cardenal de San Eustaquio. Catedral de Sigüenza, 190
148. Sepulcro de don Juan de Cerezuela. Capilla de don Álvaro de Luna, en la catedral de Toledo, 190
149. Relieve de la sillería de coro de la colegiata de Belmonte (Cuenca), 190
150. Sepulcro de doña Constanza de Castilla. Museo Arqueológico Nacional, 190
151. Sepulcro del llamado Doncel de Si-

- güenza. Capilla de los Arce, en la catedral de Sigüenza, 191
152. Sepulcro de don Rodrigo de Campuzano. Iglesia de San Nicolás, Guadalajara, 191
153. Santa Elena. Iglesia de San Juan de los Reyes, Toledo, 192
154. Sepulcro de don Fernando de Luxán. Catedral de Sigüenza, 192
155. Doncella situada a los pies de la condesa de Tendilla, en el sepulcro de ésta. Iglesia de San Ginés, Guadalajara, 192
156. Sepulcro de don Gómez Carrillo de Acuña. Catedral de Sigüenza, 192
157. Cabeza de la escultura funeraria de doña Aldonza de Mendoza. Museo de Guadalajara, 193
158. Púlpito del lado de la Epístola. Catedral de Sigüenza, 193
159. Relieve relativo a la guerra de Granada. Sillería de coro de la catedral de Toledo, 193
160. Retablo del monasterio de El Paular. Rascafría (Madrid), 194
161. Virgen del retablo del monasterio de El Paular, 195
162. Detalle del púlpito de la iglesia de Cifuentes (Guadalajara), 196
163. Virgen. Sacristía de la colegiata de Talavera de la Reina, 196
164. Bulto funerario del caballero Antelo. Catedral de Cuenca, 196
165. Retablo de Santa María y de Todos los Santos. Catedral de Cuenca, 197
166. Detalle de una miniatura de las Cantigas, con elementos arquitectónicos de tipo toledano. Biblioteca del monasterio de El Escorial, 198
167. Detalle de las pinturas del arca de San Isidro. Palacio Arzobispal de Madrid, 198
168. Folio miniado de la Biblia de San Luis. Catedral de Toledo, 199
169. Escena lateral del retablo de la capilla de San Eugenio, en la catedral de Toledo, 200
170. Virgen con el Niño. Tabla central del retablo del arzobispo don Sancho de Rojas. Museo del Prado, 201
171. Adoración de los Magos, por el Maestro de Horcajo. Seminario de Cuenca, 202
172. Tabla de Santa Ana. Catedral de Cuenca, 202
173. Detalle de un folio miniado de la Biblia de la Casa de Alba, 202
174. Retrato del I marqués de Santillana, por Jorge Inglés. Colección duque del Infantado, 203
175. Retrato de don Diego, I duque del Infantado, por el Maestro de Sopenrán. Museo del Prado, 204
176. Conjunto del retablo de don Álvaro de Luna. Catedral de Toledo, 205
177. Virgen con el Niño, por el Maestro de los Luna. Museo del Prado, 206
178. Retrato de la esposa de Juan Guas. Iglesia de los Santos Justo y Pastor, Toledo, 206
179. Tránsito de la Virgen, por el Maestro de la Sisle. Museo del Prado, 207
180. Retablo de la Virgen de la Leche. Museo de la catedral de Cuenca, 207
181. Placa de esteatita bizantina. Catedral de Toledo, 208
182. Bastón del cardenal Cisneros. Convento de las Juanas, Alcalá de Henares, 208

183. Armario con labor de aplainado. Museo Arqueológico Nacional, 209
184. Detalle de las puertas chapadas en bronce de la catedral de Toledo, 209
185. Capa pluvial del arzobispo don Sancho de Rojas. Catedral de Toledo, 210
186. Alfombra del tipo llamado del Almirante. Instituto de Valencia de Don Juan, Madrid, 210
187. Detalle de un tapiz. Iglesia de Santa Marfa de la Asunción, Pastrana, 211
188. Vidrieras de la cabecera de la catedral de Toledo, 212
189. Díptico bizantino. Catedral de Cuenca, 212
190. Corona real de Sancho IV. Catedral de Toledo, 213
191. Báculo de San Julián. Catedral de Cuenca, 213
192. Arqueta de San Eugenio. Catedral de Toledo, 213
193. Brocal de pozo de cerámica. Museo de Santa Cruz, Toledo, 213
194. Detalle de la custodia de la catedral de Toledo, obra de Enrique de Arfe, 214
195. Pormenor de la decoración de la espada pontificia del conde de Tendilla. Museo Lázaro Galdiano, Madrid, 215
196. Fachada del palacio de Cogolludo (Guadalajara), 216
197. Detalle de la portada del Hospital de Santa Cruz. Toledo, 217
198. Patio del palacio de don Antonio de Mendoza. Guadalajara, 217
199. Puerta del Jaspe. Catedral de Sigüenza, 217
200. Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares, 218
201. Techumbre de la capilla de San Ildefonso. Alcalá de Henares, 218
202. Yeserías de la capilla de San Ildefonso. Alcalá de Henares, 218
203. Portada de la sala capitular de la catedral de Toledo, 219
204. Interior y artesonado de la sala capitular de la catedral de Toledo, 219
205. Portada de la capilla de la Anunciación. Catedral de Sigüenza, 220
206. Capilla de Lucena, Guadalajara, 221
207. Fachada de la iglesia de Torrijos (Toledo), 221
208. Altar de Santa Librada. Catedral de Sigüenza, 222
209. Detalle del arranque de la escalera del Hospital de Santa Cruz. Toledo, 223
210. Restos de paramento almohadillado. Antiguo palacio arzobispal de Alcalá de Henares, 223
211. Bóveda de la sacristía de la catedral de Sigüenza, 224
212. Interior de la iglesia de San Pablo. Cuenca, 225
213. Portada de la capilla de los Apóstoles. Catedral de Cuenca, 225
214. Interior de la iglesia de San Nicolás. Priego (Cuenca), 225
215. Ventana del monasterio de Uclés (Cuenca), 225
216. Interior de la iglesia de Yepes (Toledo), 226
217. Bóvedas de la iglesia de San Andrés.

- Villanueva de los Infantes (Ciudad Real), 227
218. Bóveda de la capilla del doctor Muñoz, en la catedral de Cuenca, 227
219. Arco de Jamete. Catedral de Cuenca, 228
220. Portada de la iglesia parroquial de Manzanares (Ciudad Real), 228
221. Interior de la iglesia de la Asunción. Meco (Madrid), 229
222. Interior de la iglesia de El Toboso (Toledo), 229
223. Interior de la iglesia de la Magdalena. Getafe (Madrid), 230
224. Patio del Alcázar de Toledo, 231
225. Patio del Hospital de Tavera o de Afuera. Toledo, 231
226. Escalera monumental del monasterio de El Escorial, 232
227. Bóveda de la capilla de las Reliquias, en la catedral de Sigüenza, 233
228. Fachada de la Universidad de Alcalá de Henares, 234
229. Fachada del convento de las Descalzas Reales. Madrid, 234
230. Interior de la cúpula del monasterio de El Escorial, 235
231. Patio de los Reyes. Monasterio de El Escorial, 236
232. Fuente, en Ocaña (Toledo), 237
233. Retablo mayor de la catedral de Toledo, 238
234. Natividad. Detalle del retablo mayor de la catedral de Toledo, 239
235. Natividad. Tímpano de la portada de la sala capitular de la catedral de Cuenca, 240
236. Sepulcro del obispo don Alonso Carrillo de Albornoz. Capilla de San Ildefonso, en la catedral de Toledo, 240
237. Sepulcro del obispo don Fernando de Arce. Catedral de Sigüenza, 240
238. Virtudes, en los intercolumnios de la portada de la sala capitular de la catedral de Cuenca, 241
239. Detalle del sepulcro del cardenal Cisneros. Universidad de Alcalá de Henares, 242
240. Escena central del altar de la Descensión. Catedral de Toledo, 243
241. Santa, por Vigarny. Sillería de coro de la catedral de Toledo, 243
242. Detalle central del retablo de Santa Úrsula, por Alonso Berruguete. Museo de Santa Cruz, Toledo, 244
243. Eva, por Alonso Berruguete. Sillería de coro de la catedral de Toledo, 245
244. Detalle del sepulcro del cardenal Tavera. Hospital de Afuera, Toledo, 246
245. Altar de la capilla del doctor Muñoz. Catedral de Cuenca, 247
246. Detalle de la decoración escultórica del Arco de Jamete. Catedral de Cuenca, 248
247. Relieves en las hojas de la puerta de la sala capitular de la catedral de Cuenca, 248
248. Tímpano de la portada de la iglesia de Santa María de Castejón. Huete (Cuenca), 249
249. Detalle del retablo mayor de la iglesia de Tarancón (Cuenca), 249
250. Figura alegórica. Capilla de las Reliquias de la catedral de Sigüenza, 250

251. Pormenores decorativos, en las puertas del armario de la antesala capitular de la catedral de Toledo, 250
252. Imposición de la casulla a san Ildefonso. Sillería de coro de la catedral de Toledo, 251
253. Retablo de la capilla del Obispo, aneja a la iglesia de San Andrés. Madrid, 252
254. Grupo central del sepulcro del obispo don Gutierre de Vargas y Carvajal. Capilla del Obispo, Madrid, 253
255. Batalla de Josué contra los gabaonitas. Relieve en una puerta de la capilla del Obispo. Madrid, 254
256. Detalle del retablo de la iglesia de la Asunción. Colmenar Viejo (Madrid), 254
257. Decoración escultórica de los atriles del coro, por Nicolás de Vergara. Catedral de Toledo, 255
258. Cristo yacente, por Gaspar Becerra. Convento de las Descalzas Reales, Madrid, 255
259. Carlos V venciendo al Furor, por León Leoni. Museo del Prado, 256
260. Detalle del grupo funerario de Felipe II, por Pompeo Leoni. Monasterio de El Escorial, 257
261. Cabeza de la estatua orante de doña Juana de Austria, por Pompeo Leoni. Convento de las Descalzas Reales, Madrid, 258
262. Sepulcro de don Francisco Eraso y su esposa. Museo Diocesano de Sigüenza, 258
263. Estatua orante del inquisidor Pedro Soto. Iglesia de San Pedro Mártir, Toledo, 258
264. Relieve en la puerta de la Presentación. Catedral de Toledo, 259
265. Imposición de la casulla a san Ildefonso, por el Greco. Sacristía de la catedral de Toledo, 260
266. Virgen con el Niño, por Pedro Berruguete. Museo Municipal de Madrid, 261
267. Pormenor de la Toma de Orán, por Juan de Borgoña. Capilla mozárabe, en la catedral de Toledo, 262
268. Nacimiento de la Virgen, por Juan de Borgoña. Sala capitular de la catedral de Toledo, 262
269. Detalle del retablo mayor de la iglesia de las Clarisas de Griñón (Madrid), 263
270. Detalle del retablo de San Marcos y Santa Catalina. Catedral de Sigüenza, 263
271. Milagro de los santos Cosme y Damián, por Hernando del Rincón. Museo del Prado, 264
272. Santo Entierro, por Hernando Yáñez de la Almedina. Catedral de Cuenca, 265
273. Conjunto del retablo de la capilla de la Epifanía, correspondiendo la pintura a Hernando Yáñez de la Almedina. Catedral de Cuenca, 266
274. Tránsito de la Virgen, por Juan de Correa del Vivar. Museo del Prado, 266
275. Presentación del Niño, por Martín Gómez el Viejo. Museo de la catedral de Cuenca, 267
276. San Antonio de Padua. Tabla lateral del retablo de Santa Úrsula. Museo de Santa Cruz, Toledo, 267
277. Retrato del cardenal Tavera, por Francisco de Comontes. Sala capitular de la catedral de Toledo, 267
278. Detalle del retablo de Santa Librada. Catedral de Sigüenza, 268
279. Dánae, por Gaspar Becerra. Palacio de El Pardo (Madrid), 269

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

280. Pormenor de las pinturas de la sala de las Batallas. Monasterio de El Escorial, 270
281. Martirio de san Mauricio, por Rómulo Cincinato. Monasterio de El Escorial, 270
282. Pinturas de la Biblioteca. Monasterio de El Escorial, 271
283. Batalla naval, por los hermanos Peroli. Palacio de El Viso del Marqués (Ciudad Real), 272
284. Retrato de don Álvaro de Bazán y esposas. Palacio de El Viso del Marqués, 272
285. Santa Úrsula, por Lucas Cambiaso. Monasterio de El Escorial, 273
286. Pentecostés, por Federico Zúccaro. Catedral de Cuenca, 273
287. Pormenor del retrato de doña Isabel Clara Eugenia, por Alonso Sánchez Coello. Museo del Prado, 274
288. Desposorios místicos de santa Catalina, por Alonso Sánchez Coello. Museo del Prado, 274
289. Pormenor del retrato de Felipe II, por Juan Pantoja de la Cruz. Monasterio de El Escorial, 275
290. Entierro de san Lorenzo, por Juan Fernández de Navarrete el Mudo. Monasterio de El Escorial, 275
291. Oración en el huerto, por el Greco. Catedral de Cuenca, 276
292. Asunción, por el Greco. Museo de Santa Cruz, Toledo, 276
293. Detalle del Entierro del conde de Orgaz, por el Greco. Iglesia de Santo Tomás, Toledo, 277
294. La Trinidad, por el Greco. Museo del Prado, 278
295. Martirio de san Mauricio, por el Greco. Monasterio de El Escorial, 278
296. Pormenor del Expolio, por el Greco. Catedral de Toledo, 279
297. Un caballero, por el Greco. Museo del Prado, 280
298. Santiago el Mayor, por el Greco. Museo del Prado, 280
299. Reja del presbiterio de la iglesia Magistral de Alcalá de Henares, 281
300. Reja del coro de la catedral de Toledo, 281
301. Reja del monasterio de El Paular. Rascafría (Madrid), 282
302. Reja de la capilla bautismal, en la catedral de Toledo, 282
303. Rejas de la puerta y del comulgatorio de la capilla del doctor Muñoz. Catedral de Cuenca, 283
304. Puertas de bronce, en la portada de los Leones. Catedral de Toledo, 283
305. Bargeño. Museo de Artes Decorativas, Madrid, 283
- 306-307. Detalles figurativos de la reja de la capilla mayor de la catedral de Toledo, 284
308. Detalle de la reja del sepulcro del cardenal Cisneros. Museo Arqueológico Nacional, 284
309. Tabernáculo, por Jacopo da Trezzo. Altar mayor del monasterio de El Escorial, 285
310. Custodia de Villaescusa de Haro (Cuenca). Catedral de Cuenca, 286
311. Portapaz de Uclés (Cuenca). Catedral de Ciudad Real, 286

312. Custodia de la Villa. Museo Municipal de Madrid, 286

313-314. Conjunto y detalle de púlpito de bronce, por Francisco de Villalpando. Catedral de Toledo, 287

315. Pormenor de un folio miniado del Misal Rico del cardenal Cisneros. Biblioteca Nacional, Madrid, 288

316. Plafón de azulejos de Talavera de la Reina. Museo Arqueológico Nacional, 288

317. Vidrieras del rosetón del crucero, sobre la puerta de los Leones. Catedral de Toledo, 288

318. Cerámica azul de Talavera de la Reina. Museo Arqueológico Nacional, 288

Las fotografías que ilustran este tomo han sido facilitadas por

Archivo Mas - Barcelona · José M.ª de Azcárate - Madrid · Ciganovic - Roma · Editorial Noguer - Barcelona · R. Manent - Barcelona
Oronoz - Madrid · Paisajes Españoles - Madrid

Cartografía realizada por Cartigol, S.A., Estudios Cartográficos

SUMARIO GENERAL

INTRODUCCIÓN GEOGRÁFICA

- EL PAISAJE NATURAL, 17
- LAS ACTIVIDADES ECONÓMICAS, 25
- LA POBLACIÓN, 35
- LA DIVERSIDAD REGIONAL, 42
- LA AGLOMERACIÓN MADRILEÑA, 54

INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

- PREÁMBULO, 67
- LA ENTRADA EN LA HISTORIA, 68
- EL ENCUENTRO CON ROMA, 68
- CABEZA DEL REINO: LOS VISIGODOS, 71
- BAJO EL ISLAM, 72
- FRONTERA DE LA CRISTIANDAD, 74
- EVOCACIÓN DE TOLEDO, 77
- LA ÉPOCA DEL RENACIMIENTO, 78
- EL SURGIMIENTO DE LA CAPITALIDAD, 82
- REFLEJOS DE LA GRAN HISTORIA: EL SIGLO DE ORO MADRILEÑO, 89
- EL SIGLO XVIII, 92
- LOS TIEMPOS CONTEMPORÁNEOS, 95
- NOTAS, 100

ARTE

DE LA PREHISTORIA AL RENACIMIENTO

- PREHISTORIA Y PRIMERAS CULTURAS, 106
 - Romanización, 112
- ALTA EDAD MEDIA, 116
 - Paleocristiano, 116
 - Visigodo, 120
 - Período islámico, 125
 - Mozárabe, 132
- EL SIGLO XII, 133
 - Monumentos islámicos, 133
 - Iglesias mozárabes toledanas, 134
 - Románico, 137
 - Protogótico, 140
 - Pintura románica, 143
- BAJA EDAD MEDIA, 144
 - Arquitectura, 144
 - Primera etapa (1212-1430), 144
 - Mudéjar, 151
 - Segunda etapa (1430-1510), 167
 - Escultura gótica, 179
 - Primera etapa (1225-1375), 179
 - Segunda etapa (1375-1440), 183
 - Tercera etapa (1440-1510), 186
 - Pintura gótica, 198
 - Estilo trecentista, 199
 - Estilo internacional, 202
 - Estilo hispano-flamenco, 204
 - Artes aplicadas, 208
- EL RENACIMIENTO, 215
 - Arquitectura, 215
 - Fase inicial, 215
 - La persistencia mudéjar, 219
 - Triunfo de las formas italianas, 220
 - El goticismo arcaizante, 228
 - Las tendencias manieristas, 229
 - Escultura, 239
 - Primera etapa (1500-1525), 260
 - Segunda etapa (1525-1565), 244
 - El manierismo romanista, 254
 - Pintura, 260

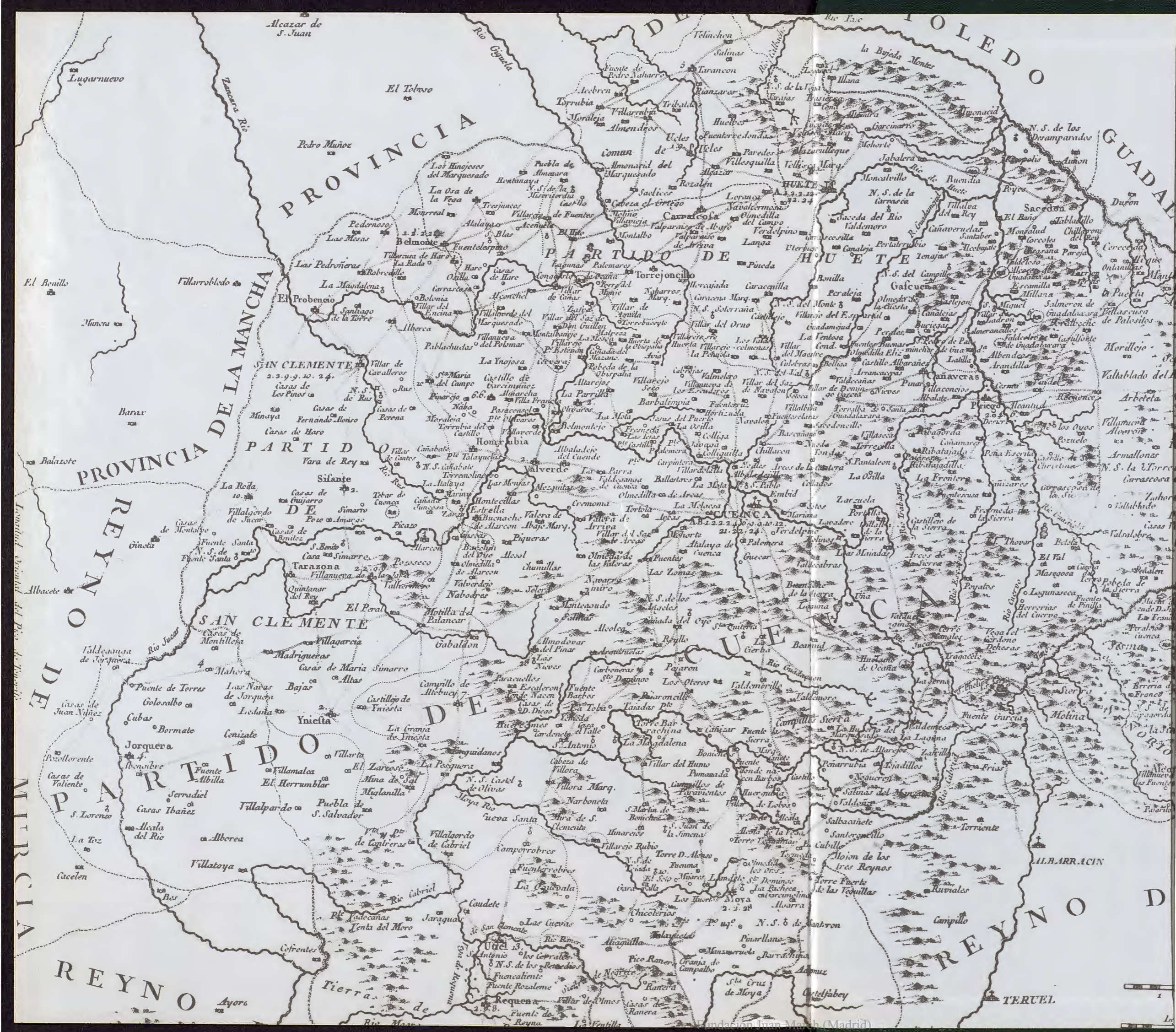
SUMARIO GENERAL

Primera etapa (1500-1525), 260
Manieristas (1525-1565), 266
El último tercio del siglo, 269
El Greco, 274
Artes aplicadas, 280

BIBLIOGRAFÍA, 291
ÍNDICE DE NOMBRES E INSTITUCIONES, 311
ÍNDICE TOPONÍMICO, 323
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES, 331

La presente edición de
CASTILLA LA NUEVA I
de la colección
TIERRAS DE ESPAÑA

se terminó de imprimir en la industria gráfica
Talleres Offset Nerecán, S. A., de San Sebastián
el 2 de noviembre de 1982



En este primer volumen de los dos dedicados a CASTILLA LA NUEVA han colaborado tres especialistas:

Antonio López Gómez, catedrático de Geografía de la Universidad Autónoma de Madrid y director del Instituto «Juan Sebastián Elcano» de Geografía del C.S.I.C., ha escrito la Introducción Geográfica. Es autor de *Geografía de las terres valencianes* (1977) y *Los transportes urbanos de Madrid* (en prensa), y codirector de *Geografía de la provincia de Alicante* (1978). Tiene publicados más de sesenta artículos y monografías, especialmente sobre Climatología y Geografía humana de las regiones valenciana y castellana.

Manuel Fernández Álvarez, catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Salamanca, ha redactado la Introducción Histórica. Entre sus obras son de señalar *Carlos V. Un hombre para Europa* (traducido al inglés y al alemán), *España y los españoles en los tiempos modernos*, *La sociedad española del Renacimiento*, *La España de Carlos V* (tomo XX de la Historia de España que dirigió R. Menéndez Pidal) y *Corpus documental de Carlos V* (5 vols.).

José M.^a de Azcárate, catedrático de Historia del Arte Medieval en la Universidad Complutense de Madrid y miembro de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, estudia el Arte desarrollado en Castilla la Nueva desde la Prehistoria hasta el Renacimiento. Ha publicado diversos libros especializados, como *Escultura del siglo XVI*, *La arquitectura toledana del siglo XV* y *Monumentos españoles* (3 vols.).

- Títulos publicados:
- CATALUÑA I
 - BALEARES
 - CASTILLA LA VIEJA · LEÓN I
 - CASTILLA LA VIEJA · LEÓN II
 - GALICIA
 - MURCIA
 - ARAGON
 - CATALUÑA II

